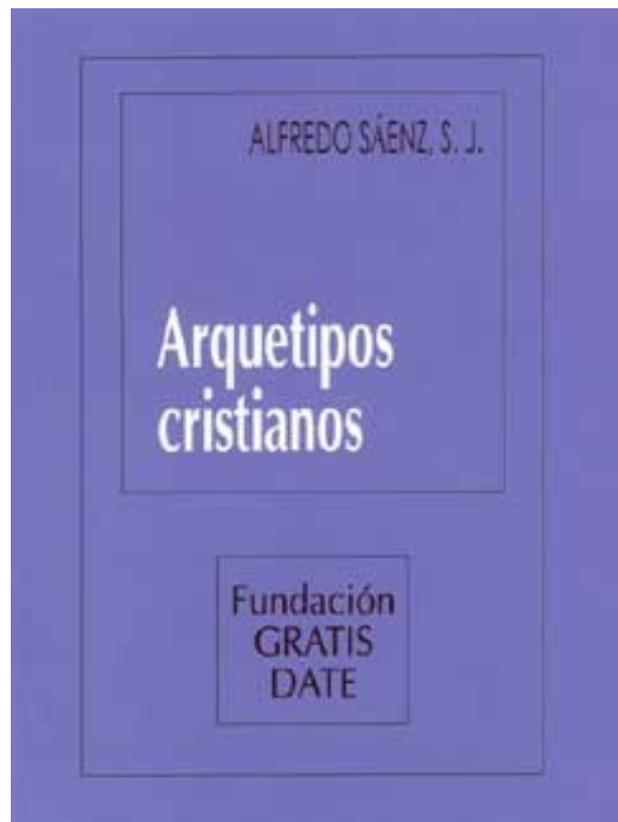


Padre Alfredo Sáenz



Arquetipos Cristianos

El Autor

Alfredo Sáenz, nació en Buenos Aires en 1932. A los 17 años ingresó en la Compañía de Jesús, y obtuvo la licenciatura en Filosofía en el Colegio Máximo de San Miguel. Fue ordenado sacerdote en 1962. En la Universidad Pontificia romana de San Anselmo recibió el doctorado en Teología, con especialización en la Sagrada Escritura. Colaboró durante más de una década en la formación de los seminaristas de la Arquidiócesis de Paraná. Actualmente vive en Buenos Aires, en la Residencia Regina Martyrum, de la Compañía de Jesús. Es profesor de Dogma y de Patrística en la Facultad de Teología de San Miguel, de la Universidad del Salvador, en Buenos Aires. Y desarrolla una intensa actividad como conferenciante y escritor, así como predicador de retiros y de ejercicios espirituales.

Sus escritos

Ha publicado numerosos artículos en revistas, como «Mikael» y «Gladius», y es autor de más de treinta libros, entre los que citaremos

Cristo y las figuras bíblicas; El Santo Sacrificio de la Misa; Eucaristía, sacramento de unidad; La celebración de los misterios en los sermones de San Máximo de Turín; San Miguel, el Arcángel de Dios; Inversión de valores, la música sagrada y el proceso de desacralización, tres falsos dilemas; San León Magno y los misterios de Cristo; Cómo evangelizar desde la cátedra; In persona Christi, la fisonomía espiritual del sacerdote; El Cardenal Pie; De la Rus' de Vladímir al «hombre nuevo» soviético; Antonio Gramsci y la revolución cultural; El icono, esplendor de lo sagrado; La Caballería; La Cristiandad y su Cosmovisión; Palabra y vida, homilias dominicales y festivas del Ciclo B; El Nuevo Orden Mundial en el pensamiento de Fukuyama; Magnificat; Derecho a la vida, cultura de la muerte; El fin de los tiempos y seis autores modernos. En series que agrupan varios volúmenes hemos de recordar Las parábolas del Evangelio según los Padres de la Iglesia; La Nave y las Tempestades, en las que estudia las diversas épocas de la historia de la Iglesia. Es también autor de una serie de biografías de la que seguidamente hablamos.

Arquetipos cristianos

El Padre Sáenz ha publicado una preciosa serie de biografías bajo el título común Héroes y santos. Esta serie contiene hasta ahora cuatro tomos, que suman 1532 páginas:

-Héroes y santos, Buenos Aires, Gladius 19942, 422 pgs.: San Pablo, San Vladimir, San Bernardo, Isabel la Católica, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, Hernandarias, San Roque González y el Padre Castañeda.

-La ascensión y la marcha, ib. 1999, 275 pgs.: San Fernando, Antonio Ruiz de Montoya, María Antonia de Paz y Figueroa y Anacleto González Flores.

-El pendón y la aureola, ib. 2002, 485 pgs.: Santa Catalina de Siena, Gabriel García Moreno, Antonio Rivera y Antonio Gaudí.

-La catedral y el alcazar, ib. 2004, 350 pgs.: Santo Toribio de Mogrovejo y Antonio de Oliveira Salazar.

La Fundación GRATIS DATE, con el título Arquetipos cristianos, reproduce ahora íntegramente once de esas biografías en un solo tomo de 404 páginas. Señalemos, de paso, que una página de la F.GD contiene el texto de dos de la editorial Gladius.

El P. Sáenz en la Fundación GRATIS DATE

El catálogo de la Fundación GRATIS DATE se ve, por gracia de Dios, muy enriquecido por las siguientes obras del Padre Sáenz:

-Arquetipos cristianos, Pamplona 2005, 404 pgs. Las epifanías de Cristo en sus santos son realmente fascinantes, y tienen gran poder para liberar del culto a los ídolos mundanos. Y eso es mucho.

-La Cristiandad, una realidad histórica, Pamplona 2005, 219 pgs. No puede entender nada del presente sino aquel que conoce el pasado. Esta obra deshace innumerables tópicos históricos falsos y da una descripción excelente de la Cristiandad realmente formada en la historia por obra del Espíritu Santo. Precioso libro.

La obra, con el título La Cristiandad y su Cosmovisión, fue publicada primero por Ediciones Gladius de Buenos Aires (1992), y en segunda edición por la Asociación ProCultura Occidental (APC), de Guadalajara 2003, México, 420 pgs.

-El Apocalipsis según Leonardo Castellani, Pamplona 2005, 45 pgs. No puede entender el presente sino aquel que conoce el futuro. Y el futuro, el futuro final y definitivo, nos ha sido revelado por Cristo, y muy especialmente en el Apocalipsis-Revelación.

La obra aludida del P. Sáenz es el capítulo VI (pgs. 327-402) del libro El fin de los tiempos y seis autores modernos. Dostoievski, Soloviev, Benson, Thibon, Pieper y Castellani, publicada por la Asociación Pro-Cultura Occidental (APC), de Guadalajara 1997, México, 402 pgs.

A aquellos cristianos -hay tan numerosos- que adolecen de una visión histórica falsa, que olvidan casi totalmente la segunda venida de Cristo, y que consiguientemente apenas entienden nada del presente en que vivimos, les recomendamos vivamente leer estos dos libros del P. Sáenz, la Cristiandad y el Apocalipsis. Se les abrirán los ojos.

La Fundación GRATIS DATE agradece sinceramente al P. Sáenz y a las citadas Editoriales la autorización para editar las obras referidas.

Introducción

Los arquetipos y la admiración

En nuestro tiempo se hace más necesario que nunca resaltar la importancia de los arquetipos en la vida de los individuos y naciones, destacar la fuerza insustituible de los paradigmas en la forja de las sociedades y de las personas particulares.

I. Una escuela sin arquetipos

No hace mucho Antonio Caponnetto publicó un notable libro bajo el título de *Los arquetipos y la historia*, en el cual nos inspiraremos para algunas de las reflexiones que siguen. Dicho autor señala hasta qué punto la escuela no cumple su oficio verdadero de religar las inteligencias con la Verdad y la Sabiduría, sino que se ha ido convirtiendo en una institución pragmatista, limitándose a asegurar salidas laborales, basada en el utilitarismo: la acción, el éxito y la eficacia. El alumno deberá capacitarse tan sólo para comprender el mundo económico y social en que habrá de insertarse, interesado únicamente en el provecho que pueda alcanzar en la vida. El ideal concebido es el de un homo faber, industrial, productor y consumidor. A este propósito ha escrito Delgado de Carvalho que «la finalidad de la generación actual no es formar caballeros medievales, sino proponer hombres eficientes en sus profesiones». Por cierto que una escuela semejante no quiere saber nada de arquetipos. Aborrece los modelos, los destierra del horizonte de los alumnos. Esos colegios buscan la llamada integración del chico en la sociedad tal cual es, sobre la base del horror a lo singular, sustituyendo el ideal del arquetipo por la inserción en la muchedumbre. El reino de la cantidad necesariamente aplasta a los auténticos modelos. Se busca formar a un chico que se adhiera a la vida cotidiana, la vida del hombre común, con la escala de valores predominante, que cambia según los vaivenes de la opinión pública.

Este tipo de formación educativa se basa en la exaltación del igualitarismo. En homenaje a él, el colegio deberá obviar la presentación modélica de personalidades excepcionales, los jefes, los santos, los genios, porque tales personajes son anormales. Los arquetipos se ven inmolados en aras de un igualitarismo informe. Recuerdo lo que decía el querido y recordado Anzoátegui en la época en que Krushev, durante el período de su perestroika, fustigaba duramente la política de Stalin por haber fomentado el culto a su persona:

«La condenación del culto de la personalidad es una de las más bajas abominaciones modernas. Importa el triunfo del culto de la mediocridad, la democratización de los valores humanos, la abolición de la facultad de admirar, de rendir pleito –homenaje al ser superior– que es facultad inherente a la naturaleza del hombre. Stalin fue un criminal. Enjuiciémoslo como tal. Pero no por el delito de no haberse conducido como un mediocre. Porque es preferible admirar al Diablo antes que no admirar a Dios ni al Diablo. Lo primero es diabolismo, que tiene el remedio del exorcismo; lo segundo es eunuquismo, que no tiene remedio».

Terrible aquella expresión de Victor Hugo: «Egalité, traduction politique du mot envie». Quizás la inspiración remota del principio político de la igualdad absoluta no sea otra que la tentación demoníaca a nuestros primeros padres en el paraíso: «Seréis como dioses», pecado de envidia mezclado con soberbia, anhelo prometeico de igualarse a Dios, rechazo de toda superioridad, de todo arquetipo. No en vano afirmaba La Rochefoucauld que los espíritus mediocres condenan de ordinario todo lo que está más allá de su alcance. Lo confirmaba Nietzsche al escribir:

«Hoy en Europa, donde sólo los animales de rebaño usurpan los honores y los distribuyen, donde la igualdad de derechos se convierte en igualdad de injusticia, en hacer la guerra a todo lo raro, extraño y privilegiado, al hombre superior, al alma superior, al deber superior, a la responsabilidad superior, al imperio de la fuerza creadora, al ser aristócrata».

Es el triunfo de la tibieza, la victoria de los hombres castrados, en cuya boca ponía el mismo Nietzsche estas palabras del burgués satisfecho: «Nosotros hemos colocado nuestra silla en el medio mismo, a igual distancia de los gladiadores moribundos que de los cerdos cebados». Y comenta: «Pero eso no es moderación, eso es mediocridad».

El proyecto igualitarista de nuestro tiempo es la expresión más cabal de una civilización decadente, que considera imposible la voluntad de ser alguien, que diluye irremediamente el pathos de las distancias. La presunta justicia a través de la igualdad es de hecho la injusticia para con los mejores, y por tanto para con todos, privados de la libertad de los mejores. Ya en el siglo pasado, Alexis de Tocqueville había profetizado un espectáculo de este género:

«Quiero imaginar bajo qué rasgos nuevos el despotismo puede producirse en el mundo: veo una multitud de hombres semejantes e iguales, que dan vuelta sin descanso sobre sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres de los que llenan su alma».

Trátase, indudablemente, de una nivelación por lo bajo, de una contagiosa propagación de la estulticia, según aquello de la Escritura: *amicus stultorum similis efficitur* –el amigo de los tontos se hace semejante a ellos– (Prov. 13,20). Es allí donde conduce la actitud de aquellos que se proclaman, como dicen, «respetuosos de las igualdades», cuando lo que correspondería es ser «respetuoso de las desigualdades». A este nefasto igualitarismo conduce la formación que se da actualmente en la mayor parte de los colegios, una suerte de borreguización generalizada. Pero cuidando formar borregos que sigan al rebaño a dondequiera que se dirija, acabando por «trasquilarles» las ideas, las pocas ideas que se les haya podido inculcar.

II. La enseñanza de la historia

En el ámbito de las escuelas y colegios es advertible el rumbo antimodélico que toma la enseñanza de la historia, la materia que más se presta para la exaltación de los arquetipos.

«Nunca se llegará a la comprensión histórica –escribe Huizinga– si no visualizamos la imagen de los individuos que fueron los primeros en concebir los pensamientos, que cobraron ánimo para obrar, que arriesgaron y salieron victoriosos donde otros muchos se entregaron a la desesperación».

En este sentido, Hesíodo y Homero, a pesar de que no fueron historiadores, en sentido estricto, sino más bien poetas, resultaron auténticos educadores a través de la historia, porque al exponer las hazañas de los héroes, enseñaban implícitamente el deber-ser del ciudadano de la polis.

«No es el conocimiento de lo cotidiano –escribe Caponnetto–, de suyo variable y pasajero, lo que perfecciona las almas, sino el detener la mirada en los gestos, en los actos, en los pensamientos que han vencido la fugacidad diaria, que han conquistado un sitio en la historia y por eso se han vuelto actuales, es decir, permanentes, de interés constante.

«Homero es nuevo esta mañana y el diario de hoy ha envejecido ya», decía Péguy aludiendo a esa contemporaneidad de lo superior, en contraste con la caducidad de los sucesos ordinarios». Bien escribía Chesterton: «Tradicón no quiere decir que los vivos están muertos sino que los muertos están vivos».

Hoy se prefiere otro tipo de enseñanza de la historia, adecuada a la superficialidad del ambiente. Una historia no comprometida, profesionalista y descriptiva, químicamente pura, sin adjetivos, y, si es posible, sin sustantivos, en última instancia, una historia amorfa, informe e incapaz de formar. Es lo que propiciaba Latreille: «La explicación histórica debe evitar los juicios de valor, sean intelectuales o morales». A eso le llaman objetividad. Lo que se esconde detrás de dicho método es una adhesión incondicional al movimiento, al continuo devenir histórico, sobre la base filosófica de la ambigüedad sustancial de las cosas humanas.

Así, se va creando una generación de relativistas, que no se exponen por nada, porque nada merece la pena. Cada generación, se dice, tiene que volver a escribir la historia a su manera; en el caso de la historia argentina, ayer se nos la enseñó destacando la filiación hispanocatólica, hoy nuestra procedencia iluminista, y mañana podremos elegir la que queramos o preferir no tener ninguna. Así han concebido la historia los liberales y también los marxistas; se sabe cómo cada cierto tiempo Stalin ordenaba escribir de nuevo los textos de historia, exaltando y degradando personajes, según las conveniencias del momento.

Una enseñanza de la historia de este tipo no deja sitio para el misterio, por cuanto margina toda huella de supratemporalidad. Pero he aquí que el tiempo es ininteligible si no se lo considera a la luz de la eternidad. Así lo entendía San Agustín, para quien la historia sólo resultaba comprensible sobre el telón de fondo de la Divina Providencia y de la suprahistoria; sólo se volvía inteligible cuando se la consideraba no sólo con un punto de partida y un punto de llegada, ambos extratemporales, sino también con un centro de gravitación, en la plenitud de los tiempos, que no era otro que el Verbo encarnado, preparado a lo largo del Antiguo Testamento, revelado en el Nuevo, y conduciendo a la humanidad rescatada hacia un fin sin fin. Una historia que se desarrollaba al modo de una conflagración entre dos ciudades que se enfrentaban en el curso de los siglos.

Semejante manera de entender la historia es desconocida o burlada. La enseñanza de dicha asignatura actualmente en boga se encierra en lo inmanente, como el topo se esconde debajo de la tierra ignorando el panorama amplio y azul del firmamento. Es el grave error del historicismo, que vicia toda auténtica docencia de la historia, ya que castra al hombre al cortarle sus religaciones metahistóricas. Sólo queda el fenómeno, en el sentido kantiano de la palabra.

«No creo en la Divina Providencia –decía Edward Carr–, ni en otra cualquiera de las abstracciones a que se ha atribuido algunas veces el gobierno del rumbo de los acontecimientos». De ahí que «los historiadores serios –agrega– no pueden pertenecer a la escuela de Chesterton y Belloc».

El historicismo se nos presenta así como la proyección en el campo histórico del camino secularizante que viene tomando todo el saber científico desde los comienzos de la modernidad. Al obviar la Providencia, y cualquier perspectiva suprahistórica, los historiadores sedicentes realistas se ven obligados a recurrir a sucedáneos de la Providencia, por ejemplo el evolucionismo, pero sobre todo el mito del progreso indefinido. Croce vio bien al decir:

«No se le puede ocultar a nadie el carácter religioso de toda esta nueva concepción del mundo, que repite en terminología laica los conceptos cristianos... el Dios laico del paraíso terrenal».

Tal es la historia que hoy se quiere enseñar. Una historia que destierra la profecía, la previsión del futuro, con base en los elementos que ofrece la tradición. Pero que también destierra la memoria. Solzhenitsyn ha denunciado el siniestro plan que en su momento elaboró el régimen marxista para destruir la memoria de su patria mártir en aras de la gestación del «hombre nuevo». Bien señala Caponnetto que «la historia es la memoria de los pueblos, y una nación sometida al reemplazo sistemático de su memoria acaba en el olvido».

La preterición de las raíces y de los arquetipos fundacionales, no tiende sino a engendrar aquellos «ciudadanos del mundo» que propicia la política educativa de la UNESCO, sobre la base de la abdicación de lo nacional y en orden a la consolidación de un mundo homogeneizado. La enseñanza de una historia sin raigambre se torna indispensable para llevar adelante el proyecto de la factoría próspera y aséptica. Hacer de cada país un peón de ajedrez en el tablero del Nuevo Orden Mundial.

III. Arquetipo e individuo

Pero el tema de los modelos no afecta sólo a las naciones y, consiguientemente, al estudio de la historia universal y patria, sino que tiene que ver también con el hombre individual. Son dos aspectos que se conectan entre sí. Porque la inmanentización de la visión histórica tiene como colofón que la significación de los hechos se inicie y se agote en el hombre, un hombre hecho a imagen y semejanza de sí mismo. Es el drama del antropocentrismo contemporáneo, de un hombre sin referencias ni religaciones que lo trasciendan.

El hecho es que así como no hay enseñanza verdadera de la historia sin atingencia a los paradigmas, tampoco hay realización del hombre sin contemplación de sus arquetipos. Cabe ahora decir algo sobre el significado de la palabra arquetipo, cuyo origen se remonta a la tradición cultural del mundo griego. *Typos*, primitivamente, significaba golpe, ruido hecho al golpear, marca dejada como consecuencia de un golpe. *Arjé* agrega el sentido de principalidad, originalidad. Por tanto: golpe o marca original. El arquetipo es así una suerte de modelo original que golpea al hombre y lo atrae por su ejemplaridad, un primer molde –inmóvil y permanente–, una forma o idea concretada en una persona, que tiende a marcar al individuo, instándole a su imitación.

El Arquetipo supremo es Dios mismo, el ejemplar sumo, o mejor, el que contiene en sí las ideas ejemplares de todas las cosas. En lo que respecta al hombre, es Él quien originalmente le ha dado un toque, le ha puesto su marca, lo ha modelado al modo de un artesano, haciéndolo su icono, su imagen, su reflejo.

Universalizando la materia, podemos decir que la causa ejemplar es aquella a cuya imitación obra el agente, el paradigma o forma ideal que éste se propone al realizar una obra; su virtualidad causal consiste propiamente en ser imitada, en suscitar una semejanza no casual ni espontánea, sino pretendida, buscada.

«Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra», dijo Dios al crear al hombre. Los Padres de la Iglesia enseñaban que la imagen es algo ontológico en el ser humano, algo imperdible; la semejanza, en cambio, es más bien ética o moral; si la imagen es el ser, la semejanza es el quehacer. Todo el sentido de la vida del hombre consiste en ir de la imagen a la semejanza, acercándose así al Arquetipo original. En lenguaje de Scheler: «ser, en el sentido pleno de la palabra, es ser capaz de seguir en pos del Arquetipo». O, como escribe Caponnetto, «al hombre le corresponde el tránsito del deber-ser ideal y normativo al ser real, hacer que su esencia valiosa tenga existencia plena concreta».

La sabiduría griega logró atisbar esta vocación modélica que oculta el hombre en sus mismas entrañas. Especialmente Platón, en su célebre alegoría de la Caverna, donde lo que en definitiva se propone es convocar a los cautivos para que emerjan a la superficie y renuncien a lo rastrero, de modo que, superando su estado de extrañamiento, se eleven hacia la contemplación esplendente de las formas ideales. En el pensamiento de Platón, el descubrimiento de lo que debe ser el hombre normal, no es, como para nuestros contemporáneos, el resultado de una compulsión estadística que nos da la media aritmética, el *uomo qualunque*, sino que lo normal es lo normativo, y por tanto lo superior y ejemplar. Esta idea cautivó al mundo griego y se reflejó hasta en las artes. A Fidias se le ha comparado con Sócrates, porque en sus mármoles uno, y en sus enseñanzas el otro, ofrecieron las pautas de un elevado deber-ser, siempre en dependencia de los modelos arquetípicos.

IV. El hombre, una vocación a la trascendencia

Resulta curioso, pero el hombre es un ser esencialmente inestable. Está hecho para trascenderse, tiene la vocación de la trascendencia. No puede reducirse a permanecer en los límites de un humanismo clausurado en sí mismo: o se trasciende elevándose, o se trasciende degradándose; o se trasciende para arriba o se trasciende para abajo. Según Scheler, el núcleo sustancial del hombre se concentra en este impulso, en esta tendencia espiritual a trascenderse. Thibon lo ha expresado a su modo:

«El hombre sólo se realiza superándose; no llega a ser él mismo más que cuando traspasa sus límites. Y, a decir verdad, no tiene límites, sino que puede, según que le abra o cierre la puerta a Dios, dilatarse hasta el infinito o reducirse hasta la nada».

Extraño este sino del hombre. O se eleva endiosándose, como han hecho los santos, o se degrada animalizándose, como el hijo pródigo que, tras renunciar a su filiación ennoblecedora, acabó apacentando cerdos. La decisión es intransferiblemente personal.

Siempre nos ha repugnado aquella expresión: «cada cual debe aceptarse como es». Los arquetipos y modelos se proponen a nuestra consideración precisamente para que no nos aceptemos como somos, sino que nos decidamos a trascendernos. «Somos viajeros en busca de la patria –decía Hello– tenemos que levantar los ojos para reconocer el camino». Cuenta Cervantes que los rústicos que escuchaban al Quijote en las ventas terminaban arrobados por su discurso. Es que aquellas palabras encendidas les permitían reencontrarse con lo mejor de ellos mismos, elevando sus corazones por encima de la trivialidad cotidiana.

La existencia banal –ha escrito Heidegger– está hecha de abdicación y termina en el hastío y en la angustia, reclamando algo más que la colme y la sacie. Es Dios quien ha puesto en nosotros esa atracción hacia lo sublime, esa necesidad ontológica de superarnos, de ser distintos y mejores de lo que somos, ese anhelo de quebrar el círculo estrecho de las apetencias menores. Sólo tendiendo a lo superior, llegamos a ser auténticamente nosotros mismos; sólo accediendo a la atracción de las alturas, salimos de nuestra subjetividad y nos hacemos capaces de poner nuestra vida al servicio de Dios y de los demás.

La Declaración de los Derechos del Hombre, tal como brotó del espíritu de la Revolución Francesa, contribuyó a crear en los hombres una conciencia de acreedores exigentes, eclipsando el recuerdo de la gran deuda de servicio que sobre todos pesa.

Por cierto que no han faltado malentendidos en este tema de la superación del hombre. Por ejemplo el de Hegel, que acabó subsumiendo y diluyendo al hombre en su Espíritu Absoluto. O el de Nietzsche, con su arquetipo del superhombre. Nietzsche comenzó bien, rebelándose contra un mundo que llevaba en su frente los signos de la mediocridad y la decadencia, la pusilanimidad y el pacifismo, la rutina y el hedonismo burgués; denunció con vehemencia la vida muelle, la laboriosidad del hormiguero, el gregarismo de «las moscas de la plaza pública», la cifrapromedio y el seguir la corriente; entendió con claridad los riesgos del triunfo de la medianía como norma, del mediocre como paradigma y de la cantidad como calidad. Su reivindicación casi desesperada de los valores de la jerarquía y de la auténtica autoridad hizo que autores como Thibon vieran en él una especie de místico frustrado, según este último explicó detalladamente en su magnífico libro Nietzsche o el declinar del espíritu.

Sin embargo no hay que engañarse. Nietzsche equivocó el diagnóstico; mezcló irreverentemente las causas del mal, lanzando acusaciones demoledoras contra el Cristianismo, cuya sublimidad y belleza no llegó a percibir. Quiso que el hombre se trascendiera, sí, pero sobre la tumba de Dios. El hombre se convertiría en

superhombre si primero se hacía deícida. Mas su propia experiencia le enseñó amargamente que sin Dios y contra Dios, el hombre se extingue, anonada su ser justamente cuando pretende elevarlo de manera prometeica. Su superhombre es casi «bestial», sin sombra de compasión ni de piedad. ¿No es otra manera de llegar a la animalización? Hay algo de satánico en su grito dionisiaco: «Dios ha muerto, viva el hombre», un eco de la promesa del demonio en la tentación a nuestros primeros padres: «Seréis como dioses». En última instancia, Nietzsche es deudor del error antropocéntrico: matar a Dios para divinizar al hombre.

Otro falso atajo, sin salida, hacia la trascendencia es el que nos propone Jung, una pretendida trascendencia de orden psíquico, en el ámbito de las fabulaciones oníricas o de las reminiscencias fantásticas. Dice Caponnetto que Jung sintió la nostalgia del mar insondable, pero se quedó en las aguas de una jofaina, con sus patologías y sus reduccionismos psiquiátricos. En una palabra, redujo toda la realidad a lo psicológico, limitando a su vez lo psicológico a la hipertrofia del inconsciente.

Hegel, Nietzsche y Jung. He ahí tres escapatorias fallidas para el anhelo de trascendencia ínsito en el hombre. En los tres casos se trata de una suerte de autotranscendencia: la del hombre que se pierde en el Espíritu Absoluto, la del hombre que se extravía en un hipotético superhombre, y la del hombre que busca trascenderse en el surrealismo. Tres falsas trascendencias que, en última instancia, no son sino trasdescendencias.

Pero volvamos a la auténtica trascendencia, al endiosamiento verdadero del hombre, convocado a ser como Dios, no a fuerza de músculos, según sugirió Satanás a nuestros padres, sino en virtud de la gracia, que nos impele suavemente a levantar vuelo. Pues bien, son justamente los arquetipos y los modelos los que ayudan a lanzarse a las alturas, los que verticalizan el espíritu, plasmando almas y forjando metas, tanto en el orden natural cuanto en el sobrenatural.

Es preciso distinguir, como agudamente lo ha hecho Scheler, entre un jefe y un modelo. El primero actúa desde afuera, el segundo influye recónditamente, en la interioridad del ser. «El jefe exige de nosotros un obrar, el modelo exige una manera de ser». Por eso la penetración de este último es más honda. El modelo o paradigma tiene todo el atractivo del ideal, del ser superior, bueno y perfecto, cuya presencia o recuerdo estremece el alma con particular vehemencia. Jefes y modelos no son, por cierto, categorías excluyentes. Los jefes pueden ser modelos, y éstos, a su vez, ejercer cierta jefatura espontánea e implícita. Por lo demás, según sean nuestros modelos, nuestros sueños ideales y normativos, así serán los jefes que elijamos o que aceptemos gustosamente.

El arquetipo se comporta, pues, al modo de un imán que verticaliza los espíritus, estableciendo algo así como una ley de la gravedad invertida. Cuán acertadas aquellas reflexiones de Aristóteles en su *Metafísica*:

«No hay que prestar atención a los que aconsejan, con el pretexto de que somos hombres, no pensar más que en cosas humanas y, con el pretexto de que somos mortales, renunciar a las inmortales; sino por el contrario, hacer lo posible para vivir conforme con la parte más excelente de nosotros mismos, pues el principio divino, por muy débil que sea, aventaja en mucho a cualquier otra cosa por su poder y valor».

Esa «parte más excelsa de nosotros mismos», ese «principio divino» es justamente el que se extasía frente al arquetipo, viendo en él una suerte de encarnación de su anhelo más profundo, el de trascenderse a sí mismo. Bien afirma Caponnetto que:

«La autoridad del Arquetipo surge, en síntesis, como una imperiosa y esencial necesidad del hombre, que de este modo viene a quebrar lo que pudiera darse de nivelación, de igualitarismo o de sujeción a la uniformidad gregaria. La autoridad

del Arquetipo, su presencia refulgente, aglutinante y directriz, es un reclamo natural del espíritu, es un silencioso pedido que emana de la vocación jerárquica del hombre, de la perentoriedad por subordinarse a un Orden y a un Ordenador, en una obediencia que es la clave de la verdadera libertad».

He aquí por donde pasa la decisión radical en la vida de cada hombre: o sucumbir a la mediocridad, dejándose encandilar por el brillo de las cosas que le son inferiores, o proponerse una existencia vertical, con su inevitable cuota de renuncia y de sacrificio, una existencia orientada hacia la contemplación del Arquetipo y la emulación de sus virtudes. La verdadera paideia no es, en última instancia, sino la preocupación constante por encauzar al educando hacia la mimesis del paradigma.

V. Los diversos arquetipos

¿Y cuáles son, concretamente, estos arquetipos, para nosotros, los cristianos?

Como dijimos más arriba, el Arquetipo por antonomasia es Dios, nada menos que Dios, del cual derivan todos los aspectos estimulantes de los otros arquetipos – los paradigmas humanos– . En una de sus humoradas, Cristo nos dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Decimos que es una humorada porque jamás nos será posible igualar la perfección infinita de Dios. Lo que se nos quiere expresar es que, en el camino del progreso espiritual, la medida es sin medida, que no hay «bastas» que valgan. El único «basta» lo pronuncia la muerte.

Más cercana a nosotros se nos ofrece la figura de Cristo como Modelo Supremo, el Verbo que se hizo carne para divinizar nuestra carne, el Hijo de Dios que se hizo Hijo del hombre para que los hijos de los hombres llegásemos a ser hijos de Dios. He aquí un auténtico y fascinante Arquetipo, puesto a nuestra consideración para que, imitando sus virtudes, nos trascendamos ilimitadamente. El mismo que se proclamó camino, nos invita a seguir su huella. «Venid en pos de mí», «aprended de mí», «os he dado ejemplo para que vosotros hagais como yo he hecho»... Todo el cristianismo puede ser considerado a la luz del seguimiento de Cristo. Este seguimiento no es una acción a distancia, es una mimesis de Cristo que conduce a la identificación con Él, a poder decir un día con el Apóstol: «ya no vivo yo sino que es Cristo el que vive en mí».

Seguimiento de Cristo, decíamos, pero también de aquéllos que, habiendo imitado a Cristo con espíritu magnánimo, participan más de cerca de su ejemplaridad. Nos referimos a los Santos. En cada uno de ellos se revela algún aspecto peculiar del Cristo polifacético. No deja de ser revelador el drama que representa para los protestantes su rechazo de la veneración de los santos. Acertadamente señaló Jung que la historia del protestantismo es una historia de continua iconoclastia, y por tanto de divorcio entre la conciencia de los hombres y los grandes arquetipos. Advirtamos que no siempre los santos son modélicos porque sus virtudes y cualidades hayan resultado o resulten agradables al espíritu de una época determinada. Con frecuencia atraen a pesar de no coincidir con los gustos predominantes en una sociedad dada; más aún, atraen precisamente en el grado en que contrarían y corrigen los errores del tiempo en que vive el que los admira. Bien señalaba Chesterton:

«La sal preserva a la carne, no porque es semejante a la carne, sino porque le es desemejante. De ahí que cada generación es convertida por el santo que más la contradice».

Dios, Cristo, los Santos. Pero también son paradigmáticos los Héroes. Cuando García Morente buscó el mejor modo de explicar la Hispanidad, encontró en el caballero cristiano, concretamente en el Cid Campeador, el arquetipo más apropiado y de alcances más hondos. Vale la pena recordar los motivos de dicha elección:

«Lo que necesitaremos para simbolizar la Hispanidad es un tipo, un tipo ideal, es decir, el diseño de un hombre que, siendo en sí mismo individual y concreto, no lo sea sin embargo en su relación con nosotros. Un hombre que, viviendo en nuestra mente con todos los caracteres de la realidad viva, no sea sin embargo ni éste ni aquél..., un hombre, en suma, que represente como en la condensación de un foco, las más íntimas aspiraciones del alma española, el sistema típicamente español de las preferencias absolutas, el diseño ideal e individual de lo que en el fondo de su alma todo español quiere ser».

Estos modelos no podrán ser hombres banales, trivializados por la cotidianidad, sino hombres superiores, héroes o mártires, hayan triunfado o no en sus empeños. La elección del arquetipo es fundamental para el individuo, por lo que decía San Agustín:

«Nemo est qui non amet, sed quaeritur quid amet. Non ergo admonemur ut non amemus, sed ut eligamus quid amemus –Nadie hay que no ame, de lo que se trata es de saber qué ama. No se nos dice que no amemos, sino que elijamos lo que amemos».

Pero también dicha elección es fundamental para las naciones. Por lo que el mismo San Agustín escribió en su obra *De Civitate Dei*:

«Ut videatur qualis quisque populus sit, illa sunt intuenda quae diligit –Para ver cómo es cada pueblo, hay examinar lo que ama–».

Porqué, en definitiva, como escribe Caponnetto, es en la elección de sus modelos, y en la proporción con que esos modelos elegidos y predilectos reflejan la ejemplaridad divina, como se puede medir el esplendor o la decadencia de una comunidad histórica determinada.

En una sociedad como la que vivimos, tantos falsos paradigmas, de tantos ídolos creados por la propaganda y por los llamados formadores de opinión, se hace más apremiante que nunca destacar la necesidad de un reencuentro con el tiempo áureo y sus paradigmas. Ello significará muchas veces remar contra la corriente. Pero es el único camino.

No hace mucho, nuestro recordado poeta Leopoldo Marechal, refiriéndose a aquel famoso texto de Hesíodo acerca de las cuatro edades del mundo y del movimiento descendente de la humanidad desde la Edad de Oro a la de Hierro en que ahora nos encontramos, movimiento que se traduce por un oscurecimiento progresivo a medida que el hombre se va alejando de la luz primordial, decía sin tapujos de sí mismo:

«Yo soy un retrógrado... Pues bien –proseguía– siendo yo un hombre de hierro, y tras de realizar, como lo hice, las posibilidades cada vez más oscuras del siglo, mi alma en experiencia vino descartándolas gradualmente hasta cruzarse de brazos en la correntada que seguía y sigue descendiendo hacia su fin. Naturalmente, como la inmovilidad es imposible a toda criatura forzada por la condición temporal y sometida, por ende, al movimiento, sólo me quedaban dos recursos: o morir – abandonar la corriente del siglo en un gesto suicida–, o nadar contra la corriente, vale decir, iniciar un retroceso en relación con la marcha del río. Para lograrlo es indispensable oponer una fuerza de reacción a la fuerza descendente que nos arrastra, tal como lo están haciendo, en el campo de la física, los productores de cohetes y de aviones a retropropulsión. Y es que hay analogía entre las leyes del mundo físico, del mundo psíquico y del mundo espiritual: El surubí le dijo al camalote: / no me dejes llevar por la inercia del agua. / Yo remonto el furor de la corriente / para encontrar la infancia de mi río... Soy un retrógrado pero no un oscurantista, ya que voy, precisamente, de la oscuridad hacia la luz».

VI. La admiración y el deseo

Los arquetipos son ineludiblemente dignos de admiración, son simplemente admirables. La admiración es el sentimiento que brota del alma cuando el hombre percibe sea la belleza física de alguien, sea su grandeza moral o su bondad, realizadas en un grado eminente. Suele comportar un matiz de asombro o de estupor. El Cardenal de Bérulle describía así dicho sentimiento:

«Los que contemplan un objeto raro y excelente se encuentran felizmente sorprendidos de extrañeza y de admiración... esta extrañeza da fuerza y vigor al alma... que se eleva a una gran luz».

Es conocido aquel juicio de Aristóteles según el cual la admiración se encuentra en el origen de toda investigación de las causas, especialmente de la filosofía. Mas el asombro no es sólo el comienzo de la actividad filosófica. Los Padres griegos lo consideraban también como el principio de la actividad teológica, teórica y práctica. Gustaban decir que no fue sino el asombro que experimentaron los discípulos ante la gloria reverberante del Cristo transfigurado en el Tabor, lo que les permitió, rebosantes de gozo y estupor, trascender la humanidad de Jesús y acceder a la contemplación de su divinidad.

La admiración se opone en particular a una cierta superficialidad que a veces parece afectar a nuestras facultades espirituales, y por consiguiente a la indiferencia o a la rutina que son su consecuencia. Assueta vilescunt, dice un viejo adagio, las cosas reiteradas se envilecen. La capacidad de admiración supone siempre ojos nuevos, una nueva y original mirada sobre el objeto o la persona que asombra. Como ojos nuevos necesitaron los apóstoles para poder contemplar al Cristo transfigurado. La admiración tiene que ver, pues, con la inteligencia, que se extasía ante la verdad, al percibir su carácter inefable, pero también influye en la voluntad, excitando el amor, según aquello que decía San Francisco de Sales, «que el amor hace fácilmente admirar, y la admiración amar». E incluso inspira al sentimiento, suscitando la poesía. De ahí lo que afirmaba Santo Tomás: «El motivo por el que el filósofo se asemeja al poeta es porque los dos tienen que habérselas con lo maravilloso».

La admiración, que impregna los actos más importantes de la vida religiosa, como la adoración, la alabanza, la reparación, la acción de gracias, es un eco de la inefabilidad del misterio. Por eso la liturgia, escuela de admiración, incluye, si bien con extrema sobriedad, algunas expresiones de asombro, según puede observarse en las antifonas del Oficio Divino llamadas en O, que preparan la Navidad: O Sapientia, O admirabile commercium, etc., así como en el lírico texto del Exsultet o pregón pascual: O mira circa nos tuae pietatis dignatio –ioh admirable dignación de tu piedad para con nosotros!–.

Asimismo la Escritura, leída con espíritu sapiencial, suscita inevitablemente el impulso admirativo. Cuando Bossuet, en sus Elevaciones sobre los misterios, comenta el prólogo del evangelio de San Juan, aquel apóstol al que la tradición llamó el águila de Patmos, deja trasuntar la admiración que se despierta en su alma, culminando en una especie de éxtasis literario: «Ay, me pierdo, no puedo más, no puedo decir sino Amén... ¡Qué silencio, qué admiración, qué asombro!».

La admiración entra incluso en los grados más elevados de la vida espiritual, particularmente en la contemplación. «La primera y suprema contemplación –dejó escrito San Bernardo– es la admiración de la majestad. Requiere un corazón purificado que fácilmente se eleve a lo superior». Para Ricardo de San Víctor, el paso de la meditación a la contemplación se opera por un acto de admiración prolongada; más aún, la admiración impregna la misma contemplación y en cierta forma la abre al éxtasis: «Por la meditación el alma se eleva a la contemplación, por la contemplación a la admiración, por la admiración al éxtasis».

Santa Teresa, en su descripción de los estados místicos, se refiere varias veces a la admiración. Allí afirma que el asombro del alma, tras haberse ido acrecentando incesantemente, acaba por apaciguarse en una especie de acostumbramiento, no ciertamente de índole rutinaria, sino de carácter superior, de familiaridad con los esplendores divinos, propio del estado de matrimonio espiritual.

Podemos así concluir con San Francisco de Sales: «No menos que la admiración ha causado la filosofía y atenta investigación de las cosas naturales, también ha causado la contemplación y la teología mística». Hasta estas cumbres nos conduce la admiración, hasta el entusiasmo, palabra quizás la más elevada que nos legaran los griegos, a la que es preciso rescatar del ámbito de la psicología en que ha sido recluida, para volver a descubrir su sentido original: entusiasmo viene de Theos – Dios–, significando propiamente el endiosamiento de una persona.

La admiración arrastra a la imitación de lo admirado. El ejemplo de la conversión de San Ignacio es clásica: «Si Santo Domingo lo hizo, si San Francisco lo hizo, ¿por qué no yo... ?». De ahí la importancia de la admiración en la vida personal y social. Daniélou dejó escrito que «el hombre moderno ha perdido el sentido de esa forma eminente de la admiración que es la adoración». Desde otro punto de vista se advierte que el hombre de nuestro tiempo, sobre todo en el campo intelectual, se va inhabilitando para todo tipo de admiración ennoblecedora en el grado en que pone, en la base de todo conocimiento, la duda en lugar del asombro. Digamos, sin embargo, en un sentido más general, que a veces la gente no se admira porque no encuentra mucho que admirar. Afirmaba Dostoievski que «es una grave enfermedad de nuestros tiempos no saber a quién respetar».

Juntamente con la admiración, exaltemos el valor del deseo, de los deseos. Cuando un candidato pretendía ingresar en la Compañía de Jesús, San Ignacio quería que le preguntasen si tenía deseos de perfección; en el caso de que dudase, había de preguntársele si al menos tenía «deseo de tener deseos». Es que el deseo es ya el comienzo del camino, el comienzo de la imitación del arquetipo. Cada uno es, de alguna manera, lo que admira, cada uno es, de algún modo, al menos potencialmente lo que desea. De ahí lo que escribía Santa Teresa:

«Conviene mucho no apocar los deseos... Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo y llega a mucho».

El deseo y la admiración son sentimientos hermanados en pos del arquetipo. Por algo enseñaba San Buenaventura que el camino de la perfección pedía «el asentimiento de la razón.... la mirada de la admiración... y el deseo de semejanza».

Por las páginas de este libro irán desfilando diversas figuras paradigmáticas, santos y héroes. Entre los santos incluimos orientales y occidentales, hombres y mujeres, contemplativos y abocados al apostolado. En la galería de los héroes desfilan sacerdotes y laicos, polemistas y hombres de estado. Algunos capítulos fueron publicados anteriormente en forma de artículos. Los restantes reproducen conferencias pronunciadas aquí y allá. Tal es la razón por la cual algunos de ellos tienen más aparato crítico, mientras que los que provienen de conferencias, prescinden de ello.

Cada capítulo es cerrado por una poesía, que aporta el elemento lírico, especialmente apto para elevar los corazones –y no sólo las inteligencias– a la belleza de la verdad. O mejor, para confirmar la Verdad por la belleza. Agradecemos a sus autores, particularmente a nuestro querido amigo Antonio Caponnetto, autor de varios de esos poemas, escritos especialmente para este libro.

Quiera Dios que al hilo de la lectura de la presente obra, se vaya despertando en los lectores el noble sentimiento de la admiración, el deseo de imitar, en la medida de sus posibilidades, y en las actuales circunstancias, a los héroes y a los santos cuyas vidas y obras se exponen. Esperamos que se sientan impulsados a la grandeza, contagiados de magnanimidad, que es la apertura del espíritu a lo sublime, la tensión del alma a las cosas grandes.

En una época de tanta decadencia, de tantas felonías, de tanta frivolidad, de tantos falsos arquetipos, es fácil contagiarse y apuntar bajo, no vuelo de águila sino vuelo de gallina. «Qué difícil es / cuando todo baja / no bajar también» –escribió Antonio Machado–. ¿No es acaso advertible entre nosotros una terrible caída del ideal? ¿Cuáles son nuestros paradigmas, individuales o sociales?

Levantemos, pues, la bandera de los arquetipos, de los ideales. Enarbolemos la cruz a que alude Marechal, esa cruz formada por dos líneas:

«la horizontal, con la marcha fogosa de sus héroes abajo, y la vertical, la levitación de sus santos arriba. La intersección de los dos travesaños: la vertical del santo, la horizontal del héroe, he ahí el gozne de nuestra esperanza».

Si no vivimos de ideales, no viviremos las realidades. El ideal es la forma sublime de la realidad. Pocas veces se alcanza el ideal, pero si por esta experiencia lanzamos los ideales por la borda, nos hundiremos más debajo de las realidades. Impregnémonos de deseos elevados, dando rienda suelta a la admiración. Y sobre el telón de fondo de la imagen venerable de Cristo, el Arquetipo más excelso en esta tierra, contemplemos a los santos y a los héroes, y por sobre ellos contemplemos a María Santísima, la Reina de los santos y la Heroína por antonomasia, a la que no en vano las letanías lauretanas llaman Mater admirabilis.

1 SAN PABLO

El mejor lugar para comenzar la contemplación de la figura de San Pablo es sin duda el camino de Damasco. Allí Saulo fue herido por la flecha del amor divino, que lo arrojó al mismo tiempo de su caballo y de su orgullo. Allí fue cambiado en otro hombre, lo fue en un instante y para siempre. «Señor, ¿qué quieres que haga?» (Hch 22,10) fue su pregunta, la que lo comprometió de por vida.

Decía Hello que por esta radicalidad del cambio operado en el corazón del Apóstol, el camino de Damasco dejó de ser un mero lugar geográfico para convertirse en una locución proverbial. Su conversión fue radical, en el sentido etimológico de la palabra: sus raíces, antes hundidas en la tierra farisaica, se arrancaron de ese humus, pero no para permanecer al aire libre, sino para encontrar una nueva tierra de arraigo, Jesucristo. Y aquel hombre que había perseguido al Señor dijo que en adelante ya nada lo separaría de El.

A lo largo de estas páginas vamos a ir delineando las distintas facetas de esta rica personalidad y lo haremos recurriendo casi exclusivamente a sus propios textos. Porque en sus epístolas, Pablo, que no en vano fue llamado «el Apóstol por antonomasia», nos ha dejado, sin pretenderlo, una semblanza de lo que debe ser el apóstol de Cristo.

I. Llamada al apostolado

Numerosos son los textos paulinos que indican el alto concepto que el Apóstol tenía de su propia vocación, la indignidad de su persona en relación con una misión tan excelsa y el vigor de su confianza en Aquel que lo eligió.

1. Segregado por Dios

La caída del caballo significó para el Apóstol el punto de partida de su consideración del gran misterio de la redención. A partir de allí iría penetrando progresivamente en la profundidad del misterio de la Iglesia, en la que cada cual tiene su propia y específica vocación.

«A cada uno de nosotros –escribirá a los efesios– ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo... El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo; y Él constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a éstos, evangelistas; a aquéllos, pastores y doctores, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la estatura que corresponde a la plenitud de Cristo» (Ef 4,7.10-13).

El misterio de la Iglesia será uno de sus temas predilectos. La concibe como un gran cuerpo, trabado y unido por diversos ligamentos, que son las operaciones de cada uno de sus miembros (cf. Ef 4,16). Pues bien, esas operaciones no quedan libradas al azar, o a la preferencia de cada miembro, sino que desde toda la eternidad han sido decididas por Dios como el aporte de cada uno de los cristianos al conjunto de la Iglesia. La misión específica que Pablo ha recibido es la de ser

«ministro en virtud de la dispensación divina a mi confiada en beneficio vuestro, para llevar a cabo la predicación de la palabra de Dios, el misterio escondido desde los siglos y desde las generaciones y ahora manifestado a sus santos» (Col 1,25-26).

La conciencia de tal vocación está siempre presente en los escritos de San Pablo. Baste, para comprobarlo, el conjunto de todas sus cartas donde, casi a modo de presentación o tarjeta de identidad, dice que es apóstol, «no de parte de los hombres, ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y por Dios Padre» (Gal 1,1); «Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios» (Col 1,1);

«Pablo, siervo de Jesucristo, llamado apóstol, segregado por el Evangelio de Dios» (Rom 1,1).

Su vocación no es el fruto de un arranque de su corazón generoso, ni de una decisión que haya dependido de la carne o de la sangre. Su vocación es algo que lo trasciende infinitamente, algo que se entronca en el corazón mismo de Dios, en la eternidad de Dios.

«Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo –escribe a los efesios–, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto en El nos eligió antes de la constitución del mundo»(Ef 1,3-4).

Pablo ha sido constituido en «heraldo, apóstol y doctor» del eterno designio de Dios, encarnado en la persona de Cristo Jesús (cf. 2 Tim 1,9.11). A la luz de esa grandiosa perspectiva cobra todo su sentido el hecho milagroso de Damasco:

«Cuando plugo al que me segregó desde el seno de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, anunciándole a los gentiles, al instante, sin pedir consejo a la carne ni a la sangre...» (Gal 1,15-16).

2. En favor de la gentilidad

El llamado de Pablo al apostolado tuvo un carácter específico y propio suyo: «Se me había confiado –dice– el evangelio de la incircuncisión» (Gal 2,7). El corazón de Pablo, ensanchado por Dios a la medida de su vocación, acabó por ser un corazón católico como pocos. Se le hubiera hecho imposible limitarse al reducido marco del pueblo de la circuncisión. Dios le había infundido la necesidad de romper la estrechez de esos marcos e ir más allá: «Me he impuesto el honor de predicar el Evangelio donde Cristo no había sido nombrado» (Rom 15,20).

En esta decisión tomada por la voluntad del Apóstol, en un todo coherente con el designio de Dios sobre él, ha de haber tenido un influjo decisivo la consideración del carácter universal de la redención de Cristo. Nada más lejos de él que la pretensión de limitar a un solo pueblo el abrazo católico y universal de Cristo.

«Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos; testimonio dado a su tiempo, para cuya promulgación he sido yo hecho heraldo y apóstol –digo verdad en Cristo, no miento–, maestro de los gentiles en la fe y en la verdad» (1 Tim 2,5-7).

Bien sabe, sin embargo, que la catolicidad de su decisión no es el fruto de un mero acto de su voluntad, por generosa que sea. En el fondo de tal vocación late el llamado expreso de ese Dios que lo ha elegido desde toda la eternidad.

«A mí, el menor de todos los santos –escribe a los efesios–, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo, e iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la Iglesia» (Ef 3,8 10).

3. En la humildad de la confianza

Jamás San Pablo olvidaría su origen, jamás olvidaría que un día fue Saulo. Ya en pleno ejercicio de su ministerio no temerá llamarse a sí mismo «un aborto...», el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios» (1 Cor 15, 8-9). Toda su vida no es sino un canto de gratitud a la misericordia del Dios que lo sacó de su miseria:

«Gracias doy a nuestro Señor Cristo Jesús, que me fortaleció, de haberme juzgado fiel al confiarme el ministerio a mí, que primero fui blasfemo y perseguidor violento mas fui recibido a misericordia, porque lo hacía por ignorancia en mi incredulidad; y sobreabundó la gracia de nuestro Señor con la fe y la caridad en Cristo Jesús. Cierto es, y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al

mundo para salvar a los pecadores de los cuales yo soy el primero. Mas por esto conseguí la misericordia, para que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su longanimidad y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en El para la vida eterna» (1 Tim 1,12-16).

Sobre tan sublime comienzo, todo él producto de un acto gratuito de Dios, se fundaría la solidez del edificio de su apostolado. Pablo se gloría de haber sido escogido desde la nada, nada de sí y nada de méritos propios. No es extraño, ya que Dios se complace en elegir la necedad según el mundo para confundir a los sabios, lo que no es nada para anular lo que es, de modo que nadie pueda gloriarse de su vocación ante el Señor (cf. 1 Cor 1,27. 29.31).

«Llevamos este tesoro en vasos de barro –escribe a los corintios– para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra» (2 Cor 4,7).

Tal certeza le permite caminar con la seguridad de que todo lo que haga de positivo en el campo de su misión no provendrá últimamente de sí mismo, ya que «nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Cor 3,5). Y si bien en ninguna cosa se considera inferior a los más eximios apóstoles, a Pedro o a Juan, no teme afirmar que «nada soy» (2 Cor 12,11) La pregunta que dirigiría a los corintios, se la había dirigido primero a sí mismo: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias, como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4,7).

A lo largo de toda su misión apostólica tendrá siempre presente la nada original de su vocación junto con la omnipotencia de Aquel que sabe sacar cosas de la nada. Sin duda ha de haber quedado muy impresionado cuando, en cierta ocasión, pidiéndole a Dios le quitara «el aguijón de su carne», que lo empujaba hacia abajo, oyó que el Señor le decía: «Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder». A lo que el Apóstol agrega: «Muy gustosamente, pues, continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo» (2 Cor 12,9).

La confianza de que podrá realizar su gran misión apostólica, soñada por Dios desde toda la eternidad, se funda así sobre la roca sólida de la humildad. Nunca tendrá temor de lanzarse a las más arduas y peligrosas empresas; resonará en su interior aquella hermosa expresión suya: «Sé en quién me he confiado» (2 Tim 1,12).

La gracia de su vocación sacerdotal y apostólica no es para Pablo un don transeunte, sino algo que le acompaña en todo su ministerio, un don permanente, que él recibiera directamente de Cristo, así como sus sucesores lo recibirán por la imposición de manos.

Vale, pues, también para ellos lo que recomienda a su discípulo Timoteo, a quien ordenara de sacerdote: «Te amonesto que hagas revivir la gracia de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos» (2 Tim 1,6). Eso es la vocación: un fuego, una brasa, que a veces puede irse apagando y es necesario reavivar. «No descuides la gracia que posees» –le dirá a Timoteo en otra ocasión (1 Tim 4,14). La gracia del apostolado es un don pero es también un acicate.

II. Enamorado de Jesucristo

El designio eterno de Dios es la razón última de la vocación de Pablo al apostolado. Posiblemente el lector habrá advertido en no pocos de los textos que ya hemos citado el lugar que ocupa la figura de Cristo en ese designio divino: «en El nos eligió» (Ef 1,4). La vocación de Pablo se hace pues incomprensible si no la consideramos a la luz del misterio de Cristo.

1. La contemplación de Cristo

Si, al decir de Santo Tomás, el apostolado es entregar a los demás lo que previamente se ha contemplado, pocos como San Pablo han sido apóstoles de manera tan cabal.

«Si es menester gloriarse, aunque no conviene –les escribe a los corintios– vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, tampoco lo sé, Dios lo sabe fue arrebatado hasta el tercer cielo; y sé que este hombre si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir» (2 Cor 12,1-4).

El apóstol de la evangelización ha debido ser primero el contemplador de lo inefable. En el orden de la misión evangélica no es posible hablar con eficacia si anteriormente no se ha entrevisto la inefable sublimidad del mensaje que hay que transmitir. San Pablo ha penetrado como nadie en el corazón de Dios, en el corazón de Cristo. En carta a los efesios, les comunica su propia experiencia, deseándoles

«que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, de modo que arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios»_(Ef 3,17-19).

Se trata, al parecer, de una mutua inhesión: Pablo ha penetrado en el corazón de Cristo, ha sondeado sus abismos, se ha encendido en ese horno ardiente de caridad, ha mensurado la inconmensurabilidad del amor encarnado, por una parte; pero por otra, ese Cristo ha penetrado en su corazón humano y lo ha ensanchado a la medida de su corazón divino, para hacerlo capaz de contemplar lo que no se puede ver.

Cada santo capta con más intensidad un aspecto particular de la polifacética riqueza de Cristo. Porque el misterio de Cristo es inagotable. Quizás el aspecto que contempló mejor San Pablo y se apoderó de él sea la misión recapitulatoria de Cristo, su señorío y su realeza eterna y temporal. Según la visión paulina, Dios se propuso un plan en Cristo, para que fuese realizado al cumplirse la plenitud de los tiempos, «recapitulando todas las cosas en El, las del cielo y las de la tierra» (Ef 1,10). Todo lo puso bajo sus pies, y a El lo puso por cabeza de todas las cosas, en la Iglesia, que es su cuerpo_(cf. Ef 1,22-23), «para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil 2,10-11)

La totalidad de] apostolado de San Pablo no brotará sino de la contemplación de este misterio, que será el leit motiv de su diario trajinar: a la realeza de Cristo debía ordenarse la universalidad de las cosas.

«Ya el mundo, ya la vida, ya la muerte; ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro les decía a los corintios; y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor 3,21-23).

De esa intuición, que va al centro del misterio de Cristo, deduciría el Apóstol todas las consecuencias para su vida interior y para su trabajo apostólico, sabiendo que Dios «nos ha de dar con El todas las cosas»_(Rom 8,32).

2. La identificación con Cristo

El intenso amor que Pablo experimenta por Cristo no es sino el eco del amor que Cristo el primero le tuvo a él. Impresiona el uso sereno del pronombre personal en primera persona: «Me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20). El mismo Pablo, que con acentos tan encendidos predicara el amor universal del Redentor, sabe bien que dicho amor no se diluye en el anonimato de un rebaño numeroso sino que se vuelca con toda su fuerza infinita sobre cada uno de los fieles, concretamente sobre él: «me amó». Este amor es un amor de amistad, fundado en la gracia, la vida divina que corre por las venas del cuerpo de Cristo y por las venas del alma de Pablo.

Se produce como una suerte de transfusión de sangre, de vida, de ideas, de voluntades, desde Cristo a su apóstol amado. No resulta, pues, petulante la afirmación de San Pablo: «Nosotros tenemos el pensamiento de Cristo» (1 Cor 2,16). Es que se ha hecho uno con el Amado, como lo dejó expresado tan admirablemente en la catequesis bautismal que incluye en su carta a los romanos, cuando dice que por el bautismo hemos sido injertados en Cristo, hemos muerto con El y con El hemos resucitado (cf. Rom 6,5-9); los adjetivos que emplea precedidos por la conjunción griega *syn* = con (co-muertos, co-resucitados) implican una intimidad profunda, casi metafísica. No exagera lo más mínimo cuando en su carta a los gálatas afirma llevar en su cuerpo «los estigmas del Señor» Tras haber dicho: «Jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gal 6,14).

Pablo no aspira a otra cosa que al acrecentamiento de esta identificación. Lo único que anhela es que Cristo sea glorificado en su cuerpo, ya sea viviendo, ya muriendo, «que para mí la vida es Cristo, y la muerte, ganancia» (Fil 1,21). Se trata de un proceso de identificación progresiva, que poco a poco va extinguiendo todo lo que en Pablo no es asimilable por Cristo, hasta llegar a una especie de transustanciación mística, que le permitirá decir: «Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,19.20).

Ha vencido el más fuerte; el más débil ha hecho suyos los pensamientos, los afectos, las voluntades de Cristo. Esto y no otra cosa es la amistad consumada. Ya nadie podrá distanciar lo que Dios ha unido.

«¿Quién nos separará del amor de Cristo? –exclama, arrebatado, en carta a los romanos– ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Según está escrito: Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, somos mirados como ovejas destinadas a la muerte. Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó. Porque persuadido estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8,35-39).

3. El apostolado en Cristo

Pablo ha quedado definitivamente polarizado en Cristo. En adelante sabe que ya coma, ya beba o ya haga cualquier otra cosa, lo hará todo para la gloria de Dios en Cristo (cf. 1 Cor 10,31). «Si vivimos, dice, para el Señor vivimos; y si morimos, morimos para el Señor. En fin, sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos» (Rom 14,8). Es el lenguaje del enamorado.

Propio es de la amistad amar todo lo que el amado ama. Una amistad que no llegara hasta allí estaría radicalmente falseada; no será sincera ni íntegra. Pues bien, Pablo sabe que Cristo no sólo «lo amó» a él, personalmente, sino que también dio su vida por toda la humanidad, como lo expresara en apretada frase: «Cristo nos amó y se entregó por nosotros en ofrenda» (Ef 5,2). Ese mismo Jesús le había enseñado que El se identificaba con los cristianos cuando Pablo, entre anheloso y deslumbrado, le preguntara, en el camino de Damasco, al caer del caballo: «¿Quién eres, Señor?» y El le respondiera: «Soy Jesús a quien tú persigues» (Hch 9,5).

Perseguir a los cristianos no era otra cosa que perseguir a Jesús. A partir de ese momento, el Apóstol comprendió que no podría amar a Jesús de veras si excluía de su amor a aquellos por los cuales el Señor no había trepido en darse hasta su último aliento. La llama de su apostolado se ha encendido en el corazón generoso de Cristo, horno ardiente de caridad Al evangelizar, será Cristo quien a través de él evangelice: «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Cristo os exhortase por medio de nosotros» (2 Cor 5,20; cf. también 2 Cor 4,5). El enamorado ha encarnado la persona del amado.

III. Consumido de celo

Si Cristo, al amarnos, nos amó hasta el fin, hasta la dación suprema de su propia vida, parece obvio que el apóstol, al encarnar el amor del Amor encarnado, se sienta movido a la ofrenda total de su propio ser para la salvación de las almas.

1. La urgencia de la acción apostólica

San Pablo es todo lo contrario de un espíritu mediocre. Cuando entiende que la causa es buena, se lanza en su prosecución sin dar cabida a vacilación alguna. En la época que antecedió a su conversión, lo vemos enérgico en la lucha contra la nascente «herejía cristiana», combatiendo «con exceso», como él mismo lo reconoce, a la primitiva Iglesia, «aventajando en el celo por el judaísmo a muchos de los coetáneos de mi nación y mostrándome extremadamente celador de las tradiciones paternas» (Gal 1,13-14). Su paso era como un torbellino devastador; «perseguí de muerte esta doctrina, encadenando y encarcelando a hombres y mujeres» (Hch 22,4); obligaba a blasfemar a los prisioneros, y acosaba a los cristianos incluso en ciudades alejadas (cf. Hch 26,10-11). Sería precisamente a sus pies donde los testigos depositaron los mantos del protomártir Esteban, mientras él aprobaba su muerte (cf. Hch 7,58-60).

Una vez convertido, su celo cambia de sentido, o mejor, encuentra su verdadero sentido. Ahora su corazón se enciende en ardor apostólico, deseoso de reparar, y con creces, el mal anteriormente perpetrado. El corazón del Apóstol vibra de santa indignación al ver cómo el Amor no es correspondido, o es preterido. San Lucas relata que, en una ocasión, esperando Pablo a los suyos en Atenas, se consumía su espíritu al ver la ciudad llena de ídolos (cf. Hch 17,16). Su caridad se hace apremiante. La evangelización se le impone como una necesidad. «¡Ay de mí sí no evangelizare!» –les dice a los corintios– (1 Cor 9,16). Y en frase tajante: «La caridad de Cristo nos urge» (2 Cor 5,14).

2. Gastarse y desgastarse

El celo es como un ardor del alma. Siente celo el esposo que se considera traicionado; y en cierta manera el amigo del esposo puede compartir dicho celo. En este contexto se hace inteligible la estupenda frase del Apóstol: «Os celo con celo de Dios, pues os he desposado a un solo marido para presentaros a Cristo como casta virgen» (2 Cor 11,2).

Ante el espectáculo de tantas almas esposas de Cristo que abandonan al Esposo divino y se unen en adulterio por el pecado, Pablo arde en celo, e imitando al Buen Pastor, abandonará el refugio de su comodidad y se lanzará por las avenidas del mundo en busca de la oveja perdida. Lo afirmaría él mismo con frase que aún hoy parece conservar el calor de la brasa original:

«Siendo del todo libre, me hago siervo de todos para ganarlos a todos, y me hago judío con los judíos para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la Ley me hago como si yo estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que están bajo ella. Con los que están fuera de la Ley me hago como si estuviera fuera de la Ley, para ganarlos a ellos, no estando yo fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo. Me hago débil con los débiles para ganar a los débiles; me hago todo a todos para salvarlos a todos» (1 Cor 9,19-22).

A quienes lo quieran imitar, el Apóstol no promete descanso alguno. Sólo fatiga, y más fatiga, ya que «el labrador ha de cansarse antes de percibir los frutos» – escribe a Timoteo, su discípulo en el apostolado– (2 Tim 2,6). Tal es la sabiduría de un apóstol: vivir «redimiendo el tiempo», como dice en expresión pletórica de densidad (cf. Ef 5,16). A su discípulo dilecto no le desea otra cosa que cansarse por Cristo: «Comparte las fatigas, como buen soldado de Cristo Jesús» (2 Tim 2,3).

Únicamente así merecerá que, al fin de su vida, la Iglesia pida para él la paz eterna, el reposo eterno, que descanse en paz. Sólo tendrá derecho a «descansar

quien previamente se haya cansado», luchando incesantemente por la extensión del Reino de Cristo. En el pensamiento de San Pablo eso es lo único necesario, sin importarle demasiado que su trabajo sea apreciado, ni siquiera por parte de aquellos que constituyen la causa de sus desvelos: «Yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré por vuestras almas, aunque, amándoos con mayor amor, sea menos amado» (2 Cor 12,15).

3. Forma gregis

El apostolado de San Pablo nada tiene que ver con lo que podría ser un activismo superficial, sin ejemplaridad alguna. El pastor debe ser forma gregis y modelo de su rebaño. En caso contrario correría el peligro de «haber corrido en vano y haberse afanado en vano» (Fil 2,16). Por eso dice el Apóstol que castiga su cuerpo y lo mortifica, no sea que habiendo sido para los demás el heraldo de la fe, resulte él mismo descalificado (cf. 1 Cor 9,26-27).

San Pablo sabe por experiencia que no hay mejor predicación que la del propio ejemplo, debiendo ser nada menos que una suerte de «molde de Cristo». Esta ejemplaridad no es algo que debe acompañar el apostolado sino parte constitutiva del mismo. Ninguna escondida soberbia se oculta, pues, en la repetida invitación paulina: «Os exhorto a ser imitadores míos» (1 Cor 4,16); «sed, hermanos, imitadores míos y atended a los que andan según el modelo que en nosotros tenéis» (Fil 3,17; cf. también 1 Tes 1,6).

En este sentido se podría decir que el apostolado de San Pablo hace escuela, y escuela tradicional, es decir, basada en una transmisión de doctrina y de vida, que se comunica de generación en generación, casi como por ósmosis. «Lo que de mí oíste ante muchos testigos –le escribe a Timoteo–, encomiéndalo a hombres fieles capaces de enseñar a otros» (2 Tim 2,2).

Pablo se nos muestra como el formador perfecto. Jamás se precipitará «en imponer las manos a nadie» (1 Tim 5,22). Jamás pondrá freno a los que trabajan seriamente en la predicación y la enseñanza, según aquella expresión bíblica que hizo suya: «No pondrás bozal al buey que trilla» (1 Tim 5,18). Y así podrá gloriarse de las almas que ha engendrado para Cristo, al ver su fe viva y su caridad ardorosa, al comprobar su paciencia y su fe en las tribulaciones (cf. 2 Tes 1,3-4), se gozará al ver cómo sus hijos son cual lirios en medio de una generación mala y perversa «como antorchas en el mundo, llevando en alto la palabra de vida» (Fil 2,15-16)

Ninguna alegría parece más legítima para el Apóstol que la que se deriva de su satisfacción al contemplar los frutos de su trabajo, al constatar que sus hijos han entendido que su palabra no era palabra humana sino palabra de Dios (cf. 1 Tes 2,13), al ver como la gracia que en favor de muchos se le había concedido, sea de muchos agradecida por su causa (cf. 2 Cor 1,11). «¿No sois vosotros mi obra en el Señor? Si para otros no soy apóstol, a lo menos para vosotros lo soy, pues sois el sello de mi apostolado en el Señor» (1 Cor 9,12). Y así como Pablo recibe la admiración de los hijos de sus entrañas, así puede también él admirar la obra de sus manos: «somos vuestra gloria, como sois vosotros la nuestra» (2 Cor 1,14).

IV. Sobrenaturalmente fecundo

San Pablo se siente inextricablemente ligado con sus hijos en el espíritu. Enamorado como está de Jesucristo, no le resulta posible despreocuparse de aquellos por los que Cristo entregó la última gota de su vida. Tal es el consejo que les da a los presbíteros de Éfeso: «Mirad por vosotros y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que El adquirió con su sangre» (Hch 20,28). Un precio demasiado caro para dejar indiferente a un corazón ardoroso como el del Apóstol.

1. Entrañas paternas

San Pablo fue, evidentemente, un maestro, un jefe. Sin embargo su relación con sus fieles no es tanto la del doctor con sus alumnos, ni la del caudillo con sus súbditos, sino la del padre con sus hijos: «Pues aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres, que quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo» (1 Cor 4,15).

Sin duda que no deja de ser cautivante esta analogía de la paternidad. Pero aun ella le resulta demasiado débil para expresar la intensidad de su amor. Quiere ser más que un padre, quiere llegar a ser madre de sus fieles. «¡Hijos míos, les dice, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros!» (Gal 4,19). La expresión tan vigorosa, nos trae el recuerdo de la Santísima Virgen que, aun cuando sin dolores, engendró físicamente al Cristo que Pablo seguirá engendrando místicamente en el alma de los creyentes.

Pero la maternidad paulina no termina en la gestación de Cristo:

«Mientras vivimos estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal. De manera que en nosotros obre la muerte; en vosotros, la vida» (2 Cor 4,11-12).

Como una madre a la que se le extrae sangre para transfundírsela a su hijo, al tiempo que ve cómo éste recobra vida y color, ella va empalideciendo y debilitándose. Lo dice el Apóstol en otro lugar: «Nos gozamos siendo nosotros débiles y vosotros fuertes. Lo que pedimos es vuestra perfección» (2 Cor 13,9).

Es oficio propio de los padres no sólo engendrar a sus hijos sino también alimentarlos. Por eso, dice el Apóstol,

«aun pudiendo hacer pesar sobre vosotros nuestra autoridad como apóstoles de Cristo, nos hicimos como pequeñuelos y como nodriza que cría a sus niños; así, llevados de nuestro amor por vosotros, queremos no sólo daros el Evangelio de Dios, sino aun nuestras propias vidas: tan amados vinisteis a sernos» (1 Tes 2,7-8).

Sólo un padre o una madre sabe el alimento que necesitan sus hijos. Lo mismo acaece en el orden sobrenatural: a veces se necesitan alimentos sólidos, a veces alimentos tiernos. Los corintios, por ejemplo, hijos tan amados de San Pablo, eran aún demasiado débiles:

«Y Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no os di comida, porque aún no la admitíais» (1 Cor 3,1-2).

Todas las exhortaciones que el Apóstol dirige a los destinatarios de sus cartas no brotan sino de sus entrañas paternas. Así lo dice expresamente a los tesalonicenses (cf. 1 Tes 2,11-12). Su actitud es la que especifica al apóstol que quiera de veras ser tal: «No busco vuestros bienes, sino a vosotros; hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos» (2 Cor 12,14).

2. La correspondencia del amor

El Apóstol no esconde la ternura que experimenta por aquellos a los que ha engendrado en el Señor. Sus hijos son para él como una carta escrita con su propia mano, una carta de Cristo escrita en su corazón (cf. 2 Cor 3,2). Sus hijos son su esperanza, su gozo, su corona de gloria ante Cristo (cf. 1 Tes 2,19-20). Cuando Pablo está prisionero, dice estarlo por amor de sus hijos (cf. Ef 3,1).

«Así es justo que sienta de todos vosotros, pues os llevo en el corazón; y en mis prisiones, en mi defensa y en la confirmación del Evangelio, sois todos vosotros participantes de mi gracia. Testigo me es Dios de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús» (Fil 1,7-8).

Por las epístolas de San Pablo advertimos en cuán alto grado sus hijos correspondían al amor del padre. Pablo no disimula que esperaba esa devolución de

amor. Nada tiene ello de denigrante, ni mucho menos. Un padre o una madre tienen derecho a que su amor sea correspondido. «Dadnos cabida en vuestros corazones –les dice–... ya antes os he dicho cuán dentro de nuestro corazón estáis para vida y para muerte» (2 Cor 7,2-3). Un apóstol no puede ser insensible al amor de sus hijos, si bien no debe hacer que su entrega a ellos dependa del agradecimiento que pueda recibir. En ese sentido San Pablo es tajante:

«Grande fue mi gozo en el Señor desde que vi que habéis reavivado vuestro afecto por mí. En verdad sentíais interés, pero no teníais oportunidad para manifestarlo. Y no es por mi necesidad por lo que os digo esto, pues aprendí a bastarme con lo que tengo. Sé pasar necesidad y sé vivir en la abundancia; a todo y por todo estoy bien enseñado a la hartura y al hambre, a abundar y a carecer. Todo lo puedo en aquel que me conforta. «Sin embargo, habéis hecho bien tomando parte en mis tribulaciones» (Fil 4,10-4).

Aun cuando Pablo está dispuesto a desgastarse, a agotarse por sus hijos, incluso en el caso de no esperar de ellos retribución alguna, sin embargo su corazón humano no deja de acusar recibo del eco que su amor suscita en el corazón de sus hijos: «Yo mismo testifico –les dice a las gálatas –, que de haberos sido posible, los ojos mismos os hubierais arrancado para dármelos» (Gal 4,15).

3. Presencia y memoria

Las cartas de San Pablo son todas ellas producto de su amor apostólico. «Ved con qué grandes letras os escribo de mis propias manos!», les dice casi infantilmente a los gálatas (Gal 6,11). Pero más allá de la unión que entabla la correspondencia epistolar, el Apóstol ansía ver físicamente a sus hijos lejanos. «Hermanos –les escribe a los tesalonicenses–, privado de vosotros por algún tiempo, visualmente, aunque no con el corazón, quisimos ardientemente volver a veros cuanto antes» (1 Tes 2,17). Y no ocultaba su consuelo cuando recibía la visita de alguno de sus hijos, no sólo por el gusto de volver a verlo, sino también por las noticias que le traía de los demás (cf. 2 Cor 7,6-7).

A veces se piensa que el sacerdote debe ser un hombre frío, y que cualquier expresión de calor humano sería en él un signo de sensiblería, Pablo, el apóstol de hierro, el hombre marcial y aguerrido, no cree rebajarse al escribir a los romanos: «Espero veros al pasar, cuando vaya a España, y ser allá encaminado por vosotros, después de haberme llenado primero un poco de vosotros» (Rom 15,24).

Y si no le es posible ver a sus hijos, al menos los quiere tener siempre presentes en la memoria. Cómo se encuentran, con qué paciencia soportan las tribulaciones; tales o semejantes pensamientos parecieran estar constantemente en la mente del Apóstol.

«No pudiendo sufrir ya más –escribe a los tesalonicenses–, he mandado a saber de vuestro estado en la fe, no fuera que el tentador os hubiera tentado y se hiciese vana nuestra labor. Ahora, con la llegada de Timoteo a nosotros y con las buenas noticias que nos ha traído de vuestra fe y caridad, y de la buena memoria que siempre tenéis de nosotros, deseando vernos lo mismo que yo a vosotros, hemos recibido gran consuelo por vuestra fe en medio de todas nuestras necesidades y tribulaciones. Ahora ya vivimos, sabiendo que estáis firmes en el Señor. ¿Pues qué gracias daremos a Dios en retorno de este gozo que por vosotros disfrutamos ante nuestro Dios, orando noche y día con la mayor instancia por ver vuestro rostro y completar lo que falte a vuestra fe?» (1 Tes 3,4-10).

Para un sacerdote es siempre consolador recorrer, postrado ante el sagrario, la lista de sus hijos, presentes o ausentes, y hacer memoria de ellos en la presencia del Señor, uno por uno, pensando en sus necesidades, en las pruebas por las que estarán pasando, sufriendo con sus sufrimientos y gozándose con sus victorias. Así lo hacía San Pablo:

«Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros y recordándoos en nuestras oraciones, haciendo sin cesar ante nuestro Dios y Padre memoria de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestra caridad, y de la perseverante esperanza en nuestro Señor Jesucristo, sabedores de vuestra elección hermanos amados de Dios» (1 Tes 1,2-4).

Lo repite en diversas ocasiones: señal de que en él era un hábito. Testigo me es Dios dice por ejemplo a los romanos, «que sin cesar hago memoria de vosotros» (Rom 1,9). Y en sus cartas no desdeña aludir a personas concretas, como a Febe a Prisca y Aquila, a Andrónico, sus primicias en Cristo (cf. Rom 16,1-16).

Tal presencia mutua del Apóstol y de sus hijos, presencia física o presencia por la memoria, va creando una verdadera comunidad sobrenatural de sentimientos entre el padre y los hijos. Por eso San Pablo escribe con tanta frecuencia a las comunidades que ha engendrado, sobre todo cuando él está en medio de alguna gran tribulación o ansiedad, «para que conozcáis el gran amor que os tengo» (2 Cor 2,4); «pues si somos atribulados es para vuestro consuelo y salud; si somos consolados, es por vuestro consuelo» (2 Cor 1,6). Su fórmula de llorar con los que lloran, de alegrarse con los que se alegran (cf. Rom 12,15), enuncia una de las características de su estilo apostólico «pues mi gozo es también el vuestro» –les escribe a los corintios– (2 Cor 2,3); «¿Quién desfallece que yo no desfallezca? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?» (2 Cor 11,29).

San Pablo ha querido expresar la intensidad de su amor engendrante, recurriendo a una expresión verdaderamente atrevida cuando dice que desearía ser él mismo anatema de Cristo por sus hermanos (cf. Rom 9,3). Su amor a Cristo y su amor a los miembros del cuerpo de Cristo tironeaban al Apóstol en direcciones aparentemente contrarias.

Siglos más adelante diría San Martín de Tours, al ver que se acercaba la hora de su muerte, que si bien le gustaría morir para unirse con Cristo, sin embargo, si aún era necesario al pueblo de Dios, no se rehusaba al trabajo. Algo semejante encontramos en San Pablo:

«Y aunque vivir en la carne es para mí trabajo fructuoso, todavía no sé qué elegir. Por ambas partes me siento apretado, pues de un deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor, por otro, quisiera permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros» (Fil 1, 22-24).

V. Maestro de la Verdad

Repetidas veces se refleja en las epístolas paulinas la predilección del Apóstol por la tarea evangelizadora, especialmente a través de la predicación y de la docencia. Abordemos este aspecto de su fisonomía apostólica.

1. Fidelidad al depósito

El Apóstol tiene clara conciencia de que su enseñanza lo trasciende. La doctrina cristiana no es el producto de una elaboración puramente humana

«Os hago saber, hermanos –escribe a los gálatas–, que el evangelio por mí predicado no es de hombres, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo» (Gal 1,11-12).

Eso es lo que los hombres deben ver en los apóstoles: ministros de Dios y dispensadores de los misterios trascendentes de Dios. Y «lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles» (1 Cor 4,1-2). Por eso San Pablo recomienda insistentemente a su discípulo Timoteo que permanezca en lo que ha aprendido y le ha sido confiado, considerando de quién lo aprendió (cf. 2 Tim 3,14), y que guarde con cuidado el buen depósito (cf. 2 Tim 1,14).

El Apóstol juzga con extrema severidad a quienes, pretendiéndose apóstoles de Cristo, en vez de adherirse más y más a la doctrina del Señor, enseñan otras cosas

de su propia cosecha, suscitando en el cuerpo de la Iglesia toda clase de contiendas, blasfemias y suspicacias; tal es la huella que dejan los hombres «privados de la verdad» (cf. 1 Tim 6,3-5). A los gálatas, que parecían apartarse de la doctrina que Pablo les había enseñado, les escribe estas duras frases:

«Me maravillo de que tan pronto, abandonando al que os llamó en la gracia de Cristo, os hayáis pasado a otro evangelio. No es que haya otro; lo que hay es que algunos os turban y pretenden pervertir el evangelio de Cristo. Pero aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase otro evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema. Os lo he dicho antes y ahora de nuevo os lo digo: Si alguno os predica otro evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema» (Gal 1,6-9).

2. El oficio del sabio: exponer y refutar

Enseña Santo Tomás que la misión propia del que posee la sabiduría es enseñar la verdad y refutar el error. La mera exposición de la verdad sin la refutación de los errores a ella contrarios no resulta suficiente, pues en tal caso frecuentemente el discípulo quedaría inerte frente a las objeciones que se le presentan, con el consiguiente detrimento de la doctrina que ha aprendido.

A. Exponer la verdad

San Pablo es un apóstol lleno de sabiduría. Lo veremos, pues, ejerciendo el primer cometido del sabio: la enseñanza de la verdad. Cristo no lo ha enviado tanto para la administración de los sacramentos cuanto para la evangelización de los pueblos, les dice a los corintios (cf. 1 Cor 1,17). El celo que lo devora es la causa de su actividad magisterial. Sabe esto por lógica perfecta: «Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Pero, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? Y ¿cómo creerán en aquel del cual no han oído hablar? Y ¿cómo oirán si nadie les predica?» (Rom 10,13-14).

Su exposición de la doctrina no es sino la redundancia de esa fe viva que anida en sus entrañas: «Creí, por eso hablé» (2 Cor 4,13). No es la predicación paulina una predicación basada en la sublimidad de la elocuencia de la que, al parecer, carecía el Apóstol; mejor así, pues entonces quedaría bien en claro que la fe de sus hijos no se «apoyaba en sabiduría humana alguna sino sólo en el poder de Dios» (cf. 1 Cor 2,1-5).

Sin embargo, y con ironía verdaderamente divina, afirma que sus palabras contienen una sabiduría superior, que trasciende toda presunta sabiduría humana.

«Hablamos entre los perfectos una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, abocados a la destrucción; sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida.... que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo» (1 Cor 2,6.8).

Las dialécticas profanas y seculares sólo sirven para desvirtuar la cruz de Cristo; porque la doctrina de la cruz es locura para los impíos (cf. 1 Cor 1,17-18).

Para predicar de este modo, que es como San Pablo quiere que prediquen sus hijos sacerdotes (cf. 1 Tim 4,13-16) es menester nutrirse en la verdad, o como le dice a Timoteo, «en las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido» (1 Tim 4,6). Nada de oscuridades, so pretexto de una presunta profundidad. Lo importante es la fidelidad a la doctrina y el valor para no retacear su integridad.

Así debe ser el predicador cristiano, un hombre lleno de coraje, franqueza y libertad. Pablo pide a los efesios que rueguen por él para que «al abrir mi boca, se me conceda la palabra para dar a conocer con franqueza el Misterio del Evangelio, del que soy embajador encadenado para anunciarlo con toda libertad y hablar de él como conviene» (Ef 6,19-20). Nada más lejos del apóstol que la vergüenza mundana del tímido y del cobarde (cf. 2 Tim 2,15).

¡Cuán sintomático de un estilo semejante, cuán solemne aquel momento en que, entrando Pablo en el Areópago de Atenas, sede de la inteligencia de su tiempo, ocupada en oír la última novedad, anuncia valientemente el Dios desconocido! (cf. Hch 17,19-23). Conocían todas las novedades, menos la Buena Nueva...

B. Refutar el error

Porque, como dijimos antes, no basta con exponer la verdad. Bastaría, si en el mundo la verdad no fuese contradicha. Pero bien sabemos que está lejos de ser así. Lo que San Pablo predica acerca de los últimos días, de esos tiempos difíciles en que aparecerán falsos doctores «que siempre están aprendiendo sin lograr llegar jamás al conocimiento de la verdad» (2 Tim 3,7) es una realidad que se verifica en todos los tiempos. Siempre habrá gente satisfecha con sentirse en búsqueda y juzgando que todo hallazgo es un acto de soberbia intelectual. De ahí la solemnidad con que San Pablo le dice a su discípulo Timoteo:

«Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su aparición y por su reino: Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, vitupera, exhorta con toda longanimidad y doctrina, pues vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes, por el prurito de oír, se amontonarán maestros conforme a sus pasiones y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas. Pero tú sé circunspecto en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (2 Tim 4,1-5).

Nada peor para un apóstol que intentar conformarse «a este siglo» (Rom 12,2). El apóstol deberá tener el coraje fruto de la caridad de corregir a los que faltan o yerran, incluso, si fuese menester, «delante de todos para infundir temor a los demás» (1 Tim 5,20). Deberá prevenir a sus fieles para que no se dejen engañar con falacias barnizadas de filosofías, fundadas en elementos mundanos y no en Cristo (cf. Col 2,8);

«para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el juego engañoso de los hombres, que para seducir emplean astutamente los artificios del error, sino que, al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad» (Ef 4,14-15).

Deberá prevenir a sus hijos contra los falsos apóstoles, esos obreros engañosos que se disfrazan de apóstoles de Cristo, que hablan con un vocabulario religioso y teológico pero vaciado de contenido, secularizado, «pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (cf. 2 Cor 11,13-14). Deberá controlar que no se infiltren en su rebaño los sembradores de errores (cf. 1 Tim 1,3-6). Deberá proclamar con claridad y valentía que no hay consorcio posible entre la justicia y la iniquidad, entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial, entre el templo de Dios y los ídolos (cf. 2 Cor 6,15-16). Deberá, incluso, tener la caridad de corregir fraternalmente a las autoridades religiosas, cuando obran de manera reprensible, por el mal que su comportamiento puede provocar en los fieles (cf. Gal 2,11-13).

En el fondo de un hombre de este temple, que no ante el poder en apariencia avasallante del error, palpita un alma fuerte, sólida y vibrante, capaz de clamar: «No me avergüenzo del evangelio» (Rom 1,16). Un alma de apóstol, que sabe que no es el mundo el que ha de juzgar a los santos, sino que son los santos los que han de juzgar al mundo (cf. 1 Cor 6,2); y por tanto su lenguaje no será el de «Sí y No» a la vez, porque Cristo no ha sido «Sí y No», sino puro «Sí» (cf. 2 Cor 1,18-20). «De este modo, desechando los tapujos vergonzosos, no procediendo con astucia ni falsificando la palabra de Dios, manifestamos la verdad» (2 Cor 4,2), porque «no somos como muchos, que trafican la palabra de Dios» (2 Cor 2,17). Un apóstol así es un señor, un varón que «predica con gran libertad al Señor» (Hch 14,3), a pesar de todas las oposiciones que la verdad le suscitará. Porque, como genialmente diría San Agustín, la verdad necesariamente engendra el odio.

De ahí que San Pablo estuviera tan lejos de toda demagogia. El no buscaba el favor de los hombres sino el favor de Dios, sabiendo que si buscarse agradar a los hombres, ya no sería servidor de Cristo (cf. Gal 1,10). Por eso no teme contrariar a los corintios diciéndoles que no se engañen; que si alguno cree que es sabio según este siglo, se haga necio para llegar a ser realmente sabio, «porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios» (1 Cor 3,19). Nada, pues, de acomodados. Ya pueden los judíos pedir señales, ya pueden los griegos buscar sabiduría; Pablo no vacilará en predicar a Cristo crucificado, «escándalo para los judíos, locura para los gentiles» (1 Cor 1,23).

La historia de la Iglesia nos enseña que muchas veces los apóstoles de Cristo han querido caer bien a los hombres, halagándoles sus instintos. Y así a los ricos les hablaban contra los pobres, a los pobres contra los ricos, a las mujeres sobre la liberación femenina, etc. También en esto la docencia de San Pablo es perdurable, Al marido le dirá, sí, que es cabeza de la mujer, pero al mismo tiempo le dirá que debe imitar a Cristo y amar a su mujer como Éste amó a su Iglesia (cf. Ef 5,23.29.32). A la mujer le dirá que debe someterse a su marido, como a Cristo. A los hijos les dirá que obedezcan a sus padres, y a los padres, que no provoquen a ira a sus hijos; a los sirvientes, que obedezcan a sus señores; a los patronos, que den a sus sirvientes lo justo (cf. Ef 6,1.4.9; Col 3,18-22; 4,1; 1 Tim 6,17-19).

«Así hablamos, no como quien busca agradar a los hombres sino sólo a Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nunca, como bien sabéis, hemos usado de lisonjas ni hemos procedido con propósitos de lucro. Dios es testigo; ni hemos buscado la alabanza de los hombres, ni la vuestra, ni la de otros» (1 Tes 2,4-6).

VI. Corazón magnánimo

Una de las características más relevantes del corazón de San Pablo es la magnanimidad. Desde su juventud, el orgullo había penetrado hasta la médula de sus huesos. Y éste fue el hombre elegido. Porque Dios rechaza a los tibios. Pablo no era tibio ni mediocre. Las naturalezas grandes poseen recursos grandes, y cambian según son; son enteras, y cambian enteramente. Su orgullo, vaciado por la humildad, se transformó en magnanimidad.

1. Visión grande del Cristianismo

A veces los apóstoles de Cristo tienen una visión estrecha y raquítica del cristianismo, que quieren achicado a la medida de su corazón mezquino. No deja de ser admirable cómo San Pablo, aun escribiendo sus epístolas a cristiandades que vivían en torno a pequeñas polémicas, propias de almas pusilánimes, jamás se dejó atrapar por ellas sino que siempre se elevó al nivel de la grandeza.

Así, escribiendo a los colosenses, se remonta, por encima de toda minucia, a una visión propiamente divina de la historia de la salvación: «Porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fije creado por Él y para Él. Él es antes que todo y todo subsiste en Él. Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; Él es el principio, el primogénito de, los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas. Y plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo todas las cosas en Él, pacificando con la sangre de su cruz así las de la tierra como las del cielo» (Col 1, 16 20),

Y en carta a los corintios:

«Cómo en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados. Pero cada uno en su propio rango: las primicias, Cristo; luego, los de Cristo, cuando El venga; después será el fin, cuando entregue a Dios Padre el reino, cuando haya destruido todo principado, toda potestad y todo poder. El último enemigo destruido será la muerte, pues ha puesto todas las cosas bajo sus pies. Pues preciso es que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. Cuando dice que todas las cosas le están sometidas, es evidente que con excepción

de Aquel que le sometió todas las cosas; antes cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se someterá a quien a El todo se lo sometió, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1 Cor 15, 22-28; cf. también 15, 55-57).

Pareciera que estuviese siempre mirando la historia y sus acontecimientos, grandes o pequeños, desde el punto de vista de Dios, con los ojos de Dios. Jamás el Apóstol se perderá en el detalle. Aun las cosas más nimias, las considerará dentro de una perspectiva grandiosa. Su visión va del Génesis al Apocalipsis, abarcando todo el designio de Dios. Cumple de veras aquello que recomendaba a los colosenses, de buscar las cosas de arriba, donde está Cristo, como Señor de la historia, sentado a la diestra de Dios (cf. Col 3,1).

Su corazón, ensanchado a la medida del corazón de Cristo, vive en el éxtasis de la grandeza: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!... Porque de Él, y por Él, y para Él son todas las cosas» (Rom 11,33.36). Se comprende que moviéndose en un ámbito tan excelso haya experimentado con tanto verismo el contemptus mundi, menospreciando todo lo que los hombres reputan por ganancia: «Todo lo tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo» (Fil 3,7-8).

El Apóstol siente que no puede estar en lo pequeño, en lo trivial, ya que en sus manos ha sido puesto algo grande, todo el misterio de Cristo, todo el designio de Dios, que por Cristo ha reconciliado a la humanidad: «Nos ha confiado el misterio de la reconciliación... puso en nuestras manos la palabra de reconciliación» (2 Cor 5,18.19).

2. Expresiones de magnanimidad

Los escritos del Apóstol rebosan de este espíritu contagiosamente grande. Grande y agrandante de sus oyentes o lectores.

«Os abrimos, ioh corintios, nuestra boca, ensanchamos nuestro corazón; no estáis al estrecho en nosotros, lo estáis en vuestras entrañas; pues para corresponder de igual modo, como a hijos os hablo; ensanchaos también vosotros» (2 Cor 6,11-13).

La palabra «abundancia» brota con frecuencia de su corazón exuberante: así como abundó el pecado, sobreabunda la gracia (cf. Rom 5,20); «abundancia en toda buena obra» –escribe a los corintios– (2 Cor 9,8). Una abundancia a la que no obsta el hecho de que nada hayamos traído al mundo y nada podamos llevarnos de él... fuera de Cristo y de su gracia_ (cf. 1 Tim 6,7-8). Ese espíritu de abundancia sobrenatural vence a la misma decrepitud natural, producto necesario de los años, «por lo cual no desmayamos, sino que mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día» (2 Cor 4,16).

Porque en Cristo todo se ha hecho nuevo, nada queda en el fiel de la vejez ruinosa (cf. 2 Cor 5,17), salvo la antigüedad que añeja el espíritu, como al vino lo hace exquisito. El Apóstol, ensanchado en su corazón exuberante, abundoso, siempre joven aunque cada vez más añejo, alcanza así la perfecta libertad, ya que Cristo lo ha hecho libre de toda servidumbre (cf. Gal 5,1), sólo súbdito de la grandeza de su misterio.

Quisiéramos destacar una de las manifestaciones más hermosas del espíritu magnánimo que caracterizó a San Pablo: lo que él llama «la solicitud de todas las iglesias» (cf. 2 Cor 11,28). Desde su conversión supo que el Señor lo destinaba a llegar lejos, hasta los confines del mundo: «Yo quiero enviarte a naciones lejanas» (Hch 22,21); «te he hecho luz de las naciones (Hch 13,47). Se sabe el apóstol no de una facción sino de la totalidad, apóstol católico, universal, que se debe tanto a los griegos como a los bárbaros, a los sabios como a los ignorantes (cf. Rom 1,14); sabe que ha recibido la misión del apostolado en orden a promover la obediencia de

la fe, para gloria del nombre de Cristo, en todas las naciones (cf. Rom 1,5). «Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús... Desde Jerusalén hasta la Iliria y en todas direcciones lo he llenado todo del evangelio de Cristo» (Rom 15,17.19).

Pablo sufrió lo que Pemán llamara, refiriéndose a San Francisco Javier, «la impaciencia de los límites». Su espíritu de fuego está volcado no tanto a la consideración de lo que ya ha hecho, sino de lo que queda por hacer, está volcado hacia adelante: «Dando al olvido a lo que ya queda atrás, me lanzo tras lo que tengo delante, hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús» (Fil 3,12-14) lejos de toda pusilanimidad

La grandeza de sus miras y aspiraciones en modo alguno lo inclinó a vivir en la abstracción de lo irreal, de la utopía. El hombre que exploró las medidas del corazón de Cristo, el que subió hasta el tercer cielo y oyó palabras inefables, es el mismo que recomienda a Timoteo no beber agua sola sino mezclar un poco de vino, porque su discípulo sufre del estómago (cf. 1 Tim 5,23), el que escribe a los tesalonicenses pidiéndoles que cuando alguno de ellos lo visite le traiga el capote y los libros que olvidó en Tróade, en casa de Carpio (cf. 2 Tim 4,13), el que escribe a los efesios pidiéndoles que no se embriaguen con vino... sino que se llenen del Espíritu (cf. Ef 5,18). Tales nimiedades en manera alguna lo apartaban del panorama magnífico que lo había seducido.

La magnanimidad del Apóstol lo llevó a evitar a todo trance que sus hijos, que tanto lo amaban, se polarizasen en torno a él. No quería que dijese:

«Yo soy de Pablo, mientras otros decían: Yo soy de Apolo. Yo planté, Apolo regó; pero quien dio el crecimiento fue Dios. Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. El que planta y el que riega son iguales; cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo. Porque nosotros sólo somos cooperadores de Dios, y vosotros sois arada de Dios, edificación de Dios. Según la gracia de Dios que me fue dada, yo, como sabio arquitecto, puse los cimientos, otro edifica encima. Cada uno mire cómo edifica, que cuanto al fundamento, nadie puede poner otro sino el que está puesto, que es Jesucristo» (1 Cor 3,4-11).

Lo único importante, lo único grande es Cristo. Haciendo eco a la frase del Bautista, «conviene que El crezca y que yo disminuya, Pablo no pretenderá para sí otra cosa que diluirse, de modo que también los demás se centren y se apoyen en solo Cristo, la única roca. Obrar de otra manera sería querer estrechar lo que es grande. Y Cristo es demasiado grande, no se divide (cf. 1 Cor 1,12-15). Por desgracia esta actitud es poco frecuente ya que, como constataba el Apóstol, «todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo» (Fil 2,21).

No hay cosa que achique más el corazón de un apóstol que el sumergirse en minucias bobas, creyendo que se trata de cosas serias e importantes. San Pablo nos ha dejado preciosas enseñanzas a este respecto. A los judaizantes los juzga como empequeñecedores del cristianismo, que debe ser grande, católico. Jamás entraría en ese juego (cf. Gal 2,4). Y a Timoteo le recomienda insistentemente no ocuparse en disputas vanas (cf. 2 Tim 2,14), evitar las parlerías que son como una gangrena (cf. 2 Tim 2,16-17), desechar las fábulas profanas y «los cuentos de viejas» (1 Tim 4,7), huir de las cuestiones necias y tontas, que engendran altercados (cf. 2 Tim 2,23).

El apóstol que da importancia a lo que no es importante, estrecha su corazón, lo mezquina. Otra actitud que achica el espíritu es la del apóstol que, impresionado por la experiencia del mal, cuyo triunfo es evidente en un número tan grande de personas, queda tan decaído que empieza a dudar de la victoria final del bien. A tal apóstol, tan semejante a los discípulos de Emaús, le dice San Pablo: «No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien» (Rom 12,21). Sólo así será vigoroso. No sumergiéndose en nimiedades, ni dejándose impresionar por la aparente supremacía del mal, valorando más un gramo de gracia que una tonelada

de pecados, sólo así el apóstol llegará a ser sostén para los demás. Porque «los fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles» (Rom 15,1).

VII. Combatiente de Cristo

El apostolado paulino es un apostolado con todas las características de la milicia. San Pablo es un apóstol militante. Sus cartas semejan a veces partes de guerra. El templo de su alma es el de un soldado al servicio de la Realeza de Cristo. Los enemigos de Cristo son sus propios enemigos. Su espiritualidad pareciera preludiar la que, siglos después, animaría a los caballeros de las Cruzadas.

1. El buen combate

No deja de ser sintomático el lugar que ocupa el vocabulario castrense en las instrucciones que Pablo envía a su hijo predilecto, el obispo Timoteo. La doctrina que le ha enseñado, le dice, merece su defensa, «pues por esto penamos y combatimos» (1 Tim 4,10). La dedicación a la milicia apostólica es excluyente: «El que milita para complacer al que lo alistó como soldado, no se embaraza con los negocios de la vida» (2 Tim 2,4).

El apostolado incluye un elemento agonal, y parece exigir el esfuerzo que requiere el competir en un estadio, donde sólo es coronado el que compite con energía (cf. 2 Tim 2,5). «Te recomiendo –le dice a Timoteo– que sostengas el buen combate» (1 Tim 1,18), «combate los buenos combates de la fe» (1 Tim 6,12). Para lo cual necesitará una buena dosis de fortaleza, esa virtud tan amada por el Apóstol: «No te avergüences jamás del testimonio de nuestro Señor y de mí, su prisionero; antes conlleva con fortaleza los trabajos por la causa del Evangelio, en el poder de Dios» (2 Tim 1,8); «tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia de Cristo Jesús» (2 Tim 2,1).

En realidad, San Pablo considera que todo cristiano está llamado a tomar parte en esta lucha, por lo que escribe a los corintios: «Velad y estad firmes en la fe, obrando varonilmente y mostrándoos fuertes» (1 Cor 16,13). Pero de una manera muy particular lo está el que ha sido especialmente convocado para llevar adelante los combates del Señor, el sacerdote de Cristo.

¿Luchar contra quién? Ante todo contra sí mismo, contra las propias pasiones desordenadas, ya que el apóstol de Cristo debe irse haciendo otro Cristo y por ende ir muriendo progresivamente a sí mismo. Si «los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus concupiscencias» (Gal 5,24), cuánto más el llamado a dirigir esa misma lucha en sus hijos espirituales. Pero, como siempre, la visión de San Pablo es también aquí visión de águila. Más allá del enemigo interior apunta al Enemigo personificado, al Malo, «que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires» (Ef 6,12).

Como antaño Cristo en el desierto, Pablo es un atleta que ha resuelto enfrentarse personalmente con Satanás. El demonio bien lo sabía. A este respecto, no deja de ser encantador un episodio que se nos relata en los Hechos de los Apóstoles. Estaba Pablo en Efeso, haciendo numerosos milagros. Entonces unos judíos, que estaban por allí de paso, queriendo imitarlo, se acercaron a los endemoniados e intentaban exorcizarlos diciendo: «Os conjuro por Jesús, a quien Pablo predica». Pero el espíritu maligno les respondió: «Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero vosotros ¿quiénes sois?» (cf. Hch 19,13-15).

Frente al enemigo interior y exterior sabe el Apóstol que es preciso armarse. Frecuentemente exhorta San Pablo a fortificarse en el Señor y en la fuerza de su poder, a vestirse con la armadura de Dios para poder vencer las insidias del diablo (cf. por ej. Ef 6,10-11). Las armas de esta milicia tan peculiar no pueden ser carnales; éstas no alcanzarían para derribar las fortalezas levantadas por el

Enemigo con sus sofismas y altanería contra la sabiduría de Dios y la obediencia de Cristo (cf. 2 Cor 10,4-5).

«Tomad, pues, la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y, vencido todo, os mantengáis firmes. Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. Embraced en todo momento el escudo de la fe, con que podáis apagar los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios...» (Ef 6,13-17).

En última instancia, la armadura del apóstol combatiente no es otra que el mismo Dios, el Fuerte, quien deberá revestirlo de una fortaleza verdaderamente divina. Porque «si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom 8,31).

Visión militar de la vida cristiana, particularmente del apostolado, visión hecha de escudos, espadas, fortalezas... Realmente Pablo ha visto en la analogía militar una ejemplaridad excelente para explicar que la vida cristiana, y sobre todo la misión apostólica, tienen el carácter de una milicia. Al modo de un comandante en jefe escribía, sostenía, consolaba, fortificaba, alimentaba, animaba e inflamaba a los romanos, a los corintios, a los efesios, a los gálatas, Aquel hombre tuvo derecho a decir: «He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe» (2 Tim 4,7).

2. La persecución

La vida del Apóstol estuvo toda ella signada por la persecución. Era para él la garantía de su ortodoxia y de su fidelidad: ser perseguido por los enemigos de Cristo. Quien con tanto entusiasmo había antaño acosado a los cristianos, ahora desafiaba decididamente a todos sus perseguidores. Su conversión fue como una señal para el universal furor de los hombres y de los elementos. Todas las tempestades de la creación se desencadenaron a la vez en su contra. El mismo nos relata, casi como de paso y cual si se tratara de algo obvio para un apóstol, la sucesión de tales persecuciones. «Llegados a Macedonia –les escribe a los corintios– no tuvo nuestra carne ningún reposo, sino que en todo fuimos atribulados, luchas por fuera, por dentro temores» (2 Cor 7,5); «en Damasco, el etnarca del rey Aretas puso guardias en la ciudad de los damascenos para prenderme, y por una ventana, en una espuerta, fui descolgado por el muro, y escapé a sus manos» (2 Cor 11,32-33). Pero en modo alguno se lamenta de tales padecimientos. Lejos de ello, constituyen para él una prueba de que efectivamente ha sido llamado al apostolado. Así lo deja entrever en carta a los corintios:

«¿Son ministros de Cristo? Hablando locamente, más yo; en trabajos, más; en prisiones, más; en azotes, mucho más; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos; muchas veces en viajes me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos, trabajos y fatigas en prolongadas vigilias muchas veces, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez...» (2 Cor 11,23-27).

La persecución está, pues, en el programa de todo apóstol. Más aún, de todo cristiano que de veras quiera ser tal: «Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones» (2 Tim 3,12). El apóstol no busca quedar bien, ni espera ser premiado por el mundo. Los Hechos de los Apóstoles nos cuentan una aventura por la que pasaron Pablo y Bernabé cuando llegaron a Listra, y que no deja de ser aleccionadora para nuestro propósito. Allí, tras hacer un milagro, la multitud fue hacia ellos creyendo que eran dioses en forma humana, llamando a Bernabé Zeus, y a Pablo Hermas, porque éste era el que llevaba la palabra. El mismo sacerdote del templo de Zeus les trajo toros con guirnaldas para ofrecerles un sacrificio. Pablo los detuvo, diciéndoles que eran tan hombres como

ellos. Se les ofrecía el honor, el vano y sacrílego honor del mundo y ellos lo rechazaron.

Entonces todo cambió de un golpe, pues precisamente en este momento «judíos venidos de Antioquía e Iconio, sedujeron a las turbas, que apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, dejándole por muerto» (cf. Hch 14,18-19). Y así pasaron de los honores a las piedras. Es que el Apóstol no buscaba el agrado de los hombres ni el éxito mundano sino la complacencia de Dios ya que, como bien dice en otro lugar, «no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2,12).

Lo primero que debe hacer un apóstol es ofrecer lo que más valora: su propia vida. Tras este ofrecimiento al martirio, todas las ulteriores inmolaciones no serán sino juego de niños. Así lo entendían los primeros cristianos respecto de Pablo, como se evidenció cuando, al enviarlo para una misión difícil, lo presentaron diciendo que era un «hombre que ha expuesto la vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Hch 15,26).

¿Qué puede atemorizar a alguien que ya ha ofrecido lo mejor que tiene? San Pablo es, en este sentido, un hombre arrojado, dispuesto a evangelizar en medio de las mayores contrariedades (cf. 1 Tes 2,2-3): «Pronto estoy, no sólo a ser atado sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús» (Hch 21,13). Podría decirse que vivía en permanente disposición para el martirio: «Os aseguro, hermanos, por la gloria que en vosotros tengo en Cristo Jesús, nuestro Señor, que cada día estoy en trance de muerte» (1 Cor 15,31). Sobre tal presupuesto, se lanza a los mayores peligros, a los escenarios donde lo esperan cadenas y tribulaciones, ya que «yo no hago ninguna estima de mi vida con tal de acabar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús de anunciar el evangelio de la gracia de Dios» (Hch 20,24).

No es la persecución lo que teme el Apóstol; lo que teme es, por el contrario, la complacencia del enemigo de Cristo. Y así considera el martirio continuado como parte de su vocación:

«Porque, a lo que pienso, Dios a nosotros, los apóstoles, nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, pues hemos venido a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres... Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez, somos abofeteados, y andamos vagabundos, y penamos trabajando con nuestras manos; afrentados, bendecimos; y perseguidos, lo soportamos; difamados, consolamos; hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo, como estropajo de todos» (1 Cor 4,9.11.13).

San Pablo, perseguido por los gentiles y por los judíos, incluso por las autoridades religiosas del judaísmo, se siente inundado de gozo pues ello le permite asemejarse más a Cristo, condenado por Pilatos, por el Sanedrín y por la multitud. ¡Cuán admirables resuenan estas palabras suyas:

«En todo apremiados, pero no acosados; perplejos, pero no desconcertados; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, pero no aniquilados, llevando siempre en el cuerpo el [suplicio] mortal de Cristo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Cor 4,8-10)!

Podrá ser encadenado como un malhechor, pero se alegra sabiendo que la palabra de Dios no queda por ello encadenada (cf. 2 Tim 2,8-9). Podrá ser condenado a muerte, pero ello acrecentará su esperanza en el Dios que resucita a los muertos y le impedirá confiar en sí mismo (Cf 2 Cor 1,8.10). «Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en los aprietos, por Cristo, pues cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Cor 12,10).

Pablo sabe que si padece con Cristo, también vivirá con El; si sufre con Cristo, con El reinará (cf. 2 Tim 2,11). A semejanza del Redentor, sus padecimientos

sirven asimismo para bien de sus hijos: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24). Merced a la reversibilidad de los méritos en el cuerpo de la Iglesia, los sufrimientos del Apóstol redundan en sus hijos espirituales, a los que tales sufrimientos sirven también de ejemplo. «Os ha sido otorgado no sólo creer en Cristo –escribe a los filipenses–, sino también padecer por El, sosteniendo el mismo combate que habéis visto en mí y ahora oís de mí» (Fil 1,29-30).

No deberán los efesios entristecerse al ver a su padre sufriendo y atribulado, «pues mis tribulaciones son vuestra gloria» (Ef 3,13). Y de sus hijos no espera sino que lo imiten:

«Portaos de manera digna del Evangelio de Cristo –les escribe a los filipenses–, para que, sea que yo vaya y os vea, sea que me quede ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, luchando a una por la fe del Evangelio, sin aterraros por nada ante los enemigos, lo que es para ellos una señal de perdición, mas para vosotros señal de salvación, y esto de parte de Dios» (Fil 1,27-28).

Y en carta a los tesalonicenses les dice que se han hecho imitadores de los cristianos de Judea pues han padecido de sus conciudadanos lo mismo que aquéllos de los judíos, quienes dieron muerte a Jesús y a los profetas, y a él lo persiguen con odio (cf. 1 Tes 2,14-16). Es evidente que una concepción semejante de la persecución y del martirio hace que tales ataques hayan constituido para Pablo un motivo de exultación.

«Nos gloriamos en las tribulaciones –escribe a los romanos–, sabiendo que la tribulación produce la paciencia, la paciencia la virtud probada, y la virtud probada la esperanza, y la esperanza no quedará defraudada» (Rom 5,3-5).

Es que sabe con absoluta certeza que todos los padecimientos del tiempo presente, por acerbos que sean, no son nada en comparación con la gloria que le espera (cf. Rom 8,18). Y, en última instancia, sabe «que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman» (Rom 8,28).

3. La alegría

San Pablo no es un combatiente amargado, decepcionado por las deficiencias que ve a cada paso, abatido ante el número de los enemigos que, uno tras otro, van apareciendo en horizonte de su vida. Nada más horrible que un apóstol triste, amargado de su sacerdocio.

San Pablo tuvo vocación de víctima, pero sin poner cara de víctima. Por eso se alegra en sus sufrimientos, que son para él un motivo de gloria, «rebose de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Cor 7,4) y, si bien abunda en padecimientos por Cristo, así por Cristo abunda –¡otra vez el verbo «abundar»!– en consolación (cf. 2 Cor 1,5), sabiendo que en cambio de una momentánea y ligera tribulación le espera un peso eterno de gloria incalculable. Y él no detiene sus ojos en las cosas visibles, que son transeúntes, sino en las invisibles, que son eternas (cf. 2 Cor 4,17-18). «Nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo» (Rom 5,11).

Podría decirse que su epístola a los filipenses es la gran carta de la alegría cristiana. En ella aparece casi como un leit motiv la frase: «Alegraos siempre en el Señor, de nuevo os digo: alegraos» (Fil 4,4; también 3, 1, etc). Alegría, pero en el Señor, y que, por tanto, puede ir unida con tristezas en los hombres. La alegría es profunda, las tristezas son periféricas. De ahí que las mismas tribulaciones, en vez de convertirse en causa de desánimo, constituyan para él motivo de gozo.

En esa misma carta les cuenta a los filipenses que está preso y encadenado, pero que gracias a esas cadenas y a la noticia de su prisión, Cristo ha sido más conocido que antes; asimismo muchos de sus hijos, alentados por sus cadenas, sienten más coraje para dar testimonio de Dios. Es cierto, les agrega, que algunos

predican a Cristo, aunque por espíritu de envidia y competencia, no queriendo ser menos que él, pensando que con eso añadirán tribulaciones a sus cadenas. «Pero ¿qué importa? De cualquier manera, sea por pretexto, sea sinceramente que Cristo sea anunciado, yo me alegro de ello y me alegraré» (Fil 1, 18). En su corazón no anida ni la más mínima pizca de envidia, ese defecto que hace estragos cuando se apodera de algún apóstol de Cristo.

Les dice, finalmente, que quizás será llevado a la muerte desde su prisión, pero entonces se convertirá en libación sobre el sacrificio de la fe de sus hijos filipenses. Se esconde acá una idea delicada. Pablo miraba la fe que esos hijos suyos habían recibido de él como un sacrificio agradable a Dios, y aludiendo a una costumbre que había en los rituales antiguos de ofrecer, juntamente con la víctima que se inmolvaba, algunas libaciones de vino, por ejemplo, decía que si a él le llegaba la hora de tener que morir y ser como la libación que acompaña a aquel sacrificio de sus hijos, «me alegraría y me congratularía con todos vosotros. Alegraos, pues, también vosotros de esto mismo y congratulaos conmigo» (Fil 2,17-18).

En el corazón de un apóstol semejante, jamás podrá anidar la tristeza según la carne. Porque no toda tristeza es mala; Pablo incluso, cuando escribe a los corintios, les dice que es posible que su epístola los entristezca, pero que no se duele de ello, porque en ese caso se tratará de una tristeza según Dios, que es causa de penitencia saludable y no de una tristeza según el mundo, que lleva a la desesperación (cf. 2 Cor 7,8-10). Sin embargo insiste más en el gozo espiritual. «Vivid gozosos en la esperanza», les dice a los romanos (Rom 12,12), y a los corintios: «Dios ama al que da con alegría» (2 Cor 9,7); les promete ir a visitarlos pero esta vez no en tristeza (cf. 2 Cor 2,1), «porque queremos contribuir a vuestro gozo por vuestra firmeza en la fe» (2 Cor 1,24).

Ningún texto nos parece más adecuado para cerrar este trabajo que una cita donde se resume toda la espiritualidad apostólica de San Pablo:

«En nada demos motivo alguno de escándalo, para que no sea objeto de burla nuestro ministerio, sino que en todo nos acreditemos como ministros de Dios, con mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en apremios, en azotes, en prisiones, en tumultos, en fatigas, en desvelos, en ayunos, en santidad, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en caridad sincera, en palabras de veracidad, en el poder de Dios, en armas de justicia ofensivas y defensivas, en honra y deshonor, en mala o buena fe; cual seductores, siendo veraces; cual desconocidos, siendo bien conocidos; cual moribundos, bien que vivamos; cual castigados, mas no muertos; como contristados, aunque siempre alegres; como mendigos, pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, poseyéndolo todo» (2 Cor 6,3 10).

San Pablo

¿Dónde se oculta el caballero ardiente,
el que ostenta una rosa por espada?
Lleva en su pecho un sol para occidente
y un cielo nuevo lleva en su mirada.
Decidle que hay un alma adolescente:
detenida en la verde encrucijada.
Decidle que me busque entre mi gente:
por señal una tórtola dorada.
Pero ya sube al cielo el caballero
que no me ha de querer por escudero
y aquí me quedo balbuciendo idiomas
entre el Dragón y el Ángel que me cuida,
mientras no llega el Águila encendida
que agranda el corazón de las palomas.

Luis Gorosito Heredia

2 San Bernardo

La figura de San Bernardo es estelar en la Iglesia, y sin duda la más representativa de la época de la Cristiandad medieval.

Nació en el año 1091, cerca de la capital de Borgoña, de padres de ilustre prosapia. Su educación, propia de las familias de su estirpe, fue esmerada, incluyendo la gramática, la retórica y la dialéctica, juntamente con la lectura y explicación de autores clásicos tales como Cicerón, Virgilio, Horacio, etc. Bernardo era un joven robusto, de frente amplia, ojos azules y penetrantes. Todos sus contemporáneos coinciden en afirmar que brotaba de él un prestigio singular.

Un día comprendió que Dios le llamaba para seguirlo de cerca como religioso. Su padre se opuso terminantemente. Pero entonces comenzó a manifestarse aquella capacidad de seducción que durante toda su vida habría de emanar de su persona. Uno tras otro, todos sus hermanos, sin excepción, hicieron suya la decisión de Bernardo. Comentando este poder de atracción contagiosa, escribe René Guénon en el tan breve como precioso estudio que dedicara a nuestro santo:

«Hay ya en ello algo de extraordinario, y sería sin duda insuficiente evocar el poder del «genio», en el sentido profundo de esta palabra, para explicar semejante influencia. ¿No vale mejor reconocer en ello la acción de la gracia divina que, penetrando en cierta manera toda la persona del apóstol e irradiando fuera por su sobreabundancia, se comunicaba a través de él como por un canal, según la comparación que él mismo emplearía más tarde aplicándola a la Santísima Virgen?».

Personalidad riquísima, polifacética; tratemos, en cuanto nos sea posible, de delinear sus principales rasgos.

I. El Abad

En razón de diversas actitudes que Bernardo tomara en el curso de su agitada vida, a las que luego nos iremos refiriendo, para muchos de sus contemporáneos – e incluso ahora– pudo parecer un hombre cortante, irascible y agresivo. Se olvida una faceta de su personalidad que le es esencial, la paternidad. Porque Bernardo, más allá de ser monje, fue sobre todo padre de monjes, que eso significa Abad. Como se sabe, fue él quien hizo florecer la Orden del Cister, que se extendería por toda Europa. El se consideraba el padre de todos. Pero de manera particular de los monjes del monasterio que fundara y presidiera durante tantos años, el de Claraval, que tanto amó.

En los monjes que tenía a su cargo veía a sus hijos predilectos. Su principal cuidado era, tras haberlos impulsado a la vida religiosa, ofrecerles un alimento espiritual sustancioso, una doctrina espiritual sólida. Así lo hizo mediante espléndidos sermones que todavía hoy podemos admirar, algunos de ellos elaborados en el curso de la noche, y en los que les descubría el sentido de los misterios sobrenaturales, como una madre descascara las nueces y las prepara para sus hijos, según él mismo lo dijera en uno de esos sermones.

Entrañas paternas las de este abad, que aun en los momentos en que se siente abrumado por acuciantes problemas que le han propuesto desde fuera del monasterio, a veces de parte de los reyes o del mismo Papa, no vacila en distraerse tres o cuatro veces, interrumpido por los golpes discretos de sus hijos en la puerta de su celda, debiendo escuchar sus penas pueriles, sus preocupaciones triviales. Porque no sólo les dio su enseñanza sino también su afecto. En cierta ocasión, en que los padres de un joven le manifestaban por carta su aflicción a raíz del ingreso de su hijo en Claraval, a quien así creían haber perdido para siempre, él respondió: «Nosotros lo adoptamos por hijo, y nosotros os adoptamos por padres... Yo seré su padre, su madre, su hermano, su hermana». Esta frase de Bernardo nos recuerda

aquella de San Agustín: «Como obispo soy vuestro padre, como cristiano soy hermano vuestro». Así era Bernardo, padre y hermano.

Pero Bernardo sabía ser también amigo, uno de esos grandes amigos que no es fácil encontrar. Conocida es su estrecha amistad con diversos contemporáneos suyos como Guillermo de Saint-Thierry, Aelredo de Rievaulx, y tantos otros. Este último, precisamente, inspirándose en la persona y las enseñanzas de San Bernardo, haría la exposición teórica de la amistad en su libro *Speculum Caritatis*, donde entre otras cosas se lee esta frase, típicamente bernardiana: «La amistad viene de Dios, y Cristo es el lazo que une a los amigos».

Inmensa era, sin duda, la capacidad de afecto de San Bernardo, no sólo con sus hijos religiosos, sino también con laicos que en una u otra forma se relacionaban con él. Dio la razón de ello en una de sus cartas: «Todos están al servicio de un mismo Señor, militan bajo un mismo Rey; la misma gracia de Dios vale en la plaza pública y en el claustro –et in foro et in claustro gratia Dei eadem valet–». Bernardo no era «clerical», ni creía que sólo en el claustro el hombre llega a su plenitud. Cada uno tenía su propia vocación y en ella debía alcanzar la perfección respectiva. Religiosos y laicos eran necesarios a la Iglesia, son una misma realidad, decía, *unum sunt*. Por eso no le parecía una sustracción de su vida monástica, perder tiempo escribiendo a amigos y dirigidos espirituales, incluso sobre temas aparentemente nimios:

A Matilde, condesa de Blois, que se quejaba de la ligereza de su hijo, le aconseja ser indulgente con aquel joven: «Tu hijo puede olvidar a veces que es hijo, pero una madre no puede ni debe olvidar que es madre». A otra Matilde, Reina de Inglaterra, se toma la libertad de escribirle, comunicándole que había encomendado a Dios el nacimiento difícil de su hijo, el príncipe Enrique: «Tomad el mayor cuidado del hijo que acabais de poner en el mundo; me parece, sea dicho sin herir al rey, vuestro esposo, que yo soy también un poco su padre». En carta a Ermendgarda, duquesa de Bretaña, le dice: «Si pudiéseris leer en mi corazón lo que el dedo de Dios se ha dignado escribir allí con motivo de mi afecto por vos... El que os ha inspirado amarme así y elegirme para director de vuestra salvación, me ha inspirado un sentimiento igual, para que pueda retribuir vuestro afecto».

Un afecto, por cierto, que no se queda entre los límites de lo natural. «Dios se encuentra entre los amigos..., la única razón de amar a los amigos es Dios», afirma en una carta a Thibaud de Champagne. Y en otra, a un abad como él: «Jesucristo es el vínculo entre los amigos». Su discípulo Aelredo de Rievaulx escribiría en su tratado al que acabamos de aludir: «La amistad humana es una participación en la Amistad que está en Dios, porque Dios es Amor, y es también Amistad». En carta a Suger, el famoso abad de Saint-Denis, Bernardo le diría: «Las amistades sólo serán verdaderas si el nudo de la verdad las consolida».

Mas, como dijimos antes, su capacidad de afecto la volcó especialmente sobre los monjes que eran sus hijos espirituales preferidos. Hablando en una carta de uno de ellos que él había recibido en el monasterio y que acababa de morir, escribe:

«Fue mío durante su vida, y lo será después de su muerte, y lo reconoceré como tal en la patria. Sólo aquel que sea capaz de arrancarlo de la mano de Dios logrará separarlo de mí».

¿Agresivo Bernardo, intratable? Fue, por cierto, duro, pero sólo cuando había que serlo. Bien describió el primero de sus biógrafos el estilo de su gobierno monacal: «El más humano posible por el afecto que en ello ponía, pero el más intratable donde la fe estaba en cuestión». Este hombre del que se nos da la imagen de un hombre severo hasta la obstinación y austero hasta la tristeza, fue el que dijo en un sermón: *implentur omnia feruore spiritus et jucunda deuotione* – todo se llena con el fervor del espíritu y la entrega gozosa-. Bernardo predileccionó el adjetivo *jucundus*, palabra cercana a *jocus*, juego. Los filólogos nos enseñan que conviene no tanto al hombre que es feliz, cuanto a aquel que es causa de alegría

para los demás. La jucunditas es el encanto del alma, la capacidad de regocijarse a los que integran el entorno, la alegría comunicativa, el espíritu eutrapélico. Un encanto que invade todo. Y así habla de jucunda meditatio, jucunda contemplatio, y cuando explique el Cantar de los Cantares, en el primer sermón calificará tres veces el diálogo entre el Esposo y la Esposa como de jucundum eloquium.

Sus monjes destacaban el encanto de su «sonrisa», no la sonrisa del bobo sino la del hombre que ha alcanzado la plenitud de la serenidad; multos hilarabat, escriben, alegraba a muchos. La vocación al claustro, a pesar de las terribles renunciaciones y exigencias que implica, era para él una vocación al gozo. «Yo os quiero alegres», exhortaba a los suyos. Y a un grupo de jóvenes decididos a entrar en su monasterio les diría:

«Yo os lo afirmo en nombre de la verdad que es Dios, y creed a mi experiencia: este camino cuya entrada parece tan difícil, y tan estrecha, se vuelve cada vez más gozoso y feliz, laetior et jucundior».

No se trata, por cierto, de alegrías puramente sensibles. Los apóstoles, les explicaba, gozaron de la presencia de Cristo, de la visión de su cuerpo. Pero era ése un gozo sensible. Cristo les sería quitado, primero en la cruz y luego en su Ascensión. Y, sin embargo, sólo entonces comprendieron aquello del Señor: «Os conviene que yo me vaya... Me voy y os alegraréis». Lo importante no era contemplarlo con los ojos corporales. Pedro, viéndolo en carne, lo traicionó, y careciendo de su vista, después de la Ascensión, murió gozosamente por Él. Tal es la alegría espiritual, profunda y sobria, la que dilata el corazón. Cuando escriba la vida de San Malaquías, a quien había conocido personalmente, entre los rasgos admirables de dicho santo incluirá su capacidad de reír, «porque el reír es caridad, puesto que ésta es buen humor: una caridad gozosa, no relajada».

II. El poeta

Bernardo quiso que en el Cister se hermanasen perfectamente la lectio divina y el rezo del Oficio Divino con el trabajo de las manos y la labranza de los campos. Particular predilección experimentó por la Sagrada Escritura, paladeando cada una de sus frases. Nos cuentan sus biógrafos que conservaba fidelísimamente en su memoria las palabras reveladas que había aprendido en su celda, y después las iba rumiando en sus ocupaciones y faenas agrícolas, de donde vino a decir más adelante que la soledad del bosque, las hayas y las encinas, habían sido sus principales maestros. Así lo leemos en la primera Vida que de él se escribió:

«El sentido de las Escrituras, lleno de conocimientos espirituales, lo había encontrado, si hay que creer en sus propias palabras, meditando y rezando en los bosques. A menudo decía bromeando a sus amigos que jamás tuvo otros maestros que las hayas y los robles».

Un santo que aprende del bosque no puede sino ser un poeta. Bernardo contempló la naturaleza, no sólo la inanimada sino también la animada, con mirada penetrante, viendo en ella lo que los demás eran incapaces de observar; ante sus ojos las cosas se transformaban, se transfiguraban, ya que las contemplaba con los ojos de Dios, cuya luz, pasando por él, embellecía los objetos que alcanzaban sus sentidos. Era la mirada de un santo y de un poeta.

Algunos han afirmado que Bernardo era también músico. Incluso se le atribuye una reforma del canto cisterciense. No es un dato seguro. Pero lo que sí resulta indudable es que hay música en su estilo, escuchaba resonar lo que escribía. Los oficios litúrgicos que compuso nos revelan el dominio de la métrica de los himnos, de la estructura de los responsorios, etc. ¿Compuso melodías? No lo sabemos. Lo cierto es que creía firmemente en los efectos de la música sobre el corazón y la inteligencia:

«Si hay canto –escribe al abad de Montiéramey– que sea lleno de gravedad, no lascivo, ni tosco. Que sea suave sin ser superficial, que encante el oído para

emocionar el corazón. Que alivie la tristeza, que calme la cólera. Que no vacíe el texto de su sentido, sino que lo fecunde».

Destaquemos esta última frase. Semejante declaración sobre la «fecundación de la letra» por la belleza nos dice mucho de los quilates del alma del abad de Claraval.

Es cierto que San Bernardo fue objetado por la posteridad como si hubiese sido perjudicial para el arte, en razón de una polémica que mantuvo con uno de los abades de Cluny por el tipo de arte que propagaban los cluniacenses. El asunto merece alguna explicación. En aquel tiempo, Cluny dominaba la Cristiandad. Sus monjes constructores trabajaban por todas partes, entendiendo que la belleza alentaba la oración y alababa a Dios en sus formas. Allí donde construían aquellos monjes o sus discípulos, los capiteles de las iglesias se poblaban de representaciones de la flora. y de la fauna, y en sus portadas una abundante estatuaria de Reyes y de Santos cubría los dinteles y los tímpanos. Los interiores se enriquecían con frescos, las cruces se adornaban con esmaltes y piedras preciosas. La obra maestra de aquel arte glorioso fue la basílica de Cluny, la iglesia madre, construida por San Hugo, gigantesco templo de siete campanarios.

Pues bien, San Bernardo en su Apología protestó contra aquel lujo que le parecía inadmisibles en hombres que habían renunciado a las glorias del mundo y a los goces de los sentidos. Condenaba

«la inmensa altura de las iglesias, su extraordinaria longitud, la inútil anchura de sus naves, la riqueza de sus materiales pulimentados, las pinturas que atraían las miradas. Vanidad de vanidades, más insensata aún que vana».

Se ha dicho que tal actitud no era sino una expresión de su ascética espiritual transpuesta al ámbito de la estética. ¿El resultado de dicha posición fue en detrimento de la auténtica belleza? Responden a esta pregunta las admirables abadías cistercienses diseminadas por Occidente, con su sobria belleza, su escueta elegancia, su despojo sensible, sus naves de líneas perfectas, sus piedras ennoblecidas por la pura solidez de las formas, sus oleadas de luz nacarada a través de los vitrales monocromos... Todo parece responder a aquella sobria embriaguez que quería San Bernardo para la vida interior.

Señala Daniel-Rops que quizá el arte cisterciense, al negarse a lo fastuoso, contuvo al Gótico en la pendiente de lo excesivo y de lo redundante, por la cual, de hecho, habría de deslizarse más tarde, para convertirse en el Flamígero.

Lo cierto es que las ideas de San Bernardo en este campo sólo se aplicaron a los edificios conventuales, en la inteligencia de que el arte episcopal –por oposición al arte monástico– debía «hablar a los ignorantes», como una cátedra muda de la fe católica. Lejos de ser un menospreciador de la estatuaria y de los vitrales, San Bernardo los fomentó, pero no allí donde el primado de la espiritualidad desnuda debía dominar a las almas. Por lo que podemos concluir que, muy lejos de haber sido un enemigo de arte, San Bernardo fue uno de sus animadores. Y en este punto, como en tantos otros, inscribió profundamente su huella en la Cristiandad.

El abad de Claraval se nos revela como es: poeta, artista, músico y pensador. Todos estos talentos confluyeron en su estilo literario, reflejo de su inteligencia y de su buen gusto. Como bien dice Gilson, Bernardo «renunció a todo excepto al arte de escribir bien». Uno de sus biógrafos asegura que redactó personalmente sus sermones hasta el fin de su existencia, tachando y corrigiendo como un orfebre de la palabra. Todavía en su lecho de muerte, seguiría dictando a sus discípulos.

No es este el momento de analizar detalladamente sus recursos literarios. Fueron, por cierto, admirables. En uno de sus sermones sobre el Cantar, digámoslo a modo de ejemplo, se entrega a un juego de variaciones en tomo a los prefijos que entran en la composición de los derivados del verbo spirare; es una especie de sinfonía sobre la historia de la obra de Dios en favor del hombre: un sostenido

crescendo nos eleva desde el día de la creación –dies inspirans– al de la gloria que aspira –dies adspirationis–, pasando por el del pecado –dies conspirans–, de la muerte espiritual –dies expirans–, de la vida nueva –dies inspirans–, y de la renovación pascual –dies respirans–.

Bernardo no sólo se preocupó por enseñar la doctrina, sino que consideró necesario revestirla de belleza, de esa belleza que, como se sabe, no es sino el esplendor de la verdad. Por eso trabajaba y pulía cada texto hasta llegar a la última perfección, que es la que nosotros conocemos. Durante los últimos cinco años de su vida, el viejo abad, a pesar de todos sus compromisos, se preocupará por revisar él mismo, párrafo por párrafo, sus obras mayores, en orden a preparar una edición revisada, con el deseo de dejar a la posteridad escritos cuya belleza fuese menos indigna de los misterios de Dios.

III. El último de los Padres

Bernardo fue el hombre de la Biblia. De tal manera la asimiló al tejido mismo de su psicología que la utilizaba espontáneamente, a veces quizás sin darse cuenta. Su vocabulario es en gran parte bíblico, tomado sobre todo de los evangelios, de San Pablo, de los Salmos y del Cantar. Con frecuencia sus citas no corresponden al texto conocido en su tiempo, el de la Vulgata, sino de acuerdo a como las encontraba en los Padres de la Iglesia y sobre todo en la liturgia. Según señala Jean Leclercq, resulta evidente que lo que se imprimió en su memoria fueron las partes cantadas en el Oficio Divino. Ello muestra hasta qué punto entendió la Biblia más que como un libro, como una expresión vital de la fe. Recibió la Escritura de la Tradición. La Biblia era para él la palabra de Dios viva en la Iglesia.

Uno de sus temas predilectos, en el campo bíblico, fue la concordia de los dos Testamentos. Siempre que se le presentaba la ocasión, mostraba el paso de las figuras a la verdad, de las profecías a sus realizaciones, de las sombras a la luz. Todo culminando en Cristo, como en las fachadas de las catedrales románicas.

También aquí Bernardo descubre su veta poética. Observa el mismo Leclercq que es propio del poeta en la Iglesia, hacer suyas las palabras de Dios, para repetírselas enseguida con toda espontaneidad, y servirse de ellas con entera libertad. Bernardo se ejercitó amorosamente en este juego sagrado, sea agotando los significados de una palabra, sea comentando su etimología, sea agregando en torno a una palabra clave otras explicaciones que la explican y la amplían, como vimos lo hizo con la palabra spirare. La Escritura era para él más que un estudio una plegaria: había que gustar, sentir, saborear cuán suave es el Señor. Bernardo emplea con gusto el vocabulario de los sentidos espirituales. Porque si la caridad de Dios está en el origen de la revelación, debe también estarlo en su término.

Pero insistamos sobre todo en el sentido bíblico litúrgico de su predicación. En ella encontramos lo que se podría llamar un subsuelo bíblico –ese cúmulo de textos escriturísticos que constituyen, por así decirlo, la materia prima de sus sermones–, y un telón de fondo litúrgico, a modo de atmósfera, de clima, que confiere al conjunto su colorido cultural.

Con todo, no olvidemos lo que hemos dicho más arriba, es a saber, que si su Biblia es litúrgica, es también patristica. Porque Bernardo fue un enamorado de los Padres. De Lubac ha detectado puntos de semejanza entre San Bernardo y diversos Padres como Orígenes, San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio de Nyssa. Sabemos que hizo copiar para su monasterio de Claraval una serie muy vasta de obras patristicas. No pretendía sino una cosa: ser el testigo de la doctrina de los Padres.

Diversos autores lo han llamado Padre de la Iglesia, el último de los Padres. ¿De dónde le viene esta denominación, este eminente privilegio que no le disputará, un siglo más tarde el genio de un Tomás de Aquino? Porque, como se sabe, la era patristica terminó en el siglo VIII, con la muerte de San Isidoro de

Sevilla en el Occidente y de San Juan Damasceno en el Oriente. Lo que se quiere decir es que en su persona la edad patristica, dormida desde hacía 300 años, se despertó súbitamente, y lanzó un nuevo retoño, digno de la antigua grandeza.

Guillermo de Saint-Thierry, al comienzo de su Vita del abad de Claraval, dice que Bernardo fue elegido por Dios para que en el siglo XII refloreciera la gracia de los tiempos apostólicos. Habiéndose puesto en la escuela de los comentaristas natos de la Escritura, cuales fueron los Padres, llegó a impregnarse de su espíritu y hasta de su lenguaje, al modo de un brote renacido de aquel magnífico árbol de la tradición. Por lo que se puede afirmar, juntamente con Guillermo, quien lo conocía tan bien, que si ha sido considerado Padre de la Iglesia, y no solamente discípulo de los Padres, a la manera de tantos otros, es porque surcando los arroyos de los Padres, supo remontarse hasta la fuente donde éstos abrevaron.

Especialmente frecuentó a San Ambrosio y San Agustín. Pero de manera particular, como señala Gilson, se dejó impregnar por la teología de los Padres griegos, principalmente de San Gregorio de Nyssa. Más aún, el logro esencial de su obra fue realizar una notable síntesis entre la teología griega y la teología latina, el pensamiento de Orígenes y el de Agustín. La traducción de la dupla modelo imagen, familiar a los Padres griegos, en términos de creador creatura, familiar a los latinos, significó para el Occidente una revolución teológica cuyas consecuencias fueron incalculables. Tal fue uno de los méritos de San Bernardo, «el último de los Padres y el igual de los más grandes», al decir de Mabillon.

IV. El místico

Por sobre todo lo que hemos dicho hasta acá, el abad de Claraval se destaca por sus quilates místicos. Es, indudablemente, uno de los grandes doctores de la mística católica. Nos detendremos un tanto en la consideración de este aspecto de su personalidad espiritual.

1. Mística trinitaria y divinización

Bernardo vivía en la fascinación de Dios, que era a sus ojos el gozne de todo lo creado. En su obra De Consideratione, especie de carta-tratado que dirigió al Papa, le decía:

«¿Quién es Dios, Santo Padre Eugenio, quién es Dios? Para todo lo que existe es el fin; para los elegidos la vida eterna. ¿Qué es para sí mismo? El lo sabe, ipse novit... El es aquel que ha creado las almas para darse a ellas; que las incita para hacerse desear por ellas; que las dilata para que puedan acogerlo».

No se trata, por cierto, de un Dios difuso, sino de un Dios en tres Personas concretas, cada una de las cuales mantiene con él una relación singular. Particularmente se siente penetrado por el Verbo, a quien, por el hecho de haberse encarnado, lo experimenta tan cercano.

«Tolerad un instante mí locura –confiesa en una de sus páginas–... El Verbo ha venido a mí y más de una vez. Si allí ha entrado frecuentemente, no siempre he tomado conciencia de su ingreso. Pero lo he sentido en mí y me acuerdo de su presencia. He subido a la parte superior de mí mismo y más alto aún reina el Verbo. Explorador curioso, he descendido al fondo de mí mismo, y lo he encontrado más bajo todavía. He mirado afuera y lo he percibido más allá de todo. He mirado adentro, y me es más íntimo que yo mismo... Cuando entro en mí, el Verbo no traiciona su presencia por ningún movimiento, por ninguna sensación; sólo lo descubre el secreto temblor de mi corazón. Mis vicios huyen, mis afectos carnales son dominados; mi alma se renueva; el hombre interior se restaura, y está en mí como la sombra misma de su esplendor».

Bernardo concibe el proceso de la redención al modo de una gran curvatura que va desde la animalidad, en que nos dejó el pecado, hasta la divinización que produce en nosotros la acción de las tres personas de la Trinidad. Originalmente el

hombre fue creado en un estado sublime, a imagen y semejanza de Dios. «La grandeza –dice Bernardo– es la forma del alma». Mas al pecar, se degradó. El pecado enturbió la Imagen y desfiguró la Semejanza. Si el alma sigue siendo grande en su caída, perdió su rectitud, y encorvada hacia la tierra tomó la semejanza de las bestias, según aquello del salmo 48: «Se hizo semejante a ellas».

Pero Dios descendió hasta el tremedal de nuestra miseria, nos tomó de la mano, no sólo para evitar que nos condenásemos, sino para elevarnos a alturas insospechadas. La cumbre de la vida espiritual es la divinización, en la embriaguez del éxtasis, enseña Bernardo en su Comentario al Cantar de los Cantares, su obra mística por excelencia. Entonces, no amando ya en sí sino la semejanza de Dios, no amando ya a Dios mismo sino con un amor absolutamente desinteresado, el alma adhiere sin reservas al Esposo divino.

Bernardo, tras las huellas de los Padres griegos, destaca el papel peculiar del Espíritu Santo. Porque si el Padre es el autor primero de esta elevación suprema, como lo es de todo don, si el Verbo encarnado es su término, compete especialmente al Espíritu su realización. Es El quien incita al hombre a la empresa inaudita de «hacer del alma la Esposa de Dios»; El es quien da acceso a esta vía propiamente espiritual, en el sentido fuerte de la palabra, que deja al margen cualquier vana tentativa de presunción; El es quien conduce «a la imagen creada de claridad en claridad» hasta «convertirse y permanecer semejante a Dios».

Tal es la tarea propia del Espíritu Santo en el alma, para constituirla esposa de Cristo, lo que se cumple no sólo en los niveles superiores de la vida mística sino también en la existencia común de todos los cristianos; en efecto, la vida mística no es esencialmente diferente de la vida cristiana ordinaria, sino por una mayor elevación en la gracia y la caridad, y a veces una cierta anticipación de la gloria. Todas las obras de justificación suponen la presencia del Espíritu Santo en el alma. «Si los movimientos de la vida corporal –escribe el santo– prueban la habitación del alma en el cuerpo, la vida espiritual prueba la inhabitación del Espíritu en el alma». El Espíritu, que es «el beso mutuo del Padre y del Hijo, su lazo firme, sú único amor, su unión indivisible», al penetrar en nosotros se hace amor y don nuestro a Dios. En otras palabras, Dios se ama en sí mismo cuando el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo; se ama en nosotros y se hace amar por nosotros cuando el Padre envía a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo.

Por cierto que no somos del todo pasivos en este amor que el Espíritu Santo viene a inspirarnos. El alma debe dejarse hacer por Dios, respondiendo generosamente a la gracia divina, lo cual es también fruto de la gracia. Dicha respuesta es para San Bernardo inescindible de la imitación del Verbo encarnado. A ella alude con uno de aquellos juegos de palabras que tanto ama: Cristo es la forma a la que el hombre deformado debe conformarse para ser reformado. Tras esta fórmula de aparente ingenuidad se perciben las huellas de la Escritura, singularmente de San Pablo y de San Juan, así como de los Padres de la Iglesia, sobre todo griegos, y de la Liturgia. Advertimos aquí los esbozos de su piedad cristológica. San Bernardo ha querido habitar en las llagas de Cristo; como la paloma del Cantar, hizo su nido en los orificios de la piedra. ¿Acaso no es la Piedra uno de los nombres místicos de Cristo?

«¿Dónde puede haber un abrigo sólido, seguro y tranquilo para mi debilidad sino en las llagas del Salvador? El mundo se estremece, el cuerpo me agobia, el demonio me tiende redes; no caigo porque me has establecido sobre la piedra firme».

Como puede verse, la mística de San Bernardo es claramente trinitaria. Cada una de las personas divinas juega en ella su propio papel.

«¿Hay entre vosotros un alma –dice en su Comentario al Cantar– que sienta a veces en el secreto de su conciencia el Espíritu del Hijo que clama: Abba, Padre? Aquélla sí, aquélla puede creerse amada de un afecto paterno, cuando se siente

colmada del mismo Espíritu que el Hijo. Ten confianza, quienquiera seas, ten confianza, y no te agites: en el Espíritu del Hijo, reconóctete como Hija del Padre, Esposa del Hijo o su Hermana... Ella es, en efecto, su Hermana, porque nacida del mismo Padre; su Esposa, porque unida a El en un mismo Espíritu. Porque, si el matrimonio carnal establece dos seres en una sola carne, ¿por qué la unión espiritual no uniría más aún a dos seres en un solo y mismo espíritu?».

Y así se completa la inmensa curva, que va desde donde nos dejaron nuestros padres –el mundo de la animalidad– hasta el seno mismo de Dios. El alma, modelándose siempre más sobre la voluntad divina, haciéndose cada vez más una con él por el amor, va realizando su retorno a Dios, su repatriación, según dice Bernardo, retomando una expresión que viene del neoplatonismo. Como la gota de agua que se pierde en el vino; como el trozo de hierro que se mete en el fuego y se hace fuego él mismo, así el alma se pierde, se vuelve ignea en la voluntad divina. Hela ahí deificada –sic affici, deificari est–, exclama San Bernardo gozoso.

2. Mística eclesial

Todo lo que acabamos de decir respecto del alma y de su deificación, Bernardo lo aplica originariamente a la Iglesia. El alma, en efecto, no es esposa del Verbo sino en la medida en que integra la Iglesia.

Retomando las fórmulas de San Pablo en su epístola a los efesios, nuestro santo afirma que el Verbo experimenta por la Iglesia el amor peculiar de un Esposo. Su Encarnación es el beso puro del Verbo a la Iglesia, ese beso por el que suspiraron los justos del Antiguo Testamento. Así como Eva nació del costado de Adán, así del costado del nuevo Adán dormido en la Cruz, la Iglesia nace y a la vez es rescatada. «¿Podría desde entonces no reconocer en su esposa, el hueso de sus huesos, la carne de su carne, y más aún, en cierta manera, el alma de su alma?».

Este tema es predileccionado por Bernardo. A él se refiere por doquier, ya en sus cartas, ya en sus tratados y sermones, y muy particularmente en su Comentario al Cantar, donde en 57 ocasiones sus pláticas terminan explícitamente con una solemne alabanza a Cristo Esposo de la Iglesia. Bernardo se solaza con la sola mención de este desposorio místico.

«La Iglesia, animada del sentido y del espíritu de Dios, su Esposo, posee a su Bienamado y reposa en su seno, mientras ella misma tiene y conserva para siempre el primer lugar en su corazón. Es que ella ha herido el corazón de su Esposo; ella ha hundido el ojo de la contemplación hasta el abismo profundo de los secretos divinos; Él ha puesto para siempre su eterna morada en el corazón de ella y ella en el de Él».

La Iglesia ha abrazado estrechamente a su Esposo divino, dejándose impregnar de los perfumes que brotan de Él. Los perfumes simbolizan las riquezas con que el Esposo colma a su Amada: la fe, la esperanza, la caridad, los sacramentos, pero sobre todo el Don por excelencia, el Espíritu Santo. Unión que llega hasta el extremo de la identificación: *caput et corpus unus est Christus* –la cabeza y el cuerpo son un solo Cristo–. En fórmula atrevida, llega a decir que Cristo ama a su cuerpo que es la Iglesia más que a su propio cuerpo físico: «todo el mundo sabe que para preservarla de la muerte sacrificó el otro cuerpo».

Nuestro santo relaciona estrechamente a la Iglesia con el Espíritu Santo. No en vano ella es el reflejo terreno de aquel eterno beso místico intratrinitario. Principio de su existencia, el Espíritu es igualmente para la Iglesia el principio de su fecundidad divina, ya que de él vienen todas las plantas y las flores que crecen en la Iglesia, él es quien activa esa vegetación lujuriente que florece en el jardín del Esposo, el nuevo paraíso. Y no sólo asegura la fecundidad de la Madre, sino también la indefectible fidelidad de la Esposa; «en adelante jamás la fe faltará en la tierra ni la caridad en la Iglesia». Finalmente, al término de la historia, la Iglesia recibirá, también del Espíritu, la consumación y el esplendor de su gloria. Y «¿cómo

entonces Cristo no reconocerá en ella la carne salida de su carne, y sobre todo.., el espíritu salido de su Espíritu?».

De Lubac ha destacado el paralelismo que traza San Bernardo entre el amor de Cristo y de su Iglesia y la unión del Verbo con el alma, de que acabamos de tratar. Cristo se desposa a la vez con el alma y con la Iglesia.

«Ninguno, de nosotros se anima a llamar a su alma esposa del Señor –escribe el santo–, pero como nosotros somos de la Iglesia, que se gloria del nombre y de la real cualidad de esposa, con justicia reclamamos participación en ese glorioso privilegio. Lo que plena y completamente poseemos todos juntos, lo tenemos indiscutiblemente de manera individual».

Y también: «Decir el Verbo y el alma, o Jesucristo y la Iglesia, es lo mismo, con una diferencia, es a saber, que el nombre de Iglesia no designa una sola alma, sino la unidad o, mejor, la unanimidad de numerosas almas». Entre la Iglesia y el alma hay, pues, una relación constante, pero todo lo que se dice del alma no le es atribuido sino por la participación de ésta en la Iglesia.

A partir de tales presupuestos se hace inteligible desde ahora cuál será la actitud de Bernardo: «Quienquiera que se dice amigo del Esposo no podrá fallarle a su Esposa». No hay asunto religioso que no le concierna: «Es la causa de Cristo, o mejor, Cristo mismo está en causa –Causa est Christi, immo Christus est in causa». La historia de Bernardo va a confundirse con la de la Iglesia.

3. Mística mariana

La Santísima Virgen ocupa un lugar insoslayable en la mística del abad de Claraval. En ella ve el camino por el que el Verbo llega a nosotros y por el que nosotros nos remontamos hacia El. Bernardo desarrolló esta idea por medio de una comparación encantadora, la del acueducto, cuyo extremo superior toca el cielo y el inferior la tierra. «El Hijo escuchará a la Madre, y el Padre escuchará al Hijo», escribe San Bernardo.

Es el misterio de las mediaciones. El término de «Medianera universal» es el que expresa mejor el pensamiento del santo. Nuestra Señora no es simplemente la Madre de Jesús, no es simplemente un instrumento pasajero de elección, del que Dios se ha servido para llevar a cabo la Encarnación; ella es mediadora por estado, por vocación; tal es su razón de ser, su función siempre actual. María es la bisagra indispensable que anuda lo humano a lo divino, y esto por la libre voluntad de Dios «que quiso que nosotros no tuviésemos nada que no pasase por las manos de María», como afirma el santo en uno de sus sermones de Navidad.

María no esperó la visita del ángel para entrar en su papel de mediadora. Entre ella y el dragón, la oposición fue absoluta desde el comienzo de su vida, desde su misma concepción. San Bernardo la imagina orando incansablemente, de día y de noche, suplicando la Encarnación. Gracias a su fervor, sus plegarias, su virginidad, su ruego llegó hasta lo más alto de los cielos, hasta el corazón del Padre, tomando allí contacto con la fuente de agua viva para luego derivarla en favor de los hombres. Tal fue el anhelo que polarizó todos los momentos de su existencia previa a la Encarnación; invenisti gratiam –dice el Evangelio–, en contraste la gracia, señal de que la había buscado. En una de sus homilías dedicadas al misterio de la Anunciación leemos estas inspiradas palabras:

«Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino del Espíritu Santo. El ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que le envió. Esperamos también nosotros, Señora, esa palabra de misericordia. He aquí que se pone en tus manos el precio de nuestra salud; al punto seremos liberados, si consientes. Por la palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y con todo eso morimos, mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos, para no volver a morir. Esto te suplica, piadosa Virgen, el triste Adán desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto

Abraham, esto David, con todos los otros santos Padres tuyos, los cuales están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo postrado a tus pies... Da, Virgen, rápidamente la respuesta... A quien agradaste por tu silencio, agradarás ahora mucho más por tus palabras, pues Él te habla desde el cielo diciendo: «Oh hermosa entre las mujeres, haz que oiga tú voz. ¿Por ventura no es esto lo que buscabas, por lo que gemías, por lo que orando suspirabas día y noche?... Responde una palabra, y recibe la Palabra; pronuncia la tuya, y concibe la divina; emite la transeúnte, y admite la sempiterna –responde verbum, et suscipe Verbum; profer tuum, et concipe divinum; emitte transitorium, et amplectere sempiternum».

En el momento de la Encarnación, el Espíritu «sobreviene», fecundando a María con su sombra bienhechora. Entonces ella se ve llena para ella, y desbordante para nosotros –plena sibi, superplena nobis. Recibe una gracia personal, singular, pero al mismo tiempo una gracia plenaria, general, universal.

Bernardo destaca la identidad de la carne de Jesús con la de María. La carne del Hijo no ha sido creada nueva en el seno de Nuestra Señora, sino extraída de su sustancia virginal. María es la nueva Rebeca que reviste al nuevo Jacob de una piel hirsuta, velluda y rugosa, como la de Esaú: es nuestra piel, la piel del género humano, y ello conviene, puesto que para nosotros solicita Cristo la bendición del Padre.

María se muestra, así, mediadora entre Dios y los hombres. He ahí su primera función. Pero también es mediadora entre Cristo y la Iglesia. Trátase de un aspecto, no diferente, pero sí complementario de aquél. Encontrarnos expresada dicha doctrina en el sermón llamado de las Doce Estrellas, que es un verdadero tratado de la mediación marial, en base a la visión de San Juan que se consigna en Apocalipsis 12, 1. La luna, colocada bajo los pies de la mujer, designa a la Iglesia que recibe su luz de Cristo, sol de justicia, a través de Nuestra Señora.

«Oh madre de misericordia –ora San Bernardo–, la Luna, es decir la Iglesia, prosternada a tus pies, te suplica en nombre de tu corazón purísimo, a ti, su mediadora junto a Cristo, sol de justicia, para que en tu luz vea la luz –ut in lumine tuo videat lumen».

Enamorado de Nuestra Señora, místico de María. Con razón Dante recurrió a Bernardo, el teólogo de la unión con Dios, el contemplador que asume la función de psicopompo o conductor de almas. Por algo Dante eligió a San Bernardo para introducirlo en el Paraíso, haciéndole recitar una de las más bellas oraciones a la Santísima Virgen jamás escritas:

Vergine Madre, figlia del tuo Figlio,
Umile ed alta più che creatura,
Termine fisso d'eterno consiglio,
Tu se colei che l'umana natura
Nobilitasti, sí, che'l suo fattore
Non disdegnò di farsi sua fattura.
Donna, se `tanto grande e tanto vali,
Che qual vuol grazia, ed a te non ricorre,
Sua disianza vuol volar senz `ali.

Mística trinitaria, mística cristológica, mística mariana. Si bien hay elementos místicos en todas sus obras, podríase decir que la mística encuentra su lugar teológico privilegiado en su magnífico Comentario al Cantar de los Cantares. De Santo Tomás se cuenta que pocos días antes de morir en la abadía cisterciense de Fossanova, habiendo sido invitado por los monjes a comentar el Cantar, «así como

San Bernardo lo había hecho anteriormente», habría respondido: «Denme el espíritu de San Bernardo, y yo retomaré su comentario».

V. El apóstol

Nos extraña ver al místico lanzado a la acción. Es cierto que durante más de cuarenta años se obstinó en gustar de su celda, cumpliendo estrictamente los deberes del claustro. Y, sin embargo, lo vemos recorriendo Europa, pacificando príncipes cristianos, triunfando sobre el cisma terrible que dividió a la Iglesia, lanzando la Cristiandad a las cruzadas. Pero jamás hubiera hecho todo esto sino bajo la presión de las circunstancias. Cuando el pedían que actuase en algún problema, primero se mostraba reticente, dudaba, esperaba, reflexionaba, se hacía explicar minuciosamente por qué recurrían a él. Y si al fin aceptaba, era para obedecer a las órdenes de un superior –en ocasiones el mismo Santo Padre–, o por caridad hacia sus hermanos y hacia la Iglesia, o por fidelidad a la verdad y a la justicia.

No hay, pues, escapismo alguno en su apostolado. El amaba lo que llamó el paraíso claustral, lo amaba de manera entrañable.

«Felices aquellos a quienes el Señor ha escondido en su tabernáculo –escribió en una carta a los cartujos–; durante los días malos, esperan a la sombra de sus alas que, por fin, los días malos pasarán. En cuanto a mí, pobre, desgraciado y miserable, la pena es mi suerte; me veo como un pajarito, sin plumas, casi continuamente fuera de su nido, expuesto al viento y la tempestad».

Porque para él lo supremo no era su recogimiento en el claustro. Lo primero sería siempre Dios y su gloria. En una ocasión lo confesó con entera claridad: «No lamentaré jamás haber interrumpido una meditación apacible si veo germinar en un alma el grano de la Palabra».

1. La conciencia de la sociedad

No se puede sino destacar con admiración el feliz encuentro entre el genio de San Bernardo y el reconocimiento de la sociedad que lo rodeaba. Porque con frecuencia la historia ha sido testigo de la existencia de hombres superiores que en su momento no fueron reconocidos como tales. Acá, felizmente, se produjo el encuentro enriquecedor. Este hombre, dotado de tan eminentes cualidades, fue venerado por la sociedad de su tiempo, lo que permitió entre ambos un activo intercambio espiritual. El hecho de que sus contemporáneos lo apreciaran en tal forma que escuchasen sus consejos y se enmendasen al oír sus reprensiones, constituye una muestra acabada de cómo la Edad Media supo valorar, más aún que a los especialistas de la política, la diplomacia o la economía, a los santos y a los místicos.

Por eso San Bernardo se permitió intervenir en tantas cuestiones aparentemente ajenas a la vida monástica. «Los asuntos de Dios son los míos –exclamó un día–; nada de lo que a El se refiere me es extraño». Y en carta al canciller Heimeric: «Yo soy demasiado pequeño para tener en estos asuntos intereses personales, pero ¿cómo los podría tener por extraños, desde que son asuntos de Dios?». Ofender a Dios era ofenderlo a él, y por eso se erguía decididamente cuando estaban en juego los asuntos de Dios.

Dice Daniel-Rops que San Bernardo concebía los asuntos de Dios de dos maneras. Por una parte se atentaba contra el Señor cuando se violaba su ley, cuando sus preceptos eran burlados; con lo que el santo se situó en el corazón mismo de aquella gran corriente de reforma que constituiría una fuerza de incesante renovación en la conciencia de la Iglesia durante la Edad Media. Pero Dios era también afectado cuando se amenazaba a su Iglesia en su libertad, en su soberanía, o en el respeto que se le debía.

El género epistolar se avenía especialmente con su temperamento apasionado y tan personal en su manera de expresarse. A veces entusiasta, otras indignado, sus cartas son una radiografía de su modo de ser. El amor, la ternura, la irritación encuentran con facilidad los términos adecuados, por lo general no carentes de elegancia. Muchas de esas cartas se dirigen a las autoridades eclesiásticas y a los poderes civiles. Lo notable es que tanto los obispos como los políticos aceptaran las interferencias de este monje y con frecuencia le hicieran caso. Pongamos algunos ejemplos:

«Os mostrais odioso, intratable, a punto tal que yo había resuelto no hacer nada más por vos. De antemano desanimáis a los que os defienden y promovéis a vuestros propios acusadores. En todas las circunstancias no conocéis otra ley que vuestro placer, no obráis sino como déspota, sin pensar jamás en Dios, sin experimentar su temor». ¿A quién se dirige esta reconvencción? A un arzobispo.

«Me hubiera gustado encerrarme en el silencio y el retiro; no por eso la Iglesia entera murmuraría menos contra la corte de Roma, mientras ella siga en sus extravíos actuales». ¿A quién envía esta advertencia? Al mismo Papa.

Por cierto que amaba y veneraba al Papa, pero precisamente en razón de ello lo quería santo y sabio, a la altura de su inmensa responsabilidad. Cuando veía que el círculo que lo rodeaba era incompetente o vicioso, que su Curia estaba lleno de empleados carentes de espíritu sobrenatural, con qué virulencia estigmatizaba a aquellos funcionarios. «¡Que el Papa escoja gente mejor, que elija en todo el universo a quienes debían juzgar el universo!».

En cierta ocasión, uno de sus hijos cistercienses subió a la Sede de Pedro con el nombre de Eugenio III. Bernardo le dirigió un espléndido tratado bajo el nombre de *De Consideratione*, dividido en cinco libros, donde alterna los consejos propiamente espirituales con la consideración de los deberes pastorales del Papa. El santo lo hace atendiendo a una cuádruple reflexión: el Papa mismo (te), la Iglesia (quae sub te), su entorno (quae circa te), Dios y las cosas divinas (quae supra te sunt).

Preocupóse también por salir al paso a algunas herejías que se cernían en el horizonte, particularmente la herejía cátara o albigense, aparecida en el sur de Francia, heredera del viejo dualismo maníqueo. Este error se fue extendiendo más y más, poniendo en peligro a la entera Cristiandad. «¡Las basílicas están sin fieles, los fieles sin sacerdotes, los sacerdotes sin honor; no quedan más que cristianos sin Cristo!», gimió el gran cisterciense cuando llegó al Languedoc. He aquí uno de los «asuntos de Dios». Y se lanzó intrépidamente a la acción, predicando por doquier, e instalando monasterios del Cister en las provincias más contaminadas.

Intervino asimismo, y de manera decidida, en las luchas doctrinales de su tiempo. Sintomática fue su contienda con Abelardo, aquel hombre devorado por la pasión de razonar, precursor de cierta mentalidad racionalista que atenta contra la misteriosidad de la fe. Entendiendo que su silencio le favorecía, Bernardo entró en escena. Para dirimir la disputa, Abelardo solicitó la convocatoria de un Concilio. Ya desde el comienzo del mismo se mostró hasta qué punto la actitud de ambos era diferente. Abelardo se sentía seguro de sí, de su capacidad dialéctica, considerando el Concilio como una especie de palestra donde lucir su inteligencia; Bernardo era un santo, un hombre lleno de Dios.

El hecho es que antes que Abelardo abriese la boca, Bernardo comenzó a atacarlo, arguyendo que los temas que pretendía discutir no eran temas sujetos a discusión, porque rozaban el orden de la fe. Y lo abrumó con un diluvio de citas tomadas de las Escrituras y de los Padres, identificándolo con Arrio, Nestorio y Pelagio. Totalmente desconcertado, Abelardo apeló del Concilio al Papa. Y se encaminó hacia Roma. Pero no tuvo tiempo de llegar... ni valía ya la pena hacerlo porque al arribar a Cluny le alcanzó la condena romana. Advertido del hecho, y enterándose de que su adversario se encontraba indispuesto, Bernardo acudió inmediatamente al lecho del enfermo y le dio el ósculo de paz.

2. Monje-Caballero

Como lo hemos reiterado, San Bernardo fue antes que nada y por sobre todo un monje. Aun en medio de sus viajes, de sus mediaciones político-religiosas, de sus debates doctrinales, siguió siendo siempre monje. Sin embargo, no fue un monje común. Detrás de su cogulla monacal se escondía el yelmo del caballero.

La iconografía ha conservado aquella imagen del monje blanco que, predicando desde el elevado atrio de la iglesia de Vézelay, el día de Pascua de 1146, a una inmensa multitud, volvió a encender en ella el entusiasmo que había decaído, y lanzó a la Cristiandad a la segunda Cruzada para la recuperación del Santo Sepulcro.

Habían pasado casi cuarenta años desde que Godofredo de Bouillon conquistara Jerusalén. Pero el enemigo, que era abrumador, había logrado retomar la iniciativa, y la nobleza europea ya no vibraba por la causa de las Cruzadas, como en el siglo pasado. Bernardo sufría ante esta situación, y entonces se dirigió al Papa, que era por aquel tiempo Eugenio III, al que nos referimos recientemente, solicitándole su intervención.

Con la Bula del Papa en sus manos, Bernardo entró en acción, consiguiendo en Vézelay resultados excepcionales, ya que las multitudes, profundamente conmovidas, reclamaban el honor de cruzarse allí mismo. Relatan las crónicas que faltó tela para las cruces, que todos querían coser sobre sus hombros. Hasta el manto de Bernardo sirvió para ello. Pero tal éxito no satisfizo del todo al santo, quien desde Vézelay se lanzó por los caminos de Europa para seguir enrolando nuevos combatientes. Sólo en Alemania logró levantar un ejército de más de 100.000 cruzados, a cuyo frente se puso el emperador Conrado III, a pesar de que al principio se había mostrado sumamente reacio para alistarse en la noble empresa.

Enardecido con tan resonantes éxitos, el abad de Claraval concibió el proyecto de extender a todo el Occidente la predicación de la Cruzada, a fin de conseguir que se alistaran en ella Inglaterra, España, Italia, Hungría, Bohemia, Baviera, Moravia, Polonia y Dinamarca, valiéndose para ello de cartas, de emisarios, y especialmente de los monjes cistercienses, extendidos a la sazón por casi toda Europa.

Así desde el Elba al Tajo y desde el Támesis a las estepas rusas, el Occidente cristiano se alistó contra el Oriente dominado por los árabes. Y no sólo contra los infieles de Palestina. En la primavera de 1147, la nobleza germánica decidió lanzarse contra los eslavos paganos del este del Elba. Al mismo tiempo, Alfonso Enríquez, ayudado por cruzados ingleses y flamencos, se apoderaba de Lisboa, y Roger II de Sicilia se posesionaba de las costas africanas de Trípoli a Túnez. Toda la Cristiandad se había puesto de pie. Esta enorme conmoción de razas y pueblos conducidos por una sola idea, era obra casi exclusiva de un solo hombre, el abad de Claraval, quien escribiría al Papa con tanta humildad como legítima alegría:

«Me lo ordenasteis, y, yo obedecí; la autoridad del que me mandaba hizo fecunda mi obediencia. Abrí mis labios, hablé, y se multiplicaron los cruzados; de suerte que quedan vacías las ciudades y castillos, y difícilmente se encontrará un solo hombre por cada siete mujeres».

Un autor moderno ha destacado el éxito del verbo bernardiano, sea éste oral o escrito, influyendo de manera decisiva tanto sobre las personas individuales como sobre las grandes multitudes a las que logró arrastrar a empresas universales. Sabemos cómo los políticos actuales recurren para sus campañas a los llamados medios de comunicación, sobre todo la televisión, capaz de alcanzar millones de personas a la vez. Pero lo que más impresiona no es la eficacia sino la relativa ineficacia de semejante propaganda. La palabra moderna, propalada con estridencia y universalidad, no obtiene efectos tan súbitos e impresionantes como la sola palabra de Bernardo. Ello se explicaría de algún modo si Bernardo hubiera

sido Papa. Lo admirable es que, sin serlo, por el solo peso de su autoridad moral, tuvo más resonancia que la de los mismos Papas, aunque fuesen grandes, como por ejemplo Gregorio VII.

Pero volvamos al tema de la Cruzada. ¿Qué significaba para San Bernardo? Una de sus ilusiones, más allá de los objetivos militares, fue creer que ofrecería la ocasión de reunir a todos los cristianos, incluso a los separados de Roma, en la lucha contra un enemigo común. El mismo, como dijimos, estaba muy impregnado del espíritu teológico griego, gozando de una gran reputación en la Iglesia oriental, y siendo su santidad reconocida y venerada también en el Oriente.

En lo que toca a los católicos, Bernardo veía en la Cruzada una oportunidad de conversión para aquellos que eran creyentes sólo de nombre, y para los pecadores, un medio de volverse al Señor y de probar la autenticidad de su transformación espiritual. De lo que se trataba, en última instancia, era de amar y servir a Cristo. Y así se puede decir que Bernardo interiorizó la Cruzada. Como jubileo, acordaba el perdón; como peregrinación, santificaba; como martirio eventual, merecía la recompensa suprema.

Por desgracia, la Cruzada a Tierra Santa, pieza esencial de aquel plan grandioso, culminó en un penoso fracaso. Y la gente, en lugar de considerar serenamente las causas de aquel desastre, múltiples y complejas, guiados por el facilismo y por la pasión, buscaron una cabeza sobre la cual descargar todo su desencanto, olvidando la perfidia y traición de los bizantinos, la defección de los príncipes latinos de Oriente y la mala estrategia de los mismos jefes cruzados que tan deficientemente habían dirigido la campaña, casi no dejando desacierto por cometer. ¿Podía seguirse pensando que aquella empresa tan desgraciada había sido inspirada por Dios? ¿El que la había predicado no sería al cabo un falso profeta?

Resulta reveladora la actitud que San Bernardo va a tomar ante semejantes cargos. Mientras las acusaciones, por injustas que fuesen, se dirigieron contra su persona, guardó silencio en el retiro de su claustro; pero cuando llegó a su conocimiento que las quejas y voces de indignación se volvían blasfemas, acusando a la divina Providencia, entonces rompió el silencio, dirigiéndose filialmente a su jefe espiritual, el monje-papa Eugenio III. Tras diversas consideraciones inspiradas en acontecimientos del Antiguo Testamento, donde el fracaso acompañó a los que dirigían al pueblo elegido, escribe:

«En todo caso, si se me diera a escoger, preferiría que las murmuraciones de los hombres se volvieran todas contra mí que contra Dios. ¡Ojalá que el Señor se digne servirse de mí como de un broquel! Recibiré gustoso los dardos agudos de las lenguas maledicentes y las flechas envenenadas de los labios blasfemos, a fin de impedir que lleguen a Él. Consiento de buena gana en verme deshonorado, con tal de que no se toque a la honra de Dios».

Pero el pensamiento profundo del santo incluye otro aspecto, más positivo. Dios no tiene necesidad del socorro de los hombres; de lo que tiene sed es de sus almas. Si la patria terrestre de su Encarnación es amenazada por los infieles, si cae incluso en sus manos, en última instancia es Él quien lo permite. «Le bastaría mandar doce legiones de ángeles o decir solamente una palabra y la Palestina sería liberada». Si invita a defenderla, es por misericordia, para permitirnos mostrarle nuestro afecto. Muchas veces acontece que las mejores obras de Dios se echan a perder por las imprudencias, pasiones, errores y culpas de los hombres. En lo que toca a los Cruzados nobles y generosos, lo importante fue la lucha, el servicio desinteresado de Dios, más que la victoria, que no siempre estuvo en sus manos alcanzar.

Dando por terminado este penoso asunto, destaquemos el espíritu caballeresco de San Bernardo, un hombre de la misma pasta que Godofredo de Bouillon o el Cid Campeador. El cristianismo que predicó fue enérgico, conquistador y casi castrense. Su mismo modo de dirigirse a la Santísima Virgen, llamándola «Nuestra Señora»,

brota del lenguaje caballeresco; se consideró como el caballero de la Virgen y la sirvió como a la dama de sus sueños.

San Bernardo trató de dar forma institucional a su concepción del cristianismo, imaginando una Orden religiosa que la encarnara. Tal fue la Orden del Temple, orden militar y caballeresca, cuya misión sería la defensa de Tierra Santa contra los ataques de los infieles. Para ellos hizo redactar estatutos adecuados y escribió aquel Elogio de la nueva milicia, donde exalta el ideal del caballero cristiano enamorado de Jesucristo y de la tierra en que vivió Nuestro Señor. Los templarios eligieron un hábito blanco, como los monjes del Cister –la gran cruz roja fue un añadido posterior–. En la concepción de Bernardo la caballería habría así hallado su expresión más acabada en aquellos hombres que unían el espíritu de fe y de caridad, propio de la vida religiosa, con el ejercicio de la milicia en grado heroico. Algo parecido a lo que era él: un monje caballero. En carta a un amigo que llevaba su mismo nombre, Bernardo, prior de la Cartuja, se llama a sí mismo la quimera del siglo –mitad monje, mitad caballero–.

Pero ya se conoce lo que sucedió con la Orden del Temple, o mejor, lo que de ella se dice, es a saber, que con el tiempo se fue mercantilizando, entrando en transacciones financieras, no siempre por encima de toda sospecha. Así se degradan las cosas más nobles. Sin embargo, hay demasiados misterios en este asunto para que pueda hacerse de ello un juicio imparcial. No deja de ser sintomático que fuera Felipe el Hermoso, uno de los grandes rebeldes de la Edad Media contra la supremacía de la autoridad espiritual, quien proclamara el acta de defunción de aquella milicia de Cristo, como la había llamado San Bernardo. Guéron lo ha advertido en su libro sobre el santo:

«El que dio los primeros golpes al edificio grandioso de la Cristiandad medieval fue Felipe el Hermoso –escribe–, el mismo que, por una coincidencia que no tiene sin duda nada de fortuito, destruyó la Orden del Temple, atacando con, ello directamente la obra misma de San Bernardo».

Señala Daniel-Rops que tanto la Orden del Temple como el ciclo literario de la busca del Santo Grial ocuparon un lugar considerable en la leyenda áurea que se formó en torno a la figura de San Bernardo, apenas éste hubo muerto. Los caballeros del Grial, puros, desprendidos, y a la vez heroicos, no parecen sino la expresión literaria de la nueva milicia esbozada por Bernardo. El poema del alemán Wolfram von Eschenbach, en la parte que empalma con la obra del poeta francés Guyot, hace de Parsifal el rey de los templarios. Y no son pocos los comentaristas que se han preguntado si el paradigma de Galaad, el caballero ideal, el paladín sin tacha, no habrá sido el propio Bernardo de Claraval. Monje y caballero.

«Hecho monje –escribe Guéron–, seguira siendo siempre caballero como lo eran todos los de su raza; y, por lo mismo, se puede decir que estaba en cierta manera predestinado a jugar, como lo hizo en tantas circunstancias, el rol de intermediario, de conciliador y de árbitro entre el poder religioso y el poder político, porque había en su persona como una participación en la naturaleza del uno y del otro».

3. Contemplación y acción

o el eje de la rueda

¿Qué fue al fin y al cabo San Bernardo: un hombre de acción o un místico? A decir verdad –como afirma Jean Leclercq– fue simultáneamente místico y hombre de acción, o mejor, fue hombre de acción por ser místico. Al mismo tiempo que se involucra en muchos de los conflictos y problemas de su tiempo, ejerciendo un indudable influjo en ambientes muy diversos, pronuncia ante su comunidad los espléndidos sermones sobre el Cantar de los Cantares, exactamente como si hubiese pasado su vida no haciendo otra cosa que meditar la palabra de Dios. Pareciera que hubiese en él dos hombres, pero ello es sólo una apariencia; el

verdadero Bernardo, el que sostiene al otro, es el predicador del Cantar. El abad, el reformador, el consejero, el pacificador, el taumaturgo incluso, reciben su animación del contemplativo extático.

Los historiadores hablan mucho de los viajes de Bernardo, porque los documentos contemporáneos dan detallada cuenta de sus desplazamientos. Pero su itinerario espiritual es mucho más importante que el otro, al tiempo que lo explica. Los períodos en que puede residir en Claraval son densos en experiencia de Dios. Bernardo prolonga esa experiencia cuando el amor del prójimo lo fuerza a abandonar su clausura.

«Se mezcla en la acción –escribe Leclercq–, pero no abandona su contemplación; ha recibido el don de conciliarlas de otra manera que por la alternancia: por la fusión de la una en la otra; en él, el conflicto que opone la acción y la contemplación en tantos hombres de Dios es resuelto por Dios sobre un plano superior al de la psicología humana. Por eso, sin duda, Bernardo se queja menos que muchos otros de este desgarramiento que los divide entre los dos campos sucesivos donde su actividad se ejerce: él no está dividido, conserva la unidad de espíritu. No hay separación entre su acción y su contemplación, no hay ni siquiera paso de la una a la otra; él se entrega al mismo tiempo a esas dos formas de actividad espiritual que se conjugan en Dios: la que consiste en contemplar, la que consiste en servir a Dios en el hombre. Cuando obra, Bernardo contempla, y sabemos que en sus viajes permanece absorto totalmente en su visión interior de Dios. Cuando contempla, extrae de su unión a Dios el alimento de su acción y la materia de su predicación...

«Arrebatado a veces a la vida contemplativa, Bernardo no lo es jamás a la contemplación; cuando Dios lo aparta de su monasterio, le deja el modo de llevar con él su soledad y su contemplación. Bernardo es este hombre perfecto, que puede, al mismo tiempo, realizar lo que en otros es sucesivo... El sabe que la más útil de las obras en las que se destaca es la actividad de la oración. La acción y la contemplación, igualmente necesarias, son dos formas de caridad; pero la más alta es la contemplación: es la única que vale que se la busque por sí misma; la otra no es fecunda sino por ella... Pero en realidad, concibe estas dos formas de unión a Dios como prolongándose entre sí, y la primera de las dos, aquella que es el principio de la otra, es la contemplación. Esta podría bastarse mientras que, sin ella, la acción sería estéril y vana».

En última instancia, ya contemple, ya actúe, será siempre bajo el señorío de la Caridad, de la Dama Caridad –Domina caritas–, según le decía al papa Honorio II en una de sus cartas, como un siglo más tarde Francisco de Asís hablará de la Dama Pobreza.

Se ha comparado a San Bernardo con el eje de una rueda. A semejanza del eje que no se mueve, Bernardo vivía inmóvil en su contemplación, pero así como el eje quieto mueve a toda la rueda, de modo similar él ponía en movimiento la entera sociedad. Ya, muchos siglos atrás, había dicho Boecio que así como cuanto más nos acercamos al centro de una rueda, menos movimiento notamos, de manera análoga cuanto más se aproxima un ser finito a la inmóvil naturaleza divina, tanto menos sujeto se ve al destino, que es una imagen móvil de la eterna Providencia.

A la manera del Motor inmóvil, desde el centro fue Bernardo capaz de atender la periferia. Santa Hildegarda se lo dijo en una carta, si bien con otra formulación: «Tú eres móvil, pero sostienes a los otros». Viene aquí al caso aquel espléndido pensamiento de Pascal: «No muestra uno su grandeza por ser una extremidad, sino más bien por tocar las dos a la vez y por llenar todo lo que hay entre ambas».

Con frecuencia lo reprendieron por abandonar la celda y fastidiar a los demás, en vez de dedicarse a la oración –«esos monjes que salen de los claustros para molestar a la Santa Sede y a los Cardenales»–. Pero tales acusaciones, que a menudo llegaban a Roma, apenas si le impresionaban. Y en cuanto al simpático

Cardenal que le escribió amonestándolo, le respondió secamente que las voces discordantes que alteran la paz de la Iglesia le parecían ser las de las ranas alborotadoras que atestaban los palacios cardenalicios y pontificios. Bien ha escrito Guénon:

«Entre las grandes figuras de la Edad Media, pocas hay cuyo estudio sea más propio que la de San Bernardo para disipar ciertos prejuicios caros al espíritu moderno. ¿Qué hay, en efecto, más desconcertante para éste que ver un contemplativo puro, que siempre ha querido ser y permanecer tal, llamado a ejercer un papel preponderante en la conducción de los asuntos de la Iglesia y del Estado, y triunfando a menudo allí donde había fracasado toda la prudencia de los políticos y los diplomáticos de profesión?... Toda la vida de San Bernardo podría parecer destinada a mostrar, mediante un ejemplo impresionante, que existen para resolver los problemas del orden intelectual e incluso del orden práctico, medios completamente distintos que los que se está habituado desde hace mucho tiempo a considerar como los únicos eficaces, sin duda porque son los únicos al alcance de una sabiduría puramente humana, que no es ni siquiera la sombra de la verdadera sabiduría».

Conclusión

He aquí este gran hombre. Su personalidad delata una extraña mezcla de suavidad y de pasión, de ternura y de ardor, de acción y de contemplación, de mansedumbre y de militancia, contradicciones todas que se resuelven en Dios, confiriendo a su fisonomía un encanto particular. Bernardo fue todo lo opuesto a un mediocre.

Por su apego a la humanidad de Cristo, por ser en cierto modo un precursor de la devoción al Corazón de Jesús, se le calificó de melifluo, transformándose su recia figura en la de un santo piadoso, convirtiéndose al místico en un sentimental. Pero Bernardo está muy lejos de ello, así como de cualquier tipo de beatonería o fideísmo. De él es la frase: «No conviene que la esposa del Verbo sea estúpida», esa esposa que es la Iglesia, pero también el alma. Para compensar los abusos que se hacía de aquella melifluidad, el P. Raynaud, S.J., comparó a San Bernardo con una abeja belicosa.

El influjo de Bernardo en la posteridad ha sido realmente formidable. Su tratado *De Consideratione* en ninguna parte sería reeditado tan frecuentemente como en la Biblioteca del Vaticano, tantos fueron los Papas y los Cardenales que aun en las peores épocas de la decadencia romana quisieron tener ese tratado para inspirarse en él y en su ideal de reforma. Por su parte, el P. Polanco, secretario de San Ignacio de Loyola, queriendo proponer a los miembros de la Compañía de Jesús un modelo de las cartas que habían de escribir, aconsejará que lean las del abad de Claraval.

Bérulle y los autores espirituales de la escuela francesa del siglo XIX, que acordaban tanta importancia a la consideración de los misterios del Verbo encarnado, manifestaron gran aprecio por el santo, así como notables afinidades con algunas de sus enseñanzas. Asimismo encontramos en Pascal evidentes resonancias de San Bernardo. No olvidemos que Port-Royal había sido antes un monasterio cisterciense. El «tú no me buscarías si no me hubieses encontrado ya», está a la letra en el Tratado del amor de Dios».

En tiempos más recientes, durante la primera mitad del siglo XX, Bernardo se convirtió en una especie de símbolo de lo que había sido el poder del espíritu en el período de la Cristiandad. En lo que hace a nuestro siglo, debemos destacar la resonancia alcanzada por la magnífica obra de Etienne Gilson *La Teología mística de San Bernardo*, uno de los estudios que mejor han penetrado en la espiritualidad de nuestro santo.

La figura de San Bernardo emerge hoy con toda la plenitud de un arquetipo fascinante. Su capacidad de asimilación de las doctrinas antiguas, para traducirlas enseguida en su lenguaje de fuego, lo hace legible y admirable para todas las épocas. Y la nuestra, que está en busca de la unidad europea, si bien sobre bases no cristianas, podrá apreciar en San Bernardo, como alguien ha dicho, a un gran europeo, que unificó a Europa en torno a acciones trascendentes.

«Tradicional y patrístico –escribe Leclercq–, Bernardo es, al mismo tiempo, plenamente medieval. Es ya moderno o, más exactamente, es de todos los tiempos, porque satisface lo que hay en el hombre de más universal: la necesidad de elevarse por encima de sí mismo, para comulgar en una belleza que lo trasciende».

Bibliografía consultada

Obras completas de San Bernardo de Claraval, en 5 tomos, traducidas del latín con notas aclaratorias y precedidas de la vida del Santo, por el P. Jaime Pons, S.J., Rafael Casulleras, Librero-Editor, Barcelona, 1925 en adelante. (Hay también una edición de la BAC, Madrid, 1955).

E. Gilson, *La Théologie mystique de saint Bernard*, 2ª ed., Vrin, Paris, 1947.

AA.VV., *Saint Bernard, homme d'Église*, Desclée de Brouwer, Paris, 1953.

Daniel-Rops, *Saint Bernard et ses fils*, Mame, Paris, 1962.

Jean Leclercq, *St. Bernard et l'esprit cistercien*, Seuil, Paris, 1966.

René Guénon, *Saint Bernard*, 4ª ed., Ed. Traditionnelles, Paris, 1973.

A San Bernardo

«L'amore che muove il sole e l'altre stelle»

Dante

Entre el, lirio y el hierro, sus primicias
entregadas a sacras potestades,
ciñó palabra para armar verdades
y dio su espada por nombrar milicias.

El lirio era su voz enarbolada,
el hierro su armadura de eremita,
monje silente que en la paz medita
y caballero fiel en la Cruzada.

Por el atrio de Vézelay traía
la Pascua su vigilia de martirio,
bajo la lumbre mística del Cirio
su verbo se hizo arenga y teología.

Hábito blanco y clámide, bermeja,
predicaba en lejanas latitudes,
convirtiendo a su paso multitudes,
y vuelto al fin al claustro y a la reja.

Ya citarista de Nuestra Señora
–su bienamada impar Virgen María–
en laudes repentinos de la aurora
la contempló «clemente, dulce, pía...»

La tierra que tu prédica hizo hópita
para la Fe y los santos solitarios,
hoy está yerma, con dolor de erial.

Mas con tu gracia no sería inhópita,
y otras nuevas legiones de templarios
lanzarías en busca del Grial.

Bernardo, por la Cruz en que confías,
ven a nosotros, vente a batallar.

Que Abelardo renueva sus porfías
y hay un Santo Sepulcro por librar.

Antonio Caponnetto

3 SAN FERNANDO

La estampa de San Fernando se destaca con relevancia en el marco del glorioso siglo XIII, el siglo de oro de la Cristiandad, que cobijó a personajes como San Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, San Luis, y tantos otros. Su figura, señora en la política de España, es sólo comparable con la de Isabel la Católica.

Cuando nace Fernando, la Iglesia estaba gobernada por Inocencio III, uno de los Papas más insignes de todos los tiempos, que concebía a Europa como un conglomerado de pueblos –la Cristiandad– bajo su tutela espiritual. «Un papa demasiado joven», se murmuró en Roma al ser elegido, en 1198. Tenía entonces 38 años. Pero empuñó el timón de la Iglesia con magnanimidad y señorío, no sujetándose a nada mundano, plenamente consciente de representar como vicario nada menos que al mismo Jesucristo, el Señor, el Emperador supremo. Fue durante su pontificado cuando emergieron las dos grandes Órdenes mendicantes que dieron un nuevo giro al curso de la historia, la iniciada por Francisco de Asís, y la fundada por Domingo de Guzmán.

Esplendoroso, por cierto, aquel siglo XIII, el siglo de las Cruzadas, de las Catedrales, de las Universidades, de las Sumas. El siglo de Fernando.

I. De hijo de Doña Berenguela a Rey de Castilla

No se conoce con exactitud la fecha de su nacimiento. Según las crónicas de la época, su madre, mujer de Alfonso IX, lo habría dado a luz en pleno monte, entre Zamora y Salamanca. Durante aquellos tiempos tan andariegos, la corte se trasladaba con frecuencia de un lugar a otro. En el transcurso de alguna de aquellas mudanzas vio la luz nuestro Santo. Hay quienes dicen que en 1198, pero lo más seguro es que fue en 1201. Probablemente la comitiva debió aminorar su marcha cuando doña Berenguela, en razón de su gestación ya avanzada, estaba por dar a luz a su hijo Fernando.

1. Sus primeros años

Los años iniciales de su vida quedan en la penumbra de la historia. Al parecer, transcurrió su primera infancia en Galicia, mientras Berenguela aún era reina de León. Pronto se mudó a Castilla, con su madre y sus hermanos, permaneciendo en la corte castellana. Allí aprendió los rudimentos de un idioma que comenzaba a abrirse paso como lengua literaria. Recordemos que fue precisamente en aquellos tiempos cuando nacerían las lenguas romances, así llamadas por su proveniencia común del romano o latín.

Doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla, era prima del padre de Fernando. Dado que dicho parentesco implicaba un impedimento canónico, Inocencio III, había declarado disuelto el matrimonio, por lo que los padres debieron separarse, tras seis años de estar unidos. Berenguela retornó a Castilla, a la corte de Alfonso VIII. Fernando permaneció con su padre. Un tiempo después, cuando Fernando tenía cinco años, Inocencio III subsanó el impedimento, declarando legítima la prole surgida de esta unión.

2. La educación que recibió de su madre

No se puede hablar como corresponde acerca de Fernando si se pasa por alto la figura admirable de su madre, doña Berenguela. Por sus venas corría sangre inglesa, ya que de Inglaterra era oriunda su abuela, doña Leonor, una mujer muy temperamental, así como su hermano, el famoso Ricardo Corazón de León. Berenguela, hija mayor de Alfonso VIII de Castilla y de Leonor de Inglaterra, nació en Segovia, según algunos, o en Burgos, según otros. Las crónicas de la época la califican de prudentísima, sapientísima, reina sin par, espejo de toda España. «Esta

es –dice don Lucas, obispo de Tuy– la que dilató la fe en Castilla y León, la que reprimió los enemigos del Reino, la que edificó magníficos templos y la que enriqueció las iglesias». Sin duda que ha de haber merecido todos estos elogios, porque fue, de veras, una reina incomparable, digna madre y educadora de un rey tan santo como Fernando.

Una de las hermanas de Berenguela, para seguir con sus parientes, fue también una mujer fuera de serie. Nos referimos a Blanca de Castilla, quien se desposó con Luis VIII de Francia, dando a luz nada menos que a San Luis, ese otro gran rey, primo, por consiguiente, de Fernando. Así como doña Berenguela amamantó a Fernando, doña Blanca lo hizo con Luis. Siglo verdaderamente de oro para España y para Francia, en que merecieron un Fernando y un Luis, pudiendo así ambas naciones ser testigos de una gloriosa competencia entre el talento y la santidad de sus respectivos reyes.

Doña Berenguela educó primorosamente a su hijo. La Crónica General, documento de la época, subraya su esmero en dicho quehacer:

«Esta noble reyna enderezó siempre este su fijo en buenas costumbres, et buenas obras, et le dio su leche, et lo crió mucho dulcemente, de guisa que magüer que fuese ya varón fecho, la Reyna Doña Berenguela su madre non quedaba de enseñarle aguciosamente las cosas que placen a Dios et a los omes: et nunca le mostró las costumbres nin las cosas que perteneskien a las mugeres, si non los que facien menester a grandeza de corazón, et a grandes fechos, et a devoción... et por esta lozanía et mesuramiento se maravillaban della los Moros et los Christianos de los nuestros tiempos: ca non vino y fembra que la semejase».

Destaquemos la preocupación de su madre por iniciarlo en la grandeza de corazón, en la magnanimidad, y ello desde sus primeros años. Nos dicen las Crónicas que el tiempo que Fernando no empleaba en la devoción o en las armas lo ocupaba en leer historias de los antiguos héroes, para aprender de ellas acciones que imitar, y errores que eludir, con lo que fue inclinado a imitar las virtudes de los reyes que lo habían precedido, y evitar sus vicios, para llegar a ser un príncipe cabal.

Tenía unos diez años cuando escuchaba embelesado el relato del triunfo alcanzado en las Navas de Tolosa, bajo la conducción de su abuelo Alfonso VIII, el padre de doña Berenguela. El rey árabe Miramamolín, rodeado de tropas ligeras formadas por árabes, bereberes, almohades, etc., estaba atrincherado, con sus grandes dignatarios, en lo alto de una colina, dentro de un cerco de estacas, unidas por gruesas cadenas. Refiere la Crónica que habiendo avanzado los musulmanes casi hasta el lugar donde se encontraban el rey de Castilla y el arzobispo don Rodrigo, y comenzando a cundir el desaliento entre los cristianos, dijo el rey al arzobispo:

«–Arzobispo, arzobispo, yo e vos aquí muramos.

–Non quiera Dios que aquí murades, respondió el prelado, antes aquí habedes de triunfar de los enemigos».

Lanzóse entonces el rey al contraataque llegando a pasar por sobre las cadenas. El jefe moro logró escapar, pero cayeron casi todos los nobles, sus enseñas y cuantioso botín. Al leer estas cosas se le enardecía el corazón al joven Fernando, deseando emular dichas gestas.

Doña Berenguela educó asimismo muy bien a sus otros hijos e hijas. Constanza, una de ellas, terminaría de monja en el monasterio de Las Huelgas de Burgos. Berenguela, la menor de todas, fue elegida por Jean de Brienne, rey cruzado de Jerusalén, que «venía camino de Santiago para tomar esposa a una de las hijas del rey de León». Al casarse con él, recibió el título de reina de Jerusalén. Más tarde, el Papa confiaría el Imperio de Constantinopla al citado Jean, por lo que su esposa Berenguela se convertiría en emperatriz.

3. La llegada al poder

¿Cómo accedió Fernando al trono? De una manera un tanto extraña y tramoyesca. En 1214 murió Alfonso VIII, el padre de doña Berenguela. La corona de Castilla recayó entonces en Enrique, hijo de Alfonso, que apenas tenía once años de edad. Como hermana mayor, y por indicación de los nobles, doña Berenguela asumió la tutela del nuevo rey de Castilla, Enrique I, gobernando con plena aceptación de todos. Pero un revoltoso, Álvaro Núñez, de la familia de los Lara, se impuso sobre ella, tomando la tutela de Enrique y el gobierno del reino. Luego quiso desterrar a doña Berenguela, e hizo casar a Enrique, a pesar de ser tan pequeño, con la hija del rey de Portugal, matrimonio inválido por consanguinidad. Enrique, que se sentía prisionero, murió poco después en un accidente.

Por aquellos años, Berenguela estaba separada de Alfonso IX, como dijimos, por decisión del Papa. Al enterarse de la muerte de Enrique, como hija mayor de Alfonso VIII y hermana del rey fallecido, creyó que debía asumir la corona de Castilla. Entonces Berenguela envió emisarios a Alfonso IX, con el encargo de decirle que tenía grandes deseos de ver a su hijo Fernando. Pero a los emisarios les pidió que le ocultasen al rey la muerte de Enrique.

Don Fernando llega, así, a Castilla, abraza a su querida madre, y al enterarse de todo, le dice que es a ella a quien corresponde el trono de Castilla. El infante contaba a la sazón 16 años. Pero Berenguela pensó que había llegado la hora de su hijo. Valióse para ello de una estratagema. Reunidos los nobles y el pueblo en Valladolid, se hizo jurar por Reina de Castilla, e inmediatamente renunció al trono en favor de su hijo, don Fernando. Enseguida los nobles pasaron a la iglesia donde con gran pompa los obispos ungieron al joven. Era el 1º de julio de 1217. Castilla ya tenía rey. Se llamaba Fernando III.

Irritado Alfonso por lo que creía una burla de Berenguela, marchó con su ejército hacia Burgos. Su hijo le escribió, entonces, una carta conmovedora:

«Señor padre: ¿Por qué así os irritáis? ¿Por qué me hacéis la guerra? Parece que os pesa de mi bien, cuando debierais gloriaros de tener un hijo por Rey de Castilla. Sabed que en mis días no os vendrá de este reino daño ni guerra alguna. No quiero salir contra vos, que sois mi padre, sino callar y sufrir hasta que comprendáis lo que hacéis».

Conmovido el rey, se disculpó de su agresividad, diciéndole que había entrado en combate para resarcirse de una deuda que con él tenían los castellanos. Se le dio lo que pedía, y el monarca de León se retiró, quedando todo en paz. Fernando ya estaba firme en su trono.

Desde los primeros momentos de su gestión, el nuevo rey no quiso resolver ningún asunto importante de gobierno sin consultar previamente a su venerada madre. Cumplió cabalmente su propósito hasta que doña Berenguela murió, firmando todos sus documentos «con el consentimiento» de ella. Y cuando debía ausentarse para alguna de sus campañas militares, que lo mantenían alejado de los asuntos internos de Castilla, le encomendaba a su madre las riendas del reino.

4. El matrimonio de Fernando

Dos años después de que Fernando ascendiera al trono, Berenguela pensó en su matrimonio, eligiéndole como consorte, previa aprobación de su hijo, a la infanta doña Beatriz de Suabia, nieta del famoso emperador cruzado Federico I Barbarroja. Ocupaba entonces el poder en Alemania el joven Federico II, rey desde 1215. A la corte de este monarca, que en el año 1220 sería coronado emperador por el papa Honorio III, llegó la comitiva de Castilla, para pedir la mano de Beatriz. La madre de la joven era nada menos que la emperatriz bizantina, doña Irene, con sede en Constantinopla.

Como se ve, los nudos dinásticos que escogió doña Berenguela relacionaron a Fernando con las principales cortes occidentales e incluso orientales. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, describe a la princesa alemana como «muy buena, hermosa, juiciosa y modesta –óptima, pulcher, sapiens et pudica». Imaginemos el encuentro de Fernando y Beatriz en Burgos, con toda la corte presente para el gran acontecimiento.

Tres días antes de las bodas, Fernando recibió el Orden de la Caballería. Ya desde el siglo anterior, era costumbre que los nobles de nacimiento se hicieran armar caballeros. La nobleza sola parecía insuficiente sin la caballería. Siguiendo el ritual establecido, la víspera del día señalado Fernando veló las armas en el monasterio de Las Huelgas, no lejos de Burgos. Tras lavarse el cuerpo y purificar el alma con la confesión, pasó la noche entera en el interior del templo, a ratos de pie, a ratos de rodillas, en oración sostenida, ya que

«la vigilia de los caballeros –según se lee en un viejo texto– non fue establecida para juegos, sino para rogar a Dios que los guarde, e que los enderesce, e alivie, como a omes que entran en carrera de muerte».

Sólo Dios sabe lo que aquel novel caballero de 18 años suplicó y meditó en noche tan inolvidable, cuando se preparaba para iniciar «la carrera de muerte», carrera que sería tan gloriosa al servicio de Dios y de su Patria. Llegado el amanecer, el Obispo celebró la misa solemne, con ritual propio para la circunstancia, en cuyo transcurso Fernando, a semejanza de los que van a ser ordenados sacerdotes, fue revestido de las armas y prendas propias del caballero, que durante la noche habían permanecido depositadas sobre el altar.

Los padrinos le entregaron primero el brial, es decir, el faldón, generalmente de seda, con que los hombres de armas se cubrían desde la cintura hasta arriba de las rodillas; solía ser blanco, rojo y negro, simbolizando el blanco, la pureza, el rojo, la sangre derramada por la fe, y el negro, la presencia de la muerte. Luego le pusieron la loriga, o coraza de láminas de acero imbricadas; las calzas, vestiduras que cubrían el muslo y la pierna; las espuelas; y, por último, el yelmo, pieza que protegía la cabeza, defendiéndola de los golpes. A continuación, y era ése el momento culminante, le entregaron la espada. Al recibirla, Fernando ya era caballero. Entonces la desenvainó y juró morir por la ley de la caballería, por Dios y por su tierra.

Pero todo caballero, para ser verdaderamente tal, necesita una dama, la dama de sus sueños. Y allí le estaba esperando su prometida, la rubia Beatriz, que como fiel esposa permanecería siempre junto a él, acompañándolo con el afecto en todas sus empresas. Es cierto que a lo largo de su vida matrimonial, muchas veces Fernando, en permanente guerra con los moros, según veremos enseguida, estaría físicamente ausente, mas entonces doña Beatriz se pondría al cobijo de doña Berenguela, esperando el retorno de su amado.

Varios años después, en 1230, murió Alfonso IX, camino a Santiago. En su testamento había dejado por herederos del reino de León a dos hijas de su primer matrimonio, doña Sancha y doña Dulce. El testamento era nulo ya que, años atrás, Fernando había sido jurado como heredero legítimo. Doña Berenguela se las arregló para que todo se hiciese por las buenas, conviniendo en que tanto Sancha como Dulce renunciasen a sus presuntos derechos, a cambio de una vitalicia suma anual de dinero. Así, don Fernando asumió la corona de León, uniéndola ya para siempre con Castilla, por lo que fue recibido con grandes festejos en todas las ciudades de sus nuevos dominios.

Doña Beatriz le daría a Fernando diez hijos. Murió en 1236, siendo enterrada en el monasterio real de Las Huelgas. Fernando III, que a la sazón tenía 35 años, se casó de nuevo. Esta vez la esposa vendría de Francia, siendo nuevamente doña Berenguela quien hizo de casamentera. Según escribió el arzobispo de Toledo:

«Con el fin de que la virtud del rey no se menoscabase con relaciones ilícitas, su madre la noble reina pensó darle por esposa a una doncella noble, linajuda, llamada Juana, biznieta del muy ilustre rey de Francia, hija del ilustre conde Simón de Ponthieu y de María, ilustre condesa del mismo lugar».

Para dicha empresa doña Berenguela se entendió con su hermana, doña Blanca, madre de San Luis, y Juana de Ponthieu vino de prometida a Castilla. La boda tuvo lugar en 1237. Juana sería, como Beatriz, una esposa fidelísima a Fernando, quien la llevaría siempre en sus viajes y a quien amaría entrañablemente. Le dio cinco hijos más.

II. El Guerrero

Buena parte de la vida de Fernando, ya rey, transcurrió a caballo, en los campos de batalla. Fue allí, como caballero sin tacha, donde alcanzó la cima de su grandeza e incluso de su santidad. Para comprenderlo mejor será preciso recordar el momento histórico que le tocó vivir. Por aquel entonces, el mundo islámico era la frontera que lindaba con la Europa cristiana, un mundo poderoso, en plena expansión. El arco musulmán iba desde la mitad inferior de España, pasando por el África septentrional hasta el Medio Oriente, e incluso algunas regiones de la India. En el resto del mundo conocido, se presentía la amenaza de la invasión mogola de Gengis Khan hacia el sur –China– y hacia el oeste –Rusia–. Era principalmente Europa la que debía afrontar el peligro de la presión musulmana. En este contexto cobra todo su sentido el ideal caballeresco, así como la gesta de las Cruzadas, que fue su expresión más excelsa.

1. Antecedentes de la Reconquista

Como se sabe, las Cruzadas no se limitaron a la reconquista de los Santos Lugares, hollados por el enemigo frontal de los cristianos que allí moraban. También los reinos hispánicos, que tenían fronteras con el Islam, invasor de la patria visigoda, se habían levantado en armas para emprender su cruzada local, solicitando de los Papas los mismos favores espirituales de que gozaban los guerreros que se dirigían hacia el Oriente. Al mismo tiempo que los españoles luchaban por la Reconquista de su tierra ocupada, numerosos monjes, mercaderes y guerreros, provenientes de allende los Pirineos, recorrían el camino de Santiago, afincándose a veces en algunos de los puntos de su trayecto, o contribuyendo a la formación de numerosas abadías.

A comienzos del siglo XIII, la España cristiana comprendía cinco reinos: León, Castilla, Aragón, Navarra y Portugal. En el sur, tras la desaparición del califato de Córdoba, el año 1031, había cundido la anarquía en los numerosos reinos de taifas allí existentes. Aprovechando dicha situación, los almorávides, que estaban en el norte de África, invadieron la Península y se impusieron sobre la España musulmana, con lo que se vio demorada la reconquista que llevaban adelante los reinos del norte. Poco más de un siglo después, en 1147, los almorávides, ya en decadencia, fueron suplantados por los almohades, fanáticos bereberes, que obligaron a los últimos almorávides a refugiarse en las islas Baleares.

En 1195, el jefe almohade Yacub alMansur, infligió en el cerro de Alarcos, cerca de Ciudad Real, una derrota aplastante al rey castellano Alfonso VIII, abuelo de Fernando. Pero dicho califa no supo aprovechar sus victorias, muriendo cuatro años después. En 1211, su hijo alNasir, que estaba en el norte de África, desembarcó con un gran ejército de moros en la península, donde se unió con las tropas almohades que allí acampaban, formando un poderoso contingente de 300.000 hombres. El miedo se apoderó de Castilla y del resto de Europa. Ante semejante situación, que ponía en peligro una parte importante de la Cristiandad, el papa Inocencio III convocó a la cruzada, concediendo indulgencias a los que voluntariamente acudiesen en auxilio del rey de Castilla. La leva fue exitosa, cruzando los Pirineos combatientes de toda Europa.

Cuando esto último acontecía, Fernando tenía 10 años. Junto a su madre, pudo observar la movilización general. Había olor a guerra. Fue principalmente en Toledo donde se concentraron los caballeros cristianos, de muy variadas procedencias, ya que los había de Francia, de Italia, de Inglaterra, además de los españoles, como es lógico. Sólo se diferenciaban por las hablas y los atuendos. El 16 de julio de 1212 tuvo lugar la famosa batalla de las Navas de Tolosa, a que aludimos anteriormente, donde las tropas cristianas consiguieron una victoria contundente. Fernando, que a la sazón se encontraba en Burgos con su madre, vería así despejado el camino para sus ulteriores hazañas conquistadoras.

En este ambiente pasó su niñez y adolescencia, leyendo y admirando a los guerreros de las Cruzadas, especialmente a sus antepasados, como ya hemos indicado, lo que iba consolidando cada vez más en su interior el ideal caballeresco. Entendía que una de las obligaciones más importantes de un príncipe cristiano, según las leyes de la caballería, era socorrer con sus armas los designios espirituales de la Iglesia, no fuera que los enemigos del nombre cristiano, viendo a la Iglesia carente de poder, la ultrajasen con la violencia. En otras palabras, de lo que se trataba era de poner «la fuerza armada al servicio de la verdad desarmada».

2. La aventura mística de Fernando

Ahora ya era rey, pero se sentía incómodo, porque el ardor guerrero había decaído. Un día, inesperadamente, convocó a los suyos, y les propuso un plan que dejó boquiabiertos a los cortesanos: retomar la guerra contra el moro. Dirigiéndose a su madre le dijo:

«Queridísima madre y dulcísima señora: ¿De qué me sirve el reino de Castilla que me disteis con vuestra abdicación, y una esposa tan noble que me trajisteis de tierras lejanas y está unida a mí con amor indecible; de qué el celo con que os adelantáis a todos mis deseos, cumpliéndolos con maternal amor antes de que yo los haya concebido, si me enredo en la pereza y se desvanece la flor de mi juventud sin fruto, si se extinguen los fulgores del comienzo de mi reinado? Ha llegado la hora señalada por Dios omnipotente en que puedo servir a Jesucristo, por quienes los reyes reinan, en la guerra contra los enemigos de la fe cristiana para honor y gloria de su nombre. La puerta está abierta y expedito el camino. Tenemos paz en el reino; los moros arden en discordias. Cristo, Dios y hombre, está de nuestra parte; de parte de los moros, el infiel y condenado apóstata Mahoma. ¿Qué esperamos? Os suplico, madre mía, a quien debo todo cuanto tengo después de Dios, me deis licencia para declarar la guerra a los moros».

Y así comenzó Fernando III la aventura mística y guerrera de la conquista territorial del sur de España, para arrancar a los cristianos de su servidumbre, guerra que no cesaría sino con su muerte, casi treinta años después, en la ciudad de Sevilla. Por cierto que siempre se movió sobre la base de que la guerra que entablaba era justa y santa, entendiendo que hubiera sido vana jactancia y superficialidad de espíritu buscar solamente la gloria del triunfo, poniendo en peligro la vida de sus leales vasallos, sin otras motivaciones superiores.

Dedicóse, pues, a organizar su ejército, para luego dirigirlo con eficacia. Ninguno más diestro que él en preparar a sus tropas, aconsejándoles que se ejercitasen permanentemente en las armas para encontrarse preparados en la ocasión; ninguno más cuidadoso en prevenir a sus soldados de riesgos innecesarios; ninguno más ingenioso en detectar las tácticas del enemigo; ninguno más valiente en el combate, y ninguno más constante en perseverar hasta la consecución de la victoria. Cuando se dirigía a la guerra, llevaba a sus hijos consigo de modo que se fuesen iniciando en el manejo de las armas, lo que constituía un ejemplo para los nobles.

En muchas ocasiones, convaleciendo de alguna enfermedad, salía prematuramente al combate, sabiendo cuánto implicaba su presencia para

acrecentar el coraje de los suyos. Su camaradería era proverbial, llegando a cumplir turnos de guardia con los demás soldados, dispuesto a padecer las mismas incomodidades que ellos para hacérselas fáciles y llevaderas. Abrazaba efusivamente y con admiración a los soldados que habían dado muestras de valor, cualquiera fuese su grado, limpiándoles con su mano el sudor y la sangre. Los frecuentaba en sus cuarteles, y si caían heridos, los visitaba en los hospitales, donde los atendía como un padre. Era un verdadero caudillo. Su sola presencia resultaba convocante, por lo que nunca debió recurrir a levadas violentas.

Se reveló, asimismo, como un excelente estratega, planeando hasta el detalle las grandes campañas. Recurrió al método de los guerrillas, entrenando fuerzas ágiles y escogidas, sea de caballería o de infantería. Era maestro en el arte de sorprender y desconcertar, así como de aprovechar las disensiones personales o políticas de sus adversarios. Un verdadero general.

3. Valencia, Jerez y Córdoba

No podemos detenernos en la descripción de todas sus campañas militares, ni en la consideración de sus diversas estrategias. Limitémonos tan sólo a algunas de ellas.

En cierta ocasión se aproximó a Valencia, ocupada entonces por los moros. Su rey, Benzuit, temeroso de entrar en guerra, le propuso encontrarse en Cuenca, donde el jefe católico había establecido su cuartel general. Fernando le recibió cortesmente, permitiéndole sentarse junto a él, bajo el mismo dosel. El moro, profundamente impresionado por tan caballeresca recepción, le ofreció perpetuo vasallaje y se volvió a Valencia. Hasta se llegó a decir que poco después se hizo cristiano. Algo semejante acaeció con motivo de su entrada en Andalucía. En dicha ocasión, se le presentaron varios emisarios de Mahomad, rey de Baeza, informándole que estaban prontos para rendir la ciudad, ponerla bajo su obediencia, y asistirle con dinero y armamento contra los que le hiciesen resistencia. Porque Fernando no amaba la guerra por la guerra. Cuando podía vencer con otros medios, no dudaba en hacerlo. A estos dos reinos, el de Valencia y el de Baeza, los ganó sin sangre, pasando a ser tributarios suyos.

En otros casos hubo enfrentamiento armado. Milagroso fue el triunfo que alcanzó sobre los moros en Jerez de la Frontera. Como se sabe, esta población se llama así porque se encontraba en los confines de los reinos cristianos y árabes. Fernando encargó su conquista al príncipe Alfonso, su hijo. Las fuerzas contrincantes eran totalmente desproporcionadas: por cada cristiano había diez moros. Abenuth, rey de Jerez, daba por segura la victoria. Se entabló el combate. Pero, según relatan las crónicas, en medio del encononazo, los moros vieron al patrono de las Españas, el apóstol Santiago, y a otros magníficos caballeros, vestidos de blanco, luchando por los cristianos, con lo que se rindieron.

Curiosa fue la conquista de Córdoba, en el año 1236. Esta ciudad ya no era la urbe poco menos que imperial de la época gloriosa del Califato y de los Emires, si bien aún conservaba algo de su antiguo prestigio. Hallábase Fernando muy lejos de aquel lugar, en Benavente, provincia de Zamora, cuando le llegó un perentorio mensaje del sur: uno de los barrios orientales de Córdoba había sido tomado por un puñado de hombres, que pedían urgentes refuerzos para completar la toma de al menos un sector importante, en donde se hallaban la Mezquita y el Alcázar. Cerrando sus oídos a los consejos de los cortesanos que querían disuadirle de esta campaña, en razón de las lluvias y del muy dudoso éxito de la empresa, el rey ensilló su caballo y se dirigió hacia esa Ciudad a galope tendido, en compañía de sus caballeros, «poniendo toda su esperanza en Cristo», como se lee en la Crónica latina.

Tras diversos avatares bélicos, el príncipe Abulal Hasan entregó las llaves de la plaza. Y en la almena del Alcázar moro ondeó finalmente el pendón de Castilla y León. Juntamente con él, Fernando ordenó erigir el signo de la cruz, según solía

hacerlo en todas sus conquistas. La santa cruz era por él considerada como la mejor arma ofensiva y defensiva para sus batallas, porque con ella Cristo había vencido a sus enemigos. Y así en las ciudades que iba conquistando a los moros, inmediatamente hacía enarbolar sobre sus torreones el estandarte de la cruz. El obispo de Osma, y futuro obispo de Córdoba, consagró la mezquita mayor, que es aún hoy uno de los más notables monumentos del arte arábigo, con sus diecinueve naves y más de mil columnas, dedicándola al culto cristiano bajo la advocación de la Asunción de Nuestra Señora. Al día siguiente, Fernando hizo su ingreso solemne en la ciudad. En la mezquita-catedral el obispo celebró un solemne pontifical, tras lo cual se entonó el Te Deum. Fernando III puso su sede en el Alcázar contiguo.

Las campanas de Santiago de Compostela, que antaño Almanzor, visir del Califa de Córdoba, y vencedor de los cristianos en numerosas campañas, hiciera traer como botín de guerra en el año 997 a hombros de cautivos cristianos, fueron encontradas en la Mezquita cordobesa, donde eran empleadas como grandes lampadarios para la iluminación del templo. A hombros de moros fueron trasladadas a su lugar original, a Galicia, para que tañeran de nuevo en honor del Apóstol.

Poco después, Muhammad Ibn al-Ahmar, cuyo reino abarcaba las actuales provincias de Granada, Almería y Málaga, concertó con Fernando varias treguas y tratados, a espaldas de la corte mora. En cierta ocasión se acercó hasta donde estaba el rey de Castilla, le besó la mano en señal de vasallaje, y le dijo «que feciese de él et de su tierra lo que fazer quisiera, et entrególe luego Jaén». La Crónica General dibuja, con emocionada sencillez, la acogida de Fernando: «Lleno de piadamiento et de toda medida, veyendo cómo ese rey moro venía con gran humildad y tan paciente... recibióle con mucha honra, et no quiso de él otra cosa salvo que quedase por su vasallo con toda su tierra». Fernando entró triunfalmente en la ciudad de Jaén e hizo poner sobre un altar la pequeña imagen de la Virgen que lo acompañaba en las batallas, permaneciendo varios meses en dicho lugar.

4. La conquista de Sevilla

El momento culminante de las campañas de Fernando fue, sin duda, la conquista de Sevilla. Un poeta de dicha ciudad, Rafael Laffón, así expresa el anhelo del rey por aposentarse en aquella ciudad:

Guadalquivir abajo, rueda un son de mesnada.

La noche con estrellas corre su espuela loca...

Va de bodas Fernando y es la novia Sevilla.

Doña Berenguela, ya anciana, se había retirado al monasterio real de Las Huelgas, donde murió y fue sepultada. Tras la despedida, Fernando se dirigió decididamente a Sevilla. Para hacer efectiva su conquista, considerada fundamental –el mismo papa Inocencio IV publicó una bula en favor de dicha empresa–, acudieron caballeros no sólo de los reinos de Castilla y León, sino de toda la Cristiandad. El embrujo de la Sevilla mora deslumbraba a aquellos guerreros.

Fernando puso en asedio la ciudad. Sus hombres eran muy poco numerosos, al menos si los comparamos con el inmenso ejército que estaba a las órdenes de Axataf, el jefe moro. El rey católico ordenó que las cosas se dispusiesen como para un largo sitio, de manera que los soldados tuviesen cierta holgura. El campamento de Fernando parecía una nueva ciudad, una especie de Sevilla cristiana, con plazas para las vituallas, e incluso con calles donde se instalasen los artesanos. Asimismo fueron erigidos tres templos para que los soldados pudiesen oír Misa, colocándose en ellos las imágenes de la Virgen que el santo rey solía llevar consigo en las campañas.

Meses y meses duró el asedio. Cada cierto tiempo, grupos de cristianos desafiantes se adelantaban hasta el borde de los muros, desde donde retaban a los

muslines, llamándoles, según costumbre, con toda clase de epítetos, y dirigiendo los más selectos saludos a Mahoma y a toda su familia. «¡Santiago y Castilla!», gritaban desde afuera. «¡Alá, Alá! ¡Mahoma, Mahoma!», respondían desde adentro. Sevilla, con sus siete kilómetros de poderosas murallas, y teniendo por respaldo un río caudaloso, parecía inexpugnable. Fernando comprendió que para conquistarla no bastaban los desafíos. Era preciso que una flota la atacase por el río Guadalquivir. Y entonces encargó a Ramón Bonifaz que formase con urgencia una escuadra de combate. Así nació la marina de guerra de Castilla.

Sin embargo la resistencia persistía. Sevilla parecía inexpugnable. Fernando apeló a todos los medios humanos, pero principalmente recurrió a Dios, el Señor de los Ejércitos. Bajo su cota y su lorica, se puso un áspero cilicio, y tomó disciplina tres veces por semana. Como escribe Ribadeneira, «con esto se vencía primero a sí para vencer a sus enemigos, y sujetaba sus pasiones para dominar las ciudades». Recurrió, asimismo, a la ayuda de los Santos. Estando en León, se había hecho muy devoto de dos de ellos, que siglos atrás habían sido precisamente arzobispos de Sevilla, San Leandro y San Isidoro. Es creencia piadosa que este último fue quien le animó a perseverar en el cerco de la ciudad.

Los moros, acosados hasta el extremo, entablaron conversaciones. «Venimos a ofrecer el vasallaje de nuestro rey –le dijeron a Fernando–, así como la entrega del alcázar y la mitad de todas las rentas, si levantáis el sitio». Fernando respondió que no había capitulación posible en esas condiciones. Esa misma tarde retornaron los emisarios, ofreciendo, además de lo dicho, la mitad de la ciudad, con el compromiso de levantar un muro que dividiese a los dos pueblos, cristiano y moro. Fernando se negó una vez más. «Debéis entregar toda la ciudad, les dijo, con las fortalezas y castillos de su jurisdicción». «Sea como deseáis –le respondieron–, mas permitidnos que antes derribemos la mezquita mayor o al menos su alta torre, para que no sean testigos de nuestra desgracia». Al oír esto, el infante don Alfonso, apasionado de las bellezas artísticas, pidió al rey licencia para contestar: «Tened por cierto que si una sola teja falta de la torre o un solo ladrillo de la mezquita, rodarán por tierra todas las cabezas de los moros que hay en la ciudad».

Los sitiados tuvieron que consentir. Tras la capitulación, Fernando les concedió un mes para liquidar sus bienes y disponer la partida a donde más les agradase. Trescientos mil moros salieron de la ciudad. Axataf entregó al rey las llaves de Sevilla sobre una de las cuales estaba escrito en árabe: «Permita Dios que sea eterno el imperio del Islam». Se dice que cuando se alejaba de la ciudad, al ver a lo lejos su silueta, cubiertos los ojos de lágrimas exclamó: «¡Oh grande y noble ciudad, tan fuerte y tan poblada, y defendida con tanto valor y heroísmo! Sólo un santo ha podido vencerte y apoderarse de ti».

Para hacer su entrada triunfal, eligió el rey el 23 de noviembre, ya que en dicho día habían sido trasladados los restos de San Isidoro desde Sevilla a León. Abrían la marcha los grandes maestros de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara, San Juan y el Temple, seguidos de los caballeros que las integraban; luego los obispos de la zona, juntamente con sus clérigos. Tras ellos, el carro triunfal con la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, que Luis, rey de Francia, había regalado a su primo, y a la que Fernando atribuía principalmente su victoria; a ambos lados de dicho carro y sobre blancos potros, el rey, con su espada desenvainada, y su esposa, doña Juana. Luego los infantes y el legado pontificio. Estaban allí presentes San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced, y San Pedro González, de la Orden de Predicadores, que habían animado a las tropas durante el asedio.

Recorriendo aquellas calles estrechas y tortuosas de la Sevilla moruna, se dirigieron a la mezquita mayor, previamente purificada y convertida en iglesia. Luego de colocarse en el templo la santa imagen de Nuestra Señora, sobre el mismo carro triunfal, hecho en forma tal que podía servir de altar, se entonó el Te Deum, en acción de gracias por la restitución a la Cristiandad de aquella nobilísima

ciudad de la Giralda y del Guadalquivir, después de 535 años que había estado en poder de los infieles. Fernando puso su residencia en el alcázar moro donde, desde la capitulación, ondeaba la enseña del rey de Castilla.

Un poeta árabe, Abu Beka Salch, expresa así la consternación que produjo en el Islam la caída de Sevilla:

Dolores hay que tienen consuelo,
pero no le hay para la presente tragedia del Islam.
Trágico golpe de muerte ha herido a España
y resonado en los senos de Arabia,
conmoviéndose el monte Ohod y el monte Thalan.
En Esperia ha sido herido el corazón del Islam,
sus pueblos y sus provincias lloran desiertas y solitarias.
Pregunta a Valencia, ¿qué ha sido de Murcia,
dónde fue Játiva, dónde Jaén?
¿Qué fue de Córdoba, mansión del talento,
qué de sus sabios que en ella moraban?
¡Guay de Sevilla, la de los deleites,
la de las límpidas y abundosas aguas!
¡Ciudades magníficas, cimientos de pueblos!,
¿dónde irán éstos si vosotros os derrumbáis con estruendo?
Como el amante suspira por la ausencia de la amada,
así suspira el Islam por estas tierras solitarias,
presa de la mano del infiel.
Las mezquitas trocáronse en iglesias,
y las coronas en cruces y campanas;
la piedra y el leño insensible
de nuestros santuarios y almenares,
vierten lágrimas ante tamaño infortunio.
¡Oh tú, que duermes en la indolencia,
sabe que la fortuna vela y te da llamadas!
Tú que te anegas en los placeres que te da la patria,
¿crees que puede haber patria para el muslim,
después de perdida Sevilla?
Esta definitiva desgracia hace olvidar las otras,
Y no podrá el rodar de los tiempos borrarla del alma.

Hemos bosquejado algunas de las campañas militares de Fernando. Además de Murcia, reconquistó buena parte de Andalucía, así como otras muchas plazas menores, expulsando a los ocupantes de casi todos los términos de España. Sólo la ciudad de Granada, que se hizo su vasalla y tributaria, permanecería bajo el dominio moro, hasta que fue conquistada finalmente por los Reyes Católicos en 1492, el año mismo en que Colón descubrió América.

Antes de concluir este capítulo sobre las guerras de Fernando, destaquemos el carácter claramente religioso de las mismas. Como dijera por aquel entonces el obispo de Palencia, las conquistas de los reinos eran, a la vez, conquistas de la fe católica, logros de la religión cristiana. Ello queda simbolizado por la costumbre que introdujo el rey de convertir las mezquitas en iglesias. De ahí su afirmación tan categórica: «Nunca desnudé la espada, ni cerqué ciudad, ni castillo, ni salí a empresa, que no fuese mi único motivo el dilatar y ensalzar la fe de Cristo, y por la mayor gloria de Dios». Y de ahí también su confianza en el combate: «No temo a mis enemigos mientras tenga de mi parte a mi Dios y Señor».

Varios reinos moros radicados desde hacía siglos en España fueron su botín de guerra. Fernando había logrado llegar al mar Mediterráneo. Ya podía lavar sus botas en las aguas de aquel mar. Sin embargo su espíritu de guerrero cruzado no le permitió darse por satisfecho con lo cumplido. Y así, reuniendo un día a los nobles, les dijo:

«Creo que ha llegado la hora de invadir el África, y conquistar para la Cruz tanto como ellos conquistaron para la media luna. Conozco vuestra lealtad, y por lo mismo no mando a nadie que me siga, pues todos sabéis lo que a vuestro honor conviene. Vamos a construir una nueva flota y, apenas esté todo dispuesto, acometeremos la empresa, con la ayuda de Dios».

Cuando los moros que ocupaban el norte de África conocieron el propósito del rey invicto, sabiendo con qué valor y eficiencia llevaba a cabo sus determinaciones, se llenaron de temor, a tal punto que el rey de Marruecos se propuso pactar una alianza con él, y otros reyes de esa zona enviaron embajadores solicitando la paz. Fernando, por su parte, encargó al marino Bonifaz que iniciara exploraciones en las costas de África, lo que el almirante realizó con éxito. Pero al parecer, Dios no quiso favorecer este nuevo y ambicioso proyecto del rey, ya que Fernando enfermó gravemente de hidropesía, muriendo poco tiempo después.

Acotemos un dato histórico que, si bien rebasa la época de nuestro Santo, parece prolongarla. Siglos después, los Reyes Católicos, tomando la antorcha dejada por San Fernando, tratarán de llevar a cabo su generoso anhelo. Porque luego de conquistar la ciudad de Granada, dando así término a los siete siglos de Reconquista, inspirados por el cardenal Cisneros, sintieron arder en sus pechos el mismo anhelo que Fernando: lanzarse sobre África del norte para plantar allí la cruz de Cristo. Tras las conquistas iniciales que lograron en Orán, Trípoli, Argel y Túnez, se propusieron avanzar hacia el Oriente en forma de pinza, desde Alejandría y desde Grecia, para culminar liberando Jerusalén.

El papa Alejandro VI apoyó calurosamente este grandioso proyecto, que empalmaría con las viejas cruzadas, concediendo las debidas indulgencias. El proyecto, por desgracia, no se pudo concretar. Pero no deja de resultar apasionante la idea de que la toma de Granada, continuando la de Sevilla, estuvo en el comienzo tanto del proyecto de la reconquista africana como de la histórica conquista americana, ambas concebidas con espíritu de Cruzada. Por eso los Reyes Católicos deben ser considerados como los herederos natos del rey Fernando.

III. El Gobernante

Hasta ahora Fernando se nos ha revelado como un esforzado guerrero. Tras pacificar los reinos de Castilla y León, convirtió en tributarios suyos los reinos de Valencia y Granada, y conquistó los de Murcia, Córdoba, Jaén y Sevilla.

Sin embargo no se limitó a combatir y vencer. Se impuso, asimismo, la tarea de gobernar con la equidad propia de un caudillo católico. Luego de conquistar Sevilla, para poner un ejemplo, se preocupó tanto por lo espiritual como por lo temporal. En lo que toca a lo primero, trató de favorecer la conversión de sus nuevos súbditos, y al tiempo que dotaba con real munificencia la catedral, colaboró con la Iglesia para la multiplicación de monasterios y colegios. Con el mismo tesón

se aplicó al gobierno político. La primera urgencia era repoblar la ciudad. Así lo hizo, otorgando grandes ventajas a quienes a ella viniesen, con lo que españoles de toda la Península acudieron para afincarse en Sevilla, supliendo a los moros fugitivos. Particularmente generoso se mostró con los doscientos caballeros que más se habían señalado en la conquista de la ciudad, dando a cada uno de ellos el galardón correspondiente a sus méritos.

Trajo también de otros lugares un buen número de artesanos y expertos en todo género de artes, con lo que la ciudad recuperó pronto su antiguo lustre. Ésta fue una política habitual en él: poblar y colonizar inteligentemente los territorios conquistados.

1. Su amor por la justicia

Fernando se preocupó muy en particular por la recta administración de la justicia. Aborrecía las coimas –sobornos– y no las dejaba impunes, en la conciencia de que si se hacía vendible la justicia, las infracciones de los pobres serían exageradamente castigadas, mientras que los delitos de los ricos pasarían desapercibidos. Por eso exigía de los jueces un juramento especial de que no recibirían dinero alguno por sus oficios, y a fin de que no tuviesen excusa, les otorgaba cuantiosos salarios, tomándolos de su patrimonio real.

Con el deseo de que el derecho encontrase su adecuada codificación ordenó traducir del latín al español –que declaró idioma oficial de sus Reinos– el antiguo Código visigótico Liber Judicum, bajo el nombre de Fuero Juzgo, y por su consejo se comenzó a redactar la inmortal recapitulación jurídica del Código de las Siete Partidas, que terminaría su hijo don Alfonso. A semejanza de su primo Luis, le gustaba a Fernando hacer rápida justicia. Nos cuentan los cronistas que para no demorar la atención a los necesitados, atendía desde las ventanas del entresuelo de su casa, que daba a la calle, donde los pobres exponían sus aprietos «sin necesidad de antesala»; así, decía, se obviaban «las trabas de los porteros y demás servidumbre de escaleras abajo».

Preocupóse asimismo por promulgar leyes que elevaran el nivel intelectual y moral de su pueblo. Para ello se hacía asesorar por sacerdotes y personas entendidas, pidiéndoles que estudiasen y propusiesen remedios adecuados en orden a corregir los defectos de sus vasallos. Mediante dichas leyes logró mejorar sustancialmente sus usos y costumbres. En esto de dar a cada cual lo que le corresponde, fue tolerante con los judíos y musulmanes, pero muy riguroso con los apóstatas y falsos conversos.

2. El fomento de la cultura

Destaquemos también su preocupación por la cultura. No en vano floreció en un siglo pletórico de hombres eminentes, contemporáneo de Santo Tomás, San Buenaventura, y tantos otros. En la sabiduría política, que es la propia de un rey, excedió sobremanera. Incluso se le ha comparado con su hijo, el rey Alfonso, apodado precisamente el Sabio. Fernando fue particularmente versado en el campo de la historia, haciendo de los tiempos pasados una escuela para su tiempo, aprendiendo de unos personajes lo que debía imitar, y de otros lo que había de evitar.

Tenía particular afición por los profesores y los hombres de la cultura. No bien conquistó Sevilla se preocupó por traer personas sabias que la ilustrasen, con buenos sueldos para que pudiesen proseguir holgadamente sus investigaciones. Gilberto Genebrardo, benedictino francés del siglo XVI, dice en su Cronografía: «Por la magnificencia de san Fernando, rey de España, y de San Luis, rey de Francia, la teología y las buenas artes, que hacía tiempo de cien años estaban muy caídas, cobraron fuerza y levantaron cabeza».

Según parece, fue nuestro santo rey quien trasladó la universidad de Palencia a Salamanca, pudiendo así ser considerado como el fundador de esta insigne

universidad. Se ha dicho que el florecimiento jurídico, literario y hasta musical de la corte de Alfonso X no es sino el fruto de los comienzos puestos por su padre.

En fin, la política de Fernando, tanto la nacional como la internacional, fue verdaderamente ejemplar. Sus relaciones, filiales siempre, pero independientes y hasta tajantes, cuando correspondía, con la Santa Sede; su trato con los prelados, los nobles, los municipios, las recién fundadas universidades; su administración de la justicia; su categórica represión de las herejías; sus relaciones con los otros reinos de España; su gestión económica; la creación de la marina de guerra; la coordinación y reordenamiento de las ciudades conquistadas; su aliento a la reforma y ulterior codificación del derecho español, su protección al arte... Un gobierno realmente paradigmático, sólo comparable al de Isabel la Católica, aunque menos conocido.

Nos cuentan sus contemporáneos que por atender al gobierno dormía muy poco, y cuando algunos le recomendaron dar más tiempo al descanso, respondió: «Yo sé que vosotros dormís más; pero si yo, que soy rey, no estoy desvelado, ¿cómo podréis dormir vosotros seguros?».

IV. El Santo

Una última faceta, la más trascendente de la personalidad de Fernando: su excelencia en la práctica de las virtudes. Su hijo Alfonso mencionó siete de ellas en las cuales se destacó de manera especial: la fe, la esperanza, la caridad, la justicia, la medida, la nobleza y la fortaleza.

Hemos tratado de este gran rey considerándolo principalmente como guerrero y como gobernante. Veamos la manera como se traslucían en ambas ocupaciones las virtudes anejas a dichos menesteres.

1. El santo guerrero

Ante todo las virtudes propias del guerrero. En esta época en que ahora vivimos, de claudicante pacifismo, parece apremiante recordar, más allá del carácter militante de la vida cristiana, en general, las virtudes que deben caracterizar al soldado cristiano. Como ya hemos señalado, en las permanentes batallas que jalonaron su existencia, jamás Fernando buscó su propia gloria, sino la gloria de Dios. Preguntado en cierta ocasión por qué tuvo más éxito en el campo de batalla que sus antepasados, respondió: «Pudo ser que mis antecesores cuidasen a veces más de extender su grandeza que de introducir la fe, de multiplicar vasallos que de aumentar altares, y con esto se malograsen sus designios».

Las crónicas atestiguan que antes de lanzarse sobre el enemigo, solía levantar los ojos al cielo para decirle a Dios: «Tú, Señor, que conoces los corazones y te son patentes los más secretos pensamientos, sabes que no busco mi gloria, sino la tuya, y que no deseo tanto el aumento de los reinos caducos de la tierra cuanto el aumento de la fe católica y la religión cristiana». Bien ha escrito Ribadeneira que con tanta devoción, sacrificio y penitencias con que acompañaba sus batallas, «no es maravilla que pelease por él el cielo, y que la victoria se alistase debajo de sus banderas, y que se cuenten sus batallas por sus victorias y sus empresas por sus triunfos».

Sólo amó la guerra bajo razón de cruzada cristiana y de legítima defensa o reconquista nacional. Se cuenta que al iniciar una campaña contra los moros decía: «Si alguno quiere ser mi amigo y mi vasallo que me siga». Ello nos trae al recuerdo la convocatoria que en los Ejercicios Espirituales pone San Ignacio de Loyola en boca del rey temporal como símbolo del llamado del Rey eterno: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por lo tanto quien lo quisiere venga conmigo... para que así después tenga parte en la victoria como la ha tenido en los trabajos». Estas palabras son perfectamente aplicables a los labios y al espíritu de San Fernando. Sus campañas fueron siempre «para conquistar tierra de infieles». Había tomado la firme decisión de jamás cruzar las armas con otros príncipes cristianos,

en cumplimiento de lo cual agotó su paciencia y la insistente negociación. Con ser tantas sus victorias como sus batallas y tener tanta parte, en su feliz desenlace, su inteligencia, coraje y capacidad estratégica, no quería para sí las alabanzas, sino para el Dios de los Ejércitos, ni las atribuía a sus méritos o a su valor, sino a la infidelidad de sus adversarios moros, diciendo que por castigarlos Dios a éstos como a infieles, le favorecía a él.

El arrojo que desplegó en las batallas fue proverbial, si bien siempre trató de evitar la valentía loca, la temeridad. En el Libro del conde Lucanor et de Patronio, debido a la pluma de Don Juan Manuel, se relata una anécdota que lo retrata de cuerpo entero:

En cierta ocasión, durante el asedio de Sevilla, tres caballeros discutían sobre cuál de ellos sería el más osado. Se pusieron de acuerdo en llegar hasta la puerta de la ciudad asediada, y golpear en ella con sus lanzas. Cuando los moros que estaban en las murallas y en las torres los vieron venir, creyeron que lo hacían en calidad de emisarios, y nadie salió a combatirlos. Los tres llegaron a la puerta, la golpearon con sus lanzas, y retornaron. Al comprender los moros que se habían burlado de ellos, salieron en multitud para no dejar impune la broma. Los caballeros se detuvieron cada cual donde estaba. Acometieron al primero, y los demás se quedaron quietos en su lugar, resistiendo a su vez cuando a ellos les llegó el turno. Al verlos desde el campamento cristiano, los fueron a socorrer, derrotando a los moros que volvieron tras los muros.

Al enterarse del asunto, Fernando mandó detener a los tres, diciendo que merecían la muerte, pues su lance había sido de una temeridad rayana en la locura. Pero los demás nobles intercedieron por ellos y el rey los mandó soltar. Cuando supo el motivo por el que se arrojaron a esa aventura, les preguntó cuál de ellos se había mostrado mejor caballero. Cada cual adujo sus razones. Pero al fin el rey zanjó la cuestión. El primero atacado por los moros pareció el mejor caballero, pero no fue tal porque la vergüenza hizo que huyese; el segundo, que esperó más que el primero, se mostró mejor, porque pudo sufrir más el miedo; y el tercero, que aguardó hasta que los moros lo hirieran, fue el mejor de ellos, porque «sufrió todo el miedo y esperó».

Fernando reveló plenamente la grandeza de su espíritu en el modo de comportarse durante sus campañas. Osado en el combate, jamás faltó al honor de su palabra, guardando rigurosamente los pactos convenidos con sus adversarios, los caudillos moros, aunque razones posteriores de conveniencia política o militar lo inclinasen a infringirlos. En tal sentido fue la antítesis del Príncipe de Maquiavelo.

Cuanto era de atrevido y esforzado en las batallas, se mostraba de apacible y misericordioso, modesto y templado, después de las victorias. Con los vencidos se comportaba con gran benignidad, y ya no los seguía tratando como a enemigos. Cuando ocupó Sevilla, a los moros que quisieron pasar a África, les ofreció bagajes y guías; lo mismo a quienes prefirieron trasladarse por tierra a Granada. Hasta ser vencidos, le aborrecían sus enemigos, pero luego conquistaba con su hidalguía y afabilidad los corazones de los que había conquistado con las armas. Quizás obraba así por su deseo de ganarlos para la fe católica. Se presume con mucha verosimilitud que algunos de los reyes aliados la abrazaron en secreto. Sabemos que el rey de Baeza le entregó en rehén a uno de sus hijos, y éste, convertido al cristianismo, tomó el nombre de Fernando, siendo luego uno de los pobladores radicados en Sevilla.

2. El santo estadista

También como gobernante descolló en virtudes heroicas. Destacóse particularmente en una de las virtudes más propias de quienes tienen las riendas de un pueblo, es decir, en la prudencia gubernativa. Desde los 18 años empezó a gobernar con tanto acierto como si tuviera una larga experiencia. A quienes integraron sus cortes sucesivas siempre les resultó admirable el juicio con que

deliberaba y la madurez con que resolvía. Como galanamente ha escrito Ribadeneira, parecía anciana la prudencia en un rey mancebo.

Pero, sabiendo que podía errar, lo que es una muestra más de dicha virtud, llevaba siempre consigo en su corte y en las campañas militares doce varones sabios, provenientes de la Universidad de Salamanca, con los que consultaba todos sus propósitos, no para despojarse de su autoridad, siguiendo lo que le dijese la mayoría, sino para esclarecer su inteligencia con las luces que los sabios le proporcionaban. En estos doce varones sabios tuvo origen lo que luego se llamaría el Consejo Real de Castilla.

Mas no solamente tomaba parecer de sabios consejeros. También estaba dispuesto a seguir el de cualquier vasallo, cuando la razón estaba a su favor. Incluso de los pillos aceptaba recomendaciones.

Particularmente apreciaba a uno de ellos, llamado Paja, medio pillo, medio bufón, porque entre los chistes mezclaba juiciosas advertencias. En relación con este hombre se cuenta que, después de la conquista de Sevilla y de ponerse orden en la ciudad, oyó Paja que el rey había resuelto, a instancia de los ricos, sacar de ella su corte. Pareciéndole que si Fernando obraba así cometería un grave error, le rogó que subiese con su séquito a una torre alta –¿quizás la Giralda?– para contemplar la belleza de la ciudad. Estando el rey en ella le dijo Paja: «Bien repara vuestra alteza en que se halla aquí la flor de sus reinos, y aun con todo esto no se reconoce la ciudad bastantemente poblada, pues ¿qué será si vuestra alteza la desampara y falta todo el séquito y concurso de su corte? Mirad, Señor, que en ninguna parte servís a Dios mejor que aquí, y que si una vez salís de esta ciudad quizás no podréis volver a dominarla sino con gran trabajo».

A lo que respondió el rey: «Siempre oí decir, y ahora creo ser verdad, que de los locos salen a veces buenos consejos; y si yo no te creyere, Dios no me valga; y así te prometo que en toda mi vida no saldré de aquí, y que aquí será mi sepultura». Esta anécdota nos trae el recuerdo de aquella figura tan amada por el pueblo ruso, la de «los locos de Cristo», que aprovechando su aparente insania, se animaban a decir a todos verdades de a puño, incluido al mismo Zar, a quien nadie se hubiera atrevido a hablar con tanta desenvoltura.

Junto con la prudencia resplandeció en San Fernando la virtud de la justicia. Perdonaba con facilidad los agravios que recibía, como se vio a los comienzos de su reinado, en que concedió un perdón general de todas las injurias que le habían hecho sus vasallos, y pudiendo vengarse de algunos de ellos, como por ejemplo de los condes de Lara y de otros señores que se le habían rebelado, no lo hizo, sino que los colmó de favores. Pero cuando la injusticia no era contra él, sino contra Dios, contra la Virgen, las viudas, o los pobres, su furor santo se encendía.

Sin embargo aun esa justicia nunca se desvinculaba de la misericordia. Se ha dicho que Fernando tenía una justicia misericordiosa y una misericordia justiciera, porque castigaba con severidad a los rebeldes pero perdonaba con piedad a los arrepentidos. Jamás su espada se manchó con sangre de inocentes, y cuando se teñía con la de los culpables, su corazón sangraba. Al castigar como juez, no olvidaba que era padre.

En la administración de la justicia se preocupaba particularmente de que los pobres no sufriesen de parte de los ricos. Entendía que la grandeza de los reyes consistía en ser el refugio de los inocentes y de los necesitados. Por eso, según señalamos antes, tenía siempre abierto el acceso a su palacio y fácilmente concedía audiencia a cuantos lo solicitaban, juzgando por sí mismo muchas veces las causas de los pobres.

Como dice el P. Ribadeneira, «Fernando era ojos del ciego, pies del cojo, amparo de los huérfanos, remedio de las viudas, protección de los desvalidos, remedio de todos los necesitados, padre de sus vasallos, y rey de sus corazones, a

los cuales cautivaba y rendía con la suave fuerza de su amor». Jamás dejó de dar limosna a los indigentes. Por eso a veces se le representó con el cetro en la mano izquierda y con la derecha repartiendo monedas a los pordioseros que lo rodean. Él fue quien introdujo la piadosa costumbre de lavar los pies a doce pobres el Jueves Santo.

Esta inclinación le movió a no querer imponer nuevos tributos a sus vasallos, sobre todo a los que no eran pudientes, según algunos ministros se lo sugerían, so pretexto de que ello era necesario para financiar la guerra contra los moros. «Más temo las maldiciones de una viejecita pobre de mi reino que a todos los moros de África», decía.

3. Un rey eutrapélico

Una virtud predilecta por Fernando fue la eutrapelia. Contrariamente a lo que por lo general se cree, la Edad Media, época en que vivió nuestro santo, no fue una época tristonra, sino bullanguera y bohemia. Con la aparición de las primeras universidades comenzaron a pulular los estudiantes ligeros y vagabundos, así como los simpáticos juglares, que iban de castillo en castillo, de convento en convento. Fernando estuvo lejos de ser un santo tenso, estirado. Su hijo Alfonso así lo describe:

«Fue muy fermoso ome de color, en todo el cuerpo et apuesto en ser bien faccionado... et sabía bien bofordar, et alancear, et tomar armas, et armarse bien et mucho apuestamente. Era muy sabidor de cazar, otrosí de jugar tablas, escaques et otros juegos buenos de buenas maneras, et pagándose de omes cantadores, et sabiéndolo él facer. Et otrosí pagándose de omes de corte, que sabían bien de trobar e cantar, et de joglares que supiesen bien tocar estrumentos, ca desto se pagaba él mucho, et entendía quien lo facía bien y quien no».

Era Fernando un hombre de porte elegante, medurado en el andar, gran conversador, sumamente ameno en los ratos de esparcimiento. Muy apuesto jinete, se lo veía diestro en los torneos de a caballo y en el arte de la caza. Jugaba con habilidad a las damas, el ajedrez y otros juegos de salón.

Gustaba particularmente de la buena música, al tiempo que sabía cantar con gracia. Parece que en su corte la música alcanzó un nivel semejante a la parisiense de su primo San Luis, que mereció tantas alabanzas en esa materia. Amigo de trovadores, se le atribuyen diversas canciones, especialmente una dedicada a la Santísima Virgen. Sin duda que dicho talento debió haber influido no poco en la educación que dio a su hijo Alfonso, quien no sólo dominó el castellano, sino también el gallego, idioma que por su melódica pronunciación reservó para sus cantigas, como se llamaban aquellas composiciones poéticas que podían ser cantadas.

Famosas son las Cantigas de Nuestra Señora, antología mariana recopilada por Alfonso, autor, quizás, de algunas de las que allí se contienen. Todo ello supone en Fernando una especial afición por las bellas artes, en todas sus formas. El naciente estilo gótico le debe en España sus mejores catedrales. Bien ha dicho el mismo Alfonso, refiriéndose a las cualidades de su padre, que «todas estas virtudes, et gracias, et bondades puso Dios en el Rey Fernando».

A género superior de elegancia pertenece lo que, como de paso, nos cuenta también su hijo: cuando Fernando iba a caballo con su séquito, por los caminos de España, y se topaba con gente de a pie, se hacía a un lado para que el polvo no molestara a los caminantes. Esta escena tan delicada resulta deliciosa como soporte cultural humano de un guerrero tan destacado.

4. Su colaboración con la Iglesia

San Fernando fue un rey santo, al estilo de los reyes medievales, que comprendían su realeza como un vicariato de Dios en favor de su pueblo, en «la

unión más estrecha con la Iglesia». No es que se dejara manejar por los prelados en las cosas que correspondían a su jurisdicción, donde se mostraba señorialmente independiente. Pero dado que los suyos eran al mismo tiempo súbditos de él y de la Iglesia, veía la necesidad de unir su cetro al báculo episcopal, su espada a la cruz de Cristo, soporte espiritual de su gestión en el orden temporal. Aconsejándole algunos de los suyos, durante el sitio de Sevilla, que se valiese de una parte de las rentas eclesiásticas, pues se hallaba tan falto de dinero, la necesidad era tan grande y la causa tan justa, respondió así: «De los eclesiásticos sólo quiero las oraciones, éstas las pediré y solicitaré siempre, porque a sus santos sacrificios y ruegos les debemos la mayor parte de nuestras conquistas».

Apoyóse, sobre todo, en las recién nacidas Órdenes Mendicantes de modo que, como dice Ribadeneira, «cuando ellos con sus sagradas compañías de religiosos destruían con la palabra las herejías, Fernando con los escuadrones de sus soldados desterrase de España con las armas el Alcorán y dilatase los términos de la fe». De ahí la decidida protección que otorgó a dichas Órdenes. Por eso hizo edificar numerosos conventos y monasterios de religiosos, en el convencimiento de que los templos eran los alcázares de su reino, las órdenes religiosas sus muros, y los coros de los religiosos los escuadrones, en cuyas oraciones confiaba más que en sus armas, porque cantando alabanzas a Dios merecían para su ejército las victorias. Fue la misma idea la que lo llevó a emprender la construcción de las más espléndidas catedrales de España, como las de Burgos y Toledo, y quizás también la de León, que se comenzó bajo su reinado. No se fabricaba iglesia en que no quisiese él tener parte. Sentía un respeto muy especial por los templos y se mostraba celosísimo de su carácter sagrado, procurando desagaviarlos cuando recibían injurias de parte de los moros.

5. Su vida interior

Fernando no sólo mostró la solidez de sus virtudes en su actuación exterior. Latía en su interior, como es lógico, una intensa «vida espiritual», fuente de aquellas manifestaciones. Era, verdaderamente, un hombre de oración. Cuando se veía enfrentado con alguna grave necesidad, pasaba noches enteras en la presencia de Dios, rogando por su pueblo e implorando la benevolencia divina. Recordemos aquella anécdota de su vida a que nos referimos anteriormente, cuando encontrándose retenido en Toledo por una enfermedad, velaba de noche orando por los suyos. A los que le pedían que se tomase un descanso replicó: «Si yo no velo, ¿cómo podréis vosotros dormir tranquilos?».

Los cronistas nos cuentan que luego de comulgar, tenía la costumbre de cerrar los ojos. Un día su madre le preguntó por qué lo hacía: «Sé que Jesucristo está dentro de mí –le respondió–, y para hablarle cierro los ojos y le digo que Él es mi Rey y Señor, y yo su caballero, y que quiero sufrir grandes trabajos por Él en la reconquista española contra los moros, y que su Madre gloriosa es mi Señora». Acertado estuvo su hijo Alfonso al decir: «En conocer a Dios nunca rey mejor le conoció que él».

Asimismo fue admirable su devoción por la Santísima Virgen. La amaba más que si hubiera sido su propio hijo carnal, acudiendo a ella con mayor confianza que a su propia madre terrena. Si cada caballero tiene que tener su propia dama, María fue para Fernando la Dama de sus sueños. Era la consejera de sus empresas, la compañera de sus jornadas, la razón de sus conquistas. Ella estaba en el principio y en el fin de sus batallas, ya que no sólo las empezaba en nombre de Dios, sino también de Nuestra Señora, y sus victorias eran como un triunfo de María.

Solía llevar siempre consigo dos imágenes suyas. La primera era la Virgen de los Reyes, regalo exquisito de su primo San Luis; no en vano exhibe en el pie derecho una flor de lis. A esa imagen, que proclamó patrona de su ejército, le tuvo don Fernando especial devoción. Con ella se entretenía en oración las horas que le dejaban libre sus obligaciones de rey. Durante el asedio de Sevilla, le hizo erigir

una capilla estable en su campamento, y renunciando a entrar primero en dicha ciudad, luego de su victoria en el campo de las armas, le cedió el honor de presidir el cortejo triunfal. Antes de morir, mandó que depusiesen su cuerpo donde ella se encontrase. La otra imagen por él amada es la que gustaba llamar la Virgen de las Batallas, una preciosa talla de marfil, que llevaba consigo en los combates, colgada por un anillo del arzón de la montura del caballo, para contar con su protección en la lucha contra los enemigos de su Hijo. La Virgen de los Reyes era para el campamento, y la Virgen de las Batallas para el combate. La de los Reyes preside hoy el altar de la Capilla Real, en la catedral de Sevilla; a sus pies se conservan los restos del Santo. La de los Combates se encuentra en el pequeño museo ubicado junto a dicha Capilla.

V. Muerte y glorificación

Hemos dicho que luego de conquistar Sevilla, y cuando estaba proyectando dirigirse al África, como quien prosigue el ímpetu de su Cruzada en dirección a Tierra Santa, reconquistando en su transcurso zonas antiguamente cristianas y ocupadas por el enemigo de la cruz, Fernando se sintió seriamente indispuerto. En una de las crónicas de la época leemos:

«El católico e muy piadoso Fernando era viejo, de larga edad e apeliado con enfermedad de hidropesía, que había por el trabajo de las batallas, que siempre fisiera, por el trabajo de los muy malos moros... E el señor JesuCristo, por quien tantas pasiones había sufrido, quería librar a su caballero e vicario, de los peligros de este mundo, e darle reino para siempre durable entre los gloriosos mártires e reyes, que legítima e fielmente habían peleado por amor de la fe, e de su nombre, con los muy malos moros, e recibirle en el palacio del cielo, dándole corona de oro que mereció haber por siempre».

Tenía entonces cincuenta años, pero su cuerpo estaba desgastado por tantas preocupaciones y combates. Llevaba reinando treintaycinco años en Castilla y veintidós en León, de los cuales casi treinta en campaña. Ahora se sentía muy mal, entendiendo «que era cumplido el tiempo de la su vida, et que era llegada la hora en que había de finar». Le trajeron el Santo Viático, y cuando oyó el sonido de la campanilla, «fizo una muy grande maravillosa cosa de grande humildat»: bajó del lecho, se puso de rodillas, y tomando en sus manos un crucifijo, lo besó repetidas veces; luego, recorriendo los pasos de la pasión de Cristo, encareció la misericordia y piedad de su Señor, y se acusó de su mala correspondencia y grandes culpas, tras lo cual confesó su fe y recibió el santo sacramento. Luego hizo que retirasen de su cámara todas las insignias reales, queriendo significar con ello que delante de Jesucristo no hay otro rey, o que en la muerte todos son iguales, los reyes y los vasallos, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, pues todos mueren desnudos como nacieron.

Después de haber dado gracias el Señor porque lo había visitado en el sacramento, llamó a la reina doña Juana y a sus hijos, y se despidió con cariño de cada uno de ellos. Particularmente se dirigió al príncipe heredero, para exhortarlo a cumplir sus obligaciones, tanto las generales del reino como las particulares de su persona, el temor de Dios, la protección de su madre y de sus hermanos, la reverencia a los eclesiásticos, la estima de los nobles, el amparo de los desvalidos, la administración de la justicia, la misericordia con los pobres, el culto divino, la propagación de la fe, concluyendo sus consejos con estas palabras:

«Señor, te dejo de toda la tierra de mar acá, que ganaron los moros desde el rey don Rodrigo. Toda queda debajo de tu dominio, parte conquistada y parte tributaria. Si la conservares en el estado en que te la dejo, serás tan buen rey como yo; si ganares más, serás mejor rey que yo; si la menoscabares, no serás tan buen rey como yo».

Rogó entonces que le pusieran una vela encendida en la mano, y levantando los ojos al cielo dijo: «Señor, dísteme reino, honra y poder sin merecimientos. Todo

cuanto me diste te entrego, y te pido, al entregarte mi alma, que seas servido de usar con ella de tu divina misericordia». Luego se volvió a los circunstantes y humildemente les pidió que si a algunos de ellos los había agraviado en algo, le perdonasen. Mandó después a los sacerdotes que entonasen las letanías de los santos y el Te Deum, y al segundo verso de este himno, cerró apaciblemente sus ojos para siempre. Era el 30 de mayo de 1252. Cantos celestiales –cuenta la tradición– se oyeron en la noche sevillana, «mandando Dios a sus ángeles que fuesen los primeros cronistas de sus heroicas virtudes». Nos complace pensar que al escribir estas páginas estamos continuando dicho concierto.

Divulgóse la muerte del santo rey por todo el mundo, y tanto el Papa como los reyes y príncipes cristianos quedaron consternados. Incluso los infieles mostraron su dolor. Alhamar, rey de Granada, al enterarse de ello, mandó hacer en su reino grandes demostraciones de condolencia, y envió cien moros nobles, ricamente vestidos, para que con cirios blancos asistiesen a sus exequias.

El pueblo lo canonizó espontánea e inmediatamente, llamándolo Fernando el Santo; jurídicamente fue declarado tal en el siglo XVIII. La Cantiga 292, redactada por Alfonso X, tiene todo el aire de un glorioso canto final a la figura de su padre. Allí dice «cómo el rey don Fernando se apareció en visión al tesorero de Sevilla y al maestro Jorge para que le quitasen el anillo de su dedo y lo pusiesen en el dedo de la imagen de Santa María». Ensalza también su devoción a la Virgen, cuya imagen llevaba siempre consigo, recordando con cuánta piedad la entronizaba en las mezquitas de todas las ciudades que conquistaba a los moros. Ninguno de los elogios que le tributó su hijo sea quizás tan elocuente como éste: «No conoció el vicio ni el ocio».

Justamente descansaba ahora aquel que siempre había trotado y galopado al servicio de su Rey eterno y de su tierra natal, siempre en campaña con las armas en la mano, singularmente favorecido por Dios, en quien había puesto su confianza, mucho más que en sus mesnadas.

Señala Ribadeneira un dato curioso de la historia política y de la historia de la Cristiandad. El mismo Dios que hizo santo a San Luis, rey de Francia, lo hizo santo a Fernando, su primo. ¡Pero cuán diversos caminos los condujo a la santidad y los llevó a la gloria! A San Luis, por el camino de los infortunios humanos, y a San Fernando por el camino de las venturas. San Fernando no entabló batalla que no venciese, ni sitió fortaleza que no tomase, ni acometió reino que no conquistase. San Luis, al contrario, fue reiteradamente derrotado por sus enemigos, debiendo retirarse de las ciudades que había ocupado, y desistir de las conquistas iniciadas. San Luis padeció en sus ejércitos hambre y peste, a tal punto que esta última lo hirió al mismo rey; San Fernando, en cambio, durante los treinta y cinco años de su reinado, sólo conoció la prosperidad en sus ejércitos y en su reino, que no padecieron hambre, ni peste, ni otros males, sino grande abundancia y bienestar.

«No digo cuál es mayor camino para conseguir la santidad; pero digo que es más dificultoso conservar la santidad entre las prosperidades, que entre los trabajos; y el mismo conservar y aumentar la santidad entre las prosperidades, es señal de grande y extraordinaria perfección». Cita acá el docto jesuita un dicho de San Agustín: «Propio es de una gran virtud luchar con la felicidad, y gran felicidad no ser vencido de la felicidad». Y también: «Ninguna infelicidad quebranta al que ninguna felicidad corrompe». Lo que así comenta: «Con que esta batalla y esta victoria tuvo más nuestro santo rey, que luchando continuamente con sus felicidades nunca fue vencido de ellas, antes venció a sus mismas victorias y triunfó de sus mismos triunfos. Quiso Dios en estos dos reyes mostrar que es señor de las prosperidades y de las desgracias, y que no hay camino por donde no puedan ir los hombres a la gloria, si su gracia los lleva de la mano, como llevaba a Fernando, dándole felicidades para que las pisase, dándole triunfos para que no se desvaneciese con ellos, y dándole coronas para que las pusiese primero a los pies de Cristo, que en su cabeza. ¡Oh santísimo y felicísimo Fernando, muchas veces

feliz y muchas veces santo! Feliz, porque no perdiste entre las felicidades la santidad, y santo, porque sujetase con la santidad la felicidad».

No podemos menos que coincidir con lo que sigue diciendo Ribadeneira cuando considera a Fernando el príncipe más cabal que hayan conocido los siglos, si consideramos la rara y poco frecuente unión de tantas cualidades naturales y sobrenaturales, porque algunos príncipes fueron valerosos pero no santos, otros santos pero no afortunados, algunos sabios pero no guerreros, otros fuertes en la milicia pero sin el adorno de las letras, no pocos en lo natural perfectos y en lo sobrenatural viciosos. Fernando fue en lo natural un hombre varonil y de gran belleza física, animoso, afable, cortés, culto, magnánimo y liberal. Y a ello se sumó una elevada santidad, «porque no le faltó ninguna virtud de las que se desean en un rey y en un santo, las cuales son más admirables por ser en un santo rey».

Se santificó, por cierto, a través del buen gobierno, pero sobre todo a través del buen combate, de la milicia. Enfermo ya de muerte, se declaraba a sí mismo caballero de Cristo, siervo de Santa María, alférez de Santiago. Cuando todavía corría con sus huestes por los campos de Andalucía, el papa Gregorio IX, declarándose enterado del «celo y fervor de devoción que abrasa a nuestro carísimo hijo el ilustre rey de Castilla y León», en carta a los obispos de Toledo, Burgos y Osma, le llamó atleta de Cristo.

Bien ha escrito Ribadeneira, que «rara vez se ve la devoción armada de acero, y la oración marchar al son de las trompetas y cajas; mas Fernando, de las campañas hacía oratorio, y entre el ruido de las armas se oían sus clamores en el cielo».

Por eso, reiterémoslo, nuestro santo rey es uno de esos raros modelos humanos que conjugan en tan alto grado la prudencia del gobernante, el heroísmo del guerrero, y la entrega generosa del santo, uno de los injertos más felices, por así decirlo, de los dones y virtudes sobrenaturales en las cualidades y virtudes humanas.

Los restos de Fernando descansan en la catedral de Sevilla. Sobre su tumba se grabó un epitafio, por mandato de su hijo, don Alfonso, escrito en lengua latina, hebrea y castellana:

«Aquí yace el Rey muy honrado Don Fernando, señor de Castiella e de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia e de Jaén, el que conquistó toda España, el más leal, e el más verdadero, e el más franco, e el más esforzado, e el más apuesto, e el más granado, e el más sofrido, e el más omildoso, e el que más temie a Dios, e el que más le hacía servicio, e el que quebrantó e destruyó a todos sus enemigos, e el que alzó y onró a todos sus amigos, e conquistó la Cibdad de Sevilla, que es cabeza de toda España, e passó hi en el postrimero día de Mayo, en la era de mil e CC et noventa años».

La actual catedral de Sevilla no es la que el rey Fernando conoció en vida. Aquélla se encontraba en el interior de la mezquita mora, al igual que en Córdoba. Pero como a comienzos del siglo XV todo el edificio, catedral y mezquita, amenazaba con derrumbarse, un canónigo propuso: «Hagamos una iglesia tal que los que la vieren labrada nos tengan por locos». Dicha iglesia se comenzó en 1402, y en 1506 se dio por terminada.

En 1526, se hizo presente en Sevilla el emperador Carlos V de Alemania y I de España, que fue allí para casarse con Isabel de Portugal. Tras visitar las dependencias, dispuso la construcción de una Capilla Real, en lugar aparte pero dentro del templo catedralicio, con el fin de que cobijara los restos de su venerado antecesor San Fernando. Hasta entonces, éstos se encontraban, al parecer, en un salón alto, sobre el Patio de los Naranjos, vecino a la antigua mezquita mora que, como dijimos, por peligro de derrumbe había sido demolida, a diferencia de la de Córdoba, hoy subsistente.

El 14 de junio de 1579, Felipe II ordenó que se celebrase el traslado de los restos de Fernando a la Capilla Real, ya terminada. Llevaron allí el cuerpo incorrupto del Santo, así como los restos de su mujer, Beatriz de Suabia, los de Alfonso X el Sabio, juntamente con la imagen de la Virgen de los Reyes, las reliquias de San Leandro, la pequeña imagen de marfil de la Virgen de las Batallas, el estandarte de Fernando, su victoriosa espada, y las llaves que le entregó el rey moro Alxataf. En esa capilla tuvimos el honor de celebrar varias veces el Santo Sacrificio de la Misa, a los pies de la Virgen de los Reyes, y muy junto al sepulcro del Santo.

Con frecuencia se ha representado a San Fernando con la espada en la mano derecha y el globo del mundo en la izquierda. En la época del Santo, la espada era considerada como el arma ilustre por excelencia. Sobre ella los nobles prestaban juramento de fidelidad y con ella eran armados caballeros. En su pomo solían introducir reliquias de santos; de ahí la costumbre de besarla antes de la batalla. Algunas espadas han pasado a la celebridad junto a los afamados guerreros que las blandieron: la Tizona y la Colada del Cid Campeador, la Joyeuse de Carlomagno, la Scalebor del rey Arturo, la Durindana de Roldán.

Sevilla conserva en su catedral, como hemos dicho, la espada legendaria e invicta de Fernando III. Todos los años, el 23 de noviembre, día en que el glorioso rey entró en Sevilla, es solemnemente paseada por las naves del templo catedralicio. En cuanto al globo del mundo, que la imagen del Santo lleva en la mano izquierda, podemos ver allí insinuada, si bien de manera profética, la conquista del Nuevo Mundo, ya que América estaba en la página de atrás de la conquista de Sevilla. Por eso no resulta peregrino considerarnos, con pleno derecho, hijos de San Fernando III, rey de Castilla.

Obras Consultadas

Pedro de Ribadeneira, *La Leyenda Áurea*, 30 de mayo, San Fernando.

Celso García, *Fernando III el Santo*, Araluce, Barcelona 1948.

Carlos Ros, *Fernando III el Santo*, Anel, Granada 1990.

A San Fernando

Berenguela cubría de recatos

una cuna con bríos imperiales.

Y llegaban al hijo sus relatos

como sones pujantes de arrebatos

del torreón de los campos celestiales.

Viene el alba por Burgos, en Las Huelgas
ciñe acero, loriga, limpio brial.
España es un olor de madre selvas
cautivo entre los moros y las sierras
que espera al Caballero del Grial.

Ya le llega de frente, entre pendones,
va en su escolta quien dicen es Santiago,
o el Estado Mayor de las razones
con que amar a la patria en los hondones
aunque duela el amor dolor aciago.

Las campanas regresan a su oficio.
Las cruces se levantan en Jaén.
Sevilla es un católico epinicio,
y a su paso la Fe, como el indicio
de un alcázar o muro o terraplén.

A los pobres del reyno tu desvelo,
el Fuero Juzgo a todos, las Partidas,
al infiel la Cruzada y el anhelo
de servir de sostén y de consuelo
en la noche del llanto y las heridas.

Que otra vez del arzón de tu montura
penda la Virgen de las Mil Batallas,
que una cantiga por cabalgadura
nos ponga en marcha fatigosa y dura
cargados de esperanzas y de agallas.

Porque el siglo da reyes sin alteza,
da pastores sin sangre ni certeza
de la cruz luminosa del martirio.
Acaso pueda entonces tu entereza
purificar el barro como el lirio.

Antonio Caponnetto

4 SANTA CATALINA DE SIENA

Con temor y temblor nos aprestamos a esbozar la semblanza de esta Santa, tan encantadora como apabullante, de esta «allegre e festosa vergine», según garbosamente la denominó uno de sus contemporáneos. No son demasiado numerosas sus biografías. La principal se la debemos a fray Raimundo de Capua, una de las glorias de la Orden de Santo Domingo, «el padre de su alma», confidente y director espiritual suyo durante los seis últimos años de su vida. El libro que le dedicó se llama «Leyenda de Santa Catalina». La palabra «leyenda» no debe entenderse en el sentido que hoy le damos. –Leyenda, legenda, en latín– significa «lo que hay que leer sobre Catalina», como se llama «leyenda» el texto que figura al pie de un grabado.

Nació Catalina en Siena el 25 de marzo de 1347, en la casa de su padre, el tintorero Giacomo Benincasa. Su madre, Lapa di Puccio del Piagenti, era familiarmente llamada Monna Lapa. Como Catalina fue la vigésimocuarta y última hija de dicho matrimonio, doña Lapa la crió por sí misma, cosa que no tuvo tiempo de hacer con los demás hijos, dada la frecuencia de los partos. Era Catalina una niña vivaz y simpática, tan graciosa, que la llamaban Eufrosina, que es el nombre de una de las Gracias veneradas por los griegos. Todos los vecinos la querían.

Poco sabemos de los primeros años de su vida. Nos cuenta su biógrafo que a los cinco o seis años tuvo una visión: encima de la iglesia de Santo Domingo, Cristo se le mostró en ornamentos pontificales, bendiciéndola en silencio, a la manera de un Obispo en su catedral. Tal fue su «visión inaugural», el preanuncio de una vocación especial en la Iglesia. Hizo entonces voto de virginidad, recluyéndose en la soledad y mortificando su cuerpo. Su madre no quería saber nada de este género de vida, de modo que cuando llegó a la adolescencia, no vaciló en buscarle un joven de excelente familia. En connivencia con Monna Lapa, su hermana trató de convencerla de que tenía que arreglarse un poco más, cuidar mejor su modo de vestir, etc. Catalina no se opuso, al punto de que un aire de mundanidad entibió su primera decisión. Pero ello duró poco.

La muerte de una de sus hermanas casadas, a raíz de un parto, la volvió a su proyecto inicial. Como signo de dicho propósito, se cortó sus cabellos rubios. Molestóse sobremanera la familia Benincasa, sobre todo su madre. Resolvieron que ya no tendría un cuarto propio ni la ayudaría la empleada de la casa, por lo que pasó a ser una especie de sirvienta. La tratarían con dureza, hasta que cambiase de opinión. Para soportar esta prueba, Catalina se figuró que vivía en la casa de Nazaret, y que sus padres representaban a María y a José. Con este espíritu subía y bajaba la escalera, preparaba las comidas, lavaba la ropa, haciendo de su cuarto, de cinco metros de largo por tres de ancho, una especie de celda personal. Durante el día, un banco le servía de mesa, y por la noche se tendía sobre él, con un leño como almohada. Se mortificaba asimismo en las comidas. No quiere decir esto que la vida espiritual transcurriera serena. Las tentaciones del demonio arreciaban.

A la sazón, había en Siena varias Órdenes Religiosas. Ella prefería decididamente a la Orden de Santo Domingo. En 1363, aproximadamente, ingresó en las Terciarias Dominicas. La gente las llamaba Mantellate, por el manto negro que llevaban sobre el hábito blanco. No era ello algo insólito, ya que en la Edad Media, contrariamente a lo que se piensa, la variedad de los trajes y colores era mucho mayor que la de hoy. Las terciarias vivían, según reglas propias, bajo una superiora y un director espiritual, pero sin abandonar la casa familiar. Una vez más, sus padres se opusieron. Ella les dijo que «les sería más fácil derretir una piedra que hacerla vacilar en su propósito».

Se entregó, pues, a la vida retirada, en el trabajo doméstico, en el servicio a los enfermos y a los pobres, así como también al apostolado. El ambiente de Siena era

muy aldeano. La manera de comportarse de Catalina no dejaba de resultar llamativa. En los corrillos de barrio se cuchicheaba: ¡qué rara, qué extraña la hija del tintorero! Pero por otro lado su figura comenzó a llamar la atención en sentido positivo, a tal punto que algunas damas de la nobleza e incluso sacerdotes empezaron a visitarla. Al margen de ello, Catalina seguía progresando espiritualmente. Se sabe cómo en aquellas épocas y hasta no hace mucho, era rara la comunión frecuente, sólo reservada a las almas más perfectas.

Ella acudía habitualmente a la iglesia vecina de Santo Domingo para asistir a la Santa Misa. Día a día se intensificaba su «hambre de Cristo». En cierta ocasión, cuando el sacerdote dijo: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa...», ella, haciendo eco a aquellas palabras, repitió para sus adentros, mientras fijaba sus ojos en la Hostia: «Realmente, no soy digna». Entonces escuchó que Cristo le decía: «Pero yo sí soy digno de que entres en mí», al mismo tiempo que sentía que una hostia estaba sobre sus labios. Esto se repitió en distintas ocasiones. Algunas personas atestiguarían que vieron que la hostia iba por sí sola a la boca de Catalina; atravesando el espacio, buscaba sus labios, «como la abeja busca la flor», al decir de Johannes Jørgensen, el gran biógrafo de la Santa.

Su vida oculta, de incesante crecimiento espiritual, culminó al cumplir los veinte años, donde celebró sus bodas con Cristo. Fue en 1367, cuando el Señor se le apareció y le dijo que porque había despreciado las vanidades del siglo, venía a desposarla. La Santísima Virgen la tomó de la mano y la presentó a su divino Hijo, quien le puso un anillo en el dedo mientras le decía: «Yo, tu Creador y Salvador, te desposé conmigo en la fe». Son las mismas palabras con que en el Antiguo Testamento Dios quiso mostrar su designio de unirse esponsalmente con su pueblo elegido (cf. Os 2, 20). Luego agregó: «Conserva intacta esta fe, seme fiel hasta que vengas al cielo a celebrar conmigo las bodas eternas».

Comienza así el período místico de su vida espiritual. Catalina gustaba repetir con frecuencia las palabras del Salmista: «Crea en mí, Señor, un corazón puro» (Ps 50, 12), suplicándole que le quitase su propio corazón y le diese el suyo en cambio. Al año siguiente de su desposorio con Cristo, sintió que el Señor se le hacía presente, le tomaba su corazón y lo llevaba consigo. Durante dos días le pareció como que vivía sin corazón, hasta que el tercero, luego de oír la misa en la Cappella delle Volte, una de las capillas de la iglesia de Santo Domingo, contempló al Señor delante de ella, teniendo en sus manos un corazón rojo y resplandeciente. Acercándose a la Santa, le abrió el pecho y le dijo: «Hija mía, el otro día te quité tu corazón, hoy te doy el mío a cambio». ¡Un verdadero trasplante de corazón! Desde entonces ya no decía como antes: «Señor, te doy mi corazón» sino: «Dios mío, te doy tu corazón», porque advertía que la voluntad y los afectos de su divino Esposo le habían sido dados en lugar de su voluntad y sus afectos humanos. Al recibir la comunión, los que estaban cerca de ella escuchaban las palpitations gozosas del Corazón de Jesús, escondido en el costado de su esposa virgen.

Cuando se entra en la iglesia de Santo Domingo, se ve aún la puerta que da acceso a la capilla donde sucedió todo esto. Allí se lee esta inscripción: «Catalina subía estas escaleras para venir a rezar a Cristo, su Esposo». Es la capilla en que las Mantellate tenían cada día sus encuentros de oración. Fue allí donde Catalina había recibido, cuando tenía 16 años, el hábito de las terciarias dominicas. En adelante no se separaría más de Jesús, viviendo permanentemente a su lado. A veces esa compañía se hacía visible, como en aquel día dichoso en que, leyendo su breviario y paseándose por la capilla, se dio cuenta de que había alguien junto a ella. Era Jesús, en persona. Como dos sacerdotes que rezan juntos el Oficio Divino, ambos caminaban, una al lado del otro, sobre el piso de ladrillo de la capilla. Al final de cada salmo, cuando se debía decir «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo», Catalina modificaba las palabras, e inclinándose profundamente hacia Jesús, decía conmovida: «Gloria al Padre, a ti y al Espíritu Santo...».

Se ha sostenido que en su breve vida de 33 años Catalina vivió sucesivamente las tres etapas clásicas de la vida espiritual. De los 6 a los 16 años, la vía purgativa. En el umbral de dicha vía encontramos las vicisitudes de las tentaciones y la ulterior temporada de tibieza y de cierta mundanidad. A raíz de la muerte de su hermana llegó el momento de la «conversión», cultivando desde entonces una devoción muy particular por María Magdalena, «pecadora» como ella. Tras cortar su hermosa cabellera, se lanzó a una vida de abstinencia y mortificación. La segunda etapa, la de la vía iluminativa, comienza con su ingreso en la Tercera Orden de Santo Domingo. Es la época de solidificación de las virtudes. La tercera, la de la vía unitiva, desde los 21 años en adelante, se inaugura con su desposorio místico y culmina en su santa muerte. Trátase de una división quizás demasiado convencional, pero que en algo puede contribuir a una mejor inteligencia de su proceso espiritual.

Volvamos a sus desposorios místicos. El Esposo divino no quería reservarla tan sólo para sí. Le encomendó también una misión apostólica. Los doce años que completaron el resto de su breve vida serían empleados en el bien de las almas y de la Iglesia universal. Así se lo dijo el Señor:

«Mira, hija mía, los trigos se doblan sobre las colinas y la cosecha es grande, la salvación de muchos exige tu vuelta; ya no llevarás más el género de vida que has llevado hasta aquí; no volverás a encerrarte en una celda incluso por la salvación de las almas; tendrás que dejar tu ciudad natal y viajar de ciudad en ciudad según yo te lo ordene, pero yo estaré siempre contigo. Vivirás entre las multitudes llevando el honor de mi nombre ante los pequeños y los grandes... Te presentarás a los Pontífices, a los que gobiernan la Iglesia y al pueblo cristiano, pues quiero, según mi costumbre, confundir con el débil el orgullo de los fuertes».

Bien observa Raimundo de Capua que el mismo Cristo que antes se le aparecía en su celda, se presenta ahora a su puerta y le suplica que la abra, no para que Él entre, sino para que ella salga. El amor de caridad, le explicó, es bipolar, abarca a Dios y a los hombres; habría de hacer el camino con los dos pies, volar con las dos alas. Ella sólo atinó a decir: «He aquí la esclava del Señor». Su estado de terciaria dominica le permitía llevar la vida activa que el Señor le encomendaba, abrevándose en el espíritu contemplativo de la gloriosa Orden que tanto amaba.

A partir de entonces comenzó a crecer el círculo de sus allegados. En el grupo de sus amigos y discípulos había hombres y mujeres, intelectuales, artistas y aristócratas, hombres de pueblo y humanistas. Nombremos, entre otros, a personas tan distintas como Neri di Landoccio, poeta agraciado, y Francesco di Messer Vanni, calavera convertido. El humor italiano, siempre ocurrente, forjaría para ellos el nombre de «caterinati». Los miembros de esta «bella brigata» comenzaron a llamarla «mamma». Cuando le escribían le decían «dolcissima mamma». Ella tenía plena conciencia de su maternidad. «Me pides que te reciba por hijo mío –le escribe a Neri di Landoccio–. Soy, en verdad, indigna de ello ya que no soy sino una pobre miserable, pero te recibo y te recibo con un tierno amor. Me comprometo ante Dios a responder de todas las faltas que has cometido o que cometerás». En cierta ocasión, la madre de uno de sus seguidores estaba impaciente por la larga ausencia de su hijo. Catalina le mandó una esquela: «Tú, madre, le diste a luz una vez, y yo quiero darle a luz a él, a ti, y a toda la familia, por las lágrimas y el sudor, por la incesante oración y el deseo de tu salvación».

Entendió su vida como una ininterrumpida gestación de almas. «Hasta la muerte quiero continuar con lágrimas poniendo discípulos en el mundo», decía. A todos los llamaba sus hijos, sus hijas. Solamente cuando eran sacerdotes, los llamaba primero «padre mío», por respeto al sacramento del Orden, «pero te llamaré también hijo mío –le escribe a uno de ellos– porque te doy la vida por continuas oraciones y por mis deseos en la presencia de Dios, como una madre engendra a sus hijos». No de otra manera se las hubo con fray Raimundo de Capua, su confesor y director espiritual, y que luego sería Maestro General de la

Orden de Santo Domingo. Le llamaba en sus cartas «padre e hijo queridísimo en Jesucristo». Era padre cuando veía en él al confesor y director espiritual, pero cuando consideraba al discípulo atento a recoger sus lecciones de vida espiritual lo llamaba con ternura «hijo mío». Y Raimundo sólo se dirigía a ella llamándola madre. Este claro sentido de maternidad, que nació en el corazón de Catalina, señala el tránsito de la vida de pura contemplación a la vida mixta, activa y contemplativa a la vez.

A partir del año 1371 su influjo comenzó a extenderse por doquier, llegando hasta los Papas y los gobernantes de diversas ciudades o naciones. Desde entonces veremos a la virgen sienesa caminando por los caminos desolados de la Italia trágica y de la Francia enlutada de aquellos tiempos, con los ojos puestos en la salvación de las almas y de los pueblos.

El 1º de abril de 1357 ocurrió un hecho capital: Catalina recibió los estigmas de Cristo. Fue pocos días después de llegar a Pisa. Fray Raimundo estaba celebrando la Santa Misa. Luego de comulgar, Catalina se puso de rodillas y extendiendo sus brazos en forma de cruz, entró en trance y se desplomó. Al retornar en sí, le dijo a Raimundo en voz baja: «Sabed, padre mío, que por misericordia de nuestro Señor Jesucristo llevo sus llagas en mi cuerpo». Le explicó cómo había visto a Cristo crucificado; desde sus llagas, cinco rayos de sangre se habían dirigido hacia sus manos, pies y costado. Ella le suplicó al Señor que esas llagas no apareciesen visiblemente en su cuerpo. Dichas llagas compensarían las llagas de la Iglesia y de la Cristiandad. Tantos pecados pedían sangre y más sangre. Más adelante veremos cómo la palabra «sangre» aparecerá con llamativa frecuencia en su epistolario, la suya unida a la de Cristo, para la redención del mundo.

Catalina seguía recorriendo ciudades, Florencia, Lucca... Luego de insistentes gestiones suyas, la Corte pontificia dejó por fin Aviñón, y el Papa se instaló de nuevo en Roma. Sin embargo las cosas no se aquietaron, al punto que se produjo un Cisma en la Iglesia, con la aparición de un antipapa. Ella, espiritualmente desgarrada y en grave estado de salud, llegó a Roma en 1378, con veinticinco de sus discípulos. Los éxtasis se hicieron más frecuentes. Les pidió entonces a los jóvenes que la rodeaban que estuviesen junto a ella durante dichos trances y transcribieran lo que iba diciendo.

Así, a lo largo de cinco días, mientras contemplaba misterios inefables, fue dictando lo que luego sería todo un volumen, una de las obras más divinas que han salido de manos humanas, el libro del Diálogo, donde se transcriben sus coloquios con Dios, y las respuestas que Dios iba dando a sus preguntas. Allí se contienen las enseñanzas que ella recibió a lo largo de toda su vida, por caminos ordinarios o extraordinarios.

Ulteriormente sus discípulos recopilarían su correspondencia, unas 400 cartas que dirigiera a Papas, cardenales, príncipes, ciudades, nobles y gente del pueblo, uno de los documentos más singulares de un alma y de una época. De Catalina nos han quedado también unas 30 oraciones, llamadas Elevaciones, tomadas al vuelo por sus secretarios cuando ella, arrebatada, oraba en voz alta.

Llegamos al año 1380. Catalina se sentía exhausta. Sin embargo, sobreponiéndose a sí misma, acudía diariamente a la basílica de San Pedro. En una de esas ocasiones, estando allí arrodillada, extática, se sintió como aplastada por el peso de la nave de la Iglesia, que Dios permitió gravitarse sobre sus pobres hombros de mujer. Poco después ofreció su vida por la Iglesia, y encomendando su espíritu al Padre, falleció. Era el 29 de abril de aquel año.

Tras este pantallazo histórico, adentrémonos en su ideario espiritual.

I. «Tú eres la que no eres»

Impresiona ver a esta mujer tan llena de bríos, que por una parte no teme dirigirse a los Papas y príncipes con noble altivez, y por otra se muestra profundamente convencida de su nada frente a Dios y sus representantes. Dicha tesitura se vuelve ininteligible si no se tiene en cuenta las raíces de su espiritualidad.

1. El misterio de la creación

Porque Catalina se considera a sí misma sólo desde el prisma de Dios. De ahí su atención prevalente al misterio de la Santísima Trinidad. Podríase decir que toda su vida se polarizó en la contemplación amorosa de dicho misterio. Cualquiera fuese el asunto que cayese en el área de sus meditaciones: la Pasión de Cristo, los privilegios de María, las desventuras de la Iglesia, todo lo miraba a la luz de aquel misterio. Por lo demás, de las páginas que dejó escritas, las más inspiradas son las que a él se vinculan.

Si bien a veces se refiere a la Trinidad en sí misma, por lo general gusta verla en relación con el hombre por Ella creado. El hombre, escribe, fue hecho a su imagen y semejanza, a fin de que por las tres potencias que posee en su alma única, llevara el sello de la Trinidad y de la Unidad de Dios. ¿Qué novedad hay en esto?, se preguntará alguno. Ninguna, por cierto. El catecismo nos enseña lo mismo, los teólogos tratan de expresarlo de una manera más adecuada. Pero el que una joven se complazca en hablar de ello en sus cartas, que lo use de alimento para su vida espiritual, que lo presente una y mil veces de manera apasionada pero siempre bajo la ortodoxia más estricta, no deja de resultar admirable. Máxime que sus decires llevan el sello de su espontaneidad y de su gracia. Aún hoy la lectura de esas referencias trinitarias nos conmueve, nos emociona; brotando de su llama interior, aparecen revestidas de esplendor y de belleza.

Catalina destaca la iniciativa de Dios en la creación. «Yo te amé sin ser amado». Nadie pudo pedirle que lo crease, que lo amase. La Santa pone estas palabras en labios de Dios: «Mirándome a mí mismo, me enamoré de mi creatura... y me plugo crearla». Creación asombrosa ésta, donde el Creador quiso dejar su impronta en la creatura. Como nos decía más arriba la Santa, Dios, en cuanto Trino, se refleja en las tres facultades del hombre, y en cuanto Uno, en su unidad. Por estas tres facultades no sólo el hombre se le asemeja, sino que además se une a Él. Por la memoria, se asemeja y se une al Padre, a quien se le atribuye el Poder. Por la inteligencia, se asemeja y se une al Hijo, a quien se le atribuye la Sabiduría. Por la voluntad, se asemeja y se une al Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, a quien se le atribuye la Clemencia. Con frecuencia vuelve Catalina sobre este tema. Las tres potencias actúan una sobre la otra: la memoria despierta la inteligencia y ésta inclina a la voluntad, como si dijera: «Si tú quieres amar, yo voy a ofrecerte el bien que pueda ser objeto de tu amor». Lo que Dios quiere es que las tres potencias se reúnan en nombre suyo. Congregadas la memoria que recuerda, la inteligencia que ve, y la voluntad que ama, el alma adelanta en la virtud porque Él está en medio de ellas, dice en el Diálogo.

Es el espejo de la Trinidad donde el hombre mejor se conoce. «Para mirarme en él lo tengo con la mano del amor», escribe la Santa. Imagen típicamente femenina, si bien exquisitamente sobrenaturalizada. ¡Catalina se mira en la Trinidad como en un espejo que sostiene con la mano del amor!

2. La nada original

Señala la Santa que la creación es un gesto que se continúa a lo largo de los siglos. Dios no nos creó y luego nos dejó abandonados. El amor que nos tiene es semejante al que nos tiene Cristo, quien al morir terminó con su pena pero no con el deseo de nuestra salvación, que mantiene para siempre en el cielo. En una de sus revelaciones, Dios le dijo a Catalina: «Si el afecto de mi caridad hubiera terminado y cesado para vosotros, entonces no existiríais. Pero mi amor os creó y mi amor os conserva». Esta idea halla siempre expresiones nuevas y vigorosas en

los escritos de la Santa. Y junto con ella, o mejor, cual consecuencia de ella, la conciencia de nuestra nada. Lo único propio nuestro es la nada. Cuenta Raimundo de Capua que, en cierta ocasión, dialogando con el Señor, Catalina le preguntó: «¿Quién soy, Señor, quién soy? Y tú, Señor, ¿quién eres?». Hízose un silencio profundo en su habitación. La respuesta llegó lenta y solemne: «Hija mía, tú eres la que no eres y yo soy el que soy». En el Diálogo, el Señor es más explícito, si cabe: «Éste es el camino para llegar al perfecto conocimiento y a gustar de mí, vida eterna; que jamás te salgas del conocimiento de ti, y, una vez hundida en el valle de la humildad, me conozcas a mí en ti».

Tal es la primera razón de la humildad, sobre la cual Catalina edificaría su vida espiritual y sus designios apostólicos, nuestra condición de creaturas. Pero hay un segundo motivo, y es nuestra condición de pecadores, el envilecimiento en que hemos venido a parar por nuestros pecados. Como le dijo el Señor: «En la dignidad de su ser [el hombre] gusta mi inestimable bondad y la caridad increada con que yo le saqué de la nada. A la vista de su miseria, encuentra y gusta mi misericordia». Y también: «Yo soy el que soy, y ninguna cosa ha sido hecha sin mí, más que el pecado, que no es». Por eso, en carta a un pecador, le escribía Catalina que siendo el pecado nada, él se había reducido a la nada, porque en cierta manera se había quitado la vida, dándose la muerte de la culpa. El pecado es una especie de retorno a la nada primordial, una recaída en el noser, según dirá en otra de sus cartas: «La criatura se convierte en lo que ama. Si amo el pecado, que es nada, he aquí que me convierto en nada».

Como se ve, la humildad no es para Catalina una simple actitud afectada. Es el conocimiento fundamental, al que accede la inteligencia cuando considera la grandeza del Dios trino y uno. Por eso su oración es siempre tan respetuosa y humilde, penetrada de santo temor: «¡Oh Deidad! ¡Deidad! ¡Inefable Deidad! Tú eres la sabiduría soberana, yo una ignorante y miserable criatura. Tú eres la soberana y eterna Bondad. Yo soy la muerte y tú la vida; yo las tinieblas, tú la luz... Tú eres la belleza purísima y yo sólo soy una sórdida criatura. Por amor inefable me has sacado de ti mismo...». Tal era el sentimiento que la impregnaba. En cierta ocasión le oyeron decir luego de comulgar: «Soy la que no es; tú eres el que es. Comunícate a mí a fin de que pueda cantar tus alabanzas». Toda su vida sería, por cierto, un canto ininterrumpido de alabanza. Pero dicha alabanza brotó de la conciencia de su nada.

Claro que el solo pensamiento de la propia miseria no deja de ser peligroso. Como le dice a un corresponsal, en una de sus cartas: «Yo quiero que veas tu noser, tu negligencia y tu ignorancia; pero no quiero que los veas con tinieblas de confusión, sino con la luz de la infinita bondad de Dios, que debes encontrar en ti mismo. El demonio no quiere más que esto, que tú llegaras sólo al conocimiento de tus miserias, sin más condimento. Pero el conocimiento propio ha de ir siempre sazonado con la esperanza en la misericordia de Dios».

Por otra parte, si ser humilde es anonadarse, o mejor, reconocer la nada original, ello no basta, ya que esa nada es mero vacío. Necesita llenarse de algo. O se llena con las cosas del mundo o se deja colmar por Dios. Quien pone su esperanza en las cosas finitas, vanas y transitorias, la pone en cosas que no son más que agua que corre incesantemente; «como ellas corre también el hombre, aunque a él le parezca que son las cosas creadas que ama las que fluyen, sin percatarse que es precisamente él quien corre incesantemente hacia el término de la muerte». La nada primordial, ahondada por el pecado, no se verá colmada, aunque el hombre posea el mundo entero. «No se puede saciar –le dice Dios, según se lee en el Diálogo–, porque ama cosas que son menos que él, ya que todas las cosas creadas han sido hechas por amor del hombre, para que le sirvan y no para que hagan de él su esclavo; el hombre me debe servir a mí, que soy su fin». En el fondo, le enseña el Señor, esos hombres empobrecen y matan su alma, son crueles consigo mismos, «le quitan la dignidad de lo infinito y le hacen finito; es decir, que

su deseo, que debería estar unido a mí, que soy Bien infinito, lo une y lo pone, por afecto de amor, en la cosa finita».

La humildad es la condición de acceso a la vocación divina del hombre, la base de todas las virtudes. Sólo ella nos defiende de la gran tentación, la del orgullo. ¿Cómo el orgullo hubiera podido hallar cabida en el alma de Catalina, convencida de que no era sino nada? ¿Cómo hubiera podido sentirse orgullosa de sus obras, cuando se sabía pecadora? Esa idea no fue una idea puramente cerebral sino un sentimiento vivísimo, de carácter intuitivo, tan propio de la inteligencia de una mujer, que necesita plasmar las ideas en imágenes.

La misma Catalina, que no temió asomarse a su doble nada, la de su condición de creatura y la de su condición de pecadora, es la que desde ahora sólo se contentará con lo infinito. No en vano le había dicho el Señor: «Yo, que soy infinito, requiero obras infinitas, es decir, infinito afecto de amor. Pido que todas las obras, tanto las de la penitencia como los otros ejercicios corporales, sean empleadas a título de medios, y que no ocupen en el afecto el lugar principal. Si esto es lo que se ama por encima de todo, no se me ofrecen sino obras finitas». Por eso, a una persona tentada de pusilanimidad, la Santa le escribe: «Esta es la condición del alma: porque su ser infinito, desea de un modo infinito, y no se sacia jamás si no es uniéndose con lo infinito. Levántese, pues, el corazón con toda su fuerza a amar al que ama sin ser amado».

II. El primado de la verdad

Notable resulta, en los escritos de la Santa, su insistencia en el valor de la verdad. Ella misma se declararía discípula del Aquinate. En carta a fray Raimundo le dice: «Después que os fuisteis, he tomado lecciones, como durmiendo, con el glorioso evangelista Juan y con Tomás de Aquino». La doctrina tomista, con su aprecio de la verdad, no fue penetrando en ella por la lectura directa del Doctor Angélico sino por la enseñanza oral de los padres dominicos a quienes frecuentó.

1. La inteligencia y la fe

Para la mayor parte de la gente, incluidos no pocos cristianos, la fe no es sino una palabra vaga y vaporosa. Para Catalina era el acto de confianza más entero, un acto personal, de persona a persona, por el cual su alma se abandonaba a Dios sin reservas. El mismo Cristo se lo había dado a entender así el día de sus desposorios místicos. El matrimonio de Catalina con el Esposo divino fue un matrimonio en la fe, la consagración de su abandono incondicional en manos del Amado.

Bien sabía ella que el acto de fe supone una previa catarsis, una superación de la luz natural, siempre brumosa y miope para las realidades sobrenaturales. En carta al papa Urbano VI le decía: «¿Quién conoce esta verdad? El alma que se ha quitado la nube del amor propio y tiene la pupila de la luz de la santísima fe en el ojo de su intelecto; con cuya luz, con el conocimiento de sí y de la bondad de Dios en sí, conoce esta verdad, y con el encendido deseo saborea su dulzura y suavidad». El desasimiento del mundo es lo que permite que «el ojo del intelecto» se active, penetrando en ese doble conocimiento, el de sí propio, el de la propia nada de que acabamos de hablar, y el de la bondad de Dios. Conocer a Dios y conocerse a sí, el ser de Dios y la nada de sí.

En carta al rey de Francia le dice: «¿Quién nos arrebatara esta verdadera y dulce luz? El amor propio que el hombre tiene por sí mismo, el cual es una nube que enturbia el ojo del intelecto, y cubre la pupila de la luz de la santísima fe». El hombre deberá desasirse del espejismo de las cosas visibles, de la bruma que se levanta de los pantanos del yo. Sólo entonces el ojo de la inteligencia se volverá límpido. En el Diálogo nos ha dejado un texto espléndido al respecto: «La fe –le dice el Señor– es la pupila del ojo de la inteligencia; su luz hace discernir, conocer y seguir el camino y la doctrina de mi verdad, el Verbo encarnado. Sin la pupila de la fe, nadie puede ver, del mismo modo que un hombre cuyos ojos tuvieran la pupila,

por la cual el ojo ve, recubierta con un velo. La inteligencia es el ojo del alma, y la pupila de este ojo es la fe».

A juicio de Jørgensen, para Catalina la fe es sencillamente la perfección del conocimiento. Recientemente el Papa se ha referido a ello en su encíclica *Fides et ratio*, al afirmar que la fe y la razón son las dos alas con que vuela la inteligencia humana. El hombre es incrédulo en el grado en que se enfrasca en las cosas de la tierra. Cuando vence el inmanentismo, la fe florece. Ha dejado de ser como los topos que viven reclusos en sus cuevas, sin haber sacado nunca la cabeza para contemplar los grandes espectáculos del orden sobrenatural.

2. La fe y la caridad

Catalina no olvida, por cierto, la importancia de la caridad. Sin ella, la fe sería reductible a algo meramente cerebral. «El amor sigue a la inteligencia, y cuanto más conoce más ama, y cuanto más ama, más conoce. Amor y conocimiento se nutren entre sí», leemos en el Diálogo. Por la caridad, el hombre se enamora de lo que cree. Y así, escribe, «el alma ve al Cordero de Dios, Verdad de Dios, enamorado, que le brinda doctrina de perfección, y en viéndola, el alma se enamora de ella».

Pertenece nuestra Santa a una época en que predominaban los órdenes mendicantes, principalmente los dominicos y los franciscanos. Las dos cumbres intelectuales eran Santo Tomás y San Buenaventura. La doctrina ceteriniana, por su enfática acentuación en la verdad y consiguientemente en la inteligencia, es principalmente deudora de la influencia dominicana y tomista. Su carácter afectivo encuentra mejor respaldo en el pensamiento de San Buenaventura, si bien no es extraño al pensamiento del Doctor Angélico. A su juicio, el amor y el conocimiento se alimentan el uno del otro. Catalina ha hecho, en este sentido, una admirable síntesis entre la doctrina de San Buenaventura y la de Santo Tomás.

Nuestra Santa acota en el Diálogo un dato interesante. Y es la relación que media entre el dolor y el conocimiento: «Cuando más uno sufre –le dijo Dios–, más demuestra que me ama, y, amándome, conoce más mi verdad».

3. Las verdades fundamentales

Entre las distintas verdades que proclamamos en el Credo, Santa Catalina mostró especial inclinación por algunas de ellas. Ya hemos visto la importancia que le atribuía a la creación del hombre, sobre el telón de fondo del misterio de la Trinidad. En una de sus cartas leemos:

«En la sangre de Cristo crucificado conocemos la luz de la suma, eterna verdad de Dios, que nos creó a su imagen y semejanza por amor y gracia, no por deuda u obligación». Muchas veces recuerda la Santa el origen divino del hombre.

Otra verdad por ella predilecta es la Encarnación del Verbo, que de algún modo prolonga y profundiza la maravilla de la creación. En una de sus Elevaciones le dice al Señor:

«Yo, criatura tuya, no te conocía a ti en mí, sino en cuanto yo veía en mí tu imagen y semejanza. Mas para que viese y conociese en mí y llegáramos así a un perfecto conocimiento tuyo, te uniste con nosotros, bajando de la altura de tu Deidad hasta lo más bajo del lodo de nuestra humanidad, ya que la bajeza de mi inteligencia no podía comprender ni mirar tu altura. Y para que mi pequeñez pudiese ver tu grandeza, tú te hiciste pequeño, encerrando la grandeza de tu Deidad en la pequeñez de tu humanidad».

Gracias al desposorio místico de ambas naturalezas el misterio se puso más al alcance de nuestra inteligencia, al tiempo que se anuló la distancia que el pecado había establecido entre Dios y nosotros. Según ella consigna, Dios le dijo:

«La naturaleza humana, que había cometido la ofensa, era finita, y debía estar unida con algo infinito para que pudiera dar satisfacción infinita a mí, que soy infinito. Y para que esta naturaleza humana, en su pasado, presente y porvenir, por muchos que sean los pecados cometidos por el hombre, encontrara satisfacción perfecta cuando quisiera volver a mí, durante el tiempo de su vida, unió la naturaleza divina con vuestra naturaleza humana, por cuya unión habéis recibido satisfacción perfecta».

Llama la atención la exactitud de las palabras y la seguridad con que la Santa se mueve en el intrincado edificio de la teología católica. Una vez más parece advertirse acá la influencia del Doctor Común.

En cierta ocasión, el Señor se le presentó en forma de Puente. Cuando aconteció el pecado de origen, y luego los pecados subsiguientes, escribe, empezó a correr un río impetuoso, en el que todos se anegaban. Entonces Cristo se constituyó en puente que va del cielo a la tierra. Uniendo su divinidad a nuestra humanidad, el Verbo se hizo puente. Ello no basta, por cierto, para conseguir la vida; es menester pasar por él, recorrerlo desde un extremo al extremo opuesto. En otra ocasión, lo imagina como Portero, en cuyas manos puso el Padre la llave de la divinidad y de la humanidad, ambas unidas para abrir la puerta de la gracia. La Divinidad no hubiera podido abrirla sin la humanidad, que la había cerrado por el pecado del primer hombre; ni tampoco la humanidad sola hubiera sido capaz de hacerlo, porque su obrar habría sido finito, y la ofensa había sido cometida contra el Bien infinito. Ninguno de los dos medios por separado eran suficientes. En otro lugar, Catalina concibe el Verbo como un Fuego de amor, que encendió en una misma llama a Dios y al hombre. O también lo compara con la cal que une dos bloques de piedra. El Verbo, que fabricó la piedra de la creatura, la juntó con su Creador, poniendo entre ambos «la sangre mezclada con la cal viva de la esencia divina por la unión que ha verificado con la naturaleza humana».

Imágenes diversas para describir al que dijo de sí mismo: «Yo soy la Verdad». Porque la verdad no era para Catalina algo abstracto o puramente intelectual. La verdad se hizo carne en Jesucristo para elevar al hombre caído en las sombras de la ignorancia. Como le dice al Maestro en el Diálogo: «Te rebajaste y te hiciste pequeño para hacer grande al hombre».

No olvida en estas consideraciones la figura de Nuestra Señora, la Madre del Verbo encarnado, bendita entre todas las mujeres, como escribe en una de sus cartas, porque en el día de la Anunciación nos dio «el pan de su harina, amasado y cocido por la caridad». A ella le dedica una encendida plegaria:

«Tú, María, eres la planta joven de la que hemos obtenido la flor fragante del Verbo, unigénito Hijo de Dios, porque en ti, tierra fecunda, fue sembrado este Verbo. Tú eres la tierra y la planta. ¡Oh María, carro de fuego! Tú trajiste el fuego escondido y velado bajo las cenizas de tu humanidad... No descendió en tu vientre el Hijo de Dios hasta que diese el consentimiento tu voluntad. Esperaba en la puerta de tu voluntad para que tú le abrieses, ya que quería venir a ti. Jamás habría entrado si tú no le hubieras abierto, diciendo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Llamaba, oh María, a tu puerta la Deidad eterna; mas si tú no hubieses abierto la puerta de tu voluntad, Dios no se habría encarnado en ti...».

La Verdad del Verbo encarnado no sólo se manifiesta en el misterio de la Encarnación sino también en los acontecimientos del Calvario. En carta a un amigo suyo, estando ella en éxtasis, le escribe: «Dios es suma y eterna verdad; ¿en quién la conocemos? En Cristo, dulce Jesús, puesto que con su sangre nos manifiesta la verdad del Padre eterno».

La Encarnación y la Pasión: he ahí la verdad de Dios revelada en el misterio de Cristo.

«Tú, oh Verbo unigénito de Dios –le dice en una de sus Elevaciones–, que por el amor desmesurado y la caridad que nos tuviste te injertaste, como fruto de dos árboles, en primer lugar con la naturaleza humana, para manifestarnos la Verdad invisible del Eterno Padre, cuya Verdad eres tú mismo. El segundo injerto lo hiciste con tu cuerpo en el árbol de la santísima cruz, en la cual no te sostuvieron los clavos ni cosa alguna, sino el amor desmesurado que nos tuviste». También aquí destaca el papel de la Santísima Virgen, «conquistadora del linaje humano», la llama, «porque sufriendo tu carne en el Verbo, fue reconquistado el mundo».

Es este un tema que la arrebató, ver cómo Cristo muriendo nos dio la vida, soportando vituperios nos dio el honor, con sus manos clavadas nos desató de los lazos del pecado, despojado nos vistió, con su sangre nos embriaga. Así se expresa en una de sus cartas. El lazo de la divina caridad fue de tal fuerza «que mantuvo a Dios hombre enclavado en el leño de la santísima Cruz». Catalina gusta introducirse en el corazón de Cristo, torturado por el deseo de nuestra salvación. Al fin y al cabo la Cruz no fue sino la expresión de un amor desmesurado, la del «humilde e inmaculado Cordero, pastor dulce y bueno, el cual, como enamorado por nuestra salvación, corrió hacia la muerte oprobiosa de la santísima Cruz». En una de sus iluminaciones le dijo Dios Padre:

«Mi Hijo unigénito, estando en la cruz sostenido por los clavos del amor, no retrocede porque los judíos le digan: Desciende de la cruz y crearemos en ti».

Ella anhelaba que, ante este espectáculo, las almas se modelasen a imagen de su Esposo amado, que la corona de espinas se introdujese en todas las frentes, que todas las manos y los pies se dejasen atravesar por los clavos. Porque si es verdad que el Dios omnipotente se hizo carne, y que murió por nuestra salvación, al hombre no le queda sino abrazarse con la cruz sangrienta. Quería que todos pudiesen decir con ella:

«Las penas serán mi alimento y las lágrimas mi bebida... Quiero que las penas me engorden... Alégrate, alégrate conmigo en la cruz. Nuestras almas deben reposar en la cruz como en una cama».

El misterio del Verbo encarnado, de la Verdad encarnada, resonaba en el corazón de Catalina como una sinfonía llena de encanto. No en vano Dios le había dicho en el Diálogo:

«Esta bella armonía tiene todas mis complacencias y enamora a los ángeles. Produce también la admiración del mundo. Lo quieran o no, los hombres de iniquidad no pueden permanecer insensibles a la dulzura de esta armonía. Muchos se dejan captar por su encanto, y su seducción les libra de la muerte. Todos los santos han atraído a las almas con esta música. El primero que hizo oír este concierto de vida fue el dulce Verbo de amor cuando, después de haber tomado nuestra humanidad para unirla a la divina, dejó oír sobre la Cruz un canto tan dulce que atrajo a él al género humano. En la escuela de este Maestro es donde todos vosotros habéis aprendido la armonía. Él es quien os ha enseñado a acordar vuestros instrumentos. Con este arte que tenían de él, los apóstoles fueron tan poderosos que difundieron su palabra por el mundo entero; los mártires, los confesores, los doctores y las vírgenes, todos han atraído y seducido a las almas por la bella armonía de su vida».

Más allá de estas dos grandes verdades a que nos hemos referido, la de la redención del hombre a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad, y la de la redención, que pasa por la encarnación y culmina en la cruz, Catalina entrevió un misterio más recóndito, si cabe, el de la Providencia divina. En los casos concretos más dispares que aparecen en su epistolario, en las desgracias que sufre alguno de sus corresponsales, en las elecciones de estado, en la pérdida de un hijo, en la estancia de los Papas en Aviñón, en los obstáculos para la Cruzada, en tantos sucesos sobre los que se hace necesario arrojar la luz de la fe, Catalina recurrirá siempre a los designios del amor infinito, considerando dichos sucesos desde un

punto de vista irrefragable: el punto de vista de Dios. Una aplicación clara del don de entendimiento. Nada sucede a espaldas de Dios, al margen de su Verdad y de su Amor. Él sabe por qué lo hace. Y siempre por Amor, aunque a primera vista no lo entendamos así. Aun en el misterio de dolor más lacerante de la historia, el de la injusticia de la cruz, se esconde la mano del Padre:

«Ésta es la obra de mi providencia –le dice Dios–: que una obra infinita, ya que finita era la pena de la cruz en el Verbo, os proporcionara un fruto infinito en virtud de la Divinidad».

El mismo Dios que sustenta al gusano dentro del leño seco, escribe la Santa, el mismo Dios que apacienta a los peces y a los animales, que envía sobre las plantas el rocío matinal, ¿cómo se podrá creer que no sustente a su criatura, hecha a su imagen y semejanza?

«Y puesto que todo esto está hecho por mi bondad y puesto a su servicio –le dice Dios en el Diálogo–, a cualquier parte que [el hombre] se vuelva, en cuanto a lo temporal o a lo espiritual, no halla más que fuego y el abismo de mi caridad con máxima, dulce, verdadera y perfecta providencia».

Catalina hizo suyo el consejo que Dios le diera: «Enamórate, hija, de mi providencia». No creemos haber leído mejor tratado sobre la Providencia que el que se encuentra en el libro IV del Diálogo.

4. El saboreo de la verdad

Nuestra Santa no se contentó con el mero conocimiento de la verdad. Se prendó de ella. No otra cosa le recomendaba a fray Raimundo: «Yo os escribo en la preciosa sangre de Jesucristo con el deseo de ver en vos un verdadero esposo de la Verdad, un fiel y un ávido de esta misma Verdad».

Catalina vivió la verdad, la vivió en la fe y en la caridad, como en una atmósfera casi natural, instintiva. Lo sobrenatural se le hizo natural. De esas alturas no se apartó jamás. «Quien más conoce más ama, y quien más ama, más gusta», le dijo Dios, exhortándola a unir el conocimiento de la verdad con el sabor de la verdad. Si antes nos pareció que su idea de la Providencia aplicada a todo el acontecer histórico y humano concretaba el don de entendimiento, pensamos que su paladeo de la verdad expresa el don de sabiduría, en el sentido bonaventuriano, de saboreo de la fe. Porque el alma que tiene la pupila de la fe en el ojo del intelecto, como nos decía la Santa más arriba, «conoce esta verdad, y con el encendido deseo saborea su dulzura y suavidad». No es lo mismo la verdad conocida que la verdad saboreada. En frase concisa le escribe a fray Raimundo:

«El que no sea capaz de saborear la Verdad, no podrá conocerla ni en el conocimiento de sí mismo ni en el conocimiento de la sangre».

Verdad saboreada. Y verdad activa, lanza en ristre, porque enamorada, porque militante. En este sentido le escribe al cardenal Pedro de Luna, quien luego sería proclamado Papa, o según algunos, antipapa, bajo el nombre de Benedicto XIII, en la época del Gran Cisma:

«Es en la sangre del Redentor que conocemos la verdad a la luz de la Santísima Fe, que esclarece el ojo de la inteligencia. Entonces el alma se abraza y se alimenta en el amor de esta verdad; y por amor de la verdad preferiría la muerte al olvido de la verdad. Ella no calla la verdad cuando es tiempo de hablar, porque no teme a los hombres del mundo; no teme perder la vida, puesto que está dispuesta a darla por amor de la verdad. Ella no teme sino a solo Dios. La verdad reprende altamente porque la verdad tiene por compañera la santa justicia, que es una perla preciosa que debe brillar en toda criatura racional, pero sobre todo en un prelado. La verdad calla cuando es tiempo de callarse, y callándose, grita por la paciencia, porque no ignora, sino que discierne y conoce dónde se encuentra más el honor de Dios y la salvación de las almas...

«Querido Padre, apasionaos por esta verdad, para que seáis una columna fuerte en el cuerpo místico de la santa Iglesia, donde hay que propagar la verdad; porque la verdad está en ella, y porque ella está en ella, ella quiere que sea administrada por personas que le sean apasionadas y esclarecidas, y no por ignorantes que están separados de la verdad».

III. Sed de almas

Catalina ha escuchado de Cristo las palabras: «Piensa en mí, hija mía, y yo pensaré en ti». Pero ese pensar en el Señor, esa pasión por la «Verdad de Dios» encarnada, a que acabamos de referirnos, no va a concluir en Cristo, como si fuera de Él nada existiese.

1. Del amor a Dios

al amor de los que Dios ama

Cuando Catalina vivía en Siena con su familia, se sentía cómoda en el silencio de su modesto hogar y en la oscura celda que su padre le había reservado para sus plegarias. Se complacía asimismo en pasear por el solitario jardín de su casa, en medio de las flores, que gustaba trenzar en forma de cruz o de corona. Pero Dios la llamaba a otra cosa. Se podría decir que hubo una pedagogía divina progresiva que fue llevando a Catalina de su amada soledad a una importante actuación apostólica. Fray Raimundo nos ofrece este diálogo encantador entre Cristo y ella:

–Vete; ya es hora de comer; los tuyos están ya en la mesa; vete, estate con ellos, luego volverás junto a mí...

–¿Me echas, Señor? –deshecha en llanto–. ¿Por qué mi Esposo queridísimo me arroja de su presencia? Si he ofendido a tu Majestad, ahí está mi cuerpo, castígalo; pasaré por todo, pero no me impongas el martirio de separarme de ti. ¿Qué haré yo en la mesa? Los míos no comprenden cuál es mi comida. He huido del mundo y de los míos para ser tu esposa; y ahora que eres mi todo, ¿me obligas a mezclarme en las cosas del mundo, con peligro de recaer en mi ignorancia y llegar a ofenderte...?

–Cálmate, hija queridísima; es preciso cumplir toda justicia y hacer fecunda mi gracia en ti y en otros. No pretendo separarte de mí; quiero, por el contrario, unirme a mí más estrechamente por medio de la caridad con el prójimo.

–Hágase tu voluntad, no la mía –respondió Catalina. Y volvió con los suyos, sentándose a la mesa.

Destaquemos las palabras del Señor: «No pretendo separarte de mí; quiero, por el contrario, unirme a mí más estrechamente por medio de la caridad con el prójimo». Como se ve, el apostolado al que Dios la llamaba, no implicaba un apartamiento de Cristo sino una intensificación de sus desposorios místicos. En el Diálogo se consigna la explicación que le dio el Señor para que entendiera dicho golpe de timón. Él, le dirá, amó con amor purísimo y gratuito. No es posible haberse con Él de la misma manera, porque Él amó antes de ser amado, según lo señalamos al hablar de la creación del hombre. No es factible devolver adecuadamente ese amor, pero sí dárselo a los hombres, amándolos aun sin ser amados por ellos, amándolos no en provecho propio, sino sólo por la alabanza del Nombre de Dios. En una de sus cartas lo expresa con claridad:

«Dios ama inefablemente a su creatura. He aquí por qué desde que uno se vuelve siervo de Dios se ama tanto a la creatura. Es que se ve con qué amor Dios la ama, y la condición del amor es amar lo que ama el que ama».

En otras palabras, ya que nunca podremos pagar adecuadamente la deuda de su amor, que fue infinito, el Señor nos ofrece este medio: el del amor al prójimo, para que le demos a él lo que no podemos darle a Cristo. «Yo considero hecho a mí mismo lo que haces con el prójimo», le dice en el Diálogo. La única manera que tenemos de amar a Dios desinteresadamente es amándolo en nuestro prójimo

antes de que él nos quiera, prescindiendo de que él nos quiera, y sin esperar recompensa alguna. De este modo el corazón se amplía, abriéndose a los demás. En carta a un Cardenal señala Catalina:

«El amor propio aprieta el corazón de tal modo que no puede conteneros ni a vos ni al prójimo; mientras que la divina caridad le ensancha y hace entrar en él amigos y enemigos, a todas las criaturas racionales, porque está revestido del amor de Cristo».

En diálogo con la Santa, el Señor le dijo que bien hubiera podido Él dotar a los hombres de todo lo que es necesario tanto para el alma como para el cuerpo, pero quiso que nosotros fuésemos colaboradores suyos en la administración de su beneficencia. El amor de Cristo llegará de este modo no sólo a los virtuosos sino también a los imperfectos, a los pecadores, a los perseguidores, a los calumniadores, porque todos han sido amados por Dios.

Queda así clara la voluntad divina: el amor a Dios no debe concluir en Él sino volcarse al prójimo. Cada cual deberá amarlo según sus aptitudes, quién con la doctrina, quién con la oración, quién con el dinero, le dice el Señor en el Diálogo. Transcribamos un texto notable a este respecto:

«Concebimos las virtudes en el amor de Dios y las damos a la luz en el amor al prójimo; amando a tu prójimo... responderás al amor del Creador hacia ti con el amor del prójimo. Es preciso que como esposa de Jesucristo, te hagas la servidora del prójimo. No podemos servir a Dios de otra manera ni bajo otra forma».

Escribiendo a una «mantellata» de Siena, le dice Catalina: «Serás esposa infiel si niegas al Esposo el amor que le debes en el prójimo». No otra cosa es lo que el Señor le enseñaría en el Diálogo:

«El alma que me ama verdaderamente ama a su prójimo, porque el amor a mí y el amor al prójimo son una y misma cosa, y la medida de tu amor al prójimo es la medida del amor hacia mí. Éste es el medio que te he dado de probar y ejercitar tu amor para conmigo... No puedes serme útil en nada; en cambio, te es posible acudir en auxilio del prójimo. El alma que ama mi verdad no se cansa nunca de prodigarse al servicio de los demás, así en general como en particular».

Afirma Leclercq que la enseñanza de San Juan: «Si alguno dice que ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso» (1 Jn 4, 20), pareciera reflorar cuando se la encuentra en el Diálogo. Porque Catalina no sólo la subraya con insistencia y la exalta con pasión, sino que le da también una vertebración doctrinal que no encontramos en las Escrituras. Además, «una cosa es que no se pueda amar a Dios sin amar al prójimo, y otra que se deba amar al prójimo porque se ama a Dios, y que el amor del prójimo sea la consecuencia inmediata necesaria y exactamente proporcionada de este amor de Dios».

2. El celo de tu casa me devora

En el desposorio místico a que no referimos más arriba se encuentra el origen de su notable misión en la Iglesia, más allá de las fronteras familiares y pueblerinas. Cuando comenzó el apostolado, su madre, doña Lapa, la regañaba porque estaba tan ausente de su casa. Catalina le dijo que ella no había sido puesta en la tierra sino para la gloria de Dios y la salvación de las almas, y que «no puede hacer otra cosa».

El desposorio místico se expresó de manera muy ilustrativa en el intercambio de corazones. Al recibir el corazón de Cristo, cuya altura, anchura y profundidad nadie es capaz de mensurar (cf. Ef 3, 18), Catalina ensanchó el suyo según la medida del Sagrado Corazón. No en vano la había pedido a la Trinidad: «Dilata mi alma para la salvación del mundo; no que pueda producir por mí misma fruto, sino por la virtud de tu caridad, principio de todos los bienes». De los confines estrechos

de la Siena aldeana, su corazón se abrió al espectáculo del mundo y de la historia en su totalidad.

Su inclinación apostólica está signada por una suerte de apasionamiento sobrenatural. Escribiéndole al cardenal Orsini le decía que cuando un alma considera cómo Cristo se ha inmolado derramando para nosotros un baño de sangre y ofreciéndonos un bautismo con su sangre, cuando el alma ve eso, no puede dejar de enamorarse de Dios y de la salvación de las almas. Una pasión santamente atormentada, al ver a Dios amando incomprensiblemente al hombre, y al hombre ofendiendo incomprensiblemente a Dios. Tal es el origen de su ardor apostólico:

«Yo os lo digo –le escribe a un sacerdote–, amadísimo hijo mío, toda alma que contemple a Dios corriendo tras el oprobio de la santa cruz, vertiendo su sangre en abundancia, no podrá resistir y se llenará de amor verdadero; amaré el alimento que ama Dios, amaré las almas».

Si cada persona es imagen de Dios, objeto de un designio de amor infinito, redimida por la sangre del Verbo encarnado, derramada con tanta pasión de amor, llamada a realizar «la verdad de Dios», que es su felicidad eterna en Él, ¿cómo permanecer indiferente cuando vive en el pecado, la tibieza o el desinterés? Su gran tormento era no poder dar a entender hasta qué extremo Dios nos ha amado. «Me muero de deseos», escribió en una de sus cartas. He ahí el verdadero fundamento teológico del apostolado, a mil kilómetros de la gazmoñería sentimental que emponzoña tantos libros piadosos.

Un amigo inglés que la frecuentó cuenta que a menudo la oía exclamar: «Tengo hambre». Hambre de almas. «Padre mío –le escribía a un fraile–, os invito de parte de Cristo crucificado que llenéis vuestra alma de la fe y del hambre de las almas». *Fede e fame, fe y hambre*, tales eran los dos sentimientos que embargaban su alma. El segundo no era más que la consecuencia del primero. Una fe realmente viva no puede no expandirse hacia los demás. Tenía hambre de almas, ardía por incorporarlas a sí, y por su intermedio al Dios en quien se halla la salvación.

Como se ha escrito de ella: «Aspiraba a comer espiritualmente a todos los miembros de la Iglesia de Dios y a masticar al mundo entero por su oración como con los dientes». Sus cartas lo expresan sin cesar: «Dios haga de nosotros comedores de almas, *mangiatori delle anime*». Su amor no era sino una derivación del amor que Cristo mostró por ella: «Me has amado mucho, Jesús, dulce amor mío –dice en una de sus plegarias–, y me has enseñado en qué medida debo amarme a mí misma y amar a mi prójimo, y el hambre y la sed que debemos tener de la salvación de los demás.» No otra cosa quiso decir Cristo cuando confesó: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra» (Jn 4, 34). Palabras que comenta Catalina en una de sus cartas: «Sobre la mesa de la santísima cruz debemos saciarnos de almas», porque «las almas son el alimento de Jesucristo».

El hambre de Dios y de las almas nunca quedará plenamente satisfecho en esta tierra ya que, como le dice el Señor en el Diálogo, «si bien, teniendo hambre, queda saciada, sin embargo, saciada, sigue teniendo hambre, aunque tiene muy lejos el hastío de la saciedad, lo mismo que la pena del hambre». El alma enamorada, siempre hambrienta, siempre sedienta, corre con ardor por el camino de Cristo crucificado, sin atender a injurias o persecuciones, ni ceder a los placeres que el mundo le ofrece.

«Pasa por encima de todo eso con una fuerza inquebrantable, con una perseverancia que nada turba el corazón plenamente transformado por la caridad, gustando y saboreando este alimento de la salvación de las almas, dispuesta a soportar todo por él».

El texto recién citado nos abre a un último aspecto que quisiéramos destacar y es el del sabor del apostolado. Ya nos hemos referido al saboreo de la fe. Aquí se trata de algo distinto, si bien relacionado con aquello. En sus Elevaciones habla Catalina del «manjar del apostolado», del «manjar de las almas», que el apostolado le permite degustar. Más allá de la obra apostólica concreta, el saboreo del apostolado. Es toda la distancia que va del funcionario al enamorado. No resulta, pues, extraño lo que escribe en una de sus cartas, refiriéndose al que tiene el oficio de pastor: «Ningún sacrificio le complace tanto como el de ser comedor y saboreador de almas, nunca se sacia de ello».

3. Algunas de sus actuaciones apostólicas

Su apostolado fue a veces directo, a veces a través de cartas. Como ejemplo de apostolado directo, relatemos uno de los hechos más conmovedores de su vida. Hacía tiempo que Siena estaba dividida por odios implacables, lo que era causa de graves disturbios. En uno de ellos, un joven noble de Perusa, Niccoló Toldo, fue condenado a muerte. Estaba en la flor de la edad. Al enterarse de la sentencia, se puso furioso. Lleno de rebeldía, no se resignaba a su suerte, insultando incluso a los sacerdotes que se le acercaban. Al saber lo que pasaba, Catalina resolvió visitarlo en la prisión, logrando de él una conversión total. He aquí cómo se lo cuenta a fray Raimundo:

«Mi visita le dio tanto ánimo y consuelo que se confesó y se preparó muy bien. Me hizo prometer por amor de Dios que yo estaría a su lado a la hora de la justicia. Y mantuve mi promesa. Por la mañana, antes de sonar la campana, ya estaba a su lado, de lo que quedó grandemente consolado. Le llevé a oír misa y recibió la santa Comunión, a la que no se acercaba nunca. Su voluntad era sumisa y al unísono con la voluntad de Dios. Sólo le quedaba el temor de que careciera de valor en el momento supremo. Mas la ardiente e inmensa bondad de Dios le sorprendió a él mismo inflamándole con tal amor y tal deseo de Dios que tenía prisa por ir a él. “Quédate conmigo, me decía, no me abandones. Así no podré menos de ser bueno; muero contento”. Y descansaba su cabeza sobre mi pecho. Y entonces yo estaba llena de júbilo y percibía que el perfume de su sangre se mezclaba con el perfume de la mía, que deseo derramar por el dulce esposo Jesús.

«Como el deseo invadiera mi alma y yo presintiera su temor, le dije: “Valor, dulce hermano mío, pues muy pronto estaremos en las bodas eternas. Irás bañado en la dulce sangre del Hijo de Dios y con el dulce nombre de Jesús, que no quiero que salga de tu corazón. Yo te esperaré en el lugar de la justicia”. Oh padre e hijo mío, su corazón entonces perdió todo temor, su rostro entristecido se transfiguró de gozo. Se estremecía de alegría. “¿De dónde me viene esta insigne gracia? – preguntaba-. La dulzura de mi alma me esperará en el santo lugar de la justicia”.

«Ved qué claridad se había formado en su alma, puesto que llama santo al lugar de la justicia. “Sí –decía-, iré lleno de valor y gozo, y me parece que tengo que esperar todavía mil años cuando pienso que tú estarás allí”. Y decía palabras tan dulces, que el corazón quedaba atónito ante la bondad de Dios.

«Lo esperé, pues, en el lugar de la justicia invocando sin cesar la asistencia de María y de Catalina, virgen y mártir. Antes que llegara me incliné y extendí mi cuello sobre el pilón. Mas no pude pensar en mí. Oré con insistencia, y dije: “¡María!”, afirmando que quería para él, en el momento supremo, la luz, y para mí, la paz del corazón al ver que alcanzaba su último fin. Y de tal modo me embriagó mi alma con la dulce promesa recibida, que no veía a nadie a pesar de estar rodeada de gran multitud.

«Llegó, dulce como un cordero. Y sonrió al distinguirme. Quiso que yo trazara sobre él la señal de la cruz. Lo hice, y luego le dije: “De rodillas; a las bodas, mi dulce hermano –fratello mio dolce). Vas a tener la vida que no termina jamás”.

«Entonces se extendió con gran dulzura y yo le tendí el cuello. Inclínada sobre él, le recordaba la sangre del Cordero. Y él sólo sabía repetir: "¡Jesús! ¡Catalina!". Todavía lo estaba repitiendo cuando recibí en mis manos su cabeza.

«Y vi, como se ve la claridad del sol, al Hombre-Dios con el costado abierto. Recibía la sangre en su Sangre y el fuego del santo deseo dado por la gracia y escondido en su alma. Lo recibía en el fuego de su divina Caridad. Cuando él recibió esta sangre y este deseo, acogió al alma y, todo misericordia, la hizo entrar en la morada del Corazón. La soberana Verdad quería mostrar que esta alma sólo era acogida por gracia y misericordia, no por sus méritos.

«Oh, qué inefable gozo al contemplar la Bondad divina. Con qué dulzura y amor esperaba Dios a esta alma que abandonaba su cuerpo, y posaba su mirada de misericordia cuando entraba en el Corazón divino totalmente bañado en su sangre, que la Sangre del Hijo de Dios tornaba preciosa. Dios Padre la recibió con su poder, suficiente para cosa tan grande. El Hijo, Sabiduría, Verbo encarnado, le comunicó el amor crucificado con el cual él mismo soportó la dura e ignominiosa muerte para obedecer a su Padre y salvar al género humano. Y las manos del Espíritu Santo la encerraban dentro.

«Dibujó entonces esta alma un gesto de dulzura tan grande, capaz de arrebatarse mil corazones. No me sorprende, pues gustaba de la suavidad divina. Se volvió como la esposa al llegar al umbral de la casa del esposo; se volvió hacia sus compañeras, las miró e inclinándose, trazó su último gesto de gratitud.

«Cuando hubo desaparecido, mi alma descansó y gustó tal paz en el perfume de la sangre, que no permití que se quitara la que de su herida había brotado y caído sobre mí...».

Creemos que huelga todo comentario. Además de las actuaciones apostólicas directas, como la que acabamos de describir, y otras a que nos referiremos más adelante, Catalina ejerció también un intenso apostolado epistolar. Al parecer no sabía escribir, si bien algunos de sus biógrafos nos aseguran que Dios le dio súbitamente la facultad de hacerlo. Sea de ello lo que fuere, la cosa es que de hecho envió numerosas cartas, de las que nos quedan cerca de 400, cartas a personas de muy distinta condición, papas, reyes, religiosos, gobernantes.

Dichas cartas ofrecen una perspectiva de realidad concreta a lo que en el libro del Diálogo parecería doctrina abstracta, pura teoría. Las enseñanzas del Diálogo adquieren un acento más humano, al encarnarse en casos determinados y tangibles. Muchas de esas cartas fueron dictadas en éxtasis, como sucedió con el Diálogo. Lo hacía a veces paseando por su celda, otras veces de rodillas. Según Raimundo, en ocasiones dictaba simultáneamente dos, tres o hasta cuatro cartas diferentes a sendos amanuenses, y ello sin la menor incertidumbre, tratando de materias totalmente diversas.

Dicho epistolario, verdaderamente magnífico, hizo que algunos entendidos en literatura hayan considerado a la humilde hija del tintorero de Siena como uno de los escritores clásicos de Italia, a la altura de Petrarca. De ella ha dicho Papini que supo exponer y narrar, regañar y acariciar; profunda a veces, como un Suso o un Taulero; dulcísima otras muchas, como un Francisco de Asís o de Sales. En Catalina hay riqueza de imágenes y arte de «esculpir los pensamientos»; su prosa se levanta a veces tan alto, resulta tan hirviente e impetuosa, que se convierte en poesía, y parece casi que anda buscando la forma del verso. Un crítico literario ha afirmado: «Grandes escritores en Italia no hay más que una: Santa Catalina de Siena».

Mediante tales cartas ejerció una especie de dirección espiritual sobre sus destinatarios, en un sentido lato, por cierto. Exhortaba a la virtud, al desprendimiento, a la perseverancia en el amor a Dios. Nunca imponía algo que pudiera ser discutible, bien consciente de que el Espíritu Santo lleva a las almas por

diferentes caminos, como le decía a uno de sus discípulos que tendía a despreciar a quienes no se mortificaban como ella.

Aludamos más concretamente a algunas de esas cartas, que abarcan un amplio abanico de temas, según la situación y el estado de cada correspondiente. Varias son de orden más bien personal. En una de ellas, dirigida a una sobrina suya que estaba en un convento, le dice:

«¿Cuándo respirarás los bálsamos de la pureza y sentirás el hambre del martirio que te hará desear dar la vida por el honor de Dios y la salvación de las almas?».

En el otro extremo, escribe así a una mujer pública de Perusa:

«Hija mía, lloro y gimo viéndote a ti, creada a imagen y semejanza de Dios, redimida por su preciosa sangre, olvidar tu dignidad y el rico rescate que ha sido pagado por ti. ¡Ay! Me parece que haces como el puerco que se revuelca en el fango... El pecado mortal te arranca y te separa de Cristo; eres como un leño seco, árido, que no lleva ya frutos, y tienes en esta vida un gusto anticipado del infierno... ¿No ves que se te ama y amas tú con un amor mercenario que es un manantial de muerte, con un amor que no reposa sino sobre un goce o provecho, que desaparece al mismo tiempo que el placer y el dinero porque no es según Dios, sino según el demonio?... Deja tanta miseria y tanta corrupción. Entonces entrarás en las llagas del Hijo de Dios; encontrarás allí el fuego de su inefable caridad que consumirá y purificará todas tus miserias y todas tus faltas. Verás cómo él ha hecho de su sangre un baño para lavar tus pecados y la impureza en que vives desde hace tanto tiempo...».

Resulta realmente impresionante esta conversación entre la virgen pura y la hija del placer prohibido. A otro pecador le escribe:

«Queridísimo y más que queridísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús, yo, Catalina, la sierva y esclava de los servidores de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con el deseo de llevarte al redil con tus compañeros. El demonio parece haberte encadenado de tal modo que no puedes ya volver, y yo, tu pobre madre, te voy buscando y llamando, pues quisiera llevarte sobre los hombros de mi dolor y de mi compasión».

A un homosexual le dice:

«¿Quién eres? ¿Un animal? ¿Una bestia salvaje? Veo que tienes forma humana, pero es verdad también que de este hombre has hecho una caballeriza... Te digo que si te conviertes, tu alma y tu cuerpo que ahora son una caballeriza, se convertirán en un templo en que Dios se regocijará de habitar en gracia... Perdona mi impertinencia. Es el afecto y el amor que tengo por tu salvación lo que me mueve a hacerlo. Si no te amase, no me metería ni me preocuparía de que te veas en las manos del demonio. Pero como te amo, no puedo soportarlo».

Y a un delincuente:

«Rompe esa cadena; ven, ven, queridísimo hijo. ¡Bien puedo llamarte querido cuando tantas lágrimas y angustias me cuestas! Ven, pues, y vuelve al redil».

Junto con estas cartas, que son de índole más bien individual, se conservan otras que tuvieron asimismo resonancia social, sobre todo las que dirigió a dirigentes con responsabilidades públicas, por ejemplo a los gobernantes de Siena, Pisa, Luca y Florencia. No pocas veces trataba en ellas de temas temporales, pero nunca lo hacía sin atingencia a lo espiritual. Para ella la política era un capítulo de la moral y el hombre de Estado debía ser, también él, un imitador de Cristo. Con razón Juan Pablo II la llamó «la mística de la política». Los gobernantes, les decía en sus cartas, tienen dos grandes deberes religiosos: ante todo consigo mismos, manteniendo su alma en gracia; y luego en relación con la Iglesia, defendiéndola de

sus enemigos de afuera, pero también de los de adentro, para ayudar así a su reforma interior.

Nos impresiona la libertad de espíritu que revela en su correspondencia, no sólo cuando se trataba de políticos sino también de hombres de Iglesia, como luego veremos más detenidamente. Todos, aunque fueran unos miserables, se sentían tocados por las recomendaciones de la Santa. Es que Catalina resulta ininteligible si no se tiene en cuenta la fe de su siglo. A pesar de todas las deficiencias de la época, cuando trataba con los poderosos no se topaba con esa falta de receptividad para las cosas espirituales que caracteriza a nuestro tiempo. Nos cuesta hoy entender lo que fue «una edad de fe», como la medieval, que creía realmente en el mundo sobrenatural. Había, por cierto, herejes y pecadores, pero nunca se ponía socialmente en duda el orden sobrenatural. En el siglo XIV hubo, claro está, escépticos y materialistas, pero eran individuos aislados, sin influjo social. Se pecaba mucho, es verdad, pero cuando un hombre pecaba, sabía que pecaba. Por eso a veces llegaba a la blasfemia; la blasfemia supone que se cree en aquel a quien se insulta. En ese ambiente resultan más viables las cartas llamadas «políticas» de Catalina. Espiguemos en algunas de ellas.

A los jefes de gobierno de Siena se dirige así:

«Yo Catalina, os escribo en su preciosa sangre, con deseo de veros señores y de corazón viril, esto es, que os enseñoreéis de la propia sensualidad, con verdadera y real virtud, siguiendo a nuestro Creador. De otro modo, no podríais poseer justamente el señorío temporal, el cual Dios os concedió por su Gracia. Conviene pues que el hombre que tiene que ser señor de otros y gobernarlos, sea señor de sí mismo y se gobierne primero... En verdad, señores carísimos, quien es ciego y ha ofuscado su mirada por el pecado mortal, no conoce ni a sí mismo ni a Dios. Mal podrá pues ver y corregir el defecto del súbdito suyo».

Algo semejante le dice a Bernabé Visconti, señor de Milán, un hombre muy poco recomendable:

«Aquel que no ofende nunca a Dios guarda la Ciudad, se enseñorea de sí mismo y del mundo entero... Muchos son los que tienen victoria en ciudades y castillos sin tenerla sobre sí mismos y sobre sus verdaderos enemigos, como son el mundo, la carne y el demonio... Ea, padre; quered poseer firmemente el señorío de la ciudad del alma vuestra... Amad, amad, pensad que habéis sido amado antes de amar. Pues Dios se ha apasionado por la belleza de sus criaturas». Y concluye: «Corred virilmente a realizar grandísimos hechos por Dios y por la exaltación de la Santa Iglesia, así como lo habéis hecho a favor del mundo y en contra de ella». Bien sabía nuestra Santa que el obstáculo principal a sus elevados designios, que coincidían puntualmente con los de Dios, era el pecado de aquellos a quienes trataba de convencer.

Con frecuencia escribe también a los gobernantes pidiéndoles que ayuden a la Iglesia en su tarea salvífica, según lo señalamos más arriba. A la reina madre de Hungría, por ejemplo, tras rogarle que ponga ante sus ojos la imagen del Cordero desangrado sobre el leño de la Cruz, le ruega que haga lo posible en favor de la salvación de las almas, ya que, para lograrlo, Cristo, «como ebrio y enamorado de nuestra salvación», no temió los tormentos ni la muerte. Tras lo cual le agrega una sentencia que expresa acabadamente el pensamiento medieval en lo que toca a las relaciones entre lo espiritual y lo temporal:

«La Iglesia necesita de vuestro socorro humano, y vosotros, de su socorro divino –la Chiesa ha bisogno del vostro aiuto humano, voi del suo divino–».

En carta al atolondrado rey de Francia, Carlos V, le dice:

«Me asombra que un católico como vos, que quiere temer a Dios y obrar como valiente, se deje llevar como un niño...». Luego le solicita tres cosas: la primera es que, cual representante de Dios en el orden temporal, desprecie el mundo y a sí

mismo, poseyendo el reino como algo prestado y no suyo, ya que quien posee lo ajeno como propio es un ladrón; lo segundo, que mantenga la justicia, no cediendo a halagos, ni placeres, ni dinero, sino favoreciendo a los pobres; la tercera, que observe la doctrina que Cristo le enseña desde la cruz, es decir, el amor al prójimo, especialmente con los otros reyes cristianos, como los de Inglaterra y Navarra, con los cuales ha estado tanto tiempo guerreando, en vez de volcar sus energías en la recuperación de Tierra Santa. «Yo os digo de parte de Dios crucificado, que no tardéis ya en hacer esta paz. Haced la paz, y dirigid toda la guerra contra los infieles».

4. Contemplación y acción

Nos impresiona descubrir en Catalina una amalgama tan lograda entre su vida interior y su celo apostólico. Recordemos que su actuación pública comenzó precisamente al inaugurarse el estadio unitivo de su vida. Era martes de 1367, el último día del carnaval en Siena, cuando se celebraron sus bodas místicas, a que ya aludimos. Siena estaba en plena efervescencia. «¿Hubo nunca hombres más ligeros que los sienenses?», se preguntaba Dante escandalizado. El gran poeta los conocía bien, pues había participado en el famoso «palio di Siena», una pintoresca carrera de caballos que se realiza hasta hoy, donde compiten jinetes de todos los barrios de la ciudad. En la celda de su familia, es probable que la Santa haya percibido el contraste entre los besos apasionados de los jóvenes enamorados y el anhelo de la novia del Cantar: «Que me bese con un beso de su boca» (Cant 1, 1). Ella prefirió el amor divino, las bodas místicas.

Dios la había elegido para que lo ayudase en la salvación de muchas almas extraviadas. Era preciso que su fe fuese lo más sólida posible. De ahí su frecuente ruego: «Señor, concédeme la plenitud de la fe». El Señor la oyó:

«Ya que por mi amor has renunciado a todos los placeres del mundo y no quieres alegrarte más que en mí solo, he resuelto desposarme contigo en la fe y celebrar solemnemente nuestras bodas».

Nos cuenta su biógrafo que mientras el Señor pronunciaba estas palabras, comparecieron su Santa Madre, San Juan Evangelista, San Pablo y el profeta David. Mientras David tocaba el arpa, María acercó la mano de Catalina a la de su Hijo, y éste sacó un anillo de oro que colocó en el dedo de su Esposa mientras le decía:

«Yo, tu Creador y tu Salvador, me desposo hoy contigo y te doy mi fe, que no vacilará jamás y se verá preservada de todo ataque hasta el día en que nuestras bodas se celebren en el cielo».

Aquí comenzó el período unitivo de su vida espiritual, signado por la contemplación. Ella hubiera deseado quemar etapas y arribar enseguida a las bodas del cielo.

«¿Cuándo, pues, Esposo mío? –se quejaba en sus éxtasis–. ¿Por qué no inmediatamente?». Fue tan insistente que el Señor debió reprocharle su premura. «Por más que yo tuviese el deseo ardiente de comer la Pascua con mis discípulos –le dijo–, esperé la hora de mi Padre. Tú también espera con paciencia la hora de unirte a mí totalmente».

Mas Catalina no se limitó a esperar el gozo terminal. Con el correr del tiempo, se fue polarizando cada vez más en Dios, de modo que su inteligencia, su corazón, su memoria no iban teniendo otro objeto que no fuese Dios y lo que es de Dios. Escribe Jörgensen:

«En Dios solamente se acuerda de sí y de los demás, como el que se sumerge en el mar y nada bajo las aguas sólo ve y siente el agua que le rodea y encierra. Fuera de esa agua, nada ve, nada siente, nada toca; no puede ver los objetos exteriores más que a través del agua, no de otro modo».

Las levitaciones que a veces la acompañaban en la oración no eran sino una especie de símbolo de la gravitación que Dios ejercía sobre ella, como si allí actuase una ley de la gravedad invertida. Así leemos en el Diálogo:

«Frecuentemente, en razón de la plenitud de su unión con Dios, el cuerpo se levanta de la tierra, como si se hubiese aligerado. No ha perdido, sin embargo, nada de su peso; pero como la unión que el alma ha contraído con Dios es más perfecta que la unión existente entre el alma y el cuerpo, la fuerza del espíritu fijo en Dios levanta de la tierra el peso del cuerpo».

Diversos autores han destacado el carácter poético de la espiritualidad cateriniana, en estrecha conexión con su vuelo místico. Un discípulo suyo escribió:

«Un día nuestra Mamma se llenó de entusiasmo a la vista de un prado lleno de florecillas deslumbradoras y exclamó: ¿No veis que todas las cosas alaban al Señor y nos hablan de él? Esas flores rojas nos recuerdan las llagas sangrientas de Jesucristo».

Al estilo de Francisco de Asís, Catalina tenía algo de juglar, si bien su don poético era quizás más intelectual que el de Francisco. Sus imágenes se nos muestran riquísimas, a veces no exentas de humor, como cuando califica al Breviario de «esposa del sacerdote», porque éste acostumbra a pasearse con él bajo el brazo. Cuando oía a los cuervos graznar: icras, cras!, que en latín significa «mañana, mañana», los parangonaba con el perezoso, que siempre posterga sus propósitos. Asimismo comparaba el corazón con una lámpara, estrecha por abajo, ancha por arriba, estrecho cuando cede al egoísmo, pero amplio cuando se abre al amor de Dios. Refiriéndose a los herejes dice que ellos pretenden interpretar por sí solos las Escrituras, «pero las eternas verdades son como estrellas que se distinguen mejor desde las profundidades del pozo de la humildad». A aquellos de quienes decía San Pablo que «siempre están aprendiendo, sin jamás llegar al conocimiento de la verdad» (2 Tim 3, 7), los califica de «hojas que mueve el viento»; en el fondo, dice no son sino uomini da vento.

A Catalina le gustaba cantar, según lo atestiguan sus discípulos. No en vano el canto tiene estrecha relación con la poesía. Ya en su niñez, cuando se paseaba por el jardín hogareño, solía cantar a su Esposo divino. Pero sobre todo lo hacía en sus largas caminatas;

«cantaba con una voz tan límpida, que las hermanas que la acompañaban estaban maravilladas, y experimentaban, en cierto modo, la impresión de que la Santa se había cambiado en otra persona».

Un austero y solitario monje inglés, William Fleet, que la frecuentaba, recuerda que a menudo entonaba en latín un cántico que empezaba así: «Soy esposa de Dios, esposa de Dios, esposa de Dios, porque soy virgen». Y también este villancico, que ella misma compuso: «Querido angelito, nacido en Belén: aquí, en la tierra, eres niño, pero en el cielo, Rey coronado». Refiriéndose a esta copla, aquel mismo eremita dijo en el sermón que pronunció a la muerte de la Santa: «Ahora puede cantar en el cielo, para alegría de su Esposo, aquel villancico... No sólo puede cantarlo... Puede también, con las vírgenes en el paraíso, trenzar sus pasos de danza, como solía hacerlo cuando estaba en la tierra».

Ella concebía la vida, natural y sobrenatural, como un gran concierto, una gloriosa sinfonía. Quien comenzó a entonar la melodía, nos dice en el Diálogo, fue «el dulce Verbo de amor cuando en la Cruz dejó oír un canto tan dulce que atrajo a él al género humano». Todos los santos participan en este concierto, cada uno aportando su propia voz. Una tarde Catalina se encontraba en oración, cuando advirtió que Jesús estaba a su lado, acompañado de Santo Domingo. Fue tal su alegría, que se puso a cantar. Los dos huéspedes celestiales se unieron a ella, y los tres cantaron de concierto. En otra ocasión, un sacerdote la fue a visitar. La encontró en el jardín.

«Padre –le dijo–, ¿no oís cómo cantan en el cielo?; todos no cantan del mismo modo: los que aquí abajo han amado más a Dios, poseen las voces más claras y hermosas. ¿No oís cantar a Magdalena? Su voz se eleva por encima de todas las demás».

Nos arrebató esta figura mística, juglar, cantora y danzante de Dios. Para Jørgensen su poesía fue una forma de su filosofía, o mejor, diríamos nosotros, de su teología, de su amor a la verdad total, que se vuelve bella a fuerza de resplandecer. Es verosímil que en los círculos de Catalina se leyeron frecuentemente en voz alta los versos del Dante. Y que algunas reminiscencias hayan quedado grabadas en su memoria.

¿Cómo pudo unir de manera tan armoniosa su festivo estar con Dios, sus éxtasis y levitaciones, su participación en los conciertos celestiales, con las exigencias de una acción tan desgastadora? Por lo general, las almas místicas viven apartadas del mundo, en monasterios de clausura, protegidas del ruido y del vértigo. En los tratados de los grandes místicos como Taulero, Ruysbroeck, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, se habla del alma y de Dios, del alma en presencia de Dios, del progresar del alma en Dios.

Catalina es distinta. Nunca vivió en un convento, no hizo votos religiosos, y aunque llevaba hábito, era el de una simple terciaria. Su vida interior, si bien en permanente contacto con Dios, se abrió a una visión grandiosa del mundo a la luz del Señor de la historia, del mundo por Él creado y que luego se abisma en el pecado, del Dios que quiere hacerle misericordia, y de los hombres a quienes elige como instrumentos de dicha misericordia. Su anhelo principal fue que Cristo reinase no sólo en su alma, sino en el mundo, en la sociedad. Para lograrlo, pasaría años recorriendo caminos, negociando asuntos en apariencia puramente temporales, exhortando a los dirigentes de ciudades, a los prelados y Papas. No había allí contradicción alguna. Ella entendía el apostolado como una derivación de su vida mística.

«Os lo digo, amado hijo mío –le escribe a un sacerdote amigo–, toda alma que contemple a este Dios hecho hombre corriendo al oprobio de la santa Cruz y vertiendo la abundancia de su sangre, no podrá resistir y se llenará del verdadero amor; amaré el alimento que Dios ama, amaré a las almas que Dios ha amado tanto, y se alimentará de ellas».

Cristo mismo le había dicho, según lo consigna en el Diálogo:

«Si no se me ama, no se ama tampoco al prójimo, pues es de mí y de mi amor de donde viene el amor que se tiene por él. Es como el vaso que se llena en la fuente: si se retira para beber, pronto está vacío, pero si se deja sumergido en ella, se puede beber siempre de él».

Su vida misma la condujo con toda naturalidad al apostolado. «El amor que se tiene por mí y el amor del prójimo –le había enseñado el Señor–, son una sola y misma cosa; tanto como me ame el alma, tanto ama al prójimo». En estas palabras se condensa y resume la vocación peculiar de esta gran Santa. El Dios mismo que la había enamorado es el que la enardecía: «No permitas que se debilite tu deseo, que se apague tu voz. Grita, grita más, para que yo tenga misericordia del mundo».

Por singular que sea la vocación de Catalina, se integra, sin embargo, en una grande y noble tradición de la Iglesia, la de la Orden de Santo Domingo, Orden gloriosa y caballeresca, como ella gusta describirla en su Diálogo. Leclercq, que considera a la Santa como la flor más depurada del árbol que plantó Santo Domingo, escribe:

«Si se piensa que la Orden de los Hermanos Predicadores, fundada para una enseñanza que debe ser el fruto de largos estudios y de una vida de profundo recogimiento –contemplata tradere–, tiene como divisa: Veritas, marcando con esto

el carácter ante todo doctrinal de su contemplación y de su acción, se comprenderá que Catalina, aunque esté por encima de las vías comunes, no está fuera de la línea de la Orden». No en vano el Señor le dijo en el Diálogo: «Tu padre Domingo, mi hijo muy amado, ha querido que sus hermanos no tuviesen otro pensamiento que mi honor y la salvación de las almas por la luz de la ciencia». Ella vivió esa vocación a su manera, con una gran originalidad.

El mismo Leclercq establece una esclarecedora comparación entre el espíritu de Santa Teresa y el de Santa Catalina. Al igual que Catalina, Teresa se la pasó viajando, pero de un convento contemplativo a otro. Al comienzo de su «Camino de perfección», en un pasaje frecuentemente citado, recuerda a sus hijas el gran papel social que deben cumplir en la Iglesia, sobre todo en los tiempos de crisis, puesto que están destinadas a rogar especialmente por la Iglesia y el clero. Es lo mismo que pensaba Catalina. Solamente que, una vez dicho esto, Teresa no vuelve casi sobre ello y se queda en la consideración de las moradas del alma en su ascensión hacia Dios. No que Catalina dejase de lado la cuestión de la santificación personal. Casi la mitad del Diálogo es un tratado de perfección, donde se enseña una doctrina muy parecida a la de los otros grandes místicos, si bien no tan profunda y sistemática como la de los maestros del Carmelo, Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Pero al mismo tiempo destaca con especial énfasis la importancia del apostolado. Para ella, concluye Leclercq,

«la contemplación era la tendencia espontánea y la acción fue la vocación extraordinaria, o, más exactamente, la acción en ella salió de la contemplación como una consecuencia necesaria; esto es el apostolado de la mística». O, si se quiere, «la mística del apostolado».

No hubo para ella incompatibilidad entre la vida activa y la vida contemplativa. Aun en sus viajes más azarosos llevaba siempre consigo lo que ella gustaba llamar «la celda interior». El suyo es quizás aquel estado mixto, activo y contemplativo a la vez, que Santo Tomás consideró superior al estado puramente contemplativo.

Así como cuando hablaba con la gente nunca olvidaba hablarles de Dios, de manera semejante cuando hablaba con Dios nunca olvidaba las necesidades de la gente. «Divina y eterna Caridad –le dice al Señor en cierta ocasión–, yo te suplico que te apiades de tu pueblo. No abandonaré tu presencia sin que te hayas compadecido de él. ¿Y de qué me serviría tener la vida, si está muerto tu pueblo, si las tinieblas se ciernen sobre tu Esposa?... Quiero, pues, y te lo pido como un favor, que tengas piedad de tu pueblo».

Incluso exhortó a algunos amigos suyos a dejar el retiro del claustro cuando ello se hacía necesario para el bien de la Iglesia. A un monje dubitativo a quien el papa Urbano VI llamó para que lo ayudara, Catalina le escribe así: «Salgan afuera los siervos de Dios y vengan a anunciar y soportar por la verdad, que ahora es el tiempo». Algo semejante leemos en carta a un fraile que vivía en los montes de Lecceto, cerca de Siena, y que sentía el mismo tipo de duda: «Cuando es tiempo de huir del bosque por necesidad del honor de Dios, [un monje generoso] lo hace, y va a los lugares públicos, como hacía el glorioso San Antonio, el cual aunque muy sumamente amase la soledad, sin embargo muchas veces la dejaba para reconfortar a los cristianos». Y a los que pensaban que quienes obraban así lo hacían por instigación del demonio, les retruca: «Parecería que Dios hiciera acepción de lugares, y que se encontrase solamente en el bosque, y no en otra parte, en el tiempo de las necesidades».

Impresiona advertir la importancia que Catalina atribuía al sufrimiento para el logro de los fines del apostolado. Cuando en el Diálogo implora de Dios la salvación de las almas, el Señor le da siempre la misma respuesta: «Salvaré al mundo por las oraciones, las lágrimas y los sufrimientos de mis servidores». Una idea que la Santa haría suya. En carta a Raimundo le dice, hablando de un tercero, que en la medida que desee dar gloria a Dios en la santa Iglesia, «conciba amor y deseo de

sufrir con verdadera paciencia». La correlación entre el anhelo de la gloria de Dios y la aceptación generosa de las pruebas y el sufrimiento es tan evidente para Catalina como la que media entre el amor y el dolor. Pedir uno es pedir el otro, dirá en sus escritos. Crecer en el amor equivale a crecer en el dolor por aquel a quien se ama. Un dolor que encuentra su desemboque más glorioso en el martirio:

«Si yo consiento en permanecer en la tierra –declaraba a su confesor– es por la esperanza de ser degollada por la gloria de Dios».

IV. El fuego y la locura de la sangre

Catalina gusta recurrir a símbolos impactantes para expresar su vivencia espiritual. Examinemos algunos de ellos.

1. La sangre derramada

Tanto en el Diálogo como en las cartas, la evocación de la sangre es recurrente. El costado de Cristo, escribe la Santa, fue el lugar donde se encendió el fuego de la divina caridad. Ya estaba muerto. ¿Qué más podía dar? Dejó que abrieran su costado para que fluyese la sangre.

«Mi deseo para con el linaje humano era infinito, y el acto de pasar penas y tormentos era finito. Por eso quise que vieses el secreto del corazón, enseñándotelo abierto para que comprendieras que amaba mucho más y que no podía demostrarlo más que por lo finito de la pena».

Siempre que piensa en ello, Catalina se llena de ternura. En carta a fray Raimundo le cuenta cómo, en cierta ocasión, Cristo le enseñó su corazón. Hizo como una madre con su hijo pequeñito. Le muestra el pecho, pero lo mantiene alejado, para que el niño llore. No bien empieza a llorar, ella ríe, llena de felicidad, y besándole, le estrecha contra su pecho y se lo da gozosa y abundantemente.

«Así hizo conmigo aquel día el Señor. Me mostraba de lejos su sacratísimo costado, y yo lloraba por el deseo inmenso de acercar mis labios a la sagrada herida... Después acercó mi boca a la llaga del costado. Entonces mi alma, arrebatada por un deseo grande, entró toda en aquella herida, y en ella encontré tanta dulzura y tanto conocimiento de la divinidad que, se llegaseis a comprenderlo, os maravillaríais de que mi corazón no se haya despedazado y de que haya podido continuar viviendo en semejante acceso de amor y ardor». Catalina bebió a grandes sorbos la sangre del Héroe y del Mártir, la sangre que irrigaría las venas de su alma.

Hemos señalado, páginas atrás, la importancia que atribuía la Santa a los dos momentos culminantes de la relación de Dios con el hombre, la creación y la redención. Volvamos ahora a ello desde el punto de vista del símbolo de la sangre. En el Diálogo le dice a Dios: «Tú, Trinidad eterna, eres el Hacedor, y yo la hechura. En la recreación que de mí hiciste en la Sangre de tu Hijo he conocido que estabas enamorado de la belleza de tu hechura». No le bastó haber injertado su divinidad en el árbol muerto de nuestra humanidad, sino que quiso regar ese árbol con su sangre. Jesús es el Cordero desvenado–svenato–, desangrado, cosido y clavado –confitto e chiavellato– a la cruz. Tal es el libro que el Padre nos ha dado, «escrito sobre el leño de la cruz, no con tinta, sino con sangre, con los párrafos de las dulcísimas y sacratísimas llagas de Cristo. ¿Quién será tan idiota y torpe, de tan poco entendimiento que no lo sepa leer?», dice en una de sus cartas.

De ahí la devoción de Catalina a la sangre del Sagrado Corazón, que no es sino la expresión del amor que se vuelca sobre nosotros en la redención. «Yo quiero sangre –escribe Catalina–; en la sangre sosiego y sosegaré mi alma». Dicho propósito parece en ella una especie de obsesión. Sus escritos están impregnados del color, del olor y de la calidez de la sangre. A fin de cuentas, es el único lenguaje que puede proferir un alma que ha bebido en la llaga del pecho desgarrado de Cristo, que ha cambiado su corazón por el del Señor, que ha cauterizado las heridas

de sus venas con el fuego de sus heridas. Ella nunca cesa de verlo así, clavado en la cruz. Se extasía ante ese Cristo que, como dice en el Diálogo, se le ofrece: gustando la amargura de la hiel, comunica su dulzura; cosido y clavado, nos libera de las ataduras del pecado; hecho siervo, nos arranca de la servidumbre del demonio; habiendo sido vendido, nos compra con su sangre; entregándose a la muerte, nos da la vida.

«Tiene la cabeza inclinada para salvarte, la corona en la cabeza para adornarte, los brazos extendidos para abrazarte, y clavado los pies para estar contigo».

Nuestra Santa exhorta a ingresar en el corazón sangrante del Esposo crucificado. «Vete –escribe a uno de sus conocidos–, escóndete todo en el costado de Cristo crucificado, y allí fija tu entendimiento en la consideración del secreto del corazón». Y a una discípula: «¿Quieres sentirte segura? Escóndete dentro de este costado abierto. Piensa que, alejada de este corazón, te encontrarás perdida; mas, si entras una vez, hallarás en él tanto deleite y dulzura, que no querrás salirte jamás». Allí, le dice a fray Raimundo, la esposa descansa en un lecho de fuego y de sangre. En otra carta encontramos este himno a la gloria de la preciosa sangre:

«Con su sangre ha lavado la faz de nuestra alma; por la sangre que derramó con tan ardiente amor y verdadera paciencia, nos ha hecho renacer a la vida de la gracia; la sangre cubrió nuestra desnudez, vistiéndonos de gracia; al calor de la sangre derritió el hielo y calentó la tibieza del hombre; las tinieblas se disiparon en la sangre y la luz se abrió camino. El amor propio fue aniquilado en la sangre; tan cierto es, que el alma que ve que es amada hasta el derramamiento de sangre se siente impulsada a salir del miserable amor de sí misma para amar al Redentor que ha dado su vida con semejante ardor, buscando ansiosamente la muerte ignominiosa de la cruz.

«Nos basta con quererlo, para que la sangre de Cristo sea nuestra bebida y su carne nuestro alimento; el hambre del hombre no puede saciarse de ninguna otra manera, y sólo la sangre puede saciar su sed. Si el hombre poseyese el mundo entero, no bastaría éste para saciarle, puesto que las cosas del mundo son inferiores a él. No puede satisfacerse más que con la sangre, porque la sangre se halla impregnada de la divinidad eterna del ser infinito, cuya naturaleza es superior a la del hombre».

Para Catalina, la Sangre de Cristo es el símbolo más expresivo del designio salvífico de Dios sobre el hombre, la síntesis misma de la obra redentora, no como acontecimiento histórico ya consumado, sino como hecho vivo, en vías de realización. La Iglesia es la administradora de esa sangre, que sigue siempre fluyendo del costado de Cristo. El Papa, le dice en carta a Juana de Nápoles, «tiene las llaves de la sangre». A Gregorio XI le escribe: «Sois el bodeguero de esta sangre y de ella tenéis las llaves».

La sangre muestra su fuerza sobre todo en los sacramentos. La gracia del Bautismo, que nos llega a través del agua, encuentra su fuente en el Corazón de Jesús que, atravesado por lanza, derramó y sigue siempre derramando agua y sangre, preñadas de poder. Esta sangre, nos dice en el Diálogo, es la misma que el sacerdote deja caer en el semblante del alma cuando da la absolución.

Resulta notable advertir cómo algunas prácticas sacramentales, que entre nosotros se vuelven fácilmente rutinarias, quedan transfiguradas cuando la Santa se refiere a ellas con su verbo inefable. Que la absolución haga deslizar la sangre por el rostro del alma, es una expresión tan precisa como exquisita. Pero sobre todo esa sangre nos llega por la Eucaristía, manjar y bebida inenarrables que Dios nos ofrece en nuestra peregrinación hacia el cielo «para que no perdáis la memoria del beneficio de la sangre derramada por vosotros con tanto fuego de amor», según se lee en el Diálogo.

Cuando el espíritu se llena «de la sangre de Jesús crucificado», le escribe a un prior de Cartujos, el alma ve lo que es «el fuego de la divina caridad, ese amor inefable mezclado y amasado con sangre... Entonces el alma se reviste de la eterna voluntad de Dios, que encuentra y gusta en la sangre... Por eso os he dicho que deseaba veros bañado y ahogado en la sangre de Jesús crucificado».

Catalina fomentó también la costumbre de la comunión espiritual, «comunión mística por el afecto de la caridad que gusta y halla en la sangre al considerar que ha sido derramada por amor; a causa de este deseo, se embriaga, siente abrasarse y se sacia». Según vemos, dicha comunión, además del deseo de recibir a la divina víctima, incluye la adhesión unitiva a la caridad hallada y gustada en la sangre esparcida con tanto fuego de amor. Una de sus oraciones eucarísticas nos recuerda a San Bernardo: «¡Oh Señor de la inefable misericordia! ¡Cuán dulce eres para los que te aman, cuán suave para los que te gustan, pero mucho más suave para los que beben de ti!»

En la misma línea de los Padres que hablaban de la sobria ebriedad, nuestra Santa se refiere con deleite a la ebriedad espiritual que causa la recepción de la sangre.

El mismo Cristo, escribe en el Diálogo, «como ebrio de amor, os da, para que sea baño para vosotros, su propia sangre, derramada por todas las partes del cuerpo abierto de este Cordero». En su ebriedad de amor, el Señor se nos ofrece, para hacernos partícipes de su propia embriaguez. Escribiendo a un dominico le dice: «Poco a poco [el alma] siente volverse ebria, porque es cuando está ebrio que el hombre pierde el sentimiento de sí mismo y no se descubre más que el sentimiento del vino; todos los sentimientos allí quedan ahogados. Así mi alma, ebria de la sangre de Cristo, pierde el propio sentimiento de sí misma, privada como estoy del amor sensitivo, privada como estoy del temor servil...». En otra de sus cartas leemos: «Mi alma, cuando conoce esta verdad [la de la sangre divina] cae en la embriaguez. Como un hombre ebrio, pierde todo sentimiento propio, embriagada como está de la sangre de Jesucristo».

La consideración de la sangre, en sí misma y sobre todo en la Sagrada Eucaristía, era un pensamiento que perduraba en su alma. «La memoria –escribe–, verdadero vaso del alma, está llena de la sangre, la conciencia se nutre de ella. Por la memoria de la Sangre se abrasa el alma en odio del vicio y amor de la virtud». Refiriéndose a una comunión especialmente fervorosa que hizo, confiesa que persistió durante muchos días en su boca el olor y el gusto de la sangre.

Los verbos a que recurre Catalina para exhortar al contacto con la sangre son apabullantes. A un discípulo suyo le dice: «Vístete con la sangre de Cristo crucificado». A un político de Siena le recomienda «que siga las huellas de Cristo crucificado, y se anegue en la sangre de Cristo crucificado». A fray Raimundo lo exhorta: «Anegaos, pues, en la sangre de Cristo crucificado, y bañaos en la sangre, y embriagaos con la sangre, y saciaos de la Sangre, y vestíos con la sangre. Y si hubieseis sido infiel, rebautizaos en la sangre; si el demonio hubiese ofuscado los ojos de la inteligencia, laváoslo con la sangre; si hubiereis caído en la ingratitud por los dones recibidos, agradeced en la sangre; si fuisteis pastor vil y sin el cayado de la justicia, temperada con prudencia y misericordia, sacadlo de la sangre...

«Diluid en la sangre la tibieza y caigan las tinieblas a la luz de la sangre para que seais esposo de la Verdad y verdadero pastor y gobernante de las ovejas que se os han confiado....». También le dice: «Así lo haré yo en la medida en que me lo conceda la gracia divina. Y de nuevo quiero vestirme con la sangre y despojarme de toda otra vestidura que me hubiera propuesto como fin hasta ahora. Yo quiero sangre; y en la sangre satisfago y satisfaré a mi alma. Estaba engañada cuando buscaba la satisfacción en las criaturas... Quiero acompañarme con la sangre; y así encontraré la sangre y las criaturas y beberé su afecto y su amor en la sangre».

Destaquemos la vehemencia de los verbos que Catalina une a la palabra «sangre»: vestirse, nutrirse, bañarse, saciarse, rebautizarse, lavarse, embriagarse, anegarse, sumergirse, etc. Su espiritualidad pareciera haber encontrado un punto de polarización en la hemorragia divina de la Cruz. «Empápate en la sangre –le escribe a una monja–, para que no caiga ningún escrúpulo en tu mente, ni temor servil. Escondámonos en la caverna del costado de Cristo crucificado donde has encontrado la abundancia de la sangre». En otra carta a la misma religiosa, Catalina relee toda la historia de la salvación a la luz de la sangre derramada:

«Te escribo en su preciosa sangre –le dice–, con deseo de verte empapada y anegada en la sangre de Cristo crucificado, en la cual encontrarás el fuego de la divina caridad; gustarás la belleza del alma y la gran dignidad suya. Puesto que, contemplándose Dios en sí mismo, se enamoró de la belleza de su criatura; y como ebrio de amor, nos creó a su imagen y semejanza. Habiendo perdido el ignorante hombre la dignidad y belleza de su inocencia por la culpa del pecado mortal, por haberse hecho desobediente a Dios, él mandó al Verbo unigénito Hijo suyo, poniéndole por obediencia que con su sangre nos diera la vida y la belleza de la inocencia; puesto que en la sangre se lavaron y lavan las manchas de nuestros defectos. Ves, pues, que en la sangre se encuentra y saborea la belleza del alma».

Con frecuencia nuestra Santa relaciona la sangre con la virtud de la fortaleza. La contemplación de la sangre que Cristo derramó en la Cruz es una invitación implícita a unir con ella nuestra propia sangre. Nos cuenta en el Diálogo que en uno de sus raptos sintió que sudaba abundantemente.

«Mas ella –dice hablando de sí– despreciaba este sudor de agua por el deseo inmenso que tenía de ver salir de su cuerpo sudor de sangre, diciéndose a sí misma: Pobre alma mía, has perdido todo el tiempo de tu vida, y por esto han venido tantos males y daños al mundo y a la santa Iglesia en común y en particular; por esto, yo quiero que lo remedies ahora con sudor de sangre».

Dada la corrupción que existía en el mundo político y en el mundo religioso de su tiempo, así como el peligro del cisma, que iba ensombreciendo el horizonte de la Iglesia, comprendía que no era suficiente el sudor natural; «sudor de sangre querría yo, y de buena gana hubiera querido que en mi cuerpo se desbordasen mis venas», dice en una de sus cartas.

Lo que el mundo desea, con caricias o amenazas, escribe en otra ocasión, es hacer que los buenos vuelvan la cabeza y se aparten de la Verdad, deserten del campo de batalla y retornen a su casa para tomar allí de nuevo el vestido viejo que habían dejado, el amor propio, que teme más disgustar a las criaturas que al Creador. Será preciso perseverar en el combate, llenos de la sangre de Cristo crucificado y embriagados con ella. No en vano el Señor le había dicho:

«Esta sangre yo os la brindo en el hostal del Cuerpo místico de la santa Iglesia por mi Caridad para reconfortar a los que quieran ser verdaderos caballeros y combatir contra la propia sensualidad y carne frágil, contra el mundo y contra el demonio, con la espada del odio de estos enemigos con quienes tienen que combatir, y con el amor de la virtud. Este amor es un arma que los defiende de los golpes, que no les llegan si no abandonan el arma y la espada de su mano y la ponen en manos de sus enemigos, es decir, dándoles las armas con la mano del libre albedrío y rindiéndose voluntariamente a ellos. No obran así los que están embriagados con la sangre, sino que perseveran virilmente hasta la muerte, en la que quedan vencidos todos sus enemigos».

Para Catalina, la Iglesia era como un jardín fundado en la sangre de Cristo y regado con la sangre de los mártires, «que virilmente corrieron detrás del olor de su sangre». En carta a Raimundo de Capua le dice que los gloriosos mártires que por la verdad se dispusieron a la muerte, «con su sangre, derramada por amor de la Sangre, fundaban los muros de la santa Iglesia».

En cierta ocasión, el papa Urbano VI convocó a varias personas, entre ellas a un discípulo de Catalina, para que fuesen a Roma y lo ayudasen en una difícil situación por la que estaba atravesando la Iglesia. Sabedora de ello, Catalina le escribe a su discípulo pidiéndole que tome coraje y responda al llamamiento:

«La sangre de estos gloriosos mártires, aquí en Roma, sepultados en cuanto al cuerpo, que con tanto fuego de amor dieron la sangre y la vida por amor de la Vida, hierva toda, invitándote, y también a los otros, a venir a soportar por gloria y alabanza del nombre de Dios y de la santa Iglesia, y para prueba de la virtud... No nos hagamos los sordos. Si por el frío nuestros oídos estuvieran tapados, tomemos la sangre caliente, que está amasada con fuego, y lavémoslos, y se nos quitará toda sordera. Escóndete en las llagas de Cristo crucificado; huye del mundo, sal de la casa de tus padres, huye hacia la caverna del costado de Cristo crucificado, para que puedas llegar a tierras de promisión».

Es ésta una exhortación reiterada: «Sé crucificado con Cristo crucificado... Persevera hasta el fin, no buscando consuelo más que en la sangre que mana de la cruz». Será preciso abrazarse al «amor torturado» del Calvario, le dice el mismo Cristo, dispuesto a sufrir hambre y sed, baldones y afrentas, «con el deseo de dar la vida por amor de la Vida, a mí, que soy su vida, y su sangre por amor de la sangre». Más aún, como llega a escribirle a la marquesa de Seiana, «si fuera posible adquirir las virtudes sin pena, esta alma no las querría, pues le parece que bajo una cabeza coronada de espinas no debe haber miembros delicados y vale más sufrir espinas con él». Hay una estrecha relación entre la sangre, el amor y el dolor. Así se lo enseñó el mismo Señor en el Diálogo:

«Puesto que de mí ha conocido mucho, mucho me ama –le dijo, refiriéndose a un amigo de Catalina–. Y porque me ama mucho, mucho sufre. De ahí que quien crece en amor, crece también en dolor». La sangre derramada de Cristo invita, pues, al derramamiento de la propia. «No me asombra –le escribe nuestra Santa a dos eremitas– que el pensamiento de esta preciosa sangre hiciese correr a los santos a derramar la suya».

Y conste que no se trata de soportar dolores quejumbrosamente, o llevar la cruz al modo del Cireneo, por pura coacción, sino con gallardía espiritual. Entre ella y el Cordero la relación es nupcial.

«Una esclava –dice en una de sus cartas– por el hecho de ser tomada por esposa por el emperador, se convierte inmediatamente en emperatriz, y no por sus méritos, porque ella era una esclava, sino por la dignidad del emperador. Así... el alma enamorada de Dios, sierva y esclava, rescatada por la sangre del Hijo de Dios, llega a tal dignidad, que no puede llamarse sierva, sino emperatriz, esposa del emperador eterno».

2. El fuego que consume

En diversas ocasiones, según lo venimos observando, junta Catalina la sangre con el fuego. «La sangre de Cristo –escribe, por ejemplo– no existe nunca sin fuego». Y en carta al papa Gregorio XI: «No nos dais sangre sin fuego, ni fuego sin sangre. Que la sangre fue derramada con fuego de amor». Dios mismo le dijo en el Diálogo: «Por el amor inefable que os tuve al querer crearos de nuevo a la gracia, os lavé y os engendré en la sangre de mi unigénito Hijo, derramada con tanto fuego de amor».

Es posible que Catalina se haya inspirado en la doctrina católica acerca de las tres formas posibles de bautismo, el bautismo de agua, que es el más común, el bautismo de deseo, que la tradición llamó *baptismus flaminis* –bautismo de fuego–, y el martirio, conocido como *baptismus sanguinis* –bautismo de sangre–. En el Diálogo, Cristo le enseñó que había dos bautismos de sangre. Uno, el de aquellos que son bautizados en su propia sangre, derramada en homenaje al Señor, que tiene valor en virtud de la Sangre del Cordero inmolado; y el otro, el de

los que se bautizan con «fuego», deseando el bautismo con encendido afecto de amor, sin que de hecho lo puedan recibir en forma sacramental.

«Mas este bautismo de fuego no es sin la sangre, porque la sangre está mezclada y unida con el fuego de la divina caridad, porque por amor fue derramada».

Lo que Catalina quería señalar al vincular tan estrechamente la sangre con el fuego es que aquella gloriosa sangre de Cristo era una sangre hirviente, hervorosa, sangre ígnea. «Sus llagas dulcísimas – escribe en una carta– vertieron sangre mezclada con fuego, porque con fuego de amor fue derramada». Refiriéndose Cristo en el Diálogo a un enemigo suyo, le dijo a la Santa: «Me odia a mí, a quien está obligado a querer por ser yo sumamente bueno y haberle dado el ser con tanto fuego de amor». Catalina lo expresa a su modo, en otra de sus cartas: «Es bien cierto que la sangre arde de amor y que el Espíritu Santo es este fuego, porque el amor fue la mano que hirió al Hijo de Dios y le hizo derramar sangre. Y ambos se juntaron entre sí y fue tan perfecta esta unión que nosotros no podemos tener fuego sin sangre, ni sangre sin fuego». Es claro que ese fuego y esa sangre, que eran humanos, valen en virtud de misterio de la unión hipostática. Así se lo señaló Cristo en el Diálogo: «Ni el fuego ni la sangre sin mi naturaleza divina, porque la naturaleza divina estaba perfectamente unida con la humana». La sangre derramada con tanto fuego de amor es la sangre del Verbo encarnado, sangre humana, por cierto, pero inseparablemente unida a la divinidad.

Según Jørgensen, la sangre y el fuego son los dos términos en que se resume el mensaje que Catalina trajo al mundo. La salvación consiste en bañarse en la sangre, en beber la sangre, por una parte, pero por otra, en dejarse consumir en las llamas. El fuego va extinguiendo todo lo remanente del hombre viejo, hasta que llegamos a identificarnos con Cristo, a hacernos uno con el fuego. No en vano el Señor anunció que había venido a traer fuego a la tierra. Catalina le hace decir: «Yo soy el fuego y vosotros las chispas». Pero el fuego no sólo extingue, sino que también enardece. Cuando el fuego de Dios se enciende en nosotros, le escribe a un amigo dominico, nuestra alma arde como un brasero. El fuego tiende siempre a elevarse a su principio, y por eso va encumbrando al alma, evitando que permanezca sumergida en el conocimiento de sus propias miserias. En carta a un Nuncio Apostólico le dice:

«El hombre no puede volverse una sola cosa con el fuego si no se arroja dentro de él, a tal punto que nada quede fuera. Este es aquel vínculo del amor, con el cual el alma se ata a Cristo. ¡Oh, cuán dulce es este vínculo que ató al Hijo de Dios al leño de la santísima cruz! Y no bien se encuentra el hombre atado a estos lazos, ya está en el fuego. Y el fuego de la divina caridad obra en el alma como el fuego material, que calienta e ilumina y la convierte en sí mismo. ¡Oh fuego dulce y atractivo, que das calor y expulsas toda frialdad de vicios y pecados, y de amor propio de sí mismo! Este calor calienta y enciende el leño árido de nuestra voluntad; por lo cual ésta se enciende y dilata a los dulces y amorosos deseos amando aquello que Dios ama, y odiando aquello que Dios odia». El alma se vuelve fuego». «Es como un tizón abrasado dentro del horno que nadie puede tocar para retirarlo porque se ha convertido en fuego».

En este contexto cobra todo su sentido lo que Catalina dijo de sí misma: «La mia natura è fuoco», mi naturaleza es fuego. Dios, que es amor ígneo, la hizo partícipe de su naturaleza. «En tu naturaleza, eterno Dios, reconozco mi propia naturaleza; y ¿qué es mi naturaleza? Mi naturaleza es fuego». Por eso resonó con tanta fuerza, en medio de una sociedad tibia y aburguesada, el grito de la Santa: «¡Un poco de fuego, basta de ungüentos!». El fuego, si no se lo extingue, nunca se detiene, sino que tiende incoerciblemente a acrecentarse. Saciándola [el fuego al alma], no se sacia, .sino que hambrea siempre –escribe Catalina en el Diálogo–:

«Cuando más te tiene, más te busca, y cuando más te busca y te desea, más te encuentra y gusta de ti, sumo y eterno Fuego, abismo de caridad»

3. La locura de Dios

Catalina penetró como pocos en los abismos de la bondad de Dios. Contemplando el misterio de la providencia inefable, su corazón se dilataba según las medidas del Corazón de Cristo. Permanecía, sin duda, en su cuerpo, pero le parecía estar fuera de él, por el arrebató que en ella producía el exceso de la divina caridad. ¿No es acaso excesiva dicha condescendencia, no hay cierta locura en el amor de Dios?

«¡Oh inefable y dulcísima Caridad! ¿Quién no se inflamará ante tanto amor? ¿Qué corazón resistirá sin desfallecer? Diríase, oh Abismo de caridad, que pierdes la cordura por tus criaturas, como si no pudieras vivir sin ellas, siendo nuestro Dios... Tú, que eres la vida, fuente de toda vida y sin la cual todo muere, ¿por qué, pues, estás tan loco de amor? ¿Por qué te apasionas con tu criatura, siendo ella tu complacencia y delicias?».

Tales acentos aparecen no sólo en las páginas del Diálogo sino en sus cartas y elevaciones. En una de estas últimas leemos: «¡Oh Trinidad eterna, Trinidad eterna; oh Fuego y Abismo de caridad; oh Loco de tu criatura!... ¡Oh Trinidad eterna, Loco de amor!». La criatura, a la que había hecho a imagen y semejanza suya, lo ha enajenado: «Loco de tu misma hechura».

La Locura de Dios. Nos enardece este pensamiento. Un primer síntoma de esa locura es, como se insinuara más arriba, el hecho mismo de la creación. Catalina no acaba de admirarse viendo cómo Dios no nos creó por ningún otro motivo que no fuese el fuego gratuito de su caridad. Conocía, por cierto, las iniquidades que íbamos a cometer, pero «tú hiciste como si no lo vieras, antes fijaste la mirada en la belleza de tu criatura, de la que tú, como loco y ebrio de amor, te enamoraste, y por amor la sacaste de ti, dándole el ser a imagen y semejanza tuya».

Transida la Santa de fuego, sangre y amor, sus palabras, que brotan con una vehemencia sobrecogedora, llevan el signo inequívoco de la belleza y de la poesía, estremeciendo las fibras más recónditas del corazón. Nuestro Dios es un Dios loco, loco de amor. ¿Acaso precisaba de nosotros? Él es la vida indeficiente y de nada necesita. Con todo, se comporta como si no pudiese vivir sin nosotros. Ya esto parecía excesivo. Pero la locura de Dios no se clausura en la creación. Quedaba todavía por realizar su gesto más enajenado, la Encarnación del Verbo.

«Cómo has enloquecido de esta manera? Te enamoraste de tu hechura, te complaciste y te deleitaste con ella en ti mismo, y quedaste ebrio de su salud. Ella te huye, y tú la vas buscando. Ella se aleja, y tú te acercas. Ya más cerca no podías llegar al vestirse de su humanidad. Y yo ¿qué diré? Gritaré como Jeremías: ¡Ah, ah! (Jer 1, 6). No sé decir otra cosa; porque la lengua, finita, no puede expresar el afecto del alma que te desea infinitamente... ¿Qué viste? Vi los arcanos de Dios. Pero ¿qué digo? Nada puedo decir, porque los sentidos son torpes. Diré solamente que mi alma ha gustado y ha visto el abismo de la suma y eterna Providencia».

Tenemos un Padre divino que ha perdido la razón. Nada le podíamos añadir a su grandeza, ningún mal le podíamos hacer con nuestro pecado, y sin embargo, para que no nos perdiéramos, hace justicia sobre el cuerpo de su propio Hijo. «¡Señor, parece que enloqueces!» El Hijo, por su parte, tan enamorado y loco como su Padre, corrió por el camino de la obediencia, hasta dejarse clavar en la cruz. Algo increíble. Porque «yo soy el ladrón y tú eres el ajusticiado en lugar de mí». La cruz es el acto de la locura total. De ella «está suspenso aquel a quien su amor y no los tres clavos retienen en ella fijo y fuerte, Cristo, il Pazzo d'amore. Pero no le bastó esta locura, sino que se quiso quedar, todo él, Dios y hombre, envuelto en la blancura del pan». La Encarnación, el Calvario, la Eucaristía, ¿no es acaso la locura total?

La misericordia de Dios, tal como la ha ejercido, está en el telón de fondo de esta locura ininterrumpida. Se ha dicho que el mejor título que le convendría al Diálogo sería: «Libro de la misericordia». Porque todo su contenido se resume en las palabras: «Quiero hacer misericordia al mundo». El amor loco no se rinde, ni aun ante el rebelde. Así le canta Catalina:

«¡Oh misericordia que procede de tu Divinidad, Padre eterno, y que gobierna por tu poder el mundo entero! Por tu misericordia hemos sido creados, por tu misericordia hemos sido recreados en la sangre de tu Hijo; tu misericordia nos conserva; tu misericordia ha puesto a tu Hijo en agonía y le ha abandonado sobre el leño de la cruz... ¡Oh loco de amor! ¿No era bastante haberte encarnado, sino que, además has querido morir... y tu misericordia ha hecho más todavía: te has quedado como alimento. ¡Oh misericordia! ¡Mi corazón se hace todo fuego pensando en ti! De cualquier lado que mi espíritu se vuelva y se revuelva no encuentra sino misericordia...».

V. En las entrañas de la Iglesia

Los diversos temas caterinianos a que nos hemos ido refiriendo, la creación, la redención, la verdad, la sangre, el fuego, la locura, tienen una clara connotación comunitaria, encontrando en la Iglesia su «lugar teológico». Catalina fue una enamorada de la Iglesia. Su espíritu se asemeja grandemente al de San Pablo, y las cartas de aquélla a las epístolas de éste. Son dos almas gemelas en su espiritualidad y en su apostolado, no obstante los siglos que los separan y las diferencias que sus diversos sexos traen consigo.

El alma de Catalina es radicalmente eclesial. Todo en ella tiene que ver con su fe en la Iglesia, puerta por la que se entra en Cristo:

«Nadie puede complacerse en la hermosura de Dios, en el abismo de la Trinidad, sin la asistencia de esa dulce Esposa. pues nos es preciso a todos pasar por la puerta de Jesús crucificado, la cual no se halla en parte alguna fuera de la Iglesia».

1. Su pasión por la Iglesia

«Tenemos que apasionarnos por la santa Iglesia por amor a Jesús crucificado», le decía en carta a la reina madre de Hungría. Todos los santos han amado a la Iglesia. Santa Catalina, siempre extremosa, sintió por ella verdadera pasión. No otra fue la razón de sus viajes, embajadas, escritos, amistades, luchas y sufrimientos. Admírase Leclercq al ver cómo esta aldeana, esta «popolana», como se la llamaba en Siena, se haya elevado hasta una concepción tan grandiosa de la Iglesia. Al insistir sobre la estrecha unión de Cristo y de su Iglesia, no estaba elaborando, por cierto, una doctrina nueva. Ya sobre ello habían tratado ampliamente San Pablo, los Padres de la Iglesia y Santo Tomás. Lo que hizo fue sazonar dicha enseñanza, confiriéndole luz, relieve y calor. «La Iglesia es lo mismo que Cristo», afirma tajantemente en una de sus cartas. Para ella la Iglesia era la prolongación viva del misterio redentor de Cristo, era Cristo que seguía redimiendo a lo largo de los siglos. Por eso la amó como amó a Jesús; amó a Jesús en la Iglesia, y quiso morir por la Iglesia, para poder morir por Jesús.

No falta quienes se disponen a leer el libro del Diálogo creyendo encontrar en él una serie de revelaciones privadas, quizás sorprendentes, como en otras obras de ese género. Pronto quedan defraudados. Porque lo que en él se contiene es reductible a las enseñanzas fundamentales y tradicionales de nuestra fe. El objeto de sus visiones e ilustraciones son siempre los grandes misterios revelados, la Trinidad, Cristo, la Iglesia, no cosas que piadosamente puedan creerse, o escenas de la vida y pasión de Cristo que no se encuentran en los Evangelios, como suelen hallarse en los escritos de tantos otros «videntes». De lo que ella trata principalmente es del «misterio de la redención», no fríamente, por cierto, sino con una actualidad y presencialidad que impresionan vivamente.

Cuando habla de la Iglesia, Catalina distingue «el Cuerpo místico de la santa Iglesia», constituido por la jerarquía y los fieles agrupados en la Iglesia, de lo que llama «el cuerpo universal de la religión cristiana», que es la sociedad temporal en que se reúnen los cristianos, lo que hoy entendemos por «Cristiandad». Son dos cuerpos estrechamente ligados. Dicha distinción la encontramos puntualmente en una de sus Elevaciones:

«Y así como tú te me das a ti mismo en la comunión del cuerpo y la sangre, te me das todo Dios y todo hombre, así, Amor inestimable, te pido que me hagas comulgar con el Cuerpo místico de tu santa Iglesia y el cuerpo universal de la religión cristiana, porque en el fuego de tu caridad he conocido que deseas que el alma se deleite en este manjar».

Como se ve, Catalina conoce una doble comunión, la sacramental y la eclesial, esta última en continuidad con la primera. La Iglesia y Cristo eran para ella dos realidades inescindibles. Por eso, así como se había enamorado perdidamente de Cristo, se enamoró también de la Iglesia, polarizándose en ella, haciendo suyos los mejores proyectos e iniciativas de la Esposa del Señor. En carta a un discípulo le confiesa que su memoria estaba siempre llena de las necesidades de la Iglesia y del pueblo cristiano. Hacia el fin de su vida le escribía a fray Raimundo:

«Mirad cuánta necesidad vemos en la santa Iglesia, que en todo vemos que ha quedado sola... Y así como ha quedado sola la Esposa, también lo ha sido el Esposo».

2. Cargar los pecados

Los escritos de Catalina dejan trasuntar su preocupación por el mundo, por la salvación del mundo pecador, implorando de Dios su infinita misericordia. «Por esto corro y clamo delante de tu misericordia, para que quieras usar de misericordia con el mundo».

Mas no se contentó con rogar, como quien suplica desde afuera. Lo que se propuso fue asumir la responsabilidad de tantos pecados:

«Ahora sé lo que tengo que hacer. Reuniré todos nuestros pecados, todas nuestras transgresiones, todas las miserias humanas en un gran haz, que cargaré sobre mis espaldas, y llevaré esta horrible carga hasta el pie del trono de tu misericordia infinita».

Ella misma pensaba, y así lo repitió frecuentemente, que en razón de sus propios pecados, de sus muchas iniquidades, la Iglesia había tenido que soportar buen número de castigos, persecuciones y desgracias. La idea que subyace tras este juicio es la del carácter social del pecado. Todo pecado, por oculto y personal que parezca, no carece de repercusión en los demás. Pero concretamente, ¿a qué desórdenes se refiere esta mujer que jamás conoció el pecado mortal?

Así se lo preguntó fray Raimundo. ¿Cómo podía considerarse causa de todos los males que sucedían? La conciencia de los Santos tiene delicadezas que nos asombran. Catalina nunca cesó de reprocharse aquel tiempo de tibieza y de coquetería que conoció en su adolescencia, así como sus pequeños pecados.

«He cometido faltas innumerables, y creo que se pueden atribuir a mis iniquidades las violentas persecuciones que la santa Iglesia y él [el Papa] han tenido que sufrir».

Sobre todo tenía presente los pecados de omisión. Si en esta o aquella circunstancia hubiese obrado de otro modo, esto o aquello no habría ocurrido, y los acontecimientos hubieran tomado otro giro. Quizás hubiese debido hablar de otro modo, escribir más largo o de manera más apremiante, rezar con más ardor.

«Si yo estuviera verdaderamente inflamada en el fuego del amor divino –le decía a su confesor–, ¿no rezaría a mi Creador con un corazón de llamas, y él,

soberanamente misericordioso, no se apiadaría de todos mis hermanos y les concedería que en todos ardiera el mismo fuego que arde en mí? ¿Cuál es el obstáculo para este gran bien? Nada más que mis pecados. En él no cabe imperfección; luego el mal está en mí y de mí proviene». Su gran culpa era haber malgastado un océano de gracias. «Yo, que tanto he recibido, bien puedo decir que soy la más ingrata de las creaturas y causa de ruina en el mundo, pues no he salvado a muchas personas predicándoles de palabra y con el ejemplo. He faltado, pues, a mi deber, soy muy culpable».

Ahora quería reparar su presunta negligencia, cargando con todos los pecados de su tiempo. En oración al Padre, luego de señalarle las llagas de la Iglesia y las miserias del mundo, le rogaba:

«Ejerce, pues, sobre mí, divina y eterna Caridad, ejerce sobre mí tu venganza y haz misericordia a tu pueblo. No saldré de tu presencia hasta que no te haya visto hacer misericordia. ¿De qué me servirá ver que tengo la vida, si tu pueblo está en la muerte, si las tinieblas envuelven a tu Esposa...?». En otra ocasión, refiriéndose a los adversarios del Papa, le dice al Señor: «Ya que tanto te han ofendido, Dios de suprema clemencia, castiga en mí sus pecados. He aquí mi cuerpo, que he recibido de ti y que te ofrezco para que sea el yunque en que aplastes sus iniquidades.».

Sobre todo quería cargar los pecados de la Iglesia. Luego de su muerte, uno de sus admiradores, William Flete, dijo que Catalina se parecía a una mansa mula, que llevaba sin resistencia el peso de los pecados de la Iglesia, como en su juventud había llevado desde la puerta de su casa hasta el granero los pesados sacos de trigo. En una de sus revelaciones, Dios Padre le dijo que tomara sus lágrimas, las uniese a la fuente de su divina caridad, y junto con sus otros servidores, lavase el rostro de la Esposa de su Hijo.

Especial era su interés por llevar sobre sus hombros los pecados de sus seguidores más cercanos. A uno de ellos, un apuesto joven que gustaba leer a Dante, le escribe: «Me has suplicado que te adopte como hijo; y, aunque miserable e indigna, te he adoptado, con gran amor, comprometiéndome a responder ante Dios de todas las faltas que hayas cometido y que puedas cometer». Frecuentemente le decía a Dios en la oración: «De igual modo que tú, oh Señor, cargas con los sufrimientos que hemos merecido, quiero expiar las faltas de todos mis hijos espirituales». A otro de sus discípulos le escribía: «Comienza una vida nueva y tomaré sobre mí tus pecados, que consumiré en las llamas de la caridad divina; después haré penitencia por ellos con lágrimas y súplicas». Y dirigiéndose a Dios: «Te recomiendo a mis hijos e hijas, a quienes has cargado sobre mis hombros».

En el fondo de esta actitud latía su inconmensurable amor a la Iglesia, por la que anhelaba gastarse y desgastarse, al mejor estilo paulino. «Quiero dar mi sangre y la médula de mi sangre por la santa Iglesia. Cuando el mundo entero me arrojase, nada me importaría, porque descansaría, llorando y sufriendo en el seno de la dulce Esposa». Al ver tanta generosidad de parte de Dios, decía en una de sus cartas, y lo que había que hacer para agradecerle más,

«crecía tanto el fuego del deseo, que, si le hubiera sido posible dar mil veces al día la vida por la santa Iglesia, y continuase este tormento hasta el último día del juicio, le parecía que todo ello era menos que una gota de agua».

Su suprema aspiración era el martirio por la Iglesia. «¡Cuán bienaventurada sería mi alma –le escribe a fray Raimundo– si por la dulce Esposa, y por amor de la sangre y salvación de las almas hubiese dado la sangre mía!». Este deseo vuelto oblación se repite en casi todas las oraciones que sus discípulos nos han conservado, especialmente de los últimos años de su vida. En una de ellas, así expresa su anhelo: «A mí concédeme la gracia de que pueda derramar mi sangre y entierre el tuétano de mis huesos en este jardín de la santa Iglesia». En todo

coherente con su clamor final: «Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia».

VI. Una mujer viril

La vida de Catalina fue una lucha casi ininterrumpida, sobre todo en lo que se refiere a su actuación apostólica, poblada de peligros y rica en decepciones, vituperios e intrigas de toda clase, como lo veremos luego en detalle.

1. Alma apasionada

Catalina fue una mujer «apasionada», en el mejor sentido de la palabra. Conviene recordar que las pasiones no son en sí ni buenas ni malas. Depende a qué se apliquen. Si yo amo algo indebido, ese amor es perverso, si odio algo odiable, ese odio es santificante. El olvido de las pasiones en los tratados de moral ha contribuido a crear un cristianismo invertebrado y blandengue. Catalina manejaba con señorío las pasiones, principalmente las del amor y del odio. Nadie amó como Cristo, dice en una de sus cartas, amó perdidamente a su Padre y a los hombres, y nadie odió como Él, odió sin contemplaciones el pecado. No se puede amar a Dios sin odiar, automáticamente, lo que le es antagónico.

Tratando del crucifijo en una de sus cartas, luego de decir que es como un libro escrito, en el que cualquiera, aunque sea ignorante y ciego, puede leer, agrega: «Su primer párrafo es odio y amor: amor de la gloria del Padre y odio del pecado». En el Diálogo vemos cómo el mismo Dios Padre se lo confirma: «Este amor y este odio los encuentra en la sangre, puesto que por amor a vosotros y odio al pecado, murió mi unigénito Hijo, dándoos la sangre».

Catalina insiste, pues, en las dos cosas. No sólo en la necesidad de amar a Dios, según lo hemos visto reiteradamente, sino también en la obligación de ejercitar nuestra capacidad de odio, volcándolo sobre la ofensa de Dios. Esta idea reaparece obstinadamente en sus escritos, lo que muestra que no es incidental, sino que afecta a la sustancia misma de su sistema doctrinal. Será preciso aborrecer y detestar el pecado, la sensualidad y la mediocridad, experimentar por todo ello un verdadero odio, y éste tan encendido y hambriento de lo absoluto como el mismo amor, porque de él nace. Sólo así, le escribe a un fraile dominico, uno se vuelve

«un viril caballero que combate con el escudo de la Fe y con las armas de la Caridad, que son una espada de dos filos: odio y amor, amor de la virtud y odio del vicio y de su propia pasión sensible».

En carta a fray Raimundo, su padre espiritual, le recomienda que deje de gustar leche y empiece a comer pan. El párvulo, que se nutre de leche, sólo quiere jugar, no siendo apto para entrar en batalla; así es el hombre que permanece en su amor propio, que no se deleita sino en saborear la leche de sus consolaciones, espirituales o temporales. Cuando se vuelve hombre, rompe el pan con los dientes del odio y del amor, llegando a gozar cuando ve que la sangre brota de sus encías. Se ha vuelto fuerte; ahora sí es capaz de correr a la batalla, deleitándose en combatir por la verdad. Quienes así se comportan están dispuestos a renunciar a la leche para abrazarse con los estigmas de Cristo. Cuando el mundo los mutila, se recogen y reúnen en Dios, cuanto más perseguidos son por la mentira, tanto más exaltan en la verdad.

«Estos tales son comedores de pan mohoso, mas no seco, porque el seco no podría ser triturado por sus dientes, sino con gran fatiga y poco fruto; por esto lo bañan en la sangre de Cristo crucificado, en la fuente de su costado; y por ello, como ebrios de amor, corren a poner el pan mohoso de las muchas tribulaciones en esta preciosa sangre».

Mujer apasionada, por cierto. Y, consiguientemente, lenguaje apasionado. Puede sonar a paradoja, pero nos gusta decir de ella que su medida fue el exceso. Es la medida del amor de Dios, que es no tenerla si éste es auténtico.

2. «Sedme viril»

Poco antes de comenzar su vida pública, Dios se había dirigido a ella para decirle: «Sé viril y enfréntate valientemente con todas las cosas que de aquí en adelante mi Providencia te presentará». Dicho apercebimiento la marcó de manera categórica. Ella comprendía, sin duda, lo ciclópeo de la tarea que Dios le encomendaba. El mundo estaba gravemente enfermo; la Iglesia, herida en sus miembros más relevantes.

¿Qué hacer para encontrar el remedio?, le preguntó a Dios, «ya que mi alma está dispuesta a tomarlo virilmente». Así procuraría durante toda su vida caminar esforzadamente por el camino del Verbo, aguantando lo que fuere, oprobios y ultrajes. Dios le había pedido que fuese viril, y ella quiso que dicha virilidad se contagiase a los demás. Tanto en sus cartas como en el Diálogo se encuentra a cada paso una exhortación a obrar «virilmente», sea que se dirija a pecadores, sea que le escriba al mismo Papa.

Así a un adúltero le amonesta: «¡Ay! ¡Ay! Seamos hombres; ahoguemos en nosotros el placer femenino –il piacere femminile– que ablanda el corazón y lo hace pusilánime». Al papa Urbano VI le escribe: «Sedme todo viril, con un temor santo de Dios». Lo mismo le había aconsejado a su antecesor, Gregorio XI, débil e irresoluto: «Sedme hombre viril y no temeroso». Y en carta posterior: «Largo tiempo deseé veros hombre viril y sin temor alguno, aprendiendo del dulce y enamorado Verbo que virilmente corre a la oprobiosa muerte de la santísima cruz, para cumplir la voluntad del Padre y nuestra salvación». Al cardenal Pedro de Ostia, legado pontificio, le confiesa: «Deseaba veros hombre viril y sin temor». Se ve que era un reclamo recurrente.

Incluso cuando sus corresponsales eran mujeres, las exhortaba igualmente a la virilidad. A la reina Juana de Nápoles, que en los tiempos del cisma y de los antipapas había cambiado de parecer respecto de la legitimidad de Urbano VI, le dice que ha obrado «colla condizione della femmina che non ha fermezza», con la condición de la mujer que no tiene firmeza. Si cambia de comportamiento, agrega, «demostraréis haber perdido la condición de mujer y ser hecha «hombre viril»; de lo contrario, demostrareis ser mujer sin ninguna estabilidad». En el servicio de Dios, Catalina no admitía debilidades ni ternuras excesivas. Por «femenino» entendía «el amor compasivo de sí mismo», la blandura, la pusilanimidad, los compromisos y contemporizaciones. Ella estaba en las antípodas de dicha tesitura.

No deja de ser reveladora a este respecto la reacción que tuvo frente a una actitud timorata de fray Raimundo, su padre e hijo a la vez. Cuando este buen fraile se enteró de que el papa Urbano quería que Catalina fuese en misión a la reina Juana de Nápoles, persona de malas entrañas, le señaló al Santo Padre lo peligroso que resultaba dicho encargo, ya que allí iría indefensa, sólo con otra mujer.

El Papa aceptó estas razones, por lo que Catalina bramó de indignación. «¡Si Catalina [de Alejandría], Margarita, Inés y las otras santas vírgenes hubieran obrado con una pusilanimidad semejante, no habrían conquistado jamás la corona del martirio!». En otra ocasión, viajando Raimundo al norte de Italia, le advirtieron que los cismáticos le podrían tender una emboscada, y de acuerdo con el Papa, se quedó en Génova para predicar contra ellos. Al saberlo, Catalina le escribió:

«No sois aún digno de combatir en el campo de batalla; os habéis quedado atrás como un niño; habéis huido voluntariamente del peligro, y os habéis regocijado por ello. Oh mal padrecito –cattivello padre mio), ¡qué dicha para vuestra alma y para la mía si con vuestra sangre hubiérais cimentado una piedra de la santa Iglesia!... Perdamos nuestros dientes de leche y tengamos en su lugar los

dientes sólidos del odio y del amor. Vistámonos la coraza de la caridad y el escudo de la santa fe, y corramos como hombres al campo de batalla; mantengámonos firmes con una cruz delante y otra detrás, para que nos sea imposible huir...

«Sumergíos en la sangre de Cristo crucificado, bañaos en esa sangre, hartaos de esa sangre, embriagaos con esa sangre, vestíos de esa sangre, llorad sobre vosotros mismos en esa sangre, alegraos en esa sangre, creced y fortificaos en esa sangre, curaos de vuestra debilidad y ceguera con la sangre del Cordero sin mancha... No digo más».

«Otra vez, le reprochó con impaciencia: «Cuando se trata de prometer obras y sufrimientos por la gloria de Dios, os mostráis un hombre; no me resultéis luego hembra cuando llega el momento de realizarlo».

Se ve que Raimundo era proclive a la timidez y a la pusilanimidad, a pesar de ser un hombre sumamente virtuoso, como luego lo reconocería la Iglesia declarándolo Beato. Ya en la última época de su vida, Catalina le escribiría una vez más: «Cuidad de que no os vea tímido, y de que vuestra sombra no os dé miedo. Sed, en cambio, viril combatiente».

3. «Io voglio»

Refiere un contemporáneo, y no nos extrañamos demasiado de ello, que Catalina inspiraba «una especie de terror» a los que entraban en trato con ella. La admiraban, claro está, pero al mismo tiempo la temían. Se adivinaba su voluntad exigente, sin componendas, devoradora, se presentía que en su ardiente amor a Cristo, quería que todos los demás, saliendo de la mediocridad, se modelasen a imagen del Esposo.

Su alma era, por cierto, de acero. A uno de los hombres más poderosos de su época, el Legado de la Santa Sede, no teme decirle: «Deseo y quiero que obréis de esta manera y de la otra». Este «quiero», voglio, se repite cada vez con más frecuencia en sus cartas.

Al obispo de Florencia le dice simplemente: «Quiero». En una de sus cartas escribe: «Es la voluntad de Dios y mi deseo». Y en otra: «Esto desagrada a Dios y me desagrada a mí». Al rey de Francia: «Haced la voluntad de Dios y la mía». Al Papa: «Cumplid con la voluntad de Dios, satisfaciendo el ardiente deseo de mi alma».

Alguien podrá pensar que estos voglio implicaban un atrevimiento indebido, una actitud rayana en la soberbia. Nada más lejos de la verdad. No olvidemos que ella tenía un bajísimo concepto de sí misma: había sido sacada de la nada y era la que no era. Sus voglio no se apoyan, pues, en sus méritos, en sus deseos personales, sino en la voluntad de Dios. «Yo quiero», porque «Dios lo quiere». Yo quiero, porque es la voluntad de Dios sobre tu vida. Catalina se había identificado con la voluntad de Dios. Sólo podía querer lo que Él quería.

A veces le dice voglio al mismo Dios, como quien desde su nada trata de arrancar al Omnipotente lo que le pide. Es el lenguaje confiado de la esposa. En cierta ocasión Él le respondió:

«Hija mía dulcísima, tus lágrimas me han vencido porque están unidas a mi caridad y son verdidas por el amor que sientes por mí; estoy encadenado por los lazos de tus deseos».

Su recurso al frecuente empleo de los voglio tiene que ver con la virilidad de su carácter, a que acabamos de referirnos. Resulta interesante advertir que sus compañeros y discípulos más cercanos fueron casi todos hombres. Tuvo también amigas muy íntimas, pero en su obra apostólica no representan sino un papel de segundo orden, son compañeras silenciosas, cuyas personalidades no sabríamos reconstruir, a diferencia de los hombres que la rodearon, como Raimundo de Capua, Neri di Landoccio, Esteban Maconi, y tantos otros.

Se ha dicho de Catalina que fue «el único hombre de su siglo». La encontramos parecida a Juana de Arco. El «yo quiero» porque «Dios lo quiere» de nuestra Santa se parece al «Dieu le veult» de la doncella de Orleans. Juana anduvo a caballo, Catalina a pie, pero ambas vivieron en medio de hombres, los dominaron, los mejoraron. El hombre suele quedar impactado por el coraje de las mujeres. Ambas, Catalina y Juana, pasarían sus vidas en campos de acción, donde no se suele encontrar mujeres.

Pero no nos equivoquemos. A pesar de mostrarse tan viril y tan dominante, Catalina siguió siendo deliciosamente femenina, con la espontaneidad, intuición y viveza características de la mujer. Es cierto que es más propio del hombre el raciocinio y de la mujer la intuición. Catalina se enamoró de la verdad, pero no la penetró de manera sistemática, al modo de los teólogos, sino más bien tomándola como punto de partida de sus ardientes exhortaciones. No fue tanto su doctrina la que arrastró a las almas sino más bien el fuego de su amor.

Tampoco hubo innecesaria dureza en su actuación. Si se inflamaba al hablar de Dios, no perdía la dulzura propia de su sexo. Era, además, alegre. Le gustaba bromear, y sus discípulos hacen frecuentemente mención de su sonrisa, que debía ser encantadora. En su estilo, aparecen con naturalidad apelativos de delicada ternura para con los santos, sus mejores compañeros.

A San Pablo lo llama «Paoluccio»; a San Pedro, «il vecchiarello Pietro»; a Santo Domingo, «il dolce spagnuolo nostro». También se expresa de esa forma cuando se dirige a personas que aprecia. Al Papa lo llama «Babbo mio»; a fray Raimundo, en una carta más bien áspera, a que aludimos más arriba, le dice «cattivello padre mio». El matiz cariñoso de estos diminutivos italianos se refleja difícilmente en cualquier traducción.

VII. La reforma de la Iglesia

Vivió Catalina en tiempos difíciles. Las grietas del edificio de la Cristiandad se hacían perceptibles. El orden feudal mostraba signos de descomposición y particularismos de toda clase conspiraban contra esa gran catedral trabajosamente construida. También la Iglesia estaba herida en no pocos de sus miembros. «Ea, hijo carísimo –le dice la Santa a un fraile amigo–, resintámonos ante tanta necesidad como vemos en la santa Iglesia». Por eso le pide a Dios «misericordia para el mundo y reforma para la santa Iglesia». Cristo mismo le comunicó este deseo, según leemos en el Diálogo: «Quiero lavar la cara de mi Esposa, la santa Iglesia, que te mostré bajo la figura de una doncella con la cara manchada y como cubierta de lepra, por los pecados de los ministros y de los cristianos».

Catalina elaboró un plan formidable, que englobaba a la vez los intereses de la Iglesia y los de la civilización cristiana. Dicho plan incluía un triple proyecto: el retorno del Papa a Roma, la reforma de los pastores, y el emprendimiento de una cruzada contra los infieles. El retorno del Papado pacificaría a Italia y devolvería al Santo Padre su influjo universal. La reforma de los pastores produciría en la Iglesia nuevos frutos de santidad. La cruzada daría cauce a las pasiones guerreras, de modo que los reyes y príncipes cristianos, en vez de combatirse entre sí, se uniesen contra los musulmanes, protegiendo de ese modo la civilización occidental. Así se lo propuso explícitamente al Papa. El plan era verdaderamente abarcante.

Hacia el interior de la Iglesia, ante todo, restaurando la majestad tradicional del Papado mediante el traslado de su sede a Roma, y una vez recuperado su prestigio, emprendiendo la reforma de las costumbres cristianas; hacia fuera, rechazando mediante la Cruzada la amenaza de la invasión musulmana, con la consiguiente salvación de la Cristiandad malherida. Destaca Bernadot, uno de los biógrafos de Catalina, cómo ningún eclesiástico o estadista supo concebir algo semejante, y menos todavía realizarlo. Resulta extraordinario en una hija de pueblo, sin cultura ni formación especial. Ella se lanzó gozosamente a este trabajo, sabiendo que en su júbilo participaban todos los santos que desde el cielo experimentarían «una

embriaguez, un contento, un júbilo, una alegría –exultazione, giocundità, giubilo, allegrezza– a la vista del bien que el Señor obra en sus almas». Si se la hubiera escuchado, otros gallos cantarían.

1. La vuelta de Aviñón

Por aquel entonces, los Papas residían en Aviñón. No podemos hacer la historia detallada de lo que antes acaeció para que así fuese.

Digamos tan sólo que desde 1303, tras la muerte de Bonifacio VIII, acosado por el rey francés Felipe el Hermoso, los cardenales temerosos eligieron a regañadientes un arzobispo francés como Sumo Pontífice. Desde entonces hasta 1378 el papado residirá en Aviñón, bajo la férula del rey de Francia. Este período recibió el nombre de «cautividad de Babilonia», recordando el exilio de los judíos en Caldea, que duró también 70 años (cf. Jer 25, 11). Bajo el reinado de Clemente VI (1342-1352) se levantó una gran voz, la de Santa Brígida, princesa sueca muy rica e influyente, quien enérgicamente se dirigió al Papa diciéndole en nombre de Dios que debía retornar a Roma. También Petrarca unió su reclamo a la voz de la mística sueca. Clemente no les hizo caso, así como su sucesor. La ciudad de Roma estaba en ruinas, las iglesias se derrumbaban, el clero, ignorante y relajado, iba a la deriva. A Urbano V (1362-1370) se dirigirá Catalina, tomando el relevo de Santa Brígida.

La corte romana, al instalarse en Aviñón, había atraído allí una multitud cosmopolita. El Papa, los cardenales y sus familias ofrecían grandes recepciones, en un ambiente fácil y mundano. Se ha exagerado, sin duda, la perversidad de Aviñón. Sus Papas fueron, por lo general, personas honestas, y tuvieron grandes aciertos e inteligentes iniciativas apostólicas. Pero convertidos en vasallos de la corona de Francia, habían perdido su carácter romano y universalista. Catalina, convencida de la necesidad de que el Papa retornase a Roma, se dirigió resueltamente a Aviñón, acompañada por fray Raimundo, y obtuvo del Santo Padre varias audiencias. El fraile, que traducía sus palabras del toscano al latín, no dejaba de experimentar cierto temor por la franqueza con que la Santa se dirigía al Papa. Fue durante su estancia en Aviñón donde Catalina reunió materiales para los terribles capítulos del Diálogo que tratan de los vicios del clero: viven en las tabernas, algunos ni saben lo que es el Oficio Divino, juegan con las riquezas de la Iglesia, se acuestan en pecado y al día siguiente no vacilan en celebrar la Santa Misa, etc.

A toda costa quería convencer al Papa, en aquel tiempo Gregorio XI, de que resolviese su pronto retorno a Roma. «Marchad de prisa con vuestra Esposa –le decía–, que os espera pálida y moribunda; Vos le devolveréis la vida». Aquel Papa era muy débil de carácter. Catalina lo urgía: era preciso que volviese, insistía, por su condición de «vicario de San Pedro»; el sucesor de Pedro no podía sino residir en Roma. Mediante una obra maestra de diplomacia, logró finalmente su propósito. En 1376, el Papa se decidió a dejar Aviñón.

2. Un santo atrevimiento

La reforma de la Iglesia, tarea a la que Catalina se había también abocado, suponía un intercambio permanente de cartas, con reyes, obispos y papas. Uno de los rasgos principales de su epistolario es la vehemencia casi dramática que lo caracteriza. No olvidemos que dictaba sus cartas. El estilo es, pues, un estilo oral, apasionado, al modo de los meridionales. Se ha dicho que los reiterados «oimé, oimé» que las mechan, evocan los «Ay, ay» de la tragedia griega.

Recuérdese que Catalina no era monja, sino laica. Hoy nos puede parecer insólito que un feligrés se comporte así, exhortando públicamente a las autoridades políticas y religiosas. Nos han hecho creer que sólo desde el último Concilio se ha exaltado la figura del laico. Y no es así. En la Iglesia siempre su papel ha sido relevante, como lo muestran las figuras de Teodosio, Santa Genoveva, San Luis, San Esteban, San Vladímir, Godofredo de Bouillon, Chesterton, Leon Bloy...

Digamos asimismo que Catalina estaba a mil leguas de los falsos censores de la Iglesia, al estilo de los enloquecidos «espirituales» de su siglo, así como de los que luego se llamarían «reformadores». Ella preconizaba la corrección desde las entrañas mismas de la Iglesia y no pasándose a la vereda de enfrente.

Un breve recorrido por su correspondencia nos ayudará a comprender su tesitura de reformadora. Consideremos, ante todo, las cartas que dirigió a personas del clero, cuya enmienda era primordial. A diferencia de los falsos «reformadores», que despreciarían la figura misma del sacerdote, ella lo admira, y sin límites. No en vano Cristo le había dicho en el Diálogo:

«Contempla la excelente dignidad a la que he elevado a los ministros de la santa Iglesia... Yo los he elegido para vuestra salvación a fin de que, por ellos, os sea distribuida la sangre del divino Cordero inmaculado, mi hijo único. A ellos les di por función administrar el sol, confiándoles la luz de la ciencia y el calor de la divina caridad».

Por eso mismo, porque apreciaba tanto el estado sacerdotal, fustiga tan duramente a los sacerdotes cuando no se mostraban fieles a sus compromisos. Y les da consejos. Tenía sólo 25 años cuando escribía al cardenal de Ostia, nuncio pontificio: «Os escribo con deseos de veros ligado a los lazos de la caridad, tal como sois Legado en Italia». Juega con las palabras *legatusligatus*. Si se reduce a ser legado, le dice, sin ligarse a la caridad, su gestión será inútil. Será preciso que se «ligue» con Cristo y también con el prójimo, y abdique del amor propio que lo separa de Dios y del prójimo. Lástima que no podamos citar el texto completo, lleno de inspiración religiosa y hasta de ritmo literario.

A tres cardenales italianos que se habían separado de Urbano, a quien ella consideraba el Papa legítimo, les escribe:

«¿Cuál es la causa [de dicho apartamiento]? El veneno del amor propio, que ha envenenado el mundo. Aquel amor es lo que a vosotros, columnas, os ha vuelto peor que paja. No flores que exhalan olor, sino hedor; que a todo el mundo habéis apestado. No luminarias puestas sobre el candelabro, para dilatar la fe; sino, escondida esta luz bajo el celémín de la soberbia os habéis hecho, no dilatadores, sino contaminadores de la fe, arrojando tinieblas en vosotros mismos y en los demás. De ángeles terrestres que debierais ser para quitar de nuestra presencia al demonio infernal, y hacer oficio de ángeles volviendo las ovejuelas a la obediencia de la santa Iglesia, habéis tomado oficio de demonios...».

En carta al obispo de Florencia le dice que el drama de la Iglesia se debe a que muchos obispos aman con amor mercenario, se aman a sí mismos y por sí mismos, y si aman a Dios y al prójimo es por amor a sí. A un párroco de las cercanías de Siena le escribe:

«Mucho me extraña que un hombre de vuestra condición pueda vivir lleno de odio. Dios os ha apartado del siglo y os ha hecho ángel en la tierra en virtud del sacramento, y hete aquí que adoptáis de nuevo las costumbres del mundo. No comprendo cómo os atrevéis a celebrar misa; yo prometo que si os obstináis en este vuestro odio, la justicia de Dios se abatirá sobre vos».

Como se ve, sus cartas no son razonamientos fríos sino gritos de un corazón herido y enamorado. Había en Siena un franciscano de gran saber y poca austeridad. En cierta ocasión fue a visitar a la Santa para confundirla con su erudición. Ella lo enfrentó:

«¿Cómo queréis comprender nada del reino de Dios si sólo vivís para el mundo y no buscáis otra cosa que ser bien visto por los hombres y glorificado por ellos? Con toda vuestra ciencia no servís para nada, pues no buscáis sino la corteza, despreciando la médula. Por amor de Jesús crucificado, dejad de vivir así». El religioso quedó impresionado y se resolvió a cambiar de vida.

Son sobre todo llamativas sus cartas al Papa. Con él se comportaba, salvada la distancia, como lo hacía con los sacerdotes. Le tenía, por una parte, una devoción inmensa, viendo en él al Vicario de Cristo. Decía que si alguien le retiraba la obediencia no participaría en los frutos de la sangre de Cristo, porque Dios había querido que recibiésemos esa sangre por su mano. «Todo lo que hacemos al Cristo de la tierra lo hacemos al Cristo del cielo. Honrando al Papa, honramos a Cristo. Despreciando al Papa, despreciamos a Cristo».

A un señor rebelde de Milán le escribía: «Es estulto el que obra contra aquel vicario que es el que tiene la llave de la sangre de Cristo crucificado». Y a un noble que se había rebelado contra el Santo Padre: «Aun cuando el Papa fuese un demonio encarnado, no debería levantar la cabeza contra él, sino inclinarme ante su autoridad y pedirle esa Sangre de la que no puedo participar de otro modo».

Gustaba llamarlo «il dolce nostro Cristo della terra», nuestro dulce Cristo de la tierra. Por él estaba dispuesta a dar la vida, según se lo dijo a Dios en una de sus Elevaciones: «Si es tu voluntad, tritura mis huesos y mis tuétanos por tu vicario en la tierra, único esposo de tu Esposa».

Pero ese mismo amor al Papa la llevaba a dirigirse a él con energía, instándole a que fuese coherente con su altísimo oficio. No en vano le había dicho a Cristo: «Quiero que tu vicario sea otro tú. Porque tiene mucha mayor necesidad de perfecta luz que los demás, ya que él de suyo tiene que darnos a todos nosotros». Por eso, mientras que a los demás les hablaba del Papa con tanta reverencia, a él mismo lo reconvenía severamente en sus cartas. Llena de parresía o libertad de espíritu, estaba segura de que le podía escribir con la sencillez de un niño, que no esconde nada que sea conveniente decir. Catalina se sabía sinceramente «la que no es», y por eso se expresaba sin titubeos ante quien fuese, reyes, cardenales y hasta el Papa, mostrándoles cuál era su deber en esas circunstancias tan complejas como aciagas.

Bien dijo de ella un contemporáneo suyo: «Esta mujer se preocupa poco de complacer o no cuando habla; sólo piensa en el honor de Dios». Gregorio XI era un Papa débil y demasiado inclinado a su familia. A él le escribe:

«Mi dulcísimo Padre –dolcissimo Babbo mio), no debemos ocuparnos de los amigos, de los parientes, de los intereses temporales, sino únicamente de la virtud, del acrecentamiento de los intereses espirituales... Si hasta hoy no habéis sido bastante enérgico, os pido y quiero en verdad que en lo sucesivo obréis virilmente y sigáis con valentía a Cristo, de quien sois Vicario. No temáis, Padre, las borrascas que os amenazan». Poco antes le había dicho: «Deseo veros cual portero viril y sin ningún temor. Portero sois de las bodas de Dios, esto es, de la sangre del unigénito Hijo suyo, cuyas veces hacéis en la tierra; y por otras manos no se puede tener la sangre de Cristo sino por las vuestras».

En otra carta le cuenta que se había enterado de que iba a nombrar un grupo de Cardenales. Para la gloria de Dios, le recomienda, es preciso que escoja hombres virtuosos. Obrar de otro modo ofendería a Dios y perjudicaría a la Iglesia, por lo que Dios nos castigaría. Asimismo supo que pensaba hacer un nombramiento importante en la Orden de Santo Domingo, que Catalina tanto amaba. Si era así, le pedía, en nombre de Cristo, que eligiese a un fraile bueno y virtuoso. Para esto, le dice, puede consultar a dos personas a las que ella escribirá sobre el particular.

Respecto a unos obispos a los que el Papa había elegido por presiones de los príncipes del lugar, le señala su grave error; son «como cerdos inmundos o como hojas agitadas por el viento del siglo». Viendo cuán dubitativo se mostraba el Papa, se atreve a decirle: «Ya que se os ha dado la autoridad, y la habéis aceptado, debéis usar de vuestro poder. Si no le queréis, sería mejor renunciar a él por el honor de Dios y la salvación de las almas».

Se ha dicho que sus cartas estaban animadas de una extraña insolencia. Pero se trataba, en el fondo, de una santa insolencia. Ella sabía perfectamente que sus palabras eran fuertes: «Ay de mí, ay de mí, padre mío dulcísimo –le escribe a Gregorio XI–, perdonad mi presunción, de aquello que os he dicho y digo; obligada estoy a decirlo por la dulce primera Verdad». En nuestros días, el lenguaje de la Santa sería difícilmente acogido en las curias, aun cuando estuviese dictado por intenciones igualmente buenas. Aquellos tiempos, contra lo que se piensa, eran infinitamente más libres que los nuestros.

Los dos Papas a los cuales Catalina se dirigió, Gregorio XI y Urbano VI, lejos de molestarse por la libertad sobrenatural de esta «laica pueblerina», la siguieron animando y distinguiendo con su incondicional confianza. No se sabe qué admirar más: si la audacia con que ella escribe o la humildad con que sus destinatarios aceptan que lo haga en esos términos. El hecho es que a los ojos del Papa, así como de los reyes y príncipes, la voz de esta joven, hija de un tintorero de Siena, adquiriría una majestad extraña, como si otro hablara por su boca.

3. La llaga de los malos pastores

Uno de los dolores más agudos de Catalina fue el espectáculo de los pastores mercenarios o incluso lobos. Había, sin duda, pastores excelentes. Pero no es menos cierto que la vida de muchos era escandalosa. Durante su estadía en Aviñón, Catalina había conocido de cerca la corte pontificia y sus prelados indignos. Los había visto también durante sus viajes por Italia. En aquellos tiempos era común que las familias influyentes procurasen ubicar en dichas dignidades a sus hijos, aunque fueran del todo ineptos. Varios santos, como San Vicente Ferrer y Santa Brígida, o también hombres eminentes, como Petrarca, por ejemplo, criticaron acerbamente tales aberraciones. Su mensaje encontraba eco ya que, como hemos dicho, en aquel siglo la población era, a pesar de todo, profundamente creyente. El mal no tenía entonces, como ahora, carta de ciudadanía, de desfachatez, de desafío a los principios del orden natural y sobrenatural. Los que obraban el mal, aceptaban las censuras que se les hacía en nombre de la moral cristiana.

La situación de la Iglesia era algo que hacía sangrar el corazón de Catalina por una herida que cada nuevo espectáculo reavivaba. A ella se le puede aplicar con toda verdad lo que Unamuno decía refiriéndose a España: le dolía la Iglesia. En el Diálogo transcribe unas palabras muy severas que Dios Padre dirige a los sacerdotes:

«Tú debes ser espejo de honestidad, y lo eres de deshonestidad. Yo sufrí que [a Cristo] le fueran vendados los ojos para iluminarte, y tú arrojas, con ojos lascivos, saetas envenenadas al alma y al corazón de aquellos en los que tan maliciosamente te fijas. Yo sufrí que le diesen a beber hiel y vinagre, y tú, como animal desordenado, te deleitas en tus comidas delicadas, haciendo un dios de tu vientre. Hay palabras vanas y deshonestas en la boca, con la que estás obligado a amonestar a tu prójimo, a anunciar mi palabra y a rezar, con la boca y el corazón, el Oficio. Y yo de ella no percibo más que hediondeces... Yo sufrí que le fueran atadas las manos para libertarte, a ti y a todo el linaje humano, de las ataduras de la culpa. Y las tuyas, ungidas y consagradas para administrar el santísimo sacramento, las empleas torpemente en tectos deshonestos... Todos tus miembros, como instrumentos desafinados, dan mal sonido, porque las tres potencias del alma están congregadas en nombre del demonio, cuando debías congregarlas en nombre mío...».

Incluso llega a compararlos a demonios encarnados, porque se han identificado con la voluntad del demonio; «hacen su mismo oficio, administrándome a mí...». Y también: «Por sus defectos, se envilece la sangre, es decir, que los seglares pierden la debida reverencia que debían tener para con ellos y por la sangre.».

Catalina coincide plenamente, y no podía ser de otra manera, con estas apreciaciones de Dios. Ella sabe que la santidad del clero está estrechamente unida con la belleza de la Esposa de Cristo y la salvación de las almas. «Hoy día se ve todo lo contrario –afirma en una de sus cartas–; no sólo no son templos de Dios, sino que se han convertido en establos y cuadras de cerdos y otros animales». Buena parte de la culpa la tienen los obispos que, como le dice el mismo Dios en el Diálogo, «se han preocupado más de multiplicar el número de sacerdotes que las virtudes de los mismos».

Para ella, tres eran los pecados que en su tiempo más degradaban al clero: la lujuria, la avaricia y la soberbia. A su juicio, había llegado la hora de hablar claro en favor de la reforma. Lo que se debía reformar no era, por cierto, a la Esposa misma, que siempre seguirá siendo santa, y no se disminuye ni altera por los defectos de sus ministros, sino a estos últimos. «Ha llegado el momento de llorar y de lamentarse porque la Esposa de Cristo se ve perseguida por sus miembros pérfidos y corrompidos», señala en una carta.

«El cuerpo místico de la santa Iglesia está rodeado por muchos enemigos –le escribe a un monje–. Por lo cual ves que aquellos que han sido puestos para columnas y mantenedores de la santa Iglesia se han vuelto sus perseguidores con la tiniebla de la herejía. No hay pues que dormir, sino derrotarlos con la vigilia, las lágrimas, los sudores, y con dolorosos y amorosos deseos, con humilde y continua oración».

Pero Catalina no se contentará con llorar, rezar y ayunar. Dará pasos concretos dirigiéndose directamente al Papa, ya que sólo él está en condiciones de remediar tanto mal. En carta a Gregorio XI le dice, de parte de Cristo, que tiene que decidirse a emplear su poder para arrancar del jardín de la Iglesia las flores corruptas, «los malos pastores y gobernadores llenos de impureza y avaricia, e hinchados de orgullo, que emponzoñan y pudren este jardín». Él deberá usar de su poder para remover a esos personajes de modo que se vuelvan a sus casas, poniendo en su lugar a pastores según el corazón de Dios.

El Señor le había explicado en el Diálogo la razón por la cual la Iglesia se encontraba en esa situación, y era porque al elegirse a los pastores no se miraba si eran buenos o malos, sino tan sólo al deseo de complacerlos o pagarles algún favor, en orden a lo cual los encargados de informar al Santo Padre sobre los candidatos le hacían llegar referencias positivas sobre los mismos. A veces los que informan alaban a los malos o a los mediocres, porque son iguales que ellos. Cuando el Papa se entera de la realidad, debería removerlos. Si lo hace, cumplirá con su deber. En caso contrario, no quedará sin castigo al tener que dar cuenta ante el Señor de sus ovejas.

Para evitar este tipo de medidas drásticas, como lo es la deposición de obispos indignos, el Santo Padre tendría que escoger de entrada a personas humildes, que por modestia rehúyen las prelaturas, y no a las que las andan buscando para dar pábulo a su vanagloria. Por no obrar así, tenemos los obispos que tenemos, esos obispos que, como le dice nuestra Santa a fray Raimundo, «han tomado la condición de la mosca, que es tan bruto animal, que poniéndose sobre la cosa dulce y aromática, no se cuida de ella, sino que de allí parte a posarse sobre las cosas repugnantes e inmundas».

Lo que a Catalina más le sulfura es el silencio cobarde o cómplice, especialmente de los obispos. Cuando el lobo infernal arrebató a las ovejas, los pastores duermen en su egoísmo. «¿Por qué guardáis silencio? –le escribe a un prelado–. Este silencio es la perdición del mundo. La Iglesia está pálida; se agota su sangre». La falta, le dice a otro obispo, está en ese amor perverso que tienen por sí mismos, que les impiden reprender cuando deben hacerlo.

«Yo quiero que estéis privado de este amor, mi queridísimo pastor, yo os pido que obréis de modo que el día en que la suprema Verdad os juzgue no tenga que

deciros esta dura palabra: "Maldito seas, tú que no has dicho nada". ¡Ah, basta de silencio!, clamad con cien mil lenguas. Yo veo que a fuerza de silencio, el mundo está podrido. La Esposa de Cristo ha perdido su color (cf. Lam 4, 1), porque hay quien chupa su sangre, que es la sangre de Cristo, que, dada gratuitamente, es robada por la soberbia, negando el honor debido a Dios y dándose a sí mismo».

Muchas veces vuelve Catalina sobre este amor propio que crea la cobardía de espíritu y logra que la boca se cierre. En carta al abad de Marmoutier, que le había escrito para preguntarle lo que pensaba sobre la situación, le responde que una de las causas del mal estado de la Iglesia es el exceso de indulgencia. Los sacerdotes se corrompen porque nadie los castiga, enquistados en sus tres grandes vicios: la impureza, la avaricia y el orgullo, no pensando más que en los placeres, los honores y las riquezas. Tampoco los preladados corrigen a sus fieles ya que, como dice nuestra Santa, «temen perder la prelatado y desagradar a sus súbditos». No quieren descontentar a los demás, buscan vivir en paz y tener buenas relaciones con todos, aunque el honor de Dios exige que luchen.

«Semejantes individuos, viendo pecar a sus súbditos, fingen no verlos para no encontrarse en el trance de castigarlos; o bien, si los castigan, lo hacen con tal blandura que se limitan a pasar un unguento sobre el vicio, porque temen siempre desagradar a alguien y dar lugar a peticiones. Esto nace de que se aman a sí mismos».

Una y otra vez insiste Catalina en la incompatibilidad que existe entre la caridad y este tan cobarde como temeroso egoísmo. Cristo no ha venido a traernos un pacifismo timorato, bajo el cual el mal se desarrolla mejor que el bien. Ha venido con la espada y el fuego.

«Querer vivir en paz –dice Catalina– es con frecuencia la mayor de las crueldades. Cuando el absceso se halla a punto, debe ser cortado por el hierro y cauterizado por el fuego: si ponemos en él únicamente un bálsamo, la corrupción se extiende y provoca a veces la muerte».

Estas palabras están tomadas de una de sus cartas al papa Gregorio XI. Dios mismo, refiriéndose a los pastores, confirmó su idea en el Diálogo: «Dejarán de corregir al que está en puesto elevado, aunque tenga mayores defectos que un inferior, por miedo de comprometer su propia situación o sus vidas. Reprenderán, sin embargo, al menor, porque ven que en nada los puede perjudicar ni quitar sus comodidades». Es decir, serán fuertes con los débiles y débiles con los fuertes.

«Todo lo que harán será abrumar, con las piedras de grandes obediencias, a los que las quieren observar, castigándolos por culpas que no han cometido. Lo hacen porque no resplandece en ellos la piedra preciosa de la justicia, sino de la injusticia. Por eso obran injustamente, dando penitencia y odiando al que merece gracia y benevolencia y santo amor, gusto y consideración, confiándoles cargos a los que como ellos son miembros del diablo».

Como resulta lógico, ya que es el Papa quien tiene la responsabilidad sobre la Iglesia universal, a él le dirige sus cartas más urticantes. Si seguimos así, Santo Padre, le escribe en una de ellas, el enfermo, no viendo su enfermedad, porque nadie se lo advierte, y el médico, no atreviéndose a recurrir al hierro y al fuego, ciego que guía a otro ciego, ambos caerán en el abismo.

«Oh Babbo mío, dulce Cristo de la tierra, seguid el ejemplo de vuestro homónimo San Gregorio. Podéis hacer lo que ha hecho, pues era un hombre como Vos y Dios es siempre lo que era entonces; sólo nos falta la virtud y el celo por la salvación de las almas... Así quiero veros. Si hasta ahora no habéis obrado resueltamente, os pido con instancia que en lo sucesivo obréis como hombre valeroso y sigáis a Cristo, cuyo Vicario sois».

El verbo de Catalina se vuelve de una energía sin igual. «Valor, Padre mío –le dice al Papa–. Sed hombre. Os digo que nada tenéis que temer... No seáis un niño

tímido. Sed hombre, y tomad como dulce lo que es amargo... Obrad virilmente, que Dios está de vuestra parte. Ocupaos en ello sin ningún temor; y por más que veáis fatigas y tribulaciones, no temáis, confortaos con Cristo, dulce Jesús. Que entre las espinas nace la rosa, y entre muchas persecuciones brota la reforma de la Iglesia».

El término «virilidad» reaparece a menudo en estas cartas. «Ahora necesitamos un médico sin miedo que use el hierro de la santa y recta justicia, porque se ha usado ya el unguento tan excesivamente, que los miembros están casi todos podridos». Luego de insistir: «Os lo digo, oh dulce Cristo de la tierra: si obráis así, sin astucia y sin cólera, todos se arrepentirán de sus falacias y vendrán a apoyar la cabeza en vuestro seno..., ioh dulce Babbo!», concluye: «Id presto hacia vuestra Esposa que os espera toda pálida, para que le devolváis el color».

No se contentó Catalina con recurrir directamente a Gregorio XI. Trató también de lograr la colaboración de otras personas para que influyesen sobre él. Así le escribía a un Nuncio:

«Os debéis fatigar junto con el Padre Santo, y hacer lo que podáis para extirpar los lobos y los demonios encarnados de los pastores... Os ruego que aunque debierais morir por ello digáis al Padre Santo que ponga remedio a tantas iniquidades. Y cuando venga el tiempo de crear pastores y cardenales, que no se hagan por halagos o por dineros y simonías; rogadle cuanto podáis, que atienda y mire para encontrar la virtud y la buena y santa fama en el hombre».

Algo semejante le recomienda a un abad confidente del Papa:

«Debéis trabajar según vuestros medios con el Santo Padre para arrojar a los malos pastores que son lobos y demonios encarnados que sólo piensan en engordar y poseen palacios suntuosos y séquitos brillantes... Y cuando llegue el momento de nombrar a los Cardenales o a otros pastores de la Iglesia, suplicadle que no se deje guiar por la adulación, la codicia o la simonía, no considere si los interesados pertenecen a la nobleza o a la clase media, porque la virtud y la buena reputación es lo que ennoblece al hombre ante Dios».

En 1378 Urbano VI accede al solio pontificio. Enseguida Catalina le escribe diciéndole que tiene «hambre de ver reformada la santa Iglesia con buenos, honestos y santos pastores». Ella se lo pedía directamente a Dios, como se ve por el Diálogo: «Por esta sangre te piden [las criaturas] que tengas misericordia con el mundo y vuelva a florecer la Iglesia santa con flores perfumadas de buenos y santos pastores, cuyo olor ahogue la hediondez de las flores malvadas y podridas».

Y también: «Reformada de este modo la Iglesia con buenos pastores, por fuerza se corregirán los súbditos, porque de casi todos los males que los súbditos cometen tienen la culpa los pastores malos».

Había visto claramente que la reforma sólo era posible con nuevos obispos, de espíritu sobrenatural, lúcidos y valientes. De ese puñado de nuevos obispos, aunque fuese reducido, partiría la verdadera restauración de la Iglesia.

4. Un grupo en torno al Papa

La elección de Urbano VI había sido bastante dramática. Porque fue bajo la presión amenazante del pueblo romano que el Cónclave se había visto obligado a elegir un Papa italiano. Asumió así el arzobispo de Bari, Tibaldeschi, un hombre austero, piadoso y enérgico, que imponía respeto. Los Cardenales eran casi todos franceses, de la escuela de Aviñón. Pero el nuevo Papa, en lugar de ganárselos por las buenas, comenzó a irritarlos con su autoritarismo violento y su exigencia de una reforma inmediata. También se comportaba así con los soberanos.

La situación llegó a tal punto que, hartos de todo, los Cardenales se fueron de Roma, y cinco meses después de la elección, aseguraron que ésta había sido inválida, bajo temor grave, y por tanto nula. Eligieron entonces como Papa al cardenal de Ginebra, Roberto, pariente del rey de Francia, bajo el nombre de

Clemente VII, hombre de mundo más que sacerdote, muy representativo de la Iglesia de Aviñón, o mejor dicho, de los peor de la Iglesia de Aviñón, que el Papa pretendía reformar. Urbano quedó casi solo en Roma.

Se imagina con cuánto dolor recibió Catalina aquella noticia, en su casita de Siena. Ella estaba convencida de que Urbano era el Papa legítimo, y Roberto un Antipapa, de modo que comenzó a escribir una nueva serie de cartas a reyes y prelados para defender al primero. A tres cardenales que apoyaban a Clemente les dice: «Insensatos. Queréis ahora negar la verdad y hacernos creer que habéis elegido al papa Urbano por temor. Esto no es así. Os hablo sin respeto, pues no sois dignos de respeto».

Pronto le escribió directamente al papa Urbano, según lo señalamos más arriba, para exponerle la necesidad de la reforma de la Iglesia, y la consiguiente corrección de los vicios del clero. Los malos pastores, le dice, «se conducen como carreteros, convierten en dinero la sangre de Cristo y lo gastan en sus bastardos... Santísimo Padre, no veo otro medio para triunfar que renovar enteramente el jardín de la santa Iglesia. Cread un Colegio de buenos cardenales que puedan ser firmes como columnas».

Con Urbano mantuvo Catalina las mejores relaciones. Las cartas que le dirigió son notables. En una de ellas le recuerda la voluntad que Cristo tiene de reformar a la dulce Esposa suya y de él,

«que durante tanto tiempo ha estado toda pálida, no porque en sí pueda ella recibir alguna lesión ni ser privada del fuego de la divina caridad, sino en aquellos que se apacentaban y apacientan en su pecho, que por sus defectos nos la han mostrado pálida y enferma, y han sorbido su sangre por medio del amor propio de ellos mismos».

Si se la poda de todo lo decrepito, se volverá doncella purísima. Le ruega que tenga misericordia de tantas almas que perecen; «como verdadero caballero y justo pastor, corregid virilmente, desarraigando el vicio y plantando las virtudes, disponiéndoos a dar la vida si fuere necesario». Pero, agrega, insistiendo en aquella idea tan suya, no ve cómo ello se pueda realizar sino eligiendo a hombres santos, que no teman a la muerte, un grupo de buenos cardenales, en los que pueda apoyarse y sean ejemplo, de modo que se corrijan los súbditos. Será cuestión de inteligencia y de voluntad «para que, iluminado el ojo del intelecto vuestro, podáis conocer y ver la verdad; que conociéndola, la amaréis; amándola, relucirán en Vos las virtudes». Entonces tendrá el coraje de «desenvainar este acero» y arrancar la maleza de la Iglesia.

Hemos dicho que Urbano, en vez de ganarse a los que lo rodeaban, se mostró duro de trato y atropellador. Ello constituía un real obstáculo, por lo que Catalina le aconsejó:

«Suavizad un poco, por amor de Jesús crucificado, los movimientos demasiado pronto que la naturaleza hace nacer en Vos. Ya que Dios os ha dado un corazón naturalmente grande, aplicaos a tenerle sobrenaturalmente grande, es decir, valeroso y afirmado en una verdadera humildad».

Como puede verse, no se trataba sólo de erradicar el mal de cualquier manera fuese, sino de acompañar dicha tarea tan difícil con un trato afable, para no comprometer la nobleza de la causa. En lo que toca a los enemigos del Papa, lo insta a no perder ánimo frente a ellos:

«¿A quién dañarán estos golpes? A los mismos, santísimo y dulcísimo Padre, que los lanzan. Éstos, como saetas envenenadas, volverán a ellos; de Vos herirán solamente la corteza, y ninguna otra cosa... Dilataos en la dilección dulce de la caridad sin vacilación alguna; conformaos y confortaos con vuestro jefe, el dulce Jesús, el cual siempre desde el principio del mundo hasta lo último ha querido y querrá que ninguna cosa grande pudiera realizarse sin mucho soportar».

En 1378 Catalina se encuentra en Roma, desde donde fue llamada por el Papa. Allí permanecerá los dos últimos años de su vida, juntamente con su «bella brigata». El Santo Padre la recibió en audiencia solemne y quiso que hablase ante los Cardenales que acababa de crear. Así lo hizo la aldeana de Siena, sin timidez alguna, con palabras vibrantes, señalando los deberes de la hora presente y arengando a los descorazonados jefes de la Iglesia. El colegio cardenalicio quedó profundamente impresionado.

«Mirad, hermanos míos –dijo el Papa–, esta mujercita –donna Ciuccio), nos hace avergonzarnos de nuestra pusilanimidad. Nosotros tenemos miedo y nos alarmamos, mientras que ella, que por naturaleza pertenece al sexo débil, no experimenta temor alguno y nos alienta».

Concibió entonces la Santa un proyecto sublime: agrupar en Roma, en torno al Papa, lo más santo y esclarecido de la Iglesia, especialmente los más destacados contemplativos de su tiempo, incluso ermitaños y eremitas, para que asesorasen y fortificasen al Santo Padre en la gran obra que éste se disponía a emprender. Así se lo recomendó a Urbano: «Rodeaos de aquellos que en la tormenta serán vuestro consuelo y vuestro refrigerio. Tratad de tener, además de la ayuda de Dios, la ayuda de sus servidores».

En lo que a ella compete, agrega, «quisiera estar en el campo de batalla, sufrir y combatir con Vos por la verdad hasta la muerte para gloria y alabanza del nombre de Dios y reforma de la santa Iglesia». Este sueño la persiguió hasta sus últimos días. Nos quedan una serie de cartas dirigidas a dichas personas, invitándolas y suplicándoles que viniesen a Roma, para ponerse a disposición del Papa. Eran los días en que acababa de dictar el Diálogo. Entre aquellos hombres en que Catalina había puesto los ojos se encontraba el prior de la Cartuja de Pisa. Le escribió, pues, diciéndole que el papa Urbano VI

«parece que quiere tomar el remedio que le es necesario para reforma de la santa Iglesia; esto es, querer a los siervos de Dios a su lado, y con el consejo suyo guiarse a sí mismo y a la santa Iglesia».

A dos frailes de Spoleto requeridos por el Papa así les exhorta:

«No os debéis retraer de ello por cosa alguna; ni por pena que de ello esperareis, ni por persecuciones, infamias o escarnios que se os hicieren; ni por hambre, sed o por mil muertes, si fuera posible; ni por deseo de quietud, ni de vuestras consolaciones, diciendo: "Yo quiero la paz del alma mía, y con la oración podré clamar ante Dios"; no, por amor de Cristo crucificado. Que ahora no es tiempo de buscarse a sí mismo, ni de rehuir penas para tener consolaciones; es más, es tiempo de perderse, porque la infinita bondad y misericordia de Dios ha proveído a las necesidades de la santa Iglesia, al haberle dado un pastor justo y bueno, que quiere tener en torno suyo tales perros que ladren por honor de Dios continuamente... Entre los cuales se ha elegido estéis vosotros...

«No habéis de temer por las delicias y las grandes consolaciones; puesto que venís a soportar y no a deleitaros sino con deleite de cruz. Sacad afuera la cabeza y salid al campo a combatir realmente por la verdad; poniéndoos ante el ojo del intelecto la persecución que se hace de la sangre de Cristo y la condenación de las almas... Dicen: «Iréis, y no se hará la menor cosa. Y yo, como presuntuosa, digo que se hará; y si ahora no se cumple nuestro principal afecto, por lo menos se le abrirá el camino. Y si ninguna cosa se hiciere, habremos demostrado ante Dios y las criaturas haber hecho lo posible; y se habrá levantado y descargado nuestra conciencia».

Impresiona esta convocatoria de una enamorada de Dios y de su Iglesia, señalando cómo a veces el apego a algo tan noble como es la contemplación pura puede desordenarse cuando se la prefiere a los intereses supremos de la Iglesia. Y

cómo el «no se puede hacer nada», «ya está todo perdido», no es sino una sugestión del demonio.

Aludamos a una última carta, la que dirigió al monje agustino inglés William Flete, de quien ya hemos hablado, amigo de Catalina, que vivía como eremita en el bosque de Lecceto, enamorado no sólo de la soledad y el silencio, sino también de la poesía de los bosques, al punto de haber obtenido de sus superiores autorización para celebrar la Santa Misa entre aquellos árboles añosos. Este monje fue el único entre los llamados que se rehusó a la invitación de la Santa. La carta en que Catalina se lo reprocha es una delicada mezcla de caridad e ironía. «Aquí también hay bosques y selvas», le dice, refiriéndose al intrincado laberinto de polémicas y enredos que los que allí se habían dirigido debían afrontar en el entorno del Papa y de la curia romana.

VIII. La convocatoria a retomar las Cruzadas

Hemos escuchado cómo Catalina le decía al Papa: «Ahora tengo ganas de lanzarme al campo de batalla para combatir a vuestro lado hasta la muerte por la causa de la verdad». En su espíritu guerrero, tan semejante al de Juana de Arco, había germinado desde tiempo atrás la idea de una nueva cruzada, no sólo para reconquistar el Santo Sepulcro sino para salvaguardar los valores de la civilización de Occidente frente al enemigo musulmán.

Tras la derrota de San Luis, la empresa no se había vuelto a retomar, pero la palabra y la idea persistían en el aire, entusiasmando a las almas generosas. En varias ocasiones los Papas trataron de refluirla. Clemente V la había decretado en el Concilio de Viena, pero su concreción se tuvo que aplazar por mil dificultades de orden político. Gregorio XI, desde que asumió el poder, anunció su intención de abocarse a ello. Se dice que fue Catalina quien se lo inspiró. La promulgación de la Cruzada en Italia estuvo a cargo de fray Raimundo, el confesor de la Santa. Catalina fue logrando que numerosas personas se alistaran. Pero una lamentable contienda entre Florencia y la Santa Sede hizo que la empresa quedase nuevamente postergada. Lo que no obstó a que Catalina insistiera ante el Papa:

«Luego, enseguida, quiere y os manda vuestro dulce Salvador que levantéis el estandarte de la santísima Cruz contra los Infieles, y toda guerra aquí termine y allá se dirija contra ellos».

La Cruzada no se concretó, pues, bajo Gregorio. Cuando Urbano accede al trono pontificio, Catalina le escribe una carta muy ponderada, donde tras proponerle que llamase a Roma a un grupo de hombres escogidos, proyecto al que acabamos de aludir, le dice: «Estos serán los soldados que os darán perfecta victoria, y no sólo sobre los malvados Cristianos, los cuales son miembros rebañados de la santa obediencia, sino hasta sobre los Infieles, por los cuales tengo grandísimo deseo de ver el estandarte de la cruz santa sobre ellos. Y ya parece que nos vienen a invitar. Tendré entonces doble deleite». Esto de la «invitación» es una ironía, ya que los sarracenos se habían adelantado, haciendo incursiones en la propia Italia. Catalina insiste:

«Entonces podréis realizar vuestros santos deseos llevando a cabo esta Cruzada que en nombre del Señor os invito a emprender lo antes posible. Todos se dispondrán con ardor a dar su vida por Cristo. En nombre de Dios, nuestro dulce amor, levantad pronto, Padre mío, el estandarte de la santa Cruz....»

Comienza entonces otra andanada de cartas a diestra y siniestra. Quien las lee, observa cómo su ardor interior se vuelve cada vez más vehemente. Una de ellas es particularmente encantadora:

«Me parece que respiro perfume de flores que empiezan a abrirse porque nuestro Santo Padre, el Cristo de la tierra, queriendo suscitar una santa cruzada, declara que ayudará con todo su poder a los cristianos que se hallen dispuestos a dar su vida para reconquistar la Tierra Santa... Os convido, pues, a las bodas y a la

vida eterna, conjurándoos a devolver sangre por sangre y que hagáis seguir nuestro ejemplo a tantos cristianos como podáis, porque nadie va solo a una boda».

Invita a unas bodas. El sentido sacrificial que ella da como móvil de tan noble emprendimiento está resumido en una de sus frases más características: «dar la sangre por amor de la sangre», o, como dice acá, «devolver sangre por sangre». Serían, en verdad, bodas de sangre.

La gran dificultad para que esta empresa se concretase eran los conflictos internos dentro de la Cristiandad, especialmente en Italia. Ella amaba la paz de su tierra. Como Dante, era una italiana ferviente, y el anhelo de la salvación de su patria se trasunta sin cesar en sus cartas. Pero acá se trataba de algo más que de detener esas luchas tan localistas. Se hacía preciso trascenderlas. En vez de combatir entre sí los cristianos, debían unirse para enfrentar a los infieles. La Cruzada parecía el único medio de poner fin a las luchas que desgarraban la Cristiandad, volviendo los corazones hacia un combate más elevado. Por eso le decía al Papa que levantara el estandarte de la Santa Cruz «y veréis a los lobos trocarse en corderos. La paz, la paz, la paz para que la guerra no ponga obstáculos a esa dulce cruzada». Por aquellos tiempos, un capitán aventurero inglés, John Hawkood, estaba atacando tierras de Italia. Catalina le envía dos emisarios:

«Es tiempo de que entréis en vos mismo y consideréis las penas y los tormentos que habéis sufrido cuando os hallabais al servicio del demonio. Mi alma desea que cambiéis de manera de vivir y que os alistéis vos y vuestros compañeros bajo la cruz de Jesús crucificado para formar una compañía de Cristo y marchar contra los perros infieles que poseen los Santos Lugares, donde la dulce Verdad suprema ha padecido muerte por nosotros y ha sido sepultada. Os suplico, pues, en nombre de Cristo Jesús, que puesto que os gusta tanto pelear, peleéis contra los infieles...»

En sus cartas presenta al Señor como un gran comandante, el guerrero de la cruz. La imagen de Cristo en ejercicio de caballería no es rara en la literatura espiritual, y también se la encuentra en el Diálogo: «Por todo pasó como verdadero capitán y auténtico caballero, puesto por el Padre en el campo de batalla para combatir a fin de arrancar al hombre de las manos del demonio y librarle de la más perecedera esclavitud en la que podía caer». Las cartas se multiplican.

A la reina Isabel de Hungría le dice: «Reflexionad que si una de vuestras ciudades os hubiese sido arrebatada, la reconquistaríais... Pues bien, pensad en todo el territorio [cristiano] que nos ha sido tomado... Vos sabéis bien que los Otomanos que persiguen a los cristianos han arrancado a la Santa Iglesia vastos territorios». La invita, así, a realizar «il dolce mistero del santo passaggio», como Catalina gustaba llamar a las Cruzadas. A Juana, reina de Nápoles, le escribe: «Según me parece oír, el Padre Santo lo izará [el estandarte de la Cruz] contra los Turcos. Y por ello os ruego que os dispongáis, para que así todos, en bella brigada, vayamos a morir por Cristo». La expresión «bella brigada» recuerda a los que en Siena se le habían unido en santa amistad.

Aunque el texto que sigue sea algo extenso, no nos animamos a omitirlo. Está tomado de una espléndida carta que escribe al prior de los Caballeros de Rodas:

«Os escribo con deseo de veros caballero viril, despojado del amor propio de vos mismo y revestido del amor divino. Porque el caballero que se dispone a combatir sobre el campo de batalla debe estar armado con las armas del amor, que es el arma más fuerte que existe. Y no bastaría que el hombre se armase solamente de coraza y panceras; puesto que muchas veces acaecería que si no tiene las armas del amor, y el deseo de apetecer honor, y querer saber la cosa por la cual combate, apenas viese a los enemigos temería y volvería la cabeza hacia atrás. Así os digo que el alma que comienza a entrar en el campo de batalla para combatir con los vicios, con el mundo, con el demonio, y con la propia sensualidad,

si no se arma con el amor de la virtud, y no lleva en la mano el acero del odio, y de la verdadera y santa conciencia fundada en amor divino, nunca combate, sino que viene a menos; y como negligente persona que está armada de la propia sensualidad se pone a yacer durmiendo en los vicios y en los pecados...

«¡Ea, virilmente, sin temor servil alguno, id a las dos batallas, que Dios os ha destinado! La primera es la batalla general dada a toda criatura que tiene en sí razón; puesto que, como estamos en tiempo de discernir el vicio de la virtud, del mismo modo estamos rodeados por nuestros enemigos, esto es, por el demonio, y por nuestra propia carne y perversa sensualidad, que siempre impugna al espíritu. Mas con el amor de la virtud y el odio de los vicios los derrotaréis.

«La otra batalla os ha sido dada, en particular, por gracia, de la cual no todos fueron hechos dignos; a esta batalla os conviene ir armados no solamente de armadura corporal, sino de armas espirituales. Que si no tuviereis las armas del amor por el honor de Dios, y el deseo de adquirir la ciudad de las desdichadas almas infieles que no participan de la sangre del Cordero, poco fruto podríais adquirir con las armas materiales.

«Y por ello quiero que con toda vuestra compañía os pongáis por objeto a Cristo crucificado, esto es, a su preciosa y dulcísima sangre, que fue derramada con tanto fuego de amor para quitarnos la muerte y darnos la vida...

«Aprended de aquel consumado y desangrado cordero que sobre la mesa de la cruz, no cuidando de fatigas ni de amarguras suyas, sino con deleite del alimento del honor del Padre y de nuestra salvación, se puso a comerlo sobre la mesa de la oprobiosa cruz. Y, enamorado del honor del Padre Eterno y de la salvación de la humana generación, está firme y constante en ella y no se mueve por fatigas ni por desgarramientos, ni injurias, ni escarnios, ni villanías, ni por nuestra ingratitud... El Rey nuestro hace como verdadero caballero que persevera en la batalla hasta derrotar a los enemigos. Y, al tomar aquel alimento, con la carne suya flagelada derrotó al enemigo de la carne nuestra; con verdadera humildad –humillándose Dios al hombre), con la pena y el oprobio derrotó a la soberbia, las delicias y estados del mundo; con su sabiduría venció la malicia del demonio. Tanto, que con la mano desarmada, atravesada y clavada en la cruz, venció al príncipe del mundo, teniendo por cabalgadura el leño de la santísima cruz.

«Vino armado este nuestro caballero con la coraza de la carne de María, cuya carne recibió en sí los embates para reparar nuestras iniquidades. El yelmo de su cabeza fue la penosa corona de espinas, hincadas hasta el cerebro. Su espada, la llaga del costado, que nos muestra el secreto del corazón... La caña en la mano por burla y los guantes de las manos y las espuelas de los pies, son las llagas bermejas de las manos y de los pies de este dulce y amoroso Verbo. ¿Y quién lo ha armado? El amor. ¿Quién lo ha mantenido firme, atravesado y clavado en la cruz? No los clavos, ni la cruz, ni la piedra, ni la tierra, mantuvieron erguida la cruz, que no se bastaban para sostener a Dios y Hombre, sino el lazo del amor por el honor del Padre y por nuestra salvación. Nuestro amor fue la piedra que los irguió y mantuvo en alto. ¿Quién será aquel, de tan vil corazón, que contemplando a este capitán y caballero que permaneció al mismo tiempo muerto y vencedor, no se quite la debilidad del corazón y no se vuelva viril contra todo adversario? Ninguno. Y por ello os dije que os pusierais por objeto a Cristo crucificado».

Catalina estaba enardecida con el proyecto de la Cruzada. Las grandes causas la apasionaban. Sus palabras y arengas nos recuerdan el espíritu y la pluma de San Bernardo, dirigiéndose a los caballeros del Temple. Ella misma hubiera querido participar:

«Mirad –decía mostrando su túnica blanca–: qué bella sería si, por amor de Jesús, la sangre la enrojeciese!». De no serle posible ir, al menos, como le dice en carta a un conde, «haremos como Moisés, que el pueblo combatía y Moisés oraba;

y mientras él oraba, el pueblo vencía. Así lo haremos nosotros, siempre que nuestra oración le sea grata».

IX. Sus últimos días

La tenemos a Catalina en Roma, en una casa situada al pie del monte Pincio. Por la mañana, luego de asistir a la Santa Misa y hacer sus oraciones, venía el momento de la correspondencia. Paseando por su cuarto, deteniéndose a veces, dictaba de corrido. El secretario apenas si podía seguir el raudo fluir de sus palabras. En ocasiones debía recurrir a diversos amanuenses, dictando varias cartas a la vez. «Dictaba ya a uno, ya a otro, ya ocultando el rostro entre las manos, ya mirando al cielo con los brazos en cruz, ya entrando en éxtasis sin dejar de dictar».

Seguía siendo un alma enamorada, a ejemplo de San Pablo, mi Paoluccio, mi Pablito, como le llamaba cariñosamente, quien le había enseñado que la vida era una palio, una carrera, semejante a las que se corrían cada año en su Siena natal, y que le era preciso «cumplir en su carne lo que faltaba a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia» (cf. Col 1, 24). Esta frase parece haber sido su divisa durante el último período de su vida. Siempre rodeada de sus discípulos, de quienes se despedía con una «santa piccola tenerezza», su amor a Jesús se iba identificando cada vez más con los intereses de la Esposa del Señor.

En las últimas semanas, sus sufrimientos fueron misteriosos, escalofriantes, ofreciéndolos como siempre por la Iglesia. «A ti, Padre eterno, ofrezco de nuevo mi vida por tu dulce Esposa; arráncame de mi cuerpo y vuélveme a mi cuerpo cuantas veces quiera tu bondad, cada vez con más dolor que la anterior, para que pueda ver la reforma de tu dulce Esposa, la santa Iglesia». Los demonios la comenzaron a acosar, según lo atestigua en una de sus últimas cartas: «Poco tiempo después empezaron los ataques de los demonios, que me causaron tal espanto que estuve a punto de volverme loca. Se ensañaron conmigo como si yo, miserable gusano de la tierra, hubiese sido la causa de que hayan perdido lo que poseían en la santa Iglesia». En la madrugada del 1º de enero de 1380 se le oyó decir: «He ahí mi cuerpo, que he recibido de ti; tómalo y haz de él un yunque sobre el que triturar sus pecados».

Veía acercarse el fin. Entonces escribió una especie de testamento espiritual: «Oh Dios eterno, acepta el sacrificio de mi vida por el cuerpo místico de la santa Iglesia. No puedo darte sino lo que tú me has dado, toma el corazón, toma ese corazón y oprímelo sobre el rostro de la Esposa». Era aquel corazón que un día le entregara Cristo en cambio del suyo.

«Entonces el Eterno –prosigue–, mirándome con benignidad, tomó mi corazón y lo apretó contra la santa Iglesia... Los demonios redoblaron su furor como si hubiesen sufrido insoportable dolor... Y ahora sólo añadido: gracias, gracias sean dadas al Dios soberano y eterno que nos ha colocado en el campo de batalla para luchar como valientes caballeros por su Esposa con el escudo de la santa Fe».

Su salud empeoraba día a día. El poco alimento que era capaz de recibir le causaba dolores indecibles. Consumida por una sed ardiente, no podía tomar ni un sorbo de agua. Desde que estaba en Roma, acostumbraba ir todos los días a la basílica de San Pedro, la antigua basílica que había hecho Constantino, para rezar ante la tumba del Apóstol. Al llegar al pórtico, solía quedarse contemplando el mosaico de Giotto, que se conserva en la nueva fachada, y que representa la navicella, la nave de la Iglesia, la barca de Pedro. El pensamiento de Catalina se concentraba en este símbolo. Era la carga que pretendía llevar: la Navicella. La palabra navicella se repite una y otra vez en la oración que rezó el 18 de enero, día de la fiesta de la cátedra de San Pedro.

El 29 de enero, nos cuenta Barduccio, uno de sus discípulos, hacia la hora de Vísperas, Catalina se arrodilló ante aquel mosaico de Giotto. Sus dos grandes ojos

brillaban con vivo resplandor; los labios finos se movían débilmente para rezar. Sus manos delgadas, cruzadas con fervor, semejaban la llama inmóvil de un cirio; su silueta era blanca, resplandeciente e inflamada, como una antorcha cultural. A su lado estaban arrodillados sus seguidores, rezando con ella, pero volviendo con frecuencia la mirada hacia su amada madre espiritual, la dulce venerabile mamma. De pronto la vieron caer, como abrumada por un inmenso peso. Quisieron levantarla, pero era casi imposible. Jesús había puesto sobre sus débiles hombros la Navicella, el navío de la Iglesia y todos los pecados que lleva a bordo. Era el anuncio del fin. La llevaron costosamente hasta su casa. Ya no se recuperaría más.

La vivienda donde entonces se alojaba era un pequeño cuartito cercano a la iglesia de Santa María sopra Minerva. Allí la reclinaron sobre unas tablas que le servían de lecho. Ella lamentaba que fray Raimundo no estuviese allí. Pero sí lo estaba doña Lapa, su vieja madre, junto con sus discípulos.

La Santa tenía plena conciencia de que la muerte estaba a las puertas. «Estad seguro –le dice al P. Bartolomé Dominici– de que si muero, la única causa de mi muerte es el celo por la Iglesia que me abrasa y me consume». Se despidió de sus allegados y de su madre, a quien pidió la bendijera por última vez. Ella, a su vez, le rogó a Catalina su bendición. «Tú me llamas, Señor –dijo con voz tenue–, yo voy a ir a ti. Voy a ti, no por mis méritos, sino gracias a la misericordia que imploro en virtud de tu sangre... ¡Oh Sangre! ¡Oh Sangre!». E inclinando su cabeza, murió como había deseado, «consumida de amor por la dulce Esposa de Cristo». Era el 29 de abril de 1380. Tenía 33 años.

Si bien Catalina es una santa bastante desconocida en la actualidad, sin embargo la Iglesia le ha rendido grandes honores en el curso de la historia. En 1383, su cuerpo fue solemnemente transportado a la iglesia de Santa María sopra Minerva, en Roma, y allí reposa bajo el altar mayor. La cabeza, en cambio, se conserva en su Siena querida, en la basílica de Santo Domingo, tan frecuentada por ella en sus mocedades. Fue el papa Pío II, también él oriundo de Siena, quien la canonizó el año 1461. Su fiesta litúrgica se celebra el 29 de abril. Pío IX, que tanto la veneraba, la declaró copatrona de la ciudad de Roma, juntamente con los apóstoles Pedro y Pablo. En 1939, Pío XII la proclamó Patrona de Italia, en compañía de San Francisco de Asís.

Pablo VI, por su parte, en un gesto tan insólito como trascendente, la declaró Doctora de la Iglesia Universal, junto con Santa Teresa. Decimos que fue una medida insólita ya que hasta entonces ninguna mujer había recibido tal título en la Iglesia.

En la homilía que el Papa pronunció con motivo de dicha proclamación, tras declarar que Santa Catalina se encuentra entre los más grandes y originales santos que la historia recuerda, evocó algunas de sus actuaciones apostólicas, especialmente sus denodados esfuerzos para que los Papas retornaran de Aviñón a su sede natural. «El éxito que finalmente obtuvo –dice– fue verdaderamente la obra maestra de su intensa actividad que seguirá siendo su gran gloria a lo largo de los siglos y constituirá un título muy especial al eterno reconocimiento de la Iglesia». También se refirió en su homilía a la preocupación de la Santa en favor de la reforma de la Iglesia, no entendiéndola por ella «la destrucción de sus estructuras esenciales, ni la rebelión contra los Pastores, ni la vía libre a los carismas personales, ni las innovaciones arbitrarias en el culto y en la disciplina, como algunos querrían en nuestros días». Finalmente destacó el aspecto místico de su figura. Ella es, para el Papa, «la mística del Verbo encarnado y sobre todo de Cristo crucificado», así como «la mística del Cuerpo místico de Cristo».

Más recientemente, en octubre de 1999, el papa Juan Pablo II la declaró Patrona de Europa, juntamente con Santa Brígida de Suecia y Santa Teresa Benedicta de la Cruz –Edith Stein). Se unen así a los tres Patronos anteriormente proclamados, San Benito, San Cirilo y San Metodio.

Condecoraciones bien merecidas, por cierto. Cuando se considera la gran figura de Catalina, resulta inevitable sentirse pequeño, mezquino, muy poca cosa. La reciedumbre de su personalidad, el vuelo de sus proyectos, su visión grandiosa de todo, siempre a la luz de la eternidad, sus *voglio viriles*, hechos de sangre y de fuego, las intervenciones de Dios a lo largo de su vida, todo ello hace que su figura nos resulte gigantesca, demasiado grande, quizás. Pero Catalina fue así. Querer empedqueñecerla, recortarle lo «desmesurado» a la medida de nuestra mediocridad, con la excusa de hacerla más «humana», acentuar algunos defectos o lagunas de su personalidad como para hacer perdonar su aparente desmesura, no parece honesto. Mejor es comportarse al revés: ir acostumbrando la retina a sus fulgurantes dimensiones.

Al término de la biografía que le dedica Jacques Leclercq, le arguye que es tan extraordinaria que pareciera desanimar a los que aspiran a la perfección. Pero enseguida agrega que ella nunca nos ha pedido que la imitemos. No nos será posible hacerlo, por cierto, en la excepcionalidad de su vocación, a la que correspondieron medios y caminos poco comunes. Por lo demás, no radica en ello la santidad, y por ende tampoco la imitabilidad. Cada alma tiene su derrotero, propio e intransferible. Ni siquiera a Cristo, que se dijo «Camino», hay que imitarlo materialmente. Pero lo que sí podemos imitar de Catalina es su entrega generosa e incondicional al cumplimiento de la «idea» que Dios tuvo de ella desde toda la eternidad. Eso sí está a nuestro alcance, con la ayuda de la gracia.

Obras Consultadas

Santa Catalina de Siena, *El Diálogo*, BAC, Madrid 1955.

Cartas Políticas, Losada, Buenos Aires 1993.

Johannes Jørgensen, *Santa Catalina de Siena*, Acción, Buenos Aires 1993.

M. V. Bernadot O.P., *Santa Catalina de Siena al servicio de la Iglesia*, Studium, Madrid 1958.

Jean Rupp, *Docteurs pour nos temps: Catherine et Thérèse*, Ed. P. Lethielleux, Paris 1971.

Jacques Leclercq, *Santa Catalina de Siena*, Patmos, Madrid 1955.

Voglio

Quiero, Señor, tu corazón doliente
–abierto el pecho como tierra arada–.
Quiero ser yunque si tu mano alzada
castiga en él la furia impenitente.
Quiero la sangre, el fuego, el refulgente
crujir de los aceros, la afilada
impaciencia de la noche silente,
y el vilo del pendón en la alborada.
Quiero el dolor materno al mediodía,
pues con dolor mi redención espero.
Los estigmas del Hijo en la agonía,
que me seáis viriles: eso quiero.
Tú, el obispo de Roma, el derrotero
de la Nave, su timón vigía,
no naufragues temblando en esta ría,
quiero verte soldado arcabucero.
Tú, Cardenal, o Rey, o acaso Nuncio,
habites en Florencia, Roma o Francia,
empápate en la luz y en el anuncio
de la Verdad que es lumbre y es fragancia.
Quiero del centinela la constancia
cuando el misterio trinitario anuncio.
O si en el canto tu loor pronuncio
me asista el don de la perseverancia.
Quiero la conversión de los herejes.
La llama que enardece esta locura
de llevar la bandera hasta la altura
en que la Cruz te abraza con sus ejes.
Esta aldeana de Siena que se empeña
en querer siempre porque Dios lo quiere,
hoy se sabe partir y es tan pequeña,
que te quiere, Señor, porque se muere.

Antonio Caponnetto

5 ISABEL LA CATÓLICA

Fernando e Isabel fueron quienes pusieron las bases de la España moderna. Es cierto que inmediatamente hay que aclarar que la Edad Media se prolongó en España durante mucho más tiempo que en el resto de Europa. Por eso no es de extrañar que encontremos aún en los Reyes Católicos rasgos medievales, como son, por ejemplo, el espíritu de Cruzada, el carácter itinerante de su monarquía, la concepción de la autoridad como administradora nata de la justicia, etc. El espíritu medieval quedará simbolizado en el estilo arquitectónico de aquel tiempo, correspondiente al último gótico español. Con todo, estamos ya en la época del Renacimiento, al que accede la España de Isabel, si bien con una huella específicamente española.

Resaltemos de entrada la nobilísima ascendencia de Isabel, porque sin duda no habrá dejado de influir en su temperamento. Su árbol genealógico empalma con Alfredo el Grande, Guillermo el Conquistador, los reyes ingleses Plantagenet, San Luis de Francia, y sobre todo San Fernando de Castilla, cuya corona de oro, reluciente de piedras preciosas, llevaría sobre su frente en ocasiones solemnes. Y aquí sí que nobleza obliga.

I. La educación de Isabel

Cuando contaba 11 años, Isabel fue confiada a la corte de Enrique IV, su hermanastro, donde imperaba un ambiente frívolo, de fiestas, espectáculos, intrigas y escándalos de todo tipo. Isabel trató de tomar distancia de aquel medio tan mundanizado, en el grado en que se lo permitían sus posibilidades. Su hermanastro era poco menos que un degenerado, conocido en toda Europa como Enrique el Impotente. Si bien se declaraba cristiano y asistía a Misa, sus predilecciones recaían sobre moros, judíos y cristianos renegados, enemigos de la fe católica. Se decía que durante las comidas, su pasatiempo favorito era la invención de blasfemias y bromas obscenas sobre la Sagrada Eucaristía, la Santísima Virgen y los santos. Habiendo derrochado el dinero del Estado para agrandar a sus favoritos, el país estaba al borde de la bancarrota. Los usureros arrancaban a los agricultores y comerciantes hasta la última moneda. Los caminos estaban atestados de bandidos.

En semejante ambiente se vio obligada Isabel a transcurrir su adolescencia, tratando de formarse como podía. Entre otras cosas, aprendió a andar a caballo y a cazar. Pero por sobre todo se las ingenió para adquirir una cultura muy sólida. Aprendió a hablar con precisión el castellano, así como a escribirlo con expedición, e incluso, cierta esbeltez; estudió retórica, poesía, pintura e historia. Las traducciones españolas de la Odisea y de la Eneida eran comunes en la corte. Aprendió a bordar dibujos en telas y terciopelos, llegando a ilustrar pergaminos con caracteres góticos; en la catedral de Granada se conserva un misal decorado por ella, así como ornamentos confeccionados para el altar de su capilla privada. Inicióse también en la filosofía, con la ayuda de algunos preceptores que habían estudiado en la Universidad de Salamanca; gracias a ellos aprendió la filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino.

Había heredado de sus padres el gusto por las canciones populares, a través de las cuales conoció la heroica resistencia de sus antepasados en las cruzadas contra los infieles. De ahí su afición por los libros de caballerías. Aunque la generalidad de los mismos tenía origen extranjero, por aquel entonces eran especialmente conocidas dos novelas: Curial e Güelfa y Tirant lo Blanc; la segunda, impresa en 1490, fue considerada por Cervantes «el mejor libro del mundo». Asimismo leyó el Amadís de Gaula de García Rodríguez de Montalvo; si bien el tema de esta novela procedía del ciclo de Arturo, sus elementos fundamentales eran bien españoles, y

en las hazañas del Amadís los caballeros que libraban la guerra contra los moros veían trasuntarse el modelo de las suyas.

Como puede verse, Isabel recibió una educación esmerada, la propia de los nobles de aquella época en España, a pesar del negligente abandono en que la tenía el Rey, y las apremiantes necesidades económicas en que se veían tanto ella como su madre, al punto de llegar a veces hasta carecer de alimento y de vestido, obligadas a vivir casi como campesinas. Ello contribuiría, sin duda, a aquella sobria reciedumbre que fue tan propia del carácter de Isabel.

II. Isabel, mujer

Con todo su coraje y determinación, Isabel sería siempre muy fememina. Ni el ejercicio del gobierno, ni las rudas guerras en que se vería involucrada, y que, en ocasiones, la tendrían de protagonista, resultaron en detrimento de su condición de mujer, de esposa y de madre. Es cierto que su matrimonio con Fernando fue decidido más por motivos políticos que por verdadero enamoramiento; sin embargo le quiso de manera entrañable.

Y aunque Fernando, a pesar de amarla sinceramente, le fue infiel en diversas ocasiones, ella, más allá del justo celo que semejante actitud encendía en su alma tan delicada, le mantuvo la exclusividad del amor, tratando de que el hogar se cimentase en un sólido vínculo conyugal. La unión de Fernando e Isabel encontró expresión heráldica en sus emblemas, el yugo y las flechas. Y también en sus testamentos, ya que ambos dispondrían que sus cuerpos fuesen sepultados uno junto al otro para que, como diría Isabel, «el ayuntamiento que tuvimos viviendo... espero que lo tengan y representen nuestros cuerpos en el suelo». Así yacen hoy en la Capilla Real de Granada.

Amor conyugal. Pero también amor maternal, ya que Isabel veló cuidadosamente por la formación de sus hijos y se ocupó de la educación de cada uno de ellos, ofreciéndoles el ejemplo de su conducta y custodiando la atmósfera del hogar y de la corte, de modo que no se repitiese la triste experiencia que ella debió soportar en lo de su hermanastro. Les enseñó las normas del trato social, la literatura, la música, y a las hijas las inició en el huso y el bordado. Pero por sobre todo, procuró que recibiesen una formación integral, cristiana y humanística. Sus hijos llegaron a dominar con maestría el latín, suscitando la admiración de humanistas tales como Vives y Erasmo.

Mas Isabel no fue una mujer común, ni sólo una esposa y una madre ejemplar. Fue también una Reina. Aunque era sencilla en sus gastos y en su vida privada, sabía bien que sus súbditos, particularmente como consecuencia del largo contacto con los moros, amaban el brillo de la Corte y las ceremonias majestuosas. Y así, no la movía en modo alguno la vanidad cuando, resuelta a hacer respetar el trono por todos sus vasallos, se mostraba en las funciones públicas con los más esplendorosos atuendos, quedando el pueblo absorto y deslumbrado ante tanta majestad. Mostrábase remisa, es cierto, a conceder, con facilidad grandes honores, pero cuando lo hacía, en razón de méritos verdaderos, sus gratificaciones eran realmente generosas, como de mujer magnánima y magnificente a quien no agradaban los términos medios.

Hoy nos parece extraño que una mujer haya desempeñado un papel tan relevante en la historia. Y eso que estamos en tiempos de exaltación feminista. Es que, como vemos, contra lo que vulgarmente se piensa, en la Edad Media las mujeres de talento tuvieron gran ascendiente e influjo social. Fueron numerosas las mujeres medievales que administraron Estados, gobernaron ciudades y provincias, mientras sus maridos estaban ausentes, luchando en las Cruzadas.

Y ya hemos dicho cómo la España de Isabel prolongaba, en sus esencias, la cosmovisión medieval. Las costumbres de los musulmanes, contra los cuales Isabel llevaría adelante una guerra sin cuartel por el dominio de España, no concedían a la

mujer la posición privilegiada que siempre ocupó en la civilización cristiana. El Corán apenas si la considera como ser humano; dividiendo a la humanidad en doce estratos, ubica en el undécimo a los ladrones, brujos, piratas y borrachos, y en el más bajo, el duodécimo, a las mujeres.

III. El espíritu religioso de Isabel

Isabel fue una mujer de fe sólida y corazón ardiente. Nos relatan las Crónicas que «acostumbraba a decir todas las horas canónicas cada día, además de otras devociones que tenía». Pero más allá del cumplimiento de un conjunto de prácticas, se destacaba por su concepción cristiana de la vida, porque sus reacciones eran siempre sobrenaturales. Cuando tenía que enfrentar algún problema, especialmente si era arduo, ponía humildemente sus dificultades a los pies de Dios; pero, luego de apelar a El con toda su confianza, procedía a cumplir su parte con una energía sin igual en la historia.

En 1497 don Juan, su único hijo varón, llamado a heredar el trono, enfermó de gravedad. La Reina estaba realmente consternada. La enfermedad avanzaba más y más. Un día se le acercó su marido. No sabía cómo darle la terrible noticia. Sólo atinó a decirle: «El está con Dios». Ella, inclinando la cabeza, exclamó: «Dios nos lo dio y Dios se lo ha llevado. ¡Bendito sea su santo Nombre!».

Uno de sus primeros cuidados luego de sentarse por primera vez en el trono, fue recabar la asistencia espiritual de un confesor. ¿A quién elegir? Tras diversas averiguaciones, supo que un fraile jerónimo, Hernando de Talavera, prior de un monasterio situado en las afueras de Valladolid, había predicado un notable sermón a los religiosos de su convento, exhortándoles vehementemente a la renovación espiritual. La Reina le pidió que lo escribiera y se lo remitiera, pero adaptado a las necesidades personales de su alma.

Isabel quedó encantada al leer dicho escrito, y más encantada aún al conocer personalmente a su autor. Tras una prolongada conversación con él, le pidió que la oyera en confesión. Por aquellos tiempos era costumbre que cuando los príncipes y los reyes acudían al sacramento de la penitencia, no sólo ellos se arrodillasen, sino que también debía hacerlo el confesor. Sorprendió a Isabel, por tanto, que fray Hernando la recibiera sentado en el confesonario. «Entrambos hemos de estar de rodillas», le dijo la Reina. «No, señora –respondió él con firmeza–, sino que yo he de estar sentado y Vuestra Alteza de rodillas, porque es el tribunal de Dios y hago yo sus veces». La Reina calló y se puso de rodillas. Luego comentaría: «Este es el confesor que yo buscaba».

Isabel se entendió con este sacerdote a las mil maravillas. Lo consultaría una y otra vez sobre cuestiones muy diversas. Llegó incluso a pedirle que escribiera para ella un tratado de mística, en base a la doctrina de San Juan, santo de su especial devoción. Se dice que fue su predilección por ese santo evangelista lo que la indujo a que su escudo heráldico estuviese como amparado por las alas extendidas de un águila, que es el símbolo del apóstol San Juan. El P. Hernando de Talavera sería consejero de la Reina durante 29 años.

IV. Isabel, estadista

Tanto Isabel como Fernando fueron notables gobernantes. Baltasar Gracián alabaría la figura de Fernando dedicándole una de sus obras bajo el nombre de El político. Fernando Vizcaíno Casas, en su magnífico libro sobre Isabel, destaca la increíble capacidad de trabajo de los Reyes Católicos, y su pasmosa multiplicación. Incluso con óptica actual, sus continuos desplazamientos, sus viajes incontables, aquel coincidir en el tiempo su presencia en combates, audiencias judiciales, reuniones diplomáticas, actos públicos, firmas de tratados, ceremonias religiosas, siempre de aquí para allá, resulta difícil de comprender. Y conste que lo hicieron con admirables resultados.

Cuando se descubre América, y los dominios de España se amplían en tan alto grado, dicha expansión fue acompañada por un admirable acrecentamiento de la actividad legislativa y cultural. Innumerables pragmáticas, cartas, ordenanzas y cédulas dieron cauce a la vida política de los españoles. Entre las promulgadas entre 1492 y 1495 merecen citarse las que regulaban los estudios en la Universidad de Salamanca, las penas contra los blasfemos, la declaración de los requisitos necesarios para que los letrados ocuparan cargos en la justicia, los privilegios de los clérigos, las normas para medida y ventas de paños y sedas, las penas que merecían los pecados contra natura, las multas por juegos prohibidos, etc.

Como puede verse, se trata de un monumento legislativo, y lo nombrado es sólo parte del mismo, abarcando desde asuntos de administración local a otros universitarios, fiscales, agrícolas y de obras públicas, sin olvidar las ordenanzas laborales y hasta el problema de los homosexuales. En lo que hace al campo internacional, Madrid adquiere rango destacado con tales Reyes. La Corte, radicada en dicha ciudad, es testigo de una importante afluencia de embajadores y diplomáticos de las principales potencias europeas, lo que constituye un reconocimiento expreso de la importancia lograda por Castilla en la política continental.

Por lo que toca más concretamente a Isabel, hemos de destacar sus relevantes dotes de estadista. Durante largas temporadas vivió casi constantemente a caballo, recorriendo sus reinos de un confin al otro, pronunciando discursos, celebrando juntas, dictando cartas a sus secretarios durante la noche, presidiendo el tribunal por la mañana, juzgando ladrones y asesinos, etc.

Cuando era preciso, sabía imponerse resueltamente. En cierta ocasión estalló un motín en Segovia. Ni bien se enteró, montó a caballo, y cubrió en un día los cien kilómetros que la separaban de aquella ciudad. Cubierta de polvo se abrió paso entre los revoltosos: «Yo soy la Reina de Castilla –les dijo–, y no estoy acostumbrada a recibir condiciones de súbditos rebeldes». Otra vez, en que el alcalde de Trujillo se rehusaba a entregarle las llaves de la fortaleza, Isabel se dirigió hacia allí llena de indignación: «¿E yo tengo de sufrir la ley que mi súbdito presume de ponerme? ¿E dejaré yo de ir a mi ciudad? Por cierto, ningún rey lo hizo ni menos lo faré yo». Y ordenó traer la artillería.

Consciente de su dignidad cual representante de Dios en el orden temporal, se mostró también noblemente altiva en sus relaciones con la autoridad espiritual. La elevación al solio pontificio de Alejandro VI, de costumbres tan poco edificantes, la puso en un aprieto. Para ella era el Papa, y como tal, le merecía el mayor respeto y sumisión religiosa, pero eso no significaba que debiera aprobar su conducta licenciosa ni sus procederres tortuosos. Con motivo de haberse celebrado en Roma, con toda fastuosidad, las bodas de Lucrecia Borja, hija del Papa, Isabel citó al nuncio apostólico, y despidiendo de su despacho a secretarios y ayudantes, se quedó sola con él, cerrando la puerta por dentro, algo del todo insólito en su proceder habitual. Entonces le expresó al nuncio su desazón ante las cosas que oía decir del Papa. Sin embargo, el Sumo Pontífice jamás rompió con ella; al contrario, recibía con humildad sus reconveniones, y la ayudó con empeño en varios de sus proyectos, como veremos más adelante.

V. Isabel, justiciera

Cuando Isabel y Fernando subieron al poder, la situación en Castilla era desastrosa. Un cronista de la época la describe sin tapujos:

«Cruelísimos ladrones, homicidas, robadores, sacrilegos, adúlteros y todo género de delincuentes. Nadie podía defender de ellos sus patrimonios, pues ni temían a Dios ni al rey; ni tener seguras sus hijas y mujeres, porque había gran multitud de malos hombres. Algunos de ellos, menospreciando las leyes divinas y humanas, usurpaban todas las justicias. Otros, dados al vientre y al sueño, forzaban notoriamente casadas, vírgenes y monjas y hacían otros excesos carnales. Otros cruelmente salteaban, robaban y mataban a mercaderes, caminantes y

hombres que iban a ferias. Otros que tenían mayores fuerzas y mayor locura, ocupaban posesiones y lugares de fortalezas de la Corona real y saliendo de allí con violencia, robaban los campos de los comarcanos; y no solamente los ganados, mas todos los bienes que podían haber. Asimismo cautivaban a muchas personas, las que sus parientes rescataban, no con menos dineros que si las hubiesen cautivado moros u otras gentes bárbaras, enemigas de nuestra santa fe».

El cuadro no podía ser más dramático. Como se sabe, en las monarquías tradicionales la justicia era una de las funciones propias e inalienables de los reyes. Gómez Manrique, poeta y político del siglo XV, y uno de los hombres más escuchados por Isabel, recomendó a la Reina que se preocupase menos de rezar y más de hacer justicia, porque de ella, al final del camino, habría de rendir cuentas.

Isabel, juntamente con Fernando, tomaron el consejo con toda seriedad, en la convicción de que el restablecimiento del respeto a la ley constituía una de sus principales tareas. Y lo hicieron con un rigor que sabían justificado por la anarquía dominante.

En unas Cortes convocadas en 1476, resolvieron restablecer una vieja institución caída en desuso: la Santa Hermandad. Tratábase de una especie de policía formada por voluntarios, que había aparecido en el siglo XIV para defender los derechos locales del pueblo contra la Corona, acabando por convertirse en un instrumento coactivo de la nobleza. Isabel decidió transmutar esa milicia ya herrumbrosa de las clases privilegiadas en un instrumento de la justicia al servicio de la autoridad real. Y así estableció una fuerza de dos mil caballeros a las órdenes de un capitán general, con ocho capitanes bajo su mando. Cada cien familias debían mantener aun caballero bien equipado, dispuesto a salir en cualquier momento en persecución de un bandolero. Los jefes de la Hermandad tenían poder para dictaminar justicia, previa defensa del acusado, y en algunos casos, cuando las evidencias eran incontrovertibles, les era lícito hacerlo de manera sumaria.

Este tipo de justicia, directa y rápida, era algo natural en aquel tiempo. Las simpatías que Enrique el Impotente había mostrado en favor de los asesinos, los Reyes Católicos la reservaban para la víctima, su viuda y sus hijos, para las mujeres violadas, para las familias afectadas por el bandolerismo. Bien señala T. Walsh que en este terreno los españoles no fueron más crueles que otros pueblos occidentales, por ejemplo los ingleses de aquella misma época. Incluso un siglo después, se lee en el informe de un cronista inglés que todos los años eran colgados de 300 a 400 bandidos, y que durante el reinado de Enrique VIII murieron 72.000 personas en la horca, solamente por haber robado.

Tanto Isabel como Fernando iban de ciudad en ciudad, a veces juntos, otras separados, haciendo justicia efectiva y veloz. A semejanza de San Luis de Francia, la joven reina tenía la costumbre de presidir bajo dosel las sesiones de los tribunales; oía demandas y denuncias, procuraba reconciliaciones, castigaba a los culpables con diversas penas, que llegaban en algunos casos a la condena a muerte, y cabalgaba luego hasta el siguiente lugar. Se la sabía imparcial e incorruptible.

Aunque en diversas ocasiones necesitase urgentemente dinero, por ejemplo para llevar adelante la lucha contra los moros o la conquista de América, rehusó siempre cualquier tipo de soborno de parte de los criminales acaudalados. Un noble poderoso, llamado Alvar Yáñez, que había asesinado alevosamente a un notario, ofreció a la Reina la enorme suma de 40.000 ducados si le perdonaba la vida. Algunos de sus consejeros, sabedores de las ingentes necesidades del tesoro real, le aconsejaron que aceptara. Pero la Reina «prefería la justicia al dinero», como dice el cronista. Ese mismo día hizo cortar la cabeza de Yáñez y, para evitar la sospecha de motivos subalternos, distribuyó sus bienes entre los hijos del asesino, aunque muchos precedentes le autorizaban a confiscarlos para las arcas reales.

En cierta ocasión llegó a oídos de Isabel la noticia de que en Sevilla reinaba un estado de corrupción generalizada. Inmediatamente anunció que se dirigiría a esa ciudad, y que todos los viernes, según la costumbre de sus antepasados, presidiría un tribunal público, y administraría justicia en todas las causas criminales y civiles. Llegó la Reina a la ciudad y se dirigió a la Catedral, como era habitual en ella, para dar gracias a Dios e implorar su inspiración y ayuda. Luego fue al Alcázar, que era el antiguo palacio real de los moros, y preguntó por el sitio de juez que había honrado San Fernando. Evidentemente quería empalmar la justicia que se prestaba a ejercer con la que había practicado su santo predecesor.

Mientras los notables de la ciudad iban de un lado para el otro, organizando todo para agasajarla con fiestas, banquetes y corridas de toros, ella serenamente pensaba en colgar a algunos de ellos. Durante los dos meses siguientes, todos los viernes, quienquiera que tuviese alguna denuncia podía dirigirse a la Sala de los Embajadores, donde la joven reina se hallaba sentada en el sitio de San Fernando, sobre un estrado cubierto de alfombras multicolores, contra un piso de baldosas moras o azulejos. Cada petición era recibida por alguno de sus secretarios, éste la confiaba a uno de los consejeros de la Reina, sentados a su lado, aunque en nivel inferior, quienes debían examinar el caso diligentemente y pronunciar su veredicto en el plazo de tres días.

Así los soldados fueron capturando a malhechores grandes y pequeños, ricos y pobres, de todos los barrios de la ciudad y sus suburbios, y llevándolos frente a ese tribunal. Quienes resultaban condenados podían siempre apelar a la Reina como última instancia. Los principales delincuentes fueron colgados sin mayores ceremonias, después de darles tiempo para confesarse.

Cuando se percataron de que la cosa iba en serio, algunos malhechores poderosos se acercaron a la Reina con buenas palabras, intentando sobornarla para tratar de que amainara en su intento. Pero Isabel se mostró inexorable, y entonces aquéllos que no habían sido denunciados comenzaron a huir de sus casas por la noche.

Eran tantas las familias que se hallaban comprometidas, que el anciano obispo de Cádiz creyó conveniente ir a la Reina, acompañado de una multitud de esposas, hijos, padres y hermanos de los fugitivos. Respetuosamente le hizo notar que bajo un gobierno disoluto como había sido el de Enrique, era natural que la gente se hubiese corrompido, inclinándose a la delincuencia. De ahí que difícilmente hubiera una familia en Sevilla que no tuviera algún miembro criminal, o en alguna forma cómplice de crimen. La Reina escuchó con atención el discurso del obispo que la exhortaba a pasar de la justicia a la misericordia, y entendiendo que ya había alcanzado su propósito, accedió al pedido, proclamando una amnistía general de todos los delitos, con excepción del de herejía.

Durante el gobierno de Isabel, los jueces y funcionarios fueron honrados como nunca lo habían sido antes. En 1480 se llevó a cabo la sistematización jurídica de leyes y pragmáticas anteriores, bajo la dirección del prestigioso jurista Alfonso Díaz de Montalvo. Allí se dejó establecida la necesidad de que los tribunales despachasen con celeridad los procesos, ofreciendo por cierto a los acusados todos los medios necesarios para su defensa, al tiempo que se establecieron penas rigurosas contra los jueces venales.

Modesto Lafuente, historiador español del siglo pasado, en su «Historia de España» deja en claro que el restablecimiento de la tranquilidad pública y del orden social, hubiese sido prácticamente imposible de lograr si la reina Isabel no hubiese dado

«tantos y tan ejemplares testimonios de su celo por la rígida administración de la justicia, de su firmeza, de su inflexible carácter, de su severidad en el castigo de los criminales; que, aunque acompañada siempre de la prudencia y la moderación,

hubiera podido ser tachada por algunos de dureza, en otros tiempos en que la licencia y la relajación fueron menos generales y no exigieron tanto rigor».

VI. Isabel y la cultura

Siempre que Isabel se veía libre de las preocupaciones de la justicia, y de las de la guerra, a que nos referiremos enseguida, se entregaba generosamente al fomento de las ciencias y las artes.

Bajo su alto patrocinio prosperaron los estudios de medicina, erigiéndose grandes hospitales en Granada, Salamanca y Santiago. Uno de los tutores del príncipe don Juan impulsó los estudios de arqueología, mientras el profesor Lebrija investigaba en Mérida los circos romanos. Isabel y Fernando fundaron asimismo varias universidades, entre ellas la de Alcalá de Henares, donde sentaron cátedra algunos de los más notables humanistas del Renacimiento. Erasmo pudo escribir: «Los españoles han alcanzado tal encumbramiento en literatura, que no sólo provoca la admiración de las naciones más cultas de Europa, sino que además les sirve de modelo».

El español tradicional, de manera semejante a los antiguos griegos, entendía que la música era parte esencial en toda educación, ya nadie se lo consideraba instruido si no era capaz de cantar o al menos de tocar algún instrumento. Especialmente se la juzgaba necesaria para los reyes y los príncipes.

«Por medio del canto –escribía el teólogo e historiador jesuita Juan de Mariana– pueden apreciar los príncipes cuán fuerte es la influencia de las leyes, cuán útil es el orden en la vida, cuán suave y dulce es la moderación en nuestros deseos. El Rey debe cultivar la música para distraer su espíritu, para atemperar la violencia de su carácter y armonizar sus sentimientos. Estudiando música, comprenderá que la felicidad de una república consiste en la exacta proporción y en el justo acuerdo de las partes».

Isabel amaba el arte como pocos, y a cualquier parte adonde fuera, llevaba músicos consigo. Incluso cuando iba a los campamentos militares transportaba cuarenta cantores escogidos de su coro, sin contar los violinistas, clavecinistas, flautistas, etc. Garcilaso de la Vega, su embajador en Roma, era un excelente arpista. Francisco Peñalosa fue uno de los músicos más famosos del coro papal de Roma, donde Palestrina, medio siglo después, establecería las bases de la gran polifonía.

Fue evidente la intención de Isabel de estimular todo lo que se refiriera a la cultura. En 1487 dio instrucción al alcalde de Murcia para que eximiera de toda clase de impuestos a Teodorico Alemán, uno de los primeros que había introducido en España el reciente invento de Gutenberg, «por ser uno de los principales factores del arte de hacer libros de molde». Gracias al apoyo oficial, la imprenta alcanzó rápida difusión, publicándose pronto traducciones de Plutarco, César, Plauto, Ovidio, Dante, Petrarca, y una Biblia políglota de gran nivel. Antonio de Nebrija, por su parte, editó una Gramática Castellana así como el primer Diccionario de la lengua. La aparición de colecciones de Cancioneros fomentó la afición del pueblo a la poesía, universalizándose el conocimiento de autores pasados y contemporáneos, como Jorge Manrique, el Marqués de Santillana, y otros.

Pero como la imprenta era un arma de doble filo, los Reyes establecieron la censura de libros, con la intención de preservar la fe católica y la moral pública, pero también de evitar las traducciones inadecuadas e incluso el falseamiento de los textos:

«Por cuanto muchos de los libros que se venden en el Reyno son defectuosos o falsos o apócrifos o están llenos de vanas o supersticiosas novedades, en adelante no se podrá imprimir ningún libro sin especial licencia del Rey o de persona por él debidamente autorizada».

VII. Isabel, guerrera

Hemos destacado las cualidades femeninas de Isabel, esposa y madre ejemplar. Pero ello no fue óbice para que se ocupase, y muy eficazmente, de cuestiones relacionadas con la guerra.

En el transcurso de las arduas luchas sucesorias que culminarían en la unidad de España, cuando Fernando luchaba en un extremo del Reino, ella lo hacía en el otro. A la vez que se ocupaba en los asuntos de gobierno, durante meses se la vio a caballo, galopando centenares de kilómetros para conseguir refuerzos, o para alentar a los suyos con su presencia, mientras proveía a sus soldados de los necesarios recursos económicos para llevar adelante las guerras, empeñando a veces sus propias joyas.

Especial trascendencia confería a la entrega de las fortalezas enemigas. En tales ocasiones, le gustaba acudir en persona, vestida de armadura y llevando al cinto la espada, como poco antes lo había hecho Juana de Arco. De este modo, alternando hábilmente el combate con la diplomacia, fue conquistando fortalezas y plazas adversarias, al tiempo que obtenía el sometimiento voluntario de los nobles hasta entonces más contrarios a la causa de los Reyes.

Como se sabe, fueron los Reyes Católicos quienes llevaron a término la vieja Cruzada contra los moros en España. Un breve excursus sobre lo acaecido en los casi ocho siglos que duró dicha guerra ayudará a entender mejor la parte que le tocó cumplir a Isabel.

A comienzos del siglo VIII, algunos judíos españoles que deseaban librarse de los príncipes cristianos, indujeron a los berberiscos a cruzar el angosto estrecho de Gibraltar y apoderarse de las tierras españolas. La invitación fue acogida en el año 709, y pronto la Península se vio arrasada por la espada de los infieles, los que lograron conquistar prácticamente toda España, excepto unas desguarnecidas montañas en el norte, donde se refugió un pequeño resto. Mas no se detuvieron los invasores en los Pirineos. Invadieron Francia, y hubiesen conquistado toda Europa si el año 732 Carlos Martel no los hubiera rechazado en Poitiers, tras una sangrienta batalla que duró ocho días. Siete siglos de lucha serían necesarios para recuperar, palmo a palmo, del poder del invasor, las tierras conquistadas. Año tras año, siglo tras siglo, los cristianos de España fueron empujando al enemigo hacia el Mediterráneo.

Aprendió Isabel, por los antiguos cancioneros, cómo uno de los Apóstoles de Cristo se había aparecido montado a caballo a los desfallecientes guerreros cristianos cerca de Clavijo, en el año 844, conduciéndolos a la victoria sobre los musulmanes. Era Santiago, el Apóstol, quien según la tradición predicó en España el Evangelio, y cuyo cuerpo, después de su martirio en Jerusalén, fue devuelto a España por quienes anteriormente lo habían acompañado, de acuerdo con la tradición hispánica, siendo venerado en el sepulcro de Compostela. Desde entonces dicho Apóstol sería el patrono de España y los cruzados correrían al combate al grito de «¡Por Dios y Santiago!».

Tras siglos de lucha –y así nos acercamos a la época de Isabel– el poder político de los musulmanes había quedado reducido al rico y poderoso reino de Granada, a lo largo de la costa del sur. Allí permanecían acantonados como constante amenaza de los reinos cristianos de Castilla y Aragón, ya que en cualquier momento podían traer del Africa nuevos contingentes, como lo habían hecho anteriormente, y reconquistar España.

Porque en el resto de Europa los musulmanes no se mostraban inactivos. Durante la niñez de Isabel habían llegado al Danubio, ocupado Constantinopla, la llave de Occidente, en 1453 –Isabel había nacido en 1451–, invadido el Asia Menor, alcanzado la baja Hungría, gran parte de los Balcanes y devastado Grecia. En una Europa que ya había perdido la cohesión propia del período de la Cristiandad, con

frecuencia los reyes y los príncipes anteponían sus propios intereses a los de la comunidad. Es cierto que un Papa tras otro instaron a los cristianos a unirse en defensa de sus familias y de sus patrias, pero nadie escuchaba sus exhortaciones, salvo los desdichados pueblos que se hallaban en la primera línea de combate. Entretanto, el terrible Mohamed II, conocido con el nombre de El Gran Turco y cuya sola mención provocaba terror en las aldeas europeas, se abría paso a través de Italia. y ahora sí que ya estamos en la época de Isabel.

La gran Reina comprendió que no se podía perder tiempo. Porque Mohamed seguía su avance y acababa de ocupar Otranto, en el reino de Nápoles, asesinando cristianos, sacerdotes y obispos, y arrojando sus cadáveres a los perros, ante la total apatía de los príncipes italianos. El pánico comenzó a cundir por los reinos españoles. La gente se preguntaba qué sucedería si los turcos avanzaban desde el este, y los moros que integraban el reino de Granada, ayudados por presuntos aliados provenientes del Africa, retomaban la iniciativa desde el sur.

No seguiremos en detalle los avatares de la ofensiva de los Reyes Católicos. Paso a paso, fueron ocupando diversas ciudades del reino moro de Granada, como Córdoba, Baza, Almería, etc. Benedictus qui venit in nomine Domini, cantaban los cautivos cristianos que salían de las mazmorras de sus opresores. Alarmados por los éxitos de Fernando e Isabel, el Sultán de Egipto y el Emperador de Turquía, Bayaceto II, olvidando sus antiguas diferencias, resolvieron iniciar una nueva arremetida contra la Europa cristiana, y convinieron que mientras Bayaceto enviaría una poderosa flota contra el reino de Sicilia, que a la sazón pertenecía a Fernando, el Sultán mandaría un fuerte ejército desde Africa a España, para reforzar a los moros de Granada.

Ante semejante peligro, el papa Inocencio VII promulgó una bula por la que convocaba a todas las naciones cristianas a colaborar en la cruzada de los soberanos españoles, otorgando indulgencias a cuantos se alistaran en esa lucha.

Si bien la llamada no tuvo el eco que se esperaba, con todo llegaron voluntarios de varias naciones cristianas, franceses, ingleses, irlandeses, y de otros países, integrando el ejército de más de 50.000 hombres que Fernando lanzó contra los moros. El Rey le pidió a su esposa que visitara el campamento, porque su presencia surtía siempre sobre las tropas un efecto estimulante. Así lo hizo, montada en una mula zaina, revistando a los guerreros que desfilaron ante ella. Uno de los caballeros que se acercó a saludarla fue lord Scales, conde de Rivers, cuñado del rey Enrique VII, quien traía consigo trescientos soldados ingleses para luchar en la Cruzada. El noble había sido herido en el sitio de Loja; una piedra arrojada por un moro le había destrozado los dientes. La Reina le expresó su pesar.

«Es cosa pequeña –respondió con humor el inglés– perder unos pocos dientes en el servicio de Aquel que me los dio todos. Nuestro Santísimo Señor, que ha construido toda esta casa, sólo ha abierto una ventana en ella, para ver más fácilmente qué pasa dentro».

Como es obvio, la mayor parte del ejército estaba integrada por españoles de distintas regiones: gallegos, leoneses, vascos, castellanos, aragoneses, valencianos, andaluces. La unidad de España se iba a consolidar en el campo de batalla. Muchos episodios jalonaron la gran ofensiva de los Reyes Católicos. Vizcaíno Casas nos los relata con la gracia que le caracteriza. Reseñemos algunos de ellos:

En una de las campañas por conquistar una ciudad en poder de los moros, los oficiales quedaron alarmados al descubrir que no era posible llevar hasta el frente de combate sus pesados cañones a través del sinuoso sendero que corría por las alturas de un elevado cerro. Enterada la Reina del obstáculo, al parecer inabordable, pidió un caballo y se dirigió a la montaña para inspeccionar personalmente el terreno. ¡Una montaña se interponía en el camino de sus nuevos cañones! Pues bien, dijo, hay que vencer a la montaña. Y entonces, bajo su dirección, seis mil

zapadores con palas y explosivos trazaron un nuevo sendero en la ladera de la montaña, tan alto y empinado que «un pájaro se podía mantener allí con dificultad». Día y noche trabajaron rellenando hondonadas, pulverizando rocas, talando árboles... Más de trece kilómetros de camino fueron tendidos en doce días, y los moros, que tanto se habían burlado de la contrariedad de los cristianos, vieron asomar una mañana los negros hocicos de las pesadas bombardas, que avanzaban lentamente, arrastradas por grandes bueyes, a través de la falda de la montaña.

Un día el Zagal, que era tío de Boabdil, el jefe de la plaza de Granada, pidió entrar en negociaciones con los Reyes Católicos; éstos mandaron para iniciarlas al comendador Juan de Vera, cordialmente recibido por Abu Abdallah en los salones de la Alhambra. Pero como uno de los nobles de la corte mora, conversando con el comendador, se permitiera alusiones obscenas a la Santísima Virgen, el caballero cristiano sacó la espada y de un tajo partió en dos la cabeza del blasfemo. Atacado por los compañeros de éste, se defendió en desigual lucha, hasta que llegó el Zagal y al enterarse de lo acaecido, presentó sus excusas a don Juan de Vera, castigando a los responsables de la afrenta. Cuando, al regresar al campo de los cristianos, contó aquél lo sucedido a su jefe, éste le escribió al moro dándole gracias, y regaló al comendador el mejor de sus caballos, por su firmeza en la defensa de la fe.

Otra anécdota. En cierta ocasión la Reina pasó revista a los soldados que asediaban la ciudad de Baza, en poder del enemigo, y como siempre, levantó inmediatamente el espíritu de la tropa. No satisfecha con eso, mostró su intención de recorrer las trincheras de la zona norte, en la primera línea del frente. Como dicha visita resultaba altamente peligrosa, ya que todo aquel sector estaba bajo el fuego enemigo, el marqués de Cádiz informó de los deseos de la Reina al jefe árabe Cid Hiaya, pidiéndole que mientras durase la inspección, suspendiera las hostilidades. No sólo aceptó el jefe moro tal proposición sino que, cuando Isabel, montada a caballo, estaba examinando las fortificaciones, salió de la ciudad el ejército musulmán, en formación de parada, los estandartes al vuelo y tocando la banda, con su príncipe al frente, en vestido de gran gala. Saludó con respeto a la reina católica desde su caballo y ordenó después a sus jinetes efectuar exhibiciones de destreza en homenaje a Isabel. Terminadas las cuales, se retiraron, tras saludar de nuevo cortesmente a la Reina. Cuando luego de enconadas batallas la plaza mora se rindió, los Reyes colmaron de honores a Cid Hiaya, que acabaría abrazando la fe católica y casándose con una de las damas de Isabel.

Nos cuentan las crónicas que en un intervalo entre los combates, y aprovechando un viaje que la corte hacía de Sevilla a Córdoba, el séquito hizo un alto en Moclín, para que el príncipe heredero don Juan, que a la sazón tenía doce años, fuese armado caballero. Su madre, la Reina, le revistió la cota de malla, las espuelas y la daga, dándole asimismo las monedas que tendría que ofrendar en el acto litúrgico correspondiente. A partir de entonces, el príncipe ya podía acompañar a sus padres en acciones de guerra.

Como dijimos antes, la conquista de Granada fue el acto terminal de la campaña. Los ocho meses que duró el sitio de esa ciudad fueron el marco de una serie de episodios caballerescos, de tipo medieval, que convirtieron el asedio en una especie de torneo prolongado. Conscientes ambos bandos de que la suerte de la ciudad estaba resuelta, los caballeros moros combatían con temerario valor, como si quisieran despedirse con exuberante grandeza del último reducto del Islam en España. Su heroísmo encontró una réplica igualmente gallarda en los caballeros cristianos, que prodigaron hazañas que pasarían al romancero.

La reina Isabel atendía personalmente todo lo relativo a la intendencia. Con su conocido sentido de la caridad cristiana, había montado un hospital de campaña, el primer hospital de sangre de la historia, al que llamaron «el hospital de la Reina». Asimismo, en torno al campamento real desde donde se dirigían las operaciones bélicas, comenzó a edificarse una verdadera ciudad, con edificios de mampostería y circundada por murallas. Sugirieron los oficiales que se denominara Isabela, pero la

Reina rehusó, proponiendo el nombre de Santa Fe, en atención a la causa que defendían sus soldados. El efecto psicológico que esta obra produjo en los sitiados de Granada fue decisivo, ya que en adelante no podían dudar de la firme determinación de los cristianos de no cejar hasta apoderarse de la capital mora. Santa Fe fue construida en ochenta días, con piedras traídas de las montañas cercanas.

Finalmente Granada se rindió. Fue un día de gozo indescriptible para los cristianos. La reina Isabel, el rey Fernando, el príncipe Juan, el cardenal Mendoza, fray Hernando de Talavera, los más preclaros capitanes del ejército, vistieron sus mejores galas, algunos de ellos incluso ataviados a la morisca. Todos miran con expectación hacia las imponentes torres de la Alhambra.

De pronto se escucha un clamor unánime, al tiempo que se disparan bombardas y morteros, y atruena el redoble de los tambores: en la torre más alta del palacio moro, la de la Vela, se ha alzado por tres veces la cruz de Cristo. E inmediatamente, también por tres veces, el pendón de Santiago y el estandarte real. Un heraldo de armas grita: «¡Santiago, Santiago, Santiago! ¡Castilla, Castilla, Castilla! ¡Granada, Granada, Granada, por los muy altos y poderosos reyes de España, don Fernando y doña Isabel...!» La Reina, emocionada, reclinó su cabeza sobre el hombro del Rey. Entonces se cantó solemne y sentidamente el Te Deum, seguido de disparos de artillería y sonar de trompetas.

En duro contraste con tanto gozo, algunos hombres habían contemplado la ceremonia con infinita tristeza. Eran los jefes moros. Boabdil, acompañado de su séquito, se acercó a Fernando, intentando besarle la mano, lo que este no consintió. Tras breves palabras, luego de besar las llaves de Granada, se las entregó al Rey, quien las pasó a doña Isabel, la cual se las dio al príncipe don Juan y éste al duque de Tendilla, que acababa de ser nombrado alcaide de la Alhambra. Eran las tres de la tarde del 2 de enero de 1492. Desde entonces, las campanas de las iglesias de Granada hacen sonar tres toques a esa exacta hora. Había terminado la secular empresa de la Reconquista. El Rey firmó un último parte donde comunicaba

«haber dado bienaventurado fin a la guerra que he tenido con el rey moro de la ciudad de Granada, la cual, tenida y ocupada por ellos más de 780 años, hoy, dos días de enero de este año de noventa y dos, es venida a nuestro poder y señorío...»

Entre los testigos directos de la rendición de Boabdil se encontraba un oscuro personaje que desde hacía años andaba merodeando por la Corte de los Reyes. Se llamaba Cristóbal Colón.

Cuatro días después de la capitulación, los Reyes entraron en la ciudad, y tras oír misa solemne, se dirigieron a la Alhambra y se sentaron en el trono de los emires. Fue éste, sin duda, uno de los días más felices de la vida de Isabel.

Fernando escribió a Roma anunciando la buena nueva. Inocencio VIII y todos los Cardenales se dirigieron procesionalmente hasta la iglesia española de Santiago para dar gracias a Dios. Cuando la noticia llegó a Inglaterra, el rey Enrique VII ordenó una procesión a la iglesia de San Pablo, donde el Lord Canciller usó de la palabra para ensalzar a Isabel y Fernando, y luego atravesaron la ciudad cantando el Te Deum. Toda Europa celebró el glorioso final de la guerra. Las campanas de las iglesias se echaron al vuelo y se encendieron fogatas desde el Mediterráneo hasta el mar del Norte.

La conquista de Granada no careció de posteriores episodios desagradables, ya que la supervivencia de los árabes en aquella ciudad, a quienes se les reconocía el derecho a mantener su religión y las prácticas correspondientes, suscitó serios problemas a la Corona. Es verdad que los Reyes pensaron que, con el tiempo, conseguirían atraerlos a la fe, y fray Hernando de Talavera, nombrado arzobispo de

Granada, se había entregado a dicha tarea con verdadero entusiasmo, hasta el punto de aprender el árabe, para poder predicar en su idioma a los antiguos súbditos de Boabdil. Sin embargo, pocos abjuraron de sus creencias.

En julio de 1499, los Reyes visitaron Granada. Millares de moros se apiñaron para presenciar su paso. El cardenal Cisneros, que llegó a los pocos días, se mostró hondamente preocupado al ver que ese territorio, si bien incorporado a la Corona de España, seguía siendo básicamente musulmán. Y entonces resolvió aplicar métodos expeditivos para acabar con lo que reputaba un grave peligro para la unidad de la fe. Comenzó reuniéndose con los alfaquíes, es decir, los doctores y sabios del pueblo islámico, para tratar de persuadirlos de que se convirtieran, en la esperanza de que su ejemplo arrastraría a la población en general. Los que así lo hicieron, se vieron colmados de favores; quienes se negaron, fueron encarcelados y puestos bajo el control de unos ayudantes de Cisneros, que alternaban los sermones con las palizas. Esto motivó numerosas conversiones, aunque con la sinceridad que podía preverse. Por otra parte, fueron quemados en público los libros islámicos de carácter religioso.

Como era de esperar, semejantes medidas provocaron la indignación de los musulmanes que querían permanecer fieles a su ley. Estallaron motines, el primero de ellos en 1500, que debieron ser duramente reprimidos, tras los cuales el Cardenal reiteró la misma táctica anterior, lo que dio lugar a una fuerte tensión entre los Reyes y Cisneros, a quien aquéllos achacaban «no haber guardado las formas que se le mandaron». Las cosas se pusieron más tirantes cuando se sublevaron los pueblos moros de las Alpujarras. Ante el peligro de que pudiesen ser socorridos desde el Africa, don Fernando encomendó a Garcilaso de la Vega una acción militar en toda regla; los rebeldes depusieron su actitud, pero el daño era ya irreparable.

A pesar de que entoncess los Reyes, sin dejar de exhortar a la conversión, dictaron normas ampliamente generosas, siguiendo una política de benevolencia, las insurrecciones se sucedieron, incluso con victorias sobre las tropas regulares. De ahí que en 1502 los Reyes juzgaran necesario promulgar un decreto por el cual se les daba a todos los moros residentes en los territorios de la Corona de Castilla un plazo para elegir entre la conversión o el exilio. Señala Vizcaíno Casas que la medida debe ser enjuiciada con la óptica del momento histórico en que se produce: cuando desde Roma se postula la Cruzada de toda la Europa cristiana contra los infieles, en España se estaba logrando, al menos radicalmente, la unidad religiosa, obstaculizada ahora por la actitud de los moros. Al decretar su expulsión, los Reyes Católicos creyeron cumplir con un deber de fidelidad a los deseos de la Iglesia.

VIII. Isabel y el problema judío

No es fácil esbozar la historia del pueblo judío en España. Seguramente había ya un gran número de judíos en tiempo de los visigodos. Luego de que muchos de ellos instaron a los árabes a venir del Africa y colaboraron con éstos para que pusiesen pie en España, abriéndoles las puertas de las ciudades de modo que pudiesen terminar rápidamente con los reinos visigodos, fueron premiados por los conquistadores, incluso con elevados cargos en el gobierno de Granada, Sevilla y Córdoba. Y así, en el nuevo estado musulmán alcanzaron un alto grado de prosperidad y de cultura.

La gradual reconquista de la Península por parte de los cristianos no trajo consigo ningún tipo de persecución para los judíos. Cuando San Fernando reconquistó Sevilla en 1224, les entregó cuatro mezquitas moras para que las transformasen en sinagogas, autorizándolos a establecerse en lugares privilegiados de la ciudad. con la sola condición de que se abstuvieran de injuriar la fe católica y de propagar su culto entre los cristianos. Los judíos no cumplieron estos compromisos, pero aun así no fueron contrariados, e incluso algunos Reyes, especialmente de fe tibia o necesitados de dinero, se mostraron con ellos muy

condescendientes y les confiaron cargos importantes en la corte, sobre todo en relación con la tesorería.

A fines del siglo XIII, los judíos gozaban de un singular poder en los reinos cristianos. Tan grande era su influencia que estaban exentos del cumplimiento de diversas leyes que obligaban a los cristianos, a punto tal que algunos de los albigenses, llegados a España del sur de Francia, se hacían circuncidar para poder predicar libremente como judíos la herejía por la cual hubieran sido castigados como cristianos.

En una Europa donde se repudiaba el préstamo a interés como un pecado – pecado de usura, se le llamaba–, los judíos, que no estaban sujetos a la jurisdicción de la Iglesia, eran los únicos banqueros y prestamistas, con lo que poco a poco el capital y el comercio de España fue pasando a sus manos. Los ciudadanos que debían pagar impuestos y no tenían cómo, los agricultores que carecían de dinero con que comprar semilla para sus sembrados, caían desesperados en manos de prestamistas judíos, quedando a ellos esclavizados económicamente. Asimismo los judíos lograron gran influencia en el gobierno, prestando dinero a los Reyes, e incluso comprándoles el privilegio de cobrar los impuestos. De ellos escribe el P. Bernáldez, contemporáneo de los Reyes Católicos:

«Nunca quisieron tomar oficios de arar ni cavar, ni andar por los campos criando ganados, ni lo enseñaron a sus hijos salvo oficios de poblados, y de estar asentados ganando de comer con poco trabajo. Muchos de ellos en estos Reynos en pocos tiempos allegaron muy grandes caudales e haciendas, porque de logros e usuras no hacían conciencia, diciendo que lo ganaban con sus enemigos, atándose al dicho que Dios mandó en la salida del pueblo de Israel, robar a Egipto».

Por supuesto que todo esto no podía caer bien, y el pueblo no les tenía la menor simpatía. Cuando la peste negra, en dos años, redujo a la mitad la población de Europa, los judíos sufrieron más que el resto, porque el populacho enloquecido los acusó de ser los causantes de aquella plaga envenenando los pozos, y comenzó a perseguirlos en toda Europa. El papa Clemente VI denunció como calumniosas tales acusaciones, señalando que la peste había sido igualmente mortal donde no vivía ningún judío, y amenazó con excomulgar a los exaltados. Sin embargo, las multitudes seguían matando judíos.

También en Castilla acaeció otro tanto, por lo que muchos hebreos, atemorizados, pidieron el bautismo, llamándoseles conversos o marranos. Algunos lo hicieron sinceramente, como aquellos 35.000 convertidos por la virtud y la elocuencia de San Vicente Ferrer, quien recorrió España predicando. Sin embargo hubo muchos que simulaban convertirse; iban a Misa el domingo, pero secretamente seguían acudiendo a las sinagogas.

Como cristianos confesos, los judíos falsamente convertidos se encontraban ahora libres de las restricciones impuestas a sus hermanos de la sinagoga, y estaban en condiciones de contraer matrimonio con las familias nobles de España. Además, se les abrían nuevas e importantes posibilidades porque podían acceder al sacerdocio o a la vida religiosa, probando así su lealtad al cristianismo. El hecho es que en la época de Isabel, su influencia sobre la Iglesia en España era notable. Muchos de los obispos eran descendientes de judíos. Y se sabía que numerosos sacerdotes seguían siendo secretamente judíos, y se burlaban de la Misa y de los sacramentos que fingían administrar. Los católicos se indignaban frente a estos sacrilegios, y en algunos casos exageraban la nota atribuyendo a los judíos la exclusividad de la decadencia que sufría la Iglesia.

Tal era la situación cuando los Reyes estaban proyectando su campaña contra el gobierno moro de Granada. Los españoles no podían dejar de recordar que habían sido los judíos quienes invitaron a los mahometanos a entrar en el país, y siempre los habían considerado como enemigos internos, quintacolumnas y aliados del enemigo. Dondequiera se encendía de nuevo la guerra contra los moros,

automáticamente los judíos se convertían en sospechosos. Y precisamente en estos momentos, como acabamos de decir, los Reyes se aprestaban a lanzar su ofensiva contra Granada. Previendo Isabel una guerra larga y peligrosa, creyó que había llegado el momento de destruir el poder de los judíos encubiertos, que constituían un reino dentro de otro reino.

A solicitud de la Reina, el obispo de Cádiz elevó un informe sobre las actividades de los conversos de Sevilla. Se confirmaban las sospechas de Isabel, en el sentido de que la mayor parte de ellos eran judíos encubiertos, que poco a poco ganaban a los cristianos a las prácticas judías, llegando «hasta a predicar la ley de Moisés» desde los púlpitos católicos.

Señala T. Walsh que la Reina no tenía prevenciones contra los judíos como raza. El problema, tal como ella lo entendía, era estrictamente religioso. De hecho, a lo largo de su reinado, había nombrado en cargos de confianza a varios judíos a quienes creía sinceramente cristianos, y con frecuencia había protegido a los judíos de la sinagoga contra la furia y los pogroms –persecución antisemita– del populacho.

No obstante, pensaba que muchos conversos eran en realidad judíos encubiertos, que iban a la iglesia el domingo y a la sinagoga el sábado, mientras no perdían oportunidad de ridiculizar las más sacrosantas verdades del cristianismo, socavando la fe, que era para ella la base moral del pueblo. Por otra parte, al poco tiempo de haberse creado la Inquisición, de que hablaremos enseguida, los inquisidores, convencidos por diversos testimonios, comunicaron a los reyes el gravísimo peligro que se cernía sobre la religión católica. E incluso no faltaron judíos que expresaban su esperanza de que los turcos lanzasen una ofensiva hacia Occidente.

Pero hubo un hecho que resultó ser el detonante de toda esta cuestión. En noviembre de 1491, cuando Isabel y Fernando estaban tratando con Boabdil la rendición de Granada, dos judíos y seis conversos fueron en Avila condenados a muerte bajo el cargo de haber secuestrado un niño cristiano de 4 años y de haberlo crucificado el Viernes Santo en una caverna para burlarse de Cristo; de haberle arrancado luego el corazón, en orden a hacer un maleficio de magia destinado a causar la ruina de los cristianos de España, tras lo cual los judíos se posesionarían del gobierno. Por cierto que con frecuencia atribuían cosas a los judíos. En este caso, se hicieron prolijas investigaciones, llegándose a la convicción de que, efectivamente, un niño había sido abofeteado, golpeado, escupido, coronado de espinas y luego crucificado. El asunto fue sometido a un jurado de siete profesores de Salamanca, quienes declararon culpables a los imputados. Hubo un segundo jurado, en Avila, que confirmó el veredicto. Los culpables fueron ejecutados el mismo mes en que se rindió Granada. El niño sería canonizado por la Iglesia bajo el nombre de el Santo Niño de La Guardia.

Se cree que cuando el P. Torquemada fue a la Alhambra, a principios de 1492, pidió a los Reyes que encarasen con urgencia este problema, que podía acabar por destruir toda su obra, y solucionasen el asunto de raíz expulsando a los judíos de España. Hacía tiempo que los Reyes pensaban tomar una medida semejante. La indignación que provocó el crimen ritual del Santo Niño decidió el caso. Y así, el 31 de marzo de 1492, promulgaron un edicto según el cual todos los judíos debían abandonar sus reinos antes del 1º de julio.

Alegaban que «persiste y es notorio el daño que se sigue a los cristianos de las conversaciones y comunicaciones que tienen con los judíos, los cuales han demostrado que tratan siempre, por todos los medios y maneras posibles, de pervertir y apartar a los cristianos fieles de nuestra santa fe católica, y atraerlos a su malvada opinión». Se hacía, pues, necesario que «aquellos que pervierten la buena y honesta vida de las ciudades y villas, por la contaminación que puedan causar a otros, sean expulsados de estos pueblos». Por eso, concluían los Reyes,

«después de consultar a muchos preladados y nobles y caballeros de nuestros reinos y a otras personas de ciencia, y en nuestro Consejo habiendo deliberado mucho sobre el tema, hemos decidido ordenar a los mencionados judíos, hombres y mujeres, abandonar nuestros reinos y no volver más a ellos».

Los expulsados podían llevar consigo todos sus bienes, aunque sujetándose a la legislación vigente según la cual no les era lícito sacar al extranjero oro, plata, monedas y caballos, sugiriéndoseles en el mismo decreto convertir su dinero en letras de cambio. Para evitar la expulsión, tenían los judíos un recurso, la conversión. La Reina los animó a ello, y de hecho muchos judíos pidieron el bautismo. Pero un buen número –unas 150.000 personas, de acuerdo a algunas fuentes– optó por abandonar España. Según parece, el éxodo, en carretas, a caballo o a pie, fue patético, en columnas que marchaban entre llantos y cantos religiosos. Algunos se dirigieron a Portugal, otros al Africa, o a distintos lugares.

Señala Vizcaíno Casas que, a diferencia de la abundante historiografía que ha juzgado con extrema severidad el decreto de expulsión de los judíos, no son pocos los historiadores más recientes que lo justifican como inevitable. Dichos autores afirman que los Reyes no eran, en principio, hostiles a los judíos, sino que, dados los antecedentes históricos y los sucesos más recientes, consideraron imprescindible suspender el régimen de convivencia entre hebreos y cristianos, ante el riesgo de que el judaísmo, como doctrina religiosa tolerada, quebrantara la fe de la población.

Ya en el siglo XIX, Amador de los Ríos había señalado que sería gran torpeza suponer que la medida fue inspirada por un arrebatado de ira o por un arrebato de soberbia; los Reyes la dictaron, dice, «con aquella tranquilidad de conciencia que nace siempre de la convicción de cumplir altos y trascendentales deberes».

Débase asimismo advertir que no fueron los Reyes Católicos los únicos ni los primeros en tomar una decisión de este tipo. Los judíos ya habían sido expulsados de Inglaterra en 1290, de Alemania entre 1348 y 1375, de Francia desde 1306. Por lo general, en España se les trató mejor que en otros países. En Francia, por ejemplo, en la Francia de San Luis, se había decidido que todo judío que se dedicara a la usura debía ser expulsado del reino; que sólo podían permanecer allí los que vivieran de un trabajo manual, es decir, pocos; que no era lícito poseer ejemplares del Talmud y otros textos judíos, por ser anticristianos; en caso de descubrirselos, dichos libros eran quemados.

Con la expulsión decidida por los Reyes Católicos, se alcanzaron, de hecho, los objetivos buscados. Ante todo, se salvó la unidad religiosa de España. Asimismo se acabaron para siempre los pogroms, y más positivamente, gracias a los numerosos descendientes de judíos que permanecieron en España, pudo producirse la enriquecedora confluencia del genio judío y la Reforma católica, concretada en nombres prestigiosos, de origen converso, tales como Francisco de Vitoria, San Juan de Avila, Fray Luis de León, Santa Teresa de Avila... Toda una constelación magistral.

IX. Isabel y la Inquisición

Resulta innecesario recordar la densa polvareda levantada, a lo largo de los siglos, por el tema de la Inquisición, argumento fundamental de la leyenda negra que se propuso desprestigiar a España y sobre todo a los Reyes Católicos. Es imposible entender aquella institución con la mentalidad actual. Como señala Suárez Fernández, los modernos represores sociales, que consideran normal el encarcelamiento por fraude al Estado o el fusilamiento del traidor a la Patria en caso de guerra, no están dispuestos a admitir que otra sociedad, en otro tiempo, haya considerado el delito social religioso más digno de castigo que aquéllos.

Hemos hablado de la llamada expulsión de los judíos, que propiamente no fue tal, sino de sólo los que se negaron a bautizarse, de modo que la medida fue contra

el judaísmo como religión y no contra los judíos. El mismo criterio se aplicó, como vimos, a los musulmanes, luego de las revueltas de 1500. Los tres gestos se nos manifiestan como momentos de un denodado esfuerzo por imponer y preservar la unidad de la fe católica. En el tránsito de la Edad Media a la Moderna, la fe aparecía como el elemento esencial para definir una sociedad y aglutinar el naciente Estado.

Pocos años después, Martín Lutero inspiraría la famosa norma del *cuius regio eius religio*. Sin duda que los Reyes Católicos hubieran invertido los términos, colocando la religión antes que el Estado. Siendo socialmente considerada la fe como el don más alto, era sentir común que cuando se lograba que un hombre pasase del error a la verdad, se le estaba proporcionando el mayor bien posible, el único bien decisivo y trascendente. Esto no implicaba innovación alguna, ya que toda la Edad Media había actuado de la misma manera. Las ordenanzas de convivencia promulgadas por los Reyes en favor de musulmanes y judíos, no eran consideradas como un bien en sí, sino como un mal menor.

A esto se lo denomina máximo religioso, para contraponerlo a la teoría esbozada al término de las guerras civiles en Francia por Jean Bodin, magistrado y filósofo francés del siglo XVI, la teoría del mínimo religioso, según la cual la convivencia entre católicos y protestantes quedaba reducida al plano de los derechos individuales, pasando a ser el Estado árbitro supremo de la misma. Según la teoría del máximo, era la religión, en el caso español la católica, la que se situaba en la cumbre del ordenamiento social, relegando al Estado naciente a un papel en cierta forma subsidiario: a él competía tomar las iniciativas necesarias para contribuir a que ese bien absoluto de la fe impregnara y articulara la vida entera.

Es en este contexto donde hay que ubicar el tema de la Inquisición. Bien señala Vizcaíno Casas que el hecho de que las condenas pronunciadas por esa institución llevaran aparejada la confiscación de bienes de los reos, hizo que muchos creyeran que el motivo de su implantación fue económico. Pero resulta indiscutible que el móvil esencial de los Reyes fue estrictamente religioso. Más aún, está probado que el establecimiento de la Inquisición aumentó la penuria económica de España. Pero, como señala Hernando del Pulgar, secretario y cronista de los Reyes Católicos, «ésta se consideraba baladí respecto a la felicidad eterna, como las verdaderas riquezas sean la posesión de la verdad católica». Para los Reyes, particularmente para Isabel, preservar la fe católica de toda contaminación herética formaba parte esencial de sus obligaciones como soberanos de una nación católica.

Por bula de 1478, *Exigit sinceræ devotionis*, el Papa permitió a los Reyes escoger dos o tres personas mayores de 40 años, sacerdotes recomendables por su virtud, maestros en Teología, para ocupar el cargo de inquisidores. Luego Roma se reservaría el nombramiento de algunas de esas personas. En la cúspide había un inquisidor general, designado directamente por el Papa, quien con el beneplácito de los Reyes elegía a sus ayudantes, un «Consejo de la Santa Inquisición». La competencia se extendía únicamente a dos delitos contra la fe: herejía y apostasía. Pero la amplitud de ambas expresiones permitía extender la acción de los tribunales a faltas tales como la brujería y las supersticiones. Nótese que ni los judíos ni los musulmanes estaban bajo la jurisdicción inquisitorial, sino tan sólo los bautizados, por estar sujetos a la autoridad de la Iglesia.

El proceso solía comenzar con la recepción de alguna denuncia concreta, nunca anónima, que debía ser digna de crédito. Todo cristiano estaba obligado a denunciar a los herejes que conocía, cualquiera fuera la herejía que profesase. Cuando el reo comparecía ante el Tribunal, luego de haber prestado juramento de decir la verdad, se le preguntaba si conocía las razones de su detención, y luego de un breve interrogatorio, se le exhortaba a que reflexionase seriamente si se sentía responsable de alguna culpa. El fiscal precisaba los términos de la acusación, que debía contestar el abogado defensor. El acusado podía recusar testigos, presentando una lista de las personas que le tenían inquina, por si coincidían con

alguno de ellos. Si se consideraba que el reo ocultaba culpablemente algo importante para el juicio, se le podían aplicar tormentos corporales para hacerle confesar. Tratábase de una práctica normal en la época, que figuraba en las legislaciones de todos los países.

Las sentencias eran diversas, según que el acusado hubiese reconocido o no su culpa y hubiera pedido perdón por ella. Si así lo hacía, las penas oscilaban entre cadena perpetua, confiscación de bienes, portación del «sambenito» –palabra que viene de «saco bendito», y era una especie de escapulario que se les ponía a los penitentes reconciliados–, o también otras penas menos graves. Pero si el acusado mantenía su negativa, a pesar de haberse demostrado su culpabilidad en el proceso, entonces era entregado al brazo secular que generalmente lo condenaba a la pena de muerte, ya que tal era el castigo que el derecho penal común imponía a los condenados por herejía.

Uno de los miembros que Sixto IV nombró para el Tribunal de la Inquisición fue el famoso dominico Tomás de Torquemada, nombre que sería considerado durante siglos como sinónimo de crueldad. Cuando recibió dicho nombramiento ocupaba el cargo de prior del convento dominicano de Segovia. Tenía 63 años, y era un religioso ejemplar, desinteresado y muy estudioso.

Le debemos a T. Walsh una serena semblanza de su persona. Más estricto consigo mismo que con los otros, dice, dormía sobre una tabla desnuda; era valiente e incorruptible. Se le había ofrecido un obispado, pero lo rechazó. Aceptó el cargo de Inquisidor como un penoso deber, porque estaba convencido de que sólo la Inquisición podía mantener la unidad católica de su patria, evitando sobre todo que los judíos encubiertos destruyeran la religión y la civilización en España. En Segovia había conocido a muchos judíos que se burlaban abiertamente de las verdades de nuestra fe, especialmente de Cristo crucificado.

Dos papas, Sixto IV y Alejandro VI, ponderarían su celo y sabiduría. Torquemada trató de que los tribunales a su cargo se mostraran indulgentes; se preocupó porque las prisiones fuesen limpias, y de hecho lo fueron más que en el resto de Europa. Según el P. Llorca, conocido historiador contemporáneo, mientras él estuvo a cargo del Tribunal, nunca se aplicó la tortura a los acusados.

Señala Walsh que si se comparan los juicios de Torquemada con los entablados por alta traición en Inglaterra durante la época de Enrique VII, Enrique VIII y la reina Isabel, la ventaja está del lado de la Inquisición. En los últimos 23 años del gobierno de Isabel la Católica, cien mil personas fueron sometidas a juicio, de las cuales aproximadamente el dos por ciento, o sea dos mil personas, resultaron condenadas a muerte, y esto, no sólo incluyendo a los herejes sino a los bígamos, blasfemos, ladrones de iglesias, sacerdotes que se casaban engañando a las mujeres sobre su verdadero estado, empleados de la Inquisición que violaban a las prisioneras, etc.

Es indudable que la Inquisición, al igual que cualquier tribunal humano, ha de haber cometido graves errores e injusticias objetivas; sin embargo, como afirmaba Joseph de Maistre, si debemos juzgar a una institución no sólo por los daños que ocasionó sino también por los que evitó, es preciso admitir que la Inquisición fue benéfica para España, porque durante su larga existencia salvó más vidas que las que destruyó. No solamente se libró España de las terribles guerras de religión, que costaron cientos de miles de vidas en las regiones donde imperó el protestantismo, sino que se vio libre, casi por completo, de los horrores de la quema de brujas, que causó 100.000 víctimas en Alemania y 30.000 en Inglaterra.

Por otro lado, abundaron los inquisidores virtuosos. Uno de ellos, Pedro de Arbués, fue asesinado en 1485, mientras rezaba el Oficio Divino en la catedral de Zaragoza. Murió exclamando: «Loado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe». Fernando e Isabel hicieron erigir su estatua sobre la tumba donde reposan sus restos. La Iglesia lo canonizó como mártir.

En la actualidad se hace difícil hablar de la Inquisición. Y por lo general la gente experimenta un rechazo casi instintivo cuando de ella se trata. En cambio, en aquellos tiempos, por las razones que apuntamos anteriormente, la opinión pública le era ampliamente favorable. Los cronistas de la época la consideraban como algo natural. La Reina misma juzgaba que era un instrumento imprescindible para la salvación de su patria y, lejos de avergonzarse, se refería siempre a ella con orgullo. Grande sería su asombro, dice Walsh, si hubiera vislumbrado que en épocas futuras la gente llegaría a acusarla de haber provocado con ella la decadencia cultural de España.

Porque la vida intelectual de dicha nación nunca, se mostró más esplendorosa que durante el siglo que siguió a la instalación del Santo Oficio. Fue el período en que se fundaron excelentes colegios y universidades, donde acudían numerosos estudiantes extranjeros, siempre bien recibidos; fue el período en que las diversas ciencias progresaron como pocas veces sucedería en España, confirniéndole un enorme prestigio en el extranjero; fue el Siglo de Oro de sus literatos, con sus tres grandes escritores: Cervantes, Lope y Calderón; fue el siglo durante el cual España pasó a ser la cabeza de un inmenso Imperio que hizo sombra a toda Europa. Sería, por cierto, ridículo atribuir esos resultados a la Inquisición, concluye Walsh. Pero la Inquisición no evitó que se produjeran, e hizo posible la unidad política que permitió a la nueva nación sacar partido de las oportunidades.

X. Isabel y la reforma católica

Los Reyes Católicos no se preocuparon tan sólo de extirpar el error sino también, y sobre todo, de coadyuvar a la reforma y purificación de la Iglesia. Para el logro de semejante proyecto, juzgaron esencial que España pudiera contar con un grupo de excelentes obispos, dotados de lucidez y de coraje, capaces de impulsar la restauración moral de la sociedad. Y así en orden al nombramiento de los mismos, consideraron idónea una doble práctica, es a saber, de presentación en los antiguos reinos y de patronato en los nuevos. La otra alternativa, dejar a la Sede de Roma plena libertad en los nombramientos, resultaba altamente peligrosa, ya que con frecuencia se optaba desde allí por hijos o nietos de Cardenales, o por funcionarios de la Curia Romana que ni siquiera interesaban por conocer el lugar al que habían sido asignados, o por eclesiásticos que sólo buscaban comodidades y provechos temporales.

El empeño que Isabel puso en este asunto era, como es obvio, por razones básicamente religiosas. En orden a concretar dicho proyecto, tenía siempre a su alcance un cuaderno donde escribía cuidadosamente los nombres de los sacerdotes de mayor cultura, honestidad y méritos; en base a dicho listado, iba presentando y cubriendo los diversos cargos de las diócesis.

Preocupóse asimismo de la reforma de los religiosos. Eran muchos los monasterios relajados que era preciso reformar. Isabel comenzó apoyándose en algunos conventos que ya vivían fervorosamente, como el de los observantes de San Benito de Valladolid y los de la Orden Jerónima. Otras Ordenes, como por ejemplo los franciscanos, tenían ya pequeños grupos internos que anhelaban la restauración de la vida religiosa.

Con la intención de renovar el monasterio de Montserrat, los Reyes solicitaron al Papa autorización para trasladar a la abadía cuatro monjes fervorosos que pudiesen estimular desde adentro la reforma. Asimismo se recuperaron los demás benedictinos. No se crea que todo esto se hizo sin dificultades. En algunos monasterios, reformadores y reformandos vinieron a las manos, y más de un abad o superior acabó con la cabeza rota. Probablemente los Reyes no pensaron que el intento se consumaría durante el período de su reinado; de hecho, todo el siglo XVI sería en España un siglo de reforma, especialmente incentivada por la aparición de la Compañía de Jesús.

El P. García Oro resume en tres aspectos el proyecto reformador respaldado por los Reyes: a) la selección de las personas que debían ocupar los principales cargos eclesiásticos; b) la obtención de la plataforma jurídica necesaria, mediante bulas pontificias, para llevarlo a cabo; c) el apoyo económico y administrativo, cuando era menester.

Con este designio tan sublime de Isabel colaboró un personaje clave: el cardenal Cisneros, aquel de quien hablarnos al referirnos a los motines de los moros. Nació en 1456, y sintiendo el llamado al sacerdocio, hizo sus estudios en Salamanca, donde se graduó. Alto, delgado, de mirada profunda, era un hombre apasionado, intransigente e incluso violento. Nombrado vicario general de la diócesis de Sigüenza, entró luego en la Orden de los Hermanos Menores, tomando el nombre de fray Francisco. Cuando a raíz de la conquista de Granada, los Reyes Católicos nombraron a fray Hernando de Talavera como arzobispo de la nueva diócesis, Isabel perdió a su confesor tan amado, y entonces le recomendaron a fray Francisco Jiménez de Cisneros para sucederle.

La Reina quiso primero conocerlo, y concertó con él una entrevista en Valladolid, en mayo de 1492. Le pareció muy distinto del cordial fray Hernando, demasiado severo y adusto. Pero la misma resistencia del fraile a aceptar el delicado cargo, terminó por decidirla. Y así comenzó el irresistible ascenso de Cisneros, no sólo durante la vida de Isabel sino aún después de su muerte. En 1494 fue elegido provincial de Castilla, y a lomo de mula recorrió toda España restaurando la disciplina religiosa de los conventos de su Orden, primero, y luego, por inducción de la Reina, de todas las casas de varones y los conventos de religiosas.

Al morir, en 1495, el cardenal-arzobispo de Toledo, Pedro González de Mendoza, Cisneros fue elegido para relevarlo, no sin nueva resistencia de su parte. Su austeridad siguió siendo como antes. Pero su impulso renovador se incentivó, llevando adelante la reforma con tanta energía que muchos religiosos, molestos por los cambios, lo enfrentaron, llegando incluso a protestar ante el Papa por sus modos intransigentes. Era, sin duda, un hombre de carácter fuerte. Cuentan los cronistas que, en cierta ocasión, exaltándose más allá de la cuenta durante una discusión con Isabel, ésta le preguntó: «¿Os dais cuenta con quién estais hablando?». A lo que el fraile respondió: «Con la reina, que es polvo y ceniza como yo».

No parece acá pertinente referirnos a otros aspectos de la labor del ilustre Cardenal, al margen de su apoyo decidido a la reforma religiosa de Isabel, como podría ser la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares, o la brillante renovación bíblica a que dio lugar. Señalemos tan sólo que la autorreforma de la Iglesia en España, que tuvo en él su principal gestor, precedió en casi un siglo al Concilio de Trento y en medio siglo a la aparición de la Reforma protestante. Sin embargo, no olvidemos que detrás de Cisneros estuvo siempre la mano de Isabel, la suprema inspiradora de dicha renovación.

De ella nos cuentan las crónicas que a veces golpeaba a la puerta de algún convento de religiosas, y ante el asombro de las mismas, pedía pasar, se sentaba con ellas, y mientras hacía sus labores en la rueca, las estimulaba con su ejemplo y su palabra para que volvieran al primitivo fervor.

De esta reforma católica de España, en menos de un siglo, surgirían la obra maestra de la caridad con San Juan de Dios y sus hermanos, la obra maestra del sacerdocio y la literatura espiritual con San Juan de Avila, la obra maestra del apostolado con San Ignacio de Loyola y su Compañía, la obra maestra de la contemplación y la mística con San Juan de la Cruz, Santa Teresa y sus carmelitas.

XI. Isabel y la gesta del Descubrimiento de América

Es muy probable que la primera impresión que los Reyes debieron tener de Colón fue la de que se trataba de una persona un poco desequilibrada, con tanta tenacidad como fantasía. Lo que resulta indudable es que, desde el principio, Isabel se interesó más por él que Fernando. Fue el cardenal Mendoza quien en 1486 le gestionó su primera audiencia con los Reyes, para que les propusieron para su proyecto, como consecuencia de la cual se convocó a una junta de geólogos, matemáticos y teólogos. El dictamen resultó negativo.

Colón insistió una y otra vez, hasta que en 1491 se reunió una nueva junta en la Universidad de Salamanca. También ella juzgó el proyecto irrealizable. Muy desilusionado, Colón decidió trasladarse a Francia, con la intención de exponer sus planes al rey Carlos VIII, pero al pasar por el convento de la Rábida para despedirse de sus frailes amigos, éstos le pidieron que esperara, logrando que Isabel accediese a recibirlo una vez más en su campamento de Santa Fe, aquella ciudad por ella construida para asediar a Granada.

Llegó Colón a tiempo para asistir a la rendición de Boabdil, según lo referimos anteriormente. Días después mantenía una larga entrevista con los Reyes, proponiéndoles su plan, pero ahora seriamente madurado, de manera que aquéllos lo aceptaron en principio. Sin embargo, al ver que los Reyes no estaban dispuestos a concederle las mercedes, títulos y compensaciones que él solicitaba, por parecerles desproporcionadas, se irritó sobremanera, retomando su idea de encaminarse a Francia. Cuando estaba ya a dos leguas, Isabel dio orden de buscarlo, y así regresó a Santa Fe, donde las negociaciones culminarían en un acuerdo por el que se le concedía el título de almirante de Castilla, tanto a él como a sus sucesores, juntamente con otras dignidades y ventajas que no es acá el caso de enumerar.

Colón levó anclas «en el nombre de la Santísima Trinidad». No comentaremos los detalles de la epopeya. Digamos, eso sí, que al rito de «¡tierra!», Colón se preparó para descender, espada en mano, vestido con elegante traje de púrpura, y clavando en las arenas de la playa la bandera de los Reyes Católicos, luego de dar gracias a Dios, tomó posesión de esas tierras en nombre de Castilla. En un Diario destinado a los Reyes declararía:

«Vuestras Altezas, príncipes católicos amantes de la fe cristiana y su difusión y enemigos de la secta de los mahometanos y de todas las idolatrías y herejías, han decidido enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las regiones de las Indias, para ver a los príncipes y los pueblos y las tierras y saber su disposición y las medidas que pudieran adoptarse para su conversión a nuestra santa fe».

Su vuelta y reencuentro con Fernando e Isabel trae al recuerdo los triunfos de los generales romanos. La comitiva, multicolor y brillante, avanzaba lentamente hacia los Reyes, entre los vítores de la multitud. Encabezaban la columna seis jóvenes indios, con taparrabos, en cuyos rostros se reflejaba el asombro que la gran ciudad les producía. Luego los marinos que habían retornado, llevando en sus manos extraños pájaros de vivos colores y objetos típicos de los indígenas. Por último, Colón, a caballo, ataviado con traje de gala, saludando al pueblo que lo aclamaba. Llegado adonde estaban los Reyes, les relató lo ocurrido, tras lo cual todos se postraron de rodillas y entonaron el Te Deum.

Los Reyes comunicaron la novedad al papa Alejandro VI, quien en mayo de 1493 respondería primero con la bula *Inter cætera*, y luego con otros documentos más, en los que adjudicaba a Castilla el derecho de posesión sobre las nuevas tierras, imponiendo a los Reyes el deber de enviar misioneros para evangelizar a los indígenas.

No nos referiremos a los ulteriores viajes de Colón porque ello excedería nuestro propósito, si bien es menester señalar que siempre estuvieron en relación

con Isabel, la cual reiteró una y otra vez al Almirante que lo que a ella más le interesaba era la evangelización de las tierras descubiertas, la conversión a la fe cristiana de sus moradores. Con toda energía se opuso al intento de convertir en esclavos a los indios, y se preocupó incesantemente por incrementar el envío de misioneros, ahora que las Ordenes religiosas se habían ya reformado gracias a la labor de Cisneros, a fin de que allí desarrollasen una eficaz labor apostólica.

El descubrimiento de América fue una ocasión para que se pusiera más de manifiesto, si cabe, el amor cristiano de Isabel por sus vasallos, máxime cuando éstos eran tan desvalidos. Sin ninguna duda fue sobre todo ella quien infundió el sentido misional a la conquista, apadrinando juntamente con Fernando y el príncipe Juan a los indios que Colón llevó a España.

Su preocupación evangelizadora se evidencia en las normas que dio a Ovando en 1501: «Porque Nos deseamos que los indios se conviertan a nuestra santa fe católica e sus ánimas se salven, porque éste es el mayor bien que les podemos desear; para lo cual es menester que sean informados en las cosas de nuestra fe, para que vengan en conocimiento de ella; tendréis mucho cuidado de procurar, sin les facer fuerza alguna, como los religiosos que allá están les informen e amonesten para ello con mucho amor, de manera que lo más presto que puedan se conviertan».

Y en 1503 ordenó: «Por lo que cumple a la salvación de las almas de dichos indios es necesario que en cada pueblo de los que se hicieren, haya iglesia y capellán que tenga cargo de los doctrinar y enseñar en nuestra Santa Fe Católica... Otrosí mandamos al dicho Gobernador que luego haga hacer en cada una de dichas poblaciones y junto con las dichas iglesias, una casa en que todos los niños se junten cada día dos veces, para que allí el dicho capellán les muestre a leer y a escribir y santiguar y signar y la confesión y el Paternoster y el Avemaría y el Credo y Salve Regina...»

Tales son las instrucciones que daría al nuevo gobernador Nicolás de Ovando, que abarcaban, más allá del estricto campo de la política gubernativa, el ámbito de la evangelización y de la educación. Sabemos por las crónicas que la Reina en persona elegía a los religiosos que deseaba marchasen a las Indias, encomendándoles que mostrasen encendido celo en la evangelización así como prudencia en los bautismos, que nunca debían hacerse con precipitación. En 1951, refiriéndose Pío XII a las normas dictadas por «la gran Isabel para los que llamaba sus hijos de América», dijo que estuvieron siempre impregnadas «de un concepto profundamente cristiano de la vida». Según Vizcaíno Casas, en su actitud frente al hecho del Descubrimiento, alcanza la reina de Castilla sus más altas cotas de humanidad y sincera consideración de los valores espirituales.

XII. El testamento de Isabel

Isabel se enferma gravemente. Consciente de su estado, el 12 de octubre de 1504, justamente a los doce años de la llegada de Colón a las Indias, dicta su testamento a un secretario. Se dice que eligió esa fecha por su carácter conmemorativo. El documento, que trasunta una impresionante serenidad ante la muerte, refleja de manera acabada no sólo las profundas convicciones religiosas de la Reina sino también su innegable inteligencia política. Isabel hace un repaso de su labor de gobierno y del futuro que desea para su patria. Allí habla de la unidad de España, la conservación de Gibraltar, las atenciones debidas a su esposo, la sucesión dinástica y, sobre todo, la religión y sus ministros.

Pide ser sepultada en Granada, en el convento de San Francisco, vestida con hábito franciscano; pero señala que si su marido eligiera el ser enterrado en otro lugar, su cuerpo deberá ser trasladado junto al de él, «porque el ayuntamiento que ovimos viviendo e que espero en la misericordia de Dios que nuestras almas tendrán en el cielo, lo tengan e representen nuestros cuerpos en el suelo».

Dispone una cantidad para la sustentación del Rey, «aunque no puede ser tanto como Su Señoría merece e yo deseo», y le suplica que se quiera servir de todas sus joyas, «porque viéndolas pueda tener más continua memoria del singular amor que siempre le tuve y ayn porque siempre se acuerde de que ha de morir y que lo espero en el otro siglo y con esta memoria pueda más santa e justamente morir».

En lo que toca a la sucesión, designa heredera de todos sus reinos y señoríos a la princesa doña Juana, su hija, esposa de Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, y madre de Carlos, mandando que a su fallecimiento sea reconocida como reina de Castilla y de León. Pero previendo que Juana «non pudiera entender en la gobernación» –como se sabe, su hija sufría de una enfermedad mental, por lo que la llamaban Juana la Loca–, nombra único regente y gobernador de los reinos de Castilla a su esposo don Fernando hasta que el infante don Carlos –el hijo de Juana la Loca– cumpla los veinte años «y venga a estos reinos para regirlos y gobernarlos». Adviértase la inteligente exigencia de que el futuro monarca –Carlos I de España y V de Alemania– venga a residir a España, con lo que su abuela se anticipa al riesgo de que, por haber nacido y haber sido educado en Flandes, pudiera no echar raíces en el país que deberá gobernar.

Tres días antes de morir, Isabel hizo algunos anexos al documento donde, entre otras cosas, encarga a Fernando y a sus sucesores, que nombren una junta de letrados y personas doctas, para que recopilen todas las leyes del reino, reduciéndolas a un solo cuerpo, donde estén «ordenadamente por sus títulos, por manera que con menos trabajo se puedan saber».

Agrega, asimismo, especiales recomendaciones en relación con el trato que hay que dar a los naturales del Nuevo Mundo, rogando al Rey y sus sucesores que pongan toda su diligencia «para no consentir ni dar lugar a que los moradores de las Indias y Tierra Firme, ganados y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes, sino que sean bien y justamente tratados y si algún agravio hubiesen recibido, se les remediase y proveyese».

Luis Suárez resume así las últimas voluntades de la Reina: «Pieza histórica y humana de primer orden. De sus páginas emerge poderosa la fe católica que, en vida, fue el eje en torno al cual giró el entero pensamiento de la Reina».

El 26 de noviembre de 1504 expiró. Tenía 53 años, y se habían cumplido casi 30 años desde que subió al trono. La comitiva de duelo partió de Medina del Campo, mientras el pueblo, en un silencio dolorido, se agolpaba a su paso. Atravesó las tierras de Castilla, tan llenas de reminiscencias para ella. En todas partes, grandes multitudes, a pesar de las tormentas y de las lluvias. Casi un mes duró la marcha por las tierras de Castilla, hasta que por fin llegó a Granada, «esa ciudad –había escrito la Reina– que la tengo en más que mi vida».

Tal como lo deseó, fue enterrada en el monasterio de San Francisco de la Alhambra. Cuando muera Fernando, cumpliéndose otra de sus voluntades, sus restos serán trasladados a un espléndido mausoleo en la Capilla Real de la Catedral de Granada, donde hoy reposan, juntos los dos.

Conclusión

Recapitemos las líneas maestras del gobierno de Isabel. En lo que toca a la política de unidad nacional, comenzó ésta a fraguarse con su matrimonio con Fernando. Terminada con éxito la guerra civil, y habiendo heredado Fernando, a la muerte de su padre, la corona de Aragón, quedaba consumada la integración de los reinos españoles hasta entonces dispersos. Sólo faltaba incorporar a ellos los señoríos islámicos del Sur, sin dejar de lado el reino de Navarra, que sería anexado más tarde. Conquistado por fin el reino de Granada, ultimándose así la secular epopeya de la Reconquista, la Península quedaba prácticamente bajo una misma corona haciéndose realidad el simbolismo heráldico del yugo y las flechas. La

monarquía incrementó el poderío del país, logrando España una notable proyección al exterior. Como dijo Salvador de Madariaga, España será «la primera gran nación que alcanza talla de tal».

Isabel es un arquetipo de estadista difícilmente superable. Y como mujer, madre, reina, fue sin fallas, ejemplar. Washington Irving, historiador norteamericano del siglo pasado, tenía razón al llamarla «uno de los más puros y hermosos caracteres de las páginas de la historia».

Como se sabe, su causa de beatificación está en trámites. La idea de llevarla a los altares nació a fines del siglo XIX. Durante un Congreso Mariano Hispanoamericano, celebrado en Sevilla en 1929, se planteó públicamente el asunto. y cuando se conmemoró el quinto centenario de su nacimiento, en 1951, el entonces Ministro de Educación visitó en el Vaticano a los dos sustitutos de Estado, Tardini y Montini, interesándolos por la incoación de la causa, que por fin se abrió en el Arzobispado de Valladolid, en 1958. Los trabajos históricos terminaron en 1970. En 1972 tuvo lugar la apertura canónica del proceso en la Sagrada Congregación de Ritos.

Juan Pablo II tuvo la intención de beatificarla solemnemente el año 1992, con ocasión del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Era una gran idea. y todo un símbolo. Mas una violenta campaña logró de la Santa Sede la postergación del proyecto, según se anunció en Roma el 28 de marzo de 1991, lo que inmediatamente motivó las felicitaciones del lobby judío, especialmente de la «Anti Diffamation League of B'nai Brith». Esta liga de antidifamación ha cometido una gran difamación frente a una de las más nobles figuras de la Cristiandad.

Sin embargo nosotros, sus hijos de América, sus vasallos, la seguimos considerando como a nuestra gran Reina, y nos gozamos en llamarla Isabel la Católica, que fue el título otorgado a ella y a su marido por una bula del 9 de diciembre de 1496, en atención a su piedad, sentido de justicia, victoria sobre los infieles, defensa de la fe, y especial celo en la protección de la Iglesia.

Bibliografía consultada

W. T. Walsh, Isabel, la Cruzada, Austral, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1945.

María E. Lépori de Pithod, Isabel, reina católica, en «Mikael»27 (1981) 91-100.

Fernando Vizcaíno Casas, Isabel, camisa vieja, 5ª ed., Planeta, Barcelona, 1988.

Luis Suárez Fernández, Los Reyes Católicos. La expansión de la fe, Rialp, Madrid, 1990.

A Isabel la Católica

De San Fernando viene tu corona,
que es venir de la sangre unida al Cielo,
y del Cid heredaste aquel anhelo
de alzar la Cruz donde la alfanje mora.

El don de imperio te entregó Castilla
y el Sacramento, de Aragón la estirpe,
Granada se rindió cuando fue en ristre
tu lanza que empuñaste allá en Sevilla.

Con el yugo y las flechas y la espada
-mi Señora Isabel, mi Reina Santa-
América te aguarda en el desierto.

Que otra vez hace falta una Cruzada
y bautizar al ídolo que espanta,
quemar las naves y avanzar resuelto.

Antonio Caponnetto

6 SAN IGNACIO DE LOYOLA

I. San Ignacio y el espíritu de la caballería

No vamos a relatar la vida del santo, que damos por conocida, al menos en sus líneas generales. Pero sí tratar de exponer algunas facetas de su rica personalidad –con especial miramiento a su ideal caballeresco–, que hacen de él un verdadero arquetipo para todo el que no se haya resignado a la mediocridad. La estampa de San Ignacio fue esencialmente la de un caballero durante lo que él llamó «su vida desgarrada y vana», lo siguió siendo luego de su conversión, y hasta el fin de su existencia.

1. El ambiente del joven Iñigo

Para mejor comprender esta gran figura nos convendrá considerar el ambiente que le vio nacer y en donde transcurrió su niñez y juventud. Los Loyola pertenecían a una familia de nobles, una de las diez principales familias del país vasco, que eran llamados parientes mayores, lo que implicaba un derecho reconocido por escritura a que el Rey los invitase en ciertas ocasiones a la corte. Por parte de su madre, doña María Sáenz de Licona, Ignacio provenía también de una familia noble de Guipúzcoa.

Pero los Loyola no eran simplemente nobles sino también aristócratas de provincia, con lo que queremos decir que estaban en permanente contacto con la gente labriega del pueblo vasco. De ahí que la infancia y la adolescencia del joven Iñigo transcurrieran entre la relativa elegancia del castillo solariego o casa-torre y la alquería aldeana de Eguíbar. Hasta el fin de su vida será advertible esta influencia campesina, por ejemplo en el español defectuoso de sus cartas...

Bebió asimismo del ambiente su inclinación militar. Refiriéndose a la juventud de Iñigo en el castillo paterno escribiría su secretario y confidente, el P. Jerónimo Nadal: «Pronto se encendió en él una especie de fuego noble, y no pensaba en ninguna cosa, sino en distinguirse en la fama militar». Ello era, al parecer, una herencia recibida.

El P. Pedro de Leturia, excelente historiador de San Ignacio, señala que en base a las fuentes históricas que poseemos, es posible afirmar que la tradición militar de los Loyola no arranca inicialmente de gloriosas hazañas contra los moros, que jamás llegaron a sus montañas, sino de una contienda de menor nivel, casi aldeana, entre Guipúzcoa y Navarra, pueblos hermanos por sangre y religión. Cuando los Reyes Católicos suben al poder, al tiempo que se fueron extinguiendo las luchas intestinas, se encendieron ideales universalistas, ausentes hasta entonces en la tradición militar de los Loyola. Y así, a partir de 1480, la familia, trascendiendo los reducidos marcos de los conflictos pueblerinos, se dispersó en pocos decenios por el viejo y nuevo mundo.

Don Beltrán mismo, el padre de Iñigo, acompañó a los Reyes durante la campaña de Granada, y las fuentes le llaman «generoso caballero y gran soldado»; Juan, el hermano mayor, «perdió animosamente la vida en las guerras de Nápoles», el año 1496; un segundo hermano, llamado Bernardo, «hacia 1510 pasó a las Indias para su conquista, y falleció en Tierra firme»; Martín, el heredero por muerte del primogénito, intervino en 1512 en la batalla de Belate contra los franceses; otro hermano, finalmente, cuyo nombre desconocemos, marchó a Hungría y cayó hacia 1542 luchando contra los turcos.

Apenas es posible reflejar con más celeridad y precisión en el seno de una familia aquella profunda y heroica transformación que bajo los Reyes Católicos y Cisneros experimentaron Castilla y Guipúzcoa. Ya no más luchas de aldea sino Cruzada universalista, que recibió forma poética, dos años antes del nacimiento de

Iñigo, en el Romance en memoria de Alixandre, al que pondría música el futuro párroco de Azpeitia, Juan de Anchieta. Detrás de Granada, surge ante los ojos del vate la ciudad de Jerusalén, en cuyo Santo Sepulcro espera a los Reyes nada menos que la Corona Imperial... La toma de Granada, con su prolongación mediterránea desde Orán a Argel, y aquella otra cruzada conquistadora de las tierras descubiertas por Colón que inesperadamente vino a continuarlas, mostraron durante la juventud de Iñigo que había algo más que ensueños en los arrestos caballerescos del poeta.

En ese ambiente de heroísmo generalizado, se explica el auge que conoció la literatura caballerescas. «El influjo y propagación, de los libros de caballerías – escribe Menéndez y Pelayo– no fue un fenómeno español sino europeo. Eran los últimos destellos de la Edad Media próxima a ponerse». Dicho género literario, nacido fuera de España, no arraigó por demasiado fantástico en Castilla hasta que, conquistada Granada y descubierta América, apareció, en 1508, la traducción española del Amadís de Gaula, con acomodaciones de García Rodríguez de Montalvo, en cuyo prólogo se alude a los puntos de contacto que ofrece el espíritu de la obra con el que impregnó la gran gesta de la conquista de Granada. La aparición de este libro,

«uno de los que por más tiempo y más hondamente imprimieron su sello, no sólo en el dominio de la fantasía, sino en el de los hábitos sociales –como afirma el mismo Menéndez y Pelayo– con sus lances heroicos, sus luchas por mar y tierra contra gigantes y hechiceros, sus impulsos amorosos y sus laxitudes morales, mezclado todo ello con una ingenua fe religiosa, inspiró la atmósfera que respiraron los hombres de aquella época, en España y fuera de ella, lo que hace fácilmente comprensible el refloreamiento del ardor militar en los hermanos de Ignacio y no menos el deseo que en él se encendió de «seguir la soldadesca».

Y así escribe el P. Nadal: «Aunque educado con distinción de noble en su casa, no se dio sin embargo a los estudios, sino movido de una suerte de ardor generoso, se entregó, conforme a las tradiciones de la nobleza de España, a merecer la gracia del Rey y de los magnates, y a señalarse en la gloria militar».

Otro de los elementos que caracterizaron el ambiente donde Iñigo vivió su juventud es aquella fe robusta, sencilla y como connatural del español aldeano. Más tarde, él mismo y sus más íntimos colaboradores, sospechados a veces por la Inquisición, apelaron a ella para abonar la puridad de su ortodoxia. «En mi patria no suele haber judíos», fue la respuesta que dio en Alcalá al Vicario Figueroa, cuando éste le preguntó si guardaba el sábado. Y cuando en 1554, el P. Nadal diera a conocer un escrito en defensa de los Ejercicios Espirituales afirmaría:

«Es Ignacio español, y procede de la primera nobleza de la provincia de Guipúzcoa y Cantabria, en la que tan incontaminadamente se conserva la fe. Tal es el celo y constancia que desde tiempo inmemorial tienen por ella sus habitantes, que no permiten vivir allí a ningún cristiano nuevo, ni desde que hay memoria de cristianismo se sabe de uno solo a quien se haya notado ni de sospecha de herejía».

Tal fue el ambiente que respiró el joven Iñigo. Hugo Rahner, en un luminoso estudio que escribió sobre nuestro santo, dice que en aquella herencia cultural se encuentra ya en germen tanto el libro de los Ejercicios, como también la Compañía de Jesús.

Después de su innata lealtad al Rey Católico y sus ideales político-religiosos que abarcaban todo el mundo; después de su divagador fantasear con los personajes del Amadís que incitaba a valerosas hazañas por el Rey, se entiende fácilmente su paso al Rey Eternal, su paso a Dios, al que gustará llamar Su Divina Majestad, con la consiguiente invitación al magis, adverbio predileccionado por el santo, al más, que arranca al hombre de su mediocridad y lo vuelca a señalarse en el servicio de Dios. «Así se nos manifiesta ya por la herencia y la educación de Iñigo los

contornos de su ideal futuro: el libro de los Ejercicios y la Compañía se forman desde abajo, como la obra del noble y del soldado: su ideal es el magis del sentimiento de un aristócrata», concluye Rahner.

2. De la caballería temporal a la caballería espiritual

Pero no adelantemos etapas. Iñigo se inició en la Corte, y fue allí, junto al rey Fernando, donde acabó de formarse en su alma aquel fondo de hidalguía y señorío, incoado ya junto a sus padres en la casa-torre, que depurado más tarde de toda escoria mundana, se revelaría tan palmariamente en sus cartas a nobles, obispos y príncipes de toda Europa.

En 1512, don Fernando había conquistado el reino de Navarra. y en 1515 dicho reino era incorporado a la Corona de Castilla. Pero ahora estamos ya en la época de Carlos V, quien se encuentra en guerra con Francisco I de Francia. Una de las fortalezas que había que defender era Pamplona. Y allí lo tenemos a nuestro Iñigo, decidido a luchar con ardor. Frente al ataque de los franceses, los defensores vacilan, incluido su comandante. El P. Juan de Polanco, que sería secretario y confidente de San Ignacio, así describiría la situación:

«Queriendo el dicho don Francisco [de Viamonte] salirse de la ciudad, por no le parecer que podría resistir a la fuerza de los franceses, teniendo también sospecha de los mismos de Pamplona, Iñigo, avergonzándose de salir, porque no pareciese huir, no quiso seguirle, antes se entró delante de los que se iban en la fortaleza para defenderla con los pocos que en ella estaban».

Ante su jefe que se retiraba, Iñigo trazó su propio camino de honor, acompañado de los que querían «señalarse en todo servicio a su Rey», un puñado de caballeros. Fue entonces cuando cayó herido por las esquirlas de un cañonazo, y conducido a su casa natal. Allí lo tenemos ahora a nuestro caballero enfermo, recluido en un cuarto del castillo, que sería el escenario de su conversión. Aburrido por la larga convalecencia, pidió algún libro, preferentemente de caballerías, quizás el Amadís, o su continuación, Las Sergas de Esplandián. Pero, al parecer, no encontraron lo que solicitaba. El mismo así lo relató en su Autobiografía, que dictaría en los últimos años de su vida a uno de sus primeros compañeros, el P. Luis Gonçalves de Cámara, razón por la cual está escrita en tercera persona:

«En aquella casa no se halló ninguno de los [libros] que solía leer, y así le dieron una Vita Christi y un libro de la Vida de los Santos en romances; por los cuales, leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito».

El carácter mismo del Flos Sanctorum, el libro de la vida de los santos, «en romances», con su pintoresca galería de héroes y heroínas de la virtud, repartidos por tierras y situaciones tan diversas, cuyas vidas se recargaban a veces con extravagantes episodios y aventuras hazañosas, a semejanza de las novelas de caballería, no dejaría de atraerle. El autor del prólogo era un tal Gauberto M. Vagad, quien en su juventud había sido alférez del hermano del rey de Aragón; de ahí el dejo militar de sus posteriores escritos, como el que se trasunta en la siguiente estrofa: «Tengo el santo sacerdocio, / la santa caballería, / común bien; / Vos el tiempo dado al ocio, / la costumbre a tiranía / y a desdén...».

El hecho es que Ignacio, luego de leer las vidas de San Francisco y de Santo Domingo, comenzó a preguntarse: «¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco o Santo Domingo?». y poco después la resolución: «Mas todo su discurso era decir consigo... San Francisco o Santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo que hacer». Es muy probable que Iñigo haya encontrado también en el Flos Sanctorum, en la parte donde se expone la vida de San Agustín, aquella referencia a la gran obra de teología de la historia que escribiera dicho santo, «De Civitate Dei», donde se lee:

«Trata San Agustín de dos ciudades, de Jerusalén y de Babilonia, y de sus reyes. Y rey en Jerusalén es Cristo, rey en Babilonia es el diablo. y dos amores son los que han edificado estas ciudades: la ciudad del diablo procede del amor propio, que llega hasta el desprecio de Dios, la ciudad de Dios procede del amor de Dios, que llega hasta el desprecio de sí mismo».

Sin duda que ya desde ahora se fue llevando a cabo el encuentro de la noble magnanimidad innata y adquirida del santo con las ideas fundamentales que formarían el núcleo de los Ejercicios. Tanto en sus lecturas como en las mociones primeras de su conversión están en germen las meditaciones del Reino de Cristo y de Dos Banderas –su visión de las Dos Ciudades agustinianas–, goznes esenciales de la espiritualidad ignaciana. Pero todavía se sentía perplejo, sin atreverse a dar el salto definitivo. Su imaginación alternaba pendularmente entre la vieja caballería y la nueva, «deteniéndose siempre en el pensamiento que tomaba, o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer o de estas obras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba y atendía a otras cosas»

Advirtamos cómo cuando pensaba en los santos, sentía, sí, admiración frente a aquellos arquetipos, y ansias de emulación, pero la tésitura era todavía demasiado humana, demasiado natural. Hasta que por fin entendió que todo ello debía ser «con la gracia de Dios». La expresión aparece ahora por primera vez para no abandonarlo más, ni en la vida ni en los Ejercicios. La conversión de Iñigo estaba consumada.

Agreguemos un dato curioso. De esta época nos dicen sus biógrafos que soñaba con una dama, la obligada dama de los pensamientos y dueña del corazón de todo esforzado caballero. No se sabe de cierto quién haya sido concretamente dicha dama, si la Infanta Leonor, o la Infanta Catalina, ambas hermanas de Carlos V, «la más linda cosa que hay en el mundo», se decía de esta última. Pero también aquí se dio la feliz transposición:

«Si se quiere decir quién fue la dama, a la que él incondicionalmente sirvió desde el momento de su conversión –escribe el P. Victoriano Larrañaga–, quién fue aquella para la que soñó las más grandes empresas, quién la que ocupó el primer puesto en su corazón generoso, no hay duda ninguna en afirmar que ella fue la Santa Madre Iglesia, en cuanto Cristo viviente, en cuanto Esposa de Cristo, a la que no se contentó con servir personalmente toda su vida, sino que quiso dejarle su obra fundamental, su Compañía, para perpetuar en ella un espíritu de amor y de servicio, un espíritu de sacrificio en el servicio mismo, que hacen de esta milicia su razón de ser y su característica fundamental».

Sea lo que fuere, el hecho es que nuestro Iñigo, sintiéndose ya mejorado, resolvió dirigirse a Montserrat para velar allí sus armas en honor de Nuestra Señora. Hizo el viaje montado en su mula, marchando aprisa para llegar pronto. Iba todavía suntuosamente ataviado, con su elegante traje de caballero. En los procesos se dice que «sus vestidos eran ricos, preciosos y delicados» y que «andaba muy bien vestido al modo y talle del soldado».

Señalemos en esta peregrinación dos hechos de índole típicamente caballeresca, de los que se encuentran reminiscencias en el Arnadís, y que pasaron de la Autobiografía a la Literatura y al Arte. Ante todo la aventura con el moro, que Calderón de la Barca elevaría a la categoría de drama religioso en su obra El gran Príncipe de Fez.

Iñigo caminaba embebido en sus propios pensamientos. Y «yendo por su camino le alcanzó un moro». La obligada pregunta de tales circunstancias acerca del lugar al que se dirigía, debió dar ocasión a que Iñigo nombrara Montserrat y a la Virgen: «Y vinieron a hablar de Nuestra Señora». Sin duda que el peregrino ha de haber dicho algo sobre la pureza de su Señora, a lo que el moro se atrevió a poner reparos: virgen antes del parto, pase, pero virgen en el parto «no lo podía

creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían». El enamorado de la Virgen se enredó en una disputa tenaz, tratando, de dar al moro «muchas razones».

Pero no bastaron los razones. «Y así el moro se adelantó con tanta prisa, que le perdió de vista». Esta brusca partida del jinete y el trote veloz de su mula, dejan vislumbrar que el diálogo se había ido encrespando, y que el moro, quizás a la vista del acero toledano que ceñía el vasco, y estando ya por llegar a su destino quiso evitar a tiempo irrevocables consecuencias. ¿Qué hizo Iñigo? Nos lo dice la Autobiografía:

«Y en esto le vinieron unas mociones que hacían en su ánimo descontentamiento, pareciéndole que no había hecho su deber; y también le causaba indignación contra el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de Nuestra Señora, y que era obligado a volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar al moro y darle de puñaladas por lo que ha dicho. Y perseverando mucho en el combate de estos deseos, al fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado a hacer».

Llegó, mientras tanto, a una bifurcación del camino. ¿Por cuál habría ido el moro? ¿Qué hacer? «Y así –termina el relato–, después cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto: de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría al moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar... La mula tomó el camino real, y dejó el de la villa».

El segundo hecho de índole caballeresca, con el que Iñigo dio por clausurada su peregrinación, fue la vela de armas. En referencia a ella escribe el P. Laínez: «Viniéndole a la memoria cómo los noveles caballeros se solían armar para ordenarse y dedicarse a la milicia, tomó voluntad de imitarlos en dedicarse al servicio de Dios».

Ya en las Siete Partidas, Alfonso el Sabio había tratado de la vela nocturna de oración a Dios que había de preceder al acto de armarse caballero. «E cuando esta oración ficiese –dice el texto–, ha menester de estar los hinojos fincados, e todo lo al en pie, mientras lo pudiese sufrir. Ca la vigilia de los caballeros no fue establecida para juegos, ni para otras cosas, si non para rogar a Dios ellos e los otros que y fuesen, que los guarde e que los enderece e los alivie, come a omes que entran en carrera de muerte». Volviendo a lo que hizo San Ignacio leemos en Nadal: «Con esta ceremonia comenzó su nueva vida, velando toda la noche y haciendo oración ante la imagen de la Virgen sacrosanta, al modo con que los que han de ser armados caballeros velan sus armas con el solemne y antiguo rito de los nobles».

Es indudable que Ignacio se inspiró asimismo en los libros de caballerías. Lo dice expresamente la Autobiografía: «Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas; y así se determinó de velar sus armas». ¿Cómo describe el Amadís esta vigilia? Se lo puede ver al término del libro cuarto, donde relata detalladamente la vela de armas de Esplandián, el primogénito y heredero de Amadís: «Esplandián estaba entre ellos tan fermoso, que su rostro resplandecía como los rayos del sol, tanto que hacía mucho maravillar a todos aquellos que le veían fincado de hinojos con mucha devoción e grande homildad, rogándole [a la Santísima Virgen] que fuese su abogada con el su glorioso Hijo, que le ayudase y enderezase en tal manera, que siendo su servicio, pudiese cumplir con aquella tan gran honra que tomaba...

Así estuvo toda la noche, sin que en cosa alguna fablase, sino en estas tales rogarías y en otras muchas oraciones, considerando que ninguna fuerza ni valentía, por grande que fuese, tenía más facultad que la que allí otorgada le fuese». Parece

evidente que el santo se refería a este pasaje en su confidencia sobre el Amadís al P. Cámara.

El monasterio de Montserrat al que Iñigo había llegado, era, a principios del siglo XVI, uno de los centros de la restauración católica impulsada en España por la reforma de Isabel y de Cisneros. Allí nuestro santo se confesó detalladamente, repudiando toda su vida pecadora. Luego, se dice en la Autobiografía, «concertó con el confesor que mandase recoger su mula, y que la espada y el puñal colgasen en la iglesia en el altar de Nuestra Señora».

Así llegó la noche del 24 al 25 de marzo de 1522, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora y de la Encarnación del Verbo. A las primeras sombras del anochecer, se despojó de sus vestidos, y los cambió por los de un mendigo, entrando luego en la iglesia donde pasaría toda la noche, ya de rodillas, ya de pie, encomendándose a Nuestra Señora, y ofreciéndose a Cristo como caballero que se disponía a imitarlo en todo. Al llegar el alba dio por terminada su vigilia. Lope de Vega dedicaría un bello romance a esta Vela de armas de Iñigo, a cuyo término dice: «No se ha de preciar España / de Pelayo ni del Cid, / sino de Loyola solo / porque a ser su sol venís».

De la caballería temporal a la caballería espiritual, dijimos. De soldado del César a soldado de Cristo. La continuidad es evidente. Años después, cuando ya hubiese fundado la Compañía de Jesús, el papa Marcelo II le diría: «Tú recoge soldados y hazlos combatientes; Nos los usaremos». El caballero de Cristo ha consagrado su espada a Nuestra Señora. Sólo le faltaba una cosa: la iluminación de lo alto.

II. El Cardoner y la Storta: dos ilustraciones desde lo Alto

Dicha iluminación se condensa en dos revelaciones principales que Ignacio recibió en el curso de su vida: la primera, poco después de su conversión, la del Cardoner, y la otra, después de haberse ordenado sacerdote, la de la Storta. Ambas contribuyeron a dar un sesgo claramente sobrenatural a su vocación caballeresca.

Describamos la primera, la del Cardoner. Tras la vela de armas en Montserrat, Ignacio se había ido a vivir como ermitaño a Manresa, donde transcurriría más de diez meses en la más severa penitencia, como purgación de su vida pecadora. Fue allí donde Dios lo ilustraría de manera deslumbrante. Refirármolo con sus propias palabras, si bien lo hace, como siempre, en tercera persona:

«Una vez iba por su devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama san Pablo, y el camino va junto al río, y yendo así en sus devociones se sentó un poco con la cara hacia al río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas.

«Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo cuantas ayudas haya tenido de Dios y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes».

Destaquemos las expresiones: «le parecían todas las cosas nuevas», «le parecía como si fuese otro hombre», «como si tuviese otro intelecto que tenía antes». Otro nombre, otros ojos; cosas nuevas... Según se ve, le fue comunicado lo que en lenguaje moderno llamaríamos una nueva cosmovisión, un conocimiento sumario de las verdades de la fe, a modo de compendio de las Escrituras y de la

teología. «Yo vi, sentí en lo interior y penetré con el espíritu todos los misterios de la fe cristiana», confesaría más adelante, destacando así el carácter de la gracia recibida en aquella revelación, es a saber, la visión sintética y arquitectónica de todas las verdades reveladas.

«En este tiempo de la visión del Cardoner –escribiría el P. Nadal– le dio el Señor grande conocimiento y sentimientos muy vivos de los misterios divinos y de la Iglesia. Aquí le comunicó Nuestro Señor los ejercicios, guiándole desta manera, para que todo se emplease en el servicio suyo y salud de las almas, lo cual le mostró con devoción especialmente en dos ejercicios, scilicet, del rey y de las Banderas. Aquí entendió su fin y aquello a que todo se debía aplicar y tener por escopo –fin– en todas sus obras, que es el que tiene ahora la Compañía». Visión sintética, decíamos, de la relación de los misterios con la Trinidad, y ello en Cristo, y ello en la Iglesia, y ello en el combate de las dos ciudades.

Bien señala Hugo Rahner que del Iñigo meramente individual ha salido el hombre apostólico. Su terrible anhelo de penitencia, no se enmarca ya en la mera consideración de los pecados propios, sino que se hace inteligible a la luz del gran drama universal que va del Génesis al Apocalipsis, y que incluye el pecado, la redención, la lucha con Satanás, la victoria de la gracia, y el más fino discernimiento de los espíritus en el alma. Manresa significó la irrupción de la gracia divina desde arriba, que se apoderó de aquel hombre, más allá de las experiencias que había tenido hasta entonces, para hacer de Iñigo, como él mismo lo diría en sus memorias, el nuevo soldado de Cristo, el hombre de la Iglesia. y ello mediante los Ejercicios, a los que consideraría su más importante arma apostólica, y que Dios le inspiró precisamente durante su estadía en la cueva de Manresa.

Juntamente con la eximia ilustración junto al río Cardoner, destaquemos otra, de gran relevancia en su espiritualidad, la de La Storta. A 16 kilómetros de Roma, en el cruce de dos vías consulares, la Cassia y la Flaminia, existía desde antiguo una estación con su hostería y su posta para el cambio de caballos, conocida con el nombre de La Storta. Durante la Edad Media se había levantado en ese lugar un pequeño oratorio. San Ignacio, viniendo de Siena hacia Roma, con sus compañeros Fabro y Laínez, se hospedó allí en 1537. Así relata el santo lo acaecido:

«Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir Misa, preparándose y rogando a Nuestra Señora le quisiese poner con su Hijo. Y estando un día, pocas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia y haciendo oración en ella, sintió tal mudanza en su ánimo, y vio tan claro que Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo, que no tendría ánimo de dudar en esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo».

El contenido es claro: la súplica insistente a Nuestra Señora, la gran mudanza obrada en su alma, y en el centro del cuadro Dios Padre que lo pone con Cristo, su Hijo, y ello sin poder dudar. Ignacio recordarla todavía este momento hacia el fin de su vida, como lo dejó consignado en su Diario espiritual: «Viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo». El P. de Guibert comenta así esta revelación:

«Lo que Ignacio pedía con tanta insistencia se lo obtuviera a María, lo que el Padre le otorga con una evidencia que no le permite dudar, y con una potencia y fuerza que transforma su alma, es la gracia que constituye el objeto del triple coloquio final de la meditación de Dos Banderas: ser recibido bajo la bandera de Cristo, como compañero suyo en la pobreza y en las humillaciones.

«La visión de la Storta es ante todo la aceptación mística de esta plegaria; es en la vida del Santo un episodio análogo a los desposorios de Santa Catalina de Siena. Ignacio acaba de unirse a Cristo por la gracia del sacerdocio: este lazo que le asocia para siempre a la vida pobre y crucificada de quien será por nuevo título su Cabeza. Se explica fácilmente desde entonces cómo se ha vinculado a esta visión la elección tan firme hecha por el Santo del nombre de Compañía de Jesús: él y sus compañeros no eran compañeros de Jesús por un acto de su propia

voluntad, decididos a seguirle en todo, sino que habían sido constituidos tales por voluntad y obra del Eterno Padre».

Ambas revelaciones, la del Cardoner y la de La Storta, se relacionan, pues, con los Ejercicios Espirituales. Como se sabe, la práctica de los Ejercicios tiende a suscitar en el ejercitante, luego de haber experimentado el aborrecimiento del pecado en su vida –la «vergüenza del caballero» que ha ofendido a Dios con sus reiteradas felonías–, el anhelo de acompañar al Cristo que lo invita a la conquista del mundo para Dios, a ese Cristo que por él ha vivido los misterios de su vida hasta dejarse clavar en la cruz, lo cual implica la decisión de llevar adelante una lucha abierta contra Satanás, tanto en lo que concierne al ámbito personal –morir a sí mismo– como al ámbito social –conquistar el universo entero para Dios–, todo ello concretado en una pertenencia activa a la Iglesia militante.

III. La Compañía de Jesús: una Orden militante

Podríase decir que todo el espíritu de la Compañía de Jesús, condensado en los Ejercicios, nació de la experiencia mística de San Ignacio, particularmente en el Cardoner.

«Entonces fue Ignacio levantado sobre sí --escribe el P. Nadal– y se le manifestaron los principios de todas las cosas. En este raptó parece haber recibido el conocimiento de toda la Compañía. Por lo cual cuando se le preguntaba por qué instituía esto o aquello, solía responder: «Me refiero a lo de Manresa». Y este don aseguraba exceder a todos los dones que había recibido». Del mismo Nadal la antigua Compañía conservó esta aseveración: «Cuando Ignacio era preguntado sobre el fundamento para las constituciones de su Orden acostumbraba aducir como última razón aquella elevada ilustración del espíritu, que Dios le había enviado como un muy grande favor en Manresa, como si entonces hubiera recibido todo de una vez en un como don arquitectónico de sabiduría –quasi in spiritu quodam sapientiae architectonico–». Ignacio vio en Manresa el diseño de lo que sería su obra maestra, la Compañía de Jesús.

Fue precisamente durante su estadía en Manresa, y en conexión con la visión del Cardoner, cuando San Ignacio elaboró la meditación clave de su espiritualidad, la de las Dos Banderas. La más antigua tradición, la que proviene de quienes habían conocido personalmente a Ignacio, afirma que la meditación de Dos Banderas con su petición de ser recibido bajo la bandera de Cristo, es la hora del nacimiento de la Compañía. En vísperas de la fundación de su Orden resumiría San Ignacio la misión de la misma: «Hacer servicio de guerra bajo la bandera de la cruz».

El P. Luis de la Palma escribe: «Yo mismo le oí decir al P. Gil González que nuestro Padre Everardo, cuarto prepósito general, estando él presente, había dicho en una plática que había él oído de boca del santo padre Ignacio, que en el ejercicio de las Dos Banderas le había Dios descubierto este secreto, y puéstole delante de los ojos la forma y modelo de esta Compañía». Y el P. Landicio refiere, fundado en la misma tradición: «Cuando Ignacio de Loyola en los comienzos de su conversión en Manresa escribía los Ejercicios espirituales, Dios le descubrió en el ejercicio de las Dos Banderas todo el modo de la Compañía de Jesús que se había de fundar, toda la estructura de este maravilloso edificio».

Según puede observarse, también como fundador fue San Ignacio un caballero, caballero de Dios, un soldado de Cristo que se lanza y lanza a su Orden a la conquista del mundo para Dios. Por el hecho de que la Compañía procedió de la meditación de las Dos Banderas, su ayuda a las almas se configura en la forma de un combate por Cristo que continúa viviendo en la Iglesia militante. Pero Ignacio no se engaña. La lucha exterior no será verdadera si no comienza y se acompaña por el combate interior.

En aquella meditación, la última consecuencia de la decisión de ponerse bajo la bandera de Cristo, se une inescindiblemente a la decisión de abrazarse con la cruz, con los oprobios e injurias, «por más en ellos le imitar». La línea de batalla, que mira por cierto al universo mundo, se despliega ante todo en el propio corazón, primer sector del frente donde es menester derrotar al enemigo de natura humana. Por tratarse de una lucha, el jesuita habrá de ser experto en conocer los engaños del mal caudillo, para guardarse de ellos, y el camino que indica el Sumo Capitán, que es Cristo.

No en vano la Fórmula del Instituto aprobada por Julio III comienza:

«Cualquiera que en esta Compañía, que deseamos se llame la Compañía de Jesús, pretende asentar debajo del estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo, y servir a sola su divina Majestad, y a su esposa, la santa Iglesia, el romano de Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. Persuádase que después de los tres votos solemnes de perpetua castidad, pobreza y la obediencia, es ya hecho miembro de esta Compañía la cual es fundada principalmente para emplearse toda en la defensión y dilatación de la santa fe católica, predicando, leyendo públicamente y ejercitando los demás oficios de enseñar la palabra de Dios, dando los ejercicios espirituales, enseñando a los niños e ignorantes la doctrina cristiana...

«Y todos los que hicieran profesión en esta Compañía se acordarán no sólo al tiempo que la hacen, mas todos los días de su vida que esta Compañía y todos los que en ella profesan son soldados de Dios que militan debajo de la fiel obediencia de nuestro Santo Padre».

San Ignacio era plenamente consciente de que un tipo de militancia semejante atraería necesariamente el odio del mundo. En carta a una dirigida suya, Isabel Roser, le escribe:

«Decís cuántas malicias, celadas y falsedades os han cercado por todas partes. Ninguna cosa me maravillo de ello, ni mucho más que fuera; porque a la hora que vuestra persona se determina, quiere y con todas sus fuerzas se esfuerza en gloria, honor y servicio de Dios Nuestro Señor, ésta tal ya pone batalla contra el mundo, y alza bandera contra el siglo, y se dispone a lanzar las cosas altas, abrazando las cosas bajas, queriendo llevar por un hilo lo alto y lo bajo: honra y deshonor, riqueza o pobreza, querido o aborrecido, acogido o desechado, en fin, gloria del mundo o todas injurias del siglo».

IV. San Ignacio, Apóstol

En el conjunto de la galería de los santos, Ignacio se destaca por el ardor de su celo apostólico, por su fuego en pro de la salvación de las almas. Tratemos de adentrarnos en su corazón de apóstol.

1. Corazón magnánimo

Ignacio es, a la verdad, un hombre superior, de visión panorámica, como panorámica fue su visión del Cardener. Pero lo es porque fue magnánimo. En las Constituciones de la Compañía de Jesús, nos ha dejado un magnífico retrato de las virtudes que deben ornar al General de la Orden. Lo primero, dice, es que sea «muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones», de modo que pueda llegar a ser como fuente de todo bien para el cuerpo entero. Asimismo habrá de ser un hombre libre de pasiones, o mejor, señor de ellas, de juicio sereno, exteriormente comedido, concertado en el hablar. Tendrá que saber mezclar rectitud y severidad, ser inflexible en lo que juzgue que agrada más a Dios, pero compasivo con sus hijos, de modo que aun los reprendidos reconozcan que procede rectamente en el Señor. Necesitará magnanimidad y fortaleza para acometer grandes cosas y enfrentar contradicciones, sin enorgullecerse con los sucesos prósperos ni abatirse en los adversos.

Deberá estar dotado de gran entendimiento y juicio, así en lo especulativo como en lo práctico; porque, si bien la doctrina es necesaria a quien ha de tener a su cargo tanta gente docta, también lo es la prudencia y el discernimiento. Habrá de ser imaginativo para comenzar, y decidido para llevar los proyectos a su término, sin dejarlos a medio hacer o imperfectos. Razón tenía su compañero, el P. Pedro de Ribadeneira, cuando decía que en estos párrafos, Ignacio «sin pensar en sí, se dibujó allí al natural y se nos dejó como en un retrato perfectísimamente sacado».

Nuestro santo se caracterizó por haber poseído en grado eximio la noble virtud de la magnanimidad. De ahí su predilección por el adverbio magis; no un «magis», por cierto, desmedido, sino enmarcado en la concreción de la Iglesia.

2. Corazón armónico

Ignacio, hombre magnánimo, enamorado del Verbo encarnado, supo armonizar lo humano con lo divino.

«Para comprender el carácter de San Ignacio –escribe el P. Antonio Astrain– se debe partir de su célebre divisa: Todo a la mayor gloria de Dios. Este pensamiento sublime, que abraza cuanto de más alto hay en el cielo y en la tierra, da a todas las empresas que resplandecen en su vida, por cuanto diversas y contrarias puedan aparecer a primera vista, su intrínseca maravillosa unidad. Todo lo que hace, lo hace para la mayor gloria de Dios; las cosas altas y las humildes, las grandes y las pequeñas, las propias y las ajenas, las temporales y las espirituales, todas dirigidas a este fin. Bien raramente se encontró un hombre así compenetrado de una idea, y bien raramente un ideal encarnado en un gran hombre produjo frutos tan sorprendentes».

Hombre de síntesis, pero de una síntesis signada por la grandeza, capaz de unir lo que los mediocres creen deber separar. Un ejemplo:

En 1549 los jesuitas se habían visto obligados a defenderse públicamente de algunos ataques, sobre todo de parte de Melchor Cano. Algunos padres recibieron poderes para presentarse ante el tribunal en nombre de Ignacio y defender el Instituto, e incluso se recurrió a personas influyentes para que intercedieran en favor de la nueva Orden. Estas medidas le parecieron a un padre, el P. Juan Alvarez, poco conformes con el espíritu evangélico y con la confianza en Dios que siempre había mostrado el fundador en las numerosas contrariedades que había sufrido. Le parecía una especie de idolatría, respecto a los medios humanos, semejante a la de los israelitas que habían doblado sus rodillas ante Baal. San Ignacio, por medio de Polanco, salió al cruce de esta opinión, escribiéndole así al P. Alvarez:

«Mirando aun en sí la espiritual filosofía, no parece vaya muy sólida ni muy verdadera; es a saber, que usar medios o industrias humanas y aprovecharse o servirse de favores humanos para fines buenos y gratos a nuestro Señor, sea “doblar la rodilla ante la imagen de Baal” (Rom. 11, 4); antes parece que quien no piensa sea bien servirse dellos y expender, entre otros, este talento que Dios da, reputando como fermento o mixtión no buena la de los tales medios con los superiores de gracia, que no ha bien aprendido a ordenar todas las cosas a la gloria divina y en todas y con todas aprovecharse para el último fin del honor y gloria divina.

«Aquel se podría decir que “dobla las rodillas ante Baal”, que de tales medios humanos hiciere más caudal y pusiese más esperanza en ellos, que en Dios y sus graciosas y sobrenaturales ayudas. Pero quien tiene en Dios el fundamento de toda su esperanza, y para el servicio suyo con solicitud se aprovecha de los dones que El da, internos y externos, espirituales y corporales, pensando que su virtud infinita obrará con medios o sin ellos todo lo que le pluguiere, pero que esta tal solicitud le place cuando rectamente por su amor se toma, no es esto «doblar las rodillas ante

Baal», sino «ante Dios», reconociéndolo por autor, no solamente de la gracia, pero aun de la natura».

Merecería la pena leer aquí toda esta carta tan espléndida, en cuya segunda parte Ignacio va explicando cómo esta feliz combinación de la esperanza en la acción divina y el esfuerzo humano ha sido una constante en todos los santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, tanto en la Iglesia primitiva como en la posterior. Pero ahorrémonos esa larga cita contentándonos con transcribir sus últimas conclusiones:

«Y así es determinación de los doctores escolásticos que se deben usar los medios humanos y que sería muchas veces tentar a Dios si, no tomando los tales que Dios envía, se esperasen milagros en todo, etc. Pero en esta parte baste lo dicho, que es en suma: que usar medios humanos a sus tiempos, enderezados puramente a su servicio, no es mal, cuando en Dios y su gracia se tiene el áncla firme de la esperanza; pero no usar de los tales cuando Dios, por otras vías proveyendo, los hace ser excusados, o cuando no se esperase que ayudarían para su mayor servicio, en esto todos somos de acuerdo».

3. Corazón católico

Corazón magnánimo. Corazón armónico. Corazón católico, es decir, universal. Desde su pequeña celda de Roma su alma vibraba y se dilataba según las dimensiones del mundo entero. Con la consigna que dio a sus compañeros: «preparados a todo», abrió a la Compañía, ya desde su nacimiento, los caminos del universo. Asombra seguir el periplo del grupo que rodeó al santo: el P. Fabro recorrió Worms, Spira, Maguncia, Amberes, Lisboa, Colonia, Valladolid, Roma, donde murió agotado cuando se disponía a ir al Concilio de Trento. El P. Laínez fue a Venecia, Padua, Brescia, Trento, Alemania, Polonia. El P. Bobadilla a Innsbruck, Viena, Praga...

¿Y qué decir de Javier? San Ignacio lo había conocido en París, como estudiante laico de la Sorbona. Al navarro no le atraía en absoluto el estilo de vida que le proponía Iñigo, e incluso se burlaba de quienes lo seguían. El soñaba con un brillante porvenir. Tenía el mundo por delante. «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si al fin pierde su alma?», le argüía Ignacio. A través de los Ejercicios acabó por convertirlo en apóstol de Cristo. ¿Quién contará las leguas que cubrió este divino impaciente, por la India, por el Japón, muriendo de cara a la costa china? Al fin ganaría el mundo, de un modo superior, y salvando su alma. Desde Roma, Ignacio seguía los pasos de cada uno de los suyos, gozando inmensamente cuando se volvía a encontrar con ellos y oír sus anécdotas, en aquella primavera generosa y aventurera de la primera Compañía.

La catolicidad de su espíritu se revela de manera particular en las normas y criterios que dejó a los suyos para la selección de ministerios. Allí se dice que los Superiores, buscando constantemente «la mayor gloria divina», envíen a sus súbditos donde «se haga siempre lo que es a mayor servicio y bien universal». Los miembros de la Compañía deberán acudir donde haya más necesidad por falta de otros operarios, donde se espere más fruto espiritual. Y en expresión magistral:

«Porque el bien cuanto más universal es más divino –quo universalis, eo divinius est– aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos. Así, la ayuda espiritual que se hace a personas grandes y públicas –ahora sean seculares como Príncipes y Señores y Magistrados o administradores de justicia, ahora sean eclesiásticos como Prelados– y la que se hace a personas señaladas en letras y autoridad, debe tenerse por más de importancia, por la misma razón del bien ser más universal, por lo cual también la ayuda que se hiciese a gentes grandes como a las Indias, o a pueblos principales o a Universidades, donde suelen concurrir más personas, que ayudadas podrán ser operarios para ayudar a otros, deben preferirse».

Su predilección por los Príncipes es clara, no ciertamente en prosecución de poder mundano sino por la irradiación apostólica que de allí se puede seguir. En cierta ocasión, un padre llamado Diego Mirón, a quien el rey de Portugal le había pedido que fuese su confesor, se resistía a ello pareciéndole una honra inadecuada. He aquí lo que le dice San Ignacio:

«Pues si se mira el bien universal y mayor servicio divino, desto se seguirá mayor en cuanto yo puedo sentir en el Señor; porque del bien de la cabeza participan todos los miembros del cuerpo, y del bien del príncipe todos los súbditos: en manera que la ayuda espiritual que a ellos se hace se debe más estimar que si a otros se hiciese».

Tal pareciera ser la regla suprema: el bien, cuanto más universal, cuanto más católico, es más divino.

«Para mejor acertar en la elección de las cosas para las cuales el Superior envía a los suyos –escribe el santo–, téngase la misma regla ante los ojos de mirar el divino honor y bien universal mayor, porque esta consideración puede muy justamente mover para enviar antes a un lugar que a otro».

Se ofrecerán ministerios que impliquen bienes espirituales y otros que exijan abocarse a los bienes corporales de misericordia, ministerios que miren a la mayor perfección del prójimo o a la menor, «siempre deben preferirse los primeros a los segundos –ceteris paribus– si no pudiesen juntamente hacerse los unos y los otros».

Conexamente con la selección de ministerios, San Ignacio no descuidó la selección de las personas a quienes habían de encomendarse dichos ministerios. En esta materia, he aquí la norma: «a lo más grande, los más grandes». Tal es la modalidad con que lanzó a sus hijos al apostolado, entendido éste no como una expresión de activismo, sino cual irradiación de la vida interior, del espíritu de los Ejercicios, especialmente de la meditación del Reino y de las Dos Banderas.

El corazón apostólico y universal de San Ignacio se revela asimismo en su admirable epistolario. Entre sus destinatarios desfilan importantes personajes de la política: el emperador Carlos V, el rey de Romanos Fernando, Felipe II, Juan III de Portugal, el virrey de Sicilia Juan de Vega y muchos otros nobles; también figuran varones eminentes en santidad: San Francisco de Borja, San Francisco Javier, San Pedro Canisio, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Avila; así como distinguidos cardenales y obispos.

La visión panorámica que ofrece dicho epistolario no conoce fronteras de naciones o estamentos sociales. Lo mismo escribía a Etiopía que a la India o Alemania, lo mismo a un Rey que a un humilde religioso o una buena señora. Lo mismo trata grandes problemas, como la reforma del clero en una nación herida por la herejía o la reorganización de una Universidad, como recomienda serenidad a un alma turbada. Pero sobre todo llaman la atención las cartas que dirige con el fin de urgir la conciencia de los príncipes cristianos, sobre todo del Emperador, proponiendo grandes programas de acción política y apostólica en pro de la Cristiandad, por aquel entonces particularmente amenazada.

V. La detección del enemigo

El período histórico en que le tocó vivir a San Ignacio estuvo preñado de acontecimientos trascendentes, algunos de ellos tormentosos. En su seno actuaban fuerzas gigantescas que al parecer iban a transformar la sociedad de raíz: el Protestantismo atentaba contra la unidad de la Iglesia en la desgarradura más grave que conoció en toda su historia; el Humanismo comenzaba a bosquejar el tipo de hombre que hemos dado en llamar hombre moderno; en el campo más propiamente político, la amenaza de la Media Luna contra Europa, como factor negativo, y el descubrimiento y conquista de América, hecho gozoso que ampliaba insospechadamente las dimensiones del planeta y el marco de la evangelización.

San Ignacio supo encarar con inteligencia los grandes problemas de su tiempo, no sólo excogitando los medios para mejor propagar el Evangelio a través de la Orden por él fundada, sino también enfrentando con lucidez y coraje a los enemigos de Dios y de la Cristiandad, como lo revela particularmente su actitud en relación con la Media Luna, el Protestantismo y el Humanismo renacentista. Analicemos las iniciativas que tomó en estos tres campos.

1. San Ignacio y la Cruzada *contra la Media Luna*

En su Epistolario se conservan varias cartas referidas al tema de la amenaza musulmana. Dos de ellas, las más importantes, tienen que ver nada menos que con el emperador Carlos V. Propiamente las cartas las redactó el P. Polanco, según las indicaciones que le diera San Ignacio, y están dirigidas al P. Nadal, en orden a que éste hiciera llegar al Emperador un atrevido plan de acción para alejar el peligro turco en el Mediterráneo, mediante la formación de una escuadra. Ambas cartas están fechadas el día 6 de agosto de 1552, cuatro años antes de la muerte de Ignacio.

El antiguo oficial de Carlos V trazaba así, adelantándose en veinte años a la batalla de Lepanto, un plan de Cruzada donde se revela un inesperado talento estratégico, político y hasta económico, que nos asombra. En la primera de esas cartas, muy breve, leemos:

«Es el caso que, viendo un año y otro venir estas armadas del turco en tierras de cristianos, y hacer tanto daño, llevando tantas ánimas que van a perdición para renegar de la fe de Cristo, que por salvarlas murió, además del aprender y hacerse prácticos en estos mares, y quemar unos lugares y otros; y viendo también el mal que los corsarios suelen hacer tan ordinariamente en las regiones marítimas, en las ánimas, cuerpos y haciendas de los cristianos, ha venido a sentir en el Señor nuestro muy firmemente, que el emperador debería hacer una muy grande armada, y señorear el mar, y evitar con ella todos estos inconvenientes, y haber otras grandes comodidades, importantes al bien universal.

«Y no solamente se siente movido a esto del celo de las ánimas y caridad, pero aun de la lumbre de la razón, que muestra ser esta cosa muy necesaria, y que se puede hacer gastando menos el emperador de lo que ahora gasta. Y tanto está puesto en esto nuestro Padre, que, como dije, si pensase hallar crédito con S.M., o de la voluntad divina tuviese mayor señal, se holgaría de emplear en esto el resto de su vejez, sin temer para ir al emperador y al príncipe el trabajo ni peligro del camino, ni sus indisposiciones, ni otros algunos inconvenientes...»

El listado de motivos que mueven a Ignacio a presentar al Emperador y a su hijo, el príncipe don Felipe, este plan, abarca hasta nueve capítulos en la segunda de las cartas citadas, con un estudio completo de todos los aspectos, el religioso, el militar y el político, si bien priva, como era de esperar, el argumento teológico, desde el cual se calibra todo el resto. Citemos algunos párrafos:

«Las razones que para sentir que debe hacerse [la Armada] mueven, son éstas. Primeramente, que la gloria y honor divino mucho padece, llevándose los cristianos, de tantas partes, grandes y pequeños, entre infieles, y renegando muchos del la fe de Cristo, como se ve por experiencia, con grande lástima de los que tienen celo de la conservación y adelantamiento de nuestra santa fe católica».

«La 2ª, que con grande cargo de conciencia, de quien debe proveer y no provee, se pierde tanto número de personas, que desde niños y todas edades, con fastidio de la servidumbre tan trabajosa y males sin cuenta que padecen de los infieles, se hacen moros o turcos; y de éstos hay tantos millares entre ellos, que el día del juicio verán los príncipes si debían menospreciar tantas ánimas y cuerpos que valen más que todas sus rentas y dignidades y señoríos, pues por cada una de ellas dio Cristo N.S. el precio de su sangre y vida...»

«La 8ª, que sería fácil, teniendo muy potente armada y señoreando todo este mar, ganar lo perdido, y mucho más, en todas las costas de Africa y en las de la Grecia, y las islas del mar Mediterráneo; y podríase poner el pie en muchas tierras de moros y otros infieles, y abrir gran camino para conquistarlos, y consiguientemente hacerlos cristianos; donde no habiendo armada, como se tomó Trípoli, podrían tomarse otros lugares de importancia en la cristiandad».

Después de una rápida indicación sobre la calidad de los marinos y soldados que habrán de equipar esa flota, «presupuesto que gente no ha de faltar a S.M., que la tiene por la divina gracia, mejor que príncipe del mundo que se sepa», pasa a señalar las posibles fuentes de ingreso para la Armada, como son los obispados, las órdenes de caballería, las ciudades y los príncipes. Y termina: «Dios, sapiencia eterna, dé a S.M. ya todos y en todas cosas sentir su santísima voluntad y gracia para perfectamente cumplirla».

La carta sería, de hecho, entregada por Nadal al virrey de Sicilia, Juan de Vega, quien en base al escrito se dirigió al Emperador y a su hijo, encontrando en ambos la mejor acogida; con todo, les pareció oportuno diferir su aplicación para tiempos más propicios. El éxito de las armas cristianas veinte años después, en 1571, en aguas de Lepanto, pondría de manifiesto el realismo de la visión política y militar de Loyola.

Ha sorprendido a algunos que un santo, abismado los últimos años de su vida en la más alta contemplación, como veremos enseguida, se dedicara a asuntos tan concretos como el modo de crear una poderosa flota con que pudiera el Emperador señorear el Mediterráneo y consolidar su dominio en Europa y Africa, desbaratando el poderío de los turcos. Pero era precisamente aquella eterna sapiencia, invocada por él al término de su carta, la que así esclarecía la inteligencia de su siervo en bien de la Cristiandad.

Otra prueba del interés de San Ignacio por la Cruzada contra los moros la encontramos en una curiosa carta suya al Ejército en Africa, escrita desde Roma con fecha 9 de julio de 1550, donde el santo, al tiempo que anima a los soldados cristianos que en Túnez estaban haciendo la guerra contra los moros, les hace saber que a pedido de Juan de Vega, virrey de Sicilia y jefe del ejército español, en que el P. Laínez era capellán, el Papa ha extendido también a ellos las bendiciones del Jubileo que por aquel entonces se celebraba en Roma. He aquí el texto:

«Ignacio de Loyola, Prepósito General de la Compañía de Jesús, a los ilustres señores, nobles y denodados caballeros, capitanes y soldados, y, finalmente, a todos los cristianos que en Africa guerrean contra los infieles, amparo y favor de Jesucristo, y en el mismo, salud perdurable.

«Habiendo Nos [...] suplicado en nombre suyo y de todo el ejército a la Santidad de Nuestro Señor Julio III, por la Divina Providencia Papa, que el tesoro del Jubileo abierto a los fieles que vienen a Roma y visitan algunas iglesias os le franquease también a vosotros, que por la gloria de Cristo y exaltación de la santa fe estais ocupados en hacer guerra a los infieles. Su Santidad, con pronto ánimo y según la benignidad apostólica, os concedió esta gracia –con tal que estéis contritos y confesados–, para que tanto más denodada, animosa y esforzadamente peleéis con los enemigos de la Santa Cruz, cuanto viereis más larga la liberalidad del Altísimo y de su esposa la Iglesia, y más feliz el suceso de la guerra –o vivos alcancéis victoria, o muertos, si alguno muriese, la bienaventuranza con tener perdonados todos los pecados–. Pues para significaros la impetración de tal gracia, hanos parecido en el Señor escribiros las presentes letras, selladas con el sello de nuestra Compañía».

Algunos autores han creído advertir cierta correspondencia entre la temática de la meditación del Reino y las Cruzadas contra los moros, así como la campaña en Túnez de Carlos V, y aquel plan de la Armada que Ignacio propusiera al Emperador.

Sea lo que fuere de tal hipótesis, lo cierto es que Ignacio volvió a enarbolar el estandarte de la Cruzada, el que cuatro siglos atrás había levantado San Bernardo, un proyecto casi olvidado en Europa. El santo no podía dejar de ver con dolor el hecho de que todavía estuviese en manos otomanas la Tierra Santa que él tanto amara, ya la que visitara como peregrino luego de su experiencia en Manresa. Ya en el ocaso de su vida seguiría con los ojos fijos en aquella tierra querida. Incluso trató de interesar al papa Julio III para que confiara a la naciente Compañía la evangelización de Palestina. Allí la situación se hacía cada día más insostenible, tanto que sus guardianes históricos, los franciscanos, estaban proyectando abandonarla. En 1553 el Papa, por una bula, apoyaba la idea del santo, pero dos años después moría dicho Papa, y al año siguiente el mismo San Ignacio.

2. San Ignacio y su lucha contra el protestantismo

San Ignacio es la antítesis del protestantismo, la antípoda personal de Lutero. El P. Leturia ha tendido un ingenioso paralelo entre ambos, señalando hasta un cierto sincronismo entre la transformación de Ignacio y la rebelión de Lutero. No podemos detallar sus hallazgos, contentándonos con destacar la intuición. También Papini se ha referido a este curioso paralelismo. Tras recordar la época de la convalecencia de Ignacio en su castillo solariego, escribe:

«También Lutero se encerraba en aquellos meses, aunque sin heridas del cuerpo, en un castillo, el castillo de Wartburg; pero para asestar mejor, fuera de todo peligro, sus golpes contra Roma... Podrán parecer coincidencias y contrastes exteriores, pero también la cronología encierra más misterios de los que pueden sospechar los confeccionadores de cuadros sinópticos y de recetas históricas. Que los dos espíritus atormentados –de Ignacio convirtiéndose en Loyola y de Lutero encerrado en Wartburg– son los verdaderos antagonistas de la primera parte de aquel siglo, ante los que Carlos V y Francisco I parecen niños enfadados que se pegan por un juguete roto, lo muestran con evidencia razones más profundas que las fechas. Y eso, no sólo por el dique, robusto aún en nuestros días, que la Compañía de Ignacio construyó en el norte contra los luteranos, sino por el contraste absoluto que presentan el espíritu del fraile apóstata y el del caballero transfigurado».

Ignacio se va a enfrentar al protestantismo con la oración y con el combate doctrinal. Con la oración, ante todo, pidiendo a los miembros de la Compañía la plegaria incesante.

«Aunque por otros medios –escribe– cuidamos solícitamente de ello..., decretamos que todos nuestros hermanos, tanto los súbditos inmediatos, como los prepositos y rectores que a otros gobiernan, todos, así ellos como los que les están confiados, una vez al mes ofrezcan a Dios el sacrificio de la misa, si son sacerdotes, y los que a esta dignidad no son elevados, oren asimismo por las necesidades espirituales de Alemania e Inglaterra, a fin de que el Señor se compadezca de estos y otros países infectados de herejía y se digne reducirlos a la pureza de la fe y religión cristiana».

Y tras la plegaria, la acción. Porque San Ignacio concibió la lucha contra el protestantismo como un combate primordialmente doctrinal. De ahí su insistencia en crear Colegios y Universidades por doquier. En menos de diez años, viviendo aún el Fundador, la Orden tendría a su cargo buena parte de la enseñanza de Europa.

Pero los dos Colegios predilectos soñados por Loyola en orden a aquel combate fueron el Colegio Romano y el Colegio Germánico, ambos en Roma, instituidos a modo de Seminarios para la formación del clero.

En cuanto al primero, el Colegio Romano, inaugurado en 1553, lo pensó como un baluarte de la fe al servicio directo del Papa.

El mismo nos ha sintetizado su plan: había de ser un seminario donde sus alumnos, provenientes de diversas partes del mundo, recibiesen la mejor formación intelectual y espiritual, con profesores preparados y de doctrina intachable, capaces de exponer la fe y prevenir a sus discípulos en relación con los errores que por aquel entonces circulaban. Este Colegio dará gloria al Papado, dice el santo, tan necesitado hoy de prestigio intelectual y moral; en este Colegio el Papa hallará personas hábiles y doctas, a quienes confiar luego importantes cargos y misiones para la gloria de Dios. Asimismo el Colegio servirá como modelo para que en otras partes se inspiren en él y deseen imitar su formación. Dado que 25 años después de la muerte de Ignacio el papa Gregorio IX la tomó bajo su especial patrocinio, el Colegio Romano pasaría a la historia con el nombre de Universidad Gregoriana, que tiene hasta hoy.

Juntamente con el Colegio Romano, dijimos, se inició el llamado Colegio Germánico, tan especialmente amado por San Ignacio. Si bien el santo ya había enviado a algunos de sus mejores hijos, como Fabro, Jayo y Canisio, a Alemania y Austria, para la conversión de los luteranos y la renovación de la vida católica, juzgaba que la tragedia espiritual de los pueblos germánicos reclamaba urgentemente la formación de un clero joven dispuesto a enfrentar los complejos problemas del momento.

En 1552, el P. Polanco se dirigía a don Juan de Borja en los siguientes términos: «... se trataba aquí de una obra de grande caridad para la reducción de Alemania a la fe y religión de la Iglesia Católica, haciéndose un Colegio aquí en Roma, al cual se trajesen de todas partes de aquella región, incluyendo la Polonia, y Bohemia y Hungría, mancebos ingeniosos y dotados de buenas partes naturales, y nobles entre aquellas gentes, para que antes que los hábitos viciosos de las costumbres y los errores de las opiniones heréticas los depravasen, saliendo de aquella [tierra] fuesen instruidos en sana doctrina y vida virtuosa; y saliendo idóneos operarios de la viña de Cristo, se tornasen a enviar en aquellas partes, quién con un obispado, quién con un beneficio curado, quién con un canonicato, para predicar y ayudar con la doctrina y ejemplo las gentes de su lengua, entre las cuales hay falta de fieles y buenos operarios, y mucha sobra de los malos y perversos».

Pero para atender a este problema en los países de lengua alemana no sólo proyectó el Colegio Germánico sino también una estrategia religiosa desde adentro. En Austria, el catolicismo estaba cada día más exangüe, mientras que el proselitismo protestante había tomado grandes proporciones, penetrando incluso en la Universidad de Viena, y concitando el favor de las ciudades y de los príncipes. Había que conjurar dicho peligro.

Tal fue la circunstancia que lo movió a escribir una larga carta a San Pedro Canisio, entonces Provincial de la Orden en Alemania, con precisas instrucciones. Los autores protestantes la consideran como «el manual del perseguidor al uso de los jesuitas». En ella se refleja la visión ignaciana de las responsabilidades que competen a los gobernantes, por lo que se insta al Rey de Romanos, próximo Emperador, a tomar una posición resuelta en favor del catolicismo y en contra de la herejía. La historia había demostrado hasta qué punto era decisiva la actitud de reyes y príncipes en el destino espiritual de sus dominios. La carta contiene dos partes. En la primera propone diversas medidas negativas en orden a erradicar la herejía, y en la segunda las disposiciones positivas para solidificar lo que quedaba de fe católica. De este modo lo resume al comienzo de la epístola:

«Así, pues, a la manera que en los males del cuerpo primeramente hay que apartar las causas que engendran la enfermedad, y en seguida aplicar los remedios que ayudan para recobrar las fuerzas y buena disposición de antes; así en esta pestilencia de las almas que por las varias herejías estraga las provincias del Rey, primero se ha de ver, cómo se arrancan las causas de ella, y después, cómo se podrá restablecer y robustecer en aquéllas el vigor de la doctrina sana y católica».

Citemos algunos párrafos de la famosa carta. Y primero de su parte negativa, es decir, de las medidas que hay que adoptar para extirpar la herejía: declararse claramente contra la herejía y apartar a los herejes de los cargos del Consejo Real.

«Lo primero de todo, si la Majestad del Rey se profesase no solamente católico, como siempre lo ha hecho, sino contrario abiertamente y enemigo de las herejías, y declarase a todos los errores heréticos guerra manifiesta y no encubierta, éste parece que sería, entre los remedios humanos, el mayor y más eficaz.

«De éste seguiríase el segundo de grandísima importancia: de no sufrir en su Real Consejo ningún hereje, lejos de parecer que tienen en gran estima a este linaje de hombres, cuyos consejos, o descubiertos o disimulados, es fuerza creer que tiendan a fomentar y alimentar la herética pravedad, de la que están imbuidos».

Pero ello no es todo. Será preciso controlar el personal docente de las Universidades, que tanto había influido en la rebelión políticoreligiosa de Alemania, así como los libros que lee la juventud

«Todos los profesores públicos de la Universidad de Viena y de las otras, o que en ellas tienen cargo de gobierno, si en las cosas tocantes a la religión católica tienen mala fama, deben, a nuestro entender, ser desposeídos de su cargo. Lo mismo sentimos de los rectores, directores y lectores de los colegios privados, para evitar que inficionen a los jóvenes, aquellos precisamente que debieran imbuirlos en la piedad; por tanto, de ninguna manera parece que deban sufrirse allí aquellos de quienes hay sospecha de que perviertan a la juventud: mucho menos los que abiertamente son herejes; y hasta en los escolares en quienes se vea que no podrá fácilmente haber enmienda, parece que, siendo tales, deberían absolutamente ser despedidos...»

«Convendría que todos cuantos libros heréticos se hallase, hecha diligente pesquisa, en poder de libreros y de particulares, fuesen quemados, o llevados fuera de todas las provincias del reino». San Ignacio incluye en esta última recomendación los libros que aunque no contengan expresas herejías, hayan sido escritos por herejes, en orden a evitar que los lectores se aficionen a sus autores. Los libreros no habrán de imprimir los libros sobredichos, ni los distribuidores introducirlos en el Reino.

El cuidado y la vigilancia tendrán que ser mucho mayores cuando se trata de los pastores de almas y de su predicación a los fieles:

«No debería tolerarse curas o confesores que estén tildados de herejía; ya los convencidos en ella habríase de despojar en seguida de todas las rentas eclesiásticas; que más vale estar la grey sin pastor, que tener por pastor a un lobo. Los pastores, católicos ciertamente en la fe, pero que con su mucha ignorancia y mal ejemplo de públicos pecados pervierten al pueblo, parece deberían ser muy rigurosamente castigados, y privados de las rentas por sus obispos, o a lo menos separados de la cura de almas; porque la mala vida e ignorancia de éstos metió a Alemania la peste de las herejías..»

«Quien no se guardase de llamar a los herejes evangélicos, convendría pagase alguna multa, porque no se goce el demonio de que los enemigos del Evangelio y cruz de Cristo tomen un nombre contrario a sus obras; y a los herejes se los ha de llamar por su nombre, para que dé horror hasta nombrar a los que son tales, y cubren el veneno mortal con el velo de un nombre de salud».

Hasta aquí las medidas negativas ordenadas a la extirpación de los errores. Desde ahora hasta el fin se refiere a las que ayudarán a arraigar la sólida doctrina de la verdad católica. Citemos algunos párrafos de esta segunda parte:

«En primer lugar, sería conducente que el Rey no tuviese en su consejo sino católicos, y que a éstos solos favoreciese y honrase en todas partes, y los agraciase

con dignidades seculares y eclesiásticas y también con rentas. Asimismo, si se pusiesen gobernadores y jueces, y cuantos han de mandar y tener autoridad sobre otros, que sean católicos, y juren que lo serán siempre».

«Debería proveerse diligentemente a los dominios del Rey de buenos obispos, traídos de dondequiera, que edifiquen a sus ovejas con palabra y ejemplo. Además, sería menester cuidar de llevar el mayor número posible de predicadores religiosos y clérigos seculares, y asimismo confesores; todos los cuales con celo de la honra de Dios y de la salud de las almas, propongan fervorosa y asiduamente a los pueblos la doctrina cristiana, y con el ejemplo de su vida la confirmen; ya éstos deberían conferirse las dignidades y prebendas en las iglesias..»

«Aprovechará también que a toda la juventud propongan sus maestros uno o dos catecismos o doctrinas cristianas, donde se contenga una suma de la verdad católica, que ande en las manos de los muchachos y de los ignorantes. También ayudaría un libro compuesto para los curas y pastores menos doctos, pero de buena intención, donde aprendan las cosas que han de explicar a sus pueblos, a fin de que abracen lo que merece ser abrazado, y desechen lo que es digno de ser desechado. Valdría también una suma de teología escolástica que sea tal, que no la miren con desdén los eruditos de esta era, o que ellos a sí mismos se tienen por tales».

Y culminando sus planes de restauración católica, propone finalmente, además del Colegio Germánico de Roma, la creación de tres buenos seminarios en las mismas zonas de conflicto, donde se forme el clero selecto que tanto necesitan los países del Norte de Europa.

De modelo de prudencia –a grandes males grandes remedios– debe calificarse este documento de San Ignacio, pergeñado, por cierto, en una época muy distinta a la nuestra. Piensa uno en lo que hubiera sido de Alemania de haberse puesto plenamente en ejecución. Deploran muchos historiadores los métodos lentos, además de blandengues y contemporizadores, empleados por la Corte para salir al paso de la naciente herejía, métodos que esterilizaron en gran parte el plan de Contrarreforma trazado aquí por San Ignacio. Con todo, varios de los remedios por él propuestos fueron aplicados con gran fruto en Austria y otras provincias de Alemania, particularmente en Baviera, ya ellos se debe su preservación de la herejía.

Como acabamos de señalarlo, Ignacio no sólo promovió la creación de Colegios y Universidades, donde pudiera formarse la intelectualidad, sino también la redacción de Catecismos que presentasen la verdadera doctrina al pueblo sencillo. El Concilio de Trento haría suya esta sugerencia con su famoso Catecismo, para los niños y para los pastores. Tres jesuitas se destacarían en este menester: Canisio, Belarmino y Ripalda. Sobre todo el de Canisio, llamado Suma de la doctrina cristiana, con sus tres partes: el Credo, el Pater y el Decálogo, es una obra maestra, adoptado primero en Alemania, y luego en el resto de Europa. Un protestante, Enrique Bohmer, dejó escrito:

«Suele decirse que el maestro de escuela prusiano fue el que venció en Sadowa y aseguró la hegemonía de Prusia en Alemania. Con mucha mayor razón puede decirse que el maestro jesuita fue el vencedor dondequiera que sucumbió el protestantismo; fue aquél el que aseguró la supremacía de la antigua Iglesia en muchos países, conquistadas enteramente o a medias por el luteranismo. Pues el hecho de haber obtenido la Orden de los Jesuitas una especie de monopolio de la enseñanza en los países latinos, en Polonia, y también en muchos países germánicos fue la razón de que las clases rectoras y cultas, cuya voluntad decidía en la creencia de los pueblos, fuesen reconquistadas por el Catolicismo. El mapa confesional de la Europa moderna es en buena parte el mapa confesional de la Europa de 1550 a 1556; todavía se reconoce el día de hoy en la vida intelectual de las naciones católicas la influencia del Colegio jesuítico».

3. San Ignacio y su rechazo del humanismo erasmiano

Otro frente de combate llevado adelante por San Ignacio fue el del Humanismo, bandera enarbolada a partir del Renacimiento. Maritain ha expresado con acierto el estado de ánimo del hombre renacentista:

«El sentido de la abundancia del ser, la alegría del conocimiento del mundo y de la libertad, el impulso hacia los descubrimientos científicos, el entusiasmo creador y la dilección por la belleza de las formas sensibles en la época del Renacimiento, proceden de fuentes naturales y cristianas. Una especie de euforia se apodera entonces del hombre, que se vuelve hacia los documentos de la antigüedad pagana, con una fiebre que los paganos no habían conocido, que cree poder abarcar la totalidad de sí mismo y de la vida, sin pasar por el camino del desprendimiento interior; que quiere el goce sin la ascesis, la fructificación sin la poda y sin la vivificación por la savia de Aquel cuya gracia y cuyos dones pueden, únicamente, divinizar al hombre. Todo ello conducía a la escisión antropocéntrica».

San Ignacio es la respuesta a este humanismo engañosamente optimista y rusioniano antes de tiempo. Bien sabía nuestro santo que el hombre histórico nace vulnerado, o, según él mismo dice, como «alma encarcelada en este cuerpo corruptible y como desterrado entre brutos animales». Este organismo herido requerirá imprescindiblemente una radical regeneración, sólo lograda por la gracia sobrenatural.

Para colmo, la «soberbia de la vida» se une a aquella vulnerabilidad natural, impulsando al hombre a su propio endiosamiento. Frente al humanismo antropocéntrico, San Ignacio señala claramente en el Principio y Fundamento de sus Ejercicios que el hombre es un ser para, no algo que termina en sí. Y que primero deberá morir a su yo adamítico, vaciarse del mismo, y fundarse en la humildad, si desea enrolarse en las huestes del Cristo que lo invita a la conquista del mundo. Sólo así será capaz de integrar lo humano y lo creado con el orden sobrenatural, sólo así estará en condiciones de hacer «la contemplación para alcanzar amor», y acceder a su verdadera divinización.

San Ignacio vio encarnado el humanismo renacentista en un personaje concreto, en Erasmo, por quien experimentaba una repugnancia casi instintiva. La lectura de una de sus obras le produjo un raro enfriamiento espiritual. Cuenta el P. Ribadeneira que «hizo quemar todas las obras de Erasmo mucho antes que se vedasen por el Papa», y prohibió taxativamente su lectura en los Colegios y Universidades dependientes de la Compañía, orden varias veces reiterada durante los últimos cuatro años de su vida.

¿Quién era este extraño personaje? Pocos hombres han alcanzado en vida el prestigio y la influencia que el humanista holandés alcanzó durante la suya; a lo largo de cuarenta años fue para muchos el oráculo de la Cristiandad. En la misma España, quizás más que en nación alguna, encontró fervientes admiradores. Hay que poner indudablemente en su haber una enorme erudición, un ingenio de primer nivel, su buen gusto literario, su labor investigadora tanto de la antigüedad pagana como de la cristiana, sus libros de piedad, aunque al espíritu de Ignacio le pareciera fría y disecante, su vida honesta, y finalmente el haber roto con Lutero, muriendo en el seno de la Iglesia.

Sobre este último punto de su permanencia en la Iglesia y su alejamiento del luteranismo, algunos lo han atribuido a su carácter indeciso, su espíritu burgués, su temor de las audacias. El mismo Lutero lo atribuyó a falta de decisión, como se lo hizo notar en una de las cartas que le escribió:

«Seguramente el Señor no te proveyó todavía de la energía y el sentido necesario para agarrarte a la garganta de un monstruo, libre, valientemente, y no pienso exigir de ti lo que está por encima de tus fuerzas... Si es que careces de valor, vale más servir a Dios dentro de los límites que El te haya impuesto».

A pesar de la afirmación de Erasmo de que él no había favorecido ni tantulum, ni un poquito, a Lutero, la realidad es que fue él quien abrió las puertas al luteranismo. Resulta conocida aquella expresión de que Erasmo puso «el huevo de la Reforma». El gran humanista Ginés de Sepúlveda no vacilaría en escribir:

«Creen muchos que sin las quejas y burlas de Erasmo jamás hubiera venido el luteranismo. Ofende a Erasmo la muchedumbre de los monasterios; Lutero los demuele todos. Hace el primero alguna indicación contra el culto de los Santos; Lutero los execra en absoluto. Quiere el uno poner tasa a las ceremonias, cantos y fiestas; el otro las suprime todas, etc.».

El mismo Lutero lo reconoció casi con crueldad: «No hay artículo de fe de que no se sepa burlar Erasmo». Por lo que parece, Erasmo nunca llegó a comprender a fondo el misterio del cristianismo. Este era para él una buena conducta, una filosofía de Cristo. Su única fuente era la Biblia, interpretada con bastante libertad. Valoraba a los Padres de la Iglesia, pero en forma dialéctica, contraponiéndolos a la despreciable escolástica. Cuando lo invitaron a atacar a Lutero en vez de resaltar los lunares de la escolástica, respondió: «Saco más provecho de leer una sola página suya, que leyendo a todo Santo Tomás».

Su estilo era crítico, irónico, plagado de reticencias, frases ambiguas, dudas, vacilaciones... Y así, en momentos en que estaban en causa los valores más irrenunciables de la Iglesia, careció del coraje necesario para ser capitán de cualquiera de los dos bandos que se estaban enfrentando. No tuvo, como Lutero, la audacia para ser un hereje, pero tampoco para constituirse en el abanderado de la ortodoxia. Nada tiene, pues, de extraño que en aquella lucha gigantesca entre el protestantismo y el catolicismo tratara de mantenerse hasta que pudo en un imposible término medio, no rompiendo puentes con ninguno, cual si se tratase de una contienda pasajera entre teólogos. Lo más que se le ocurrió para remediar la situación, fue exhortar una y otra vez a la moderación, como si las grandes batallas, una vez empeñadas, pudieran resolverse con sonrisas diplomáticas.

Su biógrafo Huizinga ha señalado en él ciertas características psicológicas patológica: alzaba la voz cuando se sentía amparado por los poderosos, o cuando calculaba inferiores las fuerzas de sus adversarios; en momentos en que se imponían actitudes claras y decisiones netas, se empeñó en mantenerse sin tomar partido, entre dos aguas. No llegó a abrazar el protestantismo, pero mantuvo excelentes relaciones con los jefes de la Reforma. No dejó de pertenecer a la Iglesia, e incluso hay que creerlo sincero cuando hace expresas declaraciones de fe católica, pero no quiso poner su pluma de una manera categórica en contra de los protestantes, como se lo solicitaron varios Papas. De hecho, quedó completamente desbordado por los acontecimientos, abandonado por sus amigos de ambos bandos. Calderón Bouchet ha descrito al personaje con certeras pinceladas:

«Desde que la tolerancia ocupó el sitio de las cuatro virtudes cardinales, Erasmo se convirtió en una suerte de santón laico, para uso exclusivo de los grandes equidistantes... Erasmo amaba la paz pero no logró pacificar nada. Todo lo contrario: se las ingenió para que los bandos en pugna se volvieran contra él y no lo hallaran maravillosamente ecuánime sino repugnantemente neutro».

Como se ve, estamos, también aquí, en las antípodas de San Ignacio, cuya vida y cuyos Ejercicios constituyen el gran mentís y refutación del humanismo renacentista. Se comprende bien aquella instintiva repugnancia que experimentara frente a Erasmo.

«En una Europa desgajada por el Protestantismo –escribe el dominico Guillermo Fraile–, y en una Iglesia rabiosamente perseguida por los poderes públicos de Inglaterra y Alemania, lo que se necesitaba en aquel momento no eran precisamente literatos ni poetas, ni bellos latines, sino la gallardía de soldados y cruzados de Cristo, que enarbolaran valientemente la bandera de la Cruz. Ante los tortuosos concordismos, ante la moral equívoca y ante las creencias ambiguas de

los pretendidos reformadores, era necesario hacer resonar con limpio tañido de ortodoxia el metal de la campana del dogma, de la moral, en el sentido íntegro, recio, austero y varonil del Evangelio. Esto es lo que significa San Ignacio frente a Erasmo, frente al humanismo paganizante y frente al protestantismo. Y esto es lo que significa aquella repulsa instintiva que el recién convertido capitán de Loyola experimentó ante el libro de Erasmo que le ofrecieron en su convalecencia, cuando todavía su formación teológica no era suficiente para hacerle comprender ni apreciar el verdadero carácter de su doctrina».

VI. San Ignacio, vida mística

En un momento de su vida, nuestro santo quiso cambiar su nombre original, Íñigo, por el de Ignacio –Íñigo es un nombre propio usado por los vascos, e Ignacio no es la traducción de Íñigo-. ¿Por qué habrá elegido llamarse Ignacio? Se dice que fue probablemente por el especial afecto que sentía por San Ignacio de Antioquía, el enamorado del nombre de Jesús. Cuando estaba enfermo, a raíz de la herida de Pamplona, había leído en el *Flos Sanctorum* que los verdugos romanos, al arrancar el corazón de aquel santo, habían allí encontrado las letras IHS –sigla de *Iesus Hominum Salvator*, Jesús Salvador de los hombres-. Ribadeneira nos refiere que Ignacio elegiría ese anagrama para sello y escudo de armas de su Compañía por reverencia a Ignacio de Antioquía, y agrega:

«En su interior ardía la llama del amor al santísimo Nombre de Jesús, que según leemos, ardía también en el pecho del obispo mártir Ignacio. Y nuestro Padre Ignacio quiso asemejarse a este Santo no sólo en el nombre, sino todavía más en las obras».

San Ignacio tenía alma de místico. Con facilidad y soltura se elevaba de la contemplación de las creaturas a la contemplación del Creador: «La mayor consolación que recibía –escribe de sí mismo– era mirar el ciclo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con ello sentía en sí muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor». Su mirada se había vuelto sobrenatural. y así aconsejaba a los suyos, cuando los enviaba a ministerios, que al tratar con las personas no las mirasen humanamente «sino como bañadas en la sangre de Cristo, e imágenes de Dios, templo del Espíritu Santo».

1. Su Diario Espiritual

De no haberse conservado las admirables páginas de su Diario espiritual –del 2 de febrero de 1544 al 27 de febrero de 1545–, hubiese quedado oculto para siempre el aspecto más sublime de la espiritualidad ignaciana, sin que jamás hubiéramos ni siquiera barruntado las altísimas cumbres hasta donde el Señor condujo a esta alma privilegiada.

Todavía ofrece otra ventaja no pequeña este documento. A diferencia de lo que sucede en los demás relatos, por ejemplo los consignados en su Autobiografía, no se nos cuenta aquí ninguna acción externa, ningún hecho que distraiga la atención de lo que fue la intimidad del santo. El desconocimiento del Diario ha sido quizás la causa de que, a pesar de la abundancia de testimonios que quedan de la santidad de Ignacio, se haya tardado tanto en trazar su verdadera silueta. Los estudiosos, sobrecogidos por la grandiosidad de las obras que realizó, sólo resaltaban sus dotes de organizador, de estrategia espiritual. Pensemos que mientras escribía este Diario, despachaba sus negocios corrientes, hacía visitas, escribía cartas, dirigía la Orden.

Afirma el P. Larrañaga que el Diario de nuestro santo, escritor en la misma lengua que el Castillo Interior o Las Moradas de Santa Teresa, y el Cántico espiritual o Llama de amor viva de San Juan de la Cruz, revela en cada página los tres rasgos principales de la oración infusa, en que convienen los teólogos: vista simple e intuitiva de las cosas divinas, sin multiplicidad de conceptos ni razonamientos; experiencia de la presencia y de la acción de Dios en el alma;

pasividad completa del conocimiento y del amor infusos, dados y retirados por Dios con soberana independencia de todos nuestros esfuerzos. Revélase asimismo el estado de unión consumada, conocida con el nombre de matrimonio espiritual: unión casi ininterrumpida del alma con Dios, aun en medio de las ocupaciones externas; transformación de las facultades superiores en cuanto a su modo de obrar; y visión intelectual de la Santísima Trinidad. Dice de San Ignacio uno de sus más íntimos confidentes, el P. Nadal:

«Recibió de Dios singular gracia para contemplar libremente el misterio de la Santísima Trinidad, y descansar en él. Porque, en efecto, unas veces era arrastrado por esta gracia de la contemplación de toda la Trinidad Santísima, y era impelido hacia ella, y con ella se unía de todo su corazón, con grandes sentimientos de devoción y gusto espiritual. Contemplaba otras veces al Padre, otras al Hijo, otras al Espíritu Santo; y la gracia de esta contemplación la recibió muchas veces y con mucha frecuencia, pero singularmente en los últimos años de su peregrinación por la tierra.

«No sólo recibió nuestro Padre Ignacio –grande y extraordinario privilegio– este modo de oración, sino que además en todas sus cosas, en todas sus acciones y conversaciones, y en todos sus actos, tuvo también la gracia de sentir la presencia de Dios y el afecto a las cosas espirituales, siendo contemplativo aun en medio de su acción: cosa que él solía explicar, diciendo que en todo había que hallar a Dios.

«Tuvimos ocasión de contemplar esta gracia y luz de su alma en cierto como resplandor de su rostro y en cierta como claridad que brotaba de todas sus acciones; y al verlo, sentíamos, con no pequeño consuelo, grande admiración y pasmo, y, a la vez, como que se derivaba no sé qué de su gracia sobre nosotros».

En las páginas de su Diario se advierte una constante presencia de los santos, los ángeles, la Santísima Virgen y el mismo Cristo. Pero fueron sobre todo las visiones de la Trinidad las que tendrían suspendida en la contemplación a esta alma privilegiada, pasando ante sus ojos atónitos los misterios más insondables de Dios, como la misma esencia divina, las tres Divinas Personas en unidad de naturaleza y distinción de personas, las procesiones trinitarias, la circuminsesión, y otros misterios íntimos de Dios. Así leemos, por ejemplo, el 6 de marzo de 1544:

«Al Te igitur sintiendo y viendo, no en oscuro, mas en lúcido, y mucho lúcido, el mismo ser o esencia divina en figura esférica un poco mayor de lo que el sol parece, y de esta esencia parecía ir o derivar el Padre, de modo que al decir: Te, id est, Pater, primero se me representaba la esencia divina que el Padre, y en este representar y ver el ser de la Santísima Trinidad sin distinción o sin visión de las otras personas, tanta intensa devoción a la cosa representada, con muchas mociones y efusión de lágrimas, y así en adelante pasando por la misa, en considerar, en acordarme, y otras veces en ver lo mismo, con mucha efusión de lágrimas y amor muy crecido y muy intenso al ser de la Santísima Trinidad».

Resulta llamativo advertir cómo este despliegue de visiones se desarrolla principalmente en torno a la Santa Misa, que era para Ignacio el sol que asomaba cada mañana en el horizonte de su alma, y alrededor del cual giraba el entero sistema de su vida mística. Era en la Misa donde recogía energías y orientaciones para su labor diaria. Jamás tomaba ninguna resolución importante, sin considerarla reiteradamente delante de Dios en el sacrificio de la Misa, a veces por espacio de semanas enteras; sólo se decidía cuando estaba cierto que era la voluntad de Dios. Al respecto escribió el P. Gonçalves da Câmara:

«El modo que el Padre guardaba cuando las Constituciones era decir misa cada día y representar el punto que trataba con Dios y hacer oración sobre aquello». El problema que llevaba adentro lo debía resolver a la luz y al calor del trato íntimo con el Señor.

Y junto al Cristo eucarístico, Nuestra Señora. El 15 de febrero de 1544, durante la consagración, experimenta la presencia de María, lo que expresa con esta frase realmente notable: «No podía que a Ella no sintiese o viese... mostrando ser su carne en la de su Hijo...»

Destaquemos el lugar que ocupó en su vida mística el don infuso de las lágrimas. Así escribe el mismo 15 de febrero: «Muchas y muy intensas lágrimas y sollozos, perdiendo muchas veces la habla». Pocos días antes, el 5 de febrero, corren tan abundantes que siente dolor en los ojos: «Antes de la misa, en ella y después de ella..., y dolor de ojos por tantas». Por cierto que sus lágrimas no provenían de un temperamento blando y sensible a las emociones –el temperamento de Ignacio era colérico–, sino de puro amor divino.

En cierta ocasión, el P. Ribadeneira le preguntó al P. Laínez cuál era la fuente de esta superior ternura de San Ignacio, y aquél le dijo «que en las cosas de Nuestro Señor se había más passive que active, que éstos son los vocablos que usan los que tratan de esta materia, poniéndole por el más alto grado de contemplación, a la manera que el divino Dionisio Areopagita dice de su maestro Hieroteo, que erat patiens divina».

A través de lo sensible, Ignacio se elevaba más allá de lo sensible, percibiendo algo de las armonías celestiales. El P. Cámara señala un dato concreto.

«Una cosa con que mucho se levantaba en la oración era la música y canto de las cosas divinas, como son Vísperas, Misas y otras semejantes; tanto que, como él mismo me confesó, si acertaba a entrar en alguna iglesia, al celebrarse estos Oficios cantados, luego parecía que totalmente se transportaba de sí mismo».

2. El elemento místico de los Ejercicios

El P. Brémond dice que los Ejercicios son «un manual de heroísmo o de caballería cristiana», pero también «una mística de elección». Hay, por cierto, elementos místicos en los mismos, como se advierte, por ejemplo, en la contemplación de los misterios de Cristo, propios de la segunda semana, en los que se pide «conocimiento interno» del Señor, asistiendo a dichos misterios «como si presente me hallase». Lo mismo en las contemplaciones de la tercera y cuarta semanas: «dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado», «gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor». «Este gozo –comenta el P. Luis de la Palma– no puede nacer sino de amistad; porque la amistad de tal manera inclina a la persona amada y causa unión con ella, que la imaginación la aprehende, como si fuera otro yo». Nada digamos de la «contemplación para alcanzar amor», en la quinta semana; esta contemplación terminal es como el umbral de la vía unitiva, en que los Ejercicios introducen al tiempo que culminan.

El ejercitante es exhortado a detenerse «cuando halla» fervor, gusto, consuelo, sabor, deleite espiritual. Estas «demoras» son pequeños «actos de contemplación», y su reiteración va engendrando en la voluntad «el hábito de contemplar». Contienen asimismo elementos místicos y contemplativos los ejercicios llamados «repeticiones», «resúmenes» y la denominada «aplicación de sentidos». Como enseña el mismo P. de la Palma:

«Toda la materia de la meditación lo puede ser también de la contemplación; pero en diferente manera. Porque la meditación busca, la contemplación goza de lo que ha hallado la meditación; la meditación discurre, la contemplación descansa en el fin y término de la carrera; la meditación anda como preguntando a todas las cosas, para que le den nuevas de la verdad, la contemplación, después de hallada, la mira simplicísimamente». Destaquemos a este respecto la frase tan típicamente ignaciana: «No el mucho saber harta y satisface el alma sino el sentir y gustar de las cosas internamente».

Pareciera extraño hablar de un San Ignacio místico. Santa Teresa, que le fue contemporánea, si bien no llegó a conocerlo personalmente aunque sí a través de los Ejercicios, hacia el fin de las Quintas Moradas, lo asocia con Santo Domingo y San Francisco:

«Yo os digo, hijas, que he conocido a personas muy encumbradas y llegar a este estado, y con la gran sutileza y ardid del demonio tornarlas a ganar para sí, porque debe de juntarse todo el infierno para ello; porque, como muchas veces digo, no pierden un alma sola, sino gran multitud. Ya él tiene experiencia en este caso; porque si mirarnos la multitud de almas que por medio de una trae Dios a Sí, es para alabarle mucho los millares que convertían los mártires, una doncella como Santa Ursula. Pues ilas que habrá perdido el demonio por santo Domingo, y san Francisco y otros fundadores de Ordenes, y pierde ahora por el padre Ignacio, el que fundó la Compañía».

Conclusión

Hemos tratado de bosquejar la gigantesca y fascinante figura de San Ignacio. A veces se le ha intentado presentar como un voluntarista, como un hombre que parecía contar exclusiva o principalmente con las solas fuerzas humanas. Nada más lejos de la realidad. Refiriéndose a los Ejercicios, la obra que mejor lo manifiesta, ha escrito A. Steger: «Toda la actividad individual exigida por San Ignacio: recogimiento, ejercicios preparatorios, observación continua de sí, agere contra, etc., no son sino medios. El fin es dar lugar en el alma al trabajo de Dios. Quien desconoce esta finalidad consecuente, ordenada hacia la gracia, no comprende nada en el Libro de los Ejercicios». Y otro autor, el P. Ch. Boyer: «Al hombre pide el esfuerzo; pero a Dios le pide la gracia para hacer el esfuerzo».

San Ignacio se nos presenta como un auténtico arquetipo para nuestra época. Tanto su persona como su doctrina responden acabadamente a los grandes problemas de la actualidad. Resulta consolador recordar que numerosos jesuitas participaron, como veremos, de modo continuado e intenso, en la Evangelización de América, Incluso uno de sus sobrinos, el franciscano Martín Ignacio de Loyola, fue obispo de la diócesis del Río de la Plata, con sede en Asunción, durante el gobierno de Hernandarias, su gran amigo. Hemos asimismo señalado la relación que une a San Ignacio con Santa Teresa, dos figuras señeras de la hispanidad. Gregorio Marañón los ha reunido en el recuerdo:

«Los verdaderos héroes nacen sometidos a la dramática renuncia a todo lo que no sea superarse. Y en los grandes santos, como la superación es la identificación con Dios, el heroísmo alcanza dimensiones sobrehumanas. Yo no sé si algún santo da esta impresión de heroísmo tan clara, casi tan punzante, como San Ignacio. Tal vez sólo su par en la hora crítica de su existencia histórica y en la excelsitud de la pasión: Santa Teresa. Quizás nos lo parece así, porque ambos santos nacieron cuando aún estaba vivo el prototipo del heroísmo terrenal, el del Caballero Andante, que es como una armadura bruñida y centelleante que da a quienes la visten un prestigio romántico inigualado».

Para Menéndez y Pelayo, San Ignacio es «la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro». Cuando se celebró el cuarto centenario de la muerte del santo, el 31 de julio de 1956, afirmó Pío XII, trayendo a colación la frase recién citada:

«Y es que era justo que la gran patria española mostrase su estima y su afecto a uno de sus más preclaros hijos, en quien ve encarnado lo más escogido de su espíritu y en uno de sus tiempos mejores. Aquel adolescente apuesto y generoso; aquel joven fuerte, prudente y valeroso, que hasta en sus desviaciones habría de conservar siempre sus aspiraciones hacia lo alto; aquel hombre maduro, animoso y sufrido, de gran corazón y de espíritu naturalmente inclinado a cosas grandes; y, sobre todo, aquel Santo, en cuyo pecho se diría que entraba el mundo entero; encarnaba sin saberlo lo mejor de los valores y de las virtudes de su estirpe, y era,

como muy bien se ha dicho, "la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro", por su nobleza innata, por su magnanimidad, por su tendencia a lo fundamental ya lo esencial, hasta superar las barreras del tiempo y del espacio, sin perder nada de aquella riquísima humanidad, que le hacía vivir y sentir todos los problemas y todas las dificultades de su patria y de su siglo, y en el gran cuadro general de la historia de la Iglesia y del mundo.

«Lo que maravilla en los arrobos más sublimes de los místicos españoles de su mismo tiempo; lo que se puede admirar en los grandes teólogos que entonces brillaron; lo que encanta en las páginas inmortales de los escritores que todavía hoy son modelo de una lengua y de un estilo; lo que tantos gobernantes, políticos y diplomáticos, supieron poner al servicio de aquel Imperio, donde el sol no se ocultaba; de todo ello hay un reflejo en el alma de Ignacio al servicio de un ideal muy superior, sin que por ello pierda lo que tiene de propio y de característico. Era, pues, conveniente que la España de hoy, hija legítima de la España de ayer, aclamara en este momento a uno de sus hijos que más la han honrado».

Bibliografía consultada

Obras Completas de San Ignacio de Loyola, BAC, Madrid, 1963.

Ignacio Casanovas, San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, Balmes, Barcelona, 1944.

Pedro de Leturia, El gentilhomme Iñigo López de Loyola, 2. ed., Labor, Barcelona, 1949.

Hugo Rahner, Ignacio de Loyola y su histórica formación espiritual, Sal Terrae, Santander, 1955.

Victoriano Larrañaga, San Ignacio de Loyola. Estudios sobre su vida, sus obras, su espiritualidad, Hechos y Dichos, Zaragoza, 1956.

Ricardo García-Villoslada, Ignacio de Loyola. Un español al servicio del Pontificado, 3. ed., Hechos y Dichos, Zaragoza, 1961.

Cándido de Dalmases, El Padre Maestro Ignacio, Breve biografía ignaciana, BAC, Madrid, 1980.

Ignacio de Loyola

Era un cargado acento circunflejo
sobre la tierra con violencia extraña:
nube de sombra y luz en la montaña,
águila audaz desde el torreón bermejo.

Un santo de volcánico entrecejo,
caballero a su modo y al de España,
paciente como el hilo de la araña,
victorioso en la luz como el espejo.

Así, con un silencio intransitable,
por una incontenible primavera
y en ímpetu de amor inimitable,
pasó la antorcha de hábito y gorguera,
el señor de la hueste innumerable,
el alférez de Dios y su bandera.

Luis Gorosito Heredia

7 SANTA TERESA DE JESÚS

El 28 de septiembre de 1970, el papa Pablo VI declaró a Santa Teresa, Doctora de la Iglesia Universal. No fue un acto que llamase en exceso la atención a no ser por el hecho de haberse elegido por vez primera a una mujer para esa dignidad.

Decimos que no fue extraño por cuanto en la praxis de la Iglesia ya era considerada como una auténtica maestra del espíritu, la Doctora mística, según se la llamaba. La misma oración de su fiesta litúrgica nos invitaba a «alimentarnos de su doctrina celestial». En 1922, la Universidad de Salamanca le había conferido el Doctorado honoris causa en Teología, y la reina Victoria, esposa de Alfonso XIII, había colocado en su estatua una insignia y birrete académicos, como ya aparecía ornada en no pocas imágenes suyas. Antes incluso, en 1910, San Pío X, en una carta al General de los Carmelitas, le había hecho notar que lo que los Padres de la Iglesia enseñaban confusamente y al margen de cualquier tipo de sistema, esta santa lo había reducido con suma maestría y elegancia a un cuerpo de doctrina, llegando a decir el mismo Papa en 1914:

«Fue tan a propósito esta mujer para la formación cristiana, que en poco o en nada cede a Padres y Doctores de la Iglesia».

Como se ve, la resolución de Pablo VI por la que entronizó a Santa Teresa en la galería de los Doctores de la Iglesia no resulta nada chocante. En la homilía de la Misa en que la proclamó tal, dijo que su acto se unía al reconocimiento general que le había conferido el pueblo cristiano a lo largo de siglos:

«Todos reconocíamos, podemos decir que con unánime consentimiento, esta prerrogativa de Santa Teresa de ser madre y maestra de las personas espirituales... El consentimiento de la adición de los santos, de los teólogos, de los fieles y de los estudiosos se lo había ganado ya. Ahora lo hemos confirmado Nosotros, a fin de que, nimbada por este título magistral, tenga en adelante una misión más autorizada que llevar a cabo dentro de su Familia religiosa, en la Iglesia orante y en el mundo, por medio de su mensaje perenne y actual: el mensaje de la oración».

Pareció, pues, un merecido broche de oro cuando, en la ceremonia oficial, luego que un Prelado español leyó las alabanzas que Santa Teresa había recibido de Papas y maestros, Pablo VI agregó: «Por lo tanto, declaramos a Santa Teresa de Jesús, virgen de Avila, Doctora de la Iglesia Universal».

¿Qué significa el título de Doctor de la Iglesia? La Iglesia llama así a los escritores eclesiásticos que, no solamente en razón de su vida santa y de su acrisolada ortodoxia, sino también y sobre todo por causa de su ciencia considerable y de su profunda erudición, han sido honrados con tal título mediante una aprobación solemne de la autoridad eclesiástica. La iluminación de los fieles gracias a la ciencia que brilla en ellos con un resplandor fuera de lo común, constituye la nota particular de su misión en la historia. Una vez declarados tales, la Iglesia les confiere un rango especial en la liturgia, con Misa y Oficio propios.

Curiosa esta Doctora, que no supo de filosofía, aunque sí supo de la Verdad. Dios le concedió «entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades», como ella misma nos dejó dicho en su Vida. Y en otro lugar: «Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad». No la conoció, ciertamente, en categorías filosóficas, si bien confesó que le hubiera gustado hablar con alguien entendido en filosofía para que pudiera explicarle aquello que ella misma no era capaz de expresar con propiedad: «Mucho valiera aquí poder hablar con quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello y no lo sé decir, y aun por

ventura no lo sé entender». Y así nuestra santa accedió a la verdad puenteando la filosofía. ¡Qué bien lo dijo Unamuno: «Santa Teresa vale por cualquier Instituto, por cualquier Crítica de la razón pura»!

Al principio, se resistió a poner sus ideas por escrito. Cuando uno de sus confesores, el P. Jerónimo Gracián, le pidió que escribiera algo, Teresa le respondió: «Mejor que lo hagan los letrados», los que han estudiado, porque ella era una tonta y no sabía lo que decía, que usaría una palabra en vez de otra y lo haría mal. Que ya había muchos libros sobre las cosas de oración. Que la dejaran libre, porque lo que ella quería era que le permitiesen cumplir con sus compromisos de religiosa. Sólo se resolvería a escribir en el caso de que sus confesores se lo mandasen expresamente. Podríase decir que Teresa es una Doctora inculta, espontánea. No una profesora que se sienta a dar cátedra. La da, sin embargo, a pesar suyo. De ella escribiría fray Luis de León:

«En la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que la regía la pluma y la mano; porque así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que encienden sus palabras en el corazón que las lee».

Esto es rigurosamente exacto. Pero hay que decir más. Santa Teresa no sólo posee autoridad doctrinal, sino que sus escritos han sido también camino de perfección para los que de ellos se alimentaron. Su influencia en la vida espiritual de la Iglesia a lo largo de los siglos ha sido inmensa, al punto que su magisterio iluminador se ha consumado en una maternidad fecunda. Teresa es verdaderamente madre, madre espiritual. Hasta en nuestros días, un Charles de Foucauld recurriría a ella como autora de cabecera, frecuentando sus obras a modo de lectio continua; en diez años, nos asegura, la leyó no menos de diez veces.

Así, pues, la decisión de Pablo VI de proclamarla Doctora de la Iglesia significa el reconocimiento oficial de un magisterio que desde siempre ha ejercido con sus escritos, y la confirmación solemne de la especial gracia carismática que el Espíritu Santo derramó sobre ella para edificación de la Iglesia.

I. Santa Teresa, doctora española

Hemos elegido a Santa Teresa para integrar la galería de arquetipos en este curso que estamos dictando sobre la Hispanidad. Porque si bien es ella Doctora de la Iglesia Universal, lo es con una modalidad específica: es una Doctora española, españolísima. Ella viene a ser la flor más preciosa que haya brotado en el jardín de la espiritualidad española. Si para Taine, el misticismo español representa un momento superior de la especie humana, «de ese instante supremo Santa Teresa fue el motor esencial», como acota Marañón. Así lo reconoció Pablo VI en la homilía de la Misa en que le confirió el Doctorado:

«No queremos pasar por alto el hecho de que Santa Teresa era española, y con razón España la considera una de sus grandes glorias. En su personalidad se aprecian los rasgos de su patria: la reciedumbre de espíritu, la profundidad de sentimientos, la sinceridad del alma, el amor a la Iglesia. Su figura se centra en una época gloriosa de santos y de maestros que marcan su siglo con el florecimiento de la espiritualidad».

El español –el buen español, por cierto, no el español decadente– se caracteriza por la fortaleza de su alma, por su espíritu heroico. Así fue Teresa, esa santa con temple de soldado. Ya desde pequeña, nos confiesa ella misma, le encantaban los libros de caballerías e incluso llegó a componer con su hermano Rodrigo un libro de ese género. Lástima que dicho escrito no haya llegado hasta nosotros; quizás destruyó el manuscrito, ya que luego exageraría el mal efecto que le producía ese tipo de literatura.

Cuenta María, su hermana mayor, que una noche iban las dos caminando de vuelta de Maitines, por las oscuras callejuelas de Avila, y de pronto Teresa exclamó: «Hermana, si supieras qué caballero nos escolta, quedarías encantada. ¡Es Nuestro Señor Jesucristo llevando su cruz!». ¿Fantasía o realidad? La cosa es que ya veía a Aquel que luego tanto amaría, pero éste se le presentaba con el atuendo de un hidalgo. Quizás fue la lectura del libro de Amadís lo que la predispuso para percibir a Cristo en forma de caballero que acompaña a su dama, un caballero que lleva la cruz. Toda la España del siglo XVI está en aquella exclamación de Teresa.

No en vano nuestra santa pertenecía a una familia de soldados. Prácticamente todos sus hermanos varones fueron tales. Uno de ellos, Rodrigo, se enroló en la expedición que el Adelantado Pedro de Mendoza emprendiera para el Río de la Plata, a donde vino juntamente con otro vecino de Avila, Juan de Osorio. Cuando se embarcó, hizo a Teresa heredera de todos sus bienes, caso de no retomar, como de hecho sucedió, ya que murió combatiendo en el Perú, junto con otro de sus hermanos, Antonio. Llevaba, pues, Teresa, la caballería en la sangre, ella que luego exhortaría a «ayudar a llevar la cruz a Cristo, como buenos caballeros que sin sueldo quieren servir a su Rey»; ella que pretendería que sus religiosas fueran de temple varonil:

«No querría yo mis hermanas pareciesen en nada mujeres, sino varones fuertes, que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres».

Un rasgo típico de la santa, que confirma su fuste espiritualmente varonil, fue su inocultable predilección por la inteligencia, incluso prefiriéndola a la piedad, en la que también fue tan eximia. Le gustaban de manera extraordinaria las personas inteligentes. Decía que una monja no inteligente sólo resultaba útil para sí misma; en cambio la inteligente podía ser puesta a cargo de otras. ¿La razón? «Un buen entendimiento, si comienza a aficionarse al bien, ácese a él con fortaleza, porque ve es lo más acertado». También en sus confesores, apreciaba por encima de todo la inteligencia y la sabiduría, al tiempo que experimentaba una gran desconfianza por los santos que eran tontos.

Teresa se destaca en la historia por haber sido una excelente escritora, flor del siglo de oro español. Redactaba con tanta fuerza como claridad, y muy rápidamente, casi sin tachar nada, subrayando cada tanto una que otra palabra. En toda su autobiografía sólo hay catorce correcciones, y no todas son de ella. Su letra era recta y firme, sin vacilaciones, como de quien sabe exactamente lo que hay que decir, sin concesiones a veleidades literarias, sin siquiera puntuación. El encanto de su estilo es que no tiene ninguno. Porque escribía como hablaba.

Ello se advierte de manera especial en su Vida, uno de los libros más preciosos que se hayan escrito, en el que frases admirables se intercalan con expresiones pueblerinas y comparaciones caseras. De esta obra afirmó Menéndez y Pelayo:

«No hay en el mundo prosa ni verso que basten a igualar, ni aun de lejos se acerquen, a cualquiera de los capítulos de la Vida, autobiografía a ninguna semejante, en que con la más peregrina modestia se narran las singulares mercedes que Dios le hizo, y se habla y discurre de las más altas revelaciones místicas con una sencillez y un sublime descuido de frases que deleitan y enamoran... Santa Teresa habló de Dios y de los más altos misterios teológicos como en plática familiar de hija castellana junto al fuego».

Escribió el libro de su Vida en invierno, sentada en el suelo de su celda, apoyando el pergamino sobre la cama, frente a una ventana sin vidrio, olvidada de sí misma. «Al pensar en eso –escribe T. Walsh–, al visitar hoy esa habitación tan despojada y estrecha, que es ahora un oratorio, y al acordarse de la alegría, el buen humor y la agudeza de ingenio que en su obra revela, uno acaba por entender lo que es la santidad».

Bien española la santa, una española salerosa. No le gustaba la gente triste, ni lo era, ni soportaba que lo fuesen quienes vivían con ella. «¡Líbreme Dios de los santos encapotados!», solía decir con frecuencia. Sentido del humor, gracia superior y sabrosa, que se trasunta en tantas expresiones suyas, como por ejemplo, cuando hablando del progreso espiritual de unas personas por ella conocidas dice: «Vuelan como águilas, no las hagan andar como pollo trabado». O en salidas geniales como cuando respondió a aquella hermanita cocinera, asombrada al ver cómo Teresa, siempre tan mortificada, estaba comiendo perdices: «Las penitencias son penitencias y las perdices son perdices». Gracia, humor, realismo. Caminaba, sí, con su cabeza a la altura de las estrellas, pero sus pies estaban siempre sólidamente asentados en tierra, en lo concreto.

La gracia de Dios hizo de ella una santa, mas las almas de los santos son preparadas por una larga y secular prosapia, así como por el trabajo secreto de mil influencias providenciales. Se puede decir que una familia, una ciudad, una raza entera han colaborado para engendrar a Santa Teresa. Santa la más española que existe. Mujer excelsa, que concitó el cariño de toda España, tan bien expresado en lo que de ella dijera uno de sus confesores, el P. Pablo Hernández: «La madre Teresa de Jesús es muy grande mujer de las tejas abajo, y de las tejas arriba muy mayor».

A su muerte, literatos como Lope y Cervantes, nobles, reyes, obispos, todos se unieron para pedir a Roma su ascensión a los altares. Fue Gregorio XV quien la canonizó en 1622, juntamente con otros tres santos españoles: San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Isidro Labrador. Era, en cierto modo, la canonización de la España católica. Ulteriormente Teresa sería proclamada segunda patrona de España, tras el patrono principal, Santiago apóstol.

En este capítulo consideraremos la figura arquetípica de Santa Teresa desde un punto de vista particular, es a saber, su ejemplaridad en relación con los problemas de nuestro tiempo. Porque quizás hoy más que nunca se hace evidente la actualidad de esta santa. Ella es actual no precisamente porque agrade al espíritu de nuestra época. Recordemos lo que decía Chesterton hablando de los santos, al afirmar que en cada recodo de la historia, Dios suscita a aquel cuya persona misma y su espiritualidad sirven de correctivo a los males de sus contemporáneos.

Así San Francisco de Asís apareció precisamente cuando en las ciudades comenzaba a surgir la burguesía con su ínsita tendencia al hedonismo. Y San Juan María Vianney, desde el pueblito perdido de Ars, por su sencillez y simplicidad se convirtió en un punto de referencia inobviable en el seno de un mundo hinchadamente racionalista. Por nuestra parte podríamos añadir que los santos son redescubiertos precisamente en los siglos que más los necesitan. Quizás suceda así en nuestro caso. Porque Santa Teresa está en las antípodas de las preferencias imanentistas del mundo moderno.

II. Santa Teresa y el primado de Dios

En una sociedad tan secularizada como la nuestra, que omite la relación religiosa y cultural con Dios, a quien en el mejor de los casos considera como algo vaporoso y lejano, o reductible a una dimensión puramente horizontal, cual perfeccionador del hombre o de la historia, nada mejor que el testimonio de los místicos, quienes insisten con tanto verismo en la realidad absoluta de Dios, en el primado de Dios y de las cosas de Dios.

No es que Teresa olvide lo horizontal, lo cotidiano. Pero no se instala en ello, como si fuera lo definitivo, sino que le sirve de trampolín para remontarse a Dios. En una ocasión dijo a sus religiosas que cuando la caridad con el prójimo o la obediencia «las trajere empleadas en cosas exteriores, entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior». Para ella, no había oposición entre lo horizontal y lo vertical. La armonía de la caridad bipolar –amor a Dios y amor al prójimo– no queda destruida por la

especificación objetiva de cada dimensión. Esa armonía constituye la garantía de la autenticidad de ambas.

Es aquí el lugar para referirnos a sus experiencias místicas. Desde que era pequeña sintió predilección por las cosas de Dios, por la contemplación. Nos cuenta en su Vida que se puso entonces a buscar en los alrededores de su casa algún sitio propicio para rezar a solas, sobre todo el rosario y que con su hermanito Rodrigo empezó a levantar ermitas en varias partes del jardín y a organizar a los chicos de la vecindad en comunidades de pequeños frailes y hermanas. Juegos infantiles, por cierto, pero que van delatando una clara inclinación.

Esta tendencia inicial de su alma culminaría luego, ya como religiosa, en sus admirables arrobamientos místicos. A veces, cuando conversaba con otro, y éste le nombraba a Dios, fácilmente entraba en trance. Debía dominarse para proseguir la conversación. Naturalmente esto le sucedía con más frecuencia durante la oración.

Una vez, mientras recitaba el Oficio Divino, sintió que se levantaba por el aire, e inmediatamente se tiró de bruces al suelo. En otra ocasión, empezó a elevarse durante un sermón, extasiada por lo que oía decir al predicador; sus religiosas, cumpliendo las instrucciones que previamente les había dado para una coyuntura semejante, le tiraban del hábito, sujetándola para que permaneciese en tierra. Otra vez, mientras esperaba su turno de recibir la comunión, debió aferrarse a las barras del comulgatorio para no elevarse. Esto, al mismo tiempo que le producía un gozo casi infinito, la hacía sufrir, porque le dificultaba el trato con los demás. Así le escribía a su hermano Lorenzo, que por aquel entonces vivía en Quito, Ecuador:

«Me han tornado los arrobamientos y hanme dado pena, porque es –cuando han sido algunas veces– en público, y así me ha acaecido en maitines. Ni basta resistir, ni se puede disimular. Quedo tan corridísima que me querría meter no sé dónde. Harto ruego a Dios se me quite esto en público; pídaselo vuestra merced que trae hartos inconvenientes y no me parece es más oración. Ando estos días como un borracho, en parte».

Nos impresiona esta polarización de toda ella en Dios. Aun en medio de su actividad fundacional, cuando estaba estableciendo los nuevos monasterios de su Orden, fácilmente entraba en raptos de éxtasis. Se nos cuenta que en cierta ocasión una monjita compañera suya cantó una sencilla copla: «Véante mis ojos, / dulce Jesús bueno; / véante mis ojos, / muérame yo luego».

Al oírla Teresa, impresionada, quedó yerta y como sin vida, sintiendo al mismo tiempo una alegría enorme y un gran dolor por la lejanía de Jesús. Confesaría luego que hasta entonces no había entendido lo que era la angustia. Y como resultado de dicha experiencia, escribió esa célebre poesía suya que comienza: «Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero».

Teresa estaba entusiasmada, no en el sentido psicológico de la palabra sino en su sentido originario, que supera lo psicológico, entheos, endiosada, polarizada en Dios. Todo lo veía desde Dios y hacia Dios. Ella fue, por así decirlo, una suerte de encarnación del primer mandamiento: el amor de Dios era para ella el todo, ese amor total de Dios que no se contenta con que lo amemos más o menos, un poquito, con algo de nuestro ser, sino que exige la totalidad: amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

Sería vano atormentar el espíritu para determinar el sentido específico de cada una de estas palabras: corazón, alma, fuerzas. Lo que se quiere decir es que, siendo el lenguaje humano demasiado endeble para explicar lo que debe ser nuestro amor a Dios, el mismo Señor se ha encargado de juntar todas las redundancias para hacemos entender que ya no le queda al hombre nada que pueda reservarse para sí, sino que todo lo que tiene de amor y de fuerza para amar debe dirigirlo a El. Así lo amaba Teresa, con un amor totalizante. «Sólo Dios

basta», «todo es nada», decía, porque para ella el mundo entero era una pamplina en comparación con el Señor amado.

En su autobiografía, la santa nos dejó relatada una de las mercedes más eximias que Dios le hiciera en el curso de su vida: Se le apareció un ángel con una flecha de oro en las manos, y al cabo de la flecha un poco de fuego. El ángel le hundió el dardo varias veces en su corazón, hasta las entrañas;

«al sacarla –dice–, me parecía que la llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios... Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento». Después de su muerte se notó que en el centro de su corazón había una hendidura, como traspasado por una flecha. Hoy ese corazón se conserva íntegro e incorrupto en Alba de Tormes.

Un dato interesante de la vida mística de Teresa es que con frecuencia sus arrobamientos le sobrevenían después de haber comulgado. Por eso enseñaba a sus monjas que se dispusieran lo mejor posible para recibir al Señor sacramentado. Les decía que después de comulgar, cerrasen los ojos del cuerpo y trataran de abrir los del alma, mirando hacia el interior de sus corazones. Si obraban así, Cristo no se les presentaría disfrazado; deseándolo tanto, se les descubriría completamente. Resulta aleccionadora esta relación entre la Eucaristía y la mística. La unión eucarística, la fusión nupcial con Cristo, se revela como el fundamento de la unión mística, dos se hacen una carne. Una anécdota que tiene que ver con la Sagrada Eucaristía pinta a Teresa de cuerpo entero.

En cierta ocasión, llegó a la ciudad de Medina del Campo para iniciar allí una fundación. Medina era, por aquel entonces, una ciudad comercial, pululando en sus calles mercaderes de Francia, Inglaterra, Países Bajos, muchos de ellos, sin duda, herejes. Teresa había recibido para esta fundación una casa bastante destartada, y ordenó que se la reparase. Pero he aquí, pensó, que mientras se hacen estos arreglos, irremediamente el Santísimo Sacramento, ya expuesto en uno de los cuartos, sería visto desde fuera.

«¡Oh, válame Dios! Cuando yo vi a Su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, ¡qué fue la congoja que vino a mi corazón!».

Tanto se preocupó de que alguno, a su paso por allí, pudiera ofender de palabra o de hecho al Señor, que trataba de acompañarlo lo más posible. Incluso contrató a algunos hombres para que montaran guardia durante la noche. Pero aun eso fue poco. Temiendo que pudieran quedarse dormidos, ella misma vigilaba por una ventana, ya que había luna clara, nos dice, y podía ver bien a su Señor. Admirable delicadeza, que tanto contrasta con el poco respeto que hoy se muestra por las cosas sagradas y por el Santísimo Sacramento.

Por tener el sentido de Dios y de Cristo, tuvo Teresa también el sentido del pecado. Ya que si bien es cierto que sus faltas fueron levísimas, como las veía a los ojos de Dios aparecían magnificadas, contrastando con El de manera repugnante.

Una vez, nos dice, le pareció entender claramente «cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí... Cosa espantosa me fue en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es así que, cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar; y así quedé entonces tan avergonzada que no sabía, me parece, adónde me meter».

Santa Teresa es un testigo relevante de lo sobrenatural. Dios la invitó a seguirlo hasta la cumbre de la unión, y ella aceptó. Lo cual no significa que desde el

comienzo quedara transformada. Para alcanzar la gloria de la resurrección, el sabor de lo eterno, el alma debe pasar por la angustia de Getsemaní en donde el mismo Dios parece abandonarla. También esto experimentó Teresa. Nuestra santa conoció la tentación, conoció al demonio. Los demonios del infierno, no como figuras retóricas sino en su actualidad más siniestra, lucharon furiosamente contra su alma que anhelaba elevarse al bien que ellos habían perdido.

Uno de los males de nuestra época es la pérdida no sólo del sentido de Dios sino también del sentido del demonio. El demonio hoy ha pasado a ser un pobre diablo que, para colmo, estaría de vacaciones; y esto último quizás sea cierto, en parte, porque el demonio ya domina sobre no pocos. Y cuando ha llegado a dominar a alguno, éste tal siente la paz, una paz horrible, es claro, un adelanto de la paz del condenado. Por eso, tales personas ya no son capaces de percibir la presencia demoníaca, ni sus astucias. Y por eso creen que no existe.

Teresa fue testigo de que el proceso de santificación tiene carácter dramático, es un drama, porque tuvo experiencia, como decíamos, de la acción del demonio. Ella veía las realidades que para nosotros permanecen ocultas tras las penumbras de la fe. Su propia persona se convirtió en escenario de la lucha entre Dios y el demonio. A veces las monjas de su comunidad escuchaban terribles golpes que parecían caerle encima a Teresa. Mucho tiempo después sucedería algo semejante con el santo Cura de Ars, en pleno siglo XIX, el siglo escéptico. Hay un hecho en su vida, que constituye una especie de testimonio físico de lo que acabamos de afirmar.

En 1577, Teresa volvía a su Avila natal, al monasterio de San José. La víspera de Navidad, al dirigirse hacia el coro para rezar Completas, subió por una escalera alumbrándose con una pequeña lámpara de aceite, mas al llegar a lo alto, resbaló, y cayó rodando hasta abajo, por lo que se fracturó el brazo izquierdo. Luego insistiría siempre que aquello había sido obra del demonio. De hecho, cuando llegó abajo, había exclamado: «¡Dios me socorra! ¡Quería matarme!». Y oyó una voz que le dijo: «Pero yo estaba contigo». Su dolor fue muy intenso, y ninguno de los que andaban por allí estaba en condiciones de componerle el hueso roto. A pesar de los cuidados ulteriores, apenas si pudo servirse de su brazo, de modo que hasta el día de su muerte no le fue posible vestirse sin que alguien la ayudase.

Antes de cerrar este punto, recordemos una de sus visiones más famosas, cuando le pareció estar metida en el infierno. «Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado y yo merecido por mis pecados», dice. Cuenta que fue por brevísimo tiempo, pero que nunca lo podría olvidar: sintió fuego en sus entrañas, un agonizar del espíritu, un apretamiento, un ahogo, «un estarse siempre arrancando el alma», se sentía quemar y desmenuzar. Metáforas para describir su terrible visión. Y asegura que desde entonces experimentó un celo ardiente por la salvación de las almas.

Experiencia de Dios. Experiencia del demonio. Experiencia personal de la lucha entre Dios y el demonio con el alma como escenario de la misma. Teresa se nos ha revelado como una experta de lo sobrenatural, una maestra que tiene tanto que enseñar a este mundo secularizado, que pretende haber demostrado la posibilidad de vivir prescindiendo de Dios, como si Dios no existiese. A través de sus sufrimientos, de sus noches oscuras, Teresa experimentó y entendió como nadie lo tremendo de la inutilidad del hombre, del absurdo del hombre, cuando se oculta Dios.

Ella sintió en sí el drama del hombre moderno: en sus angustias, en ese «apretamiento interior de manera tan sensible e intolerable, que yo no sé a qué se puede comparar, sino a los que padecen en el infierno», el Señor le hizo experimentar lo que es el alejamiento de Dios. El Papa la declara Doctora de la Iglesia en un tiempo en que tanto los individuos como las sociedades han marginado a Dios, instalándose en la más absoluta y radical inmanencia.

III. Santa Teresa y el «menosprecio del mundo»

Otra característica del hombre moderno es su rechazo del dolor, del sufrimiento, en cualquiera de sus formas, y su abrazo con el mundo, con el espíritu del mundo. Reiteradamente han señalado los últimos Papas que tales ideas y actitudes se han introducido también en la Iglesia, con la vana esperanza de inventar un cristianismo sin dolor, un cristianismo desposado con el mundo, y por consiguiente incapaz de martirio. También aquí se nos muestra nuestra santa como eficaz correctivo. Porque Teresa fue una enamorada de la cruz y del martirio.

En su Vida nos cuenta que cuando tenía seis años, mantenía con su hermano Rodrigo, cuatro años mayor que ella, en el patio y el jardín de su casa, largas y serias conversaciones, aspirando a morir por el Señor que primero había muerto por ellos. Cuando cumplió los siete, se puso de acuerdo con su hermano: este mundo no valía la pena, a no ser que murieran mártires y así se presentasen a Dios para estar siempre con El. Teresa cuenta que le gustaba repetir una y otra vez con su hermano: «¡Para siempre, siempre, siempre!», y tomaron una decisión. Todos los días los moros mataban cristianos en África. «Parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios», escribiría después. Y así concertaron «irnos a tierras de moros, pidiendo por amor de Dios, para que ellos nos descabezasen». Vamos a Gibraltar, se dijeron, tomemos allí una barca...

Tratábase, evidentemente, de un aventura infantil. Pero qué delicada y cuán expresiva de lo que sería toda la vida de Teresa. Hay perfecta coherencia entre esa pueril iniciativa y esto otro que escribió muchísimos años después:

«Parecíame a mí que quien de veras comienza a servir a Dios, lo menos que le puede ofrecer –después de dada la voluntad– es la vida nonada. Claro está que si es verdadero religioso, o verdadero orador y pretende gozar regalos de Dios, que no ha de volver las espaldas a desear morir por él y pasar martirio. Pues, ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida del verdadero religioso, o del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio?».

Teresa aprendió por experiencia que quien se entrega a Cristo debe estar dispuesto a abrazar su propia cruz. Es el precio en esta vida de los amigos del Señor, a la vez que la prenda de una alegría formidable en el Cielo. «Tengo entendido –escribiría en una de sus cartas– que no quiere el Señor tenga en esta vida sino cruz y más cruz». Y en verdad que lo comprobó fehacientemente –cruces externas y cruces interiores–; pero ello en modo alguno la sumió en la turbación ya que estaba convencida de que era el único camino que conducía a la identificación con Cristo. Ella misma lo dejó dicho en una frase que nunca me cansaré de admirar: «Terriblemente trata Dios a sus amigos; a la verdad, no les hace agravio, pues se hubo así con su Hijo». La cruz de Teresa es prolongación de la cruz de Cristo. «Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos a la cruz y confiar en El que en ella se puso».

Este amor a la cruz, este asirse a la cruz, tuvo su contrapartida en la relación de Teresa con el mundo. Ya sabemos que la palabra mundo conoce dos acepciones en la Sagrada Escritura. Existe un mundo bueno, el creado por Dios, el mundo del Génesis, el mundo de las plantas, de los animales, de los hombres, de los ángeles, del arte...; pero también existe un mundo perverso, o mejor, pervertido por el hombre, el mundo mundano, podríamos decir, signado por la triple concupiscencia, «puesto todo él bajo el Maligno». Acá no nos referimos tanto al mundo malo, del que Santa Teresa estaba a años luz, sino al mundo bueno, en sentido positivo. Teresa sabría apreciar debidamente las cosas de este mundo. Pero entendiendo que en comparación con Dios no son sino nonadas.

Destaquemos ante todo lo primero, es a saber, su aprecio franco y cordial por todo lo que es bueno en el mundo. Supo, por ejemplo, gozar con la naturaleza: «Aprovechábame a mí también ver campo o agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y recogían y servían de libro».

Amaba, asimismo, la vida cotidiana, la vida fraternal. Acostumbraba decir que Dios andaba entre los pucheros igual que en todas partes.

Un día que estaba en la cocina con una sartén en la mano, dispuesta a freír unos huevos para la comunidad, una hermana notó que de pronto se quedaba inmóvil y su cara se embellecía e iluminaba de manera extraordinaria. Temerosa de que pudiera caerse, ya que en ocasiones semejantes perdía la conciencia de sí, la monja la tomó por el brazo para sostenerla, y en el acto, se sintió ella también como electrizada por una misteriosa influencia divina, ambas arrobadas, como estatuas, en presencia de la comunidad absorta. Todo a partir de unos sartenes. Todavía se conserva la pequeña cocina en el convento de San José de Avila.

Teresa amaba la vida, la naturaleza, lo cotidiano. También gustaba mucho el arte, particularmente las pinturas, porque le ayudaban a imaginar a Cristo y a los santos. No podía tolerar el ataque que los protestantes llevaban contra las imágenes sagradas: «¡Desventurados de los que por su culpa se pierden este bien! Bien parece que no aman al Señor, porque si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien».

Especialmente le atraían las imágenes del Niño Jesús. Se nos cuenta que un día, en la fiesta de la Circuncisión del Señor, salió de su celda llevando en los brazos una de esas imágenes, y comenzó a bailar pausadamente, como incitada por una música inefable; las otras monjas, al verla, se unieron a ella, y danzaron con ella, como antaño lo había hecho David ante el Arca de la Alianza.

Según puede, Teresa estaba a mil leguas de todo lo que pueda oler a espíritu jansenista, rígido, incapaz de eutrapelia. Sin embargo su adhesión a la vida, su amor al mundo y a las cosas buenas del mundo no la llevó a la adoración del mundo. Lo que nos permite pasar a considerar cómo Teresa supo asimismo menospreciar al mundo, es decir, dar menos valor al mundo que a Dios. Porque el mundo, a raíz del pecado original, ya no es del todo inocente, y sus objetos, aunque no estén pervertidos, se encuentran signados por una especie de ley de la gravedad, en sentido espiritual, fácilmente tiran para abajo. Y así Teresa comenzó a experimentar cierta ambigüedad en su vida, un tironeo que no la dejaba en paz. Nos lo cuenta en autobiografía:

«Pasaba una vida trabajosísima, porque en oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas cosas de Dios, teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual y contentos, gustos y pasatiempos sensuales». Y más adelante: «Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordándome lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años».

Poco a poco Teresa fue intuyendo lo que Dios esperaba de ella. Con la ayuda de lo alto advirtió que el Señor la llamaba a algo demasiado grande para quedarse en cosas tan baladíes como son las del mundo.

«Somos peores que bestias –escribe en una de sus cartas–, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y cómo la apocamos con cosas tan apocadas como son las de la tierra». Al experimentar el peso del mundo, aquella ley de la gravedad de que hablábamos hace poco exclama: «¡Somos tan miserables y tan inclinadas a cosas de tierra!»; y en otro lugar: «Vamos muy cargados de esta tierra de nuestra miseria».

Pero Teresa era fiel a la gracia, y ayudada por iluminaciones especiales, acabó por vislumbrar, aunque fuese a ratos, el vacío del mundo en comparación con Dios:

«Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era avemaría; mas quedaba con unos efectos tan grandes que, con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía al mundo debajo de los pies, y ansí me acuerdo que había lástima a los que le seguían, aunque fuese en cosas licitas».

Al tiempo que Teresa se iba adentrando en el conocimiento del amor de Dios, descubría cómo dicho amor no sufre comparación con los amores que ofrece el mundo. Ya su corazón humano comenzaba a experimentar la invasión del amor divino; ése sí, escribe, «merece nombre de amor, no estos amorcitos desastrados baladíes de por acá aun no digo en los malos, que de éstos Dios nos libre». Es, por cierto, el lenguaje de un místico. No es que Santa Teresa no valore el amor humano cuando es legítimo; pero ella se ha enamorado perdidamente de Dios y habla el lenguaje de los enamorados. Ella se ha entregado a Dios; ya no le interesan las cosas del mundo; y quiere ser ajena a ese «desatino que se usa en el mundo, que me desatina».

Trasladando su experiencia a su comunidad, dispuso la santa que sus monjas reformadas prestaran la menor atención posible a las cosas del mundo exterior. Para ella, la exigua casa de Avila era todo el mundo, más que el mundo: era el paraíso, el paraíso en la tierra. Y que sus monjas no tuviesen complejos por estar separadas del mundo.

«¡Oh miserable mundo! –les dice–. Alabad mucho a Dios, hijas, que habéis dejado cosa tan ruin adonde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos. Cosa donosa es ésta para que holguéis en la hora de la recreación; que éste es un buen pasatiempo: entender en qué ciegamente pasan su tiempo los del mundo».

Reiterémoslo una vez más, para que no haya malentendidos: es el lenguaje propio de un místico. Lo que Santa Teresa quiere señalar es que en comparación con Dios nada valen, son cosas menudas, «nonadas», que no pueden llegar a satisfacer del todo. En este sentido, su testimonio es universal, sirve para todos.

IV. Santa Teresa y la reforma católica

La experiencia polarizante de nuestra santa no quedó reclusa en su castillo interior, sino que de algún modo se exteriorizó mediante la reforma de la gloriosa Orden del Carmelo, que en aquel entonces pasaba por un momento, si no de relajamiento, si al menos de tibieza.

Santa Teresa recibió con alegría la reforma instaurada por el Concilio de Trento, cuyo cumplimiento urgiría Felipe II en todos sus dominios. Pero comprendió enseguida que no era reductible a meras disposiciones exteriores y materiales, a un puro cambio de estructuras que dejase intacta la interioridad de los hombres. Ella tendría por misión mostrar ese algo espiritual que había de ser el fundamento de la verdadera reforma, antítesis de la falsa reforma protestante. A la negación proclamada por Lutero de la importancia de las buenas obras, Teresa opondría su vida en Cristo, sus «buenas obras». Sin dejar de admirar el coraje que mostraba Felipe II en su lucha contra los herejes, sobre todo en los Países Bajos, ella comprendió que «las fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego», como decía. Ellas y sus monjas se convertirían en la contrapartida vital de los decretos de Trento. Y no sólo mediante la oración sino también con una acción cuyos efectos aún perduran.

Porque nuestra santa estaba atravesada por el amor de Dios. Según asegura fray Luis de León, experimentaba verdadero dolor físico cuando oía contar las atrocidades que los protestantes cometían contra los monasterios ingleses o alemanes. El pecado que hería a Cristo la hería a ella también. «¿No están hartos, Señor de mi alma –decía–, de los tormentos que os dieron los judíos?». Ella quería cargar sobre sí el dolor del Cristo místico, cubrir con sus sufrimientos lo que falta a la pasión de Cristo. Para ello debía tender seriamente a la perfección, llegar a ser lo

más perfecta posible. Tal fue el fundamento eclesial de la reforma que proyectó y llevó a cabo.

«Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan y que en nada de lo de acá se detengan –como veo es todo burla–, en especial letrados; que como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que éstas me afligen tanto que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena, y así no hago sino encomendarlos a Dios porque veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza».

Acicateada por estos santos deseos, abocóse Teresa a su gran reforma carmelitana. Por eso será siempre una maestra insuperable de lo que debe ser una auténtica reforma católica, especialmente en una época de crisis como la nuestra. Decimos auténtica reforma, ya que hay otras pretendidas reformas que no son tales, sino dirigidas por criterios mundanos o intereses bastardos. La de Teresa estuvo pendiente de los deseos de Dios, de la Iglesia, en contacto con los santos de su época y los teólogos de segura doctrina. Todo ello quedaría plasmado en sus constituciones y en su espiritualidad.

Lo primero que hizo fue establecer monasterios más estrictos. Le parecía que los otros no ayudaban suficientemente a la santidad; más aún, ponían en peligro la salvación eterna de los que en ellos entraban. He aquí un texto impresionante a este respecto:

«Para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios el Señor con muy particulares mercedes tuyas no me hubiera sacado de este peligro; y así me parece lo es grandísimo, monasterio de mujeres con libertad, y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines que remedio para sus flaquezas. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieren mirar a poner sus hijas adonde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca a su honra y quieran más casarlas muy bajamente que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas, y plega a Dios aproveche, o se las tenga en su casa; porque si quiere ser ruin, no se podrá encubrir sino por poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor, y no sólo dañan a sí, sino a todas; y a las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan.

«Y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer, ni remediar; que la mocedad y sensualidad y demonio las convida e inclina a seguir algunas cosas que son del mismo mundo, ve allí que lo tienen por bueno, a manera de decir. Parécenos como los desventurados de los herejes, en parte, que se quieren cegar y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así sin creerlo, porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo».

Un día, después de haber recibido la comunión, entendió con inequívoca claridad que Cristo le encomendaba la reforma. Tan pronto dio a conocer su proyecto, numerosas fueron las monjas que se resistieron y la comenzaron a atacar, porque aquello les parecía un grandísimo disparate: «Estaba muy malquista en todo mi monasterio, porque quería monasterio más encerrado; decían que las afrentaba, que allí podían también servir a Dios...». Pero ella estaba cierta de lo que Dios le pedía. Y tan pronto se lo concedió el Señor, obediente a sus directores espirituales, se dio por completo a fundar nuevas casas reformadas.

«A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me

acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé qué trabajos, por grandes que fuesen, se habían de temer, a trueco de tan gran bien para la Cristiandad; que aunque muchos no lo advertimos estar Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, como está en el Santísimo Sacramento en muchas partes, gran consuelo nos había de ser».

La reforma de Teresa fue realmente católica. No como quien mira a la Iglesia desde fuera, al modo de los luteranos, sino desde las entrañas de la Iglesia, como hija de la Iglesia. En todos sus trabajos fundacionales, Santa Teresa quiso siempre obrar como hija de la Iglesia, no como hija del mundo y censora de la Iglesia. Es sintomático que al sentirse morir, tan sólo se le ocurriera dar fervorosas gracias a Dios por haber sido hija de la Iglesia, y por poder morir en su seno, repitiendo una y otra vez: «En resumen, Señor, soy una hija de la Iglesia..., soy una hija de la Iglesia».

Tanto valoraba la obediencia que, según cuenta Gracián, con frecuencia le había sucedido tratar con ella de un asunto y ser de opinión contraria, y luego por la noche cambiar de propósito y volver para decirle que se haría como ella había pensado. Entonces Teresa se sonreía, y al preguntarle por qué lo hacía le contestaba que, habiendo tenido una revelación de Nuestro Señor de que debía hacerse como ella había dicho, aunque el prelado le hubiese dicho lo contrario, ella le decía a Nuestro Señor que si quería que aquello se hiciese, «moviera el corazón de su prelado para que él se lo ordenase, porque ella no podía desobedecerle». Tal es la prueba de la autenticidad de una reforma dentro de la Iglesia: la confrontación del propio carisma con la autoridad.

En cierta ocasión le dijeron a Teresa que tuviera cuidado, que podían acusarla ante la Inquisición: «A mí me cayó esto en gracia y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me ponía yo a morir mil muertes; y dije que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar».

V. Contemplación y acción

Santa Teresa fue contemplativa en grado eminente. Pero también la necesidad la obligó a dejar en ocasiones el convento, particularmente cuando tenía que hacer fundaciones o diversos trámites con ellas relacionados. De manera realmente admirable supo juntar en sí, como ella misma lo dice, a María y a Marta, convencida de que si quería llevar a cabo la obra para la que Dios la había elegido, debía, por cierto, renunciar al deleite de la contemplación quieta y serena, pero aún así, la contemplación no dejaba de subsistir,

«que aunque es vida más activa que contemplativa, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María; porque en lo activo, y que parece exterior, obra la interior, y cuando las obras activas salen de esta raíz, son admirables y olorosas flores, porque proceden de este árbol del amor de Dios y por sólo El, sin ningún interés propio».

De allí sacó toda la savia de su apostolado tan peculiar, de la oración mental, «que no es otra cosa la oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama».

Porque Teresa estaba transida de celo por la santificación de las almas, que es la forma más elevada del amor al prójimo. En última instancia, es el mismo amor que rebosa, que se derrama, como de un vaso repleto, por los bordes, hasta la base. Bien decía Santo Tomás que se da un signo de mayor amor cuando el que ama no se contenta con dedicarse a la persona del amigo, sino que se preocupa

también por los intereses de su amigo. Lo afirma hablando de la santidad que debía caracterizar a los obispos:

«Aunque sufren algún detrimento en la dulzura de la contemplación por el hecho de tener que ocuparse de cosas exteriores para servir al prójimo, esto mismo da testimonio de la perfección de su amor a Dios. Porque es evidente que ama más aquel que por amor está dispuesto a carecer por algún tiempo del gozo de la presencia del amado para ocuparse en su servicio, que si quisiera gozar siempre de su presencia».

Fue en este sentido que Teresa se vio llevada, si así puede hablarse, del amor a Dios al amor al prójimo, del celo por la gloria de Dios al celo por la salvación del prójimo.

I. La logística de los apóstoles

Sin embargo, Santa Teresa concibió el espíritu apostólico que debe caracterizar a la carmelita de una manera muy diversa de la que es propia, por ejemplo, de los religiosos de vida mixta. El espíritu apostólico de una carmelita no la impele a salir del monasterio –el caso de Teresa es singular y excepcional–, sino que se ejerce desde el claustro. El interior de la carmelita debe hacerse fuego, encendido en esa hoguera ardiente de caridad que es el Corazón de Cristo, y a su vez presionar sobre ese Corazón mediante el don total de sí, para poder influir en orden a la salvación y santificación de las almas. La carmelita busca entrar en la intimidad de Dios, y luego servirse de esa intimidad para conferir a toda su vida interior una impostación netamente apostólica. Teresa ama a la Iglesia porque ama a Cristo, ama a la Esposa en el Esposo.

Ella comprendió como pocos el significado de aquellas palabras del Señor a San Pablo en el camino de Damasco: «¿Por qué me persigues?». Ella, como el Apóstol, penetró en el misterio de la Iglesia: perseguir a la Iglesia es perseguir a Cristo, hacer bien a la Iglesia es hacer bien a Cristo, amar a Cristo es amar a la Iglesia de Cristo. Ello explica por qué la mera presencia de Teresa, su conversación despreocupada en el locutorio, ya resultaba de por sí apostólica.

Relatan las crónicas que siendo aún joven religiosa, se confesaba con un sacerdote que instintivamente le provocaba repugnancia. Pero como siempre hay algo de irresistible en una santidad como la suya, comenzó a producirse un cambio en sus mutuas relaciones, como si ella se hubiera convertido en el confesor y él en el penitente. Ella, que parecía vivir siempre en presencia de Dios, vino a ser para ese sacerdote como un espejo en donde a él le fue posible ver la tremenda carga de su alma manchada. Y se convirtió.

Ya hemos dicho cómo la vida de Teresa transcurrió en una época de aguda crisis. El protestantismo arrancaba jirones del cuerpo místico de Cristo, dejando al vivo los muñones de la poda. La Iglesia sangraba por un montón de heridas. Contentando al Señor, quería ganar su Corazón, y entonces sí que sus plegarias y las de su comunidad adquirirían fuerza apostólica.

«Paréceme –escribe la santa– que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que veía perder; y como me vi mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es que, pues tiene [Dios] tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos; y así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo... y así podría yo contentar al Señor en algo».

Pero Teresa no se quedaba en generalidades. Ella sabía bien que la crisis de su época era ante todo doctrinal y consiguientemente pastoral. Los maestros retaceaban la enseñanza, disimulando a veces la verdad; los pastores no vigilaban el rebaño, sino que dejaban venir al lobo y confraternizaban con el enemigo, un

poco al estilo de Erasmo. Nuestra santa se indignaba cuando advertía el poco amor que mostraban por Cristo sus presuntos seguidores. «¿De dónde vienen estas fuerzas contra Vos y tanta cobardía contra el demonio?», decía. A veces los enemigos de Cristo muestran más celo –celo diabólico– que sus amigos, desviviéndose por hacer triunfar el error y la mentira.

Teresa no podía consentir que sus monjas fueran menos que ellos, fuesen cobardes, remolonas, perezosas en el combate. Las quería «todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores y letrados que la defienden», y, de esta manera, «ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío». Desde el rincón del claustro, ella y sus religiosas velarían con el fin de que Dios derramara sus gracias sobre los que combatían en medio de los peligros del mundo:

«Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios: la una, que haya muchos, de los muy muchos letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester, como he dicho, para esto; y que si no están muy dispuestos y les falta alguna, los disponga el Señor, que más hará uno perfecto que muchos imperfectos; y la otra, que después de puestos en esta pelea que, como digo, no es pequeña batalla, sino grandísima, los tenga de su mano para que sepan librarse de los peligros y atapar los oídos, en este peligroso mar, del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por El; y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón».

Bien sabe Teresa cuán importante es que el que predica tenga ante todo buena doctrina, pero también sepa proclamar la verdad y denunciar el error, máxime en épocas de crisis. Por eso fija su atención primero sobre los teólogos y luego sobre los predicadores.

Teresa no está, por cierto, en el frente mismo de batalla, pero quiere ser –ella y sus monjas reformadas– la logística de los que están en las trincheras. Ella sabía que la verdad había de ser predicada a los que la ignoraban, sostenida frente a los que la atacaban, e incluso defendida por la espada contra los que pretendían derribarla por la fuerza.

Pues bien, no pudiendo, ella y sus compañeras, ser predicadores, ni apologistas, ni soldados, comprendió que su tarea en la Iglesia consistía en comunicar a los demás luz y vigor, mediante oraciones, ayunos y lágrimas, de suerte que predicasen con el predicador, argumentasen con el doctor y combatiesen con el soldado, extendiendo así la fe católica. Por austeridades que hiciesen, no cumplirían su vocación ni lo que Dios requería de ellas, si no tenían un cuidado particular de ayudar a los que se encontraban en pleno campo, sudando y batallando por la gloria de Dios y por la defensa y acrecentamiento de la Iglesia.

Quizás se podría decir que así como el apostolado individual debe brotar de la abundancia de la contemplación, todo el apostolado de la Iglesia encuentra una fuente privilegiada en la abundancia de los monasterios contemplativos. ¡Cuánto necesita la Iglesia de los contemplativos! Siempre los ha necesitado, pero hoy más que nunca, con verdadera urgencia. Desde los días de Teresa, el número y la malicia de los enemigos de Dios y de Cristo han aumentado considerablemente. A los protestantes se han agregado los católicos que tratan de estar a la vez en la Ciudad de Dios y en la Ciudad del Mundo, bajo la bandera de Jerusalén y la de Babilonia. Teresa es arquetipo para los católicos de nuestro tiempo ¿Alguna vez ha sido Nuestro Señor tan rudamente tratado por los hombres, por sus amigos, incluso, como lo es hoy? Puesto que tiene tantos enemigos y tantos falsos amigos, que al menos los contemplativos sean buenos, y muy buenos; puesto que tiene tantos adversarios, que sus defensores sean más valientes que nunca.

2. Espíritu militante

Santa Teresa anhelaba, es cierto, que sus monjas viviesen en el recogimiento del monasterio. Pero como esa vida escondida en Cristo las ponía, según dijimos, en especial comunión con la vida de la Iglesia, ella misma deseaba que sus monjas estuviesen al corriente de las pruebas, de las necesidades, de los sufrimientos de quienes militaban por la Iglesia. Quería que les doliese la Iglesia, y las heridas de sus guerreros, como en propia carne. Sin esto no serían las hijas del Carmelo, las hijas de Teresa, les faltaría aquello que, al decir de la santa, es «lo principal para que el Señor nos juntó en esta casa».

Teresa es una santa con pasta de guerrera. Se sabía miembro de una Iglesia que no en vano ha gustado llamarse «militante». De ahí su exhortación: «Todos los que militais / debajo de esta bandera, / ya no durmais, no durmais, / pues que no hay paz en la tierra». De ningún modo hubiera aceptado religiosas que vegetasen en sus monasterios, que creyesen que porque no ha estallado la guerra reina la paz, confundiendo la paz de Cristo con la paz del mundo. La lucha interior que Teresa soñaba para sus carmelitas, la lucha por alcanzar la santidad, debía integrarse en la lucha universal y permanente de la Ciudad de Dios contra la ciudad del mundo.

Una carmelita que renunciaba a la lucha, que huía de la cruz, a sus ojos había desertado, traicionando a su Esposo divino. La verdadera carmelita no teme, como Cristo, adelantarse hacia el Calvario, para enfrentar a Satanás, para encarnar en su propia existencia singular, la gran lucha teológica universal, ser como el campo de batalla donde se enfrentan con extrema energía Dios y Satanás. Santa Teresa no se cansaba de exhortar a las suyas a esa gran guerra santa:

«Creed, hermanas, que los soldados de Cristo... no ven la hora de pelear»; «siempre estamos en guerra, y hasta haber victoria no ha de haber descuido»; «estando encerradas, peleamos por El»; «como soldados esforzados, sólo miremos a dónde va la bandera de nuestro Rey para seguir su voluntad». Y en expresión aún más vigorosa: «Pelead como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estais aquí a otra cosa sino a pelear». Naturalmente que este espíritu de lucha no es fruto del odio, sino de la caridad, y de la caridad más intensa: «Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado, con gozo y deleite que no puede tener fin».

Nuestra santa concebía sus monasterios como los castillos de la resistencia frente al espíritu del mundo.

«Viendo yo ya tan grandes males –dejó escrito– que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego... hame parecido que es menester como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra y, viéndose el señor de ella perdido, se recoge a una ciudad, que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios y ser tales los que están en el castillo, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas, que con mucho soldados, si eran cobardes, perdieron; y muchas veces se gana de esta manera victoria».

La monja debe ser, dice la santa, como el alférez que, si bien no combate en el frente, no por eso deja de estar en gran peligro

«y en lo interior debe trabajar más que todos; porque como lleva la bandera, no se puede defender y aunque la hagan pedazos no la ha de dejar de las manos. Así los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad y sufrir cuantos golpes les dieran sin dar ninguno, porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no dejarla de las manos por peligros en que se vean, ni que vean en él flaqueza en padecer; para eso le dan tan honroso oficio. Mire lo que hace, porque si él deja la bandera, perderse ha la batalla».

En un sermón que el cardenal Pie pronunciara en un monasterio de carmelitas, entre otras cosas les dijo, aludiendo al escudo de la Orden:

«Es preciso que a través del velo virginal que cubre la cabeza de la carmelita, se vea salir un brazo, empuñando una espada desnuda, en cuya hoja resplandezcan estas palabras de Elías y de Teresa: Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, he ardido de celo por el Señor Dios de los ejércitos.».

Frente al actual pacifismo, que hipócritamente proclama el mundo –la paz del mundo–, y que con frecuencia se introduce en la misma Iglesia, se yergue la figura combativa y militante de Teresa, la guerrera de Dios. El rehusarse a tener enemigos significa, lisa y llanamente, renunciar al Cristo que nos ha dicho: «Si a Mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán. No es el discípulo mayor que su Maestro. Si el mundo os odia sabed que primero me odió a Mí».

La carmelita, tal como la soñó Santa Teresa, anhela ser la más odiada del mundo, la despreciada, la burlada, la considerada zángano de la sociedad. ¡Temibles estas carmelitas! Si el mundo –el mundo mundano– supiera quiénes son en verdad, cuál es su papel en esta lucha cósmica que va del Génesis al Apocalipsis, sabría ver en ellas a sus enemigos más temibles.

Un día Stalin preguntó irónicamente con cuántas divisiones de ejército contaba el Papa. He ahí las carmelitas, podía haber respondido el Papa, he ahí las mejores divisiones de la Iglesia, decididos guerreros se esconden tras el humilde velo de las monjas de Teresa. Hay que aprovechar que la estulticia del mundo haya llegado al extremo de ignorar dónde están sus peores enemigos.

Fue Joseph de Maistre, ese gran luchador del siglo pasado, quien en una de sus obras ubicó a Santa Teresa entre «los grandes hombres» de la historia. Quizás no se daba cuenta de que, hablando así, empleaba el mismo lenguaje que la santa, la cual en repetidas ocasiones expresó su deseo de que las hijas del Carmelo no fuesen mujeres, sino hombres, hombres por la energía de su corazón, hombres por la intrepidez de sus almas.

Ya hemos citado aquel notable texto suyo: «No querría yo mis hermanas pareciesen en nada sino varones fuertes, que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres».

El mensaje de Teresa llega hasta nuestros días, en una época en que faltan hombres, aun entre los pretendidos hombres, en una época en que aquella frase del filósofo que recorría en pleno día las plazas de Atenas con una linterna mientras decía: «Busco a un hombre», parece más apropiada que nunca. En este siglo de tantas traiciones y felonías, donde hay tan pocos hombres, que al menos la Iglesia se glorie de poseerlos aún en la descendencia de Teresa.

Tales eran las monjas que soñaba nuestra santa, monjas panorámicas, de convento y no de «conventillo», monjas nada pusilánimes, signadas por aquella hermosa virtud tan olvidada de la magnanimidad. «No entendemos la gran dignidad de nuestra alma –escribía Santa Teresa a su hermano Lorenzo– y como alma apocamos con cosas tan apocadas como son las de la tierra». Así lo predicaba a las de su monasterio:

«¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudádmele a suplicar esto; para esto os juntó aquí el Señor; éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones; no, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar, hasta que roguemos a Dios por negocios y pleitos por dineros, a los que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos. Ellos buena intención tienen, y allá lo encomiendo a Dios por decir verdad, mas tengo yo para mí que nunca me oye. Estáse ardiendo el mundo, quieren tomar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, a tendríamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías; no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia».

3. Su participación en los hechos de la época

Santa Teresa se desveló por todo lo que decía relación con la victoria y la propagación de la fe. Sin embargo, no limitó su interés al «cristianismo», olvidándose de la «cristiandad», o sea, del recto orden temporal. Y así no vaciló en preocuparse por los problemas históricos del momento, aunque siempre desde la óptica de los intereses de Dios y de la Iglesia.

Ubiquemos a nuestra santa en el contexto de los acontecimientos de la época. Cuando ella nació –en 1515–, hacía 23 años que los Reyes Católicos habían dado término a su Cruzada contra los moros con la conquista de Granada, el mismo año del descubrimiento de América. Hacía 11 años que había muerto la reina Isabel, y 9 desde el deceso de Colón. Carlos V tenía 15 años. Era también la época del Greco. En 1515, Lutero tenía ya su cartuchera teológica cargada de explosivos. Así como se ha intentado un paralelismo –por oposición– entre San Ignacio y Lutero, así podríamos trazarlo entre éste y Santa Teresa. A semejanza de San Ignacio, a quien ella tanto admiraba, toda la vida de Teresa es el antídoto y la expiación de la defección de Lutero.

Por otra parte, España no quedó del todo inmune del error protestante. La historia nos relata que un doctor un tanto fanfarrón, detenido y condenado por la Inquisición, declaró que si hubieran tardado cuatro meses más en perseguirlos, hubieran sido tantos como los católicos, y en seis meses hubieran sido ellos los perseguidores. Tiempos difíciles, por consiguiente, los de Teresa. O como ella dice: «Andaban los tiempos recios». Eran tiempos conciliares y postconciliares. Tiempos de crisis y de renovación, parecidos al nuestro.

En esa sociedad concreta le tocó vivir a nuestra santa, desbordando sobre ella los tesoros de su contemplación, y ejerciendo así un importante influjo en los asuntos de su tiempo, particularmente sobre personas de cuya actuación dependía no pocas veces el curso de los acontecimientos. Fue notable, por ejemplo, su relación con Felipe II. Un día, mientras la santa oraba, recibió una revelación que se refería a dicho monarca.

Aquel año había sido el más desgraciado en la vida de Felipe, el año en que empezó a sufrir la enfermedad de la gota; el año en que don Carlos, su único hijo, falleció en un calabozo; el año en que murió también su tercera esposa, Isabel de Valois. Como si esto fuera poco, se agregó otra desgracia: para poder pagar a los soldados que combatían en Flandes bajo el Duque de Alba, Felipe debió pedir prestado a Génova muchos cientos de miles de ducados, con intereses usurarios. Una vez conseguidos, los mandó por mar, pero he aquí que uno de los banqueros internacionales que había prestado dicho dinero reveló el secreto al gobierno inglés el cual, a pesar de la amistad que decía profesar a España, se apoderó del oro y nunca más lo devolvió; con lo que el Duque de Alba, a pesar de sus brillantes victorias, quedó en una situación tal que se vio obligado a establecer impuestos, cosa nada agradable, por cierto, a los súbditos de los Países Bajos.

Además, por Navidad, los moriscos de Granada asesinaron en masa a numerosos cristianos, sacerdotes y laicos, hombres, mujeres y niños. Finalmente, desde Constantinopla llegaron rumores de que el Gran Turco, cediendo a las influencias de los enemigos tradicionales de España en Holanda y otras partes, se proponía desencadenar la gran ofensiva al año siguiente contra la Cristiandad.

Abrumado el rey Felipe ante tantas desgracias, intrigas y enemigos, en la Semana Santa de 1569 se retiró a un monasterio para meditar en la Pasión del Señor. Aquel fue el momento decisivo de su vida. A partir de allí, el Rey se retomaría, abocándose seriamente a la vida espiritual, y progresando en ella hasta su muerte, acaecida a fines de aquel siglo.

Pues bien, en una visión que tuvo Teresa, Cristo le dio a entender que Felipe corría grave peligro de perder su alma, y que El quería que se salvase. Le mandó

que escribiera una esquila notificándolo así a la princesa Juana, hermana del Rey, que residía en Madrid. Teresa obedeció, entregó la nota a la princesa, y siguió su camino. De tal carta no queda, por desgracia, sino un fragmento, en el que prevenía al Rey diciéndole que recordase que también Saúl había sido ungido como monarca y sin embargo resultó rechazado. Felipe quedó asombrado al leer la misiva: preguntó quién era esa mujer, dónde estaba, que quería hablar con ella. Pero Teresa ya iba camino a Toledo.

La cosa es que, a partir de ese momento, la santa entró en contacto más frecuente con el Rey. Reiteradamente se refirió a él, llamándolo «mi amigo, el rey». Y pedía a sus monjas que rezasen por él. Sin duda que Felipe II sería beneficiario de tantas y tan fervorosas oraciones. Santa Teresa le había escrito:

«Y el día que su alteza fue jurado, se hizo particular oración. Esto se hará siempre; y así mientras más adelante fuere esta Orden, será para vuestra majestad más ganancia».

Felipe II sería el gran adalid de la Iglesia. El, que había facilitado tanto la reunión del Concilio de Trento, dio un magnífico ejemplo a los demás soberanos pidiendo al Papa que enviase alguien a España que obligase a los conventos a cumplir las disposiciones de dicho Concilio. Quizás por eso le escribiría Teresa: «Su Divina Majestad le guarde tantos años como la Cristiandad ha menester. Harto gran alivio es que, para los trabajos y persecuciones que hay en ella, que tenga Dios nuestro Señor un tan gran defensor y ayuda para su Iglesia como vuestra majestad es».

Un día, en el año 1577, cuando ya Teresa era anciana, se encontró frente a frente con el gran Rey en el Escorial. Ella, con su hábito de carmelita remendado; él, vestido de etiqueta, con traje negro, y una cadena de oro colgando al cuello. Los ojos azules del Rey se fijaron en los ojos negros de la santa. Dice Teresa que quedó un poco confundida ante una mirada que parecía penetrar en el alma, y que bajó los ojos. Pero al levantarlos, vio que el Rey ya se había dulcificado. Grande rey este Felipe II a quien Teresa consideró siempre como el principal protector de su obra reformadora, y del cual dice Yepes –quien lo oíría en confesión en su lecho de muerte–, que fue siempre el padre de la justicia y de la verdad, así como el campeón de la reforma y de la virtud.

No sólo sobre Felipe II influyó Teresa. También el Duque de Alba, ese gallardo soldado y astuto político, leyó la Vida de la santa en la prisión de Ubeda, donde Felipe II lo tuvo encerrado por un tiempo. Tanto la admiró que, una vez liberado por el Rey, y enviado a su siguiente campaña contra el Portugal, llevó consigo una imagen de Cristo que Teresa le había hecho llegar, y frente a ella hacía meditación aun en medio del fragor de la batalla.

Además Santa Teresa rogó por los súbditos de España en las Indias. Fue a raíz de la visita que un día le hiciera un Padre franciscano que acababa de llegar de América, donde le contó que había allí millones y millones de seres humanos que vivían en el paganismo y la degradación. Teresa se sintió casi aplastada por el dolor y rogó a Dios en favor de ellos. Ella comprendía el bien que España podía hacer llevando allí el evangelio. Pero al mismo tiempo creyó que el descubrimiento de América la ponía en peligro de prosperar demasiado. Estaba convencida de que la maldición de España era la ambición de enriquecerse desmedidamente por los negocios.

En este sentido le escribió una vez a su hermano Lorenzo diciéndole que sería mucho mejor para él si cultivaba la tierra y no criaba ovejas en orden a hacer negocios, legando de tal suerte a sus hijos honores en vez de riquezas. Vemos aquí cómo una contemplativa es capaz de opinar incluso en los llamados asuntos prácticos de los hombres y de los pueblos. Si la mayoría de los hidalgos hubiese seguido el consejo de Teresa, sin duda que España no habría sufrido la decadencia que sufrió.

¡Figura inagotable la de esta santa! La hemos visto abrazada a la cruz, enamorada del martirio, separándose del mundo, por una parte, pero a la vez comprometida, como se dice, en los problemas de su tiempo. A esta rara mezcla de contemplación y acción se refirió también Pablo VI en la ocasión aludida: «Ella tuvo el privilegio y el mérito de conocer los secretos de la oración por vía de experiencia, vivida en la santidad de una vida consagrada a la contemplación y al mismo tiempo comprometida en la acción».

A lo largo de los siglos nuestra santa seguiría influyendo en la historia de su patria. Se cuenta que en la época de la última guerra civil, los que asesinaban sacerdotes y monjas, y baleaban crucifijos, llegaron un día a Avila para atacarla. De pronto vieron venir a su encuentro a una mujer vestida con el hábito de carmelita, que exclamó: «No os atrevaís a tocar a mi ciudad». Algunos gritaron: «¡Es Santa Teresa!», y huyeron. Al parecer, Teresa sigue «comprometiéndose» en la historia de su amada España. Esperemos que no deje de hacerlo también ahora. Hemos comenzado este capítulo, e incluso la hemos mechado, con textos de Pablo VI, tomados de su homilía durante la Misa en que declaró a Santa Teresa Doctora de la Iglesia. Cerrémoslo con uno más:

«Este mensaje [de la santa] llega a nosotros, hijos de nuestro tiempo, mientras se va perdiendo no sólo la costumbre del coloquio con Dios, sino también el sentido de la necesidad y del deber de adorarlo y de invocarlo. Llega a nosotros el mensaje de la oración, canto y música del espíritu penetrado por la gracia y abierto al diálogo de la fe, de la esperanza y de la caridad, mientras la exploración psicoanalítica desmonta el frágil y complicado instrumento que somos, no para escuchar las voces de la humanidad dolorida y redimida. sino para escuchar el confuso murmullo del subconciencia animal y los gritos de las indomables pasiones y de la angustia desesperada».

Al declararla Doctora, el Papa ha querido que viésemos en ella un remedio para la crisis de nuestra época, por contraposición con las tendencias que la animan; al mismo tiempo ha querido indirectamente justificar una vez más y aprobar a las monjas contemplativas, que ocupan un lugar preeminente en el Cuerpo Místico.

Tal es esta mujer, esta española, esta santa, esta mística, esta doctora. Se cumple en ella lo del introito de la misa del común de los Doctores: «En medio de la Iglesia abrió su boca y y el Señor la llenó de espíritu de sabiduría y de ciencia». Esta mujer, en la cual parecen desposarse de manera tan extraordinaria lo divino y lo humano es realmente, al decir de la antifona de Vísperas del Oficio de Doctores, «luz de la Santa Iglesia».

Bibliografía consultada

Santa Teresa de Jesús, Obras Completas, BAC, 4ª ed., Madrid, 1974.

Giorgio Papásogli, Santa Teresa de Avila, Studium, Madrid, 1957.

William Thomas Walsh, Santa Teresa de Avila, Espasa-Calpe, 4ª ed., Madrid. 1968.

Marcelle Auclair, Vida de Santa Teresa de Jesús, Cultura Hispánica, Madrid. 1970.

Maximiliano Herraiz García, Sólo Dios basta. Claves de la espiritualidad teresiana, Ed. de Espiritualidad, 3ª ed., Madrid. 1982.

Santa Teresa la Grande

Monja andariega y abadesa andante
Que en el servicio de Nuestra Señora
Alanceabas molinos y carneros;
Tú, princesa y fregona y mendicante,
Tú, que sabías acertar la hora
En que Dios fiscaliza los pucheros;
Tú, que después, hablando mano a mano,
Te quedabas con El de sobremesa.
Y era casi tu hermano
Aquel que te llenaba la cabeza
De angelerías y de fundaciones.
Y luego te partías
A predicar canciones y razones
Como jugando a las postrimerías;
Teresa de Jesús, tú que supiste
Sobrellevar el éxtasis y el dardo,
Glorioso el pecho y la mirada triste,
Trémula el alma y el andar gallardo;
Tú, la de la Divina
Paloma que al oído te dictaba
Sus lecciones de amor y de doctrina
Y de consuelo musical, en tanto
La nube dibujaba
Un atril de marfil para tu canto;
Tú, señora de toda gentileza,
Acógeme a tu abrigo,
Teresa de Jesús, Madre Teresa,
No me dejes estar solo conmigo.

Ignacio B. Anzoátegui

8 SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO

Nos complace detenernos en la consideración de la figura de Santo Toribio, el gran pastor de Hispanoamérica, auténtico arquetipo de lo que puede llegar a ser un obispo cuando asume sus responsabilidades pastorales con generosidad y grandeza de alma.

I. De los Picos de Europa al Episcopado

Nació Toribio en Mayorga, pueblo del Reino de León. Allí se había trasladado su familia, cuya casa solariega se ubicaba en una aldehuela denominada Mogrovejo, sita en las estribaciones de los montes de Asturias, los llamados Picos de Europa. Fue en dichos montes donde se inició la gloriosa Reconquista de España, hasta entonces en poder de los moros. Sus padres eran de familia noble, lo que dejaría una impronta indeleble en el modo de ser del joven Toribio, el tercero de cinco hermanos. No se sabe con exactitud la fecha de su nacimiento, si bien es opinión común que acaeció el año 1538.

En el valle de Liébana, junto al castillo de los Mogrovejo, se encuentra un monasterio, fundado en el siglo VI por el monje Toribio, que había sido obispo de Palencia, y que eligió ese lugar para vivir allí con un grupo de compañeros según la regla benedictina. A mediados del siglo VIII, una vez consolidada la Reconquista en esa zona, llevaron al monasterio los restos de otro Toribio, que había sido obispo de Astorga en el siglo V, juntamente con el lignum crucis que dicho obispo trajo consigo de una de sus peregrinaciones a Jerusalén. Hoy el monasterio se llama de Santo Toribio de Liébana. De este santo le viene su nombre a nuestro Toribio, así como su amor apasionado por la cruz.

1. Joven estudiante en Valladolid

A los 13 años Toribio fue enviado a Valladolid para estudiar gramática, humanidades, derecho y filosofía. Ciudad histórica aquella, que había sido varias veces sede de la corte de Castilla y capital del Imperio, cuna de Felipe II y lugar de su coronación, ciudad que acogió a Hernán Cortés para que diese a conocer el mundo azteca, foro de la polémica entre Las Casas y Sepúlveda, lugar de promulgación de las Leyes Nuevas, asiento del Consejo de Indias... En dicha ciudad, corazón del mundo hispano, donde por aquellos años se encontraba Felipe II, quien tenía apenas 25 años y allí permanecería hasta el traslado definitivo de la corte a Madrid, residió Toribio durante una década.

No hacía cincuenta años que en la iglesia de San Francisco habían sido inhumados los restos de Colón, cuya casa se encontraba en aquella ciudad. Podríase decir que la tierra americana palpitaba en Valladolid, siendo la ciudad entera latido y pulso del emprendimiento glorioso de las Indias. Si en Sevilla se embarcaban las expediciones, Valladolid las preparaba y equipaba. Ningún sitio, pues, más sugerente para suscitar la llamada de las Indias.

No sería extraño que aquí hubiese comenzado Toribio a experimentar dicho atractivo. Diez años de su primera juventud, desde 1550 a 1560, transcurrió en ese ambiente de Valladolid, cortesano a la vez que académico. Eran años cruciales, plétóricos de acontecimientos: las sesiones del Concilio de Trento, el nacimiento de Cervantes, el primer concilio de Lima, la muerte de San Ignacio, la coronación de Felipe como rey. Ya desde entonces comenzaron a manifestarse los quilates del alma de Toribio, un verdadero ejemplo para sus compañeros de estudios, a quienes no vacilaba en decirles, según ellos mismos nos relatan: «No ofendáis a tan gran Señor [a Dios], reventar y no hacer un pecado venial».

2. En Salamanca

En 1562 pasó Toribio a Salamanca, para proseguir sus estudios. Allí se encontraba un tío suyo, Juan Mogrovejo, canónigo y célebre catedrático de la Universidad. Salamanca era una ciudad espléndida, y lo sigue siendo hoy. A juicio de Cervantes, «enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado». Los años que allí pasó Toribio, de 1562 a 1571, fueron también años preñados de acontecimientos. Durante esa década nació Lope de Vega, se clausuró el Concilio de Trento, se realizó la reforma de San Carlos Borromeo en Milán, gobernó como Papa San Pío V, se publicó el Catecismo del Concilio de Trento, murió fray Bartolomé de Las Casas...

En lo que toca a la misma Salamanca, cuando a ella llegó Toribio, enseñaban allí grandes profesores, como los padres Domingo de Soto y Melchor Cano, habiendo transcurrido tan sólo dieciséis años desde la muerte de su egregio maestro, el P. Francisco de Vitoria. Asimismo ejercía la docencia por aquellos tiempos el célebre fray Luis de León. No cabe duda que el nivel cultural era elevadísimo, como si buena parte del Siglo de Oro se hubiera refugiado en aquella ciudad.

Por otro lado, Salamanca era también madre de la naciente cultura hispanoamericana, no sólo en razón de que en sus aulas se formaron numerosísimos alumnos que luego se dispersarían por nuestras tierras, sino también por haber sido la matriz de las Universidades que nacerían en Iberoamérica, especialmente de la que se crearía en Lima bajo el nombre de San Marcos, fundada a semejanza suya y «con los mismos privilegios y exenciones como los tiene la de Salamanca». Cuando algunos años después, Toribio intervenga en aquel centro americano de altos estudios, procediendo a un reajuste de cátedras y materias, lo haría de acuerdo en todo con lo que vio y aprendió en la Universidad de Salamanca.

Tal fue el mundo que conoció nuestro joven, un mundo bullicioso, inquieto y ávido de saber. Allí se destacó enseguida por su gran capacidad de trabajo, su rigor intelectual y su enorme facilidad de asimilación. Así lo recordarían luego sus compañeros: «Su ingenio, que lo tenía muy sutil». «Estaba en todas las materias muy señor». «Hombre de muy aventajadas y grandes letras». «Siendo señor de todo, como quien estaba siempre en los libros»...

Son algunas de las apreciaciones de quienes fueron sus condiscípulos, según nos lo revelan las declaraciones de su proceso de canonización. Uno de ellos diría que con frecuencia le resumía lo que había oído en las aulas, haciéndolo «muchas veces mejor que los maestros de quienes lo oyó». ¡Y eso que no eran tontos aquellos maestros!

Su tío estaba feliz con los progresos del aventajado Toribio. De ahí que con gusto le haría entrega, más adelante, de buena parte de su copiosa biblioteca: «Mando a mi sobrino Toribio mi librería». Eran libros especialmente de índole jurídica, de modo que con su ulterior traslado al Perú sería la primera biblioteca de temas canónicos que pasaría de España a América.

Llegó el año 1568. Aprovechando las vacaciones, el que un día había de ser viajero incansable por los cerros y quebradas del Perú «donde se ha de ir a pie», según luego diría, quiso prepararse dirigiéndose en peregrinación a Santiago de Compostela. Tomó el bordón con la calabaza, cosió las conchas en la esclavina, y puso el zurrón a la espalda. Lo acompañaban un amigo suyo, Francisco de Contreras, que con el tiempo llegaría a ser el presidente del Consejo de Castilla.

Durante el transcurso del viaje ocurrió un hecho pintoresco, que de algún modo adelanta la actitud pastoral que luego lo caracterizaría. Cerca ya de Santiago, entraron a rezar en la iglesia de un pueblo. Como ambos estaban vestidos de manera humilde, una esclava negra, que se encontraba esperando en la puerta la

salida de sus amos, peregrinos también, al ver a los dos jóvenes sacó del bolso un maravedí y se los dio de limosna. Toribio declinó amablemente el obsequio: «Dios os lo pague, señora, que aquí llevamos para pasar nuestra romería». La pobre mujer, creyendo que no le aceptaban su limosna por demasiado insignificante, insistió: «Hermanos romeros, perdonadme, que no tenía más que este cuarto, y así no os di más; el conde, mi señor, está ahí dentro, oyendo misa, pedidle que os dará un real o medio». Los dos estudiantes, que eran de noble linaje, besaron conmovidos el maravedí y se lo devolvieron.

Años más tarde aquel peregrino –ya transformado en arzobispo– tendría a su cuidado en sólo la ciudad de Lima no menos de ocho mil negros, a quienes amaría como un padre, erigiendo varios curatos especiales para ellos, a cargo de sacerdotes expertos en tan difícil apostolado. Tanto los distinguiría que «nunca llamaba ni consentía llamar a los negros, negros, sino por su nombre de bautismo u hombre moreno». Él mismo le confesaría a uno de sus confidentes que jamás olvidó aquel encuentro con la negra en su peregrinación al santuario de Santiago.

Llegado a Compostela, Toribio aprovechó para preparar su licenciatura en cánones durante el mes que allí permaneció. Con la colación de grados, que se celebró en una capilla de la catedral compostelana, le otorgaron el título. Nunca la Universidad de Santiago olvidaría tan ilustre graduado. Aún hoy se conserva allí una leyenda en latín que dice: «Toribio Alfonso Mogrovejo, viniendo como peregrino a Compostela, fue investido del grado de licenciado en Derecho Canónico en esta universidad literaria el 6 de octubre del año del Señor 1568». Tenía treinta años.

Una vez obtenida la licenciatura volvió a Salamanca, ingresando como alumno becario en el Colegio Mayor San Salvador de Oviedo. Esos Colegios Mayores, reservados para los más capaces, apuntaban a formar sacerdotes diocesanos observantes y celosos, munidos de una sólida formación humanística y teológica, y también dirigentes laicos que trabajasen luego por el bien común. De allí saldrían, así, gobernantes, obispos, consejeros, sabios, escritores... Los había a la sombra de todas las Universidades.

La de Salamanca contaba con tres de esos Colegios. Toribio eligió el más prestigiado. El ambiente que allí se vivía, en régimen de completo internado, era excelente, no sólo en lo que toca a lo intelectual y moral sino también a lo religioso. Los estudiantes se ejercitaban en la piedad, con misa diaria y comunión frecuente, asistiendo a clases en la Universidad próxima, y consolidando luego en el Colegio lo escuchado en las aulas, con repeticiones y enseñanzas complementarias. Allí Toribio se formó en ambos derechos, el canónico y el civil, así como en teología.

Durante su estadía en Salamanca ha de haber tenido abundantes noticias del Nuevo Mundo. Se sabe, por ejemplo, que allí llegaron los escritos y comentarios del franciscano Bernardino de Sahagún, profesor de la primera escuela importante fundada en México, la de Santa Cruz de Tlatelolco, sobre la idiosincrasia de los indios mejicanos, sus costumbres, la historia del Imperio Azteca, y el modo que debía emplearse para aprender su lengua.

Varios de sus compañeros nos han dejado testimonios de la integridad de vida de nuestro biografiado y de las virtudes que ya desde entonces lo ornaron. Era el limosnero más generoso del Colegio. Y también el más mortificado. Tan severas fueron sus penitencias, con cilicios y disciplinas, que algunos las juzgaron excesivas, denunciándolo al Rector del Colegio. Éste le pidió que moderase el rigor con que castigaba su cuerpo y se atuviera a una justa medida, de modo que no dañase la salud. Hasta entonces Toribio no había manifestado deseos de seguir la vocación sacerdotal. Si bien sus estudios lo capacitaban para recibir las órdenes mayores, por el momento era laico, muy destacado, pero nada más.

3. Inquisidor en Granada

Tres años pasó Toribio en el Colegio Mayor de Salamanca. Tenía 35 años de edad, y un flamante título de licenciado que había traído de Compostela bajo el brazo. Se estaba ahora preparando para afrontar las pruebas que exigía el doctorado en Derecho. Mas he aquí que una noche, cuando todos estaban descansando, recios golpes se escucharon en las puertas del Colegio. Por lo insólito del caso debía tratarse de algo urgente. Ciertamente lo era. Tratábase nada menos que de una carta del Rey en persona, dirigida a Toribio, que había de entregarse en manos del destinatario. El caballero que había llamado era el gentilhomme del Santo Oficio de Salamanca. La carta del monarca, anexa a pliegos del Consejo Supremo, le informaba que había sido nombrado Inquisidor en Granada. Una altísima designación oficial, mucho más sorprendente por lo prematuro, ya que Toribio no era todavía sino un simple estudiante, por aventajado que fuese.

Al principio creyó que se trataba de una broma, tan propia de los estudiantes. Pero cuando leyó «Yo, el rey» sobre la firma del secretario real y el agregado «Por mandato de Su Majestad», entendió que la cosa iba en serio. En el documento se decía: «En el dicho licenciado concurren las cualidades de limpieza que se requieren para servir en el Santo Oficio de la Inquisición». Y también: «Nombro al licenciado Toribio Alfonso de Mogrovejo para el cargo de Inquisidor del Tribunal del Santo Oficio de Granada. Yo, el rey, Felipe II». Toribio entendió enseguida que alguien lo había recomendado al monarca, sin duda sus antiguos condiscípulos. Como la orden era perentoria, se fue inmediatamente a preparar sus valijas para salir temprano hacia Granada. Sus compañeros lo festejaron toda la noche, pero él, para prevenir cualquier tentación de vanidad, se encerró durante un rato en su cuarto y se propinó una buena cantidad de azotes...

Hoy algunos, cuando oyen nombrar la Inquisición, sienten que se les eriza la piel. En realidad se trató de una fundación benéfica, hecha para la salvaguarda de la fe. Si dejamos de lado algunos excesos, inevitables en toda institución humana, la Iglesia, que la creó, la deseaba justa, y no vaciló en llamarla la Santa Inquisición. De hecho, varios inquisidores fueron declarados santos, y hubo entre ellos mártires, como San Pedro Arbués. En tiempos particularmente recios, se hacía necesario poner recaudos especiales para conservar la fe virgen de errores. Sea lo que fuere, la función de inquisidor en la España del siglo XVI era de gran trascendencia. Había en la Península varios tribunales regionales, que dependían de un Consejo Supremo. Los diversos inquisidores se iban turnando para recorrer todas las poblaciones del distrito a su cargo.

A nuestro novel inquisidor le esperaba en el tribunal de Granada, más allá de los asuntos comunes y de los cuestionamientos ideológicos que se iban planteando por las infiltraciones en España de la Reforma protestante, un problema específico, el de los moriscos y abencerrajes, antigua población mora, incrustada en el pueblo cristiano como residuo compacto, difícil de asimilar. Constituían el último baluarte del Islam, con fuerza más que suficiente para perturbar todo el reino de Granada, como lo acababa de demostrar la rebelión todavía humeante de los moriscos de las Alpujarras, a quienes había derrotado don Juan de Austria tres años atrás. Puestos en el dilema, hacía unos ochenta años, de convertirse o abandonar España, muchos de ellos se habían hecho bautizar sin la sinceridad debida. Para enfrentar principalmente esta difícil situación de los moros conversos, se había elegido al destacado estudiante de Salamanca.

Allí permanecería Toribio durante cinco años. Diariamente debía recibir en audiencia tres horas por la mañana y tres por la tarde. Los asuntos eran tan diversos como exóticos: iluminados que se sentían enviados directamente por Dios, perjuros, blasfemos, falsos conversos judíos y moros. El joven inquisidor estaba complacido de poder trabajar en lo que más le gustaba: el campo del derecho, para hacer justicia, ganándose merecidamente fama de rectitud y ponderación en cada una de las situaciones en que tuvo que intervenir. Nos dice uno de sus biógrafos:

«Sentía en su alma notable desconsuelo cuando se ofrecía el castigar delitos de blasfemias, herejías, judaísmo y otros semejantes. Amaba mucho a Dios y así era celoso de su honra. Quería con extremo a los prójimos y quería con extremo el ver usar de rigor con ellos. Pero como en Dios los atributos de la justicia y de la misericordia, aunque son diferentes, no son contrarios, sino conformes y compatibles [...] era justiciero con misericordia y misericordioso con justicia. Aborrecía los delitos, no los agresores».

A nadie envió a la hoguera, ni hubiera podido hacerlo, ya que ese castigo estaba reservado al poder político. Por aquellos años, los casos de entrega al brazo secular eran rarísimos. Varias fueron las causas concretas que pasaron por sus manos, entre ellas la de una beguina iluminada, que pretendía recibir extrañas inspiraciones divinas, la de otra que hacía propaganda de la bigamia, la de un iluminado para el cual la prostitución no era pecado. Por lo general los condenaba a penitencias que consistían en oraciones, ayunos y limosnas. En los casos de aquellos moriscos de dudosa conversión, numerosos en la región, se mostró especialmente prudente. Durante cuatro meses recorrió diversos barrios de Granada y una docena de otras ciudades y pueblos de la zona.

4. Obispo

Estando en esos menesteres, recibió otra gran noticia. Felipe II lo había presentado al papa Gregorio XIII para que lo nombrase obispo de Lima, en el Nuevo Mundo. Aquella diócesis estaba acéfala desde la muerte del primer arzobispo, el dominico Jerónimo de Loaysa. Cuatro años habían pasado desde su fallecimiento, y el Consejo de Indias no podía encontrar un sustituto que reuniera las condiciones requeridas para aquella sede episcopal. Una década atrás, el Rey había expuesto en Valladolid las condiciones que Roma consideraba indispensables para que la colonización de América se hiciera con un sentido verdaderamente cristiano.

Toribio ya había tenido una experiencia político-religiosa de tres años como Inquisidor en Granada, durante la cual mostró estar dotado de un conjunto de cualidades personales: celo apostólico, serenidad de juicio, pulcritud en sus acciones y un ardiente deseo de batallar en procura de la verdad y de la justicia. Toda Granada era testigo de ello. Pero para ser obispo había una dificultad, y es que por aquel entonces Toribio era todavía laico.

Las tramitaciones para la presentación que de él hizo Felipe II fueron las habituales. Estando vacante la capital del Virreinato del Perú, el Consejo de Indias se había dirigido al Rey para que cubriera dicha sede. En aquel tiempo las proposiciones para nombramientos episcopales en América dependían del Consejo de Indias, que no sólo atendía al gobierno general del Nuevo Mundo, sino que era también el órgano del Patronato eclesiástico confiado por el Papa al rey de España sobre las tierras por ella descubiertas. Dadas las especiales características de la sede vacante en ella se necesitaba, a juicio del Consejo de Indias «un Prelado de fácil cabalgar, no esquivo a la aventura misional, no menos misionero que gobernante, más jurista que teólogo, y de pulso firme para el timón de nave difícil, a quien no faltase el espíritu combativo en aquella tierra de águilas».

Nos parece espléndida esta descripción del perfil de quien había de ser obispo en una zona tan ardua. Lo único que no nos gusta demasiado es esa preferencia de lo jurídico por sobre lo teológico. Quizás se quiso decir que, dadas las distancias que separaban Lima de Madrid y de Roma, el obispo de aquella sede debía tener especial capacidad de gobierno y de decisión, para saber zanjar situaciones a veces complicadas sin permanentes consultas. Fue el parecer de Diego de Zúñiga, un antiguo compañero del Colegio Mayor de Salamanca, quien le había sugerido a Felipe II el nombre de Toribio.

El Rey estudió la solicitud y resolvió de manera personal, según se lo comunicaba en carta al virrey del Perú: «la elección que yo hice en su persona».

Felipe quería un obispo joven, capaz de emprender las visitas pastorales que Jerónimo de Loaysa no había podido realizar desde hacía veinte años. En lo que toca al ruego del Consejo, no olvidemos que Toribio conoció a la perfección ambos derechos, el civil y el canónico. Si bien sería más un gobernante religioso que un pensador o un teólogo, con todo no se convirtió en un leguleyo, un abogado de oficina.

Quedaba por obtener la confirmación de Roma, que el Papa no tardó en conceder. Al nombrarlo para el cargo, el Santo Padre alude a su futura sede, esa ciudad «hermosísima y nobilísima –le dice–, en la que está el Virrey, el Consejo General y el Tribunal de la Santa Inquisición». Era también, por elevación, un elogio del nuevo arzobispo: a tal honor, tal señor. En un principio, Toribio vaciló, pidiendo tres meses de plazo para pensarlo mejor.

Sabedor de ello, el Rey le hizo decir: «Conozco la delicadeza de tu conciencia y la rectitud de tu corazón, y no me extraña que te consideres inhábil para el cargo que, en presencia de Dios, me ha parecido justo conferirte. Tus razones me agradan, pero no me convencen».

También su familia lo inclinó a aceptar la denominación. «En especial sus hermanos le persuadieron a que lo aceptase –declararía luego un conocido suyo–, y le reconvenían diciendo que si deseaba ser mártir –que así siempre lo decía), aquélla era buena ocasión de serlo; y que así aceptase el dicho oficio. Con que por este fin aceptó y por echar de ver que convenía para exaltación de la Iglesia y conversión de los indios infieles de este Reino y para la salud de las almas de ellos». Así se lo hizo saber al Santo Padre: «Si bien es un peso que supera mis fuerzas, temible aun para los ángeles, y a pesar de verme indigno de tan alto cargo, no he diferido más el aceptarlo, confiando en el Señor y arrojando en él todas mis inquietudes».

Aprestóse entonces a su consagración episcopal. Pero como aún era laico, hubo de recibir primero, de manos del arzobispo de Granada, las órdenes menores y el subdiaconado, así como el diaconado y el sacerdocio. Finalmente fue hecho obispo en la catedral de Sevilla, que seguía siendo moralmente la sede patriarcal de la Iglesia en América, como lo había sido efectivamente antes de la erección de los arzobispados de Santo Domingo, México y Lima.

5. Rumbo al Perú

Los meses que transcurrieron desde su elección como arzobispo hasta el día en que se embarcó en dirección a su nuevo destino, Toribio los empleó en prepararse para poder desempeñar mejor su ministerio episcopal. En orden a ello, se puso a estudiar la historia y la geografía del virreinato del Perú, sus costumbres, el estado en que se encontraban las misiones, los caminos que debería recorrer, y todo aquello que le permitiera identificarse más con la tierra que sería su segunda patria.

Se dirigió luego a Mayorga para despedirse de su madre, hermanos, parientes y amigos. Allí mismo se ofrecieron para acompañarlo su hermana Grimanesa, con su esposo don Francisco de Quñones, y sus tres hijos. Quiso también agregársele el joven granadino Sancho Dávila, quien lo había secundado en sus años de Inquisidor, y ahora lo seguiría a Lima y lo acompañaría con una fidelidad realmente admirable en sus grandes visitas pastorales, hasta cerrarle los ojos a su muerte. Junto con Toribio partieron también 16 jesuitas.

El año 1580 embarcóse Toribio en Sanlúcar de Barrameda, acompañado por veintiseis personas. Llevaba consigo su rica biblioteca. Durante tres meses la nave surcó las aguas. Cuán al caso vienen aquí aquellas palabras que dijera Pío XII refiriéndose a las carabelas de Colón: «Fueron verdaderas auxiliares de la nave de San Pedro, que llevaron al nuevo Mundo el tesoro de la fe». Exactamente ocurría ahora también. Tras arribar a Canarias, el barco se dirigió a Santo Domingo y luego

a Panamá. Después de cruzar el istmo, lo esperaba otra nave, que le había enviado el virrey del Perú.

Una vez que llegó a Paita, prefirió continuar el viaje por tierra, lo que le permitía empezar a conocer el país. Luego de pasar Trujillo, entró por fin en Lima el 11 de mayo de 1581. Allí lo esperaba el pueblo fiel, encabezado por el Virrey, Martín Enríquez, recién llegado de México, y los demás funcionarios, todos en traje de gala. Revestido de pontifical, el nuevo obispo emprendió la marcha hacia la catedral, entre las aclamaciones y los vítores de la multitud. Desde un principio Toribio se ganó el afecto de todos, por su afabilidad y sencillez. Nunca olvidaría este ingreso a su ciudad amada.

Enseguida le informó a Felipe II: «Llegué a este nuevo reino... a los once de mayo de ochenta y uno». El Cabildo de la catedral, entreviendo ya los quilates del nuevo pastor, se dirigió también a Felipe en estos términos: «Es tal persona cual convenía para remediar la necesidad que esta santa Iglesia tenía de un tal prelado, y así es de creer que la merced grande que Vuestra Majestad nos hizo en nos lo dar por pastor y prelado fue hecha por divina inspiración». Si Carlos V dio a Juan de Zumárraga para México, su hijo Felipe no se quedó atrás al dar a nuestro Santo para el Perú, mostrando así ambos, y de manera palmaria, su voluntad evangelizadora. Son dos nombres que encabezan la lista egregia de los grandes regalos que los reyes de España hicieron a la joven Iglesia en América, cumpliendo así de manera tan loable el encargo pontificio contenido en las bulas del Patronato.

Ya tenemos a Toribio en la capital virreinal. La arquidiócesis de Lima sobrepasaba, sin embargo, los límites del Virreinato. Como se trataba de una Arquidiócesis Metropolitana, dependían de ella diversos obispados sufragáneos. Eran éstos el de Nicaragua, distante más de seiscientas leguas; el de Panamá, por mar, quinientas; el de Popayán, en el Nuevo Reino, unas cuatrocientas; el de Cuzco, cientocincuenta; el de La Plata o Charcas, quinientas; el de Asunción, Paraguay, por tierra, seiscientas; el de Santiago de Chile, por mar, cuatrocientas; algo más, también por mar, el de la Imperial –actual Concepción–, en Chile; y el de Tucumán, en nuestra patria. Como se ve, fue también Obispo nuestro, ya que toda la actual Argentina estaba en su jurisdicción.

La mayor dificultad para las comunicaciones lo constituía la cordillera de los Andes, enorme barrera a modo de contrafuerte, extendida a lo largo de todo el continente y paralela al Pacífico, con lo que las ciudades marítimas quedaban aisladas del resto del territorio. Por lo demás, la topografía era endiablada, ya que se alternaban sierras, quebradas y valles, con bruscas diferencias de climas, y con grandes e impetuosos ríos.

Pronto Toribio se enamoró de su Lima. Ya no volvería nunca más a España, aun cuando asuntos trascendentes lo hubieran justificado. En caso de necesidad, prefirió que fuera siempre algún enviado suyo. La renuncia fue total. Quemó no sólo sus naves, como Cortés, sino su corazón. Al fin y al cabo el obispo se debe desposar con su diócesis.

II. El Perú pretoribiano

Antes de que sigamos refiriendo la vida y el intenso accionar apostólico del nuevo obispo, será conveniente ambientarnos en el mundo que le tocó vivir. Sólo habían pasado cien años desde que las carabelas de Colón avistaron tierra americana. No exageró Francisco López de Gómara, capellán de Hernán Cortés y cronista de las Indias, al afirmar que el descubrimiento de América y su ulterior evangelización fueron «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y la muerte del que lo crió». Dentro de esa epopeya, la conquista del Perú significó un hito de singular relevancia.

Fue el capitán extremeño Francisco de Pizarro quien en 1531 llegó a aquellas tierras; en 1533 entró en Cuzco, y el 6 de enero de 1535 fundó la ciudad de Lima,

que denominó, por el día de su erección, Ciudad de los Reyes. Los incas la llamaban «Rimae», que en quechua significa «valle que habla», por haber sido residencia de un oráculo indígena, de donde su ulterior nombre de «Lima». Allí llegó España, volcando sobre esas regiones su cultura y su civilización, es decir, un conjunto abigarrado de leyes, tradiciones, toreros y penitentes, y suscitando nuevos santos, como Rosa, Martín de Porres y nuestro Toribio, porque la España de aquella hora única, mientras descubría «las Indias de la tierra» ya estaba pensando en «las Indias del cielo».

Lima parecía una provincia andaluza, una especie de filial de Sevilla, con aureola imperial, ya que sería algo así como el centro político, cultural y religioso de América meridional y gran parte de la central. El Nuevo Mundo se compendia en dos grandes polos: el virreinato del Perú para el sur, y el de México para el norte. Si nos atenemos a los años que ahora nos interesan, el Perú se encontraba en su mejor momento, superados ya los tiempos de la conquista y los graves disturbios que le siguieron.

En lo político, Lima era la sede del Virreinato, lugar de residencia del Virrey, con plena jurisdicción sobre las tres Audiencias existentes: Lima, Quito y Charcas – Chuquisaca-. La Audiencia de Lima, que presidía personalmente el Virrey, estaba compuesta de quince letrados. En caso de que la sede del Virrey estuviese vacante, el gobierno quedaba en manos de dicha Audiencia. En aquel alto tribunal, órgano del Patronato Regio Eclesiástico, se ventilaban las causas de competencia del poder temporal y la autoridad espiritual.

Por lo que se refiere a lo cultural, Lima no tenía que envidiar a nadie. Hacía poco que los dominicos, con el apoyo del obispo Jerónimo de Loaysa y del virrey Toledo, habían fundado la Universidad de San Marcos, abierta a españoles, indios y mestizos, en edificio propio e independiente, a imagen de la Universidad de Salamanca, gozando de sus mismos privilegios y exenciones, con facultades de Leyes, Teología y Artes, más una cátedra de lengua indígena. Luego Toribio, tan conocedor del mundo universitario, erigiría el Colegio Mayor de San Felipe, siguiendo el modelo de los Colegios Mayores salmantinos.

En el campo religioso, la diócesis de Lima era típicamente americana, formada por una población española cristiana y grandes contingentes de indios en camino de conversión, a los que había que añadir los mestizos y los negros, que eran numerosos. Tenía su Cabildo eclesiástico, integrado por hombres doctos, que cubrían cátedras en la Universidad, así como dos parroquias, cinco conventos de varones, con más de 400 religiosos entre escolares, sacerdotes y hermanos legos, y tres conventos de monjas, con cerca de 400 religiosas. Había, asimismo, seis hospitales de indios y españoles, a cargo de la Iglesia. Justamente por estar aquella diócesis tan bien atendida espiritualmente, Toribio estaría en condiciones de dedicar largas temporadas a viajes pastorales.

Lima había sido erigida en obispado el año 1541, es decir, a los seis años de la fundación de la ciudad, a proposición de Carlos V y del Consejo de Indias, desmembrándose de la diócesis de Cuzco, la primera diócesis del Perú, erigida en 1537. Cuzco era la capital del Imperio Incaico y la ciudad santa de dicho Imperio.

En quechua, Cuzco significa «ombligo», centro del mundo inca. Lima fue declarada, como en el caso de Cuzco, sufragánea de la arquidiócesis de Sevilla, siendo su primer obispo fray Jerónimo de Loaysa. En 1546, la nueva diócesis, vuelta metropolitana, dejó de depender de Sevilla, teniendo ahora como sufragáneas las numerosas diócesis que hemos mencionado más arriba. Fue así la Arquidiócesis primada de Perú y de toda Sudamérica, y su influencia religiosa y misionera se extendería a Brasil, Filipinas y parte del mismo México.

Si bien Santo Toribio no se contó entre los primeros españoles que pisaron tierra incaica, sí lo estuvo uno de sus parientes, el capitán Juan de Mogrovejo, primo carnal de su padre, quien acompañó a Pizarro en Cajamarca y en la

fundación de Lima. Al itinerario de su tío se referiría luego Toribio en carta al Rey, donde le recomendaba a su cuñado Francisco de Quiñones:

«Tuvo asimismo en este Reino un hermano de su madre y tío que fue de los de Cajamarca y vecino de esta ciudad [Lima] y en la ocasión del levantamiento general de los indios, fue con la gente de esta ciudad al socorro del Cuzco, y llegado a la provincia de Jauja castigó a los indios que allí parecieron estar alzados y prosiguiendo su viaje en paso estrecho le tiraron los indios una galga y le mataron y comieron».

Detengámonos un tanto, por su interés contextual, en aquellos orígenes de la conquista española del Perú, que involucrarían al tío de Toribio. El capitán de Mogrovejo, luego de permanecer durante un tiempo en Nicaragua, se había dirigido al Perú, tomando parte en las correrías de Pizarro. Era un hábil y experimentado jinete, al tiempo que el hombre más letrado de los que acompañaban al caudillo extremeño, el intelectual de su contingente. En 1533 se encontraba en Jauja, que había sido fundada provisionalmente como ciudad española, ocupando en ella un cargo político. Mientras el cuerpo principal de conquistadores avanzó desde allí hacia el Cuzco, Mogrovejo permaneció en Jauja como capitán de caballería, protegiendo el tesoro del Rey. Cuando se fundó la ciudad de Lima, el Virrey lo nombró alcalde del nuevo poblado.

Nuestro capitán parecía estar destinado a ser uno de los grandes del Perú, con el apoyo de la familia Pizarro. Pero su carrera quedó frustrada abruptamente por un avatar histórico, al que se refería Toribio en su carta al Rey. En 1536 había estallado una rebelión indígena. Con ocasión de ello, el gobernador Pizarro le pidió que encabezara una expedición de treinta jinetes para acudir en refuerzo de quienes combatían en las alturas del Cuzco. Enviar tan pocos hombres a una misión tan peligrosa parecía descabellado, pero no lo era tanto si se tenía en cuenta que en expediciones anteriores los jinetes españoles se habían mostrado invencibles frente a los indios. Claro que ello sucedía así cuando se trataba de combates en campo abierto. Los indios habían aprendido que lo mejor era atraer a los españoles a zonas montañosas, para atacarlos allí por sorpresa en los desfiladeros o pasos angostos.

Tal fue lo que aconteció en la expedición de Mogrovejo. Si bien al comienzo lograron varias victorias, al pasar por un estrecho desfiladero, cayó sobre ellos una avalancha de piedras –una «galga», la llamaban–, lanzadas desde todas las alturas y direcciones, de la que se escaparon muy pocos. Fue allí donde murió nuestro capitán, que tenía sólo 29 años. Sin duda que en su niñez, Toribio ha de haber oído hablar de estos sucesos en las conversaciones de familia. Quizás a partir de entonces empezó a interesarse en todo lo que se refería a las lejanas Indias Occidentales, cuyas noticias y hechos singulares se le hacían fascinantes.

Tras aquellos sucesos, comenzaron en el Perú una serie de enfrentamientos entre los propios españoles, lo que no dejaría de resultar insólito para aquellos indios, acostumbrados como estaban a la disciplina imperial del Inca, delante del cual nadie chistaba. Francisco Pizarro se enfrentó con Diego de Almagro (1537-1538); luego el hijo de Almagro combatió a Vaca de Castro, nuevo gobernador del Perú (1541-1542); Gonzalo Pizarro se rebeló contra las Leyes Nuevas, que acababan de llegar de España, y fue muerto el virrey Núñez de Vela (1544-1546); el mismo Gonzalo Pizarro embistió luego contra el licenciado La Gasca, eclesiástico enviado por la Corona con plenos poderes, siendo aquél vencido y muerto (1547-1548); Hernando Girón se opuso a la Audiencia de Lima (1553-1554), hasta que finalmente La Gasca logró imponer la autoridad de la Corona. Sólo tras diecisiete años de conflictos civiles, el virreinato del Perú logró consolidarse y progresar. Entre 1570 y 1581 el virrey Toledo realizó una magnífica labor en el ámbito político, mientras que en el campo eclesiástico el primer obispo de Lima, fray Jerónimo de Loaysa, consolidaba las bases de la estructura eclesial.

La labor de fray Jerónimo de Loaysa fue digna de toda ponderación. Además de haber convocado los dos primeros concilios limenses, en que se reglamentó el funcionamiento de las doctrinas de los indios, introdujo las llamadas «reducciones». ¿Cuál fue la causa de esta decisión? Los indígenas vivían dispersos en cuevas, chozas, o ranchos diseminados, lo que hacía prácticamente imposible su evangelización. Primero debían vivir como hombres, como personas. Y así se «los redujo» a agregarse en poblaciones o, mejor dicho, resolvieron formar pueblos de indios, donde se pudiese proveer a su educación, humana y cristiana, respetándose siempre los elementos rescatables de su cultura ancestral, como por ejemplo las costumbres autóctonas que no fueran contrarias a la ley natural o a la ley divina. Así se fue creando una civilización mixta, indoeuropea, una «nueva cristiandad». En cada doctrina no debía haber más de 400 indios casados, con sus familias, atendidos espiritualmente por uno o varios sacerdotes que, según las instrucciones de Felipe II, debían saber las dos lenguas indígenas fundamentales, el quechua y el aymará.

Ya anciano, fray Jerónimo de Loaysa, que siempre firmaba Arzobispo de los Reyes, murió en 1575, después de haber gobernado la diócesis durante 32 años. A su muerte, la situación parecía definitivamente afianzada. Los errores y delitos cometidos por los españoles durante la Conquista habían quedado purgados por decisión de la Iglesia, que dispuso, cuando se trató de injusticias, restituciones masivas a los indios afectados, lo que éstos apreciaron justamente. Todas las semillas de la cultura intelectual y espiritual, escuelas, colegios, universidades, misiones y reducciones, estaban echadas. Se erigieron cruces en cerros y encrucijadas, capillas y templos ornaron el paisaje, en una especie de gran bautismo geográfico. La sociedad peruana se estaba convirtiendo en una auténtica cristiandad, como no sucedía en ninguna otra parte. El prestigio de la Iglesia, conducida por un obispo culto y virtuoso, era considerable. El poder político y la autoridad religiosa obraban en consuno. Tras tantos años de huracanes, parecía levantarse el arco iris. Sólo bastaba que apareciera una nueva figura, un nuevo conductor, para que se lograra gestar un auténtico Siglo de Oro cristiano de ultramar.

III. El Tercer Concilio de Lima

Volvamos ahora a nuestro Toribio y su actuación pastoral. No bien llegó a la sede para la que había sido nominado, se abocó a numerosos emprendimientos. Entendió que su primer deber era asegurar la seriedad de la vida contemplativa. Así nos lo revela en carta a Felipe II:

«[Las monjas] que dejaron el mundo y a sus padres y deudos y están siempre encomendándonos a Dios en perpetua clausura y cerramiento, privadas de los contentos y regalos de fuera, ocupadas en oraciones y divinos oficios y no dándoseles lugar por orden y mandato mío a admitir visitas de nadie si no fuere de padres y hermanos con expresa licencia por escrito y a los padres y hermanos de mes a mes tan solamente; atendiendo en esta parte al sosiego y quietud de las monjas que yo tengo, he deseado y deseo ya que no sean molestadas ni fatigadas con visitas inoportunas de clérigos ni de legos».

Si bien él no formó parte de ningún instituto religioso, supo sin embargo comprender el sentido de la vida religiosa, y en especial de los monasterios de clausura, logística inobviable de todo trabajo pastoral. Preocupóse asimismo con especial interés en la erección de colegios, hospitales y numerosas iglesias, dando nuevo impulso a la restauración de la Catedral, buena parte de la cual subsiste hasta el presente.

Pero su principal emprendimiento fue la celebración del Tercer Concilio de Lima. El rey Felipe II, siempre interesado por el bien espiritual de sus súbditos, se había dirigido por Real Cédula al nuevo Virrey, Martín Enríquez, así como al novel

Arzobispo, urgiéndoles la convocación de dicha asamblea. Los objetivos por él señalados eran los siguientes:

«Reformar y poner en orden las cosas tocantes al buen gobierno espiritual de estas partes, y tratar del bien de las almas de los naturales, su doctrina, conversión y buen enseñamiento, y otras cosas muy convenientes y necesarias a la propagación del evangelio y bien de la religión».

A más de un lector podrá parecerle extraño el tenor de este documento. Ante todo hay que tener en cuenta la situación peculiar de la Iglesia en España, con su antiquísima y gloriosa tradición sinodal, que se remonta a la época de la monarquía visigoda y de los concilios toledanos. Dichos sínodos no sólo tenían carácter eclesiástico sino también civil. Como organismos vertebrales de la vida nacional, sus cánones eran también leyes del Estado.

Por su parte, los reyes de España, a partir de Felipe II, entendían que el derecho de convocar sínodos, cuando lo juzgasen oportuno, se encontraba contenido en el Patronato que la Sede Apostólica les había reconocido. No sólo se fundaban en el privilegio pontificio, sino también, como lo explicó el jurista español Juan de Solórzano Pereira, oidor por aquellos tiempos en Perú y Consejero de Indias en Madrid, en la convicción de que los reyes de España eran y debían ser los ejecutores de los concilios que se celebraban en sus Reinos, para el mejor gobierno de la Iglesia, pues a los reyes y príncipes de la tierra, según decía una de las leyes de la Recopilación de Castilla, les encomendó Dios la defensa de la Santa Madre Iglesia.

En carta al virrey del Perú le decía, pues, Felipe: «Ya tendréis entendido cuánto hemos procurado que se congregasen en esa ciudad todos los prelados de su metrópoli.... Y porque el demonio no ponga estorbo en cosas que nuestro Señor ha de ser tan servido, y conviene que ya no se dilate más, os mandamos que, juntamente con el arzobispo de esa ciudad, tratéis y deis orden cómo luego se aperciban [los prelados] para tiempo señalado, enviándole con vuestras cartas las que van aquí nuestras... Vos asistiréis con ellos en el dicho Concilio... y ordenaréis que se haga con mucha autoridad y demostración para que los indios tengan reverencia y acatamiento que conviene... y que los dichos prelados sean estimados y acariciados el tiempo en que en esa ciudad se detuvieren».

En la misiva que iba al Arzobispo le agregaba: «...Y porque esto importa tanto como tendréis entendido, os ruego y encargo que, juntándoos para ello con el nuevo virrey de esas provincias, ambos escribáis y persuadáis a los dichos obispos [los sufragáneos] para que con mucha brevedad se junten, enviándoles las cartas nuestras... advirtiéndoles que en esto ninguna excusa es suficiente ni se les ha de admitir, pues es justo posponer el regalo y contentamiento particular al servicio de Dios, para cuya honra y gloria esto se procura».

Si bien el Concilio de Trento había dispuesto que los Concilios nacionales se celebrasen cada tres años, por las enormes distancias que había en América, Pío V le había otorgado a Felipe II el privilegio de que en las Indias se celebrasen cada cinco. Como lo hemos señalado anteriormente, ya el antecesor de Toribio, fray Jerónimo de Loaysa, había convocado dos Concilios en Lima, pero de hecho tuvieron escaso valor y casi ninguna influencia real, no habiendo sido siquiera aprobados por la Santa Sede. El que ahora se propuso realizar Toribio, que sería el Tercer Concilio Provincial de Lima, resultaría trascendente para la Iglesia en América, al tiempo que la expresión viva del espíritu y personalidad del Santo Obispo.

Era Toribio un pastor joven y todavía sin experiencia, lo que no le impidió lanzarse con denuedo a la empresa. Sin embargo, contra lo que se hubiera podido esperar, tomó una decisión extraña, como lo son a veces las que toman los santos. En vez de abocarse inmediatamente a la preparación del Concilio, se le ocurrió abandonar Lima, para visitar algunas regiones de su vasta diócesis, que nunca

habían sido recorridas por ningún prelado. Ardía en deseos de entrar en contacto con sus ovejas.

Su viaje de venida por tierra, desde Paita, le había permitido conocer ya la zona norte de su inmensa diócesis; ahora se encaminó hacia el sur, hasta Nazca, a fin de visitar la zona meridional. Luego de un retorno brevísimo a Lima, salió de nuevo, pero esta vez hacia el este, a Huánuco, ciudad que se encuentra al otro lado de los Andes, por lo que debió cruzar la cordillera, que en esa zona alcanza una altura de más de cinco mil metros. Cuando regresó a Lima sólo faltaban quince días para la apertura del Concilio.

1. Las turbulencias preconciiales

Antes de partir a ese viaje tan prematuro, había hecho llegar la debida convocatoria a sus obispos sufragáneos. Al Concilio debían asistir los titulares de Panamá, Nicaragua, Popayán, Quito, Cuzco, la Nueva Imperial, Santiago de Chile, Charcas, Asunción y Tucumán. De ellos la mayoría eran religiosos y sólo tres del clero secular. Las diócesis de Panamá y Nicaragua estaban vacantes, así que no podían ser representadas por sus pastores. Según iban llegando los primeros a Lima, no podían ocultar su asombro al enterarse de que el titular no estaba allí, sino de gira pastoral. Pero él había entendido que la mejor preparación para poder luego legislar con inteligencia y conocimiento de causa era la información personal, entrando en contacto directo con los indios, los corregidores, el clero, «para tomar claridad y lumbre de las cosas que en el concilio se habían de tratar tocantes a estos naturales», como él mismo escribe con donaire.

Se acercaba ya la fecha señalada para el comienzo, y algunos obispos todavía no habían arribado. Entonces el Virrey, de acuerdo con Toribio, resolvió que comenzasen inmediatamente las sesiones con los obispos presentes. Llegó el día de la inauguración. De la iglesia de Santo Domingo partió el cortejo que encabezaba el Arzobispo e integraban cinco obispos, los de Cuzco, la Imperial, Santiago, Tucumán y Río de la Plata. Los acompañaba el Virrey, los miembros de la Audiencia y de ambos Cabildos, religiosos, sacerdotes y fieles. Terminada la Santa Misa se leyó lo dispuesto por el Concilio de Trento, declarándose así abierto el Concilio. En él tomaban parte, además de los prelados, un grupo de teólogos y de juristas, así como representantes de los Cabildos. Cada día se llevaban a cabo dos sesiones, en las que con frecuencia se hacía presente el mismo Virrey.

El ambiente era particularmente tenso. El principal dolor de cabeza que aquejó a Toribio provino de la actitud del obispo de Cuzco, Sebastián de Lartaún. Enfrentado con el Cabildo de su sede, tenía fama de codicioso, siempre exigiendo lo que creía serle debido. El Concilio se hizo eco de las quejas que aquel hombre había provocado, ya que Toribio juzgaba que si se quería hacer una labor pastoral en serio, era preciso contar con un episcopado irreprochable y capaz. Habría, pues, que afrontar la denuncia presentada, antes de seguir adelante. El obispo de Cuzco se sintió agraviado en su dignidad, y con él se solidarizaron los de Tucumán y del Río de la Plata.

El único que apoyó a Toribio fue el obispo de la Imperial. Precisamente entonces murió el virrey Enríquez, gran amigo de Toribio, lo que hizo decir a éste que con ello «le faltó todo favor humano». Envalentonáronse entonces los demás, principalmente el obispo de Tucumán, fray Francisco de Vitoria, muy amante también él del dinero y de «granjerías», como tiempo atrás oportuna y severamente se lo había reprochado el Rey por carta. A ello se agregaba que «trata y contrata en metales como minero, y hace los seguros que en Potosí se han usado, que son contratos usurarios y dados por tales de los teólogos y canonistas». Felipe II estaba tan harto de él, que había llegado a solicitar al Papa que lo retirase de su sede. Fue Vitoria quien ahora encendía la hoguera de la discordia en el Concilio.

Toribio no perdió la serenidad, a pesar de que los días iban pasando y nada se adelantaba. Estaba próxima la Semana Santa. Llamó entonces a los obispos y les comunicó que la causa de Lartaún sería remitida a la Curia Romana para su tratamiento. Luego, dando a todos cortésmente las felices Pascuas, declaró suspendido el Concilio hasta nuevo aviso, y se retiró de la sala.

Los prelados recalcitrantes se negaron a abandonarla. Más aún. Arrebataron las llaves de los secretarios, los echaron a empujones de la sede, nombraron otro secretario a su arbitrio, y se llevaron consigo «todos los papeles tocantes al obispo de Cuzco». El obispo de Tucumán, que salió con la carpeta bajo el brazo, se dirigió, en compañía del encausado, a una pastelería, y allí preguntó dónde estaba el horno. Cuando la dueña del local, muy atentamente, se lo mostró, arrojó a las llamas todos los papeles con los cargos que se le hacían a su amigo, burlándose del celo y el amor a la justicia de Santo Toribio. Luego se dirigió a la catedral, con su cortejo de paniaguados, para celebrar un aquelarre de «concilio sin metropolitano».

Gracias a Dios, el intento quedó frustrado. Toribio replicó de manera enérgica, exigiendo que abandonasen inmediatamente la iglesia. Si no lo hacían, quedarían suspendidos a divinis. Finalmente, como no cedían, los declaró excomulgados. Asimismo exigió que le devolviesen los papeles. Pero ya no existían.

Lo curioso es que mientras ocurría todo este desbarajuste, el grupo de teólogos, juristas y misionólogos, dirigidos por el Arzobispo, seguían redactando los primeros esquemas de las Actas, perfilando los decretos y dando los últimos toques a los catecismos proyectados. Por lo demás, Toribio creyó entender que sería mejor dejar de lado los agravios que le habían inferido. Era la única manera de salvar un Concilio que se tornaba necesario, y de sacar adelante las directivas y proyectos que, bajo su inspiración, se habían ido pergeñando. Tomó entonces una determinación que no habrá dejado de resultarle dolorosa: volver a convocar el Concilio, previa absolución de los obispos rebeldes. Gracias a su paciencia humilde, prevaleció la misericordia sobre la miseria de los hombres. Las sesiones se reanudaron, sin especiales dificultades. Tres meses después se clausuró el Concilio.

Quisiéramos destacar acá la figura de un sacerdote que sería el brazo derecho de Santo Toribio en los asuntos de su gobierno pastoral, pero que ya comenzó a desempeñar dicho papel en el transcurso del Concilio. Nos referimos al P. José de Acosta, de la Compañía de Jesús, que ocuparía el cargo de superior provincial de la provincia jesuítica del Perú por seis años. Refiriéndose al Concilio recién terminado, así le escribía al P. Acquaviva, General de su Orden:

«Se nos encargó por el Concilio formar los decretos y dar los puntos de ellos, sacándolos de los memoriales que todas las iglesias y ciudades de este reino enviaron al Concilio, y cierto, para las necesidades extremas de esta tierra se ordenaron por los prelados decretos tan santos y tan acertados, que no se podían desear más, y así todas las personas de celo cristiano estaban muy consoladas con el fin y promulgación de este santo Concilio».

El P. de Acosta, hombre de simpatía arrolladora, era teólogo, canonista, pero sobre todo misionero y misionólogo. Su amplia experiencia en las Indias y su ferviente amor al Perú le llevaron a escribir un magnífico tratado al que puso por título *De procuranda indorum salute*, donde daba respuesta a muchas cuestiones teológicas, jurídicas y pastorales. Pronto dicha obra fue publicada en Salamanca para uso de los catedráticos de su Universidad.

El Tercer Concilio de Lima fue, entre nosotros, algo así como el eco del Concilio de Trento. Pues bien, señala Jean Dumont que el papel del P. de Acosta en el Concilio de Lima recuerda al del P. Diego Laínez, primer sucesor de San Ignacio, en el del Concilio de Trento. Ambos, señala, eran de origen converso, de familias judías recientemente convertidas al catolicismo, al igual que lo fueron en esos mismos tiempos santos tan grandes como San Juan de Ávila y Santa Teresa.

«Se manifestaba así, en Perú, como en Trento y en España, esa confluencia del genio judío y de la Reforma católica, que fue el gran logro de la Inquisición española, así concebida en el alma lúcida y santa de su fundadora, Isabel la Católica. Como por doquier entonces en tierras hispánicas, en Lima se daban la mano la vieja cristiandad española, especialmente aristocrática, incluida la Inquisición, de la que venía doblemente Toribio, y la nueva cristiandad conversa».

La Inquisición sólo atacó a los «falsos conversos»; los verdaderos llegaron a contribuir sustancialmente en la vertebración del edificio de la Iglesia en España.

Además del libro recién citado sobre La salvación de los indios, el P. de Acosta escribió otra obra bajo el nombre de Historia natural y moral de las Indias, consagrando dos de sus libros, el sexto y el séptimo, a demostrar que en la obra de conversión de los pueblos indígenas podían ser mantenidas varias manifestaciones de su herencia cultural autóctona, con tal de que se excluyese de manera categórica cualquier inclinación a la idolatría.

El principal propósito del Concilio fue tender las líneas de una pastoral inteligente para la evangelización de los aborígenes, hacia lo que se orientaba también la intención de la Corona de España, siempre sobre la base de la enseñanza de Trento. Si bien no nos es posible detallar acá sus diversos logros, y menos aún reproducir los 118 decretos que integran sus cinco partes, llamadas «Acciones», no podemos dejar de expresar nuestro asombro por la seriedad con que fueron tratados los principales temas de la doctrina católica en relación con la labor pastoral.

El P. de Acosta, luego de haber llevado a término su inteligente tarea de sintetizar los diversos aportes y redactar los decretos respectivos, así como de elaborar los catecismos de que enseguida hablaremos, una vez terminado el Concilio, siguió colaborando con el Arzobispo, a modo de apoderado, para que en Madrid y en Roma se aprobasen los decretos establecidos, logro que alcanzó felizmente. De entre las decisiones conciliares nos vamos a limitar a exponer algunas que consideramos más trascendentes para el futuro de Hispanoamérica.

2. Los Catecismos

Veamos ahora cómo se fueron cumpliendo las disposiciones del Concilio. Uno de sus propósitos principales fue asegurar la defensa y cuidado que se debía tener de los indios. Luego de que los Padres conciliares manifestaron su dolor por el maltrato que a veces aquéllos recibían, amonestaron a todos, sacerdotes y funcionarios, que los considerasen como eran, hombres libres y vasallos de la Majestad Real. Los sacerdotes, por su parte, en el trato con ellos, debían acordarse de que eran padres y pastores.

Buscando la mejor educación de los indígenas, Santo Toribio se preocupó por consolidar el sistema de reducciones doctrinas, iniciado por su antecesor, que eran entidades parroquiales a la vez que políticas. Para mayor eficacia pastoral, los pueblos debían tener más de mil habitantes indios por doctrinero. Este recurso apostólico posibilitó la aparición de numerosos centros poblados en regiones que distaban cientos de leguas de la ciudad de Lima, de modo que el paisaje americano se vio cubierto de campanarios que convocaban a los aborígenes en torno a Dios y a la Corona.

Con el mismo fin el Concilio, en la «Acción Segunda», casi toda ella destinada al modo como se ha de instruir a los naturales en la fe, dispuso la redacción de un Catecismo que, traducido a las lenguas indígenas más comunes, sirviese para la instrucción de los recién convertidos. En México ya se había hecho algo parecido. Estos catecismos indianos serían breves, sin pretensiones eruditas, incluyendo solamente las verdades fundamentales del cristianismo, de modo que los doctrineros, a partir de aquellos textos sucintos, las explicasen de viva voz, y los sacerdotes las desarrollaran luego en sus sermones. El principal objetivo pastoral

era que los indígenas, al tiempo que abrazaban la doctrina católica y se disponían a adorar al único y verdadero Dios, repudiando la idolatría, se comprometiesen a cumplir las exigencias morales derivadas de dicha doctrina.

Hacia poco había aparecido el Catecismo del Concilio de Trento, llamado también Catecismo de San Pío V, o Catecismo Romano. En base a él y a otras fuentes, el P. de Acosta, por encargo del Concilio, e inspirándose en el que ya había compuesto su colega en la Orden, el P. Alonso de Barzana, misionero en el Tucumán, redactó dos Catecismos. Uno se llamó Catecismo Mayor, y estaba destinado a los más capaces. Otro se denominó Catecismo menor, o Catecismo Breve, para los indios rudos o ancianos, que no estaban en condiciones de instruirse con prolijidad. Luego se los tradujo a los idiomas quechua y aymará. Poco después aparecería un Tercer Catecismo, ordenado más bien a la predicación, escrito asimismo por el P. de Acosta, bajo el título de Exposición de la Doctrina por Sermones, en castellano y quechua.

En el «Capítulo tercero de la Segunda Acción» ya se presenta como hecha y aprobada la traducción del Catecismo en las lenguas quechua y aymará:

«y para que el mismo fruto se consiga en los demás pueblos, que usan diferentes lenguas de las dichas, encarga y encomienda a todos los obispos que procuren, cada uno en su diócesis, hacer traducir el dicho catecismo por personas suficientes y pías en las demás lenguas».

Esta insistencia en la necesidad de vertir el catecismo a las diversas lenguas indígenas implica una concepción pastoral que tiene en cuenta la perentoriedad de la «encarnación» del mensaje evangélico en la idiosincrasia del pueblo. Lo señala expresamente el Concilio de Lima al afirmar que

«cada uno ha de ser de tal manera instruido, que entienda la doctrina, el español en romance, y el indio también en su lengua, pues de otra suerte, por muy bien que recite las cosas de Dios, con todo se quedará sin fruto su entendimiento». De ahí la consecuencia: «Por tanto ningún indio sea de hoy en más compelido a aprender en latín las oraciones o cartillas, pues les basta y aun les es muy mejor saberlo y decirlo en su lengua, y si algunos de ellos quisieren, podrán también aprenderlo en romance, pues muchos le entienden entre ellos; fuera de esto no hay para qué pedir otra lengua ninguna a los indios».

El Concilio ordenó además que «los que han de ser curas de indios» fuesen examinados «de la suficiencia que tienen así en letras como en la lengua de los indios» y «de preguntarles por el catecismo compuesto y aprobado por este sínodo, para que los que han de ser curas lo aprendan y entiendan, y enseñen por él la lengua de los indios».

La situación requería, de parte de España, una política lingüística. Muy a los comienzos se había creído conveniente, y hasta obvio, imponer el uso del español. Pero a partir de 1578, año en que Felipe II estuvo mejor informado de la situación, se sancionó con fuerza de ley el método privilegiado por los misioneros, estableciéndose la obligatoriedad del aprendizaje de la lengua vernácula para todos los sacerdotes que pasaran al Nuevo Mundo con la intención de ocuparse de los indios.

Es cierto que la cosa no resultaba tan sencilla, dado que el Imperio de los Incas constituía una verdadera torre de Babel. Si bien el quechua era el idioma más general, ya que se hablaba en todo el Imperio, desde el Cuzco hasta Tucumán, sin embargo con él coexistían numerosas lenguas y dialectos locales. Santo Toribio se propuso abordar varias de esas lenguas, aprendiendo por sí mismo el quechua, el guajivo, el guajoyo quitense y el tunebe. Se habló de que tenía don de lenguas, porque «predicaba a los indios en su misma lengua materna». Esta preocupación suya por aprender las lenguas vernáculas se manifestó aun antes de embarcarse en Sanlúcar. Ya entonces se le veía con un ejemplar del Arte y vocabulario quechua,

publicado en Valladolid en 1564 para uso de los misioneros. En el transcurso mismo del Concilio, los Prelados se dirigieron al Monarca español suplicando el apoyo real para la impresión del Catecismo traducido

«en su lengua [de los indios], al menos en las dos más generales y usadas en estos reinos, que son las que se llaman quechua y aymará, y para lo uno y para lo otro, nos hemos ayudado de Teólogos y Lenguas muy expertas, para que también haya la conformidad de la doctrina cristiana en el lenguaje de los indios».

La obra que salió finalmente publicada se titula Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios. Fue el primer libro impreso en Perú.

En el prólogo se habla de «estas tiernas plantas de los indios, los cuales así por ser del todo nuevos en nuestra fe como por tener el entendimiento más corto y menos ejercitado en cosas espirituales, tienen suma necesidad de ser cuanto sea posible ayudados con el buen modo y traza de los que les enseñan, de suerte que la diligencia y destreza del maestro supla la rudeza y cortedad del discípulo, para que lleguen a formar el debido concepto de cosas tan soberanas como nuestra fe les ofrece».

Siguen luego tres catecismos trilingües. El primero, Doctrina cristiana, de sólo 22 páginas, incluye la señal de la cruz, el Decálogo, los preceptos de la Iglesia, los sacramentos, las obras de misericordia, las virtudes teologales y cardinales, los pecados capitales, los enemigos del alma, los novísimos y la confesión general. Sigue luego una Suma de la fe católica, en dos páginas y sólo en castellano. A continuación, el Catecismo Breve, que presenta, en forma de preguntas y respuestas, los diversos temas de la doctrina cristiana: el misterio de Dios, en sí mismo y en su obra, donde se pone el acento en el monoteísmo y en la culminación de la obra creadora, que es el alma humana e inmortal; luego el misterio de Jesucristo Redentor y los novísimos; por último el misterio de la Iglesia, a la que Cristo le confió la palabra de Dios y los medios de salvación; se incluye también una Plática breve, que contiene un compendio de los conocimientos cristianos, juntamente con un abecedario trilingüe.

Finalmente el Catecismo mayor, destinado a los más capaces, que sigue de cerca el modelo del Catecismo del Concilio de Trento, aunque es original en la forma de adaptarse a la realidad e idiosincrasia de los indios. Sus 98 páginas se articulan en 5 partes con 117 preguntas: introducción a la doctrina cristiana, el símbolo, los sacramentos, los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, las obras de misericordia, el Padre nuestro. Le siguen advertencias sobre las traducciones al quechua y al aymará.

Publicóse asimismo un volumen complementario bajo el título de Exposición de la Doctrina Cristiana por sermones, para que los curas y otros ministros prediquen y enseñen a los indios... y a las demás personas. Es el texto más extenso, con 446 páginas, y contiene 31 sermones en los tres idiomas, donde se desarrollan los presupuestos de la fe y los principales misterios del cristianismo, con la ayuda de textos de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y del Magisterio eclesiástico. En las once páginas del proemio se alude al modo de enseñar y predicar a los indios.

Allí leemos que «se ha de acomodar en todo a la capacidad de los oyentes el que quisiere hacer fruto con sus sermones o razonamientos»; será preciso que les hablen de modo «llano, sencillo, claro y breve», de modo que su estilo sea «fácil y humilde, no levantado, las cláusulas no muy largas, ni de rodeo, el lenguaje no exquisito, ni términos afectados, y más a modo de quien platica entre compañeros, que no de quien declara en teatros».

Del Catecismo ha dicho un experto: «Es una obra admirable de doctrina y de redacción. En su sustancia se conforma al Catecismo romano y al mismo tiempo al genio de los indígenas de esos países». Toribio lo impuso a sus curas de manera

obligatoria y exclusiva, «en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión». Debían saberlo de memoria en lengua indígena, y enseñarlo solemnemente, «revestidos de sobrepelliz», de modo que los indios aprendiesen a venerarlo.

Tal fue el resultado de los esfuerzos del Santo Obispo en lo que toca a su obra catequética. El Catecismo de Santo Toribio, que fue el nombre con que pasaría a la historia, sirvió durante largo tiempo para la evangelización de nuestros pueblos, prestando a Hispanoamérica un servicio invaluable. Siempre se recordará entre nosotros dicho Catecismo, como en Alemania se conserva la memoria del de San Pedro Canisio o en Italia la del que redactó el cardenal Roberto Bellarmino. Nadie, ni siquiera el Concilio Plenarío Latinoamericano que se celebró en Roma el año 1900, con ocasión del cual se hizo una sexta edición del texto original, se atrevió a cambiarle una coma. Este Catecismo grabó en los corazones de nuestros pueblos la verdadera fe católica, lo que hay que creer, lo que hay que orar, lo que hay que practicar.

3. Los sacramentos

En la Acción Segunda del Concilio se trata ampliamente del tema de los sacramentos, al que se le dedica 31 capítulos. Especial importancia reviste allí el de la penitencia. Se insiste en la necesidad de una buena preparación de parte de los confesores, ya que a veces su formación no era todo lo adecuada que se hubiera deseado. Entre otras se le recuerda la obligación grave de entender la lengua del penitente.

En 1585 salió publicada una obra de 32 páginas, con el fin de facilitarles a los sacerdotes el arduo ministerio de confesar a los indígenas, bajo el nombre de Confesonario para los curas de indios. Estos «confesonarios indios», siguiendo el ejemplo de los «penitenciales medievales» y de los «manuales de confesores» que se estilaban en España desde mediados del siglo XV, ponían en manos de los sacerdotes un instrumento pastoral que ayudase a lograr del penitente una buena e íntegra confesión de sus pecados. Dichos libros solían incluir una exhortación para antes de la confesión, en orden a inducir al que se confesaba a un verdadero arrepentimiento, luego una serie de preguntas breves y concisas, siguiendo el orden de los mandamientos, y al término unas palabras finales exhortando a la perseverancia en la vida cristiana.

El folleto limeño que ahora nos ocupa contiene dichos elementos, recorriendo con el penitente los diversos mandamientos, con preguntas apropiadas a las diversas clases de personas: curacas o caciques, fiscales, alguaciles, alcaldes de indios, hechiceros, etc. Una vez oída la confesión, se le exhortaba a practicar la moral cristiana, reprendiéndolo especialmente por los pecados de idolatría, superstición, embriaguez, amancebamientos y latrocinios. La obra no se dirige tan sólo a los confesores, sino también a los predicadores y doctrieros.

La parte que se dedica al sacramento de la Eucaristía muestra que la práctica corriente era no permitir que los indios se acercasen a ella con demasiada facilidad:

«El no haberse tan fácilmente admitido hasta ahora estos indios a la sagrada comunión ha sido por la pequeñez de su fe y corrupción de costumbres, por requerirse para tan alto sacramento una fe firme, que sepa discernir aquel celestial manjar de este bajo y humano, y también limpieza de conciencia, a lo cual grandemente estorba la torpeza de borracheras y amancebamientos y, muchas más, de supersticiones y ritos de idolatrías, vicios que en estas partes hay gran demasía».

Con todo, se agrega, han de empeñarse los curas en «hacerlos dignos de aquel soberano don», y cuando los hallen «bien instruidos y asaz enmendados en sus costumbres, no dejen de darles el sacramento a lo menos por Pascua de

Resurrección». En lo que toca a la sagrada liturgia, sobre todo de la Santa Misa, se urgió la «perfección y lustre» de las ceremonias.

«Que todo lo que toque al culto divino se haga con la mayor perfección y lustre que puedan, y para este efecto pongan estudio y cuidados en que haya escuela y capilla de cantores y juntamente música de flautas y chirimías, y otros instrumentos acomodados a las iglesias». Porque es cosa sabida, se dice, que «esta nación de indios se atraen y provocan sobremanera al conocimiento y veneración del sumo Dios con las ceremonias exteriores y aparatos del culto divino».

Santo Toribio cumpliría ajustadamente estas prescripciones, y no sólo en tierra de indios. Uno de los testigos en su proceso de canonización nos dice que procuraba siempre que las iglesias estuviesen con decencia y ornamentos, de modo que Nuestro Señor fuese alabado, haciendo que se comprasen casullas y frontales para el culto divino, y cuando las iglesias eran pobres, les daba sus vajillas doradas y piezas de mucho valor hechas en Valladolid, para que se hiciesen cálices, relicarios, patenas, vinajeras y cruces; cuando sobraba algún dinero, lo mandaba luego al punto gastar en ornamentos y máquinas para hacer hostias.

La preocupación por la dignidad de la liturgia urgía el corazón sacerdotal de nuestro Santo Obispo, lo que lo llevó a cuidar también por el decoro de la catedral de Lima. La iglesia primitiva, que reemplazó al primer templo que hizo construir Pizarro, la había comenzado el arzobispo Jerónimo de Loaysa el año 1550. Era de adobe, salvo la capilla mayor, y la había mandado edificar doña Francisca, la hija de Pizarro, para que en ella fuese sepultado su padre. Con el pasar del tiempo, el mismo Loaysa emprendió mejoras sustanciales. Sin embargo cuando Toribio llegó a su sede, la catedral estaba sumamente deteriorada, por lo que se resolvió a restaurarla. Sólo en 1625 se podría inaugurar el grandioso templo proyectado.

4. La formación de un clero idóneo

En lo que se relaciona con el clero, el Concilio atendió ante todo, como es obvio, a la situación de los sacerdotes ya existentes. Desde la época de fray Jerónimo de Loaysa, la Arquidiócesis contaba con numerosos religiosos, especialmente dominicos, provenientes de la provincia de Castilla, de donde salieron los más selectos misioneros que la Orden envió a América. Poco antes de llegar Santo Toribio, se pidió a Felipe II el envío de treinta dominicos más. San Francisco de Borja, por su parte, que era el superior general de la Compañía de Jesús, envió un buen grupo de jesuitas, bien selectos, entre los cuales aquel P. José de Acosta, de que hemos hablado.

Pero era preciso formar sacerdotes diocesanos. Para ello el Arzobispo ordenó erigir un Seminario. El Concilio de Trento había dispuesto que cada diócesis debía establecer el suyo. Lima fue una de las primeras en hacerlo, el año 1590. Y a partir de allí el Concilio Limense resolvió que se fundasen seminarios en todas las diócesis sufragáneas de Lima. El de Lima todavía hoy subsiste con el nombre de «Seminario Santo Toribio de Mogrovejo».

Dado que en buena parte los sacerdotes que allí estudiaban serían destinados a ejercer su ministerio entre los indígenas, el Concilio, al tratar de la formación del clero, se detuvo largamente en el modo como deberían actuar en su apostolado con los indios. Para ello se requería, como condición primordial, que los seminaristas, además de los conocimientos necesarios de filosofía y teología, estudiaran el quechua y el aymará. Más aún, nadie podría ser ordenado si no dominaba ambas lenguas. En cuanto a los que ya eran sacerdotes, Toribio les impuso también dicho aprendizaje. Si al cabo de un año no habían aprendido al menos una de las lenguas indígenas, se les retiraría el tercio de su sueldo. Pronto la medida surtió los efectos esperados.

En el «Capítulo tercero de la Acción Tercera», titulado «Defensa y cuidado que se debe tener de los indios», el Concilio insistió en la solicitud que debían mostrar

los sacerdotes en lo que atañe a la formación de los indios. Ante todo, no debían temer dirigirse a las autoridades civiles cuando alguien abusaba de ellos. Leamos lo que allí se dice:

«No hay cosa que en estas provincias de las Indias deban los preladados y los demás ministros así eclesiásticos como seculares, tener por más encargada y encomendada por Cristo nuestro Señor, que es Sumo Pontífice y Rey de las ánimas, que el tener y mostrar un paternal afecto y cuidado al bien y remedio de estas nuevas y tiernas plantas de la Iglesia, como conviene lo hagan los que son ministros de Cristo. Y ciertamente la mansedumbre de esta gente y el perpetuo trabajo con que sirven y su obediencia y sujeción natural podrían con razón mover a cualesquier hombres, por ásperos y fieros que fuesen, para que holgasen antes de amparar y defender a estos indios, que no perseguirlos y dejarlos despojar de los malos y atrevidos.

«Y así doliéndose grandemente este santo sínodo de que no solamente en tiempos pasados se les hayan hecho a estos pobres tantos agravios y fuerzas con tanto exceso sino que también el día de hoy muchos procuran hacer lo mismo, ruega por Cristo y amonesta a todas las justicias y gobernadores que se muestren piadosos con los indios y enfrenen la insolencia de sus ministros, cuando es menester, y que traten a estos indios no como a esclavos sino como a hombres libres y vasallos de la majestad real, a cuyo cargo les ha puesto Dios y su Iglesia.

«Y a los curas y otros ministros eclesiásticos manda muy de veras que se acuerden que son pastores y no carniceros y que como a hijos los han de sustentar y abrigar en el seno de la caridad cristiana. Y si alguno por alguna manera hiriendo o afrentando de palabra, o por otra vía maltrate a algún indio, los obispos y sus visitantes hagan diligente pesquisa y castíguenlo con rigor porque cierto es cosa muy fea que los ministros de Dios se hagan verdugos de los indios». De donde, concluye el texto, los han de tratar «con más afecto y término de padres que con rigor de jueces, en tanto que en la fe están tan tiernos los indios».

Es cierto que en la época del dominio incaico los indios eran tratados brutalmente y sin miramientos, por lo que estaban acostumbrados a ser gobernados de manera despótica. Pero ello no podía servir de excusa a la conducta de los españoles, fuesen religiosos o seculares.

El cuidado pastoral de los indios debía incluir también, según lo prescribe el Concilio, la preocupación por su educación social: «que los indios sean instruidos en vivir políticamente», es decir, que «dejadas sus costumbres bárbaras y salvajes, se hagan a vivir con orden y costumbres políticas»; «que no vayan sucios ni descompuestos, sino lavados y aderezados y limpios»; «que en sus casas tengan mesas para comer y camas para dormir, que las mismas casas o moradas suyas no parezcan corrales de ovejas sino moradas de hombres en el concierto y limpieza y aderezo». Como se ve, la evangelización era inseparable de la civilización.

Por cierto que antes de construir era preciso demoler lo que resultaba incompatible con el espíritu del cristianismo. Así los sacerdotes, declara el Concilio, harán lo posible por erradicar la primera de las lacras allí existentes, la idolatría y la hechicería, no dudando en solicitar para ello, si fuera preciso, la colaboración de los organismos civiles. Habrá que proceder a la detención de los indios hechiceros, «ministros abominables del demonio», y «juntarlos en un lugar de modo que no puedan con su trato y comunicación infeccionar a los demás indios». Y ya que «en lugar de los libros los indios han usado y usan como registros hechos de diferentes hilos, que ellos llaman quipos, y con éstos conservan la memoria de su antigua superstición y ritos y ceremonias y costumbres perversas, procuren los obispos que todos los memoriales o quipos, que sirven para su superstición, se les quiten totalmente a los indios».

La segunda lacra que los pastores se esforzarán por destruir es la borrachera, denunciada en los siguientes términos: «Hay entre los indios un abuso común y de

gran superstición de sus antepasados en hacer borracheras y taquíes y ofrecer sacrificios en honra del demonio en los tiempos de sembrar y cosechar y en otros tiempos cuando por ellos se comienza algún negocio que les parece importante».

Especial relevancia atribuye el Concilio al deber de la escolarización. «Tengan por muy encomendadas las escuelas de los muchachos los curas de indios y en ellas se enseñen a leer y escribir y lo demás y principalmente que se acecen a entender y hablar nuestra lengua española y miren los curas que con ocasión de la escuela no se aprovechen del servicio y trabajo de los muchachos, ni les envíen a traer yerba o leña...»

Más puntualmente se alude al aprendizaje de la música ya que es «cosa cierta y manifiesta que esta nación de indios está atraída y provocada por encima de todo, al conocimiento y a la veneración de nuestro Dios soberano por las ceremonias externas y solemnidad del culto divino». Por ello se establece que en cada doctrina se abra una escuela de música con maestro, coro e instrumentos: «flautas, caramillos y otros». Toribio, por su parte, exigió que los mismos sacerdotes supiesen y practicasen el canto y la música. Todos los que se tenían que ordenar debían pasar por un examen de música sacra antes de recibir el sacerdocio. Dicha disposición suscitó la composición de himnos, oraciones y parábolas quechuas católicas, un tesoro de cultura quechua clásica.

En orden a llevar adelante el proyecto educativo se erigirían diversos colegios, algunos para hijos de caciques y otros para jóvenes españoles. Hubo incluso algún colegio mixto, de indios y españoles, con el decidido apoyo de Felipe II. Más aún, en la ciudad de Lima se fundó, en 1589, un Colegio Mayor, el Colegio Real de San Felipe, reservado a los indios, un verdadero internado universitario, al estilo de los Colegios Mayores de Salamanca. Quizás fue una ilusión de Santo Toribio, ya que sus alumnos se mostraron incapaces de asumir las exigencias intelectuales y la disciplina de dicho instituto, por lo que hubo de ser cerrado. Los jesuitas ya habían conocido anteriormente el mismo fracaso en otro colegio que instituyeron para hijos de caciques.

El Concilio había insistido una y otra vez en la necesidad de que los pastores que trabajasen con los indígenas fueran competentes. «Lo que principalmente han de mirar los obispos es proveer de obreros idóneos esta gran mies de los indios. Y, cuando faltasen, es sin duda mucho mejor y más provechoso para la salvación de los naturales haber pocos sacerdotes y esos buenos, que muchos y ruines». Especialmente deberán mostrarse libres de todo espíritu de codicia. Ello pareció un requisito tan importante que el Concilio decretó la excomunión ipso facto contra los clérigos dedicados a «las contrataciones y negociaciones que son la principal destrucción del estado eclesiástico». Tales excesos, prosigue el documento, constituye un «total impedimento para adoctrinar a los indios, como lo afirman todos los hombres desapasionados y expertos de esta tierra».

Recuérdese los escándalos financieros del famoso obispo de Tucumán, Francisco de Vitoria, que tanto alboroto había hecho al comienzo del Concilio de Lima. Toribio no se lo dejó pasar. En 1590 le envió una carta donde le decía:

«Habiéndome enterado de que, con mucho escándalo, notoriedad y mal ejemplo, tratáis y negociáis mercancías públicamente, llevándolas a vender a las minas de Perú en persona, y pareciéndome que, más allá de que no podéis dejar de desatender vuestras obligaciones, ocupado como estáis en esos negocios, llevarlos es cosa indigna de vuestro estado y profesión y contrario al derecho, escribo al virrey don García Hurtado de Mendoza que os llame y os diga de mi parte lo que de él oiréis».

Quizás temiendo alguna medida severa, el obispo de Tucumán huyó al Brasil. Finalmente volvió a España, donde reprendido ásperamente por Felipe II en persona, fue recluido en el convento dominico de Atocha, en Madrid, como simple religioso, hasta el fin de su vida. Una buena lección, sin duda. Porque dicho

convento era de estricta observancia, y allí se guardaba una pobreza absoluta... Pues bien, la experiencia de ese obispo resultaba ampliamente ilustrativa. Había que evitar que de los seminarios saliesen este tipo de sacerdotes y obispos.

Por eso el Concilio Limense, tras pedir en uno de sus artículos que los sacerdotes cumplieren su ministerio «con perpetua solicitud de las almas», que «como sucesores de los Apóstoles muestren doctrina y vida apostólica», declara que «los que tienen a su cargo el ministerio de enseñar el Evangelio, de ninguna manera pueden servir a la vez a Dios y al dinero», y estipula una grave sanción a los sacerdotes traficantes, nada menos que la excomunión *latæ sententiæ*.

La medida tomada por el Concilio pareció demasiado severa a algunos del clero, que elevaron un recurso en su contra a Roma y al Rey. Pero tanto Felipe II como el papa Sixto V dieron la razón a Toribio. El rey de España, en particular, ordenó a todas las autoridades apoyar enérgicamente la ejecución del decreto conciliar. Toribio no dejó de insistir en esta resolución, aprovechando sus visitas pastorales. Al fin logró lo que deseaba. Tanto que en 1602 pudo escribir al Rey: «Queda poco o nada que corregir en este punto [...] Bendito sea Dios, el clero está muy reformado». Por otra parte, había que cuidar que los sacerdotes fuesen suficientes, también en número.

«Advirtiendo –se dice– el abuso perjudicial que en este nuevo orbe se ha introducido de encargarse un cura de innumerables indios, que a veces habitan en lugares muy apartados, no siendo posible instruirlos en la fe ni darles los sacramentos necesarios, ni regirlos como conviene, mayormente teniendo estos indios necesidad de un continuo cuidado de su pastor, por ser pequeñuelos en la ley de Dios...», se estipuló que cada cura de «doctrina» no tuviese a su cargo más de mil almas.

Hoy ello nos llama la atención ya que por la actual escasez del clero hay parroquias de 50.000 y hasta 500.000 habitantes. Ello demuestra, señala Dumont, cuán injusta es la acusación de que en la primera evangelización de los indios, lo único que se logró fue una cristianización tan masiva como superficial. La educación era «personalizada», tanto más que en las doctrinas los sacerdotes procuraban que los chicos anduviesen todo el día con ellos para enseñarles mejor y mantenerlos alejados de los restos de idolatría que aún podían persistir en los miembros de sus familias.

Mejor pocos buenos que muchos mediocres o ruines, se dijo. Pero aun numéricamente el plantel de los sacerdotes y religiosos de Hispanoamérica se acrecentó de manera sorprendente. En los siglos XVI y XVII hubo no menos de mil misioneros en la sola región mexicana de Oaxaca. También en el Perú se produjo una especie de avalancha, no sólo en la arquidiócesis de Lima sino también en las diócesis sufragáneas. Para cada doctrina «vacante», notaba Santo Toribio en 1591, «hacen acto de candidatura veinte o treinta sacerdotes». Los que no obtienen lugar, escribe dos años después a Felipe II,

«sufren hambre, van buscando misas que decir para sustentarse un poco, se alojan en posadas, tratan de conseguir una ocupación como empleados, mayordomos o domésticos de los laicos, reducidos con frecuencia a mendigar, lo que es gran indecencia para el estado eclesiástico [...] a menos que no se hagan soldados o se vuelvan bandidos».

Sólo en la ciudad de Lima, muy poco poblada por aquel entonces, los sacerdotes eran más de cien. Para frenar tal crecimiento tomó Toribio diversas medidas, como por ejemplo prohibir la llegada de nuevos sacerdotes o religiosos del exterior, ofrecer sacerdotes a otras diócesis de América, etc.

Abrumado ante tal exceso de clero, concibió una idea peregrina que propuso a Felipe II, ya anciano, el enviar a España misioneros de América, para evangelizar la Madre Patria y Europa. Porque, escribía al Rey:

«Dios sea bendito que haya tantos sacerdotes y religiosos acá que podrían ser enviados a España para poblar los conventos, y ser afectados a muchos beneficios. Todos los conventos acá están llenos de religiosos y tengo más de cien sacerdotes con los que no sé qué hacer. Se me ocurre que podría enviarlos a España».

Ahora Hispanoamérica se gozaría en devolver la gracia recibida por la intermediación de su Madre Patria. El Rey no supo qué contestar. La situación se mantuvo así por mucho tiempo, como lo deja advertir el tercer sucesor de Toribio en Lima, Arias de Ugarte, quien en carta a Felipe IV el año 1630 le decía que en la sola ciudad de Lima había «más de trescientos sacerdotes jiróvagos».

Ya hemos dicho con cuánta frecuencia se procuró que los sacerdotes aprendiesen las lenguas indígenas, y ello a partir de sus años de seminario. Tal disposición no sólo alcanzaba al clero sino también a los funcionarios reales. Ya Felipe II había enviado en 1580 una Cédula al virrey del Perú exigiéndole que se instaurasen cátedras de quechua en todas las ciudades donde existiese una Audiencia, o sea, en Bogotá, Quito, Cuzco, Santiago de Chile y la actual Sucre.

«Fue arduo el problema lingüístico del Perú –observa Rodríguez Valencia–. Pero era necesario resolverlo, por gigantesco que fuera el esfuerzo. Y es de justicia y satisfacción mencionar a los Virreyes, Presidentes y Oidores de Lima, que prepararon con su pensamiento y su denuedo de gobernantes el camino a la solución misional de Santo Toribio». Solórzano Pereira sintetiza la posición de aquéllos: «No se les puede quitar su lengua a los indios. Es mejor y más conforme a razón que nosotros aprendamos las suyas, pues somos de mayor capacidad».

Por eso Felipe II, en la Cédula arriba recordada, apoyaba una vez más las disposiciones de Toribio, estipulando que «no debía ser ordenado para el sacerdocio, y no debía recibir licencias para ejercerlo, nadie que no supiese la lengua de los indios». Establecieron así cátedras en todas las ciudades con una finalidad directamente misional, ya que en ellas habían de hacer el aprendizaje necesario, no sólo los funcionarios sino también el clero y los religiosos. Mediante ellas se pretendía, como agregaba el Rey, que los naturales «viniesen en el verdadero conocimiento de nuestra santa fe católica y religión cristiana, olvidando el error de sus antiguas idolatrías y conociendo el bien que Nuestro Señor les ha hecho en sacarlos de tan miserable estado, y traerlos a gozar de la prosperidad y bien espiritual que se les ha de seguir gozando del copioso fruto de nuestra Redención». El espíritu cristiano que se trasunta en esta Cédula Real está a la altura del famoso Testamento de Isabel la Católica.

Como ya lo hemos señalado, Toribio tomó muy en serio este aspecto de la formación de los futuros sacerdotes. Sin embargo hemos de agregar que la insistencia en la necesidad de conocer las lenguas indígenas, no obstó a que se procurase que los indios aprendiesen la lengua española, de modo que se fuesen integrando en la unidad política de la América hispana. Recordemos que los Reyes del siglo XVI nunca consideraron las Indias como colonias de España, sino como Reinos de la Corona, según lo atestigua el P. de Acosta al escribir: «Desde luego, la muchedumbre de los indios y españoles forman ya una sola república, no dos separadas: todos tienen un mismo rey y están sometidos a unas mismas leyes».

La unidad de la lengua, en este sentido, había de procurarse como un presupuesto necesario. ¿Cómo compaginar dicha política lingüística con la conveniencia de conservar las lenguas autóctonas? Reiteradas veces se discutió en el Consejo de Indias la posibilidad de unificar toda Hispanoamérica en la lengua castellana. La tentación era muy grande, si se piensa en la enseñanza y la administración, la actividad económica y la unidad política. Pero «triunfó siempre el criterio teológico misional de llevar a los indios el evangelio en la lengua nativa de cada uno de ellos. Se vaciló poco en sacrificar el castellano a las necesidades misionales», afirma Rodríguez Valencia.

Según era de esperar, así lo advierte Jean Dumont, la pervivencia de las lenguas indígenas, en orden a una mejor evangelización, redujo considerablemente la difusión en América de la lengua española. En 1685, cien años después del Concilio de Lima, una Cédula Real dirigida al virrey del Perú resuelve unificar la lengua de América en el castellano, constatándose que «la lengua india ha sido tan ampliamente conservada en esos naturales, como si estuviesen en el Imperio del Inca».

Puede, pues, decirse, escribe el P. José María Iraburu, que «el esfuerzo misional de las lenguas indígenas retrasó en más de un siglo la unificación del idioma en América. Prevalció el criterio teológico, y se sacrificó el castellano». Esta es la causa histórica de que todavía hoy en Hispanoamérica sigan vivas las lenguas aborígenes, como el quechua, el aymará o el guaraní. Lo que muestra cómo se equivocan y con cuánta injusticia, quienes afirman que la primera evangelización de América trajo consigo una furiosa hispanización y europeización, una criminal aculturación, atentando gravemente contra la idiosincrasia del indio.

La promoción cultural y religiosa de los indígenas se topó con un escollo. ¿Estaban los indios en condiciones de acceder al sacerdocio? Jerónimo de Loaysa, en sus dos Concilios, había prohibido la ordenación de los indios, no por espíritu racista, ciertamente, actitud que habría sido incompatible con él, que quiso vivir y morir en medio de los indios, no habiendo dejado jamás de defenderlos y cuidarlos, sino en razón de su escasa preparación religiosa y de sus vicios ancestrales.

El Concilio de Toribio, si bien mantiene dicha disposición, dice que ello es *hoc tempore*, «por el momento». Y, de hecho, en una carta que los padres conciliares enviaron al Rey, le suplican la creación de colegios o seminarios «para que enseñasen y criasen cristianamente los muchachos de estos indios principales y caciques... que por tiempo vendrán no sólo a ser buenos cristianos y ayudar a los suyos para que lo sean, sino también a ser aptos y suficientes para estudios y para servir a la Iglesia y aun ser ministros de la palabra de Dios en la nación».

Toribio quiso abrir a los indios más aptos el camino a las órdenes sagradas. Con todo, sólo llegó a ordenar uno o dos entre ellos. El obispo de Quito, por su parte, consagrado como tal por su amigo Santo Toribio, fundaría en su sede un Seminario de indios, explicando al Rey que el motivo principal era «por la esperanza que se tiene del fruto que podrán hacer los naturales más que todos los extraños juntos».

¿Y qué hacer con los mestizos? Al principio se les abrió las puertas al sacerdocio. Pero la experiencia mostró que por el momento ello no era conveniente. Ya el virrey Toledo, al terminar una visita por diversas regiones del territorio a su cargo, escribía al Rey lamentando que los prelados «hayan ordenado a muchos hijos de españoles y de indias», con efectos negativos. En consecuencia de dicho informe, el Rey prohibió para en adelante la ordenación de mestizos. Lo mismo hizo la Compañía de Jesús, por voto unánime de su congregación provincial de 1582. La normativa de la Corona hispana era que «fuesen preferidos los patrimoniales e hijos de los que han pacificado y poblado la tierra», según lo estableció Felipe II en Cédula Real, «para que con la esperanza de estos premios se animase la juventud de aquella tierra».

Como la decisión del Rey no era taxativa, el Concilio de Lima permitió de nuevo la ordenación de mestizos, pero al mismo tiempo urgió con tanta severidad los requisitos de idoneidad exigidos por Trento para el sacerdocio, que en la práctica Toribio ordenó muy pocos de ellos. De hecho, la única condición que se puso fue que se respetasen los cánones de Trento, esto es, que fuesen «hombres de buena vida y de suficientes letras y que tienen noticias de esta tierra». Los obispos sufragáneos de Lima mostraron, por lo general, la misma reserva. No hubo, pues, en Toribio y en los demás obispos ningún prejuicio de índole racial, sino simplemente escrupulosidad en el cumplimiento de las decisiones de Trento tocantes a la idoneidad de los candidatos.

Tal fue el famoso Tercer Concilio de Lima y tales fueron sus benéficas consecuencias. Dos Concilios más celebraría Toribio, según lo disponían las leyes canónicas. Al primero de ellos acudió uno solo de sus sufragáneos, el de Cuzco; los demás estaban enfermos o imposibilitados de asistir. En el segundo, sólo se hicieron presentes los obispos de Panamá y de Quito. Como se ve, no tuvieron mayor relevancia, y ni siquiera se vieron confirmados por la Santa Sede. En cambio sí la tuvo el Tercer Concilio. Lo que Trento significó para la Iglesia en su conjunto, así el de Lima para Hispanoamérica.

No otra cosa afirma el historiador A. Egaña: «El concilio tercero limense, se puede decir, fue para la Iglesia sudhispanoamericana lo que el Tridentino para el universal catolicismo, admitidas las lógicas diferencias internas y finalidades relativas de ambas justas conciliares. Y es de ello prueba fehaciente el que el concilio de Santo Toribio sobrevivió aun después de siglos. Así se proyectó en los Andes la estatura gigantesca de Trento». De sus decisiones ha escrito V. Rodríguez Valencia que «son la pastoral moderna de Trento aplicada escrupulosamente, como una proyección fiel, a la Iglesia americana en formación. Y el más avanzado código social, aun en sus aspectos laborales, que conocemos de esos siglos».

Santo Toribio ha sido parangonado con su contemporáneo, el arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo, con quien tiene tantos rasgos comunes que se dirían almas gemelas. Sabido es que a San Carlos le cupo desempeñar un papel decisivo en la postrera etapa del Concilio de Trento. Luego sería un modelo realmente paradigmático del obispo soñado por aquel Concilio para el cumplimiento de sus propósitos pastorales. Pues bien, lo que San Carlos Borromeo fue para Italia, eso fue Santo Toribio para el continente hispanoamericano. Santo Toribio amó entrañablemente el Concilio limense. Por un contemporáneo suyo sabemos que «no le dejaba de las manos y así lo sabía casi todo de memoria».

No se crea que el Concilio fue aceptado fácilmente en España y en Roma. Incluso desde Lima se elevó un recurso de apelación a la Santa Sede, donde se decía que las sanciones, sobre todo las referentes al clero, eran demasiado severas. El P. de Acosta, en nombre de Santo Toribio, viajó entonces a Madrid y a Roma para explicar y defender lo resuelto en dicha asamblea. En 1585 se logró que Felipe II lo aprobara mediante una Real Cédula. La Santa Sede, por su parte, luego de morigerar ciertas sanciones y retocar algunas disposiciones, dio una aprobación categórica al conjunto de la obra. Las cartas de los cardenales Caraffa y Montalto al arzobispo Mogrovejo, ambas de 1588, le comunicaron la aprobación del Papa, el cual «os alaba en gran manera», le dicen, al tiempo que lo felicitan efusivamente, viendo en los decretos del Concilio de Lima una aplicación inteligente del Concilio de Trento al mundo cristiano de la Indias meridionales.

En la práctica, el Concilio fue recibido con general beneplácito, alcanzando una vigencia perdurable por su lenguaje claro y asertivo, por su contenido enérgico, por la valentía y sinceridad con que tuvo en cuenta la situación real del Virreinato. Fue, a no dudarlo, una esclarecedora aplicación de la reforma tridentina en América, con especial atención a la evangelización efectiva de la población indígena, pero comprometiendo en dicha empresa a españoles y criollos, sacerdotes y seglares, en orden a edificar una ciudad cristiana desde sus cimientos, o para establecer, como diría un contemporáneo de nuestro Arzobispo, el presidente del Consejo de Indias, don Juan de Ovando, «una república formada y política, así en lo espiritual como en lo temporal, siendo una Iglesia, un Reino y una República, en que se guarda una misma ley, y en todas partes vayan en una misma consonancia y conformidad».

Con frecuencia los textos de aquel Concilio hablan de «la nueva Cristiandad de estas Indias», «esta nueva heredad y viña del Señor», «esta nueva Iglesia de Cristo»... En tales expresiones se refleja la intención profunda de querer construir con la gracia de Dios un nuevo mundo cristiano. Y de hecho lo lograron. El P. Iraburu señala que a este Concilio de Lima, y al que dos años más tarde, en 1585,

se realizaría en México, se debe en buena parte que hoy la mitad de la Iglesia Católica sea de lengua y corazón hispánicos.

Una planta espléndida de la pujante y juvenil Iglesia que echaba raíces en el Nuevo Mundo fue Garcilaso de la Vega, llamado el Inca. Nació en Cuzco, el año 1539, hijo de un capitán español, conquistador y protector de indios, y de la princesa inca Chimpu Cello, nieta de Huayna Capac Inca, último emperador del Perú; «indio católico por la gracia de Dios», le gustaba decir. Su madre le había enseñado no sólo el idioma de sus mayores, sino también la historia de la familia, lo que despertó en su interior el deseo de conocer más a fondo las grandezas del desaparecido Imperio. Le animó para que llevase adelante dicho propósito un jesuita criollo, el P. Blas Valera, que era historiador.

Se lanzó entonces a recorrer el país, recogiendo de boca de los aborígenes las tradiciones más antiguas. Modelo apostólico de la nueva cristiandad, nuestro Inca Garcilaso se trasladó a España, donde sirvió en el ejército y combatió a las órdenes de don Juan de Austria. Luego se instaló en Andalucía, apadrinando neófitos cristianos de origen musulmán, en la iglesia principal de Montilla, ciudad natal de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, y de San Francisco Solano. Murió en Córdoba en 1616. Excelente literato, publicó varios libros como Comentarios reales que tratan del origen de los Incas, donde se habla de «la preparación evangélica» que el cristianismo encontró en las culturas ancestrales del Imperio Inca; Historia general del Perú, y otros. Su escudo heráldico, con elementos incas e hispánicos, sostenidos por dos indios de pie, resplandece en hierro dorado sobre la verja de la Capilla de Armas de Córdoba.

El Concilio de Santo Toribio encontró amplia resonancia en todas las diócesis sufragáneas de Lima, entre otras en la de nuestra patria. Por lo que al Tucumán se refiere, el primer sínodo de Santiago del Estero, celebrado en 1597 por el obispo fray Fernando de Trejo y Sanabria, incluyó los documentos del tercer concilio limense para que «se guarde y cumpla en este nuestro obispado enteramente». Dicho Concilio seguiría influyendo, por lo demás, en todas las diócesis dependientes de la sede limeña, aun después de que éstas, desmembrándose de la metropolitana, integraran nuevas jurisdicciones.

IV. El Obispo acróbata

No fue, por cierto, el Concilio la única obra emprendida por nuestro Santo. Estuvo también en el transfondo de muchas iniciativas apostólicas, por ejemplo el establecimiento de monasterios de vida contemplativa, que consideraba como la logística de su actividad pastoral. De manera particular se interesó en la fundación del convento de Santa Clara, levantado a unas nueve cuadras de la Catedral, donde se había de observar de manera estricta la regla franciscana, corrigiéndose así cierta relajación de la observancia religiosa que se podía observar en otros monasterios. Fue en el año 1605 cuando se inició dicha fundación, donde enseguida ingresaron doce jóvenes, hijas de conquistadores. Grande fue el afecto que le tuvo Santo Toribio, al punto de disponer en su testamento que su corazón fuese allí sepultado, como en efecto se hizo.

En otro orden de cosas, promovió los gremios de carpinteros, albañiles y canteros, formados por indios y criollos, agrupados en cofradías. Sus miembros, que recibían diariamente instrucción religiosa, daban de comer a los pobres y visitaban a los enfermos. Comulgaban, asimismo, con frecuencia, y los sábados los dedicaban a la Santísima Virgen.

Pero lo que se destaca con más relieve en la actitud pastoral del Santo son sus numerosas e inteligentes giras apostólicas. Era, por lo demás, lo que prescribía el Consejo de Indias, concretando las decisiones del Concilio de Trento, y que el mismo Toribio urgió a los obispos presentes en el Concilio de Lima: «es digno de mucha reprehensión no salir en prosecución de la visita el arzobispo en propia persona no estando legítimamente impedido».

Precisamente uno de los documentos más hermosos del Concilio, la Instrucción para visitadores, fue obra suya. La arquidiócesis de Lima, lo hemos dicho, abarcaba una inmensa extensión. El Arzobispo entendía claramente que no le era lícito encerrarse en la curia. Debía «conocer» a sus ovejas, conocerlas personalmente. Y vaya si lo hizo. La superficie que abarcaron sus correrías y el número de personas a las que llegó su solicitud pastoral sobrepasa todo cuanto es posible imaginar. Dedicó a ello catorce largos años, en tres grandes visitas generales de siete, cinco y dos años, respectivamente. Sólo lo detendría la muerte, siempre en camino.

La Primera Visita duró desde 1584 a 1588. Su recorrido fue de más de dos mil leguas, catequizando a medio millón de infieles. Durante esa larga gira, sólo regresó a Lima una vez, permaneciendo allí durante quince días, para consagrar a un obispo, y también para organizar una colecta de dinero ordenada por el rey Felipe II en favor de la Armada Invencible. Cumplidos ambos encargos, regresó para continuar el itinerario que se había trazado. Él entendía que «su Arzobispado y él debían estar donde más se requiere su ayuda pastoral». Era un pastor en búsqueda, sobre todo de «sus ovejas humildes», como le gustaba decir.

Con todo, no descuidaba la atención general de la diócesis. Desde cualquier sitio donde se encontrase no dejaba de tomar decisiones y mantener fluido contacto con el Rey y con el Papa. A este último le relataba detalladamente lo que iba haciendo: quería conocer y apacentar sus ovejas, le decía, corregir y remediar lo que necesitaba enmienda, predicar los domingos y fiestas a indios y españoles, a cada uno en su lengua. Recorrió así lugares donde ningún obispo había llegado de visita. Súmese a esa proeza la precariedad de los medios de locomoción en aquellos tiempos. Pero él no se amilanaba, enamorado como se sentía de las ovejas que Dios le había encomendado.

El recorrido de Santo Toribio, en este primer viaje resulta impresionante, según se advierte con sólo seguirlo en el mapa. Cualquiera que conozca el Perú, aunque sea someramente, podrá darse cuenta el enorme sacrificio que realizaba este gran obispo, un verdadero misionero, transitando caminos casi inaccesibles y que hoy nos parecerían del todo impracticables.

El Santo hacía su entrada en el pueblo, si es que lo había, en la forma estatuida por los cánones del Tercer Concilio, que Toribio fue el primero en cumplir puntualmente. Apenas llegado al lugar, se dirigía a la iglesia, donde permanecía largo rato en oración. Después celebraba la Santa Misa y se dirigía a su alojamiento, que ordinariamente era la casa del párroco. Visitaba luego iglesias, monasterios, cofradías y los lugares de trabajo de los indios. En los pueblos que de antemano sabían de su llegada, se celebraban en su honor coloridas fiestas. Los indios, ataviados de sus mejores ropas tradicionales, lo esperaban con bailes incaicos. «Padre santo viene –decían en su incipiente castellano–, venga en buena hora. Nuestro Tata nos dará bendición. Nosotros querer a ti Tata».

Un padre jesuita que lo conoció de cerca decía que «era muy tratable y muy conversado, y tenía tanto amor que los metía en sus entrañas como si fuera padre de cada uno». A los indios, según lo señalamos, les hablaba en su lengua. Cierta vez un cacique le dijo que estaban muy contentos «porque su quechua era claro y todos lo entendían». Cuando continuaba su viaje a otro pueblo, los indios lloraban, como si de ellos se estuviese alejando su padre verdadero. Estas escenas y muchas otras, que se repitieron en sus prolongadas visitas pastorales, se difundieron por todas las provincias del Virreinato, dándole fama y suscitando creciente confianza en su labor pastoral.

En su Segunda Visita, de 1593 a 1598, recorrió unos 7.500 kilómetros, catequizando, bautizando y confirmando a no menos de 350.000 indios. Con estas dos primeras giras se puede decir que había recorrido prácticamente toda la Arquidiócesis, y algunos lugares, más de una vez. Parecería que se hubiese podido

dar por satisfecho con el conocimiento que de la Arquidiócesis había adquirido, pero su celo de Pastor no dejaba de arder.

Y decidió «volver a las andadas». Sería su Tercera Visita, de los años 1601 a 1606. «Fue su vida una rueda –escribe su primer biógrafo, A. León Pinelo–, un movimiento perpetuo, que nunca paraba. Y si la del hombre es milicia en la tierra, bien mereció el título de soldado de Cristo Señor nuestro, pues nunca faltó a lo militante de su Iglesia, para conseguir el premio en la triunfante, que piadosamente entendemos que goza».

El temple de Toribio era de hierro. Un cronista nos cuenta que en cierta ocasión, tras azarosas aventuras ocurridas en el transcurso del viaje, llegó por fin a un pueblo de indios muy pobre. Estaba exhausto, ya que durante su trajinar, había padecido enfermedades, fiebres y frío, de modo que no bien llegado se acostó a descansar y dormir. Sin embargo, al día siguiente se levantó como si nada, celebró la Misa, y se puso a predicar, mostrando gran regocijo por servir a los indios. Era más poderoso su celo que su fatiga.

Aventuras no le faltaron. Veamos lo que en carta al Rey cuenta que le pasó durante otro de sus viajes:

«Salí hará ocho meses en prosecución de la visita de la provincia de los Yauyos, que hacía catorce años que no habían ido a confirmar aquella gente, en razón de tener otras partes remotas a que acudir y en especial al valle asiento de Huancabamba, que hará un año fui a él, donde ningún prelado ni visitador ni corregidor jamás había entrado, por los ásperos caminos y ríos que hay.

«Y habiéndome determinado a entrar dentro, por no haberlo podido hacer antes, en razón de lo que tengo referido, me vi en grandes peligros y trabajos y en ocasión que pensé se me quebraba una pierna de una caída, si no fuera Dios servido de que yéndose a despeñar una mula en una cuesta, adonde estaba un río, se atravesara la mula en un palo de una vara de medir de largo y delgado como el brazo de una silla, donde me cogió la pierna entre ella y el palo, habiéndome echado la mula hacia abajo y socorriéndome mis criados y hecho mucha fuerza para sacar la pierna, apartando la mula del palo, fui rodando por la cuesta abajo hacia el río y si aquel palo no estuviera allí, entiendo me hiciera veinte pedazos la mula.

«Y anduve aquella jornada mucho tiempo a pie con la familia y lo di todo por bien empleado, por haber llegado a aquella tierra y consolado a los indios y confirmándolos y el sacerdote que iba conmigo casándolos y bautizándolos, que con cinco o seis pueblos de ellos tiénelos a su cargo un sacerdote, que por tener otra doctrina, no puede acudir allí si no es muy de tarde en tarde y a pie, por caminos que parecen suben a las nubes y bajan al profundo, de muchas losas, ciénagas y montañas [...]».

Imaginamos la emoción del Rey al leer esta carta, el gusto que su corazón tan católico habrá experimentado de contar con tales pastores. Pueblo tras pueblo, sin dejar ninguno. No se lo hubiera permitido su celo pastoral. Sin embargo, tampoco quería limitarse con visitar los pueblos. Su amor, lleno de afecto y de ternura, llegaba hasta las chozas, por perdidas y pequeñas que fuesen, catequizando a sus moradores con tanto gusto que pareciera poner la vida por cada uno de ellos.

«Cuando visitaba la Diócesis –nos cuenta un testigo–, en sabiendo que algunos indios vivían fuera de sus pueblos, en valles, sierras o arcaduces, por excusarles el riesgo del camino, se exponía a padecerle y los iba a buscar y donde los hallaba los adoctrinaba. Habiendo mandado, en cierto paraje, que le trajesen todos los niños que se habían de confirmar a un pueblo, le dijeron que iba muy grande un río que habían de pasar, y luego mandó que no trajesen ninguno, que él los iría a buscar. Porque valía más –dijo el Santo Prelado– que peligrase la vida de su pastor que la de una de sus ovejas. Tuvo tan gran memoria, afirma Diego de Córdoba, que casi

conocía a todos los indios de su Arzobispado y los llamaba por sus nombres y todos lo conocían a él, como al Buen Pastor del Evangelio».

En cierta ocasión, refiere otro testigo, estaba visitando un lugar ubicado a 300 leguas de Lima. Al enterarse de que en unos parajes que estaban despoblados se habían refugiado algunos indios cimarrones y delincuentes, para ocultarse de las autoridades españolas, decidió ir a encontrarlos, aunque estaban a 30 leguas de distancia, para poder adoctrinarlos, sacarlos de su aislamiento, y «reducirlos» en algún lugar donde pudieran tener sacerdotes que los atendiesen.

Otra vez sucedió algo que resulta particularmente conmovedor. Tras una intensa jornada a pie, como se iba poniendo el sol, el Obispo y sus acompañantes se vieron obligados a acampar en plena falda de la montaña. Después de rezar juntos el Oficio, Toribio cenó frugalmente y los exhortó a retirarse enseguida a descansar, ya que al día siguiente había que madrugar para llegar a tiempo a un pueblo próximo donde debía celebrar la Misa antes del mediodía. Ello no resultó posible ya que desde algún lugar de las montañas circundantes llegaban a veces con el viento las melodías tan melancólicas de la música indígena, interpretada con instrumentos incaicos, sobre todo quenás y zampoñas.

A veces sólo se oía el retumbar del tinya, especie de tambor indígena. Pasaban las horas y la música se escuchaba con más frecuencia e intensidad a medida que arreciaba el viento, proveniente justamente de aquel lugar. Don Sancho Ávila, siempre tan atento con el Obispo, se le acercó y le propuso ir él hacia la zona de donde provenía la música para pedirles que dejaran de tocar. «Calma, querido Sancho –le respondió Toribio–. Deja que esas almas humildes y buenas desahoguen su tristeza. ¿Acaso no sabes que la música es el fiel reflejo de lo que sienten los corazones? Escucha las notas de esa quena. ¿No te parece que quisiera hablar?».

No deja de ser admirable el respeto que Toribio manifestaba por la cultura incaica. Quizás viese en ella, como señala Dumont, huellas de aquella «preparación evangélica» de que hablaba Eusebio de Cesarea en el siglo IV, refiriéndose a las civilizaciones de la antigüedad. Justamente en tiempos de Toribio, encontraba el Inca Garcilaso en el Imperio de sus antepasados diversos elementos que parecían disponer los espíritus para la revelación cristiana, como el monoteísmo que profesaba la élite inca, la práctica de la penitencia y el ayuno, y sobre todo el reconocimiento de un Dios creador. Por lo demás, una antigua tradición que encontramos en toda América, pero especialmente en la zona dominada por los incas, sostenía que en tiempos remotos había pasado por Perú un apóstol que predicó la existencia de un Dios único e incluso de un Redentor, preanunciando asimismo la futura llegada de nuevos discípulos que enseñarían lo mismo que él.

Volvamos a los viajes de nuestro incansable Arzobispo. No hay que olvidar lo que eran los caminos en aquellos tiempos, o lo que de ellos quedaban de los viejos chasquis, como se llamaban los correos del Imperio incaico. En algunos lugares sólo había estrechos senderos para mulas y en la mayoría de los casos la sola posibilidad de ir a pie, con grandes dificultades y riesgos. Eran, como dice el P. de Acosta, caminos de cabras, cervis tantum pervia, aptos sólo para los ciervos. En alguna ocasión Toribio hubiera podido ser llevado en litera, pero se había negado a ello «sólo por no dar molestia ni trabajo a los indios».

Por otra parte, el clima de los lugares que nuestro Santo recorría, variaba enormemente. Cuando caminaba por las llanuras, los calores resultaban a veces sofocantes. Cuando transitaba por las alturas, por ejemplo en los Andes, cuyas cimas alcanzan allí los 7000 metros, el frío era como para congelarse. Solórzano Pereira ha destacado «la gran variedad de temples en las provincias peruanas, en cuyos llanos nunca llueve, ni nieva, ni se oyen rayos, truenos y relámpagos, siendo ello tan frecuente en las sierras que distan de ellos sólo diez leguas, y caen debajo de la misma línea y altura de grados».

Si bien el Arzobispo tenía la salud de hierro, era sin embargo de complexión delicada; su estilo de vida en España había sido más bien académico y sedentario. Ahora se veía obligado a adaptarse, sin más, no sólo a las grandes caminatas sino también a los fuertes contrastes. Ni siquiera sus criados indios aguantaban a veces cambios climáticos tan bruscos, como sucede aún en nuestros días, experimentando lo que llaman el «soroche», o mal de montaña, propio de los grandes desniveles. En fin, la geografía del Perú era, según dice uno de los biógrafos de Toribio, «una geografía de acróbatas natos».

El trajinar del Arzobispo fue casi un vuelo de águila por los Andes y por los valles, sin cesar, durante meses, durante años, con su equipaje al hombro o sobre las mulas, llevando allí el altar portátil, el misal, el atril, los ornamentos y una cama plegable. Así atravesaba selvas, llanos, ciénagas y ríos, o trepaba aquellas alturas majestuosas, entre abruptos precipicios... A veces debía caminar «con lodo hasta las rodillas». Si tenía que dormir al sereno, usaba como cabezal la montura de la mula, que también le servía de paraguas, en caso de aguacero. Las condiciones de estos viajes, sobre terrenos casi constantemente hostiles y vírgenes, eran las mismas que habían debido soportar los conquistadores, situación que también lo emparentaba espiritualmente con ellos.

Así Toribio fue haciendo la visita particularizada de su extensa Arquidiócesis. Su ímpetu pastoral derribaba todos los obstáculos que encontraba a su paso. Cierta día, tras haber administrado el sacramento de la confirmación, en larga ceremonia a los habitantes de un pueblo, siguió su camino, teniendo que trepar trabajosamente una cuesta larga y muy abrupta. Al llegar arriba le dijeron que un indio se había quedado sin confirmar en el pueblo y que enseguida se lo traerían. Pero al enterarse de que dicho indio estaba enfermo, pidió que no se lo trajeran; él retornaría al pueblo, no fuera que aquél corriese el peligro de morir en el camino. Y así, volviendo a descender la larga y riesgosa cuesta, llegó al pueblo y confirmó al indio. «Lo que llenó a todos los testigos de espanto, a tal punto el camino era peligroso».

Quienes le acompañaban nos cuentan que a veces bajaba, como en el caso que acabamos de relatar, por enormes barrancos, otras trepaba montes en la misma cordillera de los Andes, o pasaba junto a volcanes crepitantes, pero lo más arriesgado, nos aseguran, era tener que cruzar los grandes ríos que surcan el Perú, como el Marañón o el Santa.

Para poder hacerlo tuvo a veces que recurrir a inauditos ardides. El problema no se planteaba cuando las aguas corrían mansas, en cuyo caso se echaba en flotadores de calabazas vaciadas o en balsas de juncos. El asunto era cuando corrían vertiginosas, sea porque así fluían habitualmente, sea porque había ocasionales crecientes. Entonces tenía que mostrar todo su temple y su coraje de apóstol. «Le vio este testigo –dice su secretario– pasar ríos muy caudalosos y grandes, metido en un cesto por una cuerda, con grandísimo riesgo». En otras circunstancias no servían ni balsas ni flotadores, ya que la correntada era de tal furor que arrasaba con todo lo que se pusiera delante.

Cierta vez hubo que tender un cable de lado a lado, bien tenso entre dos postes; el Arzobispo se colgó de él, y así pudo cruzar hasta la otra orilla, escuchando el estruendo vertiginoso del río desbocado a sus pies. Así lo había visto hacer algunas veces a los indios y a los monos de la selva. Una vez cumplida su misión pastoral, nuevamente la misma operación a la inversa. Otras veces lo hacía colgado de una maroma o sogas de cáñamo, accionada por los indios desde las orillas. En una oportunidad tuvieron que sacarlo del río, «donde, si los criados que con él iban no le socorrieran, se ahogara».

Todo lo aceptaba sin quejarse. Refiriéndose a una de esas visitas declara uno de sus secretarios: «Duda este testigo que haya prelado en estos reinos que se pusiese al trabajo y peligro como se puso el dicho señor arzobispo en tomar tan a

pecho la visita», que emprendía «con celo evidentísimo del aprovechamiento de sus ovejas».

En cierta ocasión llegó a un pueblo donde los indios estaban apestados. No por ello se arredró, cuenta Sancho Dávila, ya que estando los indios enfermos en sus hogares, «se andaba el dicho señor arzobispo de casa en casa a confirmarlos, sufriendo el hedor pestilencial y materia de dicha enfermedad. En lo cual conoció este testigo que el amor de verdadero pastor y gran santidad de dicho señor arzobispo le haría sufrir y hacer lo que ni persona particular pudiera hacer».

Las peripecias fueron innumerables. En uno de esos viajes, volviendo a caballo de las montañas, comenzó a bajar una pendiente larguísima, «de más de cuatro leguas», que los indios llamaban «la pedregosa». Poco a poco se fue haciendo oscuro, y para colmo estalló una de esas tormentas súbitas que suelen acontecer en la región andina, en medio del fragor de los truenos. Toribio, acompañado de un criado, Diego de Rojas, seguía adelante, con tenacidad obstinada. Diego se maravillaba «viendo la paciencia y contento con que el dicho señor arzobispo iba animando a los demás». Pero a pesar de sus palabras de aliento, los acompañantes empezaron a dispersarse hasta que «se fueron todos, quedando, unos caídos, y otros derrumbados con sus caballos».

En medio de este desconcierto, el Arzobispo cayó bruscamente de su cabalgadura, en forma tan violenta que al criado «se le quebró el corazón de ver al señor arzobispo echado, desmayado en el lodo, donde entendió muchas veces que pereciera». Acudieron algunos a su llamada, y todos creyeron que estaba muerto, «helado y hecho todo una sopa de agua». Pero cuando le levantaron, cobró conocimiento y algo de ánimo. Se sacó entonces la sotana, que estaba totalmente embarrada, y apretando fuertemente su cruz pectoral, volvió a emprender el camino, sostenido por sus compañeros, desmayándose varias veces. Estaba descalzo, ya que sus botas habían quedado hundidas en el barro. Cuando asomó la luna, divisaron un tambo, o ranchería, donde llegaron como pudieron. No había nadie. El Arzobispo quedó tendido, helado, exangüe, como muerto. Su paje, Sancho Dávila, «se hartó de llorar al verlo de aquella suerte». Todos lo daban por perdido, pero a Sancho se le ocurrió sacar la lana de una almohada, y calentándola al fuego, frotar con ella al Arzobispo, hasta que logró que volviera en sí.

Ya de día comenzaron a llegar algunos indios. El Santo se encontraba mejor, de nuevo dispuesto a todo. Celebró la Misa, predicó en lengua indígena «con tanto fervor y agradable cara como si por él no hubiera pasado cosa alguna». Allí dejó establecidas, en medio de aquellas serranías desoladas, dos doctrinas que integraron 600 indios.

Comentando esta hazaña escribe Sánchez Prieto: «Mientras los indios, a coro, lloraban con muchas veras su partida como si les ausentase su verdadero padre, él se sentía redentor también, con Cristo, por su propia sangre derramada en aquella solemne misa de pontifical sobre la cruz inmensa de los Andes. Una misa pontifical sin más atuendos prelaticos que la púrpura de su cuerpo a punto de víctima inmolada, entonando el aleluya del triunfo de la caridad más sublime en las cimas inaccesibles, de cóndores y ángeles, donde triunfaba también la pastoral misionera más audaz que él había llevado a América. El disco del sol sellaba, como una custodia de gloria eucarística, esta primera misa solemne sobre la cruz de los Andes, encarnada en el ara viva de nuestro arzobispo santo».

En varias circunstancias los testigos nos refieren hechos semejantes. Una vez, cuentan, haciendo con él un largo trayecto por las montañas, vieron que se desmayaba. Caído en el suelo, no daba señales de vida. Tomaron entonces un palo largo, y atando a él tres o cuatro mantas de los indios, lo cargaron, creyendo que había muerto. El que nos lo cuenta refiere que hizo fuego en torno y con un paño le refrescó, por si acaso, el corazón y el pecho. Luego de dos horas, el Arzobispo estaba lo más bien, como si nada hubiera pasado, durmiendo esa noche al

descampado en aquella montaña. No había cueva alguna en las serranías, pero sí osos, leones y monos.

Al amanecer, sus acompañantes hicieron, debajo de los árboles, un cerco a manera de capilla, con palos y cañas. Allí Toribio celebró serenamente la Santa Misa, y luego siguió su camino hasta llegar al pueblo donde se dirigía. Otro testigo de sus andanzas cuenta que, en cierta ocasión, viendo que había varios indios en unos despeñaderos de difícil acceso, donde no se podía bajar ni a caballo ni a pie, el Arzobispo se apeó de su mula y se arrojó hacia abajo, con un bordón en la mano, cayéndose y levantándose, sin que pudiesen seguirle sus acompañantes. Estos relatos los tenemos de testigos que luego declararían en su proceso de beatificación. Aunque hubiera un solo indio en el cerro más alto, nos dicen, hacia él se dirigía, porque el asunto de la salvación era demasiado serio como para andar con vueltas.

Incluso se adentraba en zonas de indios salvajes y belicosos. Cuando así sucedía, sus acompañantes, llenos de miedo, le pedían que no siguiese adelante. Pero su respuesta era siempre la misma: «Había mucha necesidad de doctrina y los indios no la tenían». Era imposible seguirle arguyendo, «que por Dios más que aquello se había de pasar». En tales ocasiones los que iban con él solían dejarlo solo. El único que permanecía siempre a su lado era aquel escudero inefable, don Sancho Dávila, su fiel acompañante.

Una de esas veces, apareció en el horizonte un grupo de indios hostiles, con flechas envenenadas. El Arzobispo se dirigió animosamente hacia ellos, con la intención de reducirlos. Nos cuenta alguien que en esa coyuntura se animó a escoltarlo, y que luego sería testigo en el proceso de canonización de Toribio, que cuando vieron a éste con la cruz en alto, los indios le abrieron paso, pero mirándolo con ojos recelosos. Muerto de miedo, el que lo acompañaba se puso de rodillas y le suplicó que retrocediesen, porque si no morirían indefectiblemente, y «habiéndolo oído dicho siervo de Dios y llevado su rostro con el fuego del amor de Dios y llevado de la caridad evangélica proseguía en su demanda diciendo: que no podía haber guerra donde estaba la paz de Dios». Permaneciendo solo, siguió adelante, y tras convencer a los indios, los indujo a recibir el bautismo, para lo cual se quedó allí durante mucho tiempo.

Luego de dejarlos reducidos, salió de ese lugar y prosiguió su visita por otros parajes, donde se le juntó de nuevo el timorato declarante. Varios de los que integraban su comitiva nos cuentan que en sus largas correrías «iba alabando a Dios y cantando la letanía de la Madre de Dios». Se conservan aún dichas letanías, llamadas «de Santo Toribio de Mogrovejo» o «Letanías del Concilio de Lima», y se las sigue rezando todavía hoy en la capital del Perú. Contiene bellas invocaciones, en número mayor que las lauretanas, donde se incluyen la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora y su gloriosa Asunción a los cielos, con varios siglos de anticipación a la proclamación dogmática de ambos misterios. Dos de los acompañantes del Santo Arzobispo, que respondían a las invocaciones del rezo litánico, comentaban: «No parecía sino que venía allí un ángel cantando la letanía, con lo cual no se sentía el camino».

Destaquemos este aspecto mariano de la pastoral del Santo, trovador de Nuestra Señora. Se ha dicho que a través de la devoción a la Santísima Virgen que él supo tan bien inculcar, logró llegar a las raíces del alma indígena, la cual adhirió, con toda la ingenuidad de su alma primitiva, a los misterios de la Madre de Dios.

La idea de un ser todo belleza y pureza, arquetipo de santidad y de amor, iluminó la inteligencia y transfiguró el sentimiento de los aborígenes. La desconfianza y el temor instintivos fueron dejando lugar a la entrega y el abandono filial. Y como el Santo supo fomentar también la devoción mariana en los españoles y en los criollos de las ciudades hispánicas, puede decirse que el culto mariano fue el quicio que vinculó las diversas razas y estamentos, así como la expresión más

sublime de la conciencia religiosa del Virreinato. A ello se unió, por supuesto, el culto de la Sagrada Eucaristía, que fascinó el alma indígena, desplazando totalmente los ritos ancestrales, formales y fríos.

Toribio aprovechó sus giras pastorales para erigir iglesias donde no las había, de modo que no quedase pueblo sin templo. Trataba que la propia población tomase parte en la edificación de la suya. Cuando la decisión estaba tomada, él mismo quería llevar en sus manos la piedra que se había de asentar primero. Si la iglesia del lugar se encontraba deteriorada, los animaba a restaurarla. Luego procuraba dotarlas de imágenes y ornamentos. Los indios se emulaban porque el templo de sus pueblos fuese el mejor de la zona, aunque las distancias fuesen cortas entre los diversos poblados.

Todavía hoy subsisten muchas de esas iglesias y ermitas, que testimonian la piedad y devoción de los sencillos moradores de aquellas serranías. El Arzobispo quería, asimismo, que junto a la casa parroquial se construyese un colegio para la educación de los niños del lugar. Éstos aprendían a leer el Catecismo del Tercer Concilio de Lima, adquiriendo cada cual un ejemplar impreso en su lengua.

Asimismo fomentó la construcción de hospitales para las comunidades indígenas. El Rey, y luego el Consejo de Indias, habían decidido que parte del tributo de los indios debía ser inmediata y efectivamente invertido en la creación y mantenimiento de dichos hospitales, pero estipularon que ello estaría bajo el control del Arzobispo. «Yo declaro, deseo y es mi voluntad –escribía Felipe II a Toribio– que vos y vuestros sucesores en ese arzobispado podáis inspeccionar los bienes pertenecientes a los hospitales de indios». Cada hospital tenía un médico con salario fijo, y disponía, en caso de necesidad, de los servicios del cirujano de la zona, que debía visitarlo regularmente.

Preocupóse también nuestro Santo por acrecentar las vías de comunicación. Ya en el Concilio se había planteado el problema de la precariedad de los caminos y puentes, por cuya causa sucedían numerosos accidentes, a veces mortales, con peligro de que los indios muriesen sin sacramentos. Especialmente en su último viaje, el Arzobispo habló con las autoridades políticas, así como con los párrocos, para ver de remediar dicha deficiencia, porque es necesario, decía el prelado, «atender al bien espiritual y corporal de los indios». Esta motivación aparece frecuentemente, como si fuese un estribillo en sus escritos. Advirtamos, de paso, cómo una finalidad espiritual, cual es la salvación de las almas, puede tener incidencias en el orden temporal. Los caminos no servirán sólo para intercomunicar las personas y los lugares, sino también para facilitar la administración de los sacramentos.

En sus diversas giras pastorales, Santo Toribio se preocupó particularmente en administrar a sus fieles la confirmación, sacramento por el cual sentía una especial devoción. Sus manos se cansaban de tanto confirmar. En cierta ocasión, lo estaba haciendo en una parroquia. Al terminar la ceremonia fue a almorzar, pero de pronto se le ocurrió preguntar al padre doctrinero si a lo mejor no faltaría alguno por confirmar. Éste comenzó a dar vueltas, ya que no se animaba a confesárselo, pero ante la insistencia del Obispo hubo de decirle que sí, que a un cuarto de legua, en una cueva, había un indio enfermo, que no había podido venir.

Allí mismo Toribio interrumpió el almuerzo, «se levantó de la mesa», y se dirigió hacia donde se encontraba aquel hombre, juntamente con el sacerdote. El indio estaba en un altillo, al cual había que subir por una escalera. Después de prepararlo debidamente, lo confirmó con toda solemnidad, como si hubiera «un millón de personas», dice el testigo. A eso de las seis de la tarde regresó, y acabó su interrumpido almuerzo. Se dice que a lo largo de sus 40.000 kilómetros de viaje confirmó casi un millón de personas, cifra cumplidamente registrada en los libros parroquiales.

Uno de los feligreses que Toribio confirmó merece especial referencia. Se trata de una niña llamada Isabel Flores Oliva, que luego cambiaría su nombre por el de Rosa, y sería la primera santa peruana, patrona de América: Santa Rosa de Lima. Si bien había nacido en Lima en 1586, el Obispo la confirmó en Quivi, el pueblo en que vivía a la sazón, y donde hoy se alza una ermita en su honor. Pertenecía a una familia de españoles pobres que emigraron a América y se establecieron en el Perú. Rosa aprendió la doctrina en el Catecismo de nuestro Santo. Ya estando en Lima, donde pasó la mayor parte de su corta vida, quiso tener su pequeña celda en la huerta familiar. Con frecuencia visitaba los conventos, en especial el de Santo Domingo, puesto que era terciaria dominica, el mismo convento donde se santificó su portero, fray Martín de Porres, que justamente había sido bautizado en la misma pila que Santa Rosa.

Tales fueron las famosas Visitas Pastorales de Santo Toribio. Bien hace el P. Iraburu en observar que este hombre de buena salud, sí, pero no de condición atlética, que hasta los 43 años llevó una vida sedentaria, entre libros y documentos, y que desde esa edad dedicó 25 años a la actividad pastoral, la mayor parte de ellos recorriendo caminos, cruzando ríos, alojándose en chozas o a la intemperie, a pan y agua, constituye una demostración palmaria de que el hombre, cuando realmente se enamora de Dios, participa de la omnipotencia divina, se hace tan fuerte como el amor que inflama su corazón, y puede con todo.

Cuando en la historia aparece un gigante, enseguida pululan los mediocres que lo acosan, porque lo ven distinto, superior. En vez de admirar la intrepidez apostólica del Santo Prelado, que lo llevó a desafiar peligros sin cuento, no encontraron nada mejor que acusarlo ante los poderes políticos, como si viajando tanto hubiera desatendido las necesidades de Lima. A lo que él respondió, indignado, que al obrar así no hacía sino «servir a Dios y al Rey». Bien lo dejó dicho un testigo en el proceso de canonización:

«Era lo que Dios mandaba y lo que estaba a su cargo para enseñar y atraer a la fe cristiana a los bárbaros e idólatras, bautizándolos y confirmándolos y reduciéndolos a que se confesasen y que aunque se ponía en tan graves peligros de mudanzas de temples, de odio de enemigos, de caminos que son los más peligrosos de todo el mundo por ser tierra doblada y de muy grandes ríos y se sujetó a despeñaderos como muchas veces estuvo en peligro de muerte y esto hacía por Dios y por cumplir con su obligación y para dar ejemplo que se debe dar a los prelados que tienen a su cargo almas y que allí en España no sabían la distancia que había en este arzobispado por tener más de 200 leguas y muchos millones de indios que entonces había y parece que Dios ha sido servido que después que les faltó este pastor y pasto espiritual han ido en tanta disminución que ya no hay la cuarta parte; entró en los indios de guerra e infieles con peligro notable por ser belicosos los indios y por los temples rigurosísimos e iba con tanto ánimo que otrosí daba a entender le ayudaba el Espíritu Santo a pasar peligros y caminos donde nunca jamás había pasado nadie».

De esos viajes, donde el Santo realizaba todas las obras propias de un pastor, como catequizar, confirmar, erigir iglesias, e incluso destituir curas que mostraban poco celo, y ello de a decenas, nos queda como reliquia documental el Libro de visitas del Señor Arzobispo Santo Toribio, redactado por sus secretarios, que se conserva en el Archivo del Cabildo Catedralicio de Lima.

Además de servirnos como reseña de su obra pastoral, constituye un valiosísimo documento para una radiografía del Perú de comienzos del siglo XVII: censo de población, con la indicación de edades, sexo y actividad económica; labradores, ganaderos, carpinteros, zapateros, telares, haciendas, obrajes, etc.; variedad de indios: caciques, tributarios, chicos, grandes; diversos tipos de vivienda: caseríos, estancias, chacras, rancherías, ingenios; distintas clases de cultivo: maíz, coca, algodón, y de ganados: ovejas, cabras, etc.; lenguas habladas en el distrito; condición y calidad de los doctrineros: si sabían lenguas, sueldos que

percibían, Órdenes o congregaciones religiosas a que pertenecían; comportamiento de los corregidores; trato recibido por los indios; situación y distancia en leguas de los diversos pueblos; orografía; condiciones meteorológicas y climatológicas; menú de los acompañantes del Arzobispo; estado del proceso evangelizador; cofradías; fuentes informativas: caciques, visitantes, párrocos, escribanos, corregidores...; medios de transporte: a pie, en mula, por ríos, etc.

Así caminó y caminó nuestro Santo, siempre en compañía de su fiel Sancho Dávila. Cerremos este apartado con un texto del reciente biógrafo de Toribio, don José Antonio Benito Rodríguez:

«Nuestro protagonista es de la misma generación histórica que Miguel de Cervantes y el jesuita Diego Torres Bollo que presentó dos Memoriales en defensa de los indios al nuevo Presidente del Consejo de Indias, don Pedro Fernández de Castro. Era éste biznieto de San Francisco de Borja, y el mayor mecenas de las Letras Españolas por haber prestado el más decidido apoyo al autor de Don Quijote de la Mancha, cuyo primer ejemplar viajó a principios de 1605, unos meses más tarde que Torres, a la América hispana... Sin forzar mucho la realidad, la aventura de don Alfonso Toribio Mogrovejo nos lleva a pensar en la inmortal obra cervantina: el hidalgo don Quijote de la Tierra de Campos, con su escudero Sancho Dávila y su rocín de nombre Volteadora, hizo posible el sueño de Cervantes, hizo real la utopía indiana que Vitoria y la Escuela Salmantina diseñaran en las cátedras universitarias».

V. Las relaciones del Arzobispo con el poder temporal

Cabe preguntarnos cómo fue el trato de nuestro Santo con los gobernantes del momento, ya los del Virreinato, ya los de la Metrópoli. No se ha de olvidar que, al otro lado del Atlántico, España vivía su mejor hora política y cultural, el Siglo de Oro de su historia. El poder temporal, por lo demás, apoyaba ampliamente la obra apostólica de la autoridad religiosa. Como dijimos más arriba, si Carlos V le dio Zumárraga a México, su hijo Felipe le dio Mogrovejo al Perú. México y Perú – Zumárraga y Toribio–, fueron los dos polos geográficos desde donde se desarrolló durante cuatro siglos la evangelización del Nuevo Mundo.

La relación del Santo con los conquistadores y sus hijos fue extremadamente cordial. Si bien su antecesor en la sede de Lima, fray Jerónimo de Loaysa, estaba influido por las acerbas críticas de fray Bartolomé de las Casas, tantas veces infundadas, pero que a pesar de todo tuvieron amplia resonancia no sólo en México sino también en el Perú e incluso en la Casa Real de España, Santo Toribio siguió su propio camino, lejos de toda utopía, encarnado como estaba en la pura realidad. Nada más lejos de su espíritu que la terrible requisitoria anticonquistadora de Las Casas. En gran manera se preocupó por honrar a las autoridades políticas, sin por ello dejar de reconocer y denunciar sus errores o delitos.

No hubo en su trato la menor muestra de servilismo. Si bien sus relaciones con los Virreyes fueron por lo general fluidas, a veces se volvieron distantes y hasta tensas. Especialmente tuvo problemas con el virrey García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, quien gobernó el Perú desde 1589 a 1596. Este Virrey, casi desde su llegada de España, se formó un concepto totalmente erróneo del Arzobispo. En carta que le envió al Rey le decía:

«Ni yo he visto al Arzobispo de esta ciudad, ni está jamás en ella, ya por excusa de que anda visitando su Arzobispado lo cual se tiene por mucho inconveniente, porque él y sus criados andan de ordinario entre los indios comiéndoles la miseria que tienen, y aún no sé si hacen otras cosas peores, además de los inconvenientes que se siguen de que Arzobispo falta de su Iglesia. Y también se mete en todo lo que toca a los hospitales, fábricas de Iglesias y todas las cosas que son del Patronato Real, por lo cual y porque todos lo tienen por incapaz para este Arzobispado y no acude, sería razón que Vuestra Majestad le mandase ir a España, poniendo aquí un Coadjutor».

El Rey, a pesar de que apreciaba al Santo en gran manera, llegó a creer, al menos en parte, tales acusaciones, y en Cédula Real le pidió que evitase «las dichas salidas y visitas todo cuanto fuere posible». Con todo respeto Toribio le contestó que su modo de obrar respondía a los imperativos de su oficio pastoral, citando al respecto las normas establecidas por Trento. Y le agregaba que de su actuación «se ha de tomar estrechísima cuenta el día del juicio universal, y en particular al tiempo de la muerte. La vida es breve y conviene velar cada uno sobre lo que tiene a su cargo. Estas son las causas de mi ausencia de Lima, porque en estas tierras abandonadas es donde hay más necesidad del Santo Evangelio».

Más allá de este pequeño roce, Toribio tuvo siempre gran aprecio y hasta veneración por el Rey, como buen hidalgo castellano que era. Le contaba todas sus aventuras, casi como si fuera un padre. Ya durante el primero de sus viajes le decía en carta: «[...] donde procuré descargar la conciencia de Vuestra Majestad y mía, como lo he hecho después que estas ovejas están a mi cargo, olvidándome de mi propio regalo, no teniendo atención a otra cosa más que a esto».

Ya hemos relatado cómo, en medio de unas de sus correrías apostólicas, tuvo que volver urgentemente a Lima. Se trataba de un caso de servicio al Rey, cosa que para él era de importancia casi sagrada: debía hacerse una colecta extraordinaria, que Su Majestad había solicitado a los prelados de sus Reinos, para colaborar con el Patrimonio Real, demasiado debilitado por tantos gastos, especialmente los provenientes de los nuevos reinos de América, a los que se unía por aquel entonces el elevado presupuesto que exigía el preparar la Armada Invencible contra Inglaterra. El Virrey se lo acababa de notificar por correo urgente.

Inmediatamente Toribio volvió sobre sus pasos. Sólo el mejor servicio del Rey podía llevarlo a interrumpir su trabajo apostólico. «Vine de la visita a esta ciudad sólo para este efecto –le escribe a Felipe II– doliéndome de los trabajos y guerras que Vuestra Majestad tiene con los enemigos, nuestros herejes de Inglaterra». Tal era su trato con el Rey. Asimismo nunca desatendió las justas advertencias del Consejo de Indias. Pero jamás permitió que ni el César ni el Consejo se entrometieran de manera inadecuada en las cosas de Dios, y en lo referente a las visitas pastorales nunca modificó su norma de vida episcopal.

También se le opusieron a veces algunos Oidores. Uno de ellos escribió un Memorial al Rey con toda clase de acusaciones por él inventadas: que Toribio buscaba ventajas personales, bienes económicos, que era altivo con los clérigos, corregidores e indios. Asimismo lo atacaron los canónigos de su propio Cabildo, enviando igualmente cartas al Rey. Según ellos, Toribio era «un problema», y sus ausencias de la sede episcopal creaban una especie de vacancia de poder. A lo que Toribio reiteraba su respuesta. «Yo he acudido con muchas veras –le dice al Rey– y con el trabajo que por ésta no se podrá decir... proveyendo desde lejos a necesidades que ocurrían sin que en ello hubiera faltado alguna... y no estando holgando, y descansando, y rehusando el trabajo, sino poniendo en ejecución la obligación que hay que hacer en persona las visitas».

Sin olvidarse de recordarle que «Su Majestad, por sus Cédulas, tan encomendadas tiene se hagan [las visitas] por las propias personas de los prelados». Él no hacía, pues, sino lo que tenía que hacer, que era lo mismo que su Rey quería. ¿De qué se quejaban entonces? Nunca quiso obrar a escondidas, tanto que a renglón seguido le avisa, como si nada, que iniciaría otra gira: «Saldré un día de éstos a visitar otras partes del arzobispado, en conformidad con lo proveído por el santo concilio de Trento, y cédula de vuestra real persona».

Esta acusación persistió durante mucho tiempo, como se ve por las instrucciones del nuevo Rey, Felipe III, al Virrey de aquel momento: «El mismo cuidado tendréis, como os lo tengo ordenado, de tratar con el arzobispo de que no haga tan a menudo los concilios provinciales ni tan largas las ausencias de su Iglesia». Ya la queja no era una tan sólo. Ahora se agregaba la de que convocaba

demasiados concilios. Toribio se sintió molesto. Cuando el nuevo Virrey fue a comunicarle personalmente el mensaje del Rey, encargó a su secretario le dijese al ilustre visitante que estaba rezando, y que cuando acabase de tratar con Dios lo atendería. Así lo hizo, ante el estupor de toda la curia arzobispal, viendo al representante directo de Su Majestad guardar antesala. Es que el Santo quería hacerle saber que para él Dios era el primer servido, y que estaba muy por encima de los chismes de los hombres. Los Concilios y las Visitas no eran negociables.

Especial amargura sintió Toribio cuando en cierta ocasión le tergiversaron en Madrid algunas cartas que había enviado al Papa. Haciéndose eco de dicha infamia, tanto el Consejo de Indias como el mismo Rey montaron en cólera contra el Arzobispo, a tal punto que los del Consejo, con anuencia del monarca, escribieron al virrey del Perú, ordenándole que llamase al Prelado y delante de la Audiencia de Lima le diera una áspera reprensión. Poco más tarde se conoció la manera deliberada como fueron tergiversadas las cartas que el Obispo dirigiera a Su Santidad.

Con motivo de estas intrigas, Toribio le escribió al Rey, expresando su gozo de padecer por amor a Cristo y a la Iglesia. «Yo me he alegrado y regocijado mucho en el Señor con estos trabajos, y adversidades, y calumnias, y pesadumbres, y los recibo como de su mano y los tomo por regalo, deseando seguir a los Apóstoles y Santos Mártires y el buen Capitán Cristo nuestro Redentor, cuya ayuda y gracia, atendiendo en esta parte que en cuanto uno más sirva a Dios es más perseguido del mundo y de la gritería y es lo que Nuestro Señor dijo a sus discípulos que si fuesen de este mundo, el mundo los querría y amaría, mas porque no eran, por eso los perseguiría».

Con el virrey don García Hurtado de Mendoza, tuvo también otro conflicto, a raíz de la creación del Seminario, que había dispuesto el Santo, cumplimentando lo resuelto en el Concilio de Lima. Dicha casa de formación era la primera que se abriría en América y el mundo entero conforme a los decretos del Concilio de Trento. El mismo Arzobispo aclaró que lo hacía «con el fin de cumplir lo que había ordenado el Concilio de Trento». Tras comprar la casa que dicho Seminario usaría como sede, por cortesía pidió el acuerdo del Consejo de Indias. Decimos «por cortesía», ya que ello era innecesario, dado que no se trataba de una institución sujeta al Patronato. El Consejo respondió asintiendo, con lo que el Seminario se inauguró efectivamente en 1590, presentándose 120 candidatos. Fue aquí cuando intervino el Virrey, queriendo recuperarlo para el Patronato. Cuatro años duraron los desencuentros.

Finalmente intervino Felipe II. Contra sus intereses personales y su propio prestigio como titular del Patronato Real, este Rey tan profundamente cristiano desautorizó pura y simplemente a su Virrey, enviándole esta Cédula:

«Os ordeno que dejéis el gobierno y la administración del seminario a la disposición del arzobispo, así como la selección de los alumnos, conforme con lo que ha sido estipulado por el Concilio de Trento y por el que se ha tenido en esa ciudad de Lima el año 1583». De los 120 candidatos que se habían presentado se aceptaron sólo 30, por sus buenos antecedentes personales, que seguirían los cursos en la Universidad de San Marcos, de Lima, para que tuviesen títulos universitarios, aunque la mayor parte de ellos serían luego destinados a las misiones en las doctrinas de indios. De este Seminario tan seleccionado saldrían sacerdotes preclaros, algunos de los cuales serían luego obispos en Santo Domingo, Bogotá y México, con lo que el Seminario se irradió mucho más allá del Perú.

En 1602 Toribio le podía escribir gozosamente a Felipe III: «Hay tantos hijos de esta tierra, legítimos descendientes de los conquistadores, que no aspiran sino a ser misioneros en las doctrinas». Destaquemos la generosidad y la nobleza de estos jóvenes seminaristas, provenientes de la segunda generación posterior a la Conquista, dispuestos a abnegarse con tanto desprendimiento, ejerciendo su

ministerio en lugares perdidos de los Andes. Ello revela la seriedad del cristianismo que vivían muchas de las familias españolas que se trasladaron a América, verdaderos semilleros donde, como se ve, germinó con tanta abundancia la gracia de Dios.

Vamos viendo cómo Toribio, sin dejar de ser profundamente humilde, cuando alguien pretendía extralimitarse, dejaba bien en claro los derechos inalienables de su dignidad episcopal. En cierta ocasión, se encontró con el famoso virrey don García Hurtado de Mendoza, el mismo que lo había enfrentado varias veces. Como al Prelado le pusiesen «la silla fuera del dosel, entonces él mismo la cogió metiéndola dentro de él, diciendo estas palabras: Bien sabemos que todos somos del Consejo de Su Majestad».

Los principales encontronazos que tuvo con los poderes temporales fueron por la firme y decidida actitud de defensa que adoptó frente a los abusos que se cometían en nombre del Patronato Real. Siendo jurista in utroque iure, podía esgrimir dos poderosas armas: las leyes eclesiásticas y las leyes civiles, de las que tenía amplio conocimiento por sus estudios en la Universidad de Salamanca y más tarde su oficio de inquisidor en Sevilla. Así, con las leyes de Dios en una mano, y las civiles en la otra, sabía cómo argüir ante el Rey, el Consejo de Indias, los Virreyes u otras autoridades civiles, con las que debía resolver asuntos arduos y enojosos.

Una de sus luchas más frecuentes fue contra el comportamiento de algunos Corregidores, como se llamaban las autoridades civiles de los pueblos, que gobernaban en nombre del Virrey, y que a veces obraban en desmedro de los indios, los cuales no tenían a quién recurrir en busca de comprensión y justicia. El caso es que, en ocasiones, los Corregidores, a pesar de lo estipulado claramente en las Cédulas Reales, se apoderaban de los dineros destinados a la construcción, mantenimiento y mejora de iglesias, hospitales, y hasta escuelitas de los indios. Toribio no tardó en dirigirse al Rey para reclamar su protección en este asunto.

He aquí lo que le respondió Felipe II en una de sus cartas: «Que los indios son tratados peor que esclavos, y como tales se hayan muy vendidos y comprados de unos encomenderos a otros y algunos muertos a coces y mujeres que mueren y revientan con las pesadas cargas, y a otras, y a sus hijos las hacen servir en las granjerías y duermen en los campos, y allí paren y crían... Nos ha dolido como es razón y fuera justo que vos y vuestros antecesores como buenos y cuidadosos pastores hubiéradades mirado vuestras ovejas solicitando el cumplimiento de lo que en su favor está proveído o dándonos aviso de los excesos que hubiese para que los mandásemos remediar y que por no haberse hecho haya llegado a tanta corrupción y desconcierto que de aquí en adelante se repare con mucho cuidado y para que así se haga escribimos apretadamente a nuestros Virreyes, Audiencias y Gobernadores que si en remedio a ello tienen o tuvieren algún descuido han de ser castigados con mucho rigor».

Aduciendo las Cédulas Reales, Toribio supo enfrentar con decisión a los Corregidores que se negaban a cumplir lo ordenado por el Rey, así como a otras autoridades de diversas provincias y audiencias del Virreinato, que ocultaban o desairaban los decretos reales. Era el respaldo que necesitaba. Muchos se sentían ofendidos por ello. Toribio no se inmutaba.

Obraba así, le informaba al Rey, «procurando descargar la conciencia de Vuestra Majestad y la mía e imitar a Santo Tomás que por defender la Iglesia pasó grandes persecuciones y tempestades sin oponérsele ninguna cosa por delante ni bienes temporales ni amor de parientes, y teniendo tan solamente a Dios por delante... Yo voy haciendo mil diligencias y las haré contra los Corregidores y demás ministros seculares que lo impidieron hasta que con efecto acudan y obedezcan a lo que Vuestra Majestad por Cédula Real manda y tiene ordenado».

En una de sus giras pastorales, nuestro Santo Pastor visitó el pueblo de Jauja, y allí le exigió a su corregidor, don Martín de Mendoza, que cumpliera con lo prescrito, devolviendo lo que el Santo llamaba «sudor de los indios». Le dio para ello cincuenta días de plazo. Aunque el Corregidor buscó apoyo en la Audiencia, fue finalmente excomulgado. Como se ve, Toribio era categórico, tanto con los sacerdotes que no cumplían su deber como con los funcionarios injustos. Uno de los testigos dijo en el proceso de canonización: «Fue gravísimo en representar su dignidad y autoridad, defendiéndola inviolablemente y oponiéndose a todas las potestades seculares y decía que a Dios por delante y que en todo fuese servido y se descargase la conciencia, y lo demás como quisiesen, que sólo se había de dejar y preferir el servir a Nuestro Señor que era reinar».

En lo que se refiere al modo de haberse con los indios, Santo Toribio coincidía plenamente con los deseos del Papa y las intenciones del Rey. Ya en el año 1568, Felipe II había creído oportuno reunir en su corte a los miembros de la Junta Magna de Valladolid para replantearse la política que había de llevarse adelante en las Indias. Justamente por esos tiempos, el mismo Papa, enterado de algunos abusos, había hecho saber a la Corona de Castilla que la Sede Apostólica consideraba imprescindible se tomaran medidas para que la política española en las nuevas tierras se desarrollara con espíritu cristiano.

En aquella reunión de la Junta Magna se planteó un interrogante: ¿Qué hacer con los indios de los inmensos territorios de América? Segregarlos, no era aconsejable ni posible; dejarlos como estaban, tampoco era compatible con los propósitos de la Corona. La única decisión apropiada y justa era la incorporación a la Cristiandad de esos millones de indios, previa o conjunta evangelización y bautismo.

Era tal cual lo que anhelaba nuestro Santo, como atestiguó Sancho Dávila, en favor de sus ovejas más humildes, los indios, «a los que quiere y desea con todas veras aliviar sus penurias para que un día sean los honestos vasallos de Su Majestad el rey de Castilla y que sobre todo tengan plena conciencia de su fe católica».

Más aún, Toribio soñaba con algo más y era la posibilidad de que se llegase a suscitar una especie de aristocracia indígena. ¿No sería conveniente, le escribía al joven rey Felipe III, que se erigiesen colegios especiales para los caciques?

«Para bien de los naturales y aprovechamiento de la fe católica y buenas y loables costumbres, uno de los medios más eficaces que se nos representa es la enseñanza de los hijos de caciques e indios principales, de los cuales sin duda depende el bien o el mal de estos indios. Porque ganados o perdidos estos principales es cosa cierta ganarse o perderse todos los demás. Y para que se enseñasen y criasen cristianamente los muchachos de estos indios principales parece único remedio hacer algunos colegios y seminarios donde éstos se críen con disciplina y justicia cristiana. Porque enseñándose y criándose de esta suerte, tenemos entendido que con el tiempo llegarán a ser no solamente buenos cristianos y ayudar a los suyos para que lo sean, sino también que deberían ser aptos y suficientes para estudios y para servir a la Iglesia y aun ser Ministros de la palabra de Dios en su nación, porque al presente muy pocos de ellos son suficientes ni entienden cumplidamente la ley de Dios...»

«Para estos colegios o seminarios de indios podría Vuestra Majestad mandar que de sus mismos tributos como fueren vacando se aporte y aplique la parte que pareciere necesaria para su doctrina y sustento. Pues en ninguna cosa se pueden emplear mejor los dichos tributos que sea en mayor servicio de Dios y bien de estos indios y descargo de la conciencia de Vuestra Majestad, y por ser cosa de gran importancia y muy digna del cristianísimo celo de Vuestra Majestad, pide y suplica cuan encarecidamente puede este Concilio Provincial se dé orden y provea

como tenga efecto desde luego el mandar hacer los dichos colegios y aplicar los tributos necesarios para ello».

Advertimos con cuánta frecuencia repite el Santo en sus cartas a los dos reyes, Felipe II y Felipe III, «para que se pueda descargar la conciencia de Vuestra Majestad y la mía», o también: «para que se descargasen ambas conciencias», en clara alusión al deber de las dos instancias respecto de la educación y evangelización de los indios.

Nada más deseable que la concordia entre el poder temporal y la autoridad espiritual. Ni Toribio quería meterse en asuntos puramente temporales, ni consentía ninguna interferencia indebida del poder temporal en el ámbito de su autoridad espiritual, como era por ejemplo su jurisdicción sobre el clero. Protestando en cierta ocasión contra las intromisiones de la Audiencia de Lima, le decía en carta al Monarca: «Si para reformar a nuestros clérigos, donde tanta necesidad hay, no tenemos mano los prelados, de balde nos juntamos a concilio y aun de balde somos obispos».

El apoyo de los Reyes, especialmente el de Felipe II, resultó altamente positivo. Los Concilios que en Hispanoamérica se celebraron después de Trento, fueron por disposición de los Monarcas, en virtud del Real Patronato de Indias que los Papas les concedieron. Sobre tan decisiva influencia escribe el P. Enrique Bartra:

«Podemos preguntarnos si la evangelización de América hubiera podido emprenderse con más éxito conducida directamente por los Papas del Renacimiento, que bajo la tutela de la Corona de Castilla. Lo que no se puede negar son los resultados de la conjunción de los intereses religiosos y políticos de una nación y de una dinastía campeona de la Contrarreforma, que perdura con robusta vitalidad hace casi medio milenio, aun disuelta aquella atadura circunstancial».

Dicha saludable conjunción se revela de manera indiscutible en esta circular que Felipe II enviara con motivo del nombramiento de Santo Toribio como arzobispo de Lima:

«A todos los residentes de nuestras tierras y Audiencias Reales de las nuestras Indias, Islas del Mar Océano y nuestros Gobernadores y cualesquier nuestros jueces de justicia y oficiales de ellas, a quienes esta Cédula será mostrada por el Licenciado Toribio Alfonso de Mogrovejo, Arzobispo electo de la Ciudad de los Reyes de las Provincias del Perú, que va a ocuparse de la Iglesia, como allá lo entenderéis y porque podría ser que yendo en viaje arribase a alguna o algunas de esas partes, así de la Mar del Sur como la del Norte y de manera que tuviese necesidad de ser favorecido para seguir su viaje, Os encargamos y mandamos a cada uno de Vosotros en vuestra jurisdicción que sucediendo lo susodicho deis y hagáis dar a dicho Arzobispo todo favor y ayuda para que con la mayor comodidad que fuera posible puedan ir a recibirle en su Iglesia. Fecha, en el Pardo, a 21 de febrero de 1579. Yo el Rey».

A su vez, poco después de terminado el Tercer Concilio, el Arzobispo escribe la siguiente carta a Felipe II, dedicándole un ejemplar del Sínodo, con copia de todos sus decretos y ordenanzas:

«Del sumo Dios dice San Agustín que es propio no empacharse con el gobierno de todas sus criaturas juntas, más que si fuesen una sola, y atender a cada una de ellas por menuda que sea con tanto cuidado, como si cada una importase lo que todas juntas. Esta soberana perfección, en cuanto es dada a la humana natura poder imitar la divina, en alguna manera representan los corazones altos de los Príncipes, que, ni la carga de los muchos y grandes negocios los vence ni inquieta, ni el cuidado por estar repartido a tantas cosas de su gobierno deja de mostrarse entero aun en las pequeñas y más remotas.

«Y verdaderamente si esta grandeza propia de Príncipes y monarcas se halla en las cosas humanas, Vuestra Majestad es un singular retrato a quien Dios Nuestro

Señor con la anchura de tantos reinos y estados –que ciñen ya todo el Orbe– ha dado otra mayor anchura de corazón, como la que de Salomón refiere la escritura Divina, con que el pensamiento hecho a negocios tan grandiosos y universales de guerra y paz del mundo, le aplica cuando es servido a cosas particulares y menudas de personas, ejercicios y artes, tan cabalmente que parece estar siempre desocupado de todo lo demás.

«Considerando esto, me he atrevido a enviar a Vuestra Majestad este librito que contiene las ordenanzas y decretos de los Concilios del Perú; que, aunque no parece materia tan propia de las ocupaciones de Vuestra Majestad, todavía me doy a entender se dignarán Vuestras reales manos de revolver algún rato este pequeño volumen, y le tendrán por bien ocupado en enterarse del gobierno eclesiástico de estas partes, que están del lado de vuestra real corona [...]. A Dios Nuestro Señor suplicamos alargue por muchos años la vida de Vuestra Majestad para el acrecentamiento de la fe católica en muchos señoríos y estados».

Vemos con cuánta elegancia reconoce Toribio la grandeza de este Rey, capaz de ocuparse de cosas trascendentes sin desatender las pequeñas, lo que es propio del magnánimo.

VI. Su vida espiritual

Vayamos cerrando nuestra semblanza de este gran Santo con algunos comentarios tocantes a su vida interior. Ya muchos aspectos de ella se nos han manifestado al considerar sus hazañas apostólicas. Los que lo frecuentaron coinciden en que vivía en perpetua comunión con Dios. Verle rezar, atestiguan, era un verdadero sermón, la mejor predicación posible sobre la majestad de Dios, la bondad de Dios, la belleza de Dios.

Un padre que fue su confesor, Francisco de Molina, señaló: «El tiempo que trató al dicho señor arzobispo y le confesó vio que era un hombre de tan ardiente amor de Dios, que todo andaba embebido en él, sin cuidar de otra cosa más que el celar la honra de Dios por su persona y que no fuese ofendido en nada, procurando por su propia persona atraer a este amor de Dios a cuantos veía y castigando y procediendo a los que le ofendían y vivían escandalosamente y cometían pecados públicos, siendo acérrimo defensor de la honra de Dios y de su Iglesia».

Su preocupación por las almas no fue sino un transfundirse hacia fuera de lo que llenaba su interior. Si el apostolado consiste en mostrar a los hombres el amor que Dios les tiene en Cristo (cf. 1 Jn 4, 16), él lo manifestó con creces, especialmente en su trato con los indios. Su celo era impresionante, según lo hemos constatado en diversas circunstancias.

Un contemporáneo cuenta cómo, en cierta ocasión, habiéndole dicho un cura a un indio de la sierra que no podía ir por la noche a confesarle por estar atendiendo al Obispo,

«el dicho siervo de Dios, sin hablar palabra, luego instantáneamente llamó a un criado y le mandó ensillar una mula y subiéndose en ella sin avisar a otra persona se fue solamente en compañía del dicho indio que había venido a llamar al dicho cura para que guiase a la parte donde estaba el enfermo que distaba de allí más de dos leguas de cuevas y sierras asperísimas y habiendo llegado al lugar y confesado al dicho enfermo en su lengua general porque la sabía y dejándole el dicho siervo de Dios muy consolado, se volvió al lugar de donde había salido y reprendió gravemente al dicho cura».

El celo de Toribio, ardiente por cierto, se caracterizó también por la discreción, sabiendo alternar sus tres visitas pastorales con los tres Concilios provinciales que convocó, es decir, su actuación apostólica directa con su tarea legislativa. De este modo, dispuso para las visitas de los siete años de espacio que corrían entre uno y otro concilio, que era el tiempo establecido por la Santa Sede, según las disposiciones de Trento. Es verdad que en las diócesis europeas no hubiera

parecido adecuado ausentarse durante tanto tiempo de la sede episcopal, pero no hay que olvidar que la suya era una diócesis de misión, y que requería ser recorrida en toda su extensión. Creemos que la generosidad y el coraje que en dichos viajes demostró –«anduvo su Arzobispado dos veces», dice un testigo– quedó ampliamente de manifiesto en las anteriores páginas.

Se ha comparado –lo hemos dicho– a nuestro Santo con San Carlos Borromeo, los dos obispos postridentinos, pero no se pueden equiparar las visitas pastorales de uno y de otro, sobre todo si consideramos la diversidad geográfica de las dos arquidiócesis, la de Lima y la de Milán. La áspera geografía del territorio peruano, sumada a los caminos casi inexistentes, cervis tantum pervia, según decía con gracia el P. De Acosta, resalta la diferencia. Como escribe Sánchez Prieto, «no hubo núcleo de población, reducida o rebelde, urbana o montaraz, por arriscado e inexpugnable que se encontrara, adonde él no entrase y se quedase el tiempo necesario para la evangelización, las primicias sacramentales y la inmediata estructuración canónica hasta el último detalle». Porque Toribio no fue sólo un gran misionero que llevaba la semilla de la fe, sino también un gran organizador, aquel «más canonista que teólogo» postulado por el Consejo de Indias, que supo constituir la diócesis, también desde el punto de vista jurídico.

El celo apostólico constituyó, no cabe duda, el gran incentivo de su actividad pastoral, ese celo que es fuego, ardor del alma. Hemos visto cómo cuando llegaba a un pueblo, tras una penosa aventura, a veces exhausto y afiebrado, al día siguiente se levantaba con prontitud, celebraba la Santa Misa «con agradable cara», detalle que reiteran sus acompañantes, y se ponía a predicar a los indios, sin dar señales de fatiga. No que dejase de experimentarla, sino que al propagar su fuego a los indios, renovaba siempre de nuevo el vigor de su espíritu. Fue, en verdad, un apóstol de la estirpe de San Francisco Javier.

Uno de los testigos que depusieron en los procesos de su canonización dice: «Mientras vivió en la Prelacia no tuvo una hora de quietud ni descanso, porque todo el tiempo ocupaba en el gobierno en crear y nombrar ministros que le ayudasen a la conversión de los indios, extirpación de la idolatría, reformación de las costumbres y salvación de las almas y el tiempo que le sobraba, gastaba en la oración y en el estudio».

Esta observación la pudieron hacer todos cuantos le conocieron. A decir verdad, no deja de sorprender la actividad que desplegó en los veinticinco años de su episcopado. Con la tercera parte de lo que realizó, otros obispos se hubieran dado por satisfechos. Muchas veces hubiera podido excusarse de iniciar algunos de sus emprendimientos. No le habrían faltado razones de peso y personas serias que se lo aconsejasen, pero cuando estaba seguro de que Dios le pedía algo, hubiese creído faltar a su deber pastoral si no lo llevaba a cabo.

Por los demás, una actividad tan intensa no lo tensaba en exceso, ni lo volvía huraño. Al contrario, «en saliendo de la iglesia era muy afable con todo género de gente», atestigua uno de sus acompañantes. Nunca abdicó de su caballerosidad congénita, tanto que «aunque no se conociera por cosa tan pública y notoria su nobleza y sangre ilustre, sólo ver el trato que con todos tenía tan amoroso y tan comedido, se conocía luego quién era y se echaba de ver el alma que tenía».

Penitente como pocos, era «muy afable, muy cortés, muy tratable –reiteran los testigos–, no sólo con la gente española, sino con los indios y negros, sin que haya persona que pueda decir que le dijese palabra injuriosa ni descompuesta». Asimismo, «no tenía puerta cerrada a nadie ni quería tener porteros ni antepuertas, porque todos, chicos y grandes, tuviesen lugar de entrar a pedirle limosna y a sus negocios y pedir su justicia». Sólo cuando estaba rezando, se mostraba remiso a recibir audiencias, no fuera que lo perturbaran en su plegaria. Dios estaba antes que los hombres.

Este Prelado, hombre realmente virtuoso, era incapaz de decir una mentira. Quien fue su vicario general en Lima, en carta al Rey decía de él: «Es hombre de tanta verdad, que no hará pecado venial por todas las monarquías del mundo». Juntaba de manera admirable, como sólo logra realizarlo la caridad, la mansedumbre con la severidad, en los casos en que ésta se tornaba necesaria. Si bien es cierto que cuando correspondía hacerlo «defendía a sus clérigos como leona a sus cachorros», no temía enrostrarlos cuando se comportaban de manera indebida ya que, según él mismo escribía al Rey, «si para reformar nuestros clérigos no tenemos mano los Prelados, de balde nos juntamos a Concilio y aún de balde somos obispos».

Por lo demás, jamás se dejó llevar por las presiones civiles o eclesiásticas, si ellas le ponían obstáculos al cumplimiento de sus deberes pastorales: «Nunca he venido ni vendré en que tales apelaciones se les otorguen [...]. Poniendo por delante el tremendo juicio de Dios y lo que nos manda hagamos por su amor, por cuyo respeto se ha de romper por todos los encuentros del mundo y sus cautelas, sin ponerse ninguna cosa por delante [...]». La misma caridad que le llevó a excomulgar a cinco obispos sufragáneos suyos, como vimos que hizo al comienzo del Tercer Concilio, lo impulsó a levantar las censuras, al entender que así lo exigía el bien de la Iglesia. Aun cuando guardaba el debido respeto a las autoridades, fue totalmente ajeno a cualquier tipo de servilismo y de «acomodo» sugeridos por la astucia carnal, de modo que en todo parecía hombre superior y verdaderamente santo.

Su dadivosidad fue relevante. Sin duda manejó bastante dinero pero, aparte de lo que aplicaba a su sustento, bien poca cosa, por cierto, ya que su frugalidad era proverbial, buena parte de su renta pasaba a los necesitados, de modo que con toda justicia se lo pudo llamar «padre de los pobres». Por los testimonios de su proceso sabemos que no escatimaba limosnas tanto a gente principal que se había arruinado económicamente, como a los hospitales.

Era tal su caridad, dijo uno de los testigos, «que se pudiera llamar Santo Toribio, el limosnero». Otro señaló que «para tener más que repartir, moderaba su gasto todo lo posible». Y también: «Gastaba en esto su renta con tanto desinterés que no sabía qué cosa era dinero ni codicia hasta quitar de su propia persona y casa lo necesario». Todos los días recibía en su domicilio a numerosos pobres mendicantes, «y así sabe y vio este testigo que todos los jueves del año daba a dos indios de comer, sentándolos a la mesa con toda la humildad del mundo y luego de comer les lavaba los pies y les daba plata».

Una anécdota nos lo pinta de cuerpo entero. En cierta oportunidad se enteró de que un enfermo grave pedía ayuda a muy pocas cuadras de la Plaza de Armas, donde se encontraban el Palacio del Virrey y el Arzobispado. Enseguida se dirigió a socorrer al enfermo, un modesto trabajador que sufría fuertes dolores. Al verlo tan mal, decidió llevárselo al Arzobispado de modo que allí lo atendieran, para lo cual debió cargarlo a ratos sobre sus hombros, ya que el pobre apenas si podía caminar. Cuando pasaron frente al Palacio del Virrey, los guardias de turno, observando en la oscuridad los pasos lentos de dos hombres y oyendo algún que otro quejido, gritaron: «Alto, ¿quiénes sois? ¿Acaso no sabéis que por aquí sin permiso no se puede pasar?». La respuesta del Arzobispo fue escueta: «Soy Toribio, el de la esquina». Al acercarse los guardias, con gran sorpresa comprobaron que el Toribio de la esquina era el Arzobispo en persona, quien cargaba con el enfermo para llevarlo a su Palacio. Sorprendidos, sólo atinaron a decirle: «Pero Su Ilustrísima ¡cómo podéis estar haciendo esto a la media noche! Para algo está la servidumbre que tiene Su Señoría». Sin decir palabra, el Arzobispo siguió su camino para desaparecer pronto, al abrirse la puerta grande del Palacio Arzobispal.

Su desprendimiento se manifestaba con mayor evidencia, si cabe, cuando se trataba de sus hijos más desposeídos, los indios. No deja de constituir un símbolo de ello la decisión que tomó de regalar el cáliz de su primera misa a una humilde

iglesita perdida en el hoy departamento de Huánaco. En el borde de dicho cáliz se podía leer: «Soy del doctor Toribio Alfonso de Mogrovejo». En ese cáliz era él mismo quien se ofrecía y derramaba por sus ovejas predilectas. Durante los tiempos en que no estaba de gira pastoral, iba todos los domingos a predicar a los indios de dos poblados indígenas contiguos a Lima. Y le gustaba hacerlo sin perder la solemnidad propia de un obispo, lejos de todo populismo barato: «En ornamentos pontificales, sentado con su cruz episcopal en la mano, les predicaba en lengua quechua».

Toribio fue, por cierto, un gran santo, que engalanó con sus virtudes la arquidiócesis de Lima. Pero no el único, ya que varios de sus contemporáneos también lo fueron. Se podría decir que en su tiempo la Ciudad de los Reyes fue también la Ciudad de los Santos, puesto que en sólo cuarenta años asistió a la muerte de cinco grandes: Santo Toribio (1606), San Francisco Solano (1610), Santa Rosa de Lima (1617), San Martín de Porres (1639) y San Juan Macías (1645). A estos grandes santos podemos agregar, aunque no haya sido todavía proclamado como tal, al P. Antonio Ruiz de Montoya, el gran misionero peruano.

Así de grande fue la irradiación espiritual de un obispo tan santo como Toribio de Mogrovejo, quien desde la Ciudad de los Reyes expandió su influjo en todo el Virreinato.

VII. Muerte y glorificación

A principios de 1605, Toribio no se encontraba bien de salud. Ya tenía 69 años, y muchas fatigas auestas. Sin embargo resolvió emprender otra gira pastoral, aun previendo lo que le podía suceder. Al despedirse de su hermana Grimanesa, que durante tantos años lo había acompañado en el Perú, le dijo: «Hermana, quédese con Dios, que ya no nos veremos más». A la verdad, ello era lo que más se adecuaba al temple de su espíritu: morir con las armas en la mano, combatiendo las batallas del Señor.

Lanzóse así a un vasto recorrido, esta vez por la costa, con la intención de visitar de un tirón cinco inmensas provincias. En abril de dicho año le escribió una carta al rey Felipe III desde uno de esos parajes. Por la Semana Santa de 1606 lo encontramos en Trujillo. Su intención era celebrar el Jueves Santo en la villa de Miraflores, llamada también Saña. Tanto el sacerdote que lo acompañaba como el párroco de Trujillo, al verlo desmejorado, le desaconsejaron dirigirse a aquel lugar, «por ser –le dijeron– tierra muy enferma y cálida, y que morían de calenturas por el riguroso calor que entonces hacía». Pero él, fiel a su estilo, siguió adelante. Durante el camino, hizo un alto en Pacasmayo, donde los agustinos tenían un monasterio bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe. Allí pudo rezar a la Virgen morena, la extremeña tan amada de los conquistadores. Cuando llegó a Miraflores, se alojó en la casa del párroco. Se sentía muy mal, decaído y afiebrado.

Tiempo atrás Toribio contó que cierto caballero muy virtuoso había dicho que cuando estuviera próximo a la muerte le agradecería gustosamente a quien se lo avisara. Ello se le iba a aplicar ahora a él.

«Habiéndole desahuciado el médico, el Licenciado Juan de Robles, su capellán, entró en el aposento del Bendito Prelado y le dijo si se acordaba de esto: y respondióle que se acordaba muy bien. Pues yo le doy a Su Señoría esas albricias –prosiguió el capellán–, porque el médico dijo que se muere sin falta. Levantando los ojos y las manos al cielo el Siervo de Dios exclama: “Me he alegrado porque se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor”. Luego se confesó, y se puso a hablar de Dios con los sacerdotes que lo rodeaban.

«Después de tomar algunas disposiciones, pidió que lo llevaran a la iglesia y en un rincón de ella lo acostasen en el suelo, para recibir allí la extremaunción y el viático, “porque se hallaba indigno de que Dios lo fuese a visitar en su casa”. Ese

sitio aún hoy se lo recuerda y desde aquellos tiempos se llama El Humilladero. Luego le pidió al P. Jerónimo Ramírez, prior del convento agustino de Saña, que era un buen tañedor de arpa, trajese el instrumento y le cantase a media voz el salmo 115, Credidi, repitiendo con todo el fervor de su alma: "¿Qué devolveré al Señor por todos los bienes que me ha otorgado?... Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de los santos. ¡Oh, Señor, yo soy siervo tuyo, hijo de tu esclava! Soltaste ya mis ataduras".

«A continuación, pidió a los sacerdotes allí presentes que le cantasen el Credo, que él acompañó con sus débiles fuerzas, mientras apretaba en la mano el crucifijo. Por fin, habiendo mostrado su deseo de que se cantase el salmo 30, al llegar al versículo que el Señor repitió en su agonía: "En tus manos encomiendo mi espíritu", plácidamente entregó el suyo al Señor». Era el 23 de marzo de 1606, la tarde de un Jueves Santo. «¡Qué hermoso día para morir –comenta Sánchez Prieto–, el día grande del Amor para tan gran profesional de la mejor caridad!».

No bien llegó la noticia a Lima, el Cabildo Metropolitano escribió a Felipe III: «Ha causado su muerte gran sentimiento por habernos faltado un espejo de Prelados». Recordando aquellos momentos, tiempo después un agustino, Restituto del Valle, le cantarí­a así:

Yace en su lecho de muerte
el Santo Obispo de Lima,
todos lloran de tristeza
sólo él canta de alegría.
Volviendo el rostro en que impresa
quedó la visión divina,
así dice a un pobre monje
que lloraba de rodillas:
No me lloréis, buen hermano,
no lloréis por mi partida,
tañed el arpa y cantad,
cantad con voz de alegría,
que siento que Dios se acerca,
que siento que Dios me mira,
que me mira y que me llama,
que me llama y es mi dicha.
Tañed el arpa y cantemos
que el alma presiente el día
y quiere al cielo volar
cantando la nueva vida,
como llega en primavera
cantando la golondrina.
Tomó el arpa el religioso,
cantó con voz de alegría;
mientras el monje cantaba

el santo obispo de Lima
sentía en su corazón
las dulzuras infinitas.
Y en el jardín del convento,
entre la noche tranquila
entonaba un ruiseñor
sus más dulces melodías.
Siguió cantando el buen monje
al son del arpa querida.

Luego de embalsamar su cuerpo, lo llevaron a la iglesia, donde le dieron sepultura. Cinco meses después, doña Grimanesa, la hermana del Prelado, se presentó al Cabildo de Lima, pidiendo que se trasladase el cuerpo de Toribio de Saña a Lima, para que fuese enterrado en la Catedral, como había sido su voluntad, a lo que el Cabildo asintió. Fue un largo viaje de más de 700 kilómetros, que duró ochenta días, a un promedio de nueve kilómetros diarios. En cada pueblo por donde pasaban, por pequeño que fuese, querían retenerlo lo más posible. Al llegar a Lima, fue inmensa la multitud que salió a recibirlo. Juan de la Roca, el arcediano, relata así la entrada triunfal:

«Más de dos leguas antes que llegase el dicho cuerpo a ella salió mucha gente con hachas encendidas y las trajeron delante y aleladas del dicho cuerpo y entre ellos muchos indios con sus cirios en las manos encendidos y todos llorando con gran ternura y clamando por su santo padre y pastor y a la entrada de la dicha ciudad salió gran suma de gente de todos estados a entrar con el dicho cuerpo y acompañarle y fue tanto que parecía día de juicio, todos mostrando gran sentimiento y derramando lágrimas tiernamente y luego que entró en la dicha ciudad fue notable cosa que nunca se había visto los sentimientos y clamores que había por las calles y ventanas por donde pasaba el dicho cuerpo, lo cual enterneció notablemente a todos los de ella aunque no le habían tratado ni comunicado, sólo por tenerle por cierto y verdadero pastor».

Durante el trayecto arrancaban trozos de sus vestiduras y hasta pedacitos de huesos, teniéndolo todos por santo. El monasterio de Santa Clara, tan querido por él, «recibió como precioso legado el corazón incorrupto del Santo». Finalmente fue sepultado en la Catedral. Con ello dicha iglesia, Primada de Hispanoamérica, tiene el honor de conservar los restos de los dos hombres protagónicos de la historia del Perú: el Marqués don Francisco de Pizarro, quien en 1535 fundó la ciudad, que sería el centro principal del poder español en el continente sudamericano por espacio de tres siglos, y Santo Toribio de Mogrovejo, el segundo arzobispo del Virreinato. La capilla del Santo, que se encuentra en el ala derecha de la Catedral, es la tercera después de la del conquistador Pizarro.

En 1631, veinticinco años después de su muerte, algunos miembros del Cabildo de Lima presentaron una petición para que se abriese información de la vida y costumbres del Santo Arzobispo. Tras el proceso de rigor, fue beatificado el año 1669, y canonizado el 1726. La Cristiandad entera exultó de gozo. El virreinato del Perú, ante todo, pero también las ciudades que lo habían conocido y frecuentado en sus mocedades. Salamanca, por ejemplo, celebró con gran pompa a su exalumno, en su espléndida Plaza Mayor, con fuegos de artificio que dibujaron en su centro una cruz luminosa. Junto con Toribio fueron canonizados varios más, entre los cuales San Francisco Solano, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka, San Juan de la Cruz, y otros.

En 1899 se reunieron en Roma, por primera vez, los obispos de Hispanoamérica, con el fin de preparar el nuevo siglo que estaba por comenzar. Allí

proclamaron a Santo Toribio «el astro más luciente del episcopado del Nuevo Mundo», y a él se dirigieron en estos términos: «Tú, más que ninguno, acuérdate de nosotros, oh Toribio bendito, ejemplo y esplendor sin igual de Prelados y Padres de Concilios». Acto justiciero, por cierto, ya que nuestro Santo, al disponer la realización del Tercer Concilio limense y orientar sus decretos, hizo de la evangelización la columna vertebral de Hispanoamérica y un sustrato esencial de nuestra cultura, que deberá ser católica, o si no, no será. Los tres siglos que siguieron a dicho Concilio han vivido de él. Aun el Plenario Latinoamericano, al que acabamos de aludir, retuvo buena parte de la legislación auspiciada por el obispo de Lima, no siempre de manera literal pero sí en su espíritu, como base para adaptar la acción pastoral de la Iglesia a los nuevos retos de la historia.

El P. Pedro Leturia S. J., eximio historiador, que llamó a Santo Toribio «el gran Borromeo de los Andes», en el primer Congreso Nacional de Misiones, celebrado en Barcelona el año 1929, confesó: «Nada de cuanto hasta ahora he manejado en el Archivo de Indias me ha inspirado más vivamente que este ilustre metropolitano, gloria del clero español del siglo XVI».

Cuando el año 1979, Juan Pablo II visitó la basílica de Guadalupe, en México, refiriéndose en su homilía al Concilio de Toribio, exaltó con palabras encendidas dicho emprendimiento, «porque hace 400 años supo llevar a feliz término empresa tan singular, que continuará largo tiempo para abarcar hoy en día, tras cinco siglos de evangelización, casi la mitad de la Iglesia católica, arraigada en la cultura del pueblo latinoamericano y formando parte de su entidad propia». Y en 1983, a pedido de todos los obispos del CELAM, lo declaró patrono del Episcopado de América Latina. «Confiamos que como este Santo para ellos será intercesor de celestiales gracias, así también los dichos preladados lo adoptarán como modelo del ministerio episcopal», dijo entonces.

Dios quiera que así sea, multiplicándose obispos de la madeja de este gran Prelado. La fiesta de Santo Toribio se celebra el 27 de abril.

Obras consultadas

Rubén Vargas Ugarte, *Vida de Santo Toribio*, Lima 1971.

Napoleón Mogrovejo, *Santo Toribio de Mogrovejo*, Ed. Trípode, Caracas 1985.

José Antonio Benito Rodríguez, *Crisol de lazos solidarios. Toribio Alfonso Mogrovejo*, Universidad Católica Sedes Sapientiae, Lima 2001.

Nicolás Sánchez Prieto, *Santo Toribio de Mogrovejo, apóstol de los Andes*, BAC Popular, Madrid 1986.

José María Iraburu, *Hechos de los apóstoles de América*, Fundación Gratis Date, 4ª ed., Pamplona 2004.

Jean Dumont, *L'heure de Dieu sur le Nouveau Monde*, Ed. Fleurus, Paris 1991.

Juan Landázuri, «Santo Toribio Legislador», en *Revista Teológica Limense*, septiembre-diciembre 1982, 273-278.

José Dammert Bellido, «El indígena en el Tercer Concilio Limense», en *Revista Teológica Limense*, septiembre-diciembre 1982, 295-305.

Virgilio Levaggi Vega, «Un hito en la evangelización de América Latina», en *Revista Teológica Limense*, septiembre-diciembre 1982, 323-336.

Santo Toribio de Mogrovejo

Fundando monasterios va Toribio el apóstol
por contemplar primero los misterios.

Fundando monasterios.

Con los sabios conceptos del Concilio de Lima
impartiendo socorros y preceptos.

Con los sabios conceptos.

La claridad y lumbre buscaba de las cosas
movido por la fe y la mansedumbre.

La claridad y lumbre.

El amor al rebaño lo llevó hasta el extremo
de aliviar tanta pena y todo daño.

El amor al rebaño.

Como un padre asistía a los más indefensos
al cuerpo pan y al alma eucaristía.

Como un padre asistía.

En quechua o en guajivo, en guajoyo quitense
nombran las lenguas a mi Cristo vivo.

En quechua o en guajivo.

Por tierras de Pizarro esplende la liturgia
arriba el cáliz y el cantar bizarro.

En tierras de Pizarro.

Caramillos y flautas, la nostalgia aborígen
oye Toribio con palabras cautas.

Caramillos y flautas.

No hay camino escarpado que detenga su marcha
de maestro, de guía y de soldado.

No hay camino escarpado.

Su temple era de hierro, su ternura cristiana
parecíase al Cid en el destierro.

Su temple era de hierro.

Sancho Dávila cuenta de su arrojo sin pausa
que el dolor de la cruz se le presenta.

Sancho Dávila cuenta.

Confirmó a Santa Rosa nuestro fraile viajero
porque en la santidad su sed reposa.

Confirmó a Santa Rosa.

Corazón limosnero de belleza mariana

España te nombró su pregonero.

Corazón limosnero.

Albricias en el cielo, que Toribio se muere
al sonar de las arpas en el suelo.

¡Albricias en el cielo!

Antonio Caponnetto

9 PADRE ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

Nos introducimos ahora en la consideración de la figura de uno de los grandes de nuestra historia, el P. Antonio Ruiz de Montoya, esforzado misionero del período español de nuestra Patria, alma y vida de aquella inédita experiencia misional que fueron las reducciones guaraníicas.

I. Su juventud

Antonio nació en Lima, el 13 de junio de 1585, hijo de don Cristóbal Ruiz de Montoya, originario de Sevilla, y de Ana de Vargas. Por aquel entonces era Lima una ciudad señorial, espiritualmente regida por Santo Toribio de Mogrovejo, entre cuyos méritos se cuenta el de haber sido el redactor de un «Catecismo» escrito en español, quechua y aymara, que fue aprobado por el III Concilio Limense. Época realmente gloriosa aquélla, engalanada con la pureza de Santa Rosa y la humildad de San Martín de Porres. De Lima saldría para llevar la Buena Nueva al norte de nuestra Patria el gran misionero San Francisco Solano. Dicha floración se enmarca en el Siglo de Oro español, poblado de grandes santos, de grandes escritores, de grandes capitanes. Era la España generosa que se transfundía en sus provincias de ultramar.

A los 8 años, Antonio quedó huérfano de padre y madre, por lo que pasó a manos de tutores. Poco antes de morir, su padre lo había inscrito en el Real Colegio de San Martín, recientemente fundado por los jesuitas. Tras una niñez serena, comenzaron los devaneos de la adolescencia, con un creciente deterioro espiritual. Primero dejó la confesión, y luego abandonó los estudios para entregarse de lleno a una vida licenciosa, malgastando la herencia recibida, «con ansias de vivir independiente –como él mismo dice–, señor absoluto de sus acciones y hacienda». Empleó lo que tenía de dinero en comprar alhajas, servicios de plata, costosas tapicerías, todo ello en aras de la vanidad.

Sus biógrafos nos cuentan un episodio interesante de aquella época. El 4 de octubre de 1602, es decir, cuando tenía 17 años, fue hecho «caballero». Así lo relata su compañero y admirador Francisco Jarque: «Ciñó la espada, con asistencia de todos sus amigos, con el aplauso y solemnidad que acostumbran los Caballeros». Pero su caballería era puramente galante, sin el contenido profundo ni el espíritu medieval que había caracterizado a ese noble estamento de la sociedad. Sólo le resultaba útil para emprender inacabables lances callejeros, en esa Lima que por aquel entonces era una ciudad poco iluminada, sobre todo en los arrabales, poblados de huertas.

Se comportaba «peor que un gentil», escribiría luego de sí mismo. No eran, por cierto, juergas inocentes las suyas, sino aventuras tan serias que lo pusieron a veces en peligro de perder la vida o hacerla perder a otros. A consecuencia de tales desmanes, llegó a ser puesto en prisión o amenazado con el destierro.

II. Su conversión e ingreso en la Compañía

Dios comenzó a actuar en su interior insinuándole que ese tipo de vida le podría acarrear algún daño físico. Pronto comprendió que no se trataban de temores infundados. Trasnochando en cierta ocasión por las calles de Lima, se vio atacado por un grupo de muchachos: «Me estuve defendiendo como pude por espacio de media hora, hasta que ya de cansados me dejaron». Luego Dios, haciéndole revivir algunas de las enseñanzas que había recibido en el colegio, le inspiró el temor de la condenación eterna. Tenía miedo que lo matasen «de repente y sin confesión». Ello se reavivó a raíz de un hecho que nos relata su amigo Jarque:

«Habiendo gastado una noche en una gravísima ofensa de Dios, y paseando muy contento, acompañado de los que le habían guardado las espaldas,

súbitamente le asaltó una vehementísima imaginación, que Dios estaba muy indignado contra él». Le pareció ver a Cristo en el aire, en actitud amenazante. Trató de distraerse con sus compañeros, pero he aquí que, poco más adelante, uno de ellos tropezó con un bulto. Era el cuerpo de un muerto que, por la oscuridad, no podían identificar. Acercándose Antonio vio que se trataba de un íntimo amigo suyo, que poco antes se había apartado de ellos. Volvió enseguida a su casa, y no pudiendo conciliar el sueño, se encomendó a la Santísima Virgen.

Cansado de aquella vida de vagabundo, y «considerándose ya metido en el infierno», como se lo confesaría más adelante en carta a su amigo el P. Pedro Comental, se dirigió al virrey del Perú solicitándole permiso para ir a Chile por dos años, en plan caballeresco, con la intención de luchar contra los araucanos, una tribu prácticamente indomable. Tenía, a la sazón, 19 años. Ya estaba a punto de partir, cuando tuvo un sueño extraño. Reavivando quizás la memoria de alguna lectura o de algún sermón, y uniéndolo con su próximo viaje a Chile, se sintió como transportado a una tierra desconocida, donde vivían belicosos indios infieles, en medio de un grupo de varones santos, vestidos de blanco, que ejercían sobre aquéllos el oficio de ángeles. Entonces creyó ver a Cristo quien le daba a entender que él sería uno de ellos.

Cancelando el viaje proyectado, resolvió retomar sus estudios, que había abandonado en aras de su sed de aventuras. Casi al mismo tiempo comenzó a sentir cierto atractivo por la vida religiosa, cierto deseo de entregarse del todo a Dios, y también a la Santísima Virgen, cuyo rosario llevaba siempre consigo. Le propusieron hacer Ejercicios Espirituales de ocho días. Los primeros días fueron de gran desolación, pero luego comenzó a experimentar un creciente desapego por las cosas del mundo. No cabe duda de que se trataba de aquella «indiferencia» que San Ignacio considera inobviable para toda buena elección. «Estando en esto – escribiría luego – me pareció veía a los de la Compañía...», trabajando por la salvación de las almas. En su carta a Comental, donde le hace tantas confidencias, escribe:

«Parecióme ver en un grande campo muchos infieles. Sentíame muy aficionado a ayudarlos, para que se salvaran, y, lo que más me incitaba a esto, era el ver a los de la Compañía como que arremetían hacia ellos, encendidos de caridad para hacerlos cristianos y que se salvaran». En otro lugar completa la imagen: «Aquellos varones procuraban con todo conato arredrar a aquellos que parecían demonios, que todo hacía una representación del juicio final, como comúnmente lo pintan». Se ha señalado cómo en esta experiencia espiritual es perfectamente detectable, cual telón de fondo, tanto la meditación ignaciana del llamamiento del rey temporal y su aplicación a Cristo, sumo capitán, como la de Dos Banderas, y su enfrentamiento entre Cristo y Satanás, en este «gran campo con muchos infieles», donde «arremeten» con valentía los jesuitas.

Según puede verse, lo que le atrajo de la Orden fue su carácter de milicia de Cristo. «Y así hice luego voto de entrar en la Compañía, para emplearme en infieles». Prosiguió entonces sus estudios en el Colegio de San Martín, donde cursó las Humanidades y quizás la Filosofía, ingresando luego en la Compañía, el 12 de noviembre de 1606, o sea a los 21 años de edad.

Por aquel entonces, el P. Acquaviva, Superior General de la Orden, había decidido desgajar de la provincia jesuítica del Perú, que a la sazón abarcaba Colombia, Paraguay, Chile y la actual Argentina, la región del Paraguay. En 1604 el P. Diego de Torres era nombrado provincial de la nueva provincia, con sede en Asunción. Enterado de ello, el novicio Antonio se confidenció con su superior informándole «del deseo que el Señor me daba de la conversión de los indios del Paraguay».

Llevaba ya cinco meses en el Noviciado, cuando pasó por Lima el P. Diego de Torres, llevando consigo tres novicios, para dar comienzo a la nueva aventura

misionera. Justamente uno de ellos enfermó. Era la ocasión para Antonio, quien al fin fue agregado al grupo. Los novicios viajaron por mar a Chile, y desde allí en dos carretas, cruzando la cordillera, hasta Córdoba, donde acabarían el tiempo de noviciado. El 12 de noviembre de 1608, Antonio hizo sus primeros votos, y luego los estudios de teología. En 1612 se trasladó a Santiago del Estero, donde fue ordenado sacerdote por el obispo Fernando Trejo y Sanabria, retornando enseguida a Córdoba para celebrar su primera Misa. Refiriéndose a su estadía en esta última ciudad dice en carta a Comental:

«En Córdoba he tenido algunos sentimientos particulares. Los que tengo apuntados son que un día, habiendo acabado de comulgar, ofrecí a Nuestro Señor mi corazón para que se aposentase en él, donde me pareció que la Hostia se había vuelto un muy hermoso niño, con quien me estaba regalando. Otra vez, estando amando a mi Señora, me pareció verla con su Hijo en sus brazos, y que me lo entregaba».

III. Su labor en las reducciones guaranícas

Ruiz de Montoya soñaba con las misiones del Paraguay. Como se sabe, los Padres de la Compañía habían iniciado un ambicioso emprendimiento entre los indios, sobre todo guaraníes. Tratóse de una experiencia espléndida, única en la historia mundial de la misionología. No es ésta, por cierto, la ocasión de exponerla en su totalidad, pero al menos digamos lo necesario para comprender mejor la inserción del P. Antonio en la misma.

1. El gran proyecto de las reducciones

Tanto las autoridades de la Iglesia como los gobernantes al servicio de la Corona se mostraban muy preocupados por la multitud de indios salvajes que poblaban la zona del Paraguay y el sur del actual Brasil, zona incuestionablemente española. Sobre todo uno de esos gobernadores, Hernando Arias de Saavedra, más comúnmente conocido como Hernandarias, hermanastro de Trejo y Sanabria, aquel obispo del Tucumán que ordenó de sacerdote a Montoya, figura señera de la Hispanidad en nuestras tierras, verdadero arquetipo del gobernante católico, se propuso ganar a aquellos indios para España y para la Cristiandad.

El campo era inmenso, poco o nada conocido. Hernandarias propuso tres frentes: el de los indios Guaycurúes, al norte de Asunción; el del Guayrá, en el noreste paraguayo y actual Brasil, donde ya existían dos poblaciones de españoles; y el del Paraná, esto es, la zona meridional del Brasil, la actual provincia argentina de Misiones, el norte de Corrientes y todo la región sudeste del actual Paraguay. El proyecto era ciclópeo.

Dirigióse entonces a Felipe III para pedirle instrucciones ya que, a su juicio, no le era posible reducir por las armas a aquellos cientos de miles de indios guerreros, «porque los españoles no tienen fuerza para poderlos conquistar ni sujetar». La respuesta del Rey fue tan contundente como admirable: «Acerca de esto ha parecido advertiros, que aun cuando hubiere fuerzas bastantes para conquistar dichos Indios, no se ha de hacer sino con sola la doctrina y predicación del Santo Evangelio, valiéndose de los Religiosos [de la Compañía de Jesús] que han ido para este efecto».

Hernandarias obedeció la orden real. En 1609 se dirigió al P. Diego de Torres pidiéndole que destinase misioneros para cubrir aquellas tres grandes zonas. Aceptó el provincial, enviando dos Padres al Guayrá, dos a los Guaycurúes, y dos al Paraná.

No podemos entretenernos relatando lo que ocurrió entre los Guaycurúes y en el Paraná. Sólo digamos que fue en la segunda de esas zonas donde se estableció la primera de las reducciones permanentes, la de San Ignacio Guazú, al sur del Paraguay. El alma de la misma, como de muchos otros pueblos fundados posteriormente, fue un Santo, Roque González de Santa Cruz, nacido en Asunción,

misionero eximio, de los mismos quilates que nuestro Ruiz de Montoya. No deja de resultar simpático saber que el hermano del P. Roque, el capitán Francisco González de Santa Cruz, casado con una de las hijas de Hernandarias, ocuparía luego el cargo de gobernador del Paraguay, apoyando decididamente a las misiones. En cuanto a la zona guaycurú, su evangelización resultó sumamente ardua, por la terrible belicosidad de aquellos indios.

Detengámonos en las reducciones establecidas en la zona del Guayrá, que es donde se va a mover el P. Montoya. En dicha zona, distante doscientas leguas de Asunción, que se extendía entre los ríos Paranapané al norte e Iguazú al sur, había una extraordinaria multitud de indios infieles. En medio de esa región tan vasta se encontraban dos pequeñas poblaciones españolas, Ciudad Real del Guayrá, establecida en 1554, y Villa Rica del Espíritu Santo, fundada en 1576, por orden de Garay. La primera no tenía más de 50 vecinos, y la segunda 150. Como se puede ver, ambos pueblos, totalmente desamparados en lo espiritual, ya que no contaban con sacerdote alguno, eran como islotes en una zona poblada de indios, que se podían calcular en unos 200.000.

Los sacerdotes enviados inicialmente a la región del Guayrá fueron los Padres José Cataldino y Simón Maseta, quienes dieron comienzo a dos reducciones, Nuestra Señora de Loreto, en el río Paranapané, y San Ignacio, en el río Pirapó. Con fecha 17 de febrero de 1620 escribía el provincial de la Compañía que la población de ambas reducciones era de casi 8.000 almas, y

«tienen ya muy formados los pueblos, casas y sementeras y están reducidos a forma de una muy ordenada república, y lo que es más en tierra donde jamás se vio nada de esto, han hecho los Padres estancia de vacas, ovejas y cabras, y plantado viñas y cañas dulces, y hecho casas y unas iglesias admirables, y capacísimas, siendo los mismos Padres los labradores, viñateros, carpinteros, albañiles y arquitectos y enseñando a los indios y haciéndolos oficiales... Tienen el culto divino muy en su punto y han enseñado a los indios el canto de órgano y cantan muy bien a tres coros..» En cuanto a sus iglesias, eran de las mejores del Paraguay. El gobernador Luis de Céspedes aseguraba no haberlas «visto mejores en las Indias, que he corrido todas las de Perú y Chile».

2. Ruiz de Montoya en el Guayrá

A estas reducciones sería destinado el P. Antonio. Partió desde Córdoba con su provincial, que era aún Diego de Torres, y ese gran español que fue don Francisco de Alfaro, del Consejo de Su Majestad y Oidor de la Real Audiencia de Chuquisaca, quien estaba tratando de aplicar sus Ordenanzas acerca de los indios en un todo de acuerdo con el espíritu de las Leyes de Indias. Tras un recorrido de 260 leguas, llegaron a Asunción. Mientras esperaba allí su partida para las misiones, Antonio se zambulló con tesón en el estudio de la lengua guaraní. Su lugar de destino distaba unas 160 leguas hacia el este, pasando por zonas despobladas, ríos, pantanos y bosques. Conmovedora resulta la página en que el mismo Montoya describe su encuentro con los dos Padres que allí se encontraban.

«Llegué a aquella reducción de Nuestra Señora de Loreto con deseo de ver aquellos dos grandes varones, el Padre Joseph Cataldino y el Padre Simón Maceta; hallélos pobrísimos de todo lo temporal, pero muy ricos de celestial alegría. Los remiendos de sus vestidos eran tantos que no dejaban conocer la primera materia de que se hicieron. Llevaban los zapatos que sacaron de Paraguay remendados con pedazos del tosco paño que cortaban de las orlas de sus sotanas. Túveme por dichosisímo de verme en su compañía, como si me viera con la de dos ángeles en carne humana. La choza de su morada y todo su menaje, muy semejante a lo que se escribe de los pobres anacoretas. Carne, vino y sal, no gustaron en muchos años; carne alguna vez nos traían de la caza algún trozo de limosna. El sustento principal y regalo mayor eran patatas, plátanos y raíces de mandioca».

Interesante resulta saber la impresión que de Montoya tuvo el P. Maseta:

«Luego que llegó a las reducciones, edificó mucho, y aun admiró a los Padres que en ellas estaban con el tesón y fervor con que comenzó, no solamente a perfeccionarse en la lengua de los indios, que hablaba tan expeditivamente como ellos, con que hizo mucho fruto, sino también en todas las virtudes y obras de santidad que ejercitaba. Dióse todo a catequizar los adultos, bautizándoles y enseñándoles la doctrina cristiana, confesando y predicando con notable aprovechamiento de sus almas, que amaba mucho en el Señor. Curábalos y sangrábalos en sus dolencias, ayudábalos en sus necesidades con mucha caridad y largueza, quitándolo de la boca para que ellos comiesen. Y así los indios lo amaban y veneraban, y él hacía de ellos, aunque fuesen caciques, todo cuanto quería. Más estaba en significarles su voluntad que ellos en obedecerla.

«Era hombre de mucha oración y familiar trato con Dios, y se le echaba bien de ver en la modestia de su semblante y compostura de todo el hombre exterior y en la prontitud y facilidad que tenía en hablar siempre de Dios, como quien nunca le perdía de vista, y en la devoción de Nuestra Señora, que era cordialísima, enterneciéndose siempre que hablaba de sus prerrogativas, de sus virtudes y del poder que tiene con Dios. Acudía con gran confianza en todas sus necesidades al amparo de esta señora y experimentaba presentísima su amorosa protección».

Montoya permanecería en el mundo guaraní por más de veinticinco años, desde 1612 a 1637, y su actuación fue protagónica en toda esa región. Misionero entre 1612 y 1622, luego superior de las misiones del Guayrá entre 1622 y 1634, y finalmente Superior de todas las reducciones desde 1637 a 1638. En el segundo período promovió el establecimiento de varias nuevas fundaciones, además de aquellas dos iniciales. A él se debió, en buena parte, la de San Javier en 1622; en 1625 las de San José y Encarnación; en 1626 las de San Miguel y San Pablo; en 1627 las de San Antonio, Concepción y San Pedro; en 1628 las de los Siete Arcángeles, Santo Tomás y Jesús María. A algunos les pareció que no siempre fue prudente en dichos emprendimientos, fundando pueblos sin suficientes garantías de continuidad. De hecho, varios de ellos, no llegaron a establecerse de manera definitiva. Sea lo que fuere, está en lo cierto el P. Rubén Vargas Ugarte cuando escribe:

«La llegada de Ruiz de Montoya a las misiones marca un nuevo período de las mismas, el de su pleno desenvolvimiento y organización, a la cual Ruiz de Montoya contribuyó cual ninguno, como Superior de las mismas, desde el año 1620. Veinticinco años se consagró sin descanso en recorrer selvas y montes, llanuras y esteros, bajo los más ardientes rayos solares, afanoso por reunir indígenas en pueblos o reducciones. En esos años, como él mismo nos dice, recorrió a pie unas 2000 leguas, casi siempre solo o, a lo más, en compañía de unos pocos indios, sin otra arma que un báculo y sin otro consuelo que su breviario y su cruz».

Gracias a Dios, el P. Antonio ha dejado relatadas sus experiencias en un libro que tituló Conquista espiritual del Paraguay, al que recurriremos abundantemente. Muchos historiadores han mirado con poco aprecio esta obra, en parte por las dificultades que ofrece para una ubicación clara dentro del género historiográfico, pero también por su descuido cronológico, su apasionamiento, y su facilidad en interpretar los hechos recurriendo a causas sobrenaturales.

El libro fue escrito con mucha rapidez, es cierto, debido a las razones que luego diremos, pero no por ello deja de ser formidable, una gesta de héroes apabullantes, con mártires a granel. Tiene también mucho de recopilación de recuerdos personales, pero solamente porque su autor fue protagonista de lo que se relata. Sea lo que fuere, esta obra será fundamental para nuestro propósito.

3. El indio guaraní

Por los datos de los contemporáneos de Montoya, y, sobre todo, por lo que refiere nuestro héroe en su Conquista espiritual, conocemos bastante bien las cualidades y defectos del indio guaraní y de su cultura.

Montoya pondera la belleza de su lengua: «Es digna de alabanza y de celebrarse entre las de fama», así como la elocuencia que los caracterizaba. Encuentra, asimismo, en ellos cierta tendencia a la aristocracia; por ejemplo los caciques no se casaban con mujeres vulgares, sino sólo con principales, «y son en eso muy remirados». Ello luego de convertirse, porque antes, los que gozaban de algún poder, tenían un verdadero harén. Por otra parte, frecuentemente estaban dominados por brujos y hechiceros, y practicaban la antropofagia: «Nunca se ven hartos de carne humana, y a los mismos niños, como a cachorros de tigres y leones, destetan con ella», le escribe a Comental.

En cuanto a su religión, señala que la nación guaraní se ha visto libre de ídolos, «como la larga experiencia nos lo ha enseñado», lo que los dispuso para recibir la verdad. Más aún, «conocieron que había Dios, y aun en cierto modo su Unidad, y se colige del nombre que le dieron, que es Tupá; la primera palabra tu es admiración; la segunda pa es interrogación, y así le corresponde al vocablo hebreo manhu, quid est hoc, en singular».

Particularmente interesante es lo que nos dice acerca de una tradición muy arraigada en dicho pueblo, a saber, la posible presencia del apóstol Santo Tomás en América: «Deseo rastrear que el santo estuvo en la Provincia del Paraguay, y que la tradición de los naturales es cierta, que traía una cruz por compañero de su peregrinación». Dedicó seis capítulos –XXI a XXVI– de su Conquista espiritual a esta tradición, insistiendo que fue a raíz de ella que los indios mostraban tanto respeto no sólo por la cruz sino también por los sacerdotes, en quienes veían a los continuadores de la obra de aquel santo o Pay Zumé o Tumé, como ellos decían. Alude incluso a un camino libre de maleza, que venía desde la costa atlántica hasta el Pacífico y que identifica con la senda recorrida por el Apóstol.

Como adivinamos la extrañeza del lector, agregaremos algunos pormenores sobre esta curiosa tradición.

Cuenta Montoya que, a veces, al acercarse a un poblado de indios, todavía infieles, lo cual hacían siempre a pie, porque allí no había caballos, al verlos llegar con unas cruces de casi dos metros de alto y veinte centímetros de grosor, la gente los recibía con extraordinarias muestras de afecto; las mujeres se les aproximaban con sus hijitos en brazos, y les regalaban comidas de raíces o frutos de la tierra. Cuando los Padres les mostraban su sorpresa por tanto agasajo, ellos les decían que según una tradición muy antigua, recibida de sus antepasados, Santo Tomás había estado por allí y al irse les advirtió: «Esta doctrina que yo ahora os predico, con el tiempo la perderéis; pero cuando después de muchos tiempos vinieren unos sacerdotes sucesores míos, que trajeren cruces como yo traigo, oirán vuestros descendientes esta doctrina».

Según nos lo asegura el P. Antonio, fue fama constante en todo el Brasil, tanto entre los portugueses como entre los indios, que el santo Apóstol empezó su travesía evangelizadora a partir de la isla de Santos, donde se señalan aún rastros de sus huellas en una gran roca, junto al lugar donde habría desembarcado. Yo no las he visto, dice el Padre, pero a 200 leguas de esa costa, tierra adentro, le mostraron un camino, que la gente llama «el camino de Santo Tomás». También en la ciudad de Asunción, prosigue, en una peña pegada a la ciudad, se ven hoy dos huellas, en forma de sandalias; sostienen los indios que el Apóstol predicaba desde allí.

Montoya se interesó mucho por este tema, intentado recrear el presunto itinerario del Apóstol. El Santo habría estado en Perú, como desde hace siglos piensan los naturales de ese lugar. Luego pasó por Cuzco, el Callao y la isla de Titicaca, predicando el culto a un solo Dios. Mas viendo el poco fruto y la obstinación de los indios, comenzó a reprenderlos ásperamente, de donde éstos le cobraron un gran aborrecimiento, intentando quemar la cruz que llevaba siempre consigo.

En esas regiones, «hízose averiguación por los años de 1600 con un indio muy antiguo, que tendría 120 años, llamado D. Fernando, el cual dijo que por tradición tuvieron sus antepasados, que habían visto en sus tierras un hombre de gran estatura, vestido casi al modo y traje dellos, blanco y zarco, que predicaba dando voces que adorasen a un solo Dios, reprendiendo vicios, y que llevaba consigo una cruz y le acompañaban cinco o seis indios, y que los demonios huían della, los cuales persuadieron muchas veces a los indios, que matasen aquel hombre; porque de no hacerlo se les seguiría mucho daño, y no responderían sus oráculos; los indios ataron al santo y le azotaron...»

Agrega Montoya que el santo obispo de Lima, Toribio de Mogrovejo, fue a venerar sus huellas y mandó hacer sobre la losa una capilla, para guardar las reliquias.

Reflexionando sobre esta extraña tradición, que Montoya considera como «muy probable», recuerda que también en la India Oriental profetizó el Apóstol la reanudación de su predicación evangélica. Como se sabe, cuando en el siglo XVI los misioneros llegaron a la costa malabar, encontraron un grupo de fieles llamados «cristianos de Santo Tomás», por pretender que fue ese Santo quien fundó su Iglesia. En el siglo VII aquellos cristianos abrazaron el nestorianismo. Al arribar los portugueses, trataron éstos de atraerlos a la fe católica; sobre todo San Francisco Javier se apoyó en dicha tradición para su labor evangelizadora.

Pues bien, prosigue nuestro Padre, así como lo hizo en la India Oriental, lo repitió en la India Occidental, profetizando la entrada de los de la Compañía, unos hombres blancos que vendrían de tierras muy remotas a predicar la doctrina que él enseñó y a renovar su memoria en estas partes del Paraguay. De aquella enseñanza, nos dice, quedó hasta nuestros días cierto conocimiento del misterio de la Santísima Trinidad, si bien entendido de manera supersticiosa. En el Perú se veneran tres estatuas del sol, la primera, del Padre y Señor Sol, la segunda, del hijo del Sol, y la tercera, del hermano del Sol. El Apóstol les explicó la unidad de esas tres Personas divinas.

No resulta extraño, termina Antonio, que el Santo que había tocado las llagas de Cristo, amase particularmente la cruz. También en Oriente, en la ciudad de Malipur, donde fue martirizado, se muestra una cruz cortada en piedra con manchas de sangre.

Refiriéndose a la que usó en nuestras tierras, escribe: «Yo tengo en mi poder un pedazo desta milagrosa cruz, con testimonios ciertos, y haciendo cotejo con una preciosa especie de madera que hay en el Brasil, que los naturales llaman yacarandá, y los españoles palo santo..., de donde se colige que el santo Apóstol fabricó esta venerable cruz en el Brasil, en donde empezó su predicación».

4. Instauración de las reducciones

Especialmente en su Conquista espiritual nos ha dejado el P. Montoya el modo como él y sus compañeros en el apostolado establecían las reducciones. Nos explica, ante todo, lo que ellos buscaban al crear pueblos:

«Llamamos reducciones a los pueblos de indios, que viviendo a su antigua usanza en montes, sierras y valles, en escondidos arroyos, en tres, cuatro, o seis casas solas, separados a legua, dos, tres y más unos de otros, los redujo la diligencia de los Padres a poblaciones grandes y a vida política y humana, a beneficiar algodón con que se vistan; porque comúnmente vivían en desnudez, aun sin cubrir lo que la naturaleza ocultó».

El misionero usó de diversas estratagemas para ganarse a los indios y lograr que aceptaran reducirse, dejando su vida nómada y salvaje. Pocos tuvieron como él tal don de simpatía, cautivando el corazón de los indígenas. Conocía, asimismo, sus debilidades:

«Comprámosle la voluntad a precio de una cuña, que es una libra de hierro, y son las herramientas con que viven: porque antiguamente eran de piedra, con que cortaban la arbusta de sus labranzas. Presentada una cuña a un cacique –que vale en España cuatro o seis cuartos– sale de los montes y sierras y partes ocultas donde vive, y se reduce al pueblo él y sus vasallos, y doscientas almas, que bien catequizadas reciben el bautismo».

Su principal método era convencer primero a los caciques. En cierta ocasión se topó con uno feroz, llamado Tayaoba, quien se había conjurado con varios hechiceros para apoderarse de él, vengarse en él de los españoles, y si fuera posible, devorarlo. A duras penas pudo Montoya escapar. No pasó mucho tiempo sin que intentara de nuevo su propósito de acercarse a dicho cacique ya que, como él mismo lo dice, «juzgué que, aquél ganado, tendría a los demás de mi bando». Tras diversas tratativas mediante intermediarios, logró por fin que aceptara encontrarse con él. En una de sus cartas detalla el encuentro:

«No sabré declarar el deseo que en mi pecho ardía de verme ya con el [cacique] Tayaoba y traerlo a la Iglesia. Luego que llegué a aquel río, tuve noticia que él había bajado de su tierra a cierto paraje, donde me estaba esperando. Llegué al puesto, y para pasar el río me tenían apercebida una balsa muy enramada... Arrojóse luego el Tayaoba en mis brazos y me dijo: –Padre, aquí he venido a verte, y a que me admitas en el número de tus hijos, y me enseñes lo que tengo que hacer, y verás por experiencia la pronta obediencia que presto a tus mandatos.

«El mismo ofrecimiento hizo la mujer, que es una gran matrona, arrimándome tres hijos que tiene, el mayor de siete años, todos como unos ángeles. Regalé a los niños todo cuanto pude, y tomé al menor de tres años en mis brazos y le hice mil fiestas, de lo que estos gentiles se pagan mucho. Aquí dijeron ellos: –Ahora conocemos, Padre, ser verdad lo que nos han dicho del grande amor que nos tienes a todos. A él y a ella presenté algunas alhajuelas, y aunque no de mucho valor, estimaron mucho. Bauticélos después de muchas instancias que me hicieron; dile el nombre de Don Nicolás y a ella de doña María. Pidiéronme luego los casase como ya cristianos, en la faz de la santa Iglesia, que veneraban por madre...»

Una vez ganados los diversos grupos de indios que aceptaban ser reducidos, Montoya los iba conduciendo a su destino. Apenas llegados al lugar donde proyectaba establecer la reducción, el misionero levantaba una cruz muy alta en sitio bien visible. Luego repartía terrenos a los indios, y emprendía, con la ayuda de éstos, las diversas construcciones. «Señaléles sitios, y con mucho fervor dieron principio a sus casas y yo a la de Dios, que, como es la primera en dignidad, lo debe ser en la grandeza, hermosura y aliño del edificio». Destaquemos esta magnífica idea: lo de Dios es lo supremo. Ello se materializaba en la diversidad de las construcciones: las iglesias eran los edificios más altos del pueblo, precisamente por estar dedicados al Altísimo; las casas de los hombres, la de los misioneros incluida, más bajas. Así los indios aprendían por la sola vista el primado de las cosas divinas.

Los momentos en que se establecía un nuevo pueblo han de haber sido para él instantes preñados de emoción. Cuando fundó la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación escribe:

«Enarbolóse con asistencia de todo el pueblo una cruz alta y hermosa, que todos, puestas las rodillas por el suelo, adoraron con mucha devoción, a cuyo pie comenzó a lamentarse rendida la idolatría, que tantos siglos había dominado aquellas regiones. Formóse luego la República, repartiendo en los más dignos los oficios de justicia, alcaldes y regidores, a quienes los Padres confieren verdadera jurisdicción, en virtud de una cédula Real del rey nuestro señor. Y, en pocos días, creció tanto, que en mil y quinientos vecinos se contaron ocho mil almas».

¿Qué consolación mayor podía experimentar Montoya que levantar la Cruz de Cristo en medio de aquellos hombres poco menos que salvajes?

He aquí uno de sus relatos: «... Enarbolamos luego el estandarte de la cruz en medio de aquella leonera, porque todas aquellas sierras y quebradas eran habitadas de magos y hechiceros. Fundamos allí una población de 2.000 vecinos y de leoneras de fieras, donde nunca se había visto sino borracheras, deshonestidades, enemistades, muertes, comerse unos a otros, como acaudillados del demonio, de cuya enseñanza procedían tales efectos, viviendo en una inquietud continua, ya hecha aquella tierra un Paraíso, se oía la divina palabra en la iglesia, en sus casas antes de dormir rezaban las oraciones voz en cuello, y lo mismo hacían en despertando. En lugar de aguzar huesos humanos para sus saetas, ya labraban cruces para traer al cuello, y con porfía acudían a saber lo necesario para su bautismo».

En ninguna fundación pasaba Montoya por alto la presencia de Nuestra Señora. Con motivo del establecimiento de una de ellas, en zona inhóspita, escribe:

«Traté luego de entrar a su tierra... el camino todo hasta allí había sido de monte y muy espeso. Parecióme y a los indios también, que era a propósito para fundar un buen pueblo; levantamos luego una hermosa cruz, que todos adoramos; mi casa fue la sombra de un árbol, y en él tenía una imagen de la Concepción de la Virgen, de media vara, mis armas una cruz que continuamente traía en las manos».

Una vez instalados los indios en un lugar, ellos mismos ayudaban a la sustentación del nuevo pueblo: «Sirven los indios, ya bien fundados en la fe, de cazadores para juntar estos rebaños. Y este que hoy rebelde corre por los bosques, ya manso mañana, ayuda a nuestros Padres a rastrear otros, y así se va continuando la espiritual conquista». Nos impresiona con cuánta naturalidad una Montoya lo material con lo espiritual. Es que, como la experiencia les enseñó a aquellos Padres, si lo material no andaba bien, sufría detrimento lo espiritual.

5. La educación del indio

Buena parte del tiempo de los Padres misioneros se dedicaba a la docencia de los indios a ellos encomendados.

Docencia, ante todo, espiritual. Hemos señalado el lugar preponderante del templo en las reducciones. Cuando llegó el P. Antonio al Guayrá y comenzó su labor apostólica en la reducción de Loreto, donde fue nombrado cura, se abocó de inmediato a la erección de un templo más capaz, pues el anterior era pequeño y provisional. El P. Nicolás Mastrilli, hombre muy entendido, que fue varias veces provincial del Perú y una del Paraguay, en carta al P. General le dice refiriéndose a dicha construcción:

«El templo es tan capaz, tan desahogado, tan hermoso, y con tanta curiosidad y aseo, que aseguro a Vuestra Reverencia con verdad, que cuando entré en él me pareció un retrato del cielo, y si no lo hubiera visto, con dificultad lo creyera; y sólo con verlo di por muy bien empleados los trabajos y peligros de tan largo viaje».

Así como el templo se mostraba arquitectónicamente cual centro espiritual de la reducción, así lo era igualmente de todo lo que tenía que ver con la formación religiosa, no sólo en lo que se refiere a la catequesis, sino también a la introducción de las buenas costumbres. Al fin y al cabo, a ello apuntaban principalmente los Padres al establecer las reducciones. Lo demás no era sino su contorno. «Una [costumbre], y muy loable –nos dice Montoya en su Conquista– fue, que bien de mañana oyesen todos Misa, y luego acudiesen a sus labranzas». Tal era el orden: primero Dios, y luego, como derivadas de Él, las demás actividades. Agrega nuestro Padre que del ejercicio de la Misa diaria resultó a veces no sólo motivo de provecho espiritual, sino también aumento de bienes materiales, como si Dios, adaptándose a la cortedad de los indios, hiciese como antaño había hecho con su pueblo elegido, de dura cerviz, uniendo lo espiritual con la prosperidad material.

«Los que no han seguido este ejercicio [de la Misa diaria] han experimentado pobreza y miseria, de que pudiera decir de muchos que oyendo cada día Misa, con mediana labor abundaban en bienes, y de otros que dejándola de oír, y a veces alguna fiesta afanando y trabajando continuamente, apenas se podían sustentar... Les ha el Señor enseñado con cosas exteriores y señales, moviéndolos con éstas a creer las cosas invisibles y del alma».

Resulta admirable el tacto pastoral que mostraban Montoya y sus compañeros en la educación de los indios. Nos cuenta él mismo que, estando todavía en Loreto, señaló una hora a la mañana y otra a la tarde para que acudiesen todos los adultos a la doctrina. Si bien es cierto que tanto en ella como en los sermones que los Padres hacían los domingos exponían con toda claridad los misterios de nuestra santa fe, así como los diez mandamientos, con todo, conociendo los hábitos ancestrales de aquellos indios, «en el sexto guardamos silencio en público, por no marchitar aquellas tiernas plantas, y poner odio al Evangelio, si bien a los peligrosos de la vida instruimos con toda claridad». Alimento sólido para los más formados y leche para los párvulos en la fe. Una perfecta dosis inspirada en la caridad y sabiduría espiritual, donde la gracia no violenta la naturaleza.

Pero la docencia no se redujo a lo puramente espiritual. No sólo se buscó inculcar el cristianismo, es decir, la vida cristiana, de modo que los indígenas lo acogieran en sus corazones, sino que también se propusieron instaurar la Cristiandad, es decir, la impregnación evangélica del orden temporal. Ante todo, en el campo de la cultura. Además de crear una escuela para que los chicos aprendieran a leer y escribir, el P. Montoya se esmeró por formarlos en el buen gusto, iniciando a sus indios en las bellas artes.

Justamente cuando aún no se había terminado la construcción de aquella primorosa iglesia de Loreto, a que nos referimos poco más arriba, llegaron destinados a dicha reducción dos nuevos sacerdotes, uno español, Diego de Salazar, y otro francés, Jean Vaisseau, a quien llamaron Vaseo o Baseo. Este último era un músico avezado, e inducido por Ruiz de Montoya, supo formar en poco tiempo tales discípulos en el arte musical, que pronto se pudieron celebrar los actos de culto con gran solemnidad. Aquellos misioneros habían descubierto la innata inclinación de los indios por la música. Y bien que supieron aprovecharla.

Según testimonios de viajeros que pasaron por diversas reducciones, ni en las catedrales de España, Italia o Francia se podía escuchar algo tan sublime. Fue su preocupación por el decoro del templo lo que impulsó a Montoya a introducir en el culto una música adecuada, que a la vez que alababa a Dios, servía para educar a los neófitos. Con la ayuda del P. Baseo, y aprovechándose de sus notables dotes musicales, supo amansar a esa gente antes salvaje, llegando a ser Loreto una cristiandad floreciente.

En las reducciones se llevó a cabo lo que podríamos llamar «la evangelización por la belleza», ya que juntamente con la música, los indígenas fueron iniciados en las otras bellas artes, la escultura, la arquitectura, la pintura, etc. Volviendo a la formación musical de los indios de Loreto, los cronistas nos cuentan que, en cierta ocasión, cuando se esperaba en Buenos Aires la llegada de un nuevo contingente de misioneros, el entonces provincial, P. Pedro de Oñate, dispuso que Montoya bajara a Buenos Aires con la schola cantorum que había organizado el P. Vaisseau. Así lo hizo, llevando consigo catorce de los cantores, juntamente con el director del coro, que era un indio de Loreto.

En Buenos Aires fue todo un acontecimiento. La entera población se agolpó en torno al Colegio de los jesuitas, ubicado entonces en la actual Plaza de Mayo, frente al Banco de la Nación, en la esquina de las calles Rivadavia y Reconquista. Tanto el Gobernador como el Obispo no sabían qué admirar más, si a aquel santo y simpatiquísimo misionero, o a aquellos salvajes de ayer, transformados en jóvenes educados y de admirable habilidad musical.

Se hacía, asimismo, preciso iniciar al indio en el sentido cristiano del trabajo. Nos emociona oírle decir al P. Antonio: «Obligó la necesidad a sembrar por nuestras manos el trigo necesario para hostias». Ello nos trae al recuerdo algo que leímos no hace mucho acerca del modo como se originaron los vinos en Francia. Fue en la Edad Media, cuando los monjes comenzaron a sembrar uva para tener la materia con que celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Así nacieron los exquisitos vinos del sur de Francia. Allí el vino, aquí el trigo. Y en el telón de fondo de ambos, la Sagrada Eucaristía.

Junto con ello, la formación en el sentido del civismo cristiano, introduciendo a los indios en el tejido político de la hispanidad. Ya le hemos oído decir al P. Montoya, con motivo del establecimiento de la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación, que lo primero que se hizo, tras enarbolar la cruz, fue la designación de jueces, alcaldes y regidores, según las ordenanzas de las Leyes de Indias. En un informe del gobernador y capitán general de las provincias del Paraguay, don Luis Céspedes Xeria, dirigido al Rey, del 19 de enero de 1629, se puede leer:

«Visité la Ciudad Real y Villa Rica del Espíritu Santo, de donde envié visitadores a las partes donde el Padre Antonio Ruiz, de la Compañía, asiste, y los demás Padres de dicha Compañía, sus súbditos, a servir a las dos Majestades, Divina y humana, con la palabra del santo Evangelio y atrayendo a la obediencia de Dios y del rey a los indios infieles, vecinos a estas dichas provincias, donde me hallo...». Firma esta carta precisamente en la reducción de Loreto.

6. Misionero intrépido

Uno de los rasgos que más impresiona en la figura del P. Montoya es la impavidez de su coraje, fruto de ese fuego que arde en el corazón del apóstol. Cuando se trataba de una nueva fundación, se lanzaba con un empuje rayano en la temeridad.

«Acabados mis Ejercicios –escribió en cierta ocasión–, me puse en camino para esta reducción del Tayaoba, con ánimo de pelear hasta morir o vencer. Y como quien se dispone para lo primero, repartí todas las alhajuelas que tenía, llevando sólo el ornamento, la hamaca y un poco de maíz para mi sustento».

Su aprehensión no era para menos. La zona en que se introducía resultaba altamente peligrosa. «Las cartas que mis amigos me escribían, que dejados aquellos tan repetidos peligros, me retirase al descanso y conservación de mi vida, me impelían a arriesgarla [arriesgarla]. Invoqué el auxilio de los siete Arcángeles, príncipes de la milicia celeste, a cuyo valor dediqué la primera población que hiciese».

Sigamos el relato del modo como hizo esta fundación, una entre tantas, pero muy típica. En la zona donde reinaba Tayaoba, al que ya mencionamos, en la región noreste del Guayrá, no había nunca penetrado español alguno, ni misionero, ni soldado. Dejémosle a él mismo la palabra.

«Hallábanse aquellos valles y sierras poblados de infinitos hechiceros, llenos de mil errores y supersticiones, que aborrecían peregrinas religiones, predicando la suya por cierta y verdadera... La llave o puerta de toda la provincia era un pueblo distante una jornada... Llegué a su lugar con sol. Dieron aquel día muestras de recibirme con gusto, pero fueron fingidas, porque avisados los vecinos de la comarca de mi llegada, toda aquella noche fue bajando gente armada de todas las sierras circunvecinas con ánimo de degollarme y hacer de mis carnes banquete, como también de las de otros quince indios que iban en mi compañía. Como después supe, deseaban probar a qué sabían las [carnes] de los sacerdotes cristianos, porque sus hechiceros les habían persuadido que eran más sabrosas que las demás. Pasé desvelado aquella noche, preparándome para todo lo que podía suceder...

«Apenas rompió el día, cuando entró en mi choza un grande hechicero, y hallándome de rodillas en oración, sentóse con mucho silencio; yo proseguí por buen rato pidiendo a Nuestro Señor alumbrase aquella gente ciega, para que, saliendo de los errores, se convirtiese a su fe. Levantéme y hallé que, con el primero, se habían ya juntado otros ocho caciques tan hechiceros como él, y, habiéndolos saludado con amorosas y corteses palabras, les significué cómo sólo el deseo de su bien me había traído a sus tierras, no en busca de oro y plata, que bien sabía no lo tenían, sino de sus almas para traerlas al conocimiento de su creador y de su hijo y Redentor de los hombres, Jesucristo, que había bajado del cielo y tomado carne humana en las entrañas de una Virgen para librarnos del cautiverio de Satanás y de las penas del infierno; y llegando a tratar de la eternidad de éstas, con que en él son castigados los malos, uno de ellos me atajó la plática, diciendo a voces: –Este hombre miente. Lo mismo repitieron los otros ocho, y salieron corriendo a buscar sus armas, que, por no causar recelo, las habían dejado escondidas...

«Quedé consolado de haber anunciado a aquellos bárbaros el Evangelio, y sin moverme del puesto en que estaba, me resolví esperarlos, arrojándome en los brazos de la Providencia divina». Algunos de los indios que le acompañaban, sigue contando, le rogaron una y otra vez que se fuese de allí, porque lo iban a matar. Accedió el Padre, y cuando se retiraba, comenzó a caer sobre ellos una lluvia de flechas, sucumbiendo siete de los indios que lo habían acompañado sólo para ayudarlo en la predicación del Evangelio. La víspera se habían confesado y comulgado, y le habían dicho: «Ea, Padre, vamos a predicar la fe, que nosotros en su defensa habemos de perder las vidas».

A lo que acota Montoya: «No les faltó sino decir con los Apóstoles: Eamus et nos, et moriamur cum eo, vayámonos también nosotros y muramos con él». Entonces, uno de los indios sobrevivientes, sin decir palabra, le arrebató de los hombros la ropa, le sacó el sombrero de la cabeza, y huyó solo, para que los enemigos lo confundiesen con el Padre. Engañados, los adversarios lo siguieron, pero no lograron matarlo. Luego el indio retornó y le restituyó al Padre su ropa.

A pesar de este fracaso, volvió el Padre a penetrar por segunda y tercera vez en la región del temible Tayaoba. Era una empresa arriesgadísima, pero su celo lo impelía de manera incontenible. Dice Jarque que pocas veces ha convenido más a los ministros del Evangelio la denominación de corderos, enviados a lidiar con crudelísimos lobos, sin otra arma que una cruz en la mano, en una tierra donde los caciques se comían a sus propios vasallos cuando no tenían a mano cautivos enemigos.

«Nada de esto ignoraba el Padre Antonio –agrega–, que aunque se había ya visto entre sus dientes, no escarmentó ni en su cabeza, para la fuga del peligro, ni en la de sus indios compañeros, para evitar la muerte. Porque el deseo de que su Dios fuese conocido y Cristo glorificado de aquellas naciones, era tan fervoroso, que los mayores riesgos se le antojaban seguridades, y llanos los más enriscados montes».

Al parecer, esta vez había logrado su objetivo. En tierras del Gran Tayaoba, cacique de tanto renombre en el Guayrá, fundó la reducción que llamó, como lo había prometido, de Los Siete Arcángeles, levantando la cruz y adorándola. Fue, por desgracia, un intento abortado, ya que pronto los indios se amotinaron, y los cristianos tuvieron que huir. Pero a Montoya no le iban a torcer el brazo. Tenía el Padre una tela, de más de un metro de alto, con la imagen de aquellos príncipes celestiales. La puso en un marco, y llevándola en procesión caminó tres días, acompañado de sólo treinta indios, hasta el sitio de la última frustrada tentativa. Levantó de nuevo la cruz, «y allí con toda brevedad hicimos una fuerte palizada, y una iglesita pequeña, en que cada día decía misa». La actitud amenazadora de aquellas fieras amainó al fin, y comenzaron a acudir nutridos grupos de indios a reducirse.

Relatemos los avatares de otra fundación, esta vez en las regiones del Tayatí. Montoya refiere dicho viaje en carta al provincial.

«Tuvimos muy buenas nuevas, enviándonos un cacique principal su hijo, con algunos de sus vasallos, a darnos la bienvenida. Con que proseguimos nuestro viaje, aunque con mucho trabajo e incomodidad, por no haber camino alguno, sin hallar que hubiesen dejado rastro para guiarnos por él los que fueron delante, en las ramas de los árboles que tronchan los indios para dejar señal, y según es fresca la quiebra se conoce cuánto tiempo hace que pasaron por allí... A esto se añadía el temor de los indios que nos acompañaban... Proseguí mi viaje por tierra para abrir camino, y aunque hice hartas diligencias para ver si podría topar con alguno, no pude...

«Un cacique principal se ofreció llevarme hasta cierto paraje, por donde él antiguamente solía ir de caza, que hasta allí sabía, y no más; y que desde allí se volvería. Este camino emprendí fiado en la divina Providencia, y la experimenté el primer día muy propicia, porque en los demás caminos muchos ratos había de caminar sobre manos y pies y medio arrastrando por ser tan cerrado el bosque y de agrias cuestas. Perdímos el segundo día, y el que guiaba, perdió el tino, de manera que era necesario subir a las cumbres de los más altos árboles para ver dónde habíamos de seguir nuestra derrota.

«Cogiónos la vigilia de Santiago en un densísimo cerro y nos faltó el agua cuando íbamos carleando la sed. Faltónos también el pan de palo y hubimos de ayunar comiendo sólo palmitos. Son éstos los cogollos de las palmas que las hay altísimas... Cuatro días dejé de decir la Misa, con harto sentimiento, por no tener agua. Aunque al día siguiente proveyó Dios de unos palos muy gruesos que llaman los naturales Yzipo; cada uno destos, cortado, destila agua para dos personas, muy fría y de buen gusto...»

Quando llegaron al lugar donde el indio ya no conocía más, le dijo al Padre que quería volverse a su pueblo. «Agradécile al cacique, con grato semblante y suaves razones, el beneficio que me había hecho, prometiéndole la paga de parte de Dios, y ya me acogí al sagrado de su misericordia, rumiando el nombre de Padre, que fue el asunto de toda mi oración; y confieso a V.R. que saltaba de contento de verme deshauciado de todo humano socorro, persuadiéndome que nunca más cerca en mi favor el divino».

Cuál no sería su alegría cuando aparecieron indios de una reducción cercana, cuyo cacique le dio un abrazo. «Prosiguió en una plática tan cuerda, que yo lo admiré mucho y me estaba bañando en agua rosada, alabando el poder de Dios que sabe hacer, no ya de piedras hijos de Abraham, sino lo que parece más, de fieras hambrientas de carne humana, hijos legítimos de Dios y de su esposa la Iglesia. Luego se vino a mí y comenzó a acariciarme con amorosas palabras, significándome cuán sentido estaba de verme tan flaco y fatigado del camino y que me detuviese a descansar en su pueblo».

Encantadores resultan estos relatos del P. Ruiz de Montoya, una suerte de «florechillas», propias de un santo. Lo cierto es que las diversas fundaciones le costaron muchísimo. En una de ellas se vio acosado, él y los pocos indígenas que lo acompañaban, por indios enemigos que descargaron sobre ellos una nube de flechas.

«Topamos –dice–, por gran ventura, en un oculto camino por donde disimular el rastro que dejábamos. Este fue un acequión o pasadizo y hozadero de jabalíes, metido bien en la tierra, hecho un lodazal continuo y tan cubierto y disimulado con unos espinosos juncos, que llevamos a gran ventura dar con este escondrijo. Arrojámonos por él, cuya anchura apenas daba lugar a que uno tras otro pasásemos. El altor era menos porque yendo a gatas, metiendo las rodillas y brazos en el cieno hediondo, nos era fuerza llevar por él arrastrando el rostro, pena de que en levantando un poco la cabeza, topaba luego con las agudas espinas de los

juncos. Aflicción grande pasé en este estrecho, sucio y espinoso camino, de que salimos como suelen salir los jabalíes del cieno, y yo saqué la cabeza lastimada de los juncos, corriendo la sangre por el rostro, que con las lágrimas de sus ojos me limpió uno de los indios compañeros».

Viajes terribles aquéllos, que avergüenzan nuestro apocamiento y pusilanimidad. En cierta ocasión, estando aún en la reducción de Loreto, lo mandaron con un encargo a Asunción, distante 400 kilómetros. Fue primero por el cauce de un río, y luego a pie, bajo un cruel aguacero.

«Sentéme –dice–, arrimando la cabeza al árbol, donde pasé la noche sin comer bocado, ni mis compañeros [tres indios] porque no lo había; el agua que corría por la tierra me sirvió de cama, y la que caía del cielo, de cobija; deseaba el día, por ser tan larga la noche. Al reír del alba probé a levantarme, pero halléme tullido de una pierna, yerta como un palo y con agudos dolores; animeme a caminar arrimado a una cruz que llevaba en las manos; llevaba arrastrando la pierna por el mismo camino del agua que corría; para pasar cualquier palo, que hay muchos atravesados por aquel camino, me sentaba sobre él y con ambas manos pasaba la pierna sobre él con crueles dolores, y, levantándome, proseguía mi camino. Es el cielo testigo del insufrible trabajo que padecí». Los terribles dolores, las rodillas hinchadas, los nervios «como si fuesen de hierro», sintiendo en cualquier movimiento como si le metiesen lanzas, hizo que los indios debiesen llevarlo en una hamaca.

Refiriéndose a otro viaje, cuenta Jarque que, estando en camino, Montoya se sintió muy mal, y se tiró sobre el suelo. Los indios que lo acompañaban lo desampararon, dejándolo solo, y volvieron a sus chozas. Llegó la noche y pensó que sería la última de su vida. Se abrazó al crucifijo, compañero inseparable en todos sus viajes, disponiéndose a bien morir, cuando oyó una voz que le decía «Ánimo, que ya viene tu compañero». Así fue, porque pronto llegó el sacerdote que lo acompañaba en la reducción, y le prestó ayuda.

«Aún no del todo convalecido de su achaque, fue a decir misa en acción de gracias en una cabaña pobre, que servía de iglesia, y comenzando el introito se le presentó de repente la gloria celestial con la velocidad con que un relámpago deslumbra la vista, aunque en su memoria quedó muy vivo y duradero el dibujo de ella, para dar nuevos alientos al alma en los muchos y grandes trabajos que había de padecer».

En otra ocasión, se encontró en inminente peligro de ser devorado por un grupo de indios antropófagos que habían invadido el lugar donde residía, juntamente con otro Padre, José Cataldino, viejo misionero. Sin inmutarse, el P. Ruiz se dirigió a este último, y tras recordarle la conocida frase de San Ignacio de Antioquía: *Christi frumentum sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar, soy trigo de Cristo, seré molido por los dientes de las bestias para que sea hallado pan puro*, le dijo: «Padre mío, hoy me parece que será el último día de nuestra peregrinación». A lo que el viejo misionero, con igual valor, le respondió: «Cúmplase la voluntad de Dios», y prosiguió la tarea que tenía entre manos. Realmente era el suyo un «vivir peligrosamente», no por mero amor al peligro, sino por amor al Dios que lo había enamorado desde su juventud.

Cuando se lee su libro *Conquista espiritual* sorprende la reiteración con que relata sucesos milagrosos, y su constante apelación a intervenciones divinas o a la acción del demonio. Montoya no trata de buscar explicaciones naturales, pareciéndole obvias aquellas manifestaciones de la lucha entre el bien y el mal, de las que es, con frecuencia, testigo o protagonista. Las consideraciones de San Agustín sobre las Dos Ciudades, y la meditación de las Dos Banderas de San Ignacio, parecen concretarse visiblemente en esta lucha entre Dios y el demonio en medio de la selva y los bosques norteños, tal cual lo había previsto, durante su

juventud, en sueño profético. Una auténtica contienda teológica, sobrenatural, como telón de fondo de todas sus actividades apostólicas.

Refiriéndose a los escollos que en cierta ocasión encontró en su trabajo misional escribe: «Pretendía con tan adverso suceso arredrarnos el demonio de tan importante empresa, pero la codicia de ganar tantas almas para el cielo hacía olvidar estos trabajos». Consciente de esta misteriosa presencia demoníaca, era su propósito «hacer rostro con la verdad del Evangelio al mentiroso culto con que el demonio se hacía adorar».

Todo ello se vuelve completamente ininteligible para un espíritu como el de Juan María Gutiérrez, quien en carta a Mitre del 28 de febrero de 1868, le dice: «El Padre Montoya, juzgado por sus propios testimonios ante el tribunal de la verdad y del sentido recto, no tiene más defensa que asimilarlo con Don Quijote. Las lecturas de los libros de caballería le debilitaron a éste el seso y le hicieron ver cosas que no podía ver. El Padre Montoya veía al diablo y creía que hacía milagros por una alucinación algo parecida a la que padecía el manchego».

Sólo puede hablar así quien se limita a juzgar con los sentidos naturales, vuelto incapaz de vislumbrar siquiera los espectáculos sobrenaturales, a los que sólo la fe viva da acceso. Preferimos el juicio del P. Nicolás Mastrilli, uno de sus superiores, que en carta al General de la Orden así informaba del P. Antonio: «Varón perfecto, de mucha oración. En la conversión de la gentilidad acomete trabajos con riesgo de la vida... Imita los pasos de nuestro santo Francisco Javier en el trabajo y discreción».

7. Los enemigos de las reducciones

Numerosos fueron los adversarios del santo emprendimiento de las reducciones, según nos los informa Ruiz de Montoya. En primer lugar, los hechiceros y brujos, que tenían gran predicamento sobre nutridos grupos de indígenas. Cuenta el Padre que, aprestándose a entrar por primera vez en la zona del famoso Tayaoba, movidos por los brujos, aquellos indios aparentaron recibirlo bien, pero era una ficción, «porque dando aviso de mi llegada, toda aquella noche fue desgalgando gente de aquellas sierras, con ánimo de comerme y a los que iban en mi compañía, que serían como 15 personas. Tenían deseo –como después supe– de probar la carne de un sacerdote que juzgaban era diferente y más gustosa que las demás». Refiriéndose a una ulterior entrada en la misma zona escribe:

«El que más ardía en furor y deseo de comerme era un mago llamado Guiraberá, el cual se hizo llamar Dios, y con sus mentiras se había apoderado de aquella gente. Su comer ordinario era carne humana, y cuando fabricaba alguna casa o hacía alguna obra, para regalar a sus obreros hacía traer el más gordo indio de su jurisdicción y de aqueste pobre hacían su convite».

Por lo que se lee en la Conquista espiritual, los brujos fueron enemigos frontales de los Padres. Uno de ellos, llamado Yeguacaporú, relata Montoya, «se había saboreado con la muerte del P. Cristóbal de Mendoza». Si bien lo sorprendió la muerte, sus sucesores levantaron templos y pronunciaban arengas a los suyos, llegando incluso, por su odio al cristianismo, hasta querer borrar en los fieles las huellas del bautismo. «Yo te desbautizo», le decían al indio ya cristiano, mientras le lavaban todo el cuerpo.

Su principal designio era sembrar el descrédito de la fe cristiana, «amenazando a los que la recibiesen y a los que recibida no la detestasen, a que serían comidos de los tigres, y que las formidables fantasmas saldrían de sus cavernas armadas de ira, con espadas larguísimas de piedra a tomar venganza, y otras boberías a este modo, cosas todas muy formidables a aquella simple gente».

Fueron, pues, éstos los primeros adversarios de los Padres. Pero también se mostraron tales algunos españoles, en oposición a veces solapada, a veces patente. Especialmente los vecinos de Villa Rica y Ciudad Real veían con dolor cómo los

indios reducidos, exentos del servicio personal, se les escapaban de las manos, no pudiéndolos emplear en sus explotaciones agrícolas o ganaderas. La ira que los embargaba, en razón de la merma de sus ganancias, se acrecentaba aún más porque los jesuitas censuraban sus costumbres y el trato que a veces daban al indio.

No en vano el obispo de Tucumán escribía, en 1637, al rey de España, una severa carta donde, luego de decirle que la Compañía de Jesús era la que verdaderamente descargaba la conciencia tanto del Rey como del Obispo, agregaba que los jesuitas «a un tiempo están padeciendo el odio doméstico de los mismos castellanos de aquel obispado, por el amparo que dan a los indios de aquellas reducciones, amparándoles la libertad natural en que vuestra Majestad los tiene amparados, y doctrinándolos en el Evangelio; y por los moradores de San Pablo de Brasil, ayudado de los tupis, causando estragos, muertes y cautiverios en los indios recién convertidos...»

El Obispo nos acaba de nombrar el tercer y peor enemigo de las reducciones, los llamados bandeirantes, con los que a veces llegó a colaborar algún gobernador español, como enseguida diremos. Un escritor inglés, Cunninghame Graham, relata:

«Mientras los Jesuitas organizaban sus Reducciones en las Provincias del Guairá y sobre los ríos Paraná y Uruguay, un nido de halcones miraba hacia los neófitos de las mismas y los consideraba pichones que se engrosaban para ser devorados por ellos. Allá en San Pablo de Piratinga, en el Brasil, a unas 800 millas de distancia, venía a la vida una comunidad extraña. Poblada primitivamente por aventureros y criminales portugueses y holandeses, llegó San Paulo a ser un nido de piratas y un hogar para todos los desesperados del Brasil y del mismo Paraguay».

San Pablo fue fundada en 1553, por el P. Manuel de Nóbrega, según algunos; según otros, por el P. José Anchieta, ambos jesuitas, como reducción o aldea indígena. Pero, con el correr del tiempo, se fue convirtiendo en una especie de refugio de gente advenediza, tanto portugueses, como españoles, italianos y hasta holandeses, una auténtica Babel. Cuando, a comienzos del siglo XVII, se comenzaron a establecer las reducciones guaraníicas, San Pablo tenía unos 15.000 habitantes, muchos de ellos maleantes, que aprovechaban la lejanía de Río de Janeiro, sede de las autoridades portuguesas, para obrar a su arbitrio.

Pues bien, algunos de sus jefes se abocaron a reunir secuaces para organizar «la caza del indio». Tomaron el nombre de mamelucos, palabra que designaba al hijo de portugués e india; o también bandeirantes, porque en sus incursiones marchaban detrás de una bandeira; o sertonistas, de sertao o sertón, como designaban los portugueses la selva y monte habitado por salvajes. Estos aventureros salían de sus casas en grupos numerosos, pertrechados con arcabuces y acompañados de numerosos indios, especialmente de la tribu de los tupíes, que colaboraban estrechamente con ellos.

Tras caminar meses enteros, cuando encontraban algún grupo de indios, los capturaban con astucia y los ataban; al considerar que ya se habían apoderado de suficientes cautivos, regresaban a San Pablo para venderlos como esclavos, allí o en otras poblaciones del Brasil. De nada había servido que los reyes de Portugal prohibiesen esclavizar a los indios; ni a los paulistas les producía escozor que su «caza de indios» se realizase en dominio extranjero, como era el territorio de la corona de España. De hecho, despoblaron zonas enteras.

Estas incursiones, llamadas también malocas, comenzaron en gran escala con motivo del establecimiento de las reducciones. Ya desde antes, los mamelucos se habían apersonado por la zona del Guayrá, pero ahora, el hecho de encontrar a los indios no ya dispersos sino reunidos en pueblos, facilitaba grandemente su propósito. En 1628 fue el primer gran asalto, si bien en esa ocasión respetaron a los indios reducidos, limitándose a los que estaban sueltos en los alrededores. No

fue así al año siguiente, en que saquearon la iglesia del pueblo de San Antonio y la casa de los Padres. Cuenta Ruiz de Montoya que fueron tres de estos últimos a pedirles la devolución de los indios que habían cautivado, y si no, que los llevaran también a ellos. Ciegos de ira, tras decirles que no eran sacerdotes sino demonios, herejes, enemigos de Dios, y que predicaban mentiras a los indios, comenzaron a disparar algunos arcabuzazos, hiriendo a varios indios, y al P. Cristóbal de Mendoza lo lastimaron de un flechazo.

Las malocas se reanudaron poco después. «Entraron a son de caja y orden de milicia –cuenta el P. Montoya– en las dos reducciones de San Antonio y San Miguel, destrozando indios a machetazos. Acudieron los pobres indios a guarecerse en la iglesia, en donde –como en el matadero vacas– los mataban, haciendo despojos de las pobres alhajas de las iglesias, erramando los óleos por los suelos». En esa ocasión se apoderaron de unos 9000 indios, entre los de las aldeas y los que vivían aislados. Tras apartar a los maridos de sus mujeres y a los hijos de sus padres, los golpearon y amenazaron de muerte, matando a los que intentaban huir, y encadenados, los trasladaron a San Pablo. Dos Padres decidieron seguirlos, y «habiendo caminado casi 300 leguas a pie llegaron a la villa de San Pablo, pidieron su justicia en varias partes, pero es cosa de cuento tratar del nombre de justicia». Los jueces de la ciudad eran cómplices del atropello. Ni valió recurrir a Río de Janeiro.

En 1630 hubo una nueva invasión, peor aún que la anterior, ya que implicó la ruina de todos los pueblos del Guayrá, con excepción de San Ignacio y Loreto. Entraron en los pueblos a sangre y fuego, no respetando en este caso ni a los mismos misioneros, que fueron golpeados sin miramientos. A los cautivos los trataron crudelísimamente; quienes no caminaban a buen paso eran matados sin compasión.

Durante esos acontecimientos estaba precisamente de visita en las reducciones el provincial del Paraguay, el cual se dirigió enseguida a Villa Rica para informar al gobernador. Éste envió unos 80 soldados. Al llegar hicieron una descarga simbólica, matando a un paulista, y luego retornaron. Se vio que era una farsa. «Los mismos portugueses –asevera Ruiz de Montoya, que estuvo en la acción– nos dijeron que lo que hacían era orden del Gobernador [del Paraguay] y que estaba casado en su tierra, y que les quería mucho, y había venido con ellos desde San Paulo, y que así no los estorbaría y que si viniese allí, antes les ayudaría».

El gobernador era don Luis de Céspedes Xeria, el mismo que antes había hecho tan alto elogio de la obra de la Compañía. En realidad, era un hipócrita. Había venido de España en 1626, y a su paso por Río de Janeiro, se casó con una sobrina del gobernador de Brasil. Luego se dirigió a San Pablo, donde fue recibido con todos los honores, al punto de que varios de esos truhanes lo acompañaron hasta Asunción. Resultaba altamente beneficioso para los mamelucos tener como aliado a este hombre, que cuando estuvo en San Pablo no disimuló su encono por la Compañía. Ruiz de Montoya, y otros Padres, que lo habían conocido, creyeron que encontrarían en él un sólido apoyo para su obra misionera, ya que al comienzo, como dijimos, los había defendido. Pero pronto hubieron de desengañarse.

Las malocas se sucedieron una tras otra. Por donde pasaban los paulistas quemaban las iglesias, cortaban cabezas, mutilaban y mataban. «Sin encarecimiento –escribe Montoya, refiriéndose a una de esas incursiones–, aquí se vio la crueldad de Herodes, y con exceso mayor, porque aquél, perdonando a las madres, se contentó con la sangre de sus hijuelos tiernos, pero éstos ni con la una ni con la otra se vieron hartos». Lo único que quedaba era sepultar a los muertos. En 1639, el Cabildo eclesiástico de Asunción se hizo eco de esta situación: «Los Portugueses de la Villa de San Pablo invadieron hostilmente las dichas Reducciones, matando y robando innumerables Indios e Indias, executando enormes crueldades, quemando los templos, rasgando las imágenes, ultrajando los sacerdotes, arrojando en hogueras de fuego, a la partida, a los viejos y enfermos que no podían

caminar, estrellando los niños en los palos y piedras y dando a comer sus carnes a sus perros».

Aunque nos suene a increíble, una Real Cédula del 16 de septiembre de 1639 nos informa que, desde 1612 hasta 1638, tanto de las reducciones, como de los que vivían al margen de ellas, fueron cautivados nada menos que 300.000 indios. Sólo en cuatro años, de 1628 a 1631, se vendieron como esclavos, en los mercados brasileños, unos 60.000.

Bien ha señalado el P. Guillermo Furlong que sería un gravísimo error atribuir este acto sólo al salvajismo y codicia de los bandeirantes. Tras sus expediciones invasoras se escondía un intento geopolítico. Río de Janeiro no estaba tan lejos de San Pablo, como para ignorar y dejar impunes tantos crímenes, lo que hace innegable cierta complicidad. Por otra parte, España no llegó a tomar posesión de todo el vasto territorio que le correspondía, según la línea de Tordesillas, y se contentó con ocupar y poblar la franja occidental del Nuevo Mundo, dejando en un lamentable abandono la otra mitad de sus dominios, o sea, la que se extendía hacia el este. Los portugueses, legalmente dueños de una estrecha faja costera, que no llegaba a ser sino una cuadragésima parte de lo que hoy es el Brasil, fueron avanzando de una manera sostenida en dirección al oeste, llegando así a hacer conquistas inmensas en lo que era territorio incuestionablemente español. De lo que concluye Furlong: «Admira ciertamente la arteria, no menos que la continuidad, con que los lusitanos, así los de la Metrópoli políticamente, como los del Brasil prácticamente, fueron posesionándose de lo que no les pertenecía».

Con las misiones que los jesuitas establecieron entre los Maynas, Mojos, Chiquitos y Guaraníes, en una línea que va del actual Ecuador, pasando por Bolivia y Paraguay hasta nuestra Corrientes, se podría decir que levantaron, quizás sin pretenderlo, la más firme muralla contra los avances de los lusitanos en los dominios españoles. Las misiones guaraníes, en particular, constituyeron un serio obstáculo a su ambición más ardiente: la posesión del Río de la Plata. De no ser por ellas, afirma el P. Cayetano Bruno, no es aventurado suponer la absorción total por parte del Brasil de lo que hoy constituye nuestro territorio nacional. Ya en 1616 Hernandarias, instruido por sus lugartenientes del Guayrá, se había dirigido a Felipe III en estos términos:

«Me escriben y avisan siempre de los agravios y robos que los portugueses de el Brasil hacen a los indios de esta jurisdicción, cautivándolos a millares, haciendo en ellos grandes y crueles muertes y desnaturalizándolos, porque los llevan a vender a las poblaciones de aquel Estado; y agora ha llegado tanto su crueldad y atrevimiento, que me avisa el teniente de la ciudad de Jerez, que vinieron y se llevaron de cuajo un pueblo que estaba cerca de ella en servidumbre y de paz».

La única solución que proponía, frente a tantos desmanes, era la «despoblación» de San Pablo, para la que pedía autorización al Rey. Asimismo el gran estadista reiteraba un antiguo plan suyo, propuesto ya en 1607, y era dividir la gobernación del Paraguay, formando con Jerez, Villa Rica y Ciudad Real una nueva provincia y obispado, con lo que la zona hubiera quedado consolidada política y militarmente en el Guayrá. Pero no se le hizo caso y los bandeirantes siguieron con sus tropelías, concedores de la escasa resistencia que podían ofrecer los tenientes de gobernadores, sin soldados casi para escarmentarlos.

Hernandarias se mantendría firme en esta posición. Muchos años después, cuando ya no era gobernador, fue comisionado por la Audiencia de Charcas para investigar los crímenes de los bandeirantes. Logró juntar pruebas incriminatorias más que suficientes, que remitió luego a Charcas, acompañándolas con un resumen que envió desde Santa Fe a Felipe IV el 23 de junio de 1631:

«Los portugueses –dice allí– han destruido ya varias reducciones. Las demás quedan en el mismo peligro. Y todas estas maldades se han hecho en solos tres años del gobierno de don Luis de Céspedes Jeria, vuestro gobernador del Paraguay,

que entró por la vía de San Pablo acompañado algunas jornadas de muchos portugueses que venían al sertón».

8. El gran éxodo de los guaraníes

La situación se tornaba francamente insostenible. Destruídos ocho de los pueblos del Guayrá, los dos restantes, Loreto y San Ignacio, tenían los días contados. A mediados de 1631, el P. Montoya, por aquel entonces Superior de las misiones, convocó a los Padres para analizar el estado de las cosas. Todos coincidieron en que era preciso transmigrar a una región más segura. Y así, tanto los indios de los dos pueblos sobrevivientes, como los de las otras ocho reducciones devastadas, que se habían refugiado en los montes, atendidos también allí por algunos Padres, entre otros, el P. Antonio, se aprestaron al éxodo.

No fue fácil persuadir a los indios de San Ignacio y de Loreto, unos cinco mil, de la conveniencia de la transmigración. A ello ayudó la insostenible situación de los siete mil que vivían en los montes, aterrorizados ante inminentes nuevas malocas. Una vez todos convencidos, se preparó la partida.

«Ponía espanto ver por toda aquella playa ocupados indios en hacer balsas, que son juntas dos canoas o dos maderos grandes, cavados a modo de barco, y sobre ellos forman una casa bien cubierta que resiste el agua y sol; andaba la gente toda ocupada en bajar a la playa sus alhajas, su matalotaje, susavecillas y crianza. El ruido de las herramientas, la priesa y confusión daban demostraciones de acercarse ya el juicio. Y quién lo dudara, viendo seis o siete sacerdotes que allí nos hallamos consumir el Santísimo Sacramento, descolgar imágenes, consumir los óleos, recoger los ornamentos, desenterrar tres cuerpos de misioneros insignes que allí sepultados descansaban, para que los que en vida en nuestros trabajos nos fueron compañeros, nos acompañaran también, y no quedaran en aquellos desiertos; desamparar tan lindas y suntuosas iglesias que dejamos bien cerradas, porque no se volviesen en escondrijo de bestias».

Así se fabricaron 700 balsas, juntamente con numerosas carretas, para quienes irían por tierra. Eran en total unos 12.000 indios. Al frente de todo estaba el P. Ruiz de Montoya. Tras dos días de viaje, navegando el Paranapané abajo hacia el Paraná, se enteraron de que, poco después de su partida, habían llegado los bandeirantes a los pueblos ya desiertos, quedando furiosos al verse burlados.

El primer obstáculo que hallaron los fugitivos fue de parte de un grupo de españoles de Ciudad Real, ubicada junto al río, que habían fortificado una angostura, decididos a cortarles el paso, con la intención de llevarse a los prófugos a sus campos para el servicio personal. La cosa era trágica. Y hasta escandalosa. Los enemigos que dejaban atrás, los mamelucos, eran cristianos, al menos de nombre; lo eran también estos españoles, vecinos del Guayrá, que procuraban impedir el paso.

El P. Ruiz de Montoya, que, como dijimos, encabezaba la expedición, se entrevistó con el comandante del fortín, pidiéndole explicaciones y echándole en cara el delito que cometían, pero fue en vano, llegando aquél a amenazarlo, si intentaba regresar a donde estaban los indios. El Padre se escabulló, y tras volver con los suyos, resolvió enviar a otros dos Padres.

Nada se logró. Estaba el peligro de que llegasen los bandeirantes, que no les habían perdido la pista, y ahora, aliándose con los españoles, los destrozasen. Resolvieron entonces combatir y forzar el paso, ordenando sus barcas en formación militar. Al ver esto, los españoles optaron por dejarlos pasar.

Siguieron así su marcha, pero muy poco después, los que iban por el río se toparon con un nuevo obstáculo: los famosos Saltos del Guayrá, casi a mitad de camino entre las reducciones originales y las cataratas del Iguazú. El río Paraná, en vez de los cinco kilómetros que tenía, se estrechaba ahora a sólo cincuenta metros, arrojándose sus aguas de una altura de veinte metros. Intentaron buscar un paso,

pero perdieron 300 embarcaciones. «Fue fuerza que dejásemos las canoas –escribe Montoya– porque por allí es innavegable el río por la despeñada agua que forma remolinos tales, que rehúsa la vista el verlos por el temor que causan». Debieron entonces caminar 25 leguas por tierra, con todo lo que ello significa, porque hubo que cargar la totalidad de los bultos e incluso las mismas embarcaciones. «Todo viviente apercibía su carga, varones, mujeres y niños, acomodando sobre sus costillas sus alhajas y su comida». Acá Montoya apunta un toque emotivo:

«Hacían tierna memoria de sus casas, y principalmente de la de Dios, adonde fue de ellos por muchos años adorado y humildemente servido y recibido en sus almas en el vivífico Sacramento. Llevaban arpas e instrumentos músicos, con que en su patria daban música a Dios en sus festividades, y entre motetes suaves crecía su devoción, juzgando por muy breve tiempo la asistencia larga que hacían en el templo, al son de aquellos acordados instrumentos ya sin cuerdas y deshechos. No sirviéndoles ya más que para una triste memoria, los dejaron perdidos entre las peñas de aquel áspero camino». ¿Cómo no recordar la nostalgia de los desterrados miembros del pueblo elegido: «Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos acordándonos de Sión; de los sauces que hay en medio de ella colgábamos nuestras cítaras» (Ps 137, 12)

Fácil es imaginar lo que ha de haber sufrido el P. Montoya en el transcurso de este viaje, expuesto con los suyos, no sólo a las inclemencias del tiempo, sino también a las fieras y alimañas. Iba y venía, animando a unos, consolando a otros. Aquella inmensa caravana de 12.000 indígenas estaba alicaída, más aún, decepcionada. Se les había asegurado que de las reducciones del sur pronto vendrían canoas en su ayuda, pero no fue así. Las cartas en que se pedía auxilio no habían llegado a destino, y los misioneros del sur ignoraban lo que últimamente acontecía en el Guayrá.

Para colmo, a los 12.000 indios se juntaron otros más, provenientes del norte, que huían de los paulistas, trayendo noticias frescas de cómo las reducciones abandonadas habían sido arrasadas por los mamelucos. Los alimentos escaseaban, por lo que hubo que buscar el sustento en el monte. Fue, asimismo, preciso construir nuevas barcas, pero en esa región había pocos árboles de troncos gruesos. Algunos indios, hartos de tanto ajetreo, optaron por retornar a sus tierras originales o se perdieron para siempre en los montes.

Tras ocho días por tierra pudieron por fin volver al río, más benigno y navegable. Pero la escasez de alimentos se hizo alarmante. «Comían los cueros viejos –relata el P. Ruiz–, los lazos, las maneas de los caballos..., sapos, culebras y toda sabandija que sus ojos veían no se escapaban de sus bocas». Sólo se pudo pensar en sembrar y recoger lo que fuera posible. Para remate de males, cundió una terrible peste, efecto del hambre y de la debilidad, muriendo unas 2000 personas. Relata Montoya que cuando los Padres administraban los últimos sacramentos a los indios, algunos de ellos decían: «más vale que el cuerpo muera, que no que el alma peligre en la fe, entre aquellos hombres sin Dios, vecinos de San Pablo».

Por si ello fuera poco, varias barcas volcaron en aquellas regiones de terribles yacaré. Ante tanta desgracia, confiesa el P. Antonio, «volviéndome al cielo con los ojos destilando lágrimas, acusé mis culpas causadoras de estos desastres, y mirando a Dios que la fe viva representa al vivo, dije: “Señor, ¿es posible que para esto habéis sacado a esta gente de su tierra, y para que mis ojos se quiebren con tal vista, después de haberseme quebrado el corazón con sus trabajos? Dirán –por ventura– que mejor les estaba ser esclavos, que al fin vivieran, que no morir en el vientre de estos peces”». Parecía un nuevo Moisés, repitiendo casi textualmente la invocación de aquel caudillo durante la travesía por el desierto.

Mientras los del Guayrá recorrían su vía crucis, también debieron exiliarse los de Itatines, porque los bandeirantes, privados ya de los pueblos que estaban antes

en aquella región, se habían arrojado sobre éstos, forzándolos también a emigrar. Lo mismo pasó con los del Tape. Los diversos grupos fueron confluyendo en las reducciones ya existentes en el sur del Paraguay, y en nuestras actuales provincias de Corrientes y Misiones, así como en la otra banda del río Uruguay, sobre el Brasil. De todas estas ransmigraciones, la más trágica y apresurada fue la del Guayrá.

No pudo, por cierto, el P. Montoya imaginar tantos obstáculos, y la consiguiente pérdida de vidas que hubo que lamentar. Algunos jesuitas lo criticaron por ello, llegando incluso a manifestarle sus quejas al P. General, pero éste salió en defensa de nuestro héroe. Es cierto, admitió en su respuesta, que se hubiera podido ir más despacio, previendo mejor el viaje y la comida, pero eso es fácil decirlo después de ocurridos los hechos. Otros le echaron en cara «la pérdida total del Guayrá para la corona de España»; el Cabildo de Asunción achacó a la Compañía el «haber despoblado y sacado de su natural y pueblos más de doce mil almas..., y haber quitado a Ciudad Real todos los indios encomendados a ella y dejándola desierta».

Pero, decimos nosotros, ¿cómo se hubieran podido defender los indios, no encontrando amparo ni en los vecinos de Villa Rica, ni en los de Ciudad Real, ni en los gobernadores de Asunción? Sea lo que fuere, el P. Antonio resultó ser el protagonista de una de las hazañas más memorable de nuestra historia. Como escribe Cunninghame Graham:

«Así Montoya puso en salvo y llevó a puerto seguro a cerca de 12.000 personas, llevándolas a distancia de 500 millas, por regiones desérticas y por un río, obstruido en todo su curso por cataratas. Por lo general el mundo olvida o jamás conoce a sus más grandes hombres, mientras que los pillos, quienes en su vida fueron tal vez los juguetes de la fortuna, duermen en tumbas gloriosas y sus memorias ocupan una página de la historia, gracias a escritores de la misma pasta que ellos».

Se ha escrito que siendo este gran éxodo una página de enorme grandeza épica, comparable, como dijimos, al que antaño encabezara Moisés, no deja de ser lamentable que dicha gesta, de ribetes caballerescos, digna de las musas de Homero o de Virgilio, no haya encontrado algún artista capaz de expresarla en el lienzo o en el cine. Ni siquiera los historiadores le han dado su debido lugar. Lo cierto es que no quedó estéril aquel gesto inicial del joven Montoya cuando, viviendo en Lima, y siendo todavía laico, ingresara airosamente en el Orden de la Caballería.

IV. Ante la corte de Felipe IV

Volvamos a los hechos. Ya algunos de los dignatarios españoles habían elevado su queja por el reiterado atropello de los bandeirantes. Así, por ejemplo, fray Cristóbal de Aresti, obispo electo de Buenos Aires, le escribía al Papa:

«En el Brasil hay una ciudad –sujeta a un prelado que no es obispo– que se llama San Pablo; en ésta se ha juntado un gran número de hombres de diferentes naciones, ingleses, holandeses, judíos, que haciendo liga con los de la tierra como lobos rabiosos hacen gran estrago en el nuevo rebaño de Vuestra Santidad, cual es los indios nuevamente convertidos en este obispado del Río de la Plata, y en el del Paraguay, entrando en ellos con espíritu diabólico a caza de indios...»

No pocos comenzaron a pensar en la conveniencia de armar a los indios. En 1627, los jesuitas solicitaron a la Real Audiencia de Charcas y al General de la Orden la autorización para ello, única manera, a su juicio, de enfrentar a los agresores. Ambas instancias dieron su acuerdo, sólo que el General puso como condición que los Padres no empuñasen las armas ni fuesen capitanes de las tropas. El proyecto no se concretó de manera inmediata. En 1631, la Congregación Provincial de los jesuitas del Paraguay retomó la consideración del tema, que se tornaba cada vez más apremiante. Porque los paulistas, viendo que no había reacción, creyeron que podían proseguir impunemente sus malocas, aunque ahora

los indios estuviesen más lejos. Y así siguieron destruyendo algunas reducciones. El año 1639, en una de ellas, matarían al P. Diego de Alfaro, hijo del famoso visitador español, don Francisco de Alfaro, que había reemplazado al P. Ruiz de Montoya como superior en el Tape.

Era, pues, urgente que los indios se armasen. Sin embargo, parecía más oportuno que una innovación semejante fuese aprobada personalmente por el Rey, el cual, por lo demás, ya estaba anoticiado del asunto. Con este objeto, la Congregación Provincial, reunida en Córdoba en 1637, decidió enviar al P. Ruiz de Montoya como procurador ante la corte. Y así, aunque no se encontraba nada bien de salud, nuestro Padre partió para Madrid, con muchos documentos en las manos, llegando a destino hacia fines de 1639. En su viaje, pasó por Río de Janeiro, donde pudo reconocer a muchos indios guaraníes del Tape, allí retenidos como esclavos.

No bien Montoya partió hacia Europa, algunos jesuitas, en la seguridad de que el Rey concedería el permiso para usar armas, dieron por otorgada dicha licencia. Por lo demás, pensaban que era un derecho legítimo el que los indios se defendiesen de manera eficiente contra sus enemigos, y como éstos se valían de armas de fuego, podían también los indios, que no tenían sino flechas, hachas y macanas, valerse de aquellas armas. Obtenida una licencia provisional del gobernador de Buenos Aires, compraron numerosos arcabuces junto con las debidas municiones.

Un hermano, Domingo Torres, que había sido soldado en Chile, entrenó a los guaraníes en su uso, y a fines de 1640, no había reducción que careciese de ellos. Incluso contaron con algunas piezas de artillería, fabricadas en los mismos pueblos con cañas de bambú, forradas de cuero. Ello fue providencial ya que, a los pocos meses, cerca de 500 bandeirantes con 2700 indios tupíes, se lanzaron a una maloca. Grande fue su sorpresa cuando vieron que los indios los enfrentaban con armas condignas, infligiéndoles una aplastante derrota. En adelante ya no aparecerían con la frecuencia habitual, y desde 1657 cesaron totalmente en sus intentos.

Pero no nos adelantemos en el tiempo. Lo hemos dejado al P. Montoya llegando a Madrid. Pronto obtuvo una entrevista con Felipe IV, donde le explicó detalladamente lo que sucedía, y le dejó varios informes sobre los delitos cometidos, juntamente con diversos pedidos en favor de las reducciones.

«Lo primero que le dije –escribe– fue cómo los portugueses y holandeses le querían quitar la mejor pieza de su Real Corona que era el Perú...; y con un báculo en la mano, muriéndome, como Su Majestad veía, había venido a sus Reales pies a pedir remedio de males tan graves como prometía la perfidia de los rebeldes, que ya por San Pablo acometían el cerro de Potosí; cuya cercanía, agravios, muertes de indios, quemas de iglesias, heridas de sacerdotes, esclavitud de hombres libres, daban voces. Y porque a las mías se diese crédito, había hecho dos Memoriales impresos, que si Su Majestad se servía pasar por ellos los ojos, se lastimaría su Real corazón, y movería el amor de sus vasallos al remedio». El Rey le dijo: «Dad acá, que yo los veré con cuidado».

Pensó Montoya que dichos documentos correrían la suerte de tantos, es decir, que el Rey se limitaría a enviarlos al Consejo de Indias, para escuchar luego su parecer, con lo que el asunto entraba en los carriles de la burocracia. Mas no fue así. Felipe IV los leyó y consideró atentamente, y luego los remitió al Consejo con esta apremiante recomendación: «Mirad de las cosas que ese religioso me avisa: son de tanto peso, que mi persona había de ir al remedio. Remediadlo con todo cuidado». Ello lo supo después el Padre por uno de los miembros del Consejo, Juan de Solórzano, el famoso jurisconsulto indiano, quien le dijo: «Mucho le han picado al Rey sus Memoriales; porque los leyó y luego nos lo envió al Consejo con este recado: «Mirad... Padre, cuidados nos da, por el que Su Majestad tiene; y espero que se ha de remediar».

Tras algunos meses de estudio, y habiendo escuchado en diversas ocasiones al mismo P. Montoya, el Consejo concedió varios de los pedidos solicitados, pero no el más requerido, el de las armas. Volvió entonces nuestro Padre a la carga, hasta que el 21 de mayo de 1640, Felipe IV firmó una Real Cédula por la que transfería al virrey de Lima el poder de otorgar a los jesuitas la autorización para dotar con armas de fuego a los indios, si ello era conveniente. Las doce medidas que el Padre había propuesto en sus Memoriales para afrontar la persecución de los mamelucos, se vieron aceptadas por el Supremo Consejo de Indias y consignadas en Cédulas Reales que sucesivamente se fueron despachando; entre ellas, que ningún indio pudiese ser hecho esclavo, que se diese jurisdicción al gobernador de Río de Janeiro sobre San Pablo, que se otorgase libertad a todos los indios cautivos, que fuesen castigados los culpables, etc. Por otra parte, en 1639 el Rey había advertido al gobernador del Paraguay que tomase más cuidado en el asunto, llamándole la atención sobre algunos pormenores no desdeñables:

«A lo que guardan menos respeto –le decía– es a las iglesias, profanándolas y quemándolas..., saqueando los vasos y ornamentos sagrados, deshaciendo, pisando y rompiendo las cosas santas, cual si fuera estatuto de luteranos. Y... se tiene entendido que la mayor parte, además de ser delincuentes, facinerosos, desterrados del Portugal por sus delitos, son cristianos nuevos, y se sabe que a los indios que se les reparten les ponen nombres del Testamento viejo, que son circunstancias dignas de toda atención».

Lástima que no todo lo dispuesto según las doce recomendaciones de Montoya se pudo actuar, principalmente porque la unión entre España y Portugal, mantenida desde 1580, concluyó justamente con el alzamiento de Portugal en 1640 y de Brasil en 1641.

Mientras todo esto se estaba agenciando, el P. Montoya se sentía cada vez peor de salud. Los médicos no le daban tregua, pero él, sacando fuerzas de su debilidad, además de aquellas tramitaciones, se abocó a otras tareas, principalmente literarias, que dejarían huellas duraderas en la historia. Cuando viajó a España había llevado consigo el fruto de sus trabajos de largos años sobre el idioma guaraní, y un catecismo adaptado a las circunstancias, obras que traía bastante elaboradas. Su pericia en la lengua indígena era proverbial. Ya en una vieja Carta Anua, de 1616, decía de Montoya el provincial Pedro de Oñate:

«El padre Antonio ha hecho un arte y vocabulario en la lengua guaraní, y según me escriben los padres parece que Nuestro Señor le ha comunicado don de lenguas, según es la facilidad, brevedad y excelencia con que la habla».

Cuatro libros publicó durante su estadía en Madrid, quizás el fruto más decantado de su labor entre los guaraníes. El primero, la Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape, al que tanto hemos recurrido para esta semblanza, apareció el año 1639. Basándose en las Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay, así como en su experiencia de testigo, muchas veces protagonista, lo compuso durante su viaje a España, para dar noticia en Europa de los trabajos de los misioneros, con la intención de suscitar, mediante copias manuscritas difundidas por doquier, posibles nuevas vocaciones para aquel trabajoso ministerio.

No se trata de una obra pacientemente madurada, sino de un texto escrito con premura, estrechamente vinculado, más allá del propósito vocacional, con su gestión ante las autoridades políticas de la Metrópoli. Por eso, al tiempo que una crónica, es también un informe del estado de las misiones, y un alegato contra los bandeirantes, que completaba sus acusaciones ante la Corte. En su Dedicatoria a Octavio Centurión, marqués de Monasterios, le dice: «Gozarás de ver cómo se funda la Iglesia en las regiones que estaban en la sombra de la muerte, y las puertas del infierno, cómo se exalta la Fe, cómo se vence al demonio, cómo se redimen las almas». En la Introducción leemos:

«El haber cerca de treinta años que sin divertirme a otro empleo, mi principal ha sido su enseñanza y conversión a nuestra santa fe, coronando mi deseo trabajos y los más ordinarios peligros de muerte y de ser comido de bárbaros... He vivido todo el tiempo dicho en la provincia del Paraguay y como en el desierto, en busca de fieras, de indios bárbaros, atravesando campos y trasegando montes en busca suya, para agregarlos al aprisco de la Iglesia santa y al servicio de Su Majestad, de que con mis compañeros hice trece reducciones o poblaciones, con el afán, hambre, desnudez y peligros frecuentes de vida que la imaginación no alcanza, en cuyo ejercicio me parecía estar en el desierto».

La defensa que en dicho libro intenta de los indios para que, como dice al final, dirigiéndose al Rey, «vivan amparados del poderoso brazo con que Su Majestad, que Dios aumente, defiende sus vasallos», hace que la obra del P. Montoya haya sido comparada a la de Las Casas. Pero las diferencias son abismales. Para Las Casas la dialéctica entre el indio y el español es desmesurada e implacable, mientras que a Montoya no le nubla el juicio, más aún, su libro expone uno de los más originales intentos de instituir una Cristiandad en nuestra tierras, en armonía con el resto de la sociedad española y bajo la protección de la Corona.

La segunda obra que publicó durante su estancia en Madrid, el año 1639, fue el Tesoro de la Lengua Guaraní, dedicado a la Soberana Virgen concebida sin mancha de pecado original, de más de 400 páginas. El idioma guaraní, difícil de hablar y que nunca había sido escrito por los aborígenes, le debe la gramática de mayor autoridad. De los guaraníes aprendió la lengua y, mediante ella, se interiorizó en toda la riqueza de su cultura. Mitre ha destacado la importancia historiográfica de la obra:

«Esta es el panléxico de la lengua guaraní... Sin él, el guaraní... sería un idioma indescifrable para el filólogo. Es no sólo un diccionario, que da la significación de las voces con sus etimologías, sino que las descompone en sus elementos, analizándolas gramaticalmente por sus radicales y partículas de composición, de manera de penetrar en su sentido primario y en su artificio de frases». M. Domínguez, por su parte, afirma que en el Tesoro «está virtualmente el indio tal como era en el momento histórico de la conquista, su antropofagia, su aritmética o manera de contar por nudos, los arrebatos con que las mujeres lloraban a sus deudos, sus hechizos y adivinaciones inocentes, sus extrañas endechas melancólicas y otros miles datos que escaparon a quienes nos describieron sus costumbres... Allí está cuanto el hombre de la selva amó y esperó en esta vida y en la otra, el mundo de los conceptos, su ideación, etc.».

El tercer libro fue el Catecismo de la Lengua Guaraní dedicado a la Purísima Virgen María Concebida sin pecado original, que apareció también en 1639. Esta obra, de más de 300 páginas, con un texto paralelamente escrito en castellano y guaraní, estaba destinado al uso de los misioneros, haciéndoles partícipes de su larga experiencia apostólica. Ya Bolaños había publicado un Catecismo, pero era un breve compendio de doctrina, mientras que ésta es una obra más completa, dirigida sobre todo a los catequistas.

Finalmente nos dejó Arte, Bocabulario de la lengua Guaraní, publicado en 1640, de más de 600 páginas. La arduidad para poder expresar con letras impresas los sonidos de esa lengua, lo que hizo «teniendo por intérpretes a los naturales», se hace evidente cuando leemos lo que él mismo nos dice en su obra:

«Quatro pronunciaciones tiene esta lengua muy necesarias, para hablar propiamente... La primera pronunciaci3n es narigal, que se forma en la nariz... La segunda es una pronunciaci3n gutural, que se forma in gutture, contrayendo la lengua hacia dentro... La tercera incluye las dos dichas, y se ha de pronunciar con nariz e in gutture juntamente... La cuarta pronunciaci3n es gutural, contracta...» ¿Cómo expresar con nuestras letras tan diversos sonidos y matices? Fue ello lo que llevó a que desde ya se pensase en establecer una imprenta en las mismas

reducciones, creándose nuevos cuerpos de letras, para editar allí dichas obras. Como se sabe, la primera imprenta que existió en nuestra Patria se instaló en la reducción de Loreto, en la actual provincia de Misiones.

Por desgracia, una parte de la obra del P. Ruiz de Montoya se perdió en Lisboa. Ya vuelto de España, le escribiría al P. Comental, el año 1642, refiriéndose a sus libros en lengua guaraní:

«Fue ventura haber dejado en Madrid la mitad de dos mil cuatrocientos cuerpos que imprimí, porque la otra mitad, con todo cuanto tenía, lo envié a Lisboa, donde queda todo sin haber podido sacarlo, y así vengo de la misma manera que si me hubiesen robado holandeses, padeciendo las necesidades del que, perdida la nao, escapa a nado, y gracias a Dios, que escapé con la vida, porque si me cogiera el alzamiento de Lisboa, sin duda que me la quitaran por lo que obré en la Corte contra portugueses». Recuérdese que precisamente en ese tiempo se producía la separación de España y Portugal, y Montoya había hablado duramente contra la corte de Lisboa.

Hemos dicho que nuestro héroe se enfermó seriamente en Madrid. A decir verdad, poca confianza tenía en los médicos que lo atendían, como se revela en una de sus cartas, donde escribe, no sin humor:

«Trece sangrías me dieron, y proseguían. Yo alegué lo que V. R. me había ordenado, que no sangraran; pero aunque me veían tan consumido, juzgaban convenir matarme a sangrías. Finalmente, llamaron al protomédico del Rey, como en caso desesperado ya; apartáronse a un rincón a tratar de acabar de matarme, y movido del deseo que tengo de volverme a esa provincia, les dije: «Cúrenme como quisieren, porque no me han de enterrar aquí, que he de volver a mi provincia».

Hacía ya 23 meses que estaba en Madrid. La nostalgia de sus amadas reducciones se acrecentaba de día en día. Cuenta Jarque que algunas señoras madrileñas le pidieron que se quedase en la capital de España y se dedicase a convertirlas a ellas, como había hecho con tantos gentiles. A lo que contestó: «Señoras, esta corte de Madrid es muy buena para dejarla por amor de Dios». Y volviéndose a un Padre que se encontraba allí con él, le dijo: «Padre Manquiano, no permita V.R. que mis huesos queden entre españoles, aunque muera entre ellos; procure que vayan a donde están los indios, mis queridos hijos, que allí donde trabajaron y se molieron, han de descansar». Ese mismo anhelo queda también de manifiesto en una carta que escribió al P. Francisco Díaz Taño, quien volvía por aquel entonces al Río de la Plata. La reproducimos, con los comentarios entre paréntesis que le hace Jarque:

«La carta de V. R. recibí con muy grande gusto y no con poca envidia de ver a V. R. partirse para mí patria –llama patria suya a la provincia del Paraguay, y a las reducciones donde vivió lo mejor de su vida– y quedarme yo en este destierro –destierro llama a Lisboa, a la corte de Madrid y a toda España, que por desterrado se tenía en ella). No es para mí este ruido, besamanos, cortesías, perdimiento de tiempo, y sobre todo traer ocupada la mente en negocios, cuidados y trazas, que pocas veces se logran. Finalmente, mi Padre, quedo como desterrado, y no hay día que para mi consuelo no finja que ya me llevan al navío, pero quiere Dios que sean no más que pensamientos por ahora, para que cuando después vuelva por ella, estime más el humilde empleo con mis indios, ajeno de embarazos, libre de emulaciones y cuidados inútiles. V. R. y sus compañeros gocen tanto bien, aunque no hayan de conseguir más que la conversión de un solo gentil. Que muchas veces parece que el no convertirlos a montones es no llenar el vacío del deseo. En lo cual conviene andar al paso de Dios sin pretender echar un pie delante de lo que quiere Su Majestad».

Por fin logró de sus superiores la autorización para retornar, el año 1643. Tras una visita a la Santa Casa de Loyola y el Pilar de Zaragoza, se embarcó en Sevilla, rumbo a Lima, su provincia religiosa.

V. Sus últimos años

Como las disposiciones de Felipe IV remitían a la decisión del virrey del Perú, el marqués de Mancera, el asunto de las armas, fue preciso que antes de regresar a la provincia del Paraguay e incorporarse de nuevo a las reducciones, se detuviese en Lima para gestionar personalmente, con el calor que lo caracterizaba, el permiso anhelado.

1. Trámites en Lima

Montoya llegó así a la ciudad virreinal.

«Aún vivían por este tiempo –escribe Jarque– algunos ciudadanos caballeros, eclesiásticos, seculares y religiosos que habían conocido y tratado familiarmente el Padre Antonio antes que entrase en la Compañía. Cuando éstos vieron tan prodigiosa mudanza en el sujeto y lo mucho que se había adelantado en el camino de la perfección, le cobraron particular cariño y fueron los que más se hicieron pregoneros de sus virtudes. Acreditólo mucho la grande autoridad del Ilmo. Sr. D. Pedro de Contreras y Sotomayor, arzobispo de Cuzco, que se había criado con él en el mismo seminario de San Martín. Este insigne prelado decía: –El Padre Antonio Ruiz no es santo ordinario, es un gigante en santidad, es santazo de marca mayor».

Sus gestiones ante el Virrey fueron exitosas, resolviéndose definitivamente, en 1645, la cuestión que tanto le preocupaba: «Es conveniente que manejen armas de fuego para su defensa contra portugueses dichos indios». Se determinó asimismo el número de armas que se les enviaría. En consecuencia, las Misiones recibieron gruesas partidas de mosquetes y arcabuces, así como la conveniente provisión de pólvora y municiones. Por su parte el Rey, en 1647, ordenó al Virrey que, ya que de doce años a esa parte, los indios habían defendido celosamente la frontera con el Brasil, les premiase por ello, concediéndoles al mismo tiempo cierto alivio en sus tributos.

A lo que correspondió el nuevo Virrey, en 1649, declarando a los indios «custodios de las fronteras y oponentes de los portugueses del Brasil», merced a lo cual quedaban relevados de cualquier tipo de servicio personal, con la pequeña obligación de pagar «solamente, (como) tributo a Su Majestad en reconocimiento de señorío, un peso de ocho reales por cada indio, en plata y no en especie». De esta manera, los guaraníes de las misiones jesuíticas pasaban a constituirse en guarnición de fronteras, para la protección de los dominios de España. Y tan eficaz fue dicha defensa que, por más de un siglo, es decir, hasta el aciago tratado de límites de 1750, aquellos pueblos impusieron respeto a los invasores.

A pesar del éxito de sus gestiones, Montoya se encontraba a disgusto en Lima, como le pasó en Madrid. Aunque tenía allí numerosos conocidos, se sentía como en destierro. Le repugnaba, sobre todo, la vida cortesana, igual que en España. Así se lo dijo al propio Virrey, que mucho lo apreciaba:

«Señor Excelentísimo, tan bien parece un religioso en su celda, como un príncipe en su trono haciendo justicia; y aquél parece muy mal en los palacios y casas de los señores cuando a empellones no lo mete en ellos la mayor gloria de Dios, o la caridad y celo del bien común».

Sólo para ello visitaba a las autoridades políticas. Pero lo hacía a regañadientes: «Con vergüenza acudo a palacio y tribunales, aunque hallo en todos demasía en los agasajos y favores; todos me hacen muchas honras; pero como no la he menester, ni las apetezco, me enfadan». Su pensamiento y su corazón estaban en otra parte, a miles de kilómetros de allí, en sus queridas reducciones.

En las cartas que envió desde Lima alude con frecuencia a su condición de desterrado, y cuando escribe a alguno de los Padres que están en las reducciones, aprovecha la ocasión para enviar cariñosos saludos a indios conocidos que

menciona por sus nombres. En una de ellas dice: «Tenemos dos mártires nuevos: el Padre Romero, mi connovicio, mi condiscípulo y mi deudo cercano. Dióle Dios los que a mí me ha negado tantas veces por mi indignidad. Matáronle en los Itatines, conquista nueva que empecé antes de ir a España». Y agrega: «Las demás reducciones perseveran con muchos aumentos, así me lo escriben, y aunque desean mucho verme por allá, deseo yo más verlos y morir entre ellos, porque deseo que mis huesos resuciten en medio de los suyos».

2. El Ruiz de Montoya místico

Durante su estadía en Lima acaeció un hecho preñado de consecuencias. Un jesuita, limeño con él, Francisco del Castillo, de 28 años, recién ordenado de sacerdote, y destinado a aquellas misiones, se acercó un día al P. Antonio para pedirle ayuda ya que estaba estudiando la lengua guaraní. Como se encontraba también espiritualmente inquieto por cierta inconstancia en materia de oración, recurrió a su profesor de guaraní en busca de consejos para su vida espiritual, lo que Montoya aceptó complacido. Y así el P. Antonio comenzó a enseñarle el modo y ejercicio de oración mental que él mismo tenía, inclinándolo a la sencillez de espíritu y a una vida en la continua presencia de Dios. Al enterarse Francisco de que Montoya preparaba su pronto regreso al Paraguay, le solicitó con insistencia que le dejase algunas recomendaciones por escrito.

Tal fue el origen de un tratado de mística al que su autor llamó Sílex del divino amor y raptó del ánimo en el conocimiento de la primera Causa, que quizás redactó hacia 1650. Antonio mostró la obra a personas entendidas, que aconsejaron publicarla. Pero por algunas dificultades prácticas, relacionadas sobre todo con las láminas ilustrativas que habían de acompañar al texto, el libro permaneció inédito por varios siglos. Gracias a Dios, el P. Rubén Vargas Ugarte encontró recientemente una copia en el Archivo Arzobispal de Lima, y la obra fue publicada por la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Trátase de un trabajo espléndido de gran nivel espiritual. El título parece depender de un libro de Louis de Blois, benedictino flamenco, que lleva por nombre Yesca del divino amor. La palabra sílex designa una variedad de piedra cuarzo, que produce chispas cuando se la fricciona. La obra se entronca en la gran tradición mística del catolicismo. Los motivos teresianos, muy frecuentes, se entrecruzan con los de San Juan de la Cruz. Se habla del monte de la contemplación, del castillo de la vida interior, de las mansiones, lo que revela una clara inspiración carmelitana.

Pero hay además evidentes influjos de Dionisio, San Bernardo, Hugo de San Víctor, los místicos renanoflamecos, fray Luis de Granada, San Juan de Ávila, Nieremberg, Álvarez de Paz, y, como es obvio, de San Ignacio, especialmente de sus Ejercicios y, dentro de ellos, de la contemplación para alcanzar amor. Mas la obra no se reduce a una mera sistematización de las ideas de dichos autores, sino que es fruto de una profunda experiencia personal, presentada con frescura, calor y poesía.

Una de las consultas que Francisco le había hecho al P. Montoya era acerca de la universalidad del llamado a la contemplación, o si aquél era privativo de algunos privilegiados. Montoya contesta de manera categórica: todos estamos convocados a la contemplación, lo que en el fondo no es sino llevar la fe hasta sus últimas consecuencias.

A la objeción de Francisco: «Dices que este ejercicio tan sublime no es para nuevos, ni para todo género de gente, con que pretendes conservarte en tu tibieza, sino solamente para aquellos que fueron llamados a las bodas que el otro rey celebró para sola la esposa...», le responde: «A la vista de esta divina visión, en que consiste una eternidad de gloria, eres llamado... Déjate llevar de la fe hasta que en el cielo se llene tu entendimiento de aquel divino lumen de gloria».

Analicemos algunas de las enseñanzas del Sílex.

a. Elevación espiritual de todo el hombre

El proceso de la vida interior supone un largo itinerario. En lo que toca a la oración, será preciso pasar de la «cogitación» a la «meditación», y de la «meditación» a la «contemplación» y unión con Dios, como de una chispa de fuego se enciende una antorcha, y de ésta un monte de leña. La meditación es como ingresar en una pieza muy adornada de retratos y pinturas; entramos en ella, la recorremos, hasta que nos detenemos en un objeto que arrebatara nuestra admiración y gusto. Eso es la contemplación.

Pero la contemplación, bien entendida, supone la ofrenda del propio ser, cuerpo y alma. Montoya ve en el alma la imagen más perfecta de Dios, una imagen indeleble. Sus tres potencias reflejan el esplendor divino: la memoria, que es como la fuente, espeja la persona del Padre; el entendimiento, que es como el arroyo, la persona del Hijo; y la voluntad, que es como el lago que se forma de esa fuente y de ese arroyo, la persona del Espíritu Santo. Por eso dice la Escritura que «Dios creó al hombre a su imagen». Con sus tres potencias distintas y su esencia única, el alma se asemeja a Dios, uno en esencia y trino en persona. Están también los sentidos, pero éstos son, al decir del P. Antonio, «la región exterior o el arrabal» del hombre.

El centro y el fondo del alma no es otro que la concordia de las potencias: memoria, entendimiento y voluntad, a las que hay que recoger de todo lo criado, levantándolas unidas entre sí al ser sobrenatural por la participación de la gracia en la esencia del alma. «Es tan capaz el alma, que ella misma no se sabe comprender mientras vive en la carne de este cuerpo, hasta que, apartada de él, conozca en el cielo su grandeza y vea la capacidad que tiene, en que cabe Dios y no harta su hambre y deseo sino Él».

El hombre está hecho para conocer y amar a Dios. Por eso la teología, escribe Montoya, es una por el objeto, porque sólo mira a Dios, pero se viste de dos diversos trajes. La escolástica se atavía de la razón natural; alcanza a Dios por el entendimiento, pero no lo encuentra en sí mismo, sino como metido y encerrado en la razón. La mística viste traje simple y humilde; huyendo de vocablos y argumentos, se esconde en el silencio, porque apunta «no sólo al conocimiento de la primera Causa, sino a su aprehensión y unión con Ella con un desnudo, simple y silencioso acto».

Para ser menos indigna de una vocación tan elevada, el alma deberá irse liberando de todo tipo de ataduras. Sólo así podrá levantar vuelo hacia Dios, hacia ese Dios que, paradójicamente, la habita, que «es el apex y el centro de tu alma», le dice a Francisco. Como María, la de Betania, que «no se divertía de la presencia de Dios, que tenía presente... Dios fue su salmodia, con que para sí cogió la mejor parte». Interioridad a la vez que trascendencia. «La mente tenía despabilada siempre, para que por instantes suba a la divina presencia, que sin subir la tienes en tu centro».

Será preciso, por cierto, un proceso de purificación de las facultades del alma si se quiere acceder a la divina contemplación. Habrá que encender la lámpara del entendimiento con los rayos de la fe, «a cuya luz irás borrando las formas y figuras, imágenes y apetitos de todo lo sensible; con que caminarás seguro al conocimiento de la primera Causa, que, como desnuda de formas y accidentes, necesitas para hallarla de una total desnudez de ellas». Montoya contrapone la fuerza de la fe con la volubilidad de la imaginación: «La fe concilia gusto, como verdad cierta. La imaginación, tedio, olvido e inconstancia. Y así los que la siguen imitan a la noria, de cuyos arcaduces apenas se llena uno cuando se vacía en otro, y en [un] instante le contemplas lleno y vacío. Son también imitadores de la araña que todo el tiempo gasta en tejer y destejer sus telas. Y el fruto de su afán es un mosquito».

Será menester despojarse de los sentidos, pero también de los logros del entendimiento en el plano meramente racional. Montoya recurre a un texto

terminante del salterio: «He sido reducido a la nada y no entendí; fui hecho como jumento ante ti, y yo siempre contigo» (Ps 72, 22,23). Lo que así comenta:

«Redúctese a ser nada en todos tus sentidos. Y en el entendimiento aplica aquel nescivi, no entendí. Fúndate totalmente en la ignorancia. Que en ésta hallarás el más sublime saber y la ciencia mayor. Retira tu entendimiento de todo criado ente, sea cual fuere, y con rigor abstrae de él tu pensamiento al modo de un jumento. A Dios te une con el et ego semper tecum, y yo siempre contigo. Y lo estarás, si en la fe sola tienes fijo e invariable el pensamiento y la voluntad enhundida (sic) en la primera Causa. Esto explicó el gran Dionisio, que se desterrase todo lo sensible de sentidos y, del entendimiento, todo inteligible criado, estando atento sólo a los rayos claros de las divinas tinieblas de la fe, en que habita la Verdad divina».

La contemplación permitirá «una soberana exultación del entendimiento», haciendo caminar al alma hacia una vida pura y celestial, angélica y divina. Montoya hace suya la definición de la contemplación como *elevatio spiritus in Deum*, elevación del espíritu a Dios y también *conversatio amicabile et assidua cum amico Deo*, conversación amigable y asidua con nuestro amigo Dios. «Centella de fuego la llamó alguno, la cual, si no hay estorbo, sube a su región tan alta que el entendimiento se queda sin poder seguilla (sic). Porque su centro es sola la divinidad, eterno fuego de donde ella salió como una chispa». El entendimiento es el ojo del alma, «de cuyo mirar queda herido el Esposo».

El P. Antonio relaciona la contemplación con el espíritu de infancia espiritual. Si uno no se hace como niño, no puede entrar en el reino de la contemplación. El niño, escribe, sin recurrir a argumentaciones complicadas, toma el panal de miel; no pregunta antes quién lo hizo, ni para qué sirve, sólo le interesa el dulce que contiene y poder degustarlo. Por eso el hortelano cuando ve que un chico quiere entrar a la huerta, lo despide sin más trámite; en cambio, cuando a ella acuden doctores, filósofos, médicos o sofistas, los recibe con sosiego, para que el filósofo defina la fruta, el médico señale sus cualidades...

«Y es porque conoce que estos doctos entran sólo a apacentar la curiosidad en la fruta, no a comerla. Los niños sí, a comer y hartarse de ella». Tampoco al demonio le preocupa que hagamos curiosos y eruditos discursos sobre las cosas de Dios, o los diversos modos de orar. Pero si llegamos a gustar el fruto, entonces se sulfura tratando de impedirnoslo. «Y así, dejadas las cuestiones, te conviene valerte de la simplicidad de niño, con que veloz, alegre, desocupado, ansioso, confiado y libre, llegarás a satisfacerte con plenitud entera de los suaves frutos de aquel divino árbol de la vida».

Pero no basta con elevar el ojo de la inteligencia. Será preciso, asimismo, afinar la voluntad. Ya la experiencia se encarga de mostrarnos la vanidad de la vida, en que lo pretérito se muestra como pasado, lo presente transcurre con el volar del tiempo, y el futuro será pronto pasado. Todo lo que acontece en esta vida «está constante en la inconstancia». Por eso, si eres cuerdo, «sé constante en emplear tu voluntad entera en lo que siempre fue, es y será, sin contingencia de dejar de ser eternamente, que es Dios, Padre y único Bien tuyo».

La voluntad es llevada por la gracia a la unión. Siguiendo a Santa Teresa, Montoya le dice a Francisco que sólo será de Dios cuando su voluntad estuviere tan unida a la divina que no haga diferencia de amargo o dulce. Claro que más penoso es lo amargo que lo dulce. De ahí la necesidad de que la voluntad se disponga a «padecer lo divino», padecer lo que el entendimiento le muestra. Ante el ejemplo de Cristo, que se abrazó con la pasión y la cruz, la voluntad deberá estar dispuesta al sufrimiento y a la muerte, llegando a preferir el dolor al gozo, «porque en éste [en el gozar] puede haber muchos engaños y peligros, pero en el rapto de la voluntad, metida en el apex -ápice- de un padecer sensible y tan sutil como éste, no sólo no hay peligro antes suma seguridad». En este estado tan sublime de

enajenación, renuncia y desappropriación, la voluntad del hombre acaba por rendirse a la voluntad de Dios.

Porque de lo que en el fondo se trata es de eso: de unir la propia voluntad a la de Dios. Nunca dicha unión será perfecta.

Sin embargo, dice Montoya, «aunque parece que aquí la halles imperfecta, porque dar el sí en un desposorio es de dos sujetos, el darse las manos es de dos personas, el abrazarse con el amor divino es de dos entes, llegará su hora cuando esta unión en dos voluntades divididas vengan, como dos ceras, a derretirse en una y venga a formarse un deogéneo, no por naturaleza ni por la unión sola de la gracia común, que esa es unión común a todo justo. Será la unión con que el elemento más noble y luminoso, que es el fuego de que la invisibilidad de Dios se viste para hacerse visible objeto al hombre, y un pedazo de tierra convertida en hierro frío, negro, áspero, pesado y sin forma de agente ni potencia activa, se unen y transforman. De manera que no perdiendo el hierro su entidad y forma, ni el fuego su esencia y cualidades, hacen una mística metamorfosis... Con que el barro negro, pesado y tosco, por aquel tiempo que con especial gracia dura la unión del alma, parece un Dios sin distinguirse por entonces diferencia».

Así el alma, a través de sus dos facultades más nobles, entra en desposorios con Dios, más allá del espacio y del tiempo. Por eso, le dice a Francisco, cuando ores no lo hagas en un lugar. Porque Dios es uno, y tú y tu lugar son dos. Dios te quiere solo. Has de estar sin lugar, para que en ti tenga lugar esta presencia, y tu alma viva respirando en Dios. A ello se reduce el «único necesario» de María. En dicho ámbito no sólo encuentran su plenitud la inteligencia y la voluntad sino que incluso se recobran los sentidos, pero ahora en un nivel místico: se oye sin oídos, se toca sin tacto, se ve sin ojos carnales. He ahí el itinerario de la elevación espiritual. Montoya se aplica a señalar las diversas moradas o mansiones –trece– que integran el castillo donde habita el Esposo divino.

En su transcurso se produce el éxtasis, acompañado a veces por el propio cuerpo: «Es tan vehemente y arrebatada esta acción del alma, padecida con tanta violencia, a recogerse al corazón y la cabeza, que parece quiere llevar el cuerpo por los aires. Y de aquí procede la elevación del cuerpo, que queda a las fuerzas del alma tan ligero y no con más peso que una pluma, haciendo aquí aquella divina ave de rapiña del divino Esposo lo que el halcón que en sus uñas arrebató la humilde avecilla y la tramonta».

b. Dejarse hacer por Dios

Para Montoya el espíritu es la parte más alta y sublime del alma, la que confina con los ángeles, la que nos permite entender y amar las cosas eternas. Incluye allí aquellas dos potencias de que hablamos: el entendimiento, que cuando lo ilumina la fe, es como el ojo con que se percibe las cosas divinas; y la voluntad, con que se ama las cosas percibidas. Pero enseguida señala la diferencia que hay entre el hombre espiritual y el hombre contemplativo. «El fin de aquél es pedir, el de éste es unirse con Dios por medio de la contemplación. El oficio de aquél es agere – moverse o actuar–; el de éste es agi –ser movido–; aquél hace y éste padece».

De ahí la necesidad de la pasividad, como disposición que se ha de procurar con todas veras. Montoya le recomienda a su discípulo que se ponga como la materia en manos del artesano, no rebelándose contra la forma que le quiere dar según su idea. «Déjate en las manos de Dios, como en las mías este papel, para que yo escriba en él lo que yo quisiere. Y si esta disposición alcanzas, verás en ti la forma que te imprime».

Volverse pasivo frente al Amado. «Pasivo es cuando no está en tu mano sino en la ajena el suspenderte. La cual con violencia te arrebató de tu acción y te suspende, sin que tu voluntad con contrario acto pueda resistir». En este estado, el alma unas veces habla sin pronunciar palabras, otras calla, guardando silencio;

habla derramando sus deseos, dando golpes al corazón de Dios; calla cuando deja de pedir, suspendiendo el entendimiento y dando paso al amor. «Ata aquí Dios la imaginación aturdida. Y ya no tiene licencia de callejear. El entendimiento está asido a Dios, como el acero de la piedra imán».

c. El desnudamiento

Será preciso, le enseña Montoya a su confidente espiritual, el despojo total del alma, mediante un ofrecimiento libre e irrevocable de abandono en las manos de Dios, «fundiendo el metal de su voluntad en el metal de otra», de tal modo que se vuelva totalmente «enajenada», hecha de otro, desapropiada, al punto de tornar real lo del Apóstol: «ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí». Admirablemente se lo dice:

«Una sola cosa te pide tu eterno Padre, que mudes los pronombres. Y, en lugar de mi gusto, pongas su gusto». Pero enseguida agrega: «En desapropiarte de tu voluntad y darle muerte y sepultura en la divina, no la perdiste, antes la mejoraste». Como se ve, trátase de un proceso de progresiva simplificación, y en el fondo, de transferencia de personalidades. Montoya es fiel a la enseñanza tradicional. Ya San Jerónimo describía la imitación de Cristo como «seguir desnudo a Cristo desnudo».

San Juan de la Cruz, por su parte, afirmaba que siendo desnuda la esencia de Dios, también el alma había de llegar desnuda de materia y formas a la unión con Él. El motivo de la «desnudez» asoma en todas las páginas del Sílex.

En relación con este tema, el P. Antonio, enaltece el sentido positivo de la nada. Tal fue nuestro origen, y el de todo el universo, antes de la creación. «Mira qué estupendo poder que en nada y de nada fabricó tan grandes cuerpos y tan latos espacios que pensarlo sólo deja suspenso el entendimiento». Si el hombre, que viene de la nada, llega a entender que es nada, será materia aptísima para que Dios lo modele a su gusto. «Conociéndose Dios ser infinito, en ese infinito ser conoció la nada. Porque Dios es todo ser y fuera de Él todo es nada. Dista el ser del no ser espacios infinitos. Y esos espacios de antigüedad tiene tu alma».

Siempre de nuevo será preciso «reducirse a nada», ya que el proceso de santificación es una suerte de retoma del proyecto inicial de la creación.

Y, «como el principio de su obrar sea la nada, de la cual sacó los cielos, los ángeles, los hombres..., quiere, para fabricar en ti lo que desea, hallar en ti disposición de nada y lo que ésta encierra en sí, que es no repugnancia... Ponte en aquel paraje que tenías antes que en ti naciera el ser que tienes, y, aunque en aquella nada puedes decir que eras Dios, porque estabas entonces en su divina idea y todo lo que está en Dios es Dios; pero en ti solo no eras nada.

«Mira con atención y rendido agradecimiento lo que en Dios sin ti fuiste en aquella nada. Mira ¿quién le rogó por ti que te hiciese y que de no ser te diese el ser que tienes? ¿Quién solicitó su memoria a que olvidado no te dejase en aquel inmenso caos de la nada y que aquí hallaras un abismo en que fundar tu nada y tu agradecimiento, pues siendo nada fuiste todo lo que pudiste ser?... Toma este consejo y vuélvete a tu nada... El principio de tu obrar ha de ser nihil –nada– y, mientras más te redujeras a ser nada, más apta materia serás en que Dios obre... Ponte en el quicio de la voluntad divina. Déjate llevar por donde Él quiere».

Magnífico texto, digno de figurar entre las páginas selectas de los grandes maestros de la mística. En otro lugar insiste:

«Te importa reducir a nada cuanto en ti tienes, para que tu ser sea en Dios y puedas transformarte en un ser deífico». La idea de Montoya queda de algún modo concretada en el espléndido «acto de renunciación» que propone a su dirigido: renuncio, en general, a todo lo que no sea Dios, renuncio a mi ingenio, mi libertad, mi razón, a los honores humanos, las posesiones, los puestos, las alabanzas de los

demás, los gustos, el descanso y la comodidad, «porque deseo ponerme desnudo absolutamente en la presencia de mi Dios, como lo estaba la nada, para que de mí, como de nada, haga o deje de hacer lo que fuere de su debido gusto».

De esta manera, le dice a Francisco, tu voluntad se dará por satisfecha con el peor lugar, con el peor vestido, con la peor comida, con el peor desprecio; aspirando incluso a un total olvido de los hombres, dispuesto a que Dios te aniquile, si tal fuera su voluntad, es decir, que vuelvas a aquel caos de la nada, de donde te sacó.

«Y esta consideración te aprovechará mucho a buscar la muerte a tu voluntad en todo caso, así ad extra de criaturas, en disgusto o gusto, como ad intra de tu interior república; con que tu voluntad ya muerta, al calor del divino incendio, recibirán las cenizas de tu fénix más gloriosa vida».

El lenguaje que emplea Montoya podrá escandalizar a los ignorantes, malinterpretándolo, o a los mediocres, que lo tacharán de exagerado. Ello en nada invalida la grandeza de esta mística de la nada y de la aniquilación, uno de los grandes temas del Sílex. No se trata de andar siempre particularizando la renuncia y el abrazo con la nada, le dice a su discípulo: «Porque te será de estorbo grande repetir todo este acto, te has de valer de sólo esta palabra renuncio, refiriéndote a todo este acto... No has de descender a singularizar lo que renuncias, sino hacer una total renunciación; de todo lo cual ha de recibir sus quilates en el afecto. Porque si descienes a particularizar las cosas que renuncias te distraerás de aquella intuición, a que el alma debe esta atentísima con sola la voluntad y la mente». Tal es la clave de la contemplación: «Mientras más hicieses de vivir no en lugar, vivirás con más anchura en Dios, que nada ocupa».

d. La inefabilidad de Dios

En el modo de hablar de Montoya se delata la dificultad que experimentaba para declarar plenamente la verdad entrevista. Las palabras con que trata de enseñarle, le dice a Francisco, son completamente inadecuadas, sólo alcanzan «los arrabales de la ciudad en que tu Padre celestial vive»; las luces que ves son antorchas que allá no sirven.

A medida que vayas conociendo más a Dios, desearás que tu memoria, tu entendimiento y toda tu voluntad se concentren en sólo Él, «y cree que esta estrechura encierra latitud infinita, porque la empleas en aquella infinidad de Dios». Si en Él pones los ojos, eres topo; si con tu tacto quieres abrazarlo, quedarás vacío; si quieres explicar sus perfecciones con palabras, «quedará mudo tu concepto». Sólo puedes conocer sus atributos a través de las creaturas, pero «todas las perfecciones de Dios son increadas».

Al hombre no le es dado expresar de manera apropiada las cosas divinas. Sólo le queda hacer juegos de palabras, recurrir a paradojas. No te espante, le dice por ejemplo a Francisco, el nombre de muerte o mortificación, que si llegas a morir en las manos de Dios con esa muerte, verás muy claro que es la verdadera vida. «Y advierte que, mientras no acabares de morir, vivirás muriendo. Y tanto más gustarás de la mortificación cuanto más te acerques a la muerte, porque te reconocerás más cerca de la vida». La verdad es que «el que más sabe de Él, conoce en sí más ignorancia, por lo infinito que en sí encierra».

Dios se deja conocer mejor por la nesciencia que por el saber del hombre más inteligente.

«Y en esa desesperación de comprender hallará la mayor comprensión que pueda imaginarse. Y en ese caminar a veloz paso en oscuridad tan tenebrosa está el sosiego, la quietud, el reposo y el no bullirse el alma en tal veloz carrera». Será preciso, agrega, siguiendo a San Juan de la Cruz, «rastrear en su ausencia». Desnudándose de su presunta ciencia, se arrojará a «lo más denso de la tenebrosa calígine», en donde habita aquella luz increada. «Y ése viene a quedar tan ciego en

claridad tan oscura que viene a perder totalmente la vista y con ella los demás sentidos. Y ése, cuando conoce más entiende menos. Y viene a quedar más ignorante, cuanto más se anega en el abismo de la incomprehensible esencia».

Desde el punto de vista de nuestra mirada, Dios se manifiesta no tanto en la luz cuanto en la tiniebla. Quien a Él se encamina es como si estuviese subiendo a un altísimo monte. Al paso que asciende, se adensan las nubes, hasta que se interna en el mismo espesor de la nube. Montoya recurre a algunos textos de la Escritura para refrendar la imagen: «Dios dijo que habitaría en la nube» (1 Re 8,12), «Dios quiere habitar en la tiniebla» (2 Cron 6,1), «Obscuridad bajo sus pies» (Ps 17, 10), «Hizo de las tinieblas su tienda» (Ps 17, 12), «Nubes y obscuridad en torno a él» (Ps 96, 10).

«Es, pues, visión intelectual de Dios in caligine [en la tiniebla] aquel conocimiento con que, dejada toda criatura y toda semejanza de misterios aún sobrenaturales es llevada el alma a Dios como incomprehensible, incogitable e [in]inteligible e inmensurable, y es sumergida en Él como en un piélago de infinita esencia, que la misma alma ignora... Vese el entendimiento simplemente arrebatado a una vista en que no ve nada... Ve, porque aprehende todo lo que es en una oscuridad y cierta nébula que encierra toda la luz increada, cuya claridad sensible, con toda certidumbre que es inmensa, no ve. Porque la obscuridad no se ve. Y ve porque ve una inmensa luz cubierta de tinieblas... Así como sucede al que fijamente pone los ojos en el sol por algún rato y al punto los cierra para que los ojos no queden totalmente ciegos y teniéndolos así cerrados no ve el sol pero aprehende una luz muy grande, y quedan insuficientes los ojos y como lesos para mirar al sol, así el entendimiento... Y con la divina, infinita iluminación quedan cerrados los párpados de su flaqueza. Y estando así presente a Dios no lo ve claramente, porque lo inmenso e incomprehensible que reverbera, obtunde la vista y tapa los ojos del entendimiento. Y queda esto con una ciencia divina, fundada en la nesciencia de Dios, que es la mayor ciencia que se puede alcanzar en esta vida».

Las expresiones de Montoya nos traen al recuerdo la mística apofática de San Gregorio de Nyssa y su exaltación de la tiniebla como cumbre de la contemplación mística. De hecho, el P. Antonio menciona expresamente al Niceno y su obra La vida de Moisés, cuando afirma que la ascensión espiritual hacia la contemplación ha sido prefigurada en aquella subida de Moisés al monte: «Moisés accedió a la tiniebla en la que estaba Dios» (Ex 20,21) y «al séptimo día llamó Yahvé a Moisés de en medio de la tiniebla» (Ex 24, 16). Invoca asimismo a Dionisio según el cual «este no ver y no saber es verdaderamente ver y saber». De lo cual colige que será preciso anteponer esta obscuridad clara a todos los conceptos, arrojándose solo y despojado de sí, a esa divina obscuridad y caos.

«El objeto que [el entendimiento] ha de tener en esta vista es una impotencia de no poder ver, no poder comprender, no poder alcanzar, no poder penetrar lo que desea. Y esa impotencia, tenebrosidad, deslumbramiento, ceguedad y pérdida total de poder ver es el objeto de su mayor vista. Y entonces ve más cuando se ve más ciego».

Como se puede advertir, la teología mística de Ruiz de Montoya, deudora sobre todo de los Padres griegos, y especialmente de Dionisio, predilecciona las negaciones y las paradojas. Las expresiones de esta índole se suceden: «obscuridad luminosa», «los rayos de la divina obscuridad», «la mayor ignorancia es mayor sabiduría», «tanto más contenta queda el alma con esta caliginosa luz, cuanto menos distintamente ve», «en la ignorancia hallarás el más sublime saber», «sin ver nada verás todo», «tu mente fija en la vista de lo que no viste», «aquí toca sin tacto lo que no es palpable», «aquí se quema sin que haya fuego», «murieron y fueron sepultados en la misma vida», «mientras no acabares de morir, vivirás muriendo», «todo lo que pasa en esta vida, que sólo está constante en la inconstancia», «pues el que más sabe de Él, conoce en sí más ignorancia, por lo

infinito que en sí encierra», «a esta obscuridad y calígene subida caminas, donde la mayor obscuridad es mayor luz y la mayor ignorancia, mayor sabiduría»...

En su lucha por decir lo indecible, como todos los grandes místicos, Montoya desconcierta nuestro apego cartesiano a las «ideas claras y distintas», en la seguridad de que el acceso a la trascendencia pasa por la nada, la tiniebla, la ignorancia, las negaciones y las paradojas, es decir, por la renuncia a todo lo tangible e inteligible.

Resultan, a este respecto, muy expresivas las palabras con que cierra el libro: «He procurado decirte en poco mucho. Pero, como el sujeto de todo este tratado es Dios incomprehensible, todo cuanto se ha dicho es nada».

e. Mística y terruño

Quisiéramos acotar un dato ilustrativo. Y es el carácter telúrico de su experiencia mística, o mejor, la relación de su experiencia espiritual con el entorno en que le tocó actuar. Que el autor del Sílex sea el mismo que el de la Conquista espiritual no deja de resultar sorprendente. Entre ambas obras la relación es más estrecha de lo que se podría imaginar.

El mundo desbordante de la selva paraguaya, brasileña y argentina, habitat de los queridos guaraníes, capitaneados por este hombre excepcional, invade las páginas del Sílex. El frecuente recurso a los árboles, los arroyos, los insectos, a los que vuelve inesperadamente en medio de las más sublimes experiencias contemplativas, expresa la profundidad de su enraizamiento en nuestro paisaje criollo, a pesar de su declarada renuncia al mundo; al perderlo, lo volvió a encontrar, pero ahora en otro nivel.

Mientras vamos leyendo el Sílex, escuchamos el canto de las aves que surcan el cielo, el chillido de los monos que se congregan en manadas, el deslizarse de las serpientes de río que emponzoñan las aguas para atraer a los peces incautos. Los engaños en la vida espiritual le recuerdan a Montoya lo que le sucede a «la culebra, que se desnuda de la túnica que tenía tan rota, que ni a ella ni a otro sirve, quedándose con otra nueva y tan arraigada que ella misma no puede desnudarse de ella». La poca estimación de sí mismo se asemeja a la del «hongo que sale del estiércol». El vuelo del águila le evoca al Espíritu Santo, que arrebató a los polluelos para llevarlos a las alturas de la gloria. Los que dejan la virtud porque no les gusta su ejercicio «imitan al papagayo, quien primero reconoce el grano y, si no es de su gusto, lo arroja y, si le cuadra al gusto, lo deshace y desmenuza y de él sólo come lo que su gusto apetece; y desperdicia mucho».

Refiriéndose al carbunco, un coleóptero de zonas tropicales que emite destellos azulados, escribe: «Alguna vez viste al celebrado carbunco. Criólo la potencia de Dios en una vil creatura para que tú conozcas su nobleza. Quién ve en un animalejo del tamaño y forma de un porrillo, a quien, después de haber comunicado lo común que a todo animal, le puso en la frente una antorcha tan parecida al fuego y al luminoso brillar de las estrellas, que él solo sobrepuja a la luz de muchas luces encendidas. Tus ojos vieron con espanto en este animalejo la omnipotencia de Dios. Pues en él, al punto que le viste, hiciste algún concepto del lumen gloriæ –luz de la gloria), con que los cuerpos bienaventurados, penetrados de él, despiden rayos de luces en el cielo. Puso Dios en este animalejo un ojo en el superior lugar de la cabeza y superior en grandeza a los dos comunes. Cubriólo con sus párpados para que más o menos a su gusto le sirviere. Y ¿de qué?, si piensas. Sólo para buscar el sustento de su vil cuerpo en lo más obscuro de la noche, cuando sólo tiene licencia de buscarlo».

La necesidad que Montoya experimentaba de mantener la devoción cuando se dirigía de un pueblo a otro, de adorarle en la iglesia que había dejado lo que duraba la mitad del camino, y en adelante adorarle en la iglesia donde iba, le recuerda «al girasol que al moverse del sol allí se inclina y cuando se le pone en el ocaso se

vuelve a enderezar mirando al cielo por no perder tiempo, como mirando al lugar que encierra al que desea, hasta que lo ve salir otra vez por el oriente». Los tornasoles del girasol se le muestran como una invitación a polarizarse en Dios, a hacer de su vida un acto de plegaria indeficiente, orientando siempre la mente hacia el Señor. En todas las creaturas encontraba un incentivo para elevarse a Dios: «Ves una flor muy hermosa y olorosa; penetra, por eso que ves, oyes y hueles y palpas, en la causa de todo eso».

Refiriéndose a la grandeza del sol y a la belleza de los astros: «Mira, que esto que ves –escribe–, así medido y adornado con tantas lámparas tan estupendamente grandes, son los arrabales de la ciudad en que el celestial Padre vive». Ruiz de Montoya es un místico criollo, un místico nuestro, que partiendo de la naturaleza en que se movió supo elevarse airoosamente al mundo de la trascendencia.

Interesantes son, asimismo, las similitudes espirituales que le sugiere la navegación azarosa de la época. La oración abstracta es «como la nave que, zafando las áncoras, que la tenían presa, y, soltando las velas al tiempo, se enmara y engolfa y pierde de vista la tierra a poco espacio. Mira con la aguja al norte de su rumbo, a las Indias del mejor tesoro...». El entendimiento infecundo es «como navío que, quebrado el mástil y sin velas, anda acosado de las olas, sin potencia alguna de hacer viaje, esperando sólo algún furioso huracán que lo trastorne...»

Las páginas del Sílex incluyen también elementos de medicina, así como alusiones a los diversos oficios humanos, observaciones sobre las facultades del alma, y referencias a las jerarquías angélicas. Todos estos elementos, naturales y sobrenaturales, se entrecruzan en una red vibrante de símbolos, vertebrados en torno a Dios, el ser subsistente y englobante.

«Y no entiendas que este buscar y hallar a Dios de esta manera es sólo para el obscuro retiro de tu celda. Al sol del mediodía en las calles y plazas lo hallarás, si quieres poner algún cuidado en buscar a quien en cualquier parte está presente y quiere y te solicita a que lo busques, y anda perdido por que tú le halles».

No deja de ser conmovedora una notable confesión que Montoya nos ha dejado en su Sílex, es a saber, que fue uno de sus indios guaraníes, Ignacio Piraycí, de la reducción de Nuestra Señora de Loreto, en el Guayrá, quien lo instruyó en el modo de hacer oración. Este indio, nos cuenta, tras su bautismo en edad madura, se aplicó al estudio de la ley divina, oía misa cada día, y visitaba el Santísimo al ir al trabajo y al retornar de él. Poco a poco Dios se le fue comunicando. Recurriendo el P. Antonio a la segunda persona para relatar su propia experiencia escribe: «Acuérdesete que andabas por aquellos días deseoso de hallar modo fácil de tener continuamente presencia de la primera Causa. Y quiso el cielo que éste, nuevo en la fe, a ti ejercitante antiguo, te enseñase en un solo acto de fe lo que buscabas». Un día, al salir de misa, sin preguntarle él nada, le contó el indio cómo vivía incesantemente en la presencia de Dios:

«Yo, dice, en despertando, luego creo que está Dios allí presente y acompañado de esta memoria me levanto. Junto mi familia y, guiando yo el coro, rezo con ellos todas las oraciones. Acudo luego a oír misa, donde continúo mi memoria y acto de fe que allí está Dios presente. Con este misma memoria vuelvo a mi casa. Convoco mi gente a que acuda al trabajo. Voy con ellos. Y por todo el camino conservo esta memoria, que nunca se me pierde, mientras la labor dura. Vuélvome al pueblo y mi pensar en el camino es sólo que allí está Dios presente y me acompaña. Con este mismo pensamiento entro en la iglesia, primero que en mi casa. Allí adoro al Señor y le doy gracias por el continuo cuidado que de mí tiene. Con que alegre y contento entro en mi casa a descansar. Y, mientras como, no me olvido que está allí Dios presente. Con esto duermo. Y éste es mi continuo ejercicio».

Así era de simple su oración, acota Montoya. En lugar de todos los momentos que se suelen enumerar para hacer la oración mental: puntos de meditación, composición de lugar, petición, etc., sólo vivir en la presencia de Dios.

Bien ha escrito Jarque: «De este maestro tomó la lección el P. Antonio para serlo después de ciencia tan provechosa. Dio mil gracias al Padre de las Misericordias: Quia abscondit hæc a sapientibus et revelavit parvulis, porque escondió estas cosas a los sabios y las reveló a los pequeños».

Por eso le recomendaba al P. Francisco que no se extrañase si alguna persona rústica le consultaba sobre cuestiones místicas, abstraídas de formas y figuras. «Considera que más sabio sale del retraído rincón el idiota, olvidado de sí, que de la cátedra el que soberbio se vende por letrado». Adviértase que en aquellos tiempos se llamaba «idiota» al hombre sin letras.

La figura mística del P. Ruiz de Montoya merecería ser más conocida. Su existencia es una lograda realización del ideal soñado por San Ignacio, rara mezcla de contemplación y de acción. Los primeros jesuitas gustaban calificar al fundador de la Compañía, como contemplativus in actione. Sólo un estilo de vida semejante es capaz de explicar adecuadamente esa gran gesta sagrada y pastoral que fueron las reducciones guaraníicas.

En los consejos que el P. Antonio le dio al P. Francisco acerca de la oración y de la manera de prepararse a ella como corresponde, le decía: «No tendrás por larga ni ociosa esta preparación, si has llegado a conocer qué cosa es hablar con aquella tremenda Majestad de Dios, qué son los negocios sobre que hablas, que son su mayor gloria, tu salvación y la de tus prójimos». Le será preciso unir armoniosa y jerárquicamente la contemplación y la acción: «Tú no te hagas juez en el pleito de Marta y María, que la sentencia ya la dio el Maestro: Maria optimam partem elegit, María eligió la mejor parte. Y tú, si eres cuerpo, divide el cuerpo entre las dos hermanas. Y, pues el empleo de María es el mejor, no le des el peor tiempo. Alienta tu cuidado a la conciencia en que el que más sabe viene a ser más ignorante».

VI. En hombros de sus indios

Hemos dejado al P. Montoya en su Lima natal. Lo que realmente anhelaba era volver cuanto antes a sus queridos indios. Pero la cosa se hacía cada vez más difícil porque su salud declinaba día a día. Trasladado al colegio de San Pablo, murió en uno de sus cuartos, el 11 de abril de 1652, en brazos de su amigo y discípulo, el ahora venerable P. Francisco del Castillo. Sin duda que su deseo hubiera sido morir mártir. Pero Dios no lo quiso así.

El entierro fue imponente, ya que a él asistió el Virrey y la Real Audiencia en pleno, así como lo más granado de la población. Ya su fama de misionero apostólico y santo había cundido por la ciudad. Pocos días después, los padres de la Provincia jesuítica del Paraguay, así como numerosos indios, pidieron que enviaran los restos del querido P. Antonio a las reducciones. No era, por cierto, simple trasladarlos a tan gran distancia. Con todo, los jesuitas limeños accedieron a aquel razonable deseo, si bien no todos sus despojos fueron enviados. Se dice que en Lima se conserva todavía una caja sellada donde habrían quedado algunos restos del Padre, quizás dos huesos.

Un grupo de cuarenta guaraníes, provenientes de Loreto, se dirigieron a Lima para recuperar aquel cuerpo que realmente les pertenecía y llevarlo consigo hasta su tierra. Para ello debieron recorrer a pie, en viaje de ida y vuelta, unos 11.000 kilómetros. Ignoramos la ruta precisa que siguieron en el recorrido de ida, pero en lo que toca al retorno sabemos que pasaron por Potosí, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba. En todas estas ciudades una multitud se agolpó a su paso. Luego se dirigieron a Santa Fe, desde donde, por vía fluvial, llegaron a Asunción. De allí el féretro fue llevado triunfalmente por todas las reducciones al sudeste del

Paraguay, hasta Encarnación, desde donde pasó a Candelaria, de ésta a San Ignacio Miní y finalmente a Loreto.

A sus queridas reducciones retornó, pues, el P. Montoya, en hombros de sus hijos. Ni muerto dejó de seguir viajando este misionero incansable, hasta perderse en la selva de sus arrobos místicos. Enterrado en la sacristía del templo de la reducción de Loreto, en la actual provincia argentina de Misiones, no se ha localizado aún su tumba, recubierta por la exuberante vegetación de este mundo con el que se había identificado.

Así se cumplió el deseo que, según dijimos, manifestó en Madrid al P. Manquiano: «No permita V. R. que mis huesos queden entre españoles, aunque muera entre ellos; procure que vayan a donde están los indios, mis queridos hijos, que allí donde trabajaron y se molieron, han de descansar». Sabemos que en la actualidad, con motivo de las restauraciones arqueológicas de algunos de los pueblos jesuíticos, se están realizando estudios en aquel lugar, con la intención de ubicar el lugar preciso de la sacristía, y en ella los valiosos restos sagrados del querido P. Antonio.

He ahí la figura gigantesca de Ruiz de Montoya. Explorador y descubridor de tierras aún no conocidas. Notable geógrafo, uno de los primeros que trazó un mapa de aquella vasta región, para llevarlo consigo a Madrid. Eminente lingüista, que dio a conocer la estructura del difícil idioma guaraní. Apóstol incansable que se gastó y desgastó fecundando aquellas vastas tierras con el espíritu del Evangelio. Padre y defensor de los indios, sus hijos amados, ante la corona de España. Místico sublime, que penetró en las tinieblas del Dios trascendente, ciego porque encandilado ante tanta luz. Y si no selló su sacrificada vida con el martirio, como tanto lo hubiera deseado, hizo de toda su existencia una continua ofrenda de sí mismo en provecho de los demás.

Gloria al P. Antonio Ruiz de Montoya, no inferior en ardoroso celo y en espíritu de abnegación a San Francisco Solano y a San Roque González de Santa Cruz. Bien merecería que se le iniciase el proceso de canonización.

Obras Consultadas

Antonio Ruiz de Montoya, *La Conquista Espiritual del Paraguay*, Equipo Difusor de Estudios de Historia Iberoamericana, Rosario 1989.

Sílex del Divino Amor, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 1991.

Guillermo Furlong, *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Buenos Aires 1962.

Antonio Ruiz de Montoya y su Carta a Comental, *Escritores Coloniales Rioplatenses XVII*, Theoria, Buenos Aires 1964.

Pablo Hernández, *Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*, tomo I, Gustavo Gili Ed., Barcelona 1913.

«Un misionero jesuita del Paraguay ante la corte de Felipe IV», en *Razón y Fe*, año XI, t. XXXIII (1912) 7179; 215222.

Hugo Storni, «Antonio Ruiz de Montoya», en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Roma 1984, pp.425442.

Alberto M. Sarrabayrouse, «Antonio Ruiz de Montoya. El hombre, el santo, el apóstol, el maestro», *Cuadernos Monásticos* 35 (1975) 429450.

Antonio Ruiz de Montoya

El Guayrá es la acechanza sin abrigo,
una noche apartada de la estrella,
el martirio esperando tras la huella
y yo siempre contigo.

Tayaoba me busca sin descanso
declarándome furia de enemigo
junto al río su puño se hace manso
y yo siempre contigo.

Este cuerpo frailuno que castigo
por la legua infinita del abismo,
lleva a todos el agua del bautismo
y yo siempre contigo.

Buen grano para hostias voy sembrando,
el sol de la cosecha es el testigo,
ya comulgan los indios meditando
y yo siempre contigo.

En el canto, en la misa, en el mensaje,
en el nuevo poblado que bendigo,
los ángeles cubrían el paisaje
y yo siempre contigo.

Todo es milagro aquí, no me desdigo
(después me acusarán con aquel mote
de tener la cabeza de Quijote...)
y yo siempre contigo.

Siempre contigo Dios de las Milicias,
desnudo como un páramo mendigo,
agitan bandeirantes sus codicias
y yo siempre contigo.

En hombros de sus hijos, como un padre,
regresaba a su tierra pregonera.

Voces indias rezaban a la Madre
y España sonreía misionera.

Antonio Caponnetto

10 GABRIEL GARCÍA MORENO

Nos adentraremos ahora en la consideración de un personaje eminentemente político, García Moreno, quien se nos revelará como un magnífico arquetipo del estadista católico en el seno del mundo moderno.

Fue el Ecuador su patria amada. La cordillera de los Andes, que en dos ramas paralelas corre de norte a sur, divide a dicha nación en tres partes. La primera lo ocupa la llanura, que se extiende desde el océano Pacífico hasta la primera de esas ramas. Entre ambas secciones de la cordillera se encuentra la segunda, una gran meseta. La tercera parte, cubierta por bosques casi vírgenes en los tiempos de nuestro homenajeado, cubre el terreno que va desde el segundo ramal de la cordillera hacia el este, zona habitada por indios, muchas veces salvajes. Gran parte de la población vive entre montañas gigantescas y volcanes, a grandes alturas sobre el nivel del mar. Primitivamente existió un reino indígena en Quito, que luego conquistarían los Incas. Finalmente llegaron los españoles. Tal fue el escenario histórico-geográfico donde se desarrolló la vida de García Moreno.

I. Niñez candorosa y juventud intrépida

Nació Gabriel en Guayaquil, el 21 de diciembre de 1821. Eran años arduos y bravíos. Al independizarse de España sus provincias de ultramar, el Ecuador siguió el destino de Colombia, que por aquel entonces se llamaba Nueva Granada, formando con ella y con Venezuela una sola nación. Fue Simón Bolívar el creador de esta confederación, a la que llamó la Gran Colombia, gobernándola durante varios años. En 1830, por exigencia de un grupo de ingratos y traidores, debió dejar el poder, y se retiró a Cartagena, con la idea de trasladarse a Europa. No pudo hacerlo, ya que murió en aquella ciudad el mismo año, como si hubiese comprendido que la Gran Colombia no subsistiría. De hecho, veinte días antes, se había consumado la separación de Venezuela.

El padre de Gabriel, Gabriel García Gómez, era español, nacido en Castilla la Vieja. Vivió varios años en Cádiz, donde estudió y trabajó con uno de sus tíos, que había sido en otro tiempo secretario del rey Carlos IV. En 1793 se trasladó a América, estableciéndose en Guayaquil. Allí se casó con una joven de prosapia, Mercedes Moreno, hija de don Ignacio Moreno, caballero de la Orden de Carlos III. Un hermano de Mercedes, Miguel Juan Moreno, fue padre de Ignacio, quien llegaría a ser Cardenal Arzobispo de Toledo. Como se ve, tratábase de una familia de alcurnia.

Don Gabriel, el padre de nuestro héroe, era un ferviente católico. Cuando se empezó a hablar de emancipación, no quiso saber nada con los propulsores de dicha idea, sobre todo porque parecía que al querer independizarse de España pensaban hacerlo también de la religión que España había traído a nuestras tierras. Ya las logias estaban trabajando en ese sentido. Doña Mercedes, su madre, era una mujer austera, llena de dignidad y de piedad, en plena comunión espiritual y doctrinal con su marido. El hijo mayor siguió la carrera eclesiástica; el segundo, aunque seglar, fue un estudioso de la liturgia; el tercero, uno de los mayores estancieros del Ecuador; el cuarto, un excelente administrador. Vinieron luego tres mujeres, jóvenes llenas de piedad. Gabriel fue el octavo y último de los hijos. A raíz de las turbulencias políticas, la familia experimentó graves y crecientes reveses económicos. Justamente cuando nació Gabriel, la situación era más precaria que nunca. Sin embargo Mercedes siguió educando a sus hijos con gran entereza.

Gabriel pasó en Guayaquil su infancia y pubertad. Esa ciudad se vio especialmente sacudida por un cúmulo de acontecimientos bélicos y políticos. Apenas tendría un año, cuando Bolívar entró en ella como triunfador. A los pocos días, éste y San Martín decidieron que Guayaquil formase parte de la Gran

Colombia. En 1823 el general Sucre declaró independiente las tierras del virreinato del Perú. Gabriel tenía dos años. En el 26 estallaron varias sublevaciones y Bolívar debió volver a Guayaquil, donde mandó fusilar unos centenares de revolucionarios. Luego puso coo a los peruanos que querían apoderarse del sur de Ecuador. Las vicisitudes se sucedían. Un día Guayaquil estaba bajo el poder de Colombia, y al día siguiente enarbolaba la bandera peruana.

Hasta el día de la erección legal de la república de Ecuador, que quedó así independizada del norte (Colombia) y del sur (Perú). Era el año 1830, cuando el general Juan José Flores asumió el poder. Gabriel tenía nueve años. Sin embargo, afirmar que con ello llegó la paz es un decir, ya que en los seis años que siguieron hubo en Ecuador 18 revoluciones, una guerra civil, así como numerosos fusilamientos y asesinatos políticos. Tantas tribulaciones no pudieron sino dejar huella profunda en el alma de Gabriel. Pero también el anhelo de que algún día reinase el orden. Por eso cuando en 1835, Rocafuerte tomó el poder y usó mano dura, el joven de 14 años debió complacerse en ello. Lo cierto es que admiró a este presidente, que más tarde sería considerado como precursor suyo, si bien le disgustaron algunas de sus actitudes, deudoras del liberalismo que impregnaba el ambiente.

Al morir García Gómez, doña Mercedes encomendó la educación de Gabriel al P. Betancourt, religioso del convento de la Merced. El Padre accedió gustoso, pero poco después, como en Guayaquil no había colegios secundarios ni Universidad, creyó que sería oportuno mandarlo a Quito, donde podrían hospedarle dos hermanas del religioso que residían en dicha ciudad. En 1836, se despidió Gabriel de su madre y de sus hermanos, y acompañado por unos arrieros, emprendió a caballo el camino, un camino largo, abrupto y peligroso, particularmente para un chico de quince años. Con la cabeza llena de ilusiones, cubrió la travesía en dos semanas. Sin duda que ha de haberse quedado impresionado cuando divisó por primera vez la ciudad de Quito, ciudad solariega, señorial y recoleta, con más de cincuenta iglesias coloniales, algunas de ellas espléndidas, como las de la Compañía, San Francisco y San Agustín, construida en la falda de un cerro, a más de 2500 metros sobre el nivel del mar y rodeada por montañas mucho más altas. Una especie de nido de águilas.

Allí se inscribió en un curso de latín, ya que el conocimiento de ese idioma era indispensable para seguir después los estudios superiores. Inmediatamente llamó la atención de sus profesores no sólo por su capacidad de trabajo y su talento, sino también por el temple de su carácter, a veces impulsivo. Al cabo de un año de latín, ingresó como externo en el colegio de San Francisco, donde cursó filosofía, matemáticas, historia y ciencias naturales, es decir, los estudios secundarios. El instituto dependía de la Universidad, algo así como nuestro Colegio Nacional de Buenos Aires.

Terminados dichos estudios, entró en la Universidad de San Fulgencio, para seguir la carrera de Derecho. Esta Universidad había sido fundada en tiempos de Felipe II, más precisamente el año 1586. Ya no era, por cierto, como en aquellas épocas. En vez del antiguo tomismo, predominaban los principios cartesianos y secularizantes, así como doctrinas racionalistas y anticristianas. El contraste con la formación que había recibido en Guayaquil hubo de ser doloroso, sembrando quizás ciertas complejidades en lo que toca a sus convicciones religiosas.

Con todo, lo esencial permaneció siempre firme, al punto que un día juzgó que debía entregarse a Dios en el sacerdocio. Tenía 18 años. Al saberlo, su madre se llenó de alegría y su hermano mayor, sacerdote en Guayaquil, se ofreció a costearle los gastos. Comenzó los estudios correspondientes, pero al cabo de un año desistió de su propósito. Tratóse, sin duda, de una de esas vocaciones llamadas temporales. Retomó entonces los estudios interrumpidos.

Especial interés sentía por las ciencias, sobre todo las matemáticas y la química, buscando siempre las causas y el por qué de los fenómenos. Se interesó también en el estudio de las lenguas. Además del latín, cuyos clásicos citaba con facilidad, llegó a dominar el inglés, el francés y el italiano. Mas su anhelo por defender los valores religiosos de la patria, le fue haciendo virar hacia el campo de las leyes y de la política, sin descuidar la investigación científica. Se pondría al servicio de la Iglesia, pero desde las trincheras del mundo, de donde provenían las principales ofensivas, mediante legislaciones anticristianas y a veces directamente persecutorias.

Sus cinco años de carrera de Derecho, tuvieron así dos vertientes. Una, la de los estudios específicos, siempre exitosos, dado su gran talento, y la otra, la de su formación como militante católico. No quería ser uno de aquellos católicos componedores, que tanto abundaban y que tanto aborrecería. Quería ser un católico combatiente, por lo que convocó en su torno a un grupo de jóvenes, dispuestos a despertarse del letargo generalizado y ponerse de pie. Sólo les pedía contundencia en la fe y espíritu de sacrificio. Ya había cumplido 23 años, y los que lo rodeaban admiraban su pasta de jefe. Recordemos que eran épocas turbulentas. Al igual que algunos de sus compañeros, varias veces se echó al campo, fusil al hombro, para tomar parte en las escaramuzas que menudeaban las luchas civiles, siempre eligiendo la mejor alternativa.

De esta faceta bélica del estudiante Gabriel se nos cuenta una anécdota con aires de sainete. Los buenos católicos eran por aquel entonces enemigos del general Flores. García Moreno se enteró de que el general había enviado a sus partidarios un convoy con fusiles y municiones. Reunió entonces a sus amigos y se emboscaron entre los árboles del monte, donde sabían que la expedición se iba a detener. Cuando éste llegó, los de Flores bajaron para tomar el rancho. Con dos o tres de los suyos, se acercó a ellos Gabriel, y comenzaron a contar chistes y cuentos, mientras corría la chicha. Los soldados se durmieron. Al despertarse, no quedaban ni municiones, ni mulos...

No es que García Moreno fuese un tirabombas, pero cada tanto se embarcaba en alguna incursión de ese estilo con sus amigos. Claro que su mayor inquietud seguía siendo la formación. En 1844 recibió el título de doctor. Pero todavía no era abogado, ya que ello requería, según las normas establecidas, cierto tiempo de práctica.

A principios de 1845, dando pábulo a sus nunca olvidadas inclinaciones científicas, realizó junto con su profesor y amigo, el geólogo Wisse, una verdadera hazaña, descendiendo junto con él al cráter de Pichincha, aventura heroica y fascinante, cuyos detalles nos los dejaron ambos relatados en sendos escritos. Este tipo de aventuras revelan, además de su interés por la ciencia, el temple de un luchador. Toda su vida sería un conflicto ininterrumpido. Así como ahora luchaba contra la naturaleza hostil, combatiría hasta su último aliento contra las ideas disolventes que buscaban destruir a la patria. Excursiones como aquéllas no podían sino fortalecer su carácter enérgico y viril, preparándolo para las grandes batallas políticas y doctrinales.

La ciencia y la política: he ahí sus dos mayores pasiones. ¿Será un sabio? ¿Será un caudillo de su pueblo? Tal fue la encrucijada que se le presentó por esos años. Quizás como resultado de la política del general Flores, que él consideraba abominable, se decidió por el segundo camino. Se nos cuenta que en aquellos días un peruano, condiscípulo suyo, le aconsejó escribir la historia del Ecuador. Gabriel, que sin duda ya había elegido la dirección de su vida, le respondió: «Mejor es hacerla».

Fue así cómo a los 25 años, se abocó a la acción política, actividad que en adelante polarizaría su vida. Al mismo tiempo entró en el bufete de un famoso abogado de Quito, donde comenzó a dar muestras de su espíritu ajeno a toda

componenda. Sus alegatos eran arremetidas en favor de la justicia. En cierta ocasión, el presidente del tribunal quiso encargarle la defensa de un asesino notorio. García Moreno se negó terminantemente. «Aseguro a usted, señor presidente, que me sería más fácil asesinar que defender a un asesino». Su figura, franca y leal, comenzó a atraer la atención de muchas personas, sobre todo de la clase alta quiteña. Coadyuvaba a ello su físico elegante, de buena estatura y expresión vivaz, ojos negros y penetrantes.

De este modo, los halagos del mundo lo fueron rodeando, razón por la cual mermó su interés por el estudio, así como su afición por las ciencias naturales y las excursiones científicas. Quizás ello correspondió a un cierto enfriamiento en su vida espiritual. Pero pronto cayó en la cuenta de que el aplauso de los salones lo estaba ablandando, y cortó por lo sano. Siempre enemigo de las medias tintas, no se le ocurrió nada mejor que raparse el pelo, de modo que durante seis semanas no pudo salir de su casa. Sumergiéndose de nuevo en los libros, clarificó las ideas, y retomó su vocación de combatiente. Por este tiempo contrajo matrimonio con Rosa Ascasubi, mujer de fortuna y alta situación social, que le llevaba doce años. La comunión de ambos en los mismos ideales era perfecta.

II. En medio de los huracanes de la política

A partir de ahora, García Moreno se sumergió de cabeza en las lides políticas. No nos sería fácil, y por otra parte excedería los límites de la presente semblanza, describir los sucesivos avatares, tan complejos, de la historia ecuatoriana. Sólo señalaremos algunos de sus momentos más importantes, en el grado en que se relacionan con la actuación de nuestro héroe.

1. El presidente Flores y los primeros pasos de García Moreno

Uno de los personajes inobviables con los que tuvo que ver, fue el general Flores, a quien nos hemos referido páginas atrás. Flores era de extracción liberal. Sin tener el talante de un perseguidor de la Iglesia, incubaba en su interior una secreta hostilidad contra las raíces religiosas del Ecuador. No por nada mantenía un trato fluido con los masones de Nueva Granada, que tal era por aquel entonces el nombre de Colombia. Éstos, bajo el pretexto de beneficencia, habían tratado de establecer logias, tanto en Quito como en otras ciudades del Ecuador. En un país donde todos eran católicos y no existía ni un solo disidente, reclamaban una libertad de culto que nadie les pedía.

A los mejores católicos no se les escapaba que detrás de tales pretensiones se escondía la intención de romper la unidad religiosa de la patria, gloria de la herencia española, y así algunos, sobre todo jóvenes, comenzaron a agruparse para la resistencia. Pronto la arrebatadora palabra de García Moreno lo puso a la cabeza de ellos, invitándolos a reparar en los errores del gobierno y exhortándolos a la lucha. Frente a la Constitución nueva que, a instancias de Flores, acababa de imponer la Convención, una Constitución de tipo liberal, numerosos grupos comenzaron a recorrer las calles al grito de «¡Viva la religión, muera la Constitución!».

El Gobierno, haciendo oídos sordos a la protesta, exigió prestar juramento a la nueva Carta Magna. Si bien muchos católicos, ignorantes o pusilánimes, e incluso algunos sacerdotes partidarios de la conciliación, prestaron el juramento exigido, la mayor parte del clero aseguró que el juramento era ilícito. Finalmente estalló una revolución en Guayaquil, que se extendió rápidamente a otras regiones del país. En Quito, García Moreno se enroló entre los voluntarios. Tras la victoria, los rebeldes rompieron las actas de la Convención y proclamaron la destitución del Presidente. Flores tuvo que irse al extranjero. García Moreno fue uno de los principales gestores de este movimiento.

Reunióse nuevamente la Convención, y tras redactar otra Constitución, algo mejor que la anterior, valiéndose de manejos turbios eligió a Vicente Ramón Roca como presidente. La situación había cambiado, pero sólo en las apariencias. García Moreno era demasiado íntegro y demasiado patriota como para poder soportar pasivamente lo que estaba aconteciendo, y así se lanzó a la publicación de un periódico satírico al que llamó El Zurriago, palabra que designa el látigo con se castigaba o zurra a alguien, donde cada semana azotaba a los que él llamaba vendidos. Cuando la prosa no bastaba, recurría al verso:

Si quieres a todo trance
en política medrar,
procura ser diputado
y es muy fácil lo demás.
Has de tener dos conciencias,
dos caras que remudar,
dos opiniones, dos lenguas,
y voluntades un par.
Tendrás el pico de loro,
las uñas de gavián,
la artimaña de la zorra,
del lobo el hambre voraz.

El Zurriago denunciaba «el culto de la aritmética», el mundo de los números, donde todo se consigue fácilmente con el oro y los empleos.

«¡Estos son los frutos amargos que el árbol de la libertad ha producido!... No se crea que culpamos a la libertad, no; culpamos sólo a los que de ella abusan. Entre nosotros la libertad ha sido una virgen pura e inocente, abandonada a los ultrajes de brutales libertinos».

El gobierno denunció al periódico. Le molestaba su título, su ironía, su oposición sistemática, y amenazó a sus redactores con juicios y multas. Ellos no se amilanaron: «Quien afirma que de la nada, nada se hace, miente, remiente, y es un grandísimo embustero. De la nada se hace fácilmente un oficial mayor de un ministerio, y se harán con el tiempo cosas mayores». He aquí un nueva faceta de la personalidad de García Moreno. Este joven de 25 años, experto más bien en ciencias naturales y en derecho, jamás había hecho incursiones literarias. Y sin embargo en las páginas de El Zurriago escribía con la seguridad de un periodista consumado.

Ante el peligro de que Flores reapareciese en la escena política, el presidente Roca quiso aprovechar la capacidad y la energía del joven García Moreno. Sabiéndolo enemigo acérrimo de Flores, lo nombró Gobernador de Guayas, zona donde éste había encontrado apoyo, para que depurase dicho territorio. Allí fue nuestro Gabriel. De manera fulminante, metió en la cárcel a los partidarios del antiguo presidente y desterró a los más peligrosos. De este modo, a los ocho días de haber llegado, comunicó al Gobierno el completo restablecimiento de la tranquilidad en esa provincia. Así entró públicamente en la política, con ese éxito inicial que le fue dando renombre en todo el país.

Por aquellos tiempos Gabriel comenzó a interesarse en una idea grandiosa: la de que se estableciera una confederación de naciones del Pacífico, para defenderse contra probables agresiones europeas, semejantes a las que entre nosotros Juan Manuel de Rosas tenía que afrontar por esos mismos años. En orden a dicho objetivo, el Gobierno ecuatoriano entró en contacto diplomático con los gobiernos

de Chile, Bolivia, Perú y Nueva Granada, realizándose un encuentro, en 1847, entre representantes de cada una de dichas naciones. Desgraciadamente no se llegó a nada concreto.

Señalemos a este propósito dos observaciones, que creemos de interés. La primera es la libertad internacional de que por aquel entonces disfrutaban los pequeños pueblos hispanoamericanos, que podían reunirse sin la anuencia de los Estados Unidos, y la segunda, la gravitación política de García Moreno, un muchacho de tan sólo 25 años.

2. Viaje a Europa y ulterior enfrentamiento con Urbina

La situación política del Ecuador no se serenaba. García Moreno juzgó conveniente hacer un paréntesis en su actuación pública, y resolvió dirigirse a Europa para permanecer allí por un breve tiempo, con el deseo de informarse mejor de la situación que allí se vivía. Recorrió así Francia, Inglaterra y Alemania, tres países que encontró muy convulsionados. En Francia, sin embargo, pudo conocer la existencia de pequeños grupos de reacción católica. Ello puso de nuevo su voluntad en pie. Si en la patria del racionalismo más exacerbado, de la Ilustración más refinada, surgían esos grupos que no se sonrojaban de verse calificados como ultramontanos y polemizaban con gobiernos poderosos, no tendría él por qué atemorizarse de hacer otro tanto en el Ecuador.

Quedó también muy impresionado y enardecido cuando llegaron a sus manos algunos folletos que daban cuenta de la primera guerra carlista en España, cuyos militantes enarbolaban crucifijos. Una decisión brotó desde lo más profundo de su ser: al volver a su patria, congregaría junto a sí grupos selectos pero decididos, que fuesen ocupando puestos destacados, especialmente en el mundo de la cultura. Durante su breve estancia en Europa tuvo también ocasión de admirar la belleza del arte católico, y la obra grandiosa realizada por la Iglesia, según los monumentos lo testimoniaban.

A los cuatro meses, emprendió el regreso. Tras llegar a la ciudad de Panamá, que era entonces puerto colombiano, se embarcó en un buque que se dirigía hacia el sur. Con Gabriel viajaban algunos jesuitas, que acababan de ser expulsados de Nueva Granada, tras haberseles expropiado todos sus colegios y misiones. Seis años antes habían sido invitados por el partido conservador, pero luego los llamados radicales denunciaron el «grave peligro» que entrañaba la presencia de aquellos padres, quienes al crear colegios y misiones, conspiraban contra la libertad, no sólo en Bogotá sino en toda América. El hondo espíritu de justicia que caracterizaba a García Moreno lo acercó enseguida a esos sacerdotes, arbitrariamente perseguidos por los liberales que gobernaban en Nueva Granada, juntamente con los masones. Se acercó a ellos no sólo en razón de su amor a la justicia, sino también por las inquietudes intelectuales que los caracterizaban, ya que entre esos desterrados había varios sacerdotes eminentes.

Cuando el vapor atracó en Guayaquil, García Moreno fue inmediatamente a verlo a Diego Noboa, jefe político de la zona, para pedirle que permitiese el desembarco de los padres, a lo que dio su consentimiento. Poco después Noboa sería elegido Presidente. El gobierno de Colombia presionó entonces para que no se los recibiese en el Ecuador. Lo mismo hicieron los masones del Ecuador que, curiosamente, se remitían al decreto de expulsión de Carlos III. Noboa no hizo caso y en 1851 fue derogada la Pragmática del rey de España. Volvieron entonces los padres, tras 83 años de destierro, y entraron en Quito en medio de las aclamaciones del pueblo y el repique de todas las campanas de la ciudad. Les devolvieron su antigua iglesia, al tiempo que les ofrecieron un viejo convento y la casa de la Moneda, para que estableciesen allí un colegio.

Entra ahora en el escenario político una nueva figura, el general José María Urbina, quien sería Presidente de Ecuador desde 1852 a 1856. Durante los veinte años de su existencia independiente, el Ecuador había vivido bajo la férula de un

liberalismo con pretensiones de conservador. Flores y Roca eran, ambos, falsos conservadores y declamadores del liberalismo. No tenían la menor idea del carácter sobrenatural de la Iglesia, así como de los principios de la ley natural por los que deben regirse las sociedades civiles. Su liberalismo consistía en adular al pueblo soberano, y su conservadorismo en quedarse en el poder, «conservándolo» lo más posible.

Aparece ahora el general Urbina. En 1837 había sido encargado de negocios en Bogotá, nido de masones, donde como era de prever se relacionó con los dirigentes secretos de la Revolución anticristiana. Luego sería Gobernador de Guayaquil y finalmente Presidente. Durante sus años de gobierno nació, en cierto modo, el liberalismo ecuatoriano. Siempre hubo liberales, por cierto, pero permanecían aislados, sin agruparse. Con Urbina comienza a formarse lentamente un partido liberal, con pretensiones no sólo en el campo político sino también en el religioso. A su propagación contribuiría no poco el apoyo de la masonería, recientemente fundada.

Durante toda la vida de García Moreno, Urbina será el gran enemigo, manifiesto a veces, agazapado otras. En él vería algo así como la encarnación del espíritu revolucionario. Un terrible duelo iba a empezar. De un lado estaba el poder; del otro, la inteligencia. A Urbina la obedecían los tauras, escribe uno de sus biógrafos, es decir, aquella soldadesca indisciplinada y ladrona que lo secundaban ciegamente; a García Moreno los ritmos, las palabras, la idea, el Verbo. Hasta que un día el escritor empuñase también la espada para vencer a su enemigo.

Comenzó Urbina su campaña azuzando al embajador de Colombia para que atacase a la Compañía de Jesús, como efectivamente lo hizo, mediante un folleto en contra de dicha Orden. García Moreno, que según hemos visto, había colaborado para que los jesuitas volvieran al país, sacó su pluma y contestó con un duro escrito, al que puso por título Defensa de los jesuitas. Allí decía:

«Es una verdad histórica que esta orden religiosa ha sido aborrecida por cuantos han atacado al catolicismo, sea con la franqueza del valor, sea con la perfidia de la cobardía. Calvino aconsejaba contra ella la muerte, proscripción o calumnia. D'Alembert, escribiendo a Voltaire, esperaba que de la destrucción de la Compañía se siguiera la ruina de la religión católica. El mismo concepto en menos palabras expresaba Manuel de Roda, ministro de Carlos III, cuando quince días después de haber sido expulsada de España esta Orden célebre, decía al duque de Choiseul, ministro de Luis XV: "Triunfo completo. La operación nada ha dejado que desear. Hemos muerto a la hija; sólo nos falta hacer otro tanto con la madre, la Iglesia romana"». Las setenta páginas del ardiente folleto reavivaron el fuego sacro en los buenos ecuatorianos, bastante aletargados.

García Moreno ya era ampliamente reconocido como jefe y cabeza del movimiento católico, al que se agregaban cada día nuevos militantes, por lo que Urbina no le quitaba la mirada de encima, en la inteligencia de que no sería sino con él con quien se tendría que batir para poder implantar su régimen. Lo primero que hizo fue reunir una Convención, hechura suya, en orden a promulgar una nueva Constitución, más liberal aún, la sexta desde la independencia. ¡Cuánta razón tenía nuestro don Juan Manuel cuando miraba de soslayo los prematuros intentos de los unitarios por imponer una Constitución, un mero «cuadernito», sin raíces en la realidad! No parecía bueno establecer una Constitución mientras el país no estuviese suficientemente consolidado. Sin embargo, Urbina así lo hizo.

Y de paso y cañazo expulsó a los jesuitas aduciendo que «la célula real de Carlos III estaba vigente». ¡Tanto hablar contra los españoles y ponderar las ventajas de la independencia, para acabar entronizando de nuevo al difunto monarca! Sea lo que fuere, la orden se cumplió de manera contundente. Entraron los soldados a bayoneta calada, y pusieron a los padres y hermanos bajo custodia. La gente en la calle, de rodillas, impotente. Al pasar el P. Blas, que era el superior,

el umbral del colegio, en medio del silencio general, García Moreno gritó con voz trémula de cólera y emoción: «¡Adiós, padre! ¡Juro que de aquí a diez años cantaremos el Te Deum en la catedral!».

A los pocos días, publicó otro escrito, un extenso y erudito trabajo de cien páginas, bajo el nombre de Adiós a los jesuitas. Entre otras cosas allí se podía leer: «No sois vosotros los más desventurados. Después de algunas semanas de privaciones o tormentos, llegaréis a playas más hospitalarias... ¡Infelices los que permanecemos en el Ecuador, contando los días de la vida por el número de sus infortunios!»

Se ha dicho que el deseo de realizar la profecía del Te Deum fue uno de los móviles que lo impulsaron a lanzarse definitivamente a la arena política. A su juicio, los jesuitas representaban la reacción más inteligente contra el liberalismo y el espíritu de la masonería. Eran como el epicentro de la gran lucha teológica de los tiempos modernos. El combate contra Urbina no era fácil. El pueblo estaba atemorizado, la prensa amordazada, los púlpitos mudos. Lo cierto es que por el odio de unos y la cobardía de los otros, la verdad católica se veía cada vez más avasallada. García Moreno no se dejaría amilanar, limitándose a contemplar con los brazos cruzados la agonía del cristianismo en su patria. Dio a conocer entonces un nuevo escrito que llamó Al general Urbina. La lucha exigía cautela y sagacidad.

Por un lado debería atizar la llama de los católicos acobardados, de aquellos católicos que partiendo del principio de que parecía oportuno conceder algo al Gobierno para no irritarlo demasiado y poder conducirlo poco a poco a la enmienda, se rehusaban a levantar la bandera de la Realeza de Cristo, por temor de que se los acusase de temerarios y exagerados. Por otro lado se hacía preciso minar el prestigio populachero del Gobierno, para lo cual resolvió fundar un semanario, La Nación.

En el primer número expuso su ideario: recoger el estandarte de la religión católica, que era la de la nación, y tremolarlo con intrepidez frente al enemigo. Urbina acusó recibo, y encargó a Franco, comandante general de Quito, que hiciese entender al ofensor que si osaba publicar un segundo número, él y sus colaboradores serían deportados. Cuando el oficial le comunicó la prohibición, García Moreno le respondió:

«Pues decirle a vuestro amo que a los numerosos motivos que tengo para publicar el periódico, ahora agrego otro muy importante: el de no deshonrarme callando a todas esas sus amenazas».

Apareció el segundo número, más incisivo aún que el primero. Allí se leía: «¿Hay un pícaro redomado que reúna la doble ventaja de la maldad y de la estupidez, uno que sea tan cobarde como rapaz y tan rapaz como insolente, uno que posea el instinto de la ferocidad y las actitudes de verdugo? Pues a ese ser abominable se le nombrará gobernador de provincia o magistrado de policía y se le dejará robar y oprimir a su arbitrio para que consuma el último resto de nuestra estoica paciencia». Examinaba asimismo las aberraciones del Gobierno, sobre todo la escandalosa expulsión de los jesuitas. «Admirable es, por cierto, la política de nuestro Gabinete, exactamente parecido a un ebrio de andar incierto y vacilante... Tal es el gobierno que nos rige; su conducta prepara su caída, y su caída será la del ebrio».

Dos horas después, Urbina, ciego de cólera, firmaba el decreto de arresto y extradición. García Moreno tenía 32 años. Salió de su casa, acompañado de dos de sus camaradas, también incluidos en la orden de destierro, y se dirigieron a la plaza, a fin de ser arrestados en plena calle, a la vista de todos. En medio de los vítores de la multitud, los guardias debieron abrirles paso entre el gentío, llevándolos a destino incierto. Tras un larguísimo recorrido, llegaron a la frontera colombiana, donde fueron entregados al Gobernador de aquella zona, el masón Obando, quien los envió a un sórdido calabozo. Lo que Urbina había logrado con

semejante medida era enaltecer, contra su voluntad, la figura de su principal enemigo. García Moreno, que hasta entonces no había sido sino un periodista de talento, se vio magnificado a los ojos del pueblo. Ahora era un gran personaje, acaso el primero de la oposición.

No se iba a rendir nuestro héroe, siempre entero, tanto en la prosperidad como en la adversidad. En cuanto pudo, escapó de la prisión, y reiterando de manera inversa su escabrosa e interminable caminata, llegó de nuevo a Quito. Desde allí se dirigió a Guayaquil, refugiándose en una corbeta francesa que a los pocos días zarparía para Perú. Estando todavía a bordo, hubo elecciones en Ecuador para el futuro Congreso. La Junta electoral de Guayaquil lo eligió como miembro del Senado, con lo que el decreto del destierro quedaba invalidado. Urbina no sabía qué hacer y dio orden de arrestarlo ni bien pisase tierra. En tales circunstancias, García Moreno resolvió quedarse en la fragata, que pronto partió para Lima.

Sin embargo, no soportando la lejanía de su patria, volvió a escondidas a Guayaquil. Allí fue descubierto y conducido a un buque de guerra, que lo abandonó en el puertecillo de Paita, al norte del Perú, donde no había sino aire, arena y agua salada. ¿Qué haría en ese lugar, en medio de la soledad más total? Estudiar, devorar libros de ciencia, filosofía, política y teología.

El destierro, que duró casi dos años (1853-1854), acrisoló su espíritu. El verdadero modo de resignarse, escribía desde allí a los suyos, «no consiste en perder el ánimo y entregarse desfallecido a los rigores de la suerte, sino en conservar la serenidad del espíritu en medio de los sufrimientos, resistiendo con valor los trabajos sin inclinar la frente y poniendo nuestras esperanzas más allá de la vida, no por consejo de la melancolía, sino por impulso de la fe».

Al mismo tiempo seguía pensando en su patria, o mejor, pensando su patria. Sus compañeros de destierro le oían hablar con entusiasmo de los proyectos que bullían en su interior: cambio de la Constitución, reforma del clero, disciplina del Ejército, educación, obras públicas... En aquellas soledades se estaba gestando el futuro gran presidente del Ecuador.

Un día se enteró de que Urbina, juntamente con su ministro Espinel, no contentos con haberlo arrojado del país, se esforzaban por deshonrarlo. Poco le afectaban dichas críticas ya que «hombres como Espinel, o Urbina –decía–, no infaman cuando insultan, sino cuando elogian; porque ordinariamente alaban a los que se les parecen, y los que se les parecen, son los hijos del oprobio». Pero para que el pueblo no cayese en engaño, lanzó contra ellos un folleto de contraofensiva:

«No es mía la culpa si me obligan a exponer la verdad en mi defensa, y si la verdad, como el fuego, donde llega alumbraba y quema». La prosa de García Moreno se volvía cada vez más cáustica. Algunas de sus frases las hubiera envidiado Veuillot o León Bloy. Por ejemplo ésta: «Me he acostumbrado, como Boileau, a llamar gato al gato y Urbina a un traidor».

3. Tres años en París

El régimen de Urbina estaba trastabillando. García Moreno creía que si alguien tomaba el pendón de Dios y de la Patria, la nación podría levantarse de su letargo. Él debía prepararse cabalmente para dicho relevo. Como no le era posible hacerlo en Paita, donde carecía de bibliotecas y maestros adecuados, resolvió que mientras Urbina iba colmando la medida de sus iniquidades, se dirigiría a París. Así lo hizo, permaneciendo allí desde 1854 a 1856. No tomó tal resolución como quien va en búsqueda de fáciles placeres, o para olvidar sus penas y las de su patria. París fue mucho más que un lugar de destierro. Fueron tres años de preparación, de reconcentración espiritual, tres años de silencio, de ese silencio que suele preceder a las grandes decisiones y a la acción trascendente. Alojóse en el Barrio Latino, en una modesta habitación, donde gustaba quedarse estudiando hasta altas horas de la noche.

Cierto día, paseando con algunos amigos por el parque de Luxemburgo, uno de ellos contó que un conocido suyo, al borde de la muerte, había rehusado los sacramentos. Otro del grupo, ateo fanfarrón, defendió dicha actitud. García Moreno intervino entonces, aduciendo los argumentos propios de un católico en favor de la necesidad de la reconciliación con Dios. El ateo le dijo desafiante: «Usted habla muy bien, pero me parece que a esa religión tan hermosa la descuida un poco en la práctica. Se ufana de católico intransigente, pero dígame, ¿cuánto hace que no se confiesa?». García Moreno quedó por algunos instantes desconcertado. Era verdad que no vivía en plena consonancia con lo que sostenía. Sumergido en el vértigo de la política y en su afán por saber cosas humanas, se había enfriado un tanto en su vida espiritual. «Usted me ha respondido con un argumento personal que tal vez le parezca excelente hoy, pero que mañana no valdrá más», le contestó. Bruscamente dio media vuelta y se encaminó hacia su casa, muy nervioso. Esa misma tarde cayó de rodillas frente a un confesor. Fue un verdadero golpe de gracia, una conversión de la fe a las obras.

Desde entonces se lo vio casi todos los días en la iglesia de San Sulpicio, oyendo misa antes de abocarse al trabajo. Asimismo comenzó a rezar diariamente el rosario.

Luis Veuillot escribiría muchos años después: «En San Sulpicio le han visto, sin duda, varios de entre nosotros. Nos complacemos en decir que, tal vez sin conocerlo, hemos unido nuestra súplica a la suya; en todo caso, era de los nuestros y reclamamos el honor de ser de los suyos».

Durante su estancia en París, se dedicó como nunca al estudio, ampliando sus conocimientos de historia y crítica literaria. Por las tardes asistía a lecciones de geología y mineralogía, las primeras a cargo del famoso Charles D'Orbigny. Tal interés no era expresión de mera curiosidad. Según lo aseguró él mismo en una de sus cartas, estudiaba para ser más útil a la Patria. Si se interesaba en la química orgánica es porque le parecía beneficioso para ulteriores proyectos de destilación y azúcar. Asimismo se puso al corriente de los movimientos políticos, industriales y militares de Francia, y en todo lo tocante a la organización de sus colegios y universidades. Es cierto que por aquellos años, Francia estaba socialmente desquiciada. La llegada al poder de Napoleón III, que como emperador había puesto freno a tantos desmanes, lo llevó a deducir que desde el poder un hombre prudente y enérgico puede contribuir decisivamente a la salvación de un pueblo. Pero también entendió que de poco servía liberar una nación de la tiranía democrática si luego se la sujetaba a la tiranía del cesarismo despótico. Sólo una revolución verdaderamente católica sería capaz de rescatar a un país que iba a la deriva, con tal de que encontrase un hombre que la encarnase.

Entre los libros que pudo leer, hubo uno que parecía especialmente escrito para él: La Historia Universal de la Iglesia católica, el P. Rohrbacher, una verdadera enciclopedia doctrinal, donde se ensamblan la teología, la política y la historia. Allí quedaba plenamente demostrado lo absurdo que era la lucha entre el Estado y la Iglesia, así como el divorcio entre ambos. García Moreno quedó deslumbrado ante esta verdad: el pueblo de Dios tiene derecho a ser gobernado cristianamente, concretándose en la práctica la Realeza Social de Jesucristo.

Hay algo que le gustó especialmente en dicha obra, y era precisamente lo que algunos le reprochaban, a saber, la amalgama de la teología con la historia. Estimaba también en aquel autor su integridad doctrinal, tan ajena a compromisos y paliativos, así como la severidad con que fustigaba a los falsos doctores, sin perder el buen humor, que tan bien se avenía con el espíritu de Gabriel. Esta lectura fue fundamental, ya que a través de ella penetró en su alma el espíritu de Carlomagno, de San Fernando y de San Luis. Tres veces leyó sus veintinueve volúmenes.

Como se ve, el destierro lo maduró, al tiempo que amplió enormemente sus horizontes.

Refiriéndose a esta etapa de su vida escribió Veuillot: «Solo en tierra extraña, desconocido, pero alentado por su fe y su gran corazón, García Moreno se educó a sí mismo para reinar, si tal era la voluntad de Dios. Aprendió cuanto debía saber para gobernar a un pueblo en otro tiempo cristiano, pero que se estaba volviendo salvaje... Con este fin trató de ser sabio. París, a donde la Providencia lo condujo, era el taller más a propósito para este aprendiz. París, cristiano también, pero bárbaro y salvaje al propio tiempo, ofrece el espectáculo del combate de los dos elementos. Tiene escuelas de sacerdotes y de mártires y es una vasta fábrica de anticristos, de ídolos y verdugos. El futuro presidente y misionero futuro del Ecuador, tenía ante sus ojos el bien y el mal. Cuando volvió a su lejano país, su elección estaba hecha: ya sabía dónde se hallaba la verdadera gloria».

Había llegado a entender el gran tema de las Dos Ciudades de San Agustín en la Francia poblada de anticristos pero no carente de combatientes de la fe como el mismo Veuillot, el cardenal Pie, dom Guéranger y tantos otros.

4. Alcalde, rector y senador

El período presidencial de Urbina llegaba a su fin en 1856. La Iglesia había sido su principal enemigo. Propósito suyo fue destruirla o al menos someterla. No se atrevió, por cierto, a expulsar a los obispos y sacerdotes, como hizo con los jesuitas, pero trató de corromperlos o dominarlos. Para ello se valió de diversos expedientes, como por ejemplo alojar soldados en los conventos, intervenir en los seminarios nombrando personas indignas, insistir a través de los diarios en los presuntos abusos del clero... Los colegios se habían convertido en cuarteles y la Universidad estaba degradada. Al término de su período trató de ser reelecto, pero en vano, ya que sus mismos partidarios estaban hartos de su despotismo.

Entonces hizo lo posible para que subiese su candidato, el general Francisco Robles, hechura suya, y lo logró. Era un cambio de personas, no de políticas. A pesar de todo, los amigos de García Moreno le pidieron al nuevo presidente un salvoconducto para aquel ciudadano desterrado. Creyendo Robles que con ese gesto se metía en el bolsillo a la oposición, lo rubricó.

García Moreno volvió a entrar en la capital con la aureola de un caballero que ha sufrido mucho por la causa de la religión y de la patria. La municipalidad de Quito lo nombró alcalde, cargo que corresponde al de juez, como quien rinde un homenaje a su noble pasión por la justicia. Poco después, hallándose vacante el cargo de rector de la Universidad, el claustro lo eligió como tal. Aceptó con gusto dicha designación y se abocó de inmediato a elevar el ánimo muy alicaído de profesores y alumnos; jerarquizó el nivel académico de las facultades, sobre todo de la de ciencias, por él tan amada; presidió exámenes y pronunció numerosas conferencias.

Pero ni alcaldía ni rectorado satisfacían su propósito fundamental, que era fundar un movimiento, motorizar una oposición a los que entonces la gente llamaba «los gemelos», es decir, Urbina y Robles. Con motivo de las elecciones que debían hacerse en mayo de 1857 para elegir a los miembros del Congreso, un grupo de amigos lo propuso como candidato a senador. En orden a promover su designación, y con el fin de despertar al pueblo de su modorra, crearon un órgano periodístico llamado La Unión Nacional, donde pudieran unirse y expresarse todos los descontentos, contribuyendo así a la derrota del gobierno liberal. Esta votación tenía especial importancia ya que una de las atribuciones de los vencedores era la elección del futuro Presidente, al término del período de Robles. Así lo entendía Urbina, quien maniobró astutamente desde la trastienda. Más allá de las consabidas trapisondas preelectorales hubo incluso amenazas el día mismo de las elecciones. Un grupo de jóvenes limpios y valientes enfrentaron físicamente dichas conminaciones, hasta el punto de que corrió sangre.

Finalmente García Moreno fue elegido. Urbina tendría que resignarse con una Cámara donde la oposición, encabezada por un fogoso y arrollador caudillo, lo pondría contra las cuerdas. García Moreno entró en el recinto pisando recio, rodeado de sus nuevos colegas.

Uno de los grandes debates de aquel Congreso fue en torno a la presencia y el influjo de la masonería en el Ecuador. Urbina, que se había fundado en el derecho del Patronato para prohibir a los institutos religiosos en el país, como buen liberal no trepidaba en abrir las puertas a todas las sociedades secretas. En sentido inverso, García Moreno presentó un proyecto de ley por el cual se autorizaba al poder ejecutivo a establecer congregaciones religiosas, y al mismo tiempo se decretaba la clausura de las logias. La religión católica, decía dicho documento en sus considerandos, es la religión de todos los ecuatorianos, la única reconocida por la Constitución, y por ende no se podía admitir, sin grave inconsecuencia, la acción de sociedades antirreligiosas. Un opositor afirmó que cerrar las logias masónicas sería oponerse al espíritu del siglo; otro acotó que no tenían carácter antirreligioso.

«Por cierto –exclamó García Moreno fijando sus ojos en aquellos oradores–, que tengo que hacer notar la inconsecuencia de los que se dicen liberales: quieren la libertad para el establecimiento de logias o de sociedades contrarias a la religión y a la moral. Para ellos no debe haber trabas de ningún género, no debe esperarse el permiso o autorización del Poder Ejecutivo; pero cuando se trata de una institución católica, de asociaciones que favorecen y desenvuelven las más eminentes virtudes sociales, entonces no debe haber libertad, sino trabas y obstáculos....

«Para que se establezcan libremente todas las asociaciones religiosas o irreligiosas sin traba alguna, era menester que no hubiese una religión dominante, como en los Estados Unidos; pero siendo la única religión del Ecuador la cristiana, católica, apostólica, romana, no puede permitirse el establecimiento de una asociación condenada por la Iglesia católica, apostólica, romana».

Al fin el proyecto prosperó y se votó la supresión de las logias, pero para evitar la furia de los hermanos se lo sometió al futuro Congreso. El Gobierno se apresuró a negar su aprobación a la ley.

La actuación de García Moreno en las Cámaras reveló una nueva veta de su personalidad, la del orador. Hasta entonces poco había hablado en público. Ahora mostró el vuelo de su verbo. Las ideas y las palabras salían juntas de sus labios, sin vacilación alguna. Su manera de expresarse era enérgica, directa, precisa, sin floripondios ni adjetivos innecesarios. Su mirada, de estupenda elocuencia, refrendaba sus ideas y sus gestos. Desarrollaba su pensamiento con lógica irrefutable y con absoluta convicción. En la réplica se mostraba temible, capaz de aplastar a su contrincante con unas cuantas palabras, o con un chiste que dejaba en ridículo al adversario. Era, en verdad, un orador eximio, a lo Donoso Cortés.

5. Presidente provisional

Por cierto que todavía el poder seguía en otras manos, las de Urbina y Robles. Sin embargo los «gemelos» no las tenían todas consigo. Ahora en la Cámara legislativa se escuchaba una voz poderosa que se atrevía a cuestionar sus decisiones. Desde aquellos momentos, los acontecimientos se atropellaron, a tal punto que el Gobierno disolvió el Congreso, implantando una nueva dictadura, pero no por nueva, desconocida, la «dictadura de los liberales». La oposición apretó filas en torno a García Moreno. Ante las turbulencias que arreciaban, el Gobierno abandonó la capital y se refugió en Guayaquil, apoyado por los elementos más serviles del ejército, acompañando su decisión con nutridos fusilamientos. Lo que Urbina y Robles anhelaban era capturar a García Moreno, pero al no poder hacerlo, decretaron nuevamente su destierro, esta vez para siempre. También García Moreno andaba por Guayaquil. Cuando el cerco se cerró, no le quedó sino buscar refugio en un barco que se aprestaba a zarpar rumbo al Perú.

En tan intrincada situación, los mejores ecuatorianos, no dispuestos a presenciar pasivamente la destrucción de su patria, se resolvieron a luchar contra aquellos insensatos, enemigos de la religión y de la patria. En todo el país se respiraba un clima de sublevación generalizada. Un grupo del ejército se amotinó contra los «gemelos», y su comandante entró con veinte soldados en la casa del Presidente, arrestando a Robles y Urbina. Pero al fin la revuelta fue sofocada, y los militares que se habían rebelado debieron volver a los cuarteles. Los déspotas estaban todavía festejando, cuando se enteraron de que un nuevo levantamiento popular había estallado en Quito. Esta vez los insurrectos triunfaron, no sólo en la capital sino también en gran parte del país, y eligieron un triunvirato, cuyo jefe supremo sería García Moreno. Enterado de la decisión, nuestro héroe, que todavía estaba en Guayaquil, se dirigió velozmente a Quito.

El viaje fue terrible. Su guía, mordido por una víbora, expiró ante sus ojos, y él quedó solo, sin la menor idea del camino que había de seguir, en medio de sierras y mesetas. Cabalgó dos días sin rumbo seguro, escuálido por falta de alimentos. Cuando su caballo cayó extenuado, debió seguir a pie... En fin, una odisea. Pero él nunca se amilanaba. El fervor de la Patria herida encendía su corazón.

Apenas llegado a Quito, tomó las riendas de la situación. Era inminente un contraataque arrollador de las tropas de Urbina y Robles. Se hacía así preciso reclutar voluntarios, armarlos y entrenarlos. Si bien García Moreno no era militar de profesión, dominaba el oficio de las armas, algo que había aprendido en un país zarandeado por tan frecuentes revoluciones. Manejaba la espada como un maestro de esgrima, era hábil tirador y estupendo jinete. Además, su afición a saber de todo, lo había impulsado a estudiar historia militar, estrategia, cartografía y otras ramas auxiliares de la guerra, así como a presenciar maniobras de todo tipo.

Acercóse Urbina con soldados veteranos, perfectamente armados. El gobierno provisional salió a su encuentro con voluntarios bisoños. La lucha duró seis horas. Desde el principio hasta el fin, estuvo García Moreno en medio del fuego, olvidado de su seguridad personal, luchando, arengando y curando heridos. Sin embargo su derrota fue total. A la hora del desbande, vio pasar delante de sí al coronel Vintimilla, que huía a caballo. Cuando éste reconoció al presidente interino, desmontó de su corcel y se lo ofreció generosamente. «No –le dijo García Moreno–, ¿qué será de usted si lo dejo así?». «Poco me importa –exclamó noblemente el coronel–; no faltarán nunca Vintimillas, pero no tenemos más que un García Moreno». Lo obligó a montar y alejarse al galope. Enfiló García Moreno por desfiladeros desconocidos y se internó en tupidos bosques. Cuando pasaba por algún pueblo, sus habitantes, conmovidos, lo aclamaban, ya que para ellos él era su esperanza.

Mientras tanto Urbina entraba en Quito. Los patriotas cerraron los postigos de sus ventanas. Poco después lo haría Robles. El gobierno provisional se refugió en la ciudad de Ibarra. García Moreno era tozudo: «Voy a seguir la empresa hasta concluir con Urbina y el último urbinista. Por contraria que parezca la situación, la dominaremos con tal de que no perdamos la confianza y el valor». Urbina, por su parte, implantó la violencia, enajenándose cada vez más a la población.

Ya que por las armas no se veía posibilidad próxima de victoria, García Moreno recurrió a la diplomacia, dirigiéndose otra vez al Perú para conseguir el apoyo del presidente Castilla, enemigo de los «gemelos», mientras Carvajal, que integraba el triunvirato, reunía tropas de ecuatorianos que vivían en tierras colombianas. Lo encontró en Paita, donde él había estado en su último destierro. Castilla se mostró ampliamente comprensivo y favorable, pero García Moreno se dio cuenta de que lo que buscaba era aprovechar la ocasión para apoderarse de alguna porción de tierra ecuatoriana, cosa a la que jamás se hubiera avenido nuestro héroe. Ante este fracaso, resolvió apelar al general Franco, que si bien parecía apoyar a Urbina, por lo menos era patriota y amaba al Ecuador. Llegándose encubiertamente a Guayaquil, se entrevistó con él en secreto. Pero también Franco tenía segundas

intenciones, que se guardaría bien de revelar. Quería, sí, echar a Urbina y Robles, pero no en provecho del gobierno provisional, sino para asumir él mismo la presidencia. Asimismo García Moreno pudo entrever que Franco se entendía con Castilla, dispuesto a cederle parte del Ecuador.

Sea lo que fuere, Franco acabó por sublevarse. Acudió Robles a sofocarlo, pero la suerte le fue adversa, siendo vencido, arrestado y deportado. Urbina, no sabiendo qué hacer, optó por subordinarse al nuevo jefe, mas éste lo puso también en un buque extranjero para que fuese a acompañar a su «gemelo». Así el Ecuador quedó libre de dos malhechores. Mientras tanto, en Quito reinaba una gran conmoción. Por lo demás, Franco no se mostraba menos funesto que aquellos a quienes había vencido. Dueño de Guayaquil, llamó a elecciones, y sin respetar las formas legales, fue elegido por la fuerza como Presidente, si bien permaneciendo en aquella ciudad. En vano García Moreno trató de acercársele. Ahora a Franco ya no le interesaba entablar contacto alguno. Entonces nuestro héroe debió empeñarse en iniciar nuevos reclutamientos, buscar cañones y vituallas. Incluso ordenó instalar una fábrica de armas cerca de Quito.

Mientras tanto, Franco y Castilla, ahora aliados, trataban de infiltrar espías y traidores en las fuerzas del gobierno provisional, logrando soliviantar a algunos efectivos del ejército leal. En cierta ocasión en que García Moreno se encontraba en Riobamba, descansando por la noche, un grupo de soldados sediciosos, pistola en mano, irrumpieron en su habitación y lo detuvieron, tras lo cual se embriagaron y se dieron al pillaje. Un amigo le propuso entonces a García Moreno huir por la ventana. Él le contestó que en caso de escapar sería por la puerta. Y así lo hizo. Aprovechando que los carceleros estaban borrachos, con voz de mando llamó al que estaba de guardia, y le ordenó que abriese la puerta. El soldado obedeció. García Moreno se puso en busca de los suyos, y encontró en Calpi a catorce de ellos que lo escoltaron. No salían de su asombro cuando el jefe les dijo que era su intención volver inmediatamente a Riobamba. Allí los soldados seguían totalmente borrachos, por lo que finalmente los dominó, castigando a los cabecillas.

En Guayaquil la cosa se ponía cada vez peor. Castilla, a la cabeza de una escuadra de 6000 hombres, había ya recuperado el sur del Ecuador, con la anuencia cobarde de Franco, que sin vacilar se disponía a entregarle la perla del Pacífico. La indignación cundió por todo el país. Los jóvenes pedían armas para ir en socorro de la Patria avasallada. García Moreno, al ver al Ecuador a punto de desaparecer, pensó en solicitar ayuda a Francia. Él amaba a esa nación, la conocía y la apreciaba, especialmente en esos momentos en que el gobierno galo reconocía la autoridad de la Iglesia.

¿Pero bastaba ello para que diese semejante paso? Se ha dicho que lo que lo movió no fue sino el cansancio en la lucha contra el desenfreno de la soldadesca y la turbulencia de los demagogos, con el consiguiente avance de la anarquía. Pero también el ver avanzar rápidamente el torrente arrasador de la raza angloamericana. Francia era católica y latina, y el mundo sajón, de diferente raza y religión que la nuestra. Quizás constituyó un paso erróneo, y que por lo demás no tuvo éxito, pero fue causa de que durante mucho tiempo se lo acusase de haber pretendido vender el Ecuador a una nación europea, máxime estando fresco el desembarco de Maximiliano en México.

La situación era gravísima. El poderoso ejército extranjero ya se encontraba sólidamente instalado en territorio ecuatoriano. Por otra parte, las tropas apostadas en Quito no aseguraban su fidelidad. Sin embargo, entendiéndolo García Moreno que era mejor morir que vender la Patria, decidió recurrir nuevamente a las armas. Tras arengar a los suyos con fervor patriótico, se dirigió hacia el sur, al frente del ejército. Esta vez ganó batalla tras batalla, conquistando Cuenca, y luego Loja, ciudad limítrofe con Perú. Sólo quedaba a los usurpadores la provincia de Guayaquil. Todavía trató de solucionar las cosas por las buenas, enviando emisarios a Franco, en la esperanza de que aún conservase rescoldos de amor a la Patria y

honor militar. Pero el muy canalla, hollando todo resto de hidalguía, aprisionó a los enviados. Ante semejante ultraje, el Presidente provisional se dirigió a los ecuatorianos en los siguientes términos:

«¡Compatriotas! Sólo los cobardes prefieren la traición a la guerra, la intriga al combate. Corramos a las armas para defender el honor y la nacionalidad de la Patria. Unión, firmeza y valor, he aquí lo que ella reclama de nosotros. La Providencia nos protege, la gloria nos aguarda y las Repúblicas hermanas, lejos de ser espectadores indiferentes, nos sostendrán en la heroica lucha a que estamos preparados».

Y a sus tropas así les habló: «¡Soldados! El gobierno de Guayaquil, sin más derecho que su ambición desenfrenada, sin otro motivo que el de su complicidad con el enemigo extranjero, y después de haber vendido inicuaamente a nuestros hermanos del litoral, se prepara a emplear contra vosotros y contra los pueblos del interior las armas que deben emplearse únicamente en defensa de nuestra nacionalidad, se prepara a decorar con sangre ecuatoriana el camino por donde ha de seguirle un pérfido conquistador; viene a desgarrar el pabellón nacional para enarbolar el extranjero y ofrecerle en homenaje vuestra patria y hogares, vuestro porvenir, vuestras glorias y vuestra libertad... Preparaos, pues, a escarmentar para siempre traición tan detestable».

La actitud decidida de García Moreno, amedrentó a Castilla. No valía la pena arriesgarse por Franco, aquel aliado suyo tan egoísta. Y así lo dejó prácticamente solo, si bien con las espaldas aseguradas por la flota peruana, que permanecía fondeada en el puerto. En esos momentos, el general Flores, aquel viejo general que había sido adversario de García Moreno y vivía tranquilamente exiliado en el Perú, sintió un escozor de patriotismo, y dejando de lado sus desventuras, su destierro y sus resentimientos, se puso a disposición del jefe ecuatoriano: «En las circunstancias difíciles en que os halláis, hacedme saber si puedo seros útil, y estoy a vuestras órdenes». García Moreno, olvidando antiguos agravios, no sólo lo recibió, sino que le encomendó el mando de todas sus tropas: «Venga usted inmediatamente, para ser nuestro general en jefe». Las tropas nacionales, encabezadas ahora por ese prestigioso jefe, antiguo lugarteniente de Bolívar, se enfrentaron a las de Franco en Babahoyo y lo derrotaron, provocando su huida. Luego de la batalla, con ese olvido de sí mismo tan propio de los espíritus magnánimos, exclamó García Moreno: «Estas ventajas principalmente son debidas al genio guerrero de nuestro general en jefe y a las virtudes militares de nuestros oficiales y soldados».

Refugióse Franco en Guayaquil, y la declaró ciudad independiente, bajo el brazo protector del Perú. Hasta allí lo siguió García Moreno, juntamente con Flores. Abriéndose paso por la parte más inhóspita, llena de cuevas, rocas y esteros, las fuerzas nacionales atacaron a Franco, apareciendo de improviso en esa zona impensada. Tras encarnizada lucha, el enemigo huyó a la desbandada, mientras su jefe se embarcaba en un buque peruano. Terminaron así quince meses de lucha armada. Era el 24 de septiembre de 1860. García Moreno ya dominaba todo el Ecuador. Como el día de la victoria coincidió con la fiesta de la Virgen de la Merced, el vencedor decretó que la nación y el ejército ecuatorianos quedasen en adelante bajo su protección.

III. La primera presidencia

Durante los quince años que acabamos de considerar, la figura de García Moreno se nos ha ido mostrando con las eminentes cualidades de un jefe político que desde la oposición se empeñó en liberar a su Patria de los tiranos liberales o radicales, valiéndose de diversos recursos: la pluma, la palabra o la espada. Con todo, hay personas que son excelentes para hacer oposición, pero luego, a la hora de gobernar, se revelan incapaces. En las circunstancias que había vivido el Ecuador, una vez vencidas las fuerzas de la Revolución, se hacía preciso restaurar

el edificio social, que reposaba sobre frágiles cimientos, como la soberanía del pueblo, y más en general, los principios de 1789.

Ecuador era débil y, por ende, menos susceptible de un intento de restauración. Si lo miramos hacia fuera, advertimos que estaba como cercado por dos repúblicas vecinas, celosas entre sí, pero siempre dispuestas a aliarse para sostener los postulados masónicos de la Revolución. En el interior, actuaban no sólo los liberales, que se negaban a reconocer el carácter sobrenatural de la Iglesia, subordinándola por tanto al Estado, sino también los llamados radicales, de obediencia masónica, quienes veían en la Iglesia un enemigo que había que destruir. En cuanto a los católicos, la mayor parte se mostraban pusilánimes, vacilando entre los derechos de la Iglesia y los presuntos derechos del pueblo. En momentos de peligro nacional, García Moreno había logrado agrupar en su torno a fuerzas dispares. Nunca, por cierto, recibió el apoyo de los radicales, pero sí el de algunos liberales y católicos «contemporizadores».

Ahora, al día siguiente de la común victoria contra Urbina y sus adláteres, aquella precaria coalición se hizo trizas y cada uno de los grupos se apartó, llevándose su parte de botín. Por el momento, García Moreno no pasaba de ser el jefe de un gobierno provisional, con el encargo de llamar a Convención para que sus integrantes redactasen una nueva Constitución, y luego designasen el próximo Presidente. Cuarenta fueron los diputados elegidos, que ahora comenzaron a sesionar. Quienes se oponían a García Moreno veían con temor el futuro, llegando incluso, en cierta ocasión, hasta intentar asesinarlo, aunque gracias a Dios sin éxito. Los que resultaron electos como constituyentes eran por lo general católicos, si bien casi todos liberales. Tras la sesión de apertura, García Moreno dio cuenta de sus actos ante la Convención y le devolvió sus poderes. Efusivamente felicitado, fue nombrado presidente interino de la misma.

1. García Moreno Presidente

Uno de los primeros temas que se planteó la Convención fue el de la religión oficial. El proyecto elaborado declaraba religión del Estado a la católica, con exclusión de las demás. Oponiéndose a ello, varios diputados adujeron que semejante propósito atentaba contra la civilización moderna, la libertad de conciencia, la voluntad del pueblo, constituyendo un retorno al espíritu de la Inquisición, etc. Desde otro punto de vista, aunque coincidiendo con los anteriores, un sacerdote liberal afirmó que el artículo era innecesario ya que si Dios es como el sol, que cada día sale para todos, resultaba una obviedad reconocerlo oficialmente. García Moreno se valió de toda su influencia para mantener el artículo y refutar a sus opositores.

Tras el análisis de los otros capítulos, se planteó la segunda cuestión, la elección del Presidente. La Convención había decretado que en adelante el Jefe de Estado fuese nombrado por sufragio universal, si bien se reservaba la presente elección. De manera unánime y sin debate lo eligieron a García Moreno por cuatro años, con el aplauso general del pueblo. Era el 10 de marzo de 1861. Muy satisfecho debió quedar el novel Presidente cuando se aprobó la concertación de un Concordato con la Santa Sede, que debía ejecutarse sin esperar la ratificación del futuro Congreso. También se decretó la reorganización de la economía, del ejército, de la educación, así como la construcción de una carretera de Quito a Guayaquil. De este modo, García Moreno tenía carta blanca para llevar a cabo todos sus planes de estadista. Luego veremos cómo los concretaría. Nuestro héroe tenía 40 años cuando asumió el poder.

Intentemos esbozar un retrato suyo, en base a los que nos han legado los artistas de su tiempo. Era alto y delgado, de figura noble, esbelta y elegante. Su frente, ancha y espaciosa, revelaba una inteligencia descollante. Sus ojos, negros, profundos y escrutadores; a veces se mostraban serenos, otras veces relampagueaban; se dice que cuando daba órdenes, parecía que miraban con gran

autoridad. La nariz, muy recta, y de tamaño más bien grande. La boca era ancha, con bigotes negros, espesos, de bordes cortos y caídos. La mandíbula, algo avanzada, realzaba su aspecto de caudillo. El rostro, anguloso y severo. Su fisonomía, en general, resultaba atractiva y hasta fascinante, revelando una personalidad sobresaliente, un aristócrata y gran señor. Había algo de marcial en su continente. Gustaba de cruzar los brazos, lo que acrecentaba su distinción y señorío. Sus ademanes eran precisos y enérgicos. Se ha dicho que su voz, sin suavidad ni matices, sonaba un tanto destemplada, y que hablaba con demasiada rapidez.

En cuanto a sus características psicológicas y morales destaquemos, de acuerdo al testimonio de sus contemporáneos, su voluntad poderosa, casi sobrehumana, que le llevó a vencer no sólo la geografía del paisaje ecuatoriano sino también a sus contrincantes, transformando a su patria de arriba abajo, y que le permitiría vencerse a sí mismo, adelantando velozmente en el camino de la virtud. Su inteligencia era penetrante, sumamente aguda, apasionado por todas las formas del saber, y capaz de comprender con excepcional rapidez, no sólo a las personas sino también las situaciones. Eran proverbiales su vehemencia y combatividad, así como su afición por la aventura y el peligro. El profundo espíritu religioso que lo caracterizaba le permitía estar siempre pronto a sacrificar su vida por las causas trascendentes. Su temple de hierro lo hacía implacable con los delincuentes y corruptos, si bien no descartaba el ejercicio de la misericordia. La honradez de su conducta se hizo patente por el modo de administrar los dineros públicos, jamás aprovechando los cargos que invistió para acrecentar su patrimonio personal. De temple voluntarioso y decidido, nunca postergaba sus resoluciones o dilataba su ejecución. Se caracterizaba, asimismo, por una enorme capacidad de trabajo, en virtud de la cual pudo realizar más obras que todos los presidentes del Ecuador que le precedieron. Su memoria era asombrosa. Todos le reconocieron el don de atraer a los demás, de convencerlos y entusiasmarlos. Poseyó el arte de la palabra, que lo convirtió en el primer orador de su tiempo, siendo a la vez un espléndido conversador, rápido y sentencioso en las réplicas, a veces mordaz.

Tal es el hombre que ahora asume el poder. Un contemporáneo suyo dijo que lo único pequeño en él «fue el escenario a que lo trajo la Providencia para el desenvolvimiento de sus magnas acciones». Sin embargo, obró como los magnánimos, que engrandecen aun lo que es minúsculo. Tomó posesión del mando, prestando juramento en la catedral de Quito, una de las más hermosas de América. El presidente de la Convención, nuestro ya conocido general Flores, ahora admirador de García Moreno, pronunció el discurso de circunstancia.

En su respuesta, García Moreno se comprometió a «restablecer el imperio de la moral, sin la cual el orden no es más que tregua o cansancio y fuera de la cual la libertad es engaño y quimera». Para ello, agregó, se serviría de dos medios: la represión enérgica del crimen y la educación sólidamente cristiana de las nuevas generaciones. Protegería la religión, sin cuya influencia juzgaba imposible la reforma moral. Fomentaría la industria, el comercio y la agricultura, hasta ahora atrasados «por falta de conocimientos o de vías de comunicación». Ordenaría la hacienda pública «sobre la triple base de la probidad, la economía y el crédito nacional». Cuidaría del ejército y de las buenas relaciones internacionales. Espléndido y programático discurso, cuyos enunciados habrá de cumplir punto por punto.

2. El Concordato con la Santa Sede

En realidad García Moreno no estaba satisfecho con la Constitución que había aprobado la Convención. La consideraba «demagógica» y proclive a establecer la «anarquía organizada». Especialmente lamentaba la insuficiencia de los poderes que había puesto en sus manos. Es posible que tal limitación fuese intencional. Los

convencionales lo habían elegido porque salvó al país, pero le cercenaban sus atribuciones, para que no cambiase demasiado las cosas. Más adelante se declararía arrepentido de haber aceptado el gobierno en semejantes condiciones.

Sea lo que fuere, se abocó inmediatamente a preparar el Concordato con la Santa Sede. Hasta entonces, el Ecuador se había regido por la ley del Patronato, heredada de los reyes españoles. El poder político se arrogaba la capacidad de erigir nuevas diócesis, trazando sus límites; de autorizar la convocación de sínodos o concilios nacionales o regionales; de permitir la erección de nuevos monasterios o la supresión de los antiguos; de nombrar obispos, curas y canónigos; de conceder o no el *exæquatur* a las bulas pontificias, etc. La Santa Sede objetaba dicho comportamiento señalando que el Patronato era un privilegio personal que los Papas habían concedido a los reyes de España por su reconocida fidelidad a la Iglesia, y que por tanto no se transmitía automáticamente a los gobernantes de Hispanoamérica.

Se imponía, pues, zanjar dicha situación, mediante un Concordato. Para cumplimentarlo, García Moreno envió un representante a la Santa Sede con instrucciones precisas. El Gobierno empezaba asegurando que no estaba en sus intenciones imponer ni exigir concesiones sino sólo solicitar al Papa un remedio para los males que aquejaban a la Iglesia en Ecuador. «El Gobierno desea únicamente que la Iglesia goce de toda la libertad e independencia de que necesita para cumplir su misión divina, y que el Poder civil sea el defensor de esa independencia y el garante de esa libertad». En segundo lugar se decía que si bien la Constitución asegura el ejercicio exclusivo de la religión católica, como «no faltan hombres extraviados que procuran abrir la puerta a la introducción de nuevos cultos, estimando a la impiedad y la apostasía», sería conveniente que dicha situación se contemplase en el Concordato, de modo que además de no permitirse el establecimiento de cultos disidentes, quedase prohibido el de cualquier sociedad condenada por la Iglesia. A continuación se pide la supresión del *exæquatur*.

Luego se solicita que en razón de que las malas costumbres se iban extendiendo cada vez más entre los niños y los jóvenes, la Santa Sede dé facultad a los obispos e imponga al Gobierno la obligación de impedir en las escuelas y Universidades el uso de libros condenados por la Iglesia. Asimismo se afirma la necesidad de una reforma del clero, lo que resulta imposible mientras la jurisdicción eclesiástica esté sometida a la civil, y los delincuentes eludan de ese modo el castigo debido. Finalmente se señala el deseo de que la Santa Sede provea libremente los obispados, y los obispos los demás beneficios, quedando sólo el Gobierno con el derecho de oponerse a la promoción de eclesiásticos indignos o perturbadores. Había un anexo sobre la reforma del clero regular, para cuyo cumplimiento se pedía el envío de un delegado apostólico.

Al cabo de seis meses de tratativas, el proyecto quedó firmado *ad referendum*. Sus artículos reproducían casi textualmente las instrucciones que García Moreno había dado a su plenipotenciario. El texto se cerraba con esta cláusula: «La ley del Patronato está y queda suprimida».

El cambio de firmas debía verificarse en Quito. Pío IX envió para ello un delegado apostólico, con una carta en la que felicitaba a García Moreno «por su piedad profunda hacia la Santa Sede, su ardiente celo por los intereses de la Iglesia católica, y le exhortaba a favorecer, con todas sus fuerzas, la plena libertad de esta esposa de Cristo, así como la difusión de sus divinas enseñanzas, sobre las cuales reposan la paz y ventura de los pueblos». Cuando el delegado hizo entrega de la carta, expresó su satisfacción por el feliz encuentro de la espada y el cayado, que mutuamente se sostenían.

García Moreno admiraba al intrépido Pío IX, hostigado en aquel entonces por los Garibaldi y los Cavour. Al saludar a su delegado le dijo:

«Os ruego que manifestéis a nuestro Padre Santísimo estos sinceros sentimientos y aprovechando esta ocasión solemne, os ruego le digáis también que, como verdaderos católicos, no somos ni podemos ser insensibles a los ataques dirigidos a la Santa Sede y contra su soberanía temporal; soberanía que es la condición indispensable de su libertad e independencia, así como lo es del reposo y la civilización del mundo. Decidle que si bien a los débiles no nos es dado oponer un dique de hierro contra la impiedad y la ingratitud de los unos, y contra la timidez y la imprevisión de los otros, sí nos toca levantar la voz para condenar el crimen y extender la mano para señalar al delincuente. Decidle, en fin, os ruego, que unidos más fuertemente a él en el tiempo de la adversidad, aquí, al pie de los Andes y a las orillas del Grande Océano, rogamos por él y por el término de las aflicciones que lo rodean, y que abrigamos la íntima y consoladora convicción de que pasarán los días de prueba, porque cuando la fuerza oprime en lo presente, la justicia se reserva el porvenir».

Poco después ocurrió algo muy revelador. Cuando el comisionado del gobierno ecuatoriano volvió de Roma, se dieron cuenta de que no se había llegado a un acuerdo sobre la demanda del Presidente relacionada con la reforma del clero regular. Como se recordará, García Moreno había pedido el envío de un delegado apostólico provisto de amplios poderes, para lograr que los malos religiosos se reformasen o, si así no lo hacían, fuesen secularizados.

A la Santa Sede la medida pareció demasiado enérgica. El Papa, afirmó su vocero, deseaba tanto como el Presidente llegar a esa reforma, pero por medios persuasivos. García Moreno pensaba que dicho modo de proceder constituiría un obstáculo a su proyecto de regeneración del país, ya que aquellos religiosos, desacostumbrados a toda regla, no se dejarían convencer, y seguirían haciendo daño a todo el cuerpo social. De esta manera, convencido de que el Concordato y la reforma del clero regular eran inescindibles, se rehusó terminantemente a admitir el uno sin la otra. «Volved inmediatamente a Roma –le dijo a su ministro–, y decid al Papa que acepto todos los artículos del Concordato, pero a condición de que ha de imponer la reforma. Si él no puede imponer la reforma, yo no puedo imponer el Concordato». Pío IX quedó estupefacto. El ministro le explicó que García Moreno pensaba que si el Papa conociese la situación real del Ecuador como él la conocía, se convencería de la necesidad de la reforma. Por fin el Santo Padre accedió a lo solicitado.

El Concordato fue oportunamente promulgado en Quito. Luego de una solemne misa pontifical, el Presidente y el delegado de la Santa Sede, rodeados de las autoridades civiles y militares, procedieron al cambio de firmas, y a continuación se leyeron al pueblo los artículos del Concordato. Tras entonarse el Te Deum, con un fondo de salvas de artillería, se izaron las banderas del Ecuador y del Vaticano. Ceremonias semejantes tuvieron lugar en las principales ciudades del país. Quedaba así patente, para asombro del mundo, que había un país, el Ecuador, cuyo Estado se unía a la Iglesia en un designio común, y la Iglesia aceptaba gozosamente la unión con dicho Estado. Parece obvio decirlo, pero desde aquel día, el liberalismo y la masonería le declararon a García Moreno la guerra frontal.

3. El cerco del Perú y Colombia

Nuestro héroe había asumido el poder en un momento difícil en lo que toca a las relaciones internacionales del Ecuador, sobre todo por cuanto acontecía en los países limítrofes. Colombia acababa de salir de una guerra civil, tras la cual había sido designado como jefe de gobierno Julio Arboleda, un político de familia distinguida, valeroso en el combate, excelente orador, y hasta poeta en sus ratos de ocio. De espíritu hondamente religioso, se asemejaba en muchas cosas a García Moreno. Sus enemigos no se lo perdonarían. Y así lograron que el general Tomás de Mosquera, al frente de los radicales, se rebelase contra él. Apoderóse el general de Bogotá, y comenzó a perseguir a la Iglesia. Arboleda, mientras tanto, se retiró a los confines de Ecuador, y desde allí organizó la resistencia, con el apoyo de la

población católica. Todo el Ecuador, y especialmente García Moreno, deseaba su triunfo, cuando aconteció un incidente desdichado.

Un batallón de Arboleda, persiguiendo a los de Mosquera, cruzó el límite del Ecuador, e hirió gravemente al jefe ecuatoriano del lugar. García Moreno, lleno de indignación, protestó severamente, pidiendo a su amigo Arboleda la destitución del jefe responsable y la entrega del que hirió al comandante militar de la frontera. Al mismo tiempo envió a ese lugar una división de soldados. Arboleda se negó, aduciendo razones que a García Moreno le parecieron insuficientes. Para el caudillo ecuatoriano era una cuestión de honor nacional, por lo que él mismo se dirigió a caballo hacia la frontera, trayecto que le exigió no menos de tres días. Se entabló el combate y su pequeño ejército fue derrotado. En la lucha había derrochado valor, como siempre. Sus camaradas nos cuentan que en el momento del desbande se precipitó con cinco soldados en medio de los batallones enemigos, hiriendo a izquierda y derecha.

Por fin se entregó a un oficial colombiano pidiéndole que lo llevara a su jefe, ante quien rendiría su espada. Arboleda se sintió desconcertado al verlo. Una derrota como aquella, le dijo, mientras le devolvía la espada, es honrosa para el Ecuador y gloriosa para su comandante. Eran dos jefes católicos, y en el fondo ambos comprendían que mejor que un enfrentamiento de este tipo hubiese sido volver sus armas contra el enemigo común, la Revolución liberalmasónica, que en aquellos momentos hacía estragos en Nueva Granada y no se cansaba de intrigar en el Ecuador para recuperar el poder. Ambos estadistas firmaron un tratado de alianza, tras lo cual García Moreno retornó a la capital. Poco tiempo después Arboleda sería asesinado, asegurándose así el triunfo del radicalismo en Colombia.

Nuestro Presidente llevaba ya dos años en el poder. El pueblo católico lo admiraba, pero tanto los liberales como los radicales, orgullosos de titularse progresistas o librepensadores, lo execraban con toda su alma, y desde ya fraguaban su caída. El jefe de esa especie de coalición era el general Urbina, exiliado por aquel entonces en el Perú. Sólo su retorno haría posible la desaparición política de García Moreno. Para el logro de sus objetivos, Urbina comenzó a buscar el respaldo del Perú y de Nueva Granada, dos malos ladrones, como decía el P. Solano, puestos a izquierda y derecha del Ecuador para despojarlo cuando se les presentara la ocasión. El apoyo del colombiano Mosquera era bien explicable, pero también el del peruano Castilla, cuyas pretensiones sobre el territorio ecuatoriano y resentimientos contra García Moreno ya se habían hecho patentes.

Para el logro de sus inconfesables propósitos, los enemigos del gran ecuatoriano idearon una estratagema: hacer públicas aquellas cartas del mandatario al gobierno francés, a que nos referimos más arriba, donde solicitaba el apoyo de dicho gobierno. Las misivas, que se habían conservado secretas hasta entonces, fueron entregadas a Castilla y publicadas en un periódico de Lima. Urbina se rasgó las vestiduras. Por instigación suya, toda la prensa americana clamó contra «la gran traición de García Morente», cual si éste hubiera hecho gestiones para que el Ecuador fuese aceptado como colonia francesa. Castilla se creyó tanto más autorizado a explotar este incidente cuanto que, en su momento, él había protestado contra la ocupación de México por los franceses a las órdenes de Maximiliano, calificando el intento de invasión a un país hispanoamericano; al tiempo que ofrecía armas y dinero a Benito Juárez, llenaba de invectivas a los franceses que residían en Lima.

García Moreno le escribió a Castilla explicándole cómo había sido aquella gestión suya, pero éste hizo oídos sordos y amenazó con invadir el Ecuador por mar y tierra, en razón de lo cual aquél debió fortificar a Guayaquil y prepararse para la guerra, que gracias a Dios no llegó a concretarse. El presidente del Perú se contentó con romper relaciones con el gobierno ecuatoriano, y dar asilo a todos los conspiradores. Munido de su autorización, el incansable Urbina equipó un buque en el puerto de Callao, con la intención de desembarcar en algún punto del Ecuador y

sublevar desde allí al país. Pero Castilla, presionado por los diplomáticos, debió desistir de sus intentos. Poco después terminó su mandato.

De Perú ya nada podían esperar los enemigos internos de García Moreno. No les quedaba sino volverse hacia el otro ladrón, es decir, hacia Mosquera, nuevo presidente de Colombia, que tras vencer al partido católico en la persona de Arboleda, se dedicaba a perseguir a la Iglesia. En García Moreno veía como un símbolo del patriotismo católico y al enemigo declarado de las logias masónicas. Urbina, que ya nada podía esperar del gobierno de Lima, se volvió, pues, hacia él:

«Es tal la situación y el anonadamiento en que gimen esos pueblos –le escribió–, que poco o nada pueden hacer sin un apoyo de afuera... No necesita V. sino quererlo para que la redención del Ecuador se efectúe y queden conjurados los peligros que amenazan a la América, puesto que para ello puede V. contar, además de los poderosos elementos de que dispone la nueva confederación que preside V., con la decidida cooperación del gran partido liberal en cuyo nombre hablo a Vd.»

Lo invitaba, así, a «liberar» a América de los peligros a que García Moreno la había expuesto al dirigirse a los franceses. Siempre el mismo argumento.

Mosquera había concebido un plan grandioso: englobar las tres repúblicas, Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, que en tiempos de Bolívar habían formado la Gran Colombia, en una sola nación bajo el nombre de Estados Unidos del Sur, que pronto rivalizarían con los del Norte. La idea no era mala, en absoluto. Lo malo era el espíritu con que la proyectaba. La unión debía hacerse sobre las bases de un liberalismo de inspiración masónica. No deja de ser sugestivo que justamente cuando García Moreno concluía el Concordato con la Santa Sede, Mosquera impusiera a Colombia una Constitución furiosamente liberal. A la invitación que le dirigió Mosquera de tener con él una entrevista sobre dicho proyecto, respondió García Moreno de manera viril y franca:

«No puede ser asunto de nuestras Conferencias ningún proyecto que tienda a refundir las dos nacionalidades en una sola, bajo la forma de gobierno adoptada en vuestra República. Habiendo confiado el Ecuador su existencia y porvenir a instituciones y formas muy diversas de las vuestras, no podrá pues aceptar ninguna otra forma sin sacrificar ese porvenir y esas instituciones profundamente arraigadas en el corazón de los pueblos y del gobierno encargado de sus destinos».

Sobre semejantes presupuestos no se veía factible ninguna unión, por interesante que el proyecto pudiese ser en sí. Mosquera no se amilanó. En carta pública a Urbina le decía: «Nosotros que hemos sido un mismo pueblo podemos decir: Colombia fue y Colombia será. Si Flores y García Moreno no se someten a la voluntad popular, ellos caerán sin que les valga ningún protectorado».

La guerra era inevitable entre ambos presidentes, uno de los cuales había resuelto anexar el Ecuador a sus Estados, y el otro morir antes que ceder un palmo de su territorio. Para llevar adelante sus designios, Mosquera se movió con la habilidad que lo caracterizaba. Sabía que ese año debía tener lugar la reunión del Congreso en el Ecuador, ya que en dicho país era costumbre que los legisladores tuvieran sesiones cada dos años. Últimamente habían ingresado en el recinto nuevos representantes elegidos bajo la influencia de los grupos liberales, quedando en minoría los que apoyaban a García Moreno. Mosquera pensó que había que aprovechar la ocasión. En efecto, por instigación suya, al reunirse los legisladores pusieron otra vez sobre el tapete el tema del Concordato, como si éste hubiese implicado una suerte de sometimiento del Ecuador a la Curia Romana. Se dijo que el Concordato debía ser aprobado por el nuevo Congreso, cuando en realidad ya había sido promulgado, cumpliéndose las intenciones de la Convención anterior. Al fin el triunfo fue de García Moreno.

Con todo, Mosquera no se detuvo. Convocó ahora a una «cruzada», pero al revés:

«Venid conmigo a los confines del sur a afianzar la libertad y unificarnos por sentimientos fraternales con los colombianos del Ecuador, que necesitan, no nuestras armas sino nuestros buenos oficios para hacer triunfar el principio republicano sobre la opresión teocrática que se quiere fundar en la tierra de Atahualpa que, la primera en Colombia, invocó la libertad y el derecho en 1809».

En el entretanto, el presidente colombiano estaba desterrando obispos, encarcelando sacerdotes, expulsando religiosos, despojando iglesias y conventos, lo que le valió que Pío IX fulminara sobre él una excomunión resonante y dirigiera una encíclica a los obispos colombianos donde deploraba «los criminales horrores que están desolando vuestro país... Terrible será el juicio de los que abusan de su poder». Mosquera seguía impertérrito. Había que escoger entre «la opresión teocrática» de García Moreno y su «liberación laicista».

No bien se conoció la proclama de Mosquera, desde todas las provincias y ayuntamientos del Ecuador llegaron múltiples adhesiones a García Moreno, expresando su rechazo a la unión con Colombia y su repudio a las injurias del Presidente de dicho país.

En una de ellas se leía: «Amamos y blasonamos el ser colombianos en el pasado; al presente no podemos ni queremos ser otra cosa que ecuatorianos... Es incompatible para nosotros la unión colombiana, por el lado que más toca al corazón del hombre, por ese sentimiento superior a cuanto existe, por esa fe y amor inefables de la humanidad, por la Religión... Antes de ser republicanos somos cristianos; para nosotros, que estamos convencidos de que el árbol de la libertad nació al pie de la Cruz del Gólgota, es intolerable una república formada a impulsos de aquellos errores».

La guerra estaba ya a la vista. García Moreno no la quería, por lo que agotó todos los medios de conciliación. Pero resultaron inútiles. Mosquera, que ya se había instalado en la frontera, le dio veinticuatro horas para elegir entre la confederación o la muerte. Al mismo tiempo dirigió un manifiesto a Colombia, donde acusó a García Moreno de oponerse a la regeneración de América, de haber querido someter su país al protectorado de Francia, de haberlo convertido en feudo de Roma por un concordato desastroso para el Ecuador y para toda Colombia, de haber reestablecido la orden de los jesuitas, instituto que se caracterizaba por luchar siempre contra los gobiernos liberales. Obligado al combate, García Moreno se dirigió a la frontera, teniendo que dejar en Guayaquil sus mejores tropas para hacer frente a un probable levantamiento de sus enemigos, instigados por Urbina. Éste, a su vez, con la connivencia del Perú, organizaba una invasión.

Las primeras batallas contra Mosquera le fueron favorables a las tropas del Ecuador. Los soldados que cruzaron la frontera se extrañaban al ver cómo la mayoría de los colombianos de esa región, que eran católicos, se incorporaban a sus filas. Mosquera debió huir. Pero una vez repuesto de sus primeras derrotas, enfrentó de nuevo al ejército de García Moreno, siendo nuevamente derrotado. Y acá sucedió lo imprevisible. Cuando las trompetas anunciaban la victoria, algunos batallones ecuatorianos arrojaron sus armas. La verdad es que estaban comandados por jefes traidores, cómplices de Urbina y vendidos a Mosquera. Ahora el jefe colombiano tenía vía libre hacia Quito.

García Moreno lanzó entonces una proclama para que todo el Ecuador se levantase en defensa de sus ideales:

«¡Compatriotas! Dios ha querido probarnos, y debemos adorar sus designios inescrutables... Ahora más que nunca necesitamos hacer grandes esfuerzos para salvar nuestra Religión y nuestra Patria; ahora más que nunca debemos oponer a nuestro injusto enemigo un valor a toda prueba y una constancia incontrastable». Ecuador se puso de pie. «Marchemos en defensa de nuestra patria –podía leerse en un diario–, en defensa de nuestra fe, del pudor de nuestras mujeres, de la inocencia de nuestros hijos y de nuestro propio honor, y sucumbamos todos,

incendiense nuestras ciudades y destrúyanse nuestras heredades antes que abrir indefensos las entradas del suelo ecuatoriano a los sicarios del cisma y a los enemigos de Dios».

Las cosas no llegaron a mayores, y el 30 de diciembre de 1863 se firmó un tratado de paz. Mosquera le escribió a Urbina dándole la noticia, no sin cierta vergüenza, ya que la victoria había sido de García Moreno.

Desde entonces dejó en paz al Ecuador, pero dentro de su país siguió encarcelando y fusilando a los buenos colombianos, hasta que lo echaron al destierro. Como era de esperar, se dirigió a Lima, donde lo aguardaba su amigo Urbina, con quien firmó un pacto secreto para derribar el gobierno de Ecuador. Queda claro que su odio a todo lo que el Ecuador de García Moreno representaba era en él inveterado.

Como se ve, en el ámbito de las relaciones internacionales, García Moreno defendió siempre con decisión la dignidad y la soberanía de su patria. Un anécdota para cerrar este tema. En cierta ocasión, el Gobierno de Bogotá envió a Quito un nuevo embajador. Éste, al presentar sus cartas credenciales, luego de los lugares comunes, se permitió divagaciones sobre la unión, independencia y libertad de los pueblos, con un escondido sentido crítico a la política del gobernante ecuatoriano. La respuesta de García Moreno fue contundente, si bien no exenta de ironía:

«Os he oído con viva complacencia, porque creo en la sinceridad de vuestro lenguaje... Habéis hablado de independencia, unión y libertad. La independencia es la vida de un pueblo y quiero independencia para el Ecuador y para la América entera; y porque la quiero, aborrezco con toda la indignación de mi alma a los mayores enemigos de ella: la licencia, la demagogia y la anarquía.

«La unión, garantía de la paz y condición de la fuerza, la he deseado, la he buscado siempre; y por eso, bajo mi mandato, el Ecuador ha procurado estrechar los vínculos que nos ligan con las naciones amigas; y por eso respeta la justicia y el derecho de todos los pueblos; y por eso no consiente que en su territorio se armen en medio de la paz hordas criminales para perturbar el reposo de sus vecinos, como no debe consentirlo ningún país en que se estime todavía el honor y se condene la perfidia.

«La libertad para los hombres leales no es un grito de guerra y exterminio, sino el medio de desarrollo más fecundo y poderoso para la sociedad y el individuo cuando en ellos hay moral, justicia en las leyes y probidad en el gobierno. Amigo verdadero de la libertad será, pues, aquel que tienda a moralizar su país, que procure rectificar las injusticias sociales, y que se asocie a los hombres de bien para trabajar sin tregua en pro de la patria; y estoy seguro que vos, como liberal ardiente y sincero, abrigáis idénticas ideas».

4. Su tarea de estadista

García Moreno iba terminando sus cuatro años de gobierno. Grande había sido su tarea de reconstrucción nacional. Si quisiéramos hacer un balance muy general, tendríamos que decir que puso a su pueblo en movimiento. Hombre dinámico y laborioso como pocos, arrastraba a todos con su empuje y su ejemplo, principalmente a sus ministros y colaboradores inmediatos, en quienes no perdonaba la menor falta.

En lo que toca a los funcionarios, su primer cuidado fue reunir un personal administrativo competente, consagrado con toda el alma a la realización de sus grandes designios. Sin atender a influencia alguna, cuando era necesario separaba de su cargo a quienes se mostraban incapaces o renuentes. Los empleados debían hacerse presentes en sus lugares de trabajo a las diez de la mañana y permanecer allí hasta las cinco de la tarde. Si las ausencias eran frecuentes e injustificadas les llegaba la cesantía.

De este modo separó del presupuesto gran número de inútiles que vivían a costillas del Estado. Tal manera de proceder suscitó, como era de esperar, fuertes resistencias, especialmente de parte de los liberales, ya que desmontaba todo su andamiaje. De este modo las funciones y servicios estatales fueron pasando a manos de gente idónea y honrada.

Asimismo se abocó a la construcción de obras públicas. Hizo arreglar puentes, pavimentar calles, embellecer plazas, trazar viaductos, así como emprender considerables obras en el puerto de Guayaquil. Preocupóse también por la explotación del petróleo.

Pero nada tan importante como la multiplicación de rutas. En 1862 sólo había 46 kilómetros de caminos, en pésimo estado de conservación, con lo que las diversas regiones del país, condenadas al aislamiento, veían cerradas las puertas a toda posibilidad de progreso comercial, agrícola o minero. García Moreno propuso una innovadora red de carreteras en toda la nación, de modo que los pueblos de montaña, las ciudades y los diversos asentamientos quedasen comunicados con los puertos del Pacífico. Lo que ni los incas, ni los españoles, ni los ideólogos de la revolución habían sido capaces de imaginar, García Moreno lo llevó a cabo. Dentro de este conjunto vial cabe destacar la importancia del gran camino que va de la capital a Guayaquil, cuya concreción suscitó grandes críticas, como si se tratase de una empresa faraónica. Se ha dicho que sólo esta obra, concluida durante su segundo mandato, bastaría para inmortalizar a nuestro Presidente.

García Moreno se ocupó también por sanear la economía nacional, lo que resultaba imprescindible si quería realizar las numerosas y trascendentes empresas que proyectaba. En sus treinta años de existencia independiente, jamás el país había logrado nivelar sus gastos con los ingresos. La agricultura permanecía en sus primitivismo, por falta de brazos, instrumentos de labranza y caminos. El comercio estaba frenado por las constantes revueltas y la falta de comunicaciones. No había controles económicos.

Se necesitaba un estadista de la envergadura de García Moreno para poner orden en este campo. Más allá de lo que se hubiera podido esperar, logró saldar las deudas del Estado desde el origen de la república. Los recaudadores del fisco debían comparecer cada año ante un tribunal para rendir cuenta detallada de su gestión. También aquí García Moreno quiso dar ejemplo. Aunque no era pudiente, resolvió ceder al Estado la mitad de su sueldo, entregando el resto a obras de caridad. Una política económica tan ajustada despertó un nuevo y nutrido grupo de adversarios entre los empleados corruptos que todavía quedaban.

Otro tema que ocupó su atención fue el de la reorganización de las fuerzas armadas. Extraño polifacetismo el de este hombre. Lo hemos visto actuar como abogado, periodista, poeta, profesor, químico y orador. Ahora se nos mostrará organizando el ejército de su patria. Aunque no fue militar de profesión, el hecho de haber conocido los campos de batalla, combatiendo a la cabeza de sus tropas, le permitió calibrar mejor el estado deplorable de las fuerzas armadas. Por algo habían salido de sus filas tantos revolucionarios profesionales, al estilo de Urbina y de Robles.

Bien señala Manuel Gálvez, que al revés de los que sucedió en Argentina, donde los caudillos eran hombres de campo, jefes de gauchos, que se convertían de golpe en generales, en el Ecuador los caudillos fueron militares de carrera, sin arrastre popular. Por eso, las revoluciones no pasaron de ser por lo general meros cuartelazos, pronunciamientos de jefes discolos o ambiciosos. García Moreno, hombre de orden y disciplina, detestaba este tipo de ejército. «O mi cabeza ha de ser clavada en un poste –decía– o el ejército ha de entrar en el orden». El estado en que se encontraban las fuerzas armadas exigía una reforma drástica ya que, como lo había constatado, «un ejército así constituido es un cáncer que roe a la nación: o lo reformaré, o lo destruiré». Luchó así contra la inmoralidad, el latrocinio

y la prepotencia, encarcelando jefes, oficiales y soldados corrompidos. El ejército entró en ese molde, pero ello le valió al Presidente nuevos y poderosos enemigos.

Tras esta triple ofensiva, sobre los empleados, las finanzas y las fuerzas armadas, se dispuso a ocuparse de lo que sería el campo predilecto de su actividad gubernativa, la formación de una Cristiandad, es decir, de una sociedad cristiana impregnada por el espíritu del Evangelio y la doctrina de la Iglesia. El fundamento no podía ser otro que la educación, ya que de ella depende en buena parte la orientación y la solidez del tejido social. Bien lo sabían los hombres de la Revolución. Por eso su primer cuidado había sido laicizar los colegios, so pretexto de la «neutralidad» escolar. Fue principalmente Urbina quien trabajó para ello en todos los niveles, desde la primaria hasta la Universidad. Si García Moreno se proponía construir una civilización cristiana, debía reformar la enseñanza de arriba abajo. Aunque carecía de medios para hacerlo de manera plenaria, al menos propugnaría la creación de buenos colegios bajo la dirección de religiosos. Invitó así a varias congregaciones francesas, los Hermanos de la Salle, las Madres del Sagrado Corazón, las Hermanas de la Caridad, para que con la ayuda del Estado creasen sendos colegios u obras educativas.

En lo que toca al nivel secundario y sobre todo universitario pensó en los jesuitas, a quienes en otros tiempos había llevado a la capital. Ahora fueron instalados de nuevo en Quito, en su antigua casa de San Luis, y después en un establecimiento de segunda enseñanza. De este último saldrían enjambres de profesores para fundar nuevos colegios en Guayaquil y en Cuenca. Quizás ningún otro acontecimiento lo haya hecho más feliz que el retorno de los sacerdotes y hermanos de la Compañía. Recordemos aquello que le había dicho a un padre el día de la expulsión de la Orden, en 1852, hacía justamente una década: «¡Dentro de diez años cantaremos el Te Deum en Quito!». Destaca Gálvez la estrecha unión que habría desde entonces entre esos sacerdotes y García Moreno. Sin él, los jesuitas no hubieran podido volver al Ecuador, y sin ellos nunca García Moreno hubiera realizado la parte espiritual y religiosa de su obra. Los padres de la Compañía lo miraban como al mejor de sus amigos, casi uno de los suyos. Sus enemigos lo acusaron de haberse hecho jesuita.

No descuidó tampoco la situación del clero, no sólo secular sino también regular. ¿Por qué le preocupaba tanto la reforma del clero? Porque quería hacer de su país un pueblo realmente cristiano. Y no hay pueblo cristiano sin santos pastores, dispuestos a ser «la luz del mundo y la sal de la tierra». La buena conducta del estamento eclesiástico –el Ecuador contaba con 415 religiosos y 524 sacerdotes seculares, así como 391 religiosas–, era a su juicio un prerrequisito necesario para el bienestar espiritual de su Patria. Frente a la actitud de no pocos católicos mojigatos, que so pretexto de piedad preferían hacerse los que no veían los defectos y vicios de los hombres de Iglesia, García Moreno se rehusaba a mirar para otro lado, decidido como estaba a denunciar a quien correspondiera la corrupción del clero y colaborar con lo que estaba a su alcance para hacerla desaparecer, o al menos aminorarla.

En las instrucciones que le dio a su enviado para la concertación del Concordato se podía leer: «La reforma del clero regular, entregado casi todo a la disolución, a la embriaguez, y a los demás vicios, es imposible. Contener el mal es todo lo que puede hacerse». No deja de resultar interesante este propósito de contribuir al mejoramiento del nivel espiritual de frailes y clérigos, no sólo como católico, sino también como gobernante y patriota, en orden a suprimir las consecuencias que el mal ejemplo del clero produce en todos, especialmente en los jóvenes.

Tras remover las dificultades que encontró en la Santa Sede, con motivo del Concordato, para que desde Roma se tomaran medidas contra el clero mundanizado, logró que tanto el arzobispo de Quito, que era bastante pusilánime, como el fiscal de la nación, convocasen a un Concilio nacional, con el fin de hacer conocer las leyes concordatarias y resolver su cumplimiento. El Concilio decidió que

todas las leyes canónicas relativas a las costumbres y la disciplina del clero, serían puestas en vigor, que los escándalos serían reprimidos, y que se cumpliría estrictamente el ritual de la sagrada liturgia. García Moreno instó vivamente a los Obispos que hiciesen observar las disposiciones del Concilio. «En cuanto a mí – dijo –, os ayudaré con todo el poder; vuestros decretos serán respetados; pero a vosotros os toca juzgar y castigar a los culpables». Muy preocupado por el peso de la carga que se le venía encima, el arzobispo de Quito le confesó a García Moreno que estaba atemorizado por las consecuencias de la represión de los abusos. «¿Qué importa? –le respondió el Presidente–. Es preciso sacrificar la vida, si Dios lo quiere, por el honor de su Iglesia».

Punto central de la reforma del clero era el establecimiento de tribunales eclesiásticos para evitar que los sacerdotes aseglarados apelasen a tribunales civiles. Así se hizo y con fruto. Otro tema de preocupación lo constituía la soledad de los párrocos, perdidos en las enormes extensiones del Ecuador. Pío IX, siendo todavía joven sacerdote, había conocido la inmensidad de nuestras pampas, con motivo de su viaje por Argentina y Chile, integrando la comitiva de la misión Muzzi, y así comprendió fácilmente la conveniencia de aumentar el número de las sedes episcopales. García Moreno solicitó la creación de tres nuevas diócesis: Ibarra, Riobamba y Loja. A la sombra de cada obispado debía fundarse un seminario, para formar nuevas generaciones de sacerdotes verdaderamente apostólicos.

El problema más arduo lo constituían las congregaciones religiosas, pobladas de sacerdotes jiróvagos. A pedido de García Moreno, el Santo Padre envió un delegado apostólico con la misión de poner orden. Se produjo entonces una especie de desbandada; algunos se secularizaron, otros huyeron, por lo que el Presidente, que, como se ve, era una especie de «obispo de afuera», se movió a traer de Europa nuevos religiosos, más idóneos y espirituales, para reemplazar a los desertores, lo que no dejó de ocasionarle críticas.

En 1861 el arzobispo de Quito hizo varios nombramientos de párrocos. García Moreno se negó a confirmarlos, porque según le dijo al prelado, eran «tahúres y libertinos». El Arzobispo le respondió que todos los hombres tenían debilidades y que era un error ser demasiado duro con un hermano en falta. García Moreno no simpatizaba con dicho prelado. Refiriéndose a él, le decía en carta a un amigo suyo: «Es una desgracia que el señor Riofrío sea Arzobispo», y luego agregaba: «La integridad sin firmeza, es como color sin cuerpo». Incluso llegó a afirmar que si su propio hermano sacerdote, Manuel, fuese elegido, como se rumoreaba, para obispo de Cuenca, «sería una calamidad deplorable».

A algunos les parecerá insólita la manera desenvuelta con que García Moreno se refiere o se dirige a los curas y obispos. En realidad, dicha manera de proceder no es sino una expresión de la libertad que caracteriza a los hijos de Dios. En cierta ocasión le hizo saber al Papa que algunos prelados y parte del clero se estaban oponiendo al Concordato. Otra vez se le quejó del Nuncio, porque era condescendiente con los obispos, o no se ocupaba de la división de las diócesis. Varias anécdotas son reveladoras de esa libertad de espíritu. Estaba cierta vez discutiendo con el Nuncio, cuando entró en el cuarto donde hablaban un oso domesticado, propiedad del enviado de la Santa Sede. «Mire usted –le dijo el prelado– cómo hasta los animales feroces se domestican con el buen modo». A lo que García Moreno respondió: «Es que ese oso no ha sido fraile». En otra oportunidad, volviendo de una de sus muchas batallas, en la que había resultado vencedor, al llegar a Quito encargó una misa solemne en la catedral, pidiéndole al Nuncio que la celebrase. Éste se excusó, aduciendo que su ministerio era de paz. García Moreno, indignado, dispuso que le cerraran las puertas de la catedral. Como se ve, no era un acólito, ni un servil.

Hemos tratado de reseñar, a grandes líneas, su obra de restauración nacional, llevada adelante en medio de incontables obstáculos. A principios de 1864, García Moreno se sentía agobiado por el número de problemas, y se preguntaba si le sería

posible seguir luchando contra todas las fuerzas revolucionarias del interior y del extranjero, que sobre él presionaban sin cesar. Los liberales y los radicales no se detenían en su propósito irrenunciable de anular el Concordato. Los francmasones de Colombia seguían adelante en su plan de unirse a los del Perú, haciendo pie en el infaltable Urbina, para urdir nuevas invasiones.

En 1865, año en que terminaba la gestión que había asumido cuatro años atrás, García Moreno presentó su Mensaje al Congreso, que se había reunido para elegir nuevo Presidente. Como el aspecto de su gobierno más cuestionado era la represión que empleó para acabar con los levantamientos, le pareció conveniente ofrecer una aclaración:

«En la alternativa inevitable de entregar el país en manos de insignes malhechores o de tomar sobre mí la responsabilidad de salvarlo escarmentándolos en el patíbulo, no debía ni podía vacilar». Luego enumeró los resultados de su gestión: saneamiento de las finanzas, administración depurada, ejército regido por la disciplina, iniciación de la reforma del clero, comienzo de grandes obras públicas, fundación de escuelas y colegios...

IV. La segunda presidencia

Los días de García Moreno en el poder se iban terminando. Diez corporaciones de Quito, compuestas por obreros, propietarios y ciudadanos distinguidos, le entregaron una medalla de oro con una dedicatoria: «¡A García Moreno, modelo de virtud, como recuerdo de los servicios hechos a la patria!», expresándole así su agradecimiento porque había salvado al Ecuador del naufragio. En sentido inverso, algunos pidieron que se le hiciera un juicio por sus actos presuntamente arbitrarios, lo que provocó la indignación de los patriotas, según los cuales sólo lo podían atacar los demagogos inmorales por haberles salido al paso, así como los anarquistas y comunistas, por haber salvado a la nación. De hecho, su gobierno había sido el único en Hispanoamérica no sometido a las logias. Difícilmente podrían perdonarle los cuatro años durante los cuales había tenido sujetos a radicales y liberales en las cámaras y en los campos de batalla.

García Moreno, mientras tanto, estaba pensando en su sucesor. Luego de considerarlo detenidamente, puso los ojos en Jerónimo Carrión, hombre sencillo y religioso, al que adhirieron los conservadores. La oposición se dividía entre dos candidatos: Pedro Carbó, apoyado por los radicales e íntimo amigo de Urbina, y Gómez de la Torre, caudillo del partido liberal. Carbó, aunque nefasto, era un verdadero inútil. Un día en que, caminando por la calle con un amigo suyo, torpe como él, se encontró con García Moreno, acompañado de un grupo de sus seguidores, éste comentó con gracejo: «Ahí va la nulidad en dos tomos». Entendiendo Carbó que sus posibilidades de éxito eran nulas, acabó por expatriarse a Lima, de modo que los radicales tuvieron que alinearse tras el candidato liberal, Gómez de la Torre.

Los cómputos favorecieron a Carrión, el preferido de García Moreno. Urbina, que estaba en Lima, se puso furioso. Y mandando de paseo el sufragio universal, convocó a una guerra civil. Enseguida organizó una flota y se acercó a Guayaquil, fondeando en la rada de Jambeli, a unas siete leguas de aquella ciudad. El general Flores, tan patriota en los últimos años de su vida, había muerto.

De modo que García Moreno, todavía en el poder, tuvo que tomar la jefatura del ejército. En tres días llegó a Guayaquil. No nos es posible relatar por menudo los avatares de esta campaña. Lo cierto es que el Presidente y sus hombres, puñal en mano, se lanzaron contra el enemigo, en un acto de temeridad, y abordaron sus barcos, derrotándolo completamente. Los prisioneros fueron juzgados, y los más culpables, condenados a muerte. Esta acción pasó a los libros de historia con el nombre de Combate de Jambelí. Tras la victoria, García Moreno retornó a Quito, preparándose para entregar el poder al candidato electo.

1. El interregno

Subió Carrión al poder, pronunciando un magnífico discurso. Pero enseguida comenzó a experimentar presiones de todos lados, y no teniendo el temple de García Moreno, buscó quedar bien con los liberales y con los radicales. La camarilla liberal lo aplaudía con reservas; los radicales mismos, algunos de ellos antiguos exiliados que volvían de Perú o de Colombia, se declararon satisfechos con el nuevo gobernante. Mala señal. Ambos grupos, que ahora tenían plena libertad de acción, comenzaron a imprimir periódicos impíos e inmorales. En ellos exaltaban a Carrión, cuya política, decían, contrastaba gloriosamente con «las ideas despóticas» de García Moreno.

Cuando en el parlamento se propuso elegir a este último comandante en jefe del ejército, fue Carrión quien se negó a refrendar la designación. Otros grupos, dirigidos por las logias, llegaron más allá, pidiendo la cabeza de García Moreno. Carrión, víctima de su equilibrismo, acabó por decidir que su antecesor se alejara de Ecuador.

a. Misión diplomática a Chile

En los primeros días de año 1866, sucedió un hecho no carente de gravedad. A raíz de un conflicto inicialmente diplomático, el gobierno peruano había declarado la guerra a España. Chile, haciendo causa común con Perú, entró también en lucha contra la Madre Patria. En tales circunstancias el gobierno ecuatoriano, que había tomado partido en favor de las dos naciones hispanoamericanas, decidió enviar a Chile a García Moreno como diplomático. El título colorado fue la decisión de firmar con dicho país un «tratado de comercio y navegación», por lo que el Presidente reclamaba «la colaboración patriótica de su ilustre predecesor», que allí iría como ministro plenipotenciario. García Moreno entendió inmediatamente que se trataba de una jugada para alejarlo. Aunque no tenía la menor influencia en el gabinete, su sola presencia en el Ecuador turbaba el sosiego de los revolucionarios. Sin embargo, puenteando la maniobra, aceptó el nombramiento. Su estadía en Chile le serviría para tomarse un descanso.

Se embarcó hacia el puerto de Callao y desde allí tomó el tren en dirección a Lima. Los refugiados ecuatorianos que vivían en Perú ya habían anunciado que si García Moreno se atrevía a poner los pies en Lima sería saludado a balazos. Y así fue. Ni bien descendió al andén, un hombre le disparó dos tiros en la cabeza. No habiendo acertado, García Moreno logró sujetar al agresor y lo apretó contra una columna. Pero éste se zafó y disparó de nuevo, hiriéndole otra vez. García Moreno sacó entonces su revólver, pero cuando le iba a tirar, llegó la policía. El fracasado asesino era sobrino de Urbina y hermano de unos de los fusilados luego de la batalla de Jambelí.

Los radicales, que en el Perú estaban en el gobierno, tergiversaron el hecho, haciendo que el asesino, amparado por las logias, apareciese como víctima de un arranque del «siempre violento» García Moreno, el cual acabó siendo censurado por el tribunal. Carrión, desde Quito, no abrió la boca para defender a su emisario. García Moreno se había salvado milagrosamente de la muerte. Nos dicen sus biógrafos que este hecho lo impresionó vivamente y que estuvo en el origen de un período de decidida transformación espiritual. Si hasta entonces había sido un católico ferviente, desde ahora su alma se elevaría a gran altura.

Una vez repuesto de las heridas, continuó su viaje oficial a Chile, por más que sus amigos le advirtieron que otros conjurados lo esperaban en Valparaíso, y que quizás el gobierno de aquel país se negaría a admitir a un embajador acusado de intento de homicidio. Mas no fue así. El presidente de Chile y sus ministros lo recibieron con todos los honores. En el discurso que pronunció García Moreno el día de su recepción oficial, se refirió a la necesidad de estrechar vínculos entre los países hispanoamericanos:

«La naturaleza nos destinó a formar un gran pueblo, en la más bella y rica porción del globo, y nosotros, en vez de mirarnos como familias libres y distintas de una sola nación, nos hemos obstinado en considerarnos como extranjeros y a veces como enemigos; y aunque nuestros intereses económicos se armonizan de una manera admirable, pues cada una de nuestras regiones produce lo que falta en las otras, hemos casi prohibido, por medio de aduanas y tarifas, el ventajoso cambio de nuestros productos, y detenido, por consiguiente, el vuelo de nuestra industria. Pero llegó el día de que todas las creaciones de una política egoísta apareciesen como son, inútiles o perniciosas; el peligro indujo a reunirse a los que no habían dejado de formar un solo pueblo, y la injusta agresión de España ha restituido a una parte de la América la fuerza de cohesión que le habían arrebatado funestos errores».

En los seis meses que pasó en Chile, García Moreno desarrolló una intensa actividad. Asistió a tertulias y actos académicos, o pronunciaba conferencias, siempre defendiendo su concepción de la política y la hermandad hispanoamericana. La misión fue un éxito. Se firmaron convenios postales, diplomáticos y económicos. El gobierno chileno otorgó 18 becas para que jóvenes del Ecuador y del Perú, sus aliados, pudiesen estudiar gratuitamente en Santiago. En el discurso con que García Moreno respondió a dicha concesión, elevó el asunto hacia un nivel de cooperación superior:

«Ojalá que este vasto plan llegue pronto a plantearse, y se acerque el día en que, para defenderse, no necesite más la América del Sur ir a buscar en tierra extranjera los elementos de resistencia a costa de enormes sacrificios y a merced de los que, sin cesar de explotarnos, nos humillan y desprecian».

Señala Manuel Gálvez que al hablar así, el estadista ecuatoriano se mostró precursor de la prédica nacionalista de los argentinos frente al imperialismo yanqui e inglés.

Como se ve, el expediente maniobrero de los radicales ecuatorianos les había salido por la culata. Gracias a su actuación en Chile, García Moreno pasó a ser una figura de prestigio internacional. Volvió a Quito, y tras dar cuenta a Carrión de su cometido, se retiró a Guayaquil.

Mientras tanto, las cosas en el Ecuador no andaban nada bien. El gobierno de Carrión, renovando los litigios entre la Iglesia y el Estado, suspendió la ejecución del Concordato y restauró el antiguo régimen del Patronato. ¿No se estaba haciendo necesaria la vuelta de García Moreno al escenario político? Así lo pensaron los conservadores, y lo propusieron como senador para el próximo Congreso. Según era de esperar, resultó electo holgadamente. Sin embargo la Cámara, compuesta por una mayoría liberal, resolvió negarle el acuerdo. Precisamente en esos momentos García Moreno estaba ingresando en el palacio para asumir. «¡Es él, es García Moreno!», exclamaron con asombro cuando lo vieron subir las escaleras. Entró en el salón de sesiones y los allí presentes se levantaron para recibirlo. Con todo, al día siguiente, la comisión encargada proponía la admisión de todos los senadores que habían sido electos, con excepción de García Moreno. Conociendo de antemano el resultado, no quiso éste esperar el final de la comedia y se retiró.

La situación política había llegado a un pico máximo de tensión. Carrión, presa del temor, no atinó sino a nombrar un gabinete de amigos íntimos de García Moreno. Pero ante el repudio de los radicales, les pidió enseguida la renuncia, para poner otros de signo contrario. La política pendular de siempre, y ahora llevada hasta el ridículo. Abandonado de todos y presionado por la Cámara, Carrión debió presentar su renuncia. El caos era inminente. García Moreno pasó a ser la figura imprescindible, logrando que el vicepresidente convocase a los electores para nombrar un nuevo Presidente.

El escogido fue Javier Espinosa, quien subió con el encargo de gobernar durante dieciocho meses, esto es, hasta el término del período constitucional.

b. Se retira a una estancia

Espinosa era un hombre honesto, conservador y católico. Sin embargo, como varios de sus antecesores, se dejaría prender, él también, en las redes del liberalismo, formando un gabinete de ministros heterogéneos. La anarquía se acrecentaba día a día, en los diarios se leían los rumores más terribles. La gente esperaba una mano dura. Pero Espinosa no hacía sino pedir pruebas legales para todo, con lo que postergaba indefinidamente cualquier tipo de medida correctiva. Señalemos, de paso, en relación con lo que estamos relatando, una seria deficiencia en la personalidad política de García Moreno y es la facilidad con que se engañaba en la apreciación de la gente. Dos veces había propuesto a hombres concretos para tomar las riendas del Gobierno –Carrión y Espinosa–, y en ambos casos se había equivocado. Los dos se mostraron ineptos, sin fuste, timoratos y componedores con los liberales.

Sea lo que fuere, en las actuales circunstancias los amigos de García Moreno entendían que sólo éste podía salvar a la Patria. Pero él no creyó llegado el momento. Descorazonado ante la defección de Espinosa, que había desairado su confianza, decidió retirarse al campo, arrendando en el norte del país, no lejos de Ibarra, la estancia de Guachala, con la intención de explotarla personalmente. Sólo así podría reponer el desgaste físico y psicológico que había sufrido en los años tan intensos que acababan de transcurrir.

Su mujer, Rosa Ascasubi, había muerto, y acababa de casarse en segundas nupcias con Mariana de Alcázar, sobrina de los Ascasubi. La familia de Mariana no ocultaba su temor por este casamiento, previendo momentos muy dramáticos para el Ecuador, que podrían incluir el asesinato de Gabriel. Las contrariedades de los últimos tiempos habían sido ininterrumpidas: el atentado de Lima, la anulación de su pliego de senador, y finalmente la pérdida de una hija. García Moreno llevó a Mariana a la estancia. Allí no sólo descansaría, sino que también podría acrecentar sus bienes, ya que su situación económica no era holgada. Esta etapa de su vida nos revela una nueva faceta de su rica personalidad, la del hombre de campo, dirigiendo a sus peones, arreando la hacienda y arrimando a veces el hombro, en plena comunión con su nueva esposa.

Pero Dios no quería que este hombre extraordinario tuviese un momento de reposo. El 13 de agosto de 1868, toda la provincia de Ibarra se revolvió sobre sí misma a raíz de intensos terremotos. La tierra se abría, las casas se desplomaban, hombres y mujeres desaparecían bajo los escombros, muriendo la mitad de la población. Para colmo, bandas de forajidos se lanzaron al saqueo y los indios salvajes de esa región, dando pábulo al resentimiento dormido, se arrojaron contra los blancos al grito de «¡Viva el gran Atahualpa!». El gobierno de Quito no sabía qué hacer. Al fin envió un emisario a García Moreno con el siguiente mensaje:

«La lamentable situación a que ha quedado reducida la desventurada provincia de Imbadura –Ibarra– exige medidas extraordinarias, y sobre todo, un hombre de inteligencia, actividad y energía que distinga a usted. En esta virtud, el supremo gobierno... tiene a bien investir a usted de todas las facultades ordinarias y extraordinarias [...] teniendo bajo su dependencia a las autoridades políticas, administrativas, militares y de hacienda, y obrando con el carácter de jefe civil y militar de la provincia, proceda a dictar cuantas providencias juzgue necesarias para salvarla de su ruina».

García Moreno no dudó un instante. Saltando sobre su alazán, se dirigió a las zonas más afectadas, llevando ayuda, reprimiendo a los salteadores y reduciendo a los indios alzados. En poco tiempo retornó el orden a toda la provincia. Aquel éxito suscitó nuevas iras en las filas de sus enemigos. Cuando, un mes más tarde, García Moreno tuvo que abandonar Ibarra, que poco a poco se iba recuperando, todo el

pueblo acudió para despedirlo. «Al salvador de Ibarra», grabaron en una medalla de oro.

c. Presidencia interina

En 1869, Espinosa terminaba de completar el período del presidente renunciante. Los conservadores, que si bien no formaban todavía un partido político, constituían sin embargo un factor de presión, pensaron otra vez en García Moreno como próximo Presidente, pero éste se rehusó terminantemente. Más aún, fue entonces cuando confesó que había cometido un grave error al haber aceptado la presidencia en 1861, porque no era posible gobernar como correspondía con una Constitución tan absurda. Mientras tanto, las cosas iban de mal en peor, lo que movió a García Moreno a poner en duda su anterior resolución.

Cuando comprendió que «los enemigos del catolicismo y de la Patria, los partidarios de Urbina, que hoy se llaman liberales», daban muestras de querer retornar al poder, entonces decidió aceptar la candidatura que le habían ofrecido. A aquellos enemigos, dijo, «se han unido ahora algunos a quienes mueven intereses no transparentes o el despecho de innobles rencores, y otros que llamándose católicos son enemigos del Concordato, se burlan del Sumo Pontífice y del Syllabus, y regalan el apodo jansenístico de ultramontanos a los verdaderos hijos de la Iglesia. Esta unión, lejos de arredrarme, es un segundo y poderoso motivo para justificar mi aceptación». En las actuales circunstancias señaló, ya no se podía esperar nada de los eternos «centristas» y «equilibrados», o mejor, equilibristas, que siempre acababan inclinándose por lo peor. Luego agregaba:

«Para concluir, justo es dar a conocer cuáles serán los principios directores de mi conducta si la nación me llama a gobernarla. Respeto y protección a la religión católica que profesamos; adhesión incontrastable a la Santa Sede; fomento de la educación basada sólidamente en la moral y la fe; complemento y difusión de la enseñanza en todos sus ramos; conclusión de los caminos principiados y apertura de otros según las necesidades y recursos del país; garantías para las personas y la propiedad, para el comercio, la agricultura y la industria; libertad para todo y para todos, menos para el crimen; represión justa, pronta y enérgica de la demagogia y de la anarquía; conservación de las buenas relaciones con nuestros aliados, con las otras naciones hermanas y en general con las demás potencias con las que nos ligan vínculos de amistad y de comercio; colocación en los empleos de los hombres honrados, según su mérito y aptitudes; en una palabra, todo lo que tienda a hacer del Ecuador un país moral y libre, civilizado y rico, he aquí lo que me servirá de regla y de guía en el ejercicio del poder supremo si el voto popular me designa para ejercerlo».

Comenta el P. Alfonso Berthe: «He aquí el programa de la civilización católica en todo su esplendor. Lenguaje tan noble es el de un gran cristiano y gran patriota, que no quiere engañar ni a los conservadores ni a los revolucionarios. Los conservadores deben saber que este católico sin mezcla, no se inclinará jamás a las doctrinas liberales, y los revolucionarios que tienen delante de sí al ángel exterminador». Y conste, agrega aquel biógrafo suyo, «que ésta no era una profesión de fe de pacotilla, como las que se suele fijar en las esquinas en tiempos de elección; era el plan meditado y detallado del magnífico edificio que este genio político quería levantar sobre las ruinas de la revolución».

De todo el país comenzaron a llegar, uno tras otro, mensajes de apoyo. Sus enemigos, no sólo los ecuatorianos sino también los del Perú y de Colombia, trinaban. En espera de los acontecimientos, García Moreno seguía viviendo apaciblemente en su estancia, en medio de la hacienda y los trigales.

Un día llegaron a su casa de campo algunos amigos para decirle que era preciso actuar, que se estaba fraguando una rebelión armada para tomar el poder, y resultaba urgente su presencia. Si no, el pueblo caería una vez más en manos de la gente de Urbina. Le contaron todos los detalles de la revuelta, que comenzaría en

Guayaquil. Se sabía, asimismo, de un pacto secreto entre Urbina y Mosquera, según el cual Ecuador quedaría desmembrado; su parte limítrofe con Colombia se declararía independiente, aunque de hecho sometida a la nación contigua. Luego una banda liquidaría a García Moreno en Guachala. El caudillo no necesitó oír más. Horas después, partía con sus amigos hacia Quito.

Al llegar a la capital, vio que la cosa iba en serio y era inminente. Espinosa parecía no advertir nada. García Moreno pensó entonces que se daban todas las condiciones requeridas para promover un golpe de Estado. ¿Era acaso lícito permitir que el país cayese otra vez en manos de Urbina, presenciando con los brazos cruzados el desmembramiento de la Patria, la ruina de la religión y el triunfo del ideario masónico?

«Caballeros, seremos golpistas a la fuerza. Ya sólo nos queda coger las armas y encomendarnos a Dios». Enseguida envió emisarios a todo el país para que cuando estallase el golpe las diversas provincias se adhirieran. Él, mientras tanto, se dirigió a Guayaquil, por ser un lugar crucial. Allí empezaría la revolución. A las doce de la noche se dirigió al cuartel, seguido de un puñado de los suyos. El centinela le gritó el quién vive. «García Moreno», respondió. El soldado, muy nervioso, le preguntó qué quería a esa hora. «Quiero salvar la religión y la Patria. Ya me conoces. Déjame pasar». «¡Viva García Moreno!», gritó el centinela. Reunió entonces a los jefes y oficiales y les dijo que Urbina intentaba sublevar el país, y que venía para recabar la adhesión del ejército y defender así la religión y la patria. «¡Viva García Moreno!», exclamaron. El caudillo tomó el mando de las tropas. Los habitantes de Quito, por su parte, recorrían las calles, vivando, ellos también, al héroe.

Luego se redactó un acta. «Desde esta fecha cesa el actual gobierno en el ejercicio de su autoridad, y se encarga el mando de la república, en calidad de presidente interino al señor doctor don Gabriel García Moreno... Se convocará una convención o asamblea nacional que reforme la Constitución política del Estado. El proyecto de la Constitución que se acordare, se someterá al examen y aprobación del pueblo».

Enseguida el recién nombrado hizo pública una proclama que dirigió a toda la nación. Comenzaba dando cuenta de la situación del país: los agentes de Urbina que preparaban la entrega de Guayaquil y la emancipación del norte, la desidia del Presidente de la República, dominado por la pusilanimidad, etc., para concluir que seguir apoyando a ese Gobierno no era sino favorecer a los traidores y colaborar en la destrucción de la Patria. Declaraba luego su aceptación del cargo sólo por un tiempo, hasta que lograrse asegurar el orden y reformar las instituciones. Luego dejaría el mando para entregarlo al que fuese designado por el pueblo. Tras requerir el apoyo de todas las provincias, volvió a Guayaquil, para apoderarse del depósito de armas que allí había almacenado Urbina. Desde todos los rincones del país llegó la adhesión de los ecuatorianos a esta revolución incruenta.

García Moreno ya era Presidente, pero quiso dejar bien en claro que sólo de manera interina, renunciando de antemano al mandato presidencial. Su propósito fundamental durante este interinato se reduciría a asegurar el futuro de la nación, dotándola de una Constitución verdaderamente nacional y católica. Para lograrlo, se hacía menester tomar algunas medidas colaterales. Una de ellas tenía que ver con el futuro de la Universidad de Quito, que tanto influía en las capas pensantes de la sociedad. García Moreno la conocía muy bien, ya desde sus años de estudiante, cuando los profesores le enseñaron errores perniciosos; luego como rector, luchando en vano contra las ideas liberales que impregnaban la enseñanza, y finalmente como Jefe de Gobierno, encontrando la oposición del Consejo de instrucción pública.

La Universidad era, ahora, una institución enemiga de la autoridad de la Iglesia y del recto orden natural. La medida que tomó fue tajante.

Tras afirmar que «ha llegado a ser un foco de subversión de las más sanas doctrinas», resolvió: «Queda disuelta la Universidad. Quedan igualmente suprimidos el Consejo General de instrucción pública, los Consejos académicos y comisiones de provincia».

Otro tema urticante era el del Concordato. En los últimos años, los liberales habían logrado impedir, parcialmente al menos, sus buenos efectos, sobre todo en lo que toca a la reforma del clero, presionando sobre Roma hasta lograr la supresión del fuero eclesiástico, con la consiguiente merma del poder de los obispos. García Moreno quería que la Iglesia fuese realmente libre, y así, previo arreglo con la Santa Sede anuló la mutilación que se había perpetrado.

d. Convocatoria a elecciones y nueva Constitución

Estas medidas, junto con otras de menor importancia, dejaron el camino expedito para la convocatoria a elecciones de convencionales. La asamblea debía componerse de treinta diputados, tres por provincia, cuyo principal cometido era votar una nueva Constitución, que fuese realmente católica. Semejante perspectiva sulfuró a los enemigos a tal punto que, para evitarlo, estalló una conjura al grito de «¡Viva Urbina!». El grito cayó en el vacío, ya que la gente había depositado toda su confianza en García Moreno. Los diputados de la Convención, casi todos de buena línea, se reunieron con él, y le aseguraron que tratarían de reformar la Constitución de acuerdo a lo que debía ser, pero que luego se necesitaría un brazo enérgico para hacerla cumplir, insinuándole con ello que desde ya lo vislumbraban como el futuro Presidente. Él les respondió que estaba atado por su palabra de honor de ser sólo «interino».

El proyecto trazado por García Moreno tendía a dos grandes objetivos: el primero armonizar la Constitución con la doctrina católica, y el segundo investir a la autoridad del vigor suficiente para vencer la subversión. Piénsese que en 39 años hubo en Ecuador cerca de cincuenta revoluciones y motines.

«La civilización moderna, creada por catolicismo –les dijo a los convencionales en el discurso inaugural–, degenera y bastardea a medida que se aparta de los principios católicos; y a esta causa se debe la progresiva y común debilidad de los caracteres, que puede llamarse la enfermedad endémica del siglo. Nuestras instituciones han reconocido hasta ahora nuestra feliz unidad de creencia, único vínculo que nos queda en un país tan dividido por los intereses y pasiones de partidos, de localidades y de razas; pero limitándose a ese reconocimiento estéril, ha dejado abierto el camino a todos los ataques de que la Iglesia ha sido blanco con tanta frecuencia. Entre el pueblo arrodillado al pie del altar del Dios verdadero y los enemigos de la religión, es necesario levantar un muro de defensa, y esto es lo que me he propuesto, y lo que creo esencial en las reformas que sostiene el proyecto de constitución. Por lo que toca al ensanche de las atribuciones del Poder Ejecutivo, la razón y la experiencia han puesto fuera de duda que un gobierno débil es insuficiente en nuestras agitadas repúblicas para preservar el orden contra los que medran en los trastornos políticos».

Vuelto a casa, presentó su renuncia oficial a la presidencia de la asamblea, que ésta rechazó ya que, según le dijeron en un documento firmado por todos sus miembros, había de serlo hasta el fin de la misma. Él se negó terminantemente. Lo nombraron entonces general en jefe del ejército:

«Considerando que el ilustre ciudadano Gabriel García Moreno ha mandado varias veces en campaña el ejército de la república, y combatido en mar y en tierra con heroico denuedo; que por las brillantes cualidades que posee como guerrero, y los reiterados y eminentes servicios que ha prestado a la nación, los generales, jefes y oficiales del ejército y de la guardia nacional han hecho constantes votos porque ocupe el primer puesto en la escuela militar...: se nombra al señor Gabriel García Moreno general en jefe del ejército». Tras siete días de reflexión, respondió

que aceptaba el nombramiento «por el deber de seguir defendiendo la religión y la patria».

Dijimos que dos eran los temas principales. El primero, la reforma de la Constitución. García Moreno veía en la Carta Magna la quintaesencia de una nación, la gran impulsadora de su vida material y moral. Pensaba, con razón, que en sus líneas esenciales no podía depender del capricho de los ciudadanos, sino de la voluntad de Dios. Como político católico que era, creía que Dios había enviado a su Hijo a la tierra para reinar no sólo en los corazones sino también en las sociedades, fueran éstas familiares o sociales, y que, en consecuencia, las Constituciones de los pueblos debían estar impregnadas por el espíritu del Evangelio.

La Iglesia, esposa de Cristo, depositaria de su poder y de sus tesoros, tenía que ser algo así como el alma de la nación. El Estado, disponiendo de la espada, había de encargarse de la defensa de la Iglesia contra los enemigos del orden cristiano a fin de asegurar su libertad de acción, es decir, la libre comunicación de sus bienes al pueblo, y también de la promoción del bien común de la sociedad, trabajando en pro de un recto orden temporal, a fin de que los hijos de la Iglesia pudiesen gozar de la añadidura prometida a los que buscan ante todo el reino de Dios y su justicia. Este segundo poder se uniría a la Iglesia como el cuerpo al alma, derivándose de esa unión serena el buen orden de la sociedad. No otra sería la doctrina de la encíclica *De constitutione civitatum christiana*, promulgada por León XIII pocos años después de la muerte de García Moreno. Como se ve, éste fue un precursor de dicha doctrina y un ejecutor de la misma.

La reforma de la Constitución fue quizás la obra más audaz de García Moreno. Porque su propósito no fue la mera promulgación de una Constitución más –iesta era ya la séptima!–, sino la de dar al Ecuador, por fin, una Constitución como Dios manda, una Constitución católica, que pudiera ser absolutamente definitiva, salvo en detalles. Hasta entonces la Revolución había intentado modelar al Ecuador según sus principios, reemplazando la soberanía de Dios por la soberanía del pueblo. Se había hecho creer a la gente que la nueva república nacía sobre los escombros de la cultura hispánica, basándose en el espíritu de 1789 y la Declaración de los derechos del hombre. No pocos católicos, aun influyentes, estaban convencidos de lo mismo, llegando a aceptar la subordinación de la Iglesia al Estado bajo una fórmula hipócrita: «Iglesia libre en Estado libre». Para ellos eso era estar con los tiempos, con la civilización moderna. La Iglesia se había encargado de condenar tales ideas.

Fue sobre todo Pío IX, en su Syllabus, quien afirmó que la Iglesia no podía reconciliarse con la civilización moderna, es decir, con la civilización brotada de los principios de la Revolución francesa. En los países católicos, el catolicismo debía ser la religión del Estado, aunque a veces se pudiese tolerar el error, para evitar males mayores. García Moreno se había propuesto aplicar en su patria esta doctrina. Refiriéndose a los católicos liberales, que atacaban al Syllabus, decía:

«No quieren comprender que si el Syllabus queda como letra muerta, las sociedades han concluido; y que si el Papa nos pone delante de los ojos los verdaderos principios sociales, es porque el mundo tiene necesidad de ellos para no perecer».

La Constitución que hizo aprobar, totalmente conforme a los principios del Syllabus, fue la refutación viva de lo que afirmaban no pocos liberales católicos, a saber, que aquellos principios eran inaplicables, o suponían un sistema absolutamente ideal, que de ningún modo existe ni puede existir en la realidad.

Por eso si las Constituciones de índole liberal, embebidas en el espíritu de la Revolución, suelen comenzar con una apelación a la nueva divinidad, el pueblo soberano, en el proyecto que García Moreno presentó de la suya, y que fue finalmente aprobado, aparecen estas palabras, que eran las que solían encontrarse en las Cartas tradicionales: «En el nombre del Dios uno y trino, autor, conservador

y legislador del universo, la convención nacional del Ecuador ha decretado la siguiente Constitución».

Para que no quedasen dudas, en su primer artículo se declara: «La religión de la República es la católica, apostólica, romana, con exclusión de cualquier otra, y se conservará con los derechos y prerrogativas de que debe gozar, según la ley de Dios y las disposiciones canónicas. Los poderes políticos están obligados a protegerla y hacerla respetar».

No era sino el reconocimiento formal de la soberanía de Cristo y de su Iglesia. Ésta podía de nuevo poseer bienes, custodiar la enseñanza, organizar tribunales eclesiásticos, convocar sínodos, elegir a sus pastores. De ningún modo el Estado quedaba debilitado, sino al revés. Y en cuanto a los dos poderes, el civil y el eclesiástico, ya no se encontraban enfrentados, sino el uno junto al otro, en estrecha unión.

Para mantener la serenidad de esta unión, se consideró necesario excluir a los factores de discordia. Por ello, en el artículo que trata de los derechos de los ciudadanos, García Moreno introdujo esta cláusula: «No puede ser electo, ni elegible, ni funcionario público en cualquier grado que sea, quien no profese la religión católica». Hoy parece un artículo francamente discriminatorio. Pero entonces se consideró necesario para ser coherentes con el artículo primero y evitar la infiltración de principios anticatólicos en la sociedad. Este artículo fue votado por unanimidad, con la excepción de dos diputados. Asimismo se declaró «privado de sus derechos de ciudadano todo individuo que perteneciese a una sociedad prohibida por la Iglesia». Artículo osado éste, ya que enfrentaba directamente a la masonería. Desde aquel día en las logias se comenzó a soñar con pistolas y puñales.

Consagrada la catolicidad del Estado, había que pensar en la restauración del poder político. Desde la independencia de la República, dicho poder se había visto debilitado, principalmente por obra de los liberales, que defendían la libertad de prensa, de los clubes impíos, de las sectas, en una palabra, la libertad del mal. En tales condiciones la autoridad poco podía hacer, atada, como estaba, de pies y manos, ya que las normas que debía hacer cumplir dependían de las mayorías cambiantes de los legisladores, quienes promulgaban leyes a su arbitrio, sin atender lo que prescribe la ley divina o la natural. La Constitución fortaleció así el Poder Ejecutivo, decidiendo que el Presidente fuese elegido por seis años, pudiendo ser reelecto una sola vez.

García Moreno quiso que la Carta Magna fuese plebiscitada. Así se hizo y resultó aprobada por catorce mil electores contra quinientos. Quedó de ese modo demostrado, escribe Berthe, cómo en medio de la apostasía general de las naciones, existía aún un pueblo cristiano sobre la tierra.

Faltaba por resolver un problema fundamental. ¿Quién haría cumplir la Constitución? Había un consenso general de que no podía ser otro que García Moreno. Así se lo hicieron saber los diputados, que eran quienes debían elegir al Presidente. Él objetaba que había comprometido su palabra de honor de que se entregaría el poder a otro. Los legisladores insistieron: un juramento que involucra la destrucción de la Patria no puede ser obligatorio. Sus enemigos se erizaron, calificándolo de traidor y perjuro si aceptaba el nombramiento.

El 20 de julio, la Convención se reunió en la iglesia de la Compañía donde, tras una misa solemne, se procedió a la designación del Presidente de la República. García Moreno fue elegido por unanimidad. Todos lo votaron menos uno. Él se rehusó, pero ellos le dijeron que no podía hacerlo porque la Convención así lo había decidido. Luego de una ponderada deliberación, acabó por aceptar, y el 30 de julio se dirigió a la catedral para asumir:

«Juro por Dios Nuestro Señor y estos Santos Evangelios desempeñar fielmente el cargo de presidente de la República, profesar y proteger la religión católica, apostólica, romana, conservar la integridad e independencia del Estado, guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes. Si así lo hiciere, Dios me ayude y sea mi defensa; y si no, Él y la patria me lo demanden».

Carvajal, que había presidido la Convención, lo felicitó en nombre de la nación:

«¡Patria y religión! He aquí los dos nombres que habéis unido en la fórmula de vuestro juramento, para ofrecer a la nación un símbolo perfecto de felicidad social... Ocho años ha que en ocasión igual y en este mismo templo, hicisteis por primera vez el mismo juramento; y merced a la lealtad de vuestra palabra, la patria ha cambiado de faz, y la religión católica es para ella un elemento de vida y de progreso».

García Moreno le contestó con palabras sublimes. Espiguemos algunas de las frases del discurso:

«La experiencia de cuatro años de mandato me ha demostrado que entre nosotros es más difícil al hombre honrado procurar el bien de todos que al perverso hacer el mal; porque mientras para éste hay siempre cooperadores interesados, para el bien no suele haber sino la indiferencia del egoísmo y la resistencia de la rutina y de los antiguos abusos... Vos lo habéis indicado ya en vuestro benévolo discurso.

«La moralidad y energía del pueblo, que van cobrando nuevo vigor en la fuente regeneradora del catolicismo; la lealtad y valor del ejército, libre hoy de los traidores que deshonoraban sus filas; la exacta observancia de las leyes y la solidez de las instituciones, que vuestra experiencia y patriotismo han dado al país, y que éste se apresuró a aprobar por inmensa mayoría de votos; la estrecha unión con nuestros aliados y la cordial inteligencia con los demás Estados hermanos y con todas las potencias amigas; la buena fe y la justicia, como única política digna, conciliadora y segura; y sobre todo, la fe en Dios, la cual no nos ha abandonado jamás, ni en medio de los reveses, ni en los días de infortunio: ved aquí, Excmo señor, los medios con que cuento para sobreponerme a mis temores y cumplir mi solemne juramento. ¡Feliz yo, si logro sellarlo con mi sangre, en defensa de nuestro augusto símbolo, religión y patria!».

Comentando este feliz término, escribe el P. Berthe: «La historia no nos ofrece nada más bello que este histórico debate entre un pueblo que durante seis meses reclama a su jefe, y este jefe que se niega obstinadamente a los deseos del pueblo por no violar la palabra empeñada, y que, al fin, sólo cede al imperioso deber de defender la religión y la patria. Después de lo cual dejemos a los liberales y radicales declamar a sus anchas contra el perjurio y ambicioso García Moreno: algo ciertamente faltaría a la gloria de este grande hombre, si no se viese honrado con el odio de los fariseos y asesinos».

2. El estadista católico

García Moreno tiene apenas 47 años, cuando asume la segunda presidencia, pero ha envejecido mucho y prematuramente, como resultado de tantas contrariedades y conflictos de toda índole. Sus cabellos están canos y los ojos se le han ahondado. Su rostro ha tomado cierto carácter ascético.

Había llegado la hora de rehacer el país. Y así puso manos a la obra, iniciando su reconstrucción en todos los campos a la vez, sin respiro ni alivio. Fue en estos momentos cuando se reconstituyó el Partido Conservador, que hasta entonces no había existido como tal, siendo tan sólo una corriente de opinión. Pero no lo fundó García Moreno. Él no era hombre de partidos, entendiendo el Ecuador como una unidad de destino, más allá de los partidos. Por lo demás, el tema del Concordato había apartado de su lado a no pocos conservadores que eran liberales en religión o en política.

Hombre hecho al trabajo y acostumbrado a la disciplina, se entregó de manera irrestricta a su obra de estadista. Trabajaba por diez, revisaba personalmente toda la correspondencia, enviaba cartas a sus funcionarios, redactaba informes, instrucciones de toda clase, proyectos de ley, planes para el campo...

Sin embargo, y ello no deja de resultar admirable, encontraba tiempo para leer libros de filosofía, de historia, e incluso de literatura. Frecuentaba el Quijote y los grandes pensadores católicos, deleitándose con el ideario de Balmes y los argumentos de Donoso Cortés, así como de los apologistas católicos franceses. Ello le posibilitaba estar siempre renovando el arsenal de sus pensamientos, lo que dejaba pasmados a sus opositores. Incluso se permitía, en los tiempos libres, incursiones poéticas, como por ejemplo traducir en verso los tres salmos penitenciales, y ello con tanta perfección que parecieran haber sido originalmente escritos en español. «Nada hay sano en mi alma corrompida», dice en su versión del salmo 37; y también: «De dolor encorvado, la tristeza / como mi sombra junto a mí camina». El salmo 31 así lo vierte: «Me hirió tu mano y me ahitó, punzante / como espina, roedor remordimiento». Se ha dicho que si se hubiera dedicado a las letras, hubiera sido un notable poeta místico.

a. Sacerdotes, soldados y magistrados

Pero éstos no eran sino divertimentos en el curso de sus días. Lo principal fue su tarea restauradora de la Patria. Para trabajar eficazmente en dicho designio debía reclutar un triple grupo de colaboradores: sacerdotes celosos, soldados caballerescos y magistrados íntegros. El sacerdote enseña la verdad, el soldado la custodia, y el magistrado la vindica. Son, por lo demás, los tres estamentos más odiados por la Revolución y los que más trata de corromper.

Lo primero que hizo fue abocarse a colaborar en la reforma del clero. Decimos «colaborar», porque en este campo su accionar no podía ser sino indirecto. La reforma eclesiástica, que tanto lo había empeñado desde 1862 a 1865, languidecía en los últimos cuatro años, sobre todo por la abolición de los tribunales propios de dicha corporación. Era preciso retomar la tarea interrumpida. El enviado de la Santa Sede, que hacía las veces de nuncio, no mostraba mayor interés en actuar y ni siquiera en cooperar con el Presidente.

Al darse cuenta de que en él no encontraría apoyo, García Moreno se dirigió directamente a Roma. El Papa dispuso el envío de un nuevo delegado que mejor le secundara. Comenzaron así a realizarse, con el aval del Presidente, diversos concilios provinciales que hicieron reflorar la disciplina eclesiástica y mejoraron la formación del clero. Todo ello suscitó la ira de los enemigos, quienes afirmaban que los curas se habían vuelto sacristanes del poder político.

El arzobispo de Quito les salió al paso: «La Iglesia es libre –dijo– cuando sus gobernantes pueden ejercer sin contradicción el poder que reciben de Jesucristo, y cuando no se desconocen ni se pisotean por la potestad civil los derechos que goza por su misma naturaleza. Y ambas condiciones se hallan reunidas aquí, respecto de la Iglesia ecuatoriana... Esto no puede tener otro nombre que el de libertad».

García Moreno llamó también a los jesuitas, que habían sido expulsados por Urbina. Entre ellos se encontraba el P. Manuel Proaño, pensador profundo, autor de obras de filosofía y teología, que sería el alma de la consagración del Ecuador al Sagrado Corazón. Promovió asimismo la erección de nuevas diócesis, ya que las anteriores eran inmensas, en una topografía sumamente complicada. De este modo, en permanente contacto con la Santa Sede, fue reconstruyendo, «desde fuera», ladrillo a ladrillo, la Iglesia en Ecuador, con pleno respeto a la jerarquía local. Desde Roma, el Papa secundaba estrechamente sus planes, al tiempo que exhortaba a los obispos y a los párrocos a que recorriesen sus sedes, con lo que el celo se volvió a encender en aquellos pastores adormecidos.

En 1873, por insinuación del Presidente, se celebró un concilio nacional, el Tercer Concilio de Quito, que promovió una verdadera renovación en la moral del clero. Así, con nuevas autoridades, con nuevas diócesis, aun en las zonas más apartadas, y con una legislación que se conocía y se hacía cumplir, el catolicismo comenzó a prosperar en el Ecuador. Refiriéndose a ello escribe el historiador Ricardo García Villoslada:

«La figura de Gabriel García Moreno es en el aspecto políticoreligioso la más alta y pura y heroica de toda América, y nada pierde en comparación con las más culminantes de la Europa cristiana en sus tiempos mejores. Basta ella sola, aunque faltaran otras, para que la república del Ecuador merezca un brillante capítulo en los anales de la Iglesia».

El segundo estamento del que se ocupó fue el de las fuerzas armadas. Ya hemos dicho que la milicia en el Ecuador, conducida frecuentemente por jefes y oficiales proclives al espíritu de la Revolución, se caracterizaba por el libertinaje y la violencia gratuita. En los años anteriores, especialmente durante su primera presidencia, García Moreno había procurado corregir esa situación, pero lo que se necesitaba era un cambio sustancial. En orden a ello, redujo el ejército a unos miles de soldados, celosos guardianes de la soberanía y de las fronteras. Al mismo tiempo, creó una guardia nacional, mucho más numerosa, para casos de guerra. La conscripción se volvió obligatoria, lo que posibilitó la formación de un nutrido cuerpo de reservistas.

Tampoco se escatimaron gastos para sustituir el antiguo armamento por las mejores armas usadas en Europa. Asimismo un grupo de oficiales experimentados fueron enviados a observar las maniobras de los ejércitos extranjeros, sobre todo en Prusia, elevándose así la capacidad bélica de la milicia. El Presidente quería un ejército fuerte, disciplinado, moral, instruido, con espíritu de sacrificio y patriotismo. Para mejor cumplimentar este propósito, fundó una escuela de cadetes que, dirigidos por jefes seleccionados, fuese un semillero de caballeros y de héroes.

De esta manera el ejército pasó a ser una institución muy respetada, donde se premiaban más los méritos que la antigüedad. García Moreno quería también dejar bien en claro el carácter católico de las fuerzas armadas. Para su logro, pidió al Papa la erección de un clero castrense, cuyos capellanes no sólo debían limitarse a celebrar misa y administrar sacramentos, sino que también tenían que instruir religiosamente a la tropa. Incluso se organizaron tandas de ejercicios espirituales para los militares. En escuelas especialmente creadas para ellos, los reclutas aprendían a leer, lo que les permitía estudiar el catecismo y adquirir los conocimientos humanos elementales. De este modo fue desapareciendo el anterior libertinaje y vagancia que hacía de los cuarteles focos de corrupción. Los oficiales y los soldados comenzaron a considerar a García Moreno como un padre. Temían su severidad, es cierto, pero al mismo tiempo lo admiraban al verlo tan dedicado a su misión de gobernante. Él los trataba como si fueran sus hijos, hacía que se les pagase puntualmente y establecía pensiones para heridos o enfermos.

Hubo casos insólitos de ejemplaridad moral. En cierta ocasión, un teniente, estando de guardia, encontró un envoltorio. Al abrirlo vio que se trataba de una buena cantidad de billetes de banco, que al día siguiente los hizo llegar a manos de García Moreno. Tras la consiguiente investigación policial, apareció el dueño, un comerciante extranjero, quien quiso premiar al teniente con cien pesos. Éste juzgó que no correspondía aceptarlos. García Moreno intervino: «No tenéis ninguna razón para rehusar este agasajo que se os quiere hacer voluntariamente y como reconocimiento a este acto de honor y lealtad vuestro».

El joven teniente le respondió: «Señor presidente, precisamente mi honor es el que me prohíbe aceptarlo; hice lo que debía hacer y no merezco recompensa alguna por cumplir con mi deber y mi conciencia». A lo que el Jefe de Estado:

«Perfectamente, teniente, tenéis toda la razón... pero yo también tengo el derecho de daros algo que no me podéis rehusar. Desde ahora sois capitán».

El tercer estamento que había que sanear era el de la justicia. Los códigos legales resultaban incompletos o absurdos, totalmente inadecuados para enfrentar las corrientes revolucionarias y evitar los desórdenes. García Moreno, doctor en derecho, que ya había experimentado la incoherencia de la legislación durante su primera presidencia, trató de ajustarla ahora a los principios del derecho natural e incluso del derecho canónico, pidiéndole a los obispos que le indicasen los artículos que contradecían las disposiciones del Concordato. De la reforma del código civil se pasó a la del código penal, teniendo en cuenta el estado de decadencia del mundo moderno, según aquel principio que formulara Donoso Cortés, de que cuanto más baja el termómetro de la conciencia, más debe subir el termómetro de la represión. Y así se introdujeron disposiciones severas contra los blasfemos, concubinos, borrachos y atentadores de la moralidad pública.

Pero no bastaba con mejorar los códigos. Había que depurar a los mismos jueces. Con frecuencia sus fallos dependían del soborno que los acusados estaban dispuestos a pagar, lo que se explicaba, en parte, por los malos sueldos que recibían y que García Moreno se ocupó en acrecentar sustancialmente. Sin embargo ello sólo hubiera significado quedarse en la periferia del problema. Era preciso ocuparse de la calidad de los jueces. Y así el Presidente se interesó por la formación profesional de los candidatos a la jurisprudencia. Con frecuencia aparecía en la Facultad de Derecho y asistía personalmente a los exámenes, haciéndoles preguntas a los estudiantes.

Un día, cierto aspirante al doctorado contestó satisfactoriamente a los examinadores. «Conoce usted perfectamente el derecho –le dijo el Presidente–, pero ¿sabe usted también el catecismo? Un magistrado debe conocer ante todo la ley de Dios para administrar justicia». Le hizo entonces algunas preguntas, y al ver que nada sabía: «Caballero –le dijo con toda seriedad–, sois doctor; pero no ejerceréis vuestra profesión hasta que hayáis aprendido la doctrina cristiana. Id unos cuantos días al convento de los franciscanos para aprenderla».

En virtud de la nueva Constitución, el gobierno intervino en el nombramiento de los jueces, tarea hasta entonces reservada a los legisladores. De este modo se logró descartar a los incapaces o a los indignos. Los jueces debían responder de sus sentencias, y si algún abogado aceptaba una causa notoriamente injusta se hacía pasible de graves penas. Por todo el Ecuador corrió una anécdota muy aleccionadora.

Cierta mujer, famosa por su vida desarreglada, había cometido un asesinato. Los jueces, que no eran propiamente malos, pero sí débiles, trataron de salvarla, buscando minimizar la naturaleza del crimen, para acabar condenándola sólo a unos cuantos meses de destierro. García Moreno quedó indignado por la lenidad del castigo, pero no pudiendo hacer nada por vía judicial, quiso al menos castigar la cobardía de aquellos jueces. Tras hacerlos comparecer les dijo:

«Habéis condenado a unos meses de destierro a esa mujer notoriamente culpable de asesinato. Pues bien, es preciso ejecutar la sentencia. Como mis soldados están ocupados, la ley me autoriza a designar ciudadanos particulares para dar convoy a los condenados, y os elijo a vosotros para conducir a esa criminal a Nueva Granada».

Se pusieron colorados, ya que ello significaba una humillación pública. Pero no fue todo. Cuando se aprestaron a buscar los caballos para el largo viaje, advirtieron que García Moreno ya había pensado en ello: eran varios mulos cojos y bichocos. «Vais a hacer un servicio al público y es preciso que viajéis a expensas del gobierno. No os quejéis de las caballerías: son menos cojas que vuestros fallos».

b. La educación

Mientras se iban consolidando los estamentos religioso, militar y judicial, García Moreno trató de cumplimentar otras obligaciones del Estado. La instrucción pública estaba poco menos que en ruinas. Durante el dominio español, de la Universidad de Quito habían salido numerosos filósofos, teólogos y abogados, aunque no tantos literatos y científicos. Los colegios eran pocos, y los que funcionaban estaban reservados por lo general a la clase alta. La gente sencilla contaba con escuelas primarias bastante rudimentarias. Después de la separación de España, y sobre todo en la época de Urbina y de los suyos, con frecuencia las aulas de la Universidad, colegios, seminarios y conventos, fueron convertidas en cuarteles, con las consecuencias que son fáciles de imaginar.

La labor de García Moreno en este campo fue admirable, máxime porque el asunto no carecía de dificultades. El país era muy pobre, y no había dinero para fundar y sostener escuelas y colegios. Por otra parte, pocos eran los profesores adecuados. Pero no por ello se amilanó. Lo primero que hizo fue la reforma de la instrucción primaria. Las escuelas de este nivel, mal organizadas y dirigidas, tenían escasísimos alumnos. Como lo señalamos anteriormente, durante su primera presidencia ya se había preocupado de ese problema, invitando a religiosos de diferentes congregaciones de enseñanza, florecientes por aquellos tiempos en Europa. Así empezaron a llegar los Hermanos de la Salle, las Hermanas del Sagrado Corazón, las Religiosas de la Providencia, entre otros, instalando comunidades en ciudades grandes como Quito, Cuenca y Guayaquil, para establecer allí escuelas gratuitas y libres.

Ahora, en el mensaje de 1871 al Congreso, había afirmado: «El proyecto de ley que se os presentará concede al gobierno la autorización... a fin de que doscientos mil niños al menos, reciban la educación; y declara indirectamente obligatoria para todos la instrucción primaria», aclarando que dicha instrucción sería gratuita.

Poco después trajo de Europa nuevas tandas de religiosos para iniciar escuelas primarias en el interior de la república y en los pueblos pequeños. Pero como los que llegaron no fueron suficientes, resolvió suscitar maestros locales, para lo cual creó una escuela normal, según el sistema educativo de los Hermanos, de modo que los que de allí saliesen, católicos, patriotas y bien formados, fueran aptos para trabajar en el campo. Pensemos que por esos tiempos gobernaba Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, con una política educativa diametralmente diversa a la sustentada por García Moreno.

Lo cierto es que en poco tiempo floreció la enseñanza primaria. A principios de 1875, las nuevas escuelas llegaron a quinientas. La educación alcanzó a todos, incluidos los indios, de quienes hablaremos después. Asimismo hubo cursos especiales para soldados y presos. García Moreno gozaba cuando veía esta multitud de alumnos, formados en el cristianismo y la práctica de las virtudes. Estaba preparando el futuro de la nación, estaba preparando un pueblo cristiano.

Preocupóse también de la educación secundaria o segunda enseñanza. En cierto modo, era ésta aún más importante, ya que es allí donde se forman los futuros dirigentes. Para ello recurrió especialmente al auxilio de la Compañía de Jesús, dándoles plena libertad para que empleasen los métodos por ellos consagrados en la Ratio studiorum. Casi todas las provincias pudieron contar con un colegio de este tipo.

En Quito, García Moreno hizo levantar uno magnífico, que confió a dichos padres, y que llegaría a tener más de 1600 alumnos. Él quería llamarlo San José, pero el Obispo prefirió denominarlo San Gabriel, en honor de su ilustre fundador.

Cuando pronunció el Mensaje ante el Congreso había expuesto su criterio en este ámbito: «Si los colegios han de ser buenos –dijo–, dando garantías de la moralidad y aprovechamiento de los alumnos, es necesario no omitir gastos para que sean lo que deben ser; pero si han de ser malos, es mejor no tenerlos, porque la mayor calamidad para la nación es que la juventud pierda sus mejores años en

pervertirse en el ocio o en adquirir con un estéril trabajo nociones incompletas, inútiles o falsas».

Dicho criterio coincidía puntualmente con el que tenían los jesuitas. En un discurso ante alumnos y profesores, el rector del colegio de Quito hizo suya aquella sentencia de Quintiliano: «Si las escuelas, al dar la instrucción, deben corromper las costumbres, no vacilo en decir que sería preciso preferir la virtud al saber». Para erigir colegios femeninos, García Moreno llamó a nuevas congregaciones, sobre todo el Sagrado Corazón, que fundaron institutos en Quito y en otras ciudades, algunos de ellos para alumnas internas. También promovió la creación de escuelas de artes y oficios.

Se ocupó asimismo, como era previsible, de la enseñanza superior, coronando de este modo el edificio educativo. Recuérdese que su primer acto al ser elegido de manera provisional fue disolver la antigua Universidad de Quito, nido de errores y de agnosticismo. Su proyecto era fundar, sobre las ruinas de aquella, una Universidad nueva, fiel al espíritu de la Constitución recientemente promulgada. Los profesores no sólo debían ser sabios sino también buenos cristianos. La teología, enseñada según la doctrina de Santo Tomás, sería como el sol que domina el resto de las asignaturas.

En una sesión literaria que los padres dominicos celebraron en Quito, se sostuvo formalmente, en pleno acuerdo con García Moreno: «Para extirpar los errores de nuestra sociedad moderna, nada más necesario hoy, como en los siglos pasados, que enseñar la doctrina de Santo Tomás en los cursos de Teología». Al propiciarlo, García Moreno se adelantaba, también en esto, a las declaraciones de León XIII.

Las facultades de filosofía y de teología se las confió a la Iglesia. La de derecho, reorganizada según los principios católicos, la encomendó a la Compañía, que con la total anuencia de García Moreno, basó sus cursos en los principios de Tarquini y Taparelli. Resolvió también erigir una facultad de ciencias, que encargó a un grupo de jesuitas alemanes. Con este motivo llegaron al país, físicos, químicos, naturalistas y matemáticos. Creó además una escuela politécnica con tres carreras, arquitectura, ingeniería y artes industriales. Pronto surgió la facultad de medicina. Tampoco en este campo había profesores competentes. Para equiparla, hizo traer de Europa todos los instrumentos necesarios.

Cuando los extranjeros recorrían las aulas recién montadas se quedaban impresionados: gabinete de física, provisto de diversos instrumentos de mecánica y óptica; laboratorio de química; colecciones completas de biología, mineralogía y botánica; todo un equipo que aventajaba a muchos de los institutos superiores europeos. Asimismo trajeron de Montpellier dos médicos prestigiosos, uno especializado en cirugía y otro en anatomía, con todos los aparatos necesarios, para formar a los que serían catedráticos de la facultad. Piénsese que la universidad católica de París no contaba aún con facultad de medicina. Gracias a las sucesivas promociones de nuevos doctores pronto se montarían numerosos hospitales.

García Moreno puso en todas estas fundaciones su mayor empeño, ya que sobre dicha base científica quería fundar la prosperidad material de la nación.

En los diversos claustros universitarios se fue formando, poco a poco, una falange de jóvenes deseosos de construir un Ecuador pujante, uniendo en sus corazones el interés por los conocimientos con el doble amor a Dios y a la Patria. En 1873 se creó una congregación mariana para universitarios, bajo la dirección de uno de los decanos, que era sacerdote, con el propósito de que sus miembros emprendiesen una cruzada de evangelización en el campo cultural. De allí saldrían jóvenes portadores de ideales, jóvenes valientes, que despreciarían el respeto humano. El modo privilegiado de transformación fueron los ejercicios ignacianos y las obras de caridad.

Para unir la belleza con la verdad, García Moreno fundó también una Academia de Bellas Artes, donde se cultivó la pintura, la escultura y la música. Para esta empresa hizo venir, con grandes gastos, un grupo de profesores de Roma, al tiempo que envió a dicha ciudad discípulos selectos para perfeccionarse y convertirse luego en maestros. Estableció asimismo en Quito un conservatorio nacional de música religiosa y profana, trayendo también de Roma organistas y maestros de canto, que al tiempo que formaban destacados alumnos, contribuyeron al realce de la liturgia en los templos de la ciudad. Uno de esos maestros, conversando en cierta ocasión con el Presidente, quedó impresionado al verle disertar sobre teorías del arte, como si fuese un experto.

Otro proyecto que excogitó García Moreno fue la erección de un observatorio internacional en las afueras de Quito. Varios sabios astrónomos le habían señalado la posición excepcionalmente ventajosa del lugar, por encontrarse a tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, bajo la línea del equinoccio, y contar con un cielo de admirable pureza y transparencia. Comunicó su propósito a centros científicos de Francia, y luego de Inglaterra y Estados Unidos, sin encontrar el eco esperado. Pero él se había empeñado en realizarlo, y abriendo grandes créditos para montarlo debidamente, hizo traer de Múnchen los mejores aparatos. De hecho nunca lo pudo inaugurar, porque la muerte se lo impidió. Sus sucesores, los «progresistas» liberales, dejarían morir la empresa.

Como se ve, las iniciativas culturales de García Moreno fueron múltiples. Él las consideraba como parte de su función de gobernante. Nada escapó a su visión gigantesca, desde la escuela primaria hasta la Universidad. Y todo lo realizó con presteza, sin aumentar los impuestos ni contraer deudas, un poco autoritariamente, quizás, porque de otro modo nada se hubiera podido hacer. Durante medio siglo, la Revolución no había sido capaz de crear nada serio en ninguno de aquellos campos. En sólo seis años, García Moreno hizo pasar a su Patria de las espesas tinieblas de la ignorancia a la luz de la sabiduría. Cuando los liberales retomaran el poder, el Ecuador volvería al caos original.

c. Obras públicas

García Moreno se lanzó también a un asombroso plan de obras públicas. En sus seis años de gobierno construyó numerosos edificios, entre ellos colegios, hospitales, cuarteles, casas de huérfanos, penitenciaría, conservatorio...

Emprendió asimismo la construcción de una amplia red de carreteras. Hasta entonces el ecuatoriano debía viajar a caballo, llevando sus bultos a lomo de mula o a espaldas de indios. Ir de Guayaquil a Quito, como lo hiciera muchas veces nuestro héroe, constituía una verdadera odisea; caminos impracticables, precipicios, nieves perpetuas. De ahí que las poblaciones del interior se encontrasen tan aisladas, principalmente en la época de lluvias. Todo lo que se producía quedaba en los pueblos, y en ellos debía ser consumido, sin posibilidad de comercialización.

García Moreno se propuso solucionar dicha situación. Lo primero que resolvió hacer fue la carretera de Quito a Guayaquil. Cuando dio a conocer su propósito, la calificaron de utópico, de dilapidador de los bienes públicos. Él los dejó hablar, y se lanzó a concretar su designio.

Nuevas dificultades aparecieron sobre la marcha, especialmente cuando protestaron los propietarios por cuyas tierras debía pasar la ruta. Él siguió adelante. Por lo demás, los problemas técnicos no eran pequeños. Hubo que traer, incluso del extranjero, ingenieros capaces para nivelar el terreno, construir viaductos y grandes puentes. Durante diez años, miles de trabajadores se emplearon en abrir picadas a través de las selvas y bordear montañas, acompañados de médicos por si enfermaban, así como de sacerdotes para que les enseñaran religión y oraran con ellos. Comenzada en 1862, durante su primera presidencia, la carretera quedó

concluida en 1872. Los que antes consideraron que se trataba de una locura, hoy se mostraban asombrados.

«Sin este hombre de genio –se decía– el Ecuador permanecería siempre en el statu quo a que por su posición parecía irremediamente condenado. Su energía ha vencido todos los obstáculos, triunfado de la pusilanimidad de unos, de la indolencia de otros y de todas las pasiones sublevadas contra él. El Ecuador no tiene voces suficientes para bendecirlo y celebrar su gloria».

Simultáneamente mandó hacer otras cuatro rutas, dando vida a varias regiones hasta entonces relegadas. Por estas cinco grandes arterias, las ciudades y provincias, conectadas entre sí, se ponían en comunicación con la capital.

También la ciudad de Quito conoció durante su mandato un progreso sustancial. El terreno en las partes bajas de la ciudad fue levantado y en las altas rebajado. Las calles, hasta entonces sucias y cenagosas, fueron empedradas, posibilitándose así el paso de los carruajes. ¿De dónde sacaba dinero para hacer frente a tantos gastos? Desde las guerras de la independencia, Ecuador había contraído una deuda externa abrumadora. Los gobiernos se sucedían, heredando dicha deuda, que se acrecentaba siempre más con los intereses. Por otro lado, el despilfarro había creado una abultada deuda interna. La bancarrota era inminente. García Moreno supo sacar al país de la ruina. Eliminada la corrupción, los ingresos aumentaron de modo sorprendente. Así los sueldos de los empleados pudieron elevarse en un tercio mientras que los impuestos disminuyeron. El sucre, unidad monetaria del Ecuador, llegó a estar a la par del dólar, como en ningún otro país de Hispanoamérica.

Leemos en su Mensaje al Congreso de 1875: «Con los recursos de los seis últimos años, hemos dedicado cerca de seis millones de pesos tanto a la total extinción de la deuda angloamericana, como a la amortización de la interior. Tengo la satisfacción de anunciaros que la deuda inscripta quedará extinguida el año próximo, y la flotante, dentro de corto número de años».

Bien escribe el P. Berthe que, aunque se sonrían los materialistas, toda la ciencia económica de García Moreno se encuentra resumida en esta máxima del Señor: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y el resto, es decir, la felicidad temporal, se os dará por añadidura». Un éxito tan categórico no fue sino el resultado de la victoria sobre la corrupción y de la aplicación de la virtud de la justicia. En tres años se duplicaron las rentas del Estado. Con el orden reapareció la confianza, y con la confianza la actividad, multiplicándose el trabajo con tantas obras públicas. Se ve así cuán falso es el axioma de quienes afirman que sólo los gobiernos materialistas son capaces de hacer progresar materialmente un país. Como si el gobernante católico, por preferir los bienes trascendentes, estuviese inhabilitado para comprender la importancia de los problemas económicos, volviéndose de ese modo incapaz de alcanzar su solución.

No descuidó García Moreno el fomento de la agricultura. El campo estaba poco menos que abandonado, las estancias se veían siempre amenazadas por los malones, asaltos, de la indiada. A ello se unía la indolencia de los peones. García Moreno había tenido experiencia de los trabajos agrícolas, según lo señalamos páginas atrás, y trató de incorporar, también en este ramo, los adelantos técnicos de otros países.

d. Salud pública

Muy cerca de la Casa de Gobierno estaba el hospital de Quito, que todavía conservaba el título de «Hospital de San Juan de Dios». El edificio era grande, con una doble fachada y hermosos patios, pero estaba muy mal atendido. Al empezar su segundo mandato, García Moreno anunció al Congreso: «Nuestros establecimientos de beneficencia presentan un cuadro repugnante, indigno de un pueblo cristiano y civilizado, no sólo a consecuencia de la insuficiencia de las

rentas, sino principalmente por la falta completa de caridad de los que lo sirven». Enseguida se puso en acción. Comenzó por traer Hermanas de la Caridad para la atención espiritual de los enfermos. Luego promulgó un reglamento, que dictó personalmente. Pronto el hospital sería considerado como uno de los mejores de Hispanoamérica.

Una tarde, pasando por Guayaquil, visitó el hospital, como solía hacerlo cada vez que llegaba a una ciudad. Aquel día se encontró con un espectáculo vergonzoso: los enfermos estaban tendidos en el suelo, sobre precarias esteras. Indignado, le dijo al gobernador, que lo acompañaba:

-Estos pobres infelices están muy mal acostados, ¿cómo es que no se les provee lo necesario?

-Señor presidente, carecemos de recursos...

-Lo cual, por lo que veo, no impide que usted goce de buena salud y se acueste en buenos colchones, mientras estos desgraciados enfermos tienen que dormir por los suelos.

-Le prometo, señor presidente, que dentro de pocas semanas quedarán remediadas sus necesidades.

-Bueno, pero no dentro de pocas semanas, porque no tienen tiempo de esperar. Usted se acostará aquí en una estera y en el suelo esta misma noche y todas las que sigan, hasta que cada enfermo de éstos tenga un colchón y su avío decente.

Por supuesto que antes de terminar ese día, hubo camas y colchones para todos los enfermos, y el gobernador pudo dormir tranquilamente en su casa.

Había también un leprosería en el Ecuador, que estaba en pésimas condiciones. Un día, muy temprano, apareció de improviso García Moreno. Al mediodía comió con los enfermos y conversó largamente con ellos. Antes de irse, dejó una orden tajante: de inmediato debía mejorarse la alimentación. Así se hizo. Luego de unos meses, entró de nuevo, sin haberse anunciado, y comió nuevamente con los enfermos. Uno de ellos, de esos que nunca están satisfechos, se volvió a quejar delante de los demás. Él, sonriendo, le contestó: «Amigo mío, sepa usted que yo no estoy tan bien alimentado y eso que soy el presidente de la república».

Pululaban también en el Ecuador niños abandonados y niños huérfanos. Ambos tenían casas propias. Él las tomó bajo su protección y las transformó totalmente de caserones tristes que eran en lugares acogedores y festivos. El de los niños abandonados lo confió a las Hermanas de la Caridad. Luego esos niños se trasladaron a un buen edificio, cedido por un donante, que García Moreno se encargó de dotar y sostener. El de los huérfanos se lo encargó a las Hermanas de la Providencia. Tras su muerte, ambos establecimientos tuvieron que luchar a brazo partido para poder sobrevivir.

e. La atención de los indios

Una buena parte del territorio del Ecuador está cubierto de selvas vírgenes. En las márgenes del Napo, del Marañón, del Putumayo y de otros ríos, vivían más de 200.000 indios, entre los cuales se encontraban los temibles jíbaros, crueles y belicosos. Muchos de ellos merodeaban por los poblados. En los tiempos del dominio español, la corona encargó a los jesuitas su cuidado, y ellos, de manera semejante a como lo hicieron entre los guaraníes, habían establecido reducciones, es decir, pueblos de indígenas, para que se agrupasen, no sólo en poblaciones, sino también en cristiandades. La expulsión de los padres de la Compañía tuvo en este sentido graves consecuencias. Llegada la independencia y el acceso al poder de los liberales, la despreocupación por los indios fue total, y éstos volvieron a su mundo salvaje original. Cuando García Moreno subió a la presidencia por segunda vez,

retomó un proyecto ya iniciado en su primer mandato, publicando en 1870 el siguiente decreto, que suscitó, como no era para menos, la ira de los liberales:

«Siendo imposible organizar un gobierno civil entre los salvajes, e igualmente imposible la vida social sin autoridad, los Padres misioneros establecerán un gobernador en cada centro de población, invistiéndole del derecho de mantener el orden y administrar justicia... En cada centro habrá una escuela fundada a expensas del gobierno, a la cual tendrán obligación de concurrir todos los niños hasta la edad de doce años, y se les enseñará además de la doctrina cristiana la lengua española, la aritmética y la música».

El trabajo apostólico de los misioneros fue tan exitoso como en tiempos pasados. En dos años fundaron veinte aldeas con 10.000 cristianos. Se creó también una Escuela Normal de indios, en orden a formar maestros indígenas para que luego pudiesen educar a sus hermanos de raza.

Juntamente con la atención de los indios, se preocupó García Moreno por ayudar a los cristianos que vivían en zonas abandonadas, donde sólo de tiempo en tiempo aparecía algún sacerdote. El Presidente hizo lo que estaba a su alcance, tratando de acrecentar el número del clero, dándoles una renta suficiente, con la obligación de residencia. Logró asimismo del Papa, como lo señalamos anteriormente, la erección de nuevas diócesis en esas zonas desamparadas. Numerosos misioneros, sobre todo redentoristas, comenzaron a recorrer dichos parajes. También en las ciudades se predicaron misiones. García Moreno gozaba con ello, según lo deja entrever en carta a un amigo:

«El buen Dios nos bendice, y el país progresa verdaderamente, y la reforma de las costumbres se nota en todas partes gracias a los jesuitas, a los dominicos, a los observantes, a los redentoristas, a los carmelitas, etc., que ayudan, llenos de celo, a los sacerdotes del país. Es incalculable el número de los que, durante la cuaresma, han sido regenerados por la penitencia. Como en nuestra juventud se contaban los que cumplían los deberes religiosos, hoy contamos los que rehúsan cumplirlos. Se diría verdaderamente que Dios nos lleva de la mano, como hace un tierno padre con un niño que principia a dar sus primeros pasos».

f. Su vida interior

No hubo dicotomía entre la vida pública del Presidente y su vida privada. De él se conserva un plan de reforma interior que trazó luego de hacer una tanda de Ejercicios Espirituales. Dividía en dos partes su programa. En la primera, que se refiere a su vida pública, se obligaba a no decidir nada sin pensarlo o sin hacerse asesorar convenientemente; a escribir todas las mañanas lo que había de realizar en el día; a hacerlo todo exclusivamente *ad maiorem Dei gloriam*, a la mayor gloria de Dios.

La segunda parte, que se refiere a su vida privada, nos muestra al hombre que busca la perfección, dejando traslucir sus luchas interiores, su sed de Dios, su temperamento místico. Se impone la obligación, en la oración de la mañana, de «pedir particularmente la humildad»; de trabajar de un modo útil y perseverante y de distribuir bien su tiempo; de contenerse pensando en Dios y en la Virgen; de no dejarse llevar por la cólera, siendo amable aun con los importunos; de hacer examen de su conducta antes de comer y de dormir; de poner actos de humildad y desearse toda clase de humillaciones, «procurando no merecerlas», y de alegrarse de que censuren sus actos y su persona; de oír misa, rezar el rosario y leer el Kempis diariamente; de conservar la presencia de Dios y de confesarse una vez por semana. Luego vienen dos propósitos.

Hará examen general de su vida cada noche, y examen particular dos veces al día, sobre la humildad, la modestia, la caridad y la paciencia. En las dudas y tentaciones se habrá como si estuviese en la hora de su muerte, preguntándose: «¿Qué pensaré de esto en mi agonía?». Tratará de mantenerse lo más

conscientemente posible en la presencia de Dios, sobre todo al hablar, para refrenar la lengua. Evitará, con toda prudencia, las familiaridades. Leerá todas las noches, después del Kempis, «éstas y las otras instrucciones». No hablará de él como no sea para mostrar sus defectos o malas acciones. Levantará su corazón a Dios, ofreciéndole sus obras antes de empezarlas. Se mortificará todos los días, menos los domingos, con cilicios y disciplinas.

Cuando leemos este programa de santificación advertimos enseguida el influjo que ejerció en él la espiritualidad de San Ignacio, a través de los Ejercicios. En el telón de fondo de sus propósitos late el espíritu de la meditación del Reino, de las Dos Banderas y de la tercera manera de humildad. Es allí donde encontró la solución a la aparente dualidad del hombre de mando y del católico sincero. A lo largo de su mandato seguiría haciendo todos los años los Ejercicios Espirituales. También, a veces, retiros de un día. En este caso hacía correr la voz de que se iba a otro lugar, no para disimular su propósito, ya que se había liberado por completo del respeto humano, sino para que no lo molestasen. Montaba entonces a caballo y se dirigía hacia Cotocollao, sitio próximo a la capital, donde tenía una quinta de descanso; luego, al anochecer, retornaba a Quito, dejaba el caballo en las afueras e iba al colegio de San Gabriel, donde se encerraba en un cuarto para meditar. Sólo tres personas tenían noticia de su estadía en el colegio, el Rector, el que lo dirigía en los Ejercicios, y un hermano coadjutor que le servía.

Veamos cómo fue cumpliendo el programa al que nos referimos más arriba. A veces se mostraba demasiado severo y tajante en sus conversaciones, principalmente cuando se trataba de temas relacionados con la doctrina o la justicia. Es que estaba convencido de defender la verdad. Sobre todo lo irritaba el tener que alternar con personas de mentalidad liberal; en ocasiones, empleaba palabras duras para desenmascarar sus sofismas. En cambio, cuando se trataba de temas prudenciales, discutía con la mayor calma y aceptaba que lo contradijesen. «Me equivoqué –le decía a su adversario–; esta cuestión la conoce usted mejor que yo». Por otro lado, como todos los grandes hombres, sabía reconocer sus errores y se mostraba pronto a repararlos.

Se cuenta que en cierta ocasión estaba hablando con un arquitecto de un asunto urgente; de pronto entró un sacerdote e intentó interrumpirlo. García Moreno se sintió molesto, y más cuando vio que se trataba de un tema insignificante. «No merecía la pena de que usted se incomodara, ni de haberme incomodado por semejante pequeñez», le dijo despidiéndole. El sacerdote se retiró bastante contrariado, pero cuál no sería su sorpresa cuando al día siguiente vio que García Moreno iba a su casa para pedirle perdón por su conducta de la víspera.

Cuando estaba con un adversario era capaz de ser incisivo, hasta echar rayos y centellas, pero luego se volvía cordial, coloquial y hasta emotivo. Sus enemigos sólo se quedaron con su faz intransigente, cual si hubiera sido un intratable. Su epistolario, casi desconocido, nos lo muestra como un hombre apacible y bondadoso.

El ritmo de su vida puede parecer vertiginoso, pero en realidad era muy metódico, con un horario bastante estricto. Dedicaba un tiempo a su familia, a leer los diarios, a descansar lo que necesitaba, a fomentar la eutrapelia con amigos y contertulios. Se levantaba a las seis de la mañana, iba a la iglesia para oír misa, en que comulgaba casi todos los días. De la iglesia se dirigía al hospital para hacer una visita a los pobres y enfermos. A las siete ya estaba trabajando. Suspendía sus labores a la diez para almorzar. Luego volvía a sus tareas hasta las tres de la tarde. Hacia las cuatro, comía, y después, hasta las seis, visitaba e inspeccionaba obras públicas. Dedicaba tres horas a su familia y amigos, así como a sus plegarias personales. A las nueve leía diarios, escribía cartas, hasta las once o doce, en que se acostaba. Afirma Gálvez que, al igual que otros hombres excepcionales y de temperamento análogo, como Felipe II o, entre nosotros, Juan Manuel de Rosas, estaba al tanto de todos los detalles de la administración.

El Kempis fue su libro de cabecera. Siempre lo llevaba consigo. Lo leía, lo releía, recurría a él en circunstancias puntuales, en la catedral, en su casa, o cuando en los viajes pernoctaba en algún mesón. A pesar de sus absorbentes ocupaciones, consagraba diariamente media hora a la oración mental. «Si los reyes hiciesen todos los días media hora de oración –decía Santa Teresa–, cuán presto se renovarían la faz de la tierra».

Cuando rezaba en las iglesias, se lo veía tan absorto en la oración, que a veces hablaba en voz alta, sin reparar en ello. Más de una vez se le oyó exclamar: «¡Señor, salva a Ecuador!». El secreto de su vida de estadista fue, como se lo había propuesto: «conservar siempre la presencia de Dios». Varias personas que entraron en su despacho nos cuentan que a veces lo encontraron arrodillado ante un crucifijo. Era conocida su devoción a la Cruz. Al ser sorprendido, se levantaba sonriendo, un poco ruborizado, y pedía disculpas por no haber advertido la presencia del visitante o del empleado.

Especial era su devoción a la Santísima Virgen, cuyo escapulario llevaba. Todas las noches, rodeado de su familia, así como de sus ayudantes y sirvientes, rezaba el rosario, al que agregaba una lectura piadosa, que solía comentar con unción y fervor. Había ingresado en la congregación mariana que los jesuitas dirigían en Quito. El grupo de los varones contaba con dos secciones, una para sus miembros más importantes y otra para la gente sencilla. Enteróse García Moreno de que en la primera había personas de mucha influencia pero que políticamente no coincidían con él, y pensando que su presencia podría resultarles embarazosa, le pidió al padre encargado estar en el otro grupo. Al padre no le pareció del todo bien. Pero el Presidente insistió: «No, padre, mi puesto está en medio del pueblo». Y asistía puntualmente a las reuniones, como uno más, sin la menor singularidad.

Particular devoción mostraba por San José. Precisamente en aquellos años, Pío IX lo había proclamado patrono de la Iglesia universal, debiéndose celebrar su fiesta el 19 de marzo. Dicha designación no encontró el menor eco entre los reyes y presidentes de las naciones. En el Ecuador, en cambio, se le dio singular relevancia. Ese día fue declarado feriado nacional, celebrándose en todo el país con gran solemnidad. También veneraba de manera especial a la beata Mariana de Jesús, llamada la Azucena de Quito. Sufrió al ver su culto poco honrado por la gente, y sus reliquias casi olvidadas en una iglesia. Durante su primera presidencia entregó una parte de su sueldo para embellecer el santuario que se le dedicó, donde luego serían trasladados sus despojos mortales. Más tarde dispuso que se le hiciese una urna magnífica para conservar dichos restos.

Pero lo que más valoraba García Moreno era la Sagrada Eucaristía. Así nos lo testimonia un profesor alemán, que lo había tratado de cerca, acompañándolo con frecuencia a esa finca donde iba algunas veces a descansar.

«Siempre me estaba edificando –escribe–, por su bondad, y su amabilidad encantadora, que sin embargo era grave, y sobre todo por su profunda piedad. Por la mañana, a la hora de la misa, iba a su capilla, preparaba por sí mismo los ornamentos y ayudaba la misa en presencia de su familia y de los habitantes del lugar. Si le hubieseis visto con su elevada estatura, sus facciones pronunciadas, sus cabellos blancos y su continente militar; si hubieseis podido leer como nosotros, en aquella fisonomía el temor de Dios, la fe viva, la piedad ardiente de que su corazón estaba henchido, comprenderíais el respeto que infundía a todos la presencia de este hombre del Señor».

En las procesiones de Corpus se lo veía con su uniforme de general en jefe y todas sus condecoraciones, tomando el guión y precediendo al palio. Un día, en que el calor era sofocante, le pidieron que se pusiera el sombrero para evitar una insolación, pero él declaró que delante de su Dios no se cubría. Le gustaba acompañar al Viático, cuando advertía que lo llevaban por las calles a algún enfermo de gravedad.

Destacóse también por sus obras de caridad. En Ecuador eran numerosos los pobres. García Moreno emprendió una lucha sin tregua contra las causas de la pobreza. Pero mientras tanto, trató de acudir concretamente en ayuda de las víctimas. Ya vimos cómo en Quito fundó casas de misericordia para los niños abandonados. En cuanto a las mujeres de mala vida, creó para ellas hogares especiales, a cargo de las Hijas del Buen Pastor, donde las monjas trataban de regenerarlas, bajo la protección de María Magdalena. Mejoró asimismo la situación de los que estaban presos por diversos delitos. Cada tanto se daba una vuelta por las cárceles para ver en qué estado se encontraban, y con la ayuda de capellanes fervorosos trataba de que tuviesen una función educativa. A los presos se les daba clases de religión, lectura y escritura, y en ocasiones era él mismo quien les tomaba examen. Se les impuso trabajos manuales, prometiéndoles la libertad si observaban buena conducta.

Bandidos y ladrones asolaban el país, especialmente en la zona montañosa, donde numerosas cuevas les servían de madrigueras. Incluso en las inmediaciones de Quito operaban bajo la conducción de jefes de banda, sabiéndose que actuaban con la complicidad de algunos policías. García Moreno eligió a uno de éstos últimos, en quien creyó poder confiar, para que le trajera preso al principal jefe de la banda, el más temido en aquella tierra. Logró hacerlo el policía, y el delincuente fue conducido ante García Moreno. Estaba cierto de que iba a ser condenado a muerte, pero cuál no sería su sorpresa cuando vio que el Presidente lo acogía con benevolencia, invocando sus sentimientos de honor y de religión. La única pena que le impuso fue pasar todos los días una hora con un santo religioso que le designó, y de hacerle a él dos visitas, una por la mañana y otra por la tarde. El bandolero se transformó por completo. Entonces el Presidente puso la policía a su disposición, y le encargó que la condujese a sus antiguos compañeros del delito «para transformarlos –le dijo–, en hombres de bien, como tú». Pocos días después los malhechores fueron apresados y llevados a aquella cárcel donde se planeaba su regeneración. Para suplir la antigua y sórdida prisión, García Moreno hizo construir un nuevo edificio, terminado en 1875. Una vez inaugurado, se vio que era casi inútil porque no había delincuentes que encerrar. Sólo alojó unos cincuenta.

g. Las virtudes del gobernante

Muchas son las virtudes que caracterizaron a García Moreno y que resplandecieron tanto en el ámbito familiar como en el político. Fue proverbial el amor por su familia, donde este hombre tan severo volcaba toda su capacidad de ternura. Su dedicación al quehacer político jamás lo absorbió de tal manera que sofocase el deseo de estar entre los suyos. Con su mujer no tenía secretos, y ella compartía tanto sus éxitos como sus preocupaciones. Cuando Dios se llevó a su hija, sólo atinaba a llorar. «Qué débil que soy. ¡Y tan fuerte como me creía!».

La delicadeza paternal de su alma se concentró entonces en su hijo, de quien quería hacer otro hombre como él, y por eso lo educó, sin permisivismos, en el amor de Dios y de la Patria. Cuando lo presentó en el colegio de los Hermanos, le dijo al Director:

«Aquí está mi hijo; tiene seis años y lo que deseo es que hagáis de él un buen cristiano. La ciencia y la virtud harán de él un buen ciudadano. No tengáis consideración con él, os lo ruego; y si merece castigo, no miréis en él al hijo del presidente de la república, sino un escolar cualquiera a quien es preciso enderezar».

Amaba sin límites a su madre. Dios se la conservó hasta la edad de 94 años. Con ocasión de su muerte, recibió una carta del arzobispo de Toledo, que era primo suyo, donde le expresaba sus condolencias. En su respuesta García Moreno le decía:

«¡Cuántas veces en mi niñez me inculcaba con tanto celo que una sola cosa debía temer en este mundo, el pecado; y que sería feliz si por no cometerlo lo sacrificaba todo, sin exceptuar los bienes, el honor y la vida!».

Pero más allá de las virtudes que practicó en su vida familiar, queremos acá destacar sobre todo las que tienen relación con su manera de ejercer el gobierno. La primera de ellas es la prudencia, de la que dio relevante ejemplo. Es cierto que a veces se lo acusó de obrar con precipitación.

«A mí me llaman atolondrado y loco –respondía–, porque el pueblo, habituado a leer mil proyectos escritos, sin verlos jamás realizados, sólo ve en mis actos la presteza y rapidez de la ejecución, y no pone en cuenta la lentitud y madurez del consejo que precede a mis resoluciones. Yo pienso bien las cosas antes de hacerlas; mas una vez pensadas no doy tregua a la mano ni desisto hasta no haberlas cuanto antes concluido; este es mi atolondramiento y locura».

Descolló, asimismo, en otra virtud muy propia de un verdadero estadista, la de la justicia. García Moreno tenía muy en claro su misión primordial de «dar a cada cual lo que le corresponde». Precisamente una de sus máximas más frecuentes fue: «Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores».

El primer derecho que encontró violado fue el de Jesucristo, como Rey de las sociedades. En vez de «dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», el César revolucionario había usurpado los derechos de Dios en pro de lo que llamó «derechos del hombre». Este despojo ya había echado raíces en las naciones antiguamente cristianas, y ahora se veía defendido por los gobiernos, sancionado en las constituciones de ambos mundos, y aceptado de manera generalizada por la opinión pública. García Moreno, convencido como estaba de que un jefe de Estado no debía someterse a la Revolución, enfrentó valerosamente dicha situación. Los liberales enarbolaban las leyes arbitrariamente escritas por ellos. Él les opondría las leyes escritas por Dios en el corazón de los hombres, en el Decálogo y en el Evangelio.

«Creía, con los filósofos de todos los tiempos y de todos los países –escribe el P. Berthe–, que las leyes eternas están por encima de las ficciones parlamentarias, que las constituciones son hechas para los pueblos y no los pueblos para las constituciones, por consiguiente, que si la ley constitucional pone a una nación en peligro de muerte, la salud del pueblo llega a ser la suprema ley. Cuando la legalidad basta, decía él con Donoso Cortés, la legalidad, cuando no basta para salvar a un pueblo, la dictadura». Por eso afirmaba: «Nadie creará jamás que para salvar la constitución, ese pedazo de papel que se rasga aquí cada cuatro años, estoy obligado a entregar la república a sus verdugos».

Sobre estas bases forjó con mano firme una Constitución católica, que puso término a la soberanía de los hombres, propugnada por la Revolución, supliéndola por una nueva y solemne ratificación de los derechos de Dios.

He ahí el primer y más trascendente acto de justicia: dar a Dios lo que es de Dios, dar a Cristo lo que es de Cristo. Al mal y el bien les otorgaría lo que a cada uno de ellos le corresponde, al bien el amor, al mal el odio. Amó el bien con entusiasmo, con pasión, y odió el mal «con vehemencia, con furor». Este hombre, «de talla colosal», era totalmente ajeno a todo tipo de «equilibrismo», que es una de las expresiones más abominables de la mediocridad. Su radicalismo no lo llevó a sacrificar ninguna libertad legítima, la de las familias y corporaciones, la de prensa y asociación, con tal de que respetasen la religión, la moral y el orden público. Pero en modo alguno juzgó que la libertad podía hacerse extensible a la impiedad, la inmoralidad y el espíritu revolucionario.

Si fue preciso devolver a Dios lo que a Él le pertenecía, el espíritu de justicia lo impelió a dar al pueblo lo que es suyo. El primer derecho del pueblo es a ser bien dirigido, a tener buenos gobernantes. García Moreno practicó con enorme equidad

la justicia distributiva, eligiendo para las dignidades y los empleos según los méritos y aptitudes respectivos. Nada de acomodar a protectores o amigos. «El mal de este siglo –afirmaba– es no saber decir que no. Vosotros solicitáis este empleo como un favor, y yo os digo: el hombre es para el empleo y no el empleo para el hombre».

Volcóse asimismo, y sin vacilaciones, en favor de los débiles, sobre todo de los oprimidos por los poderosos. Cuando hacía reconocimientos por el interior del país, o se alojaba en alguna posada, a él acudían los pobres de la región en busca de equidad. Este hombre de Dios, como antaño San Luis bajo la encina de Vincennes, escuchaba sus quejas, y hacía justicia.

En cierta ocasión, un grupo de indios le contaron que un rico propietario, para acrecentar sus posesiones, se había apoderado de parcelas que les pertenecían. García Moreno llamó inmediatamente al acusado y tras verificar la realidad de los hechos, le ordenó devolver enseguida lo robado; además como ocupaba altos puestos, lo destituyó de sus cargos.

Otra vez, una pobre viuda le contó cómo un miserable estafador le había robado todo su peculio. Habiendo quedado en la miseria, y no teniendo cómo mantener a sus hijos, se había visto obligada a vender una pequeña propiedad, lo único que le quedaba. El que se la compró le dijo que le iba a pagar dentro de un mes, pero le exigió que enseguida le adelantase el recibo. Ella, que era una mujer sencilla e ingenua, así lo hizo. Pasó un mes, y el comprador se negó a pagarle nada, aduciendo que ella ya había firmado dicho recibo y que por tanto nada le debía. Llorando, se dirigió a García Moreno, quien no ocultó su indignación. Legalmente nada podía hacer, porque los papeles estaban en favor del delincuente.

Entonces lo llamó, y le preguntó si era cierto que había comprado aquella propiedad. Él le dijo que sí. «Esta mujer tiene necesidad de dinero –le replicó el Presidente– y se lamenta de que la hagáis esperar demasiado la suma que le debéis». El ladrón le juró que ya le había pagado, y en prueba de ello le mostró el recibo correspondiente. Era lo que García Moreno estaba esperando: «Amigo mío –dijo fingiéndose sorprendido–, he hecho mal en sospechar de vuestra lealtad, y os debo una reparación. Hace mucho tiempo que ando buscando un hombre honrado de vuestra especie para un nuevo empleo que voy a crear: os nombro gobernador de Galápagos, y como no conviene que un gran dignatario viaje sin escolta, dos agentes os acompañarán a vuestro domicilio, donde haréis inmediatamente vuestros preparativos de viaje». Luego lo despidió, lanzándole una mirada severa. Las islas de los Galápagos eran unas rocas perdidas en medio del mar, donde sólo había víboras y bestias feroces. El delincuente, desesperado, hizo llamar a la viuda, le entregó su dinero, y le pidió de rodillas que obtuviese la revocación de la terrible sentencia. Así lo hizo la mujer. «Yo lo había nombrado gobernador –le contestó García Moreno a la señora–, mas ya que tiene tan poco apego a las dignidades, anunciadle que admito su dimisión».

Anécdotas como ésta corrían de boca en boca por todo el país, suscitando la admiración general. Es claro que a los perversos y delincuentes tales actitudes no les caían en gracia. Sus enemigos, al ver con cuánta energía acosaba a los malhechores, lo tildaron de déspota, confundiendo despotismo con equidad. Es cierto que en algunas ocasiones, muy excepcionales por lo demás, no vaciló en fusilar. Por ejemplo a un grupo de jefes que se habían aliado con invasores extranjeros. «No tiene caridad», decían de él ciertos objetores «piadosos», a los que él respondía que más caridad había que tener con los inocentes que con los criminales, los cuales, si se los dejaba impunes, seguirían matando inocentes. A uno de aquéllos le dijo: «Usted se lamenta de la suerte de los verdugos; yo tengo compasión de la víctima».

Un caso tiene que ver con nosotros, los argentinos. Tras una batalla librada en la ciudad de Guayaquil, en la que García Moreno salió vencedor, el Presidente

ordenó el encarcelamiento del abogado argentino Santiago Viola, acusado de ser agente de enlace entre el famoso Urbina y sus cómplices en la ciudad. Cuando Viola estaba en Buenos Aires, había pertenecido a la Asociación de Mayo, cuyos miembros eran al principio partidarios de Rosas, pero luego se volvieron sus adversarios más enconados. Temiendo la reacción de don Juan Manuel, Viola huyó a Montevideo, y luego a Guayaquil, donde adquirió gran predicamento social. Pronto se mostró enemigo furioso de García Moreno. Quizás su estilo de gobernante la traería al recuerdo la figura para él execrable del dictador argentino. Apenas arrestado, compareció ante García Moreno. «Doctor Viola –le preguntó el Presidente–, ¿sabe usted la pena que merece un traidor?». «La muerte», contestó Viola. García Moreno le mostró las pruebas de su traición: «Doctor Viola, ya que la traición es patente y que, a su propio juicio, la muerte es el castigo de la traición, prepárese usted a ella. Será usted fusilado a las cinco de la tarde». Todo Guayaquil pidió por Viola, incluidos los diplomáticos; el propio Obispo le sugirió que dicha ejecución era contraria a la Constitución. García Moreno respondió que cuando el país se encontraba en juego, la salvación de la Patria estaba por encima de la misma Constitución. Llegó la hora. Viola rechazó al sacerdote y fue ejecutado. Rosas había dicho: «Crimen sin castigo, calamidad». Y García Moreno: «Hay algo peor que un crimen, y es un crimen impune».

No significa esto que fuese frío, o cruel, como si se gozara en el dolor ajeno. Baste un ejemplo para probarlo. Un día cayó en sus manos el general Maldonado, que era el más peligroso cabecilla de una grave sedición que ponía en peligro la estabilidad del país. Para colmo, dicho jefe había reincidido en conjurar contra el Gobierno. García Moreno lo fue a ver en el calabozo. «No cuenta usted ya, general, con jueces prevaricadores, que se burlan de la justicia absolviendo a los mayores criminales. Le dije a usted que si volvía a conspirar sería fusilado en la plaza. Prepárese usted a comparecer delante de Dios, pues mañana, a estas horas, habrá dejado de existir».

El Presidente pasó esa noche angustiado, rezando y dudando. Por un lado se inclinaba a rever su decisión, y por otro a ser inflexible, para salvar a la Patria. Corrió la voz en toda la ciudad, e intercedieron en favor de Maldonado los amigos del general, y hasta los propios parientes de García Moreno. Incluso el Arzobispo se unió a los suplicantes. A este último el Presidente le contestó: «Si usted me asegura que incurro en pecado venial por esta sentencia de muerte, perdono a Maldonado, aun exponiendo la paz de la república». El prelado no se animó a hacerlo, con lo que García Moreno quedó plenamente tranquilo en su conciencia.

Como el pueblo comenzaba a removerse, el jefe de la prisión envió un ayudante a García Moreno, con el encargo de preguntarle si no se podría reconsiderar la medida. Éste le respondió: «Dígale al coronel que si a las cinco de la tarde no oigo disparos, él será fusilado». A las cinco en punto, García Moreno oyó la descarga. Había conmoción en el gentío, tanto que los amigos del Presidente le recomendaron que no saliese del palacio, como pensaba hacerlo para inspeccionar los trabajos de reparación de una calle. Pero él se negó. No tenía por qué ocultarse. Al contrario, debía terminar su obra demostrando que sólo lo había guiado la justicia y tenía la conciencia en paz. Por eso había dispuesto que la ejecución fuese espectacular, en pleno día y en la plaza principal de Quito. ¿Por qué iba a temer ahora, si había obrado de acuerdo a justicia? De ahí que quiso salir a la calle, solo, sin guardaespaldas.

Ese mismo día hizo pública una proclama: El gobierno tiene que optar, afirmaba en ella, «o deja que el orden y vuestros más caros intereses, junto con la Constitución y las leyes, sean devorados por la audacia de los traidores y sepultados en la anarquía; o asume la grave y gloriosa responsabilidad de reprimirlos por medios severos pero justos, terribles pero necesarios; e indigno sería yo de la confianza con que me honráis si vacilase un momento en hacerme responsable de la salvación de la Patria». Y terminaba: «En adelante, a los que

corrompe el oro los reprimirá el plomo; al crimen seguirá el castigo; a los peligros que hoy corre el orden, sucederá la calma que tanto deseáis; y si para conseguirlo es necesario sacrificar mi vida, pronto estoy a inmolarme por vuestro reposo y vuestra felicidad».

Otra virtud en la que resplandeció como estadista fue la fortaleza. Ya hemos conocido algunas manifestaciones de dicha virtud. Jamás hizo concesión alguna al respeto humano. Fue el hombre menos hipócrita del mundo. Y el político menos maquiavélico. Todo en él era auténtico y coherente, lo que pensaba, lo que decía y lo que hacía. Como lo expresó en su Mensaje de 1873:

«Pues que tenemos la dicha de ser católicos, seámoslo lógicamente y abiertamente, seámoslo en nuestra vida privada y en nuestra existencia pública y confirmemos la verdad de nuestros sentimientos y de nuestras palabras con el testimonio público de nuestras obras». Este deber le parecía especialmente imperativo en aquellos días, «de guerra espantosa y universal que se hace a nuestra Religión sacrosanta, ahora que todo se liga, que todo conspira contra Dios y su Ungido».

La neutralidad o el desinterés en dicho combate hubiera constituido a sus ojos un acto de imperdonable cobardía. Se necesitaba fortaleza de espíritu para hacer suyo el ideal del Estado católico explícitamente sustentado por la Iglesia. Dicho ideal chocaba, ante todo, con la pública oposición de los adversarios del cristianismo, tanto de los llamados «radicales», que querían hacer desaparecer a la Iglesia, para librarse de sus reivindicaciones, como de los «liberales», que consentían en dejarla vivir, pero encerrada en las sacristías.

En segundo lugar chocaba con la displicencia de muchos católicos que consideraban buena la separación de la Iglesia y del Estado. Eran los católicos liberales, que si bien aceptaban especulativamente la tesis de la unión de ambas sociedades, enseguida agregaban que en la hipótesis que planteaba el mundo moderno, más adherido a la declaración de los derechos del hombre que a los preceptos del Decálogo y del Evangelio, no podía existir un Estado confesadamente católico, sin provocar con ello la guerra civil. El liberalismo resultaba inaceptable, decían, pero al fin y al cabo no era sino un mal menor, para evitar otro más grave.

García Moreno respondía que aceptar como principio la separación de la Iglesia y del Estado implicaba negar el derecho de Jesucristo sobre las naciones, y que reconocer la tesis y luego declararla imposible de aplicar, era como aceptar los mandamientos en principio, pero agregar enseguida que son inaplicables porque si se los cumpliera se haría violencia a nuestra naturaleza caída. A lo cual añadía que así como la fe sin obras es incapaz de alcanzarnos la salvación, la doctrina social de la Iglesia no salvará al mundo del caos si ni siquiera se intenta traducirla en los hechos.

Oponerse a tantos enemigos, de afuera y de adentro, requería una elevada cuota de fortaleza y de paciencia. Comentando el aluvión de ataques, denuestos y calumnias de que era objeto, les decía a sus amigos:

«Mirad, la injuria es mi sueldo. Si mis enemigos me atacaran por algún crimen que yo hubiera cometido, pediríales perdón, y trataría de enmendarme; pero se conjuran contra mí, porque amo de veras a mi Patria, porque trato de salvar el tesoro máspreciado, la fe; porque soy y me muestro sumiso hijo de la Iglesia...»

El criterio que lo guiaba lo manifestó así ante el Congreso: «El Ecuador es un pueblo profundamente religioso: yo nunca puedo representarle como lo merece, sin conservar, sostener y defender hasta el último trance nuestra verdadera y divina religión. Mas aunque la fe es acendrada, mucho temo que el pueblo se halle herido de la enfermedad endémica del siglo, la debilidad de carácter; mucho me temo que una persecución violenta, no halle entre nosotros muchos mártires. Es indispensable levantar de algún modo el espíritu de los ecuatorianos». García

Moreno buscaba infundir fortaleza a un pueblo debilitado por las logias y el liberalismo.

Por defender sus ideas, a veces tuvo desencuentros con las mismas autoridades eclesiásticas, especialmente cuando juzgaba que algún obispo no cumplía adecuadamente su deber. En cierta ocasión se dirigió a la Curia, por medio de su canciller, para exponerle al Arzobispo su extrañeza al ver que en las iglesias no se había rezado el Viernes Santo, entre las plegarias que anteceden a la adoración de la santa cruz, la oración por el Jefe de Estado, preguntando si sucedería lo mismo los próximos años. El Arzobispo consultó al Nuncio, quien le respondió que desde la caída del Imperio ya no había oración especial con esa intención. El Presidente resolvió entonces no asistir a las próximas ceremonias, y así lo hizo saber a la Curia. Pocos meses después, el Nuncio le comunicó que el Papa le había concedido el privilegio de que el Viernes Santo se dijese dos oraciones: una por el Presidente, y otra por la República.

El paso que dio el jefe de Estado no fue movido por el orgullo o la vanidad sino por el deseo de acrecentar su autoridad moral y por creer seriamente en la necesidad de una especial protección divina. A algunos les podrá llamar la atención estos encontronazos con autoridades eclesiásticas. En el fondo no eran sino la consecuencia de su adhesión profunda a la Iglesia, a la que quería pura y santa. Su actitud nos recuerda el modo de proceder de Leon Bloy, quien por amor a la Iglesia atacó con tanta vehemencia a sacerdotes que faltaban a su deber o que transigían con el espíritu de la época.

Se le ha echado en cara cierto autoritarismo en su conducción política. Es que las circunstancias lo obligaron a ello. Si hubiera entrado en trato con los grupos revolucionarios, hubiese sido en detrimento de la restauración del país. La experiencia del comportamiento de Luis XVI lo confirmaba en su conducta. Se ha dicho también que menospreciaba la opinión. Lo cierto es que antes de obrar se ponía en la presencia de Dios y no de la opinión pública. Estaba convencido de que el Gobierno no debía seguir la opinión sino encauzarla. Este obstinarse en ser fiel a los dictámenes de su conciencia, al plan de Dios y a la doctrina de la Iglesia, a pesar de las exigencias perentorias de la Revolución y los ejemplos dados por todos los gobiernos de su época, revela una actitud de heroica fortaleza. Nunca pecó contra la luz. Cuando entendía lo que debía hacer, se mostraba inamovible, cosa que impresionaba grandemente a todos, especialmente a sus adversarios. Un contemporáneo decía ver en él «la mirada fría e implacable de acero pavonado, de los retratos de Felipe II».

El acto supremo de fortaleza es el martirio. García Moreno no podía sino aspirar a él. Sobre todo en los postreros años de su vida surgió desde lo más hondo de su ser un anhelo incoercible de sufrir y morir por Cristo.

Claramente lo manifestó al asumir el mando por segunda vez, cuando refiriéndose al juramento que acababa de pronunciar, dijo con energía: «¡Feliz yo si logro sellarlo con mi sangre, en defensa de nuestro augusto símbolo, religión y patria». Cinco años después, en carta a un sacerdote, le ruega que le alcance de Dios fuerzas para regocijarse de tener que sufrir «en unión con Nuestro Señor». Considera «una verdadera felicidad» el soportar insultos, ya que ello lo hacía entrar en comunión con los jesuitas perseguidos, los buenos obispos y el Papa. Recordemos cómo, en 1873, le pide al Santo Padre alcanzarle de Dios «que le conceda morir en defensa de la fe y de la Iglesia».

García Moreno tenía la certeza de que su muerte había sido ya resuelta por sus enemigos, pero eso no le atemorizaba. Sabía que entre esos enemigos se encontraba la Masonería, que lo consideraba como el hombre de lo sobrenatural, el hombre de Cristo. Por eso no le disgustaba la perspectiva de su muerte. Poco antes de caer bajo el puñal homicida, le escribió a un amigo íntimo que estaba en Europa:

«Voy a ser asesinado. Soy dichoso de morir por la santa Fe. Nos veremos en el Cielo». Días atrás, en carta a Pío IX le hacía saber que las logias de los países vecinos, instigadas por las de Alemania, procuraban «sigilosamente» hacerlo desaparecer. Por eso, le dice, «necesito más que nunca de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra Religión santa y de esta pequeña República». Y agrega: «¡Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de nuestro Divino Redentor! ¡Y qué felicidad tan inmensa sería para mí, si vuestra bendición me alcanzara del Cielo el derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz, por nosotros!».

El deseo de dar la vida por Cristo fue, sin duda, el principal efecto de la honda devoción que sentía por la Cruz, lugar del martirio del Señor. Sabía muy bien que su obra le había acarreado el odio de los enemigos de Cristo. Pero sabía también, y ello lo llenaba de consuelo, que al morir por la Iglesia y por Cristo, completaría en su carne lo que falta a aquella pasión, ganando muchas almas para Dios en Hispanoamérica y en el mundo.

Por aquellos días se realizó en Quito una misión predicada por los padres redentoristas. A su término, García Moreno iba a dar ante los ecuatorianos y ante el mundo entero, un testimonio magnífico de su amor a la Cruz. Diríase un acontecimiento tomado de la Edad Media, cuyo protagonista podría haber sido San Luis de Francia, San Fernando de Castilla o Godofredo de Bouillon. Estamos en Quito, en su plaza mayor, con sus viejas casonas coloniales y su magnífica Catedral. La iglesia desborda de concurrencia. Allí se encuentra el Presidente y sus ministros, pero también numerosos nobles, estudiantes, obreros e indios, todos unidos por la fe común. Como recuerdo de la misión, los padres habían regalado a la ciudad una enorme cruz, de seis metros de largo, tomada en bloque y sin cortes de un solo árbol, que sería llevada en procesión por las calles de la ciudad, para quedar finalmente emplazada en la Catedral. Uno de los misioneros pronunció ante los presentes una alocución. Luego de recordar que la redención nos vino por la cruz, prosiguió diciendo que ahora, al recorrer procesionalmente con ella las calles de Quito, se estaba significando el triunfo de Cristo Redentor.

Siglos atrás, agregó, el emperador Heraclio había cargado sobre sus espaldas la cruz del Calvario, aquella misma cruz sobre la que murió Cristo y que, tras haber sido capturada por los persas, acababa de ser devuelta al Imperio cristiano. Tras el sermón, comenzó el acto procesional. Ahí estaba la inmensa cruz, que aguardaba ser cargada por los fieles. De pronto, sucedió lo inesperado. El Presidente de la república se acerca a ella, la carga sobre sus hombros, y comienza a caminar lentamente, seguido del pueblo, que observaba estupefacto. Luego de haber recorrido un buen tramo, estaba sudoroso y parecía sumamente cansado. Entonces, a semejanza de los que sucedió en el Vía Crucis, una mujer se le acercó y le ofreció de beber. Un año más tarde, cuando cayese bajo los puñales y las balas, todos acabarían por comprender el símbolo de lo que estuvieron presenciando.

García Moreno se destacó asimismo por la virtud de la humildad. Su rango presidencial no le impidió visitar frecuentemente a los enfermos y a los encarcelados, ni pedir perdón cuando creía haber molestado a alguien. Este hombre, a quien sus enemigos lo consideraban como una persona llena de orgullo y de ambición, jamás buscó el poder por dar pábulo a un anhelo de autopromoción. No admitió la primera presidencia sino contra su voluntad, y en la segunda fue necesario obligarlo para que la aceptase. Nunca le interesó la popularidad, ni el aplauso de la multitud, ni el caer simpático al pueblo o mostrarse condescendiente con él. Por haber estado tan lejos de toda especie de populismo, los agravios se multiplicaron. A un religioso que confidencialmente le relatara cuánto sufría de parte de sus enemigos, le consoló diciéndole:

«Compadezco vuestras penas; pero habéis tenido magnífica ocasión de atesorar para la eternidad. Los golpes que os han dado os parecerían menos duros, si los

comparaseis con los que yo estoy recibiendo todos los días. Haced como yo, poned los ultrajes al pie de la cruz, y pedid a Dios que perdone a los culpables. Pedidle que me dé bastante fuerza, no sólo para hacer el bien a los que derraman sobre mí de palabra y por escrito los torrentes de odio que guardan en su corazón; sino para regocijarme ante Dios de tener que sufrir algo en unión con Nuestro Señor».

Cuando se encontraba frente a un sacerdote, su humildad tomaba la forma de la reverencia. En cierta ocasión, un padre capuchino, que estaba de paso por Quito, fue a visitarle; al verlo, se sacó el sombrero. «Cúbrase, por amor de Dios, padre», le dijo, mientras él se descubría. El padre replicó: «No puedo cubrirme ante el presidente de la república». A lo que García Moreno contestó: «Padre, ¿qué es un jefe de Estado ante un ministro de Dios?». A otro sacerdote le había pedido que lo confesara cada semana. Éste, para ahorrarle un cuarto de hora de camino, le ofreció ir él a la Casa de Gobierno. «Perdóneme, padre, el pecador es el que tiene que ir a buscar al juez, que el juez no va a ir buscando al pecador».

Su humildad quedaba también de manifiesto cuando les pedía por escrito a algunos sacerdotes de su confianza que le hiciesen conocer los errores en que como gobernante había incurrido. Pero la más bella forma de humildad cristiana fue su modo de aceptar las injurias, no sólo con resignación sino llegando a experimentar júbilo.

En cierta ocasión dijo: «No puedo evitar la inevitable alegría de que me siento poseído al verme calumniado e injuriado sin tregua por los enemigos de la Iglesia... Si ellos aborrecen en mí la fidelidad a mi Dios, les agradezco y me esforzaré en merecer sus odios; la injuria es mi salario». Con cuánta verdad pudo hacer suya la expresión de San Pablo: «Sobreabundo de gozo en mis tribulaciones».

3. La realeza social de Jesucristo

García Moreno había entendido perfectamente la perversidad que se escondía en el ideario de 1789 y su radical incompatibilidad con la doctrina católica. Había entendido que en la historia de su tiempo se seguía concretando el enfrentamiento teológico de las Dos Ciudades de San Agustín o de las Dos Banderas de San Ignacio. De ahí que consideraba su quehacer político como una forma, y cuán elevada, de combate y de apostolado. Escribe el P. Berthe que su celo era tan intenso que si hubiera sido sacerdote habría sido un San Francisco Javier. Como Jefe de Estado quiso al menos abrir caminos a la Iglesia, a sus sacerdotes y misioneros, derribando los obstáculos que la Revolución había acumulado. De tal manera lo devoraba este fuego de caridad, que no podía ocultarlo ni aun cuando estaba de viaje, recorriendo los caminos de su Patria.

«Cuando el presidente venía en medio de nosotros para vivir como simple particular –contaban aquellos pobres labradores–, no nos perdonaba ni el castigo, ni la corrección; pero era un verdadero santo; nos daba grandes jornales y magníficas recompensas; nos enseñaba la doctrina cristiana, rezaba el rosario, nos explicaba el evangelio, nos hacía oír misa, y a todos nos preparaba para la confesión y comunión. La paz y la abundancia reinaban en nuestras casas; porque sólo con la presencia de tan excelente caballero, se ahuyentaban todos los vicios».

La humildad a que arriba nos referimos hacía que cuando hablaba de sus actos de gobierno, por ejemplo ante los miembros del Congreso, trataba de disminuir sus méritos para que todo fuese ordenado a Dios. «Entro en estos detalles –dijo en cierta ocasión– no para gloria nuestra sino de Aquel a quien todo lo debemos, y a quien adoramos como a nuestro Redentor y nuestro Padre, nuestro protector y nuestro Dios». Dios era para él un ser vivo, no aquel «Ser supremo» o aquella «Providencia» genérica, tan frecuente en los discursos de gobernantes secularizados. Concretaba así el lema ignaciano: *Omnia ad maiorem Dei gloriam*, todo a la mayor gloria de Dios. De ahí que no pudiera disimular su gozo cuando se enteraba de que el cristianismo hacía progresos en su Patria. También cuando prosperaba en el extranjero, ya que su corazón era católico, es decir, universal.

«¡Gloria a Dios y a la Iglesia –escribía en 1874– por las numerosas conversiones que se operan entre los disidentes, especialmente las del Marqués de Ripón, de lord Grey y de su Majestad la reina madre de Baviera! Es indudable que estos grandes ejemplos tengan influencia decisiva en la conversión de todos los protestantes de recto corazón».

Cierta vez le reprocharon el haber puesto el Estado a los pies de la Iglesia. Él respondió:

«Este país es incontestablemente el reino de Dios; le pertenece en propiedad y no ha hecho otra cosa que confiarlo a mi solicitud. Debo, pues, hacer todos los esfuerzos imaginables para que impere en este reino; para que mis mandatos estén subordinados a los suyos, para que mis leyes hagan respetar su ley». No era sino la aplicación de aquellas dos súplicas de la oración dominical: «Venga a nosotros tu reino» y «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»

a. En defensa de Pío IX

Como bien escribe el P. Berthe, García Moreno pareciera haber nacido para luchar contra los principios de la Revolución francesa, que tanto se habían propagado por todas las naciones cristianas. De algún modo logró vencerlos en su Patria, volviendo a sentar en el trono del Estado a nuestro Señor Jesucristo. En Ecuador había sucedido lo que en otros países hispanoamericanos, o al menos en algunos de sus grupos dirigentes, esto es, que al emanciparse de España habían pretendido emanciparse también de los principios católicos que España nos había traído, tendiendo la mano a los revolucionarios de ultramar. En nuestra Argentina esos grupos estuvieron representados por personajes como Moreno, Monteagudo y Rivadavia. El gran papa Pío IX, hoy beatificado por Juan Pablo II, había salido valientemente al encuentro de la Revolución Anticristiana. García Moreno, como gobernante de un país cristiano, era un cultivador de la obediencia. Ante todo de la obediencia a Dios, entendiendo que las leyes divinas están por encima de las leyes humanas, pero también de la obediencia al Santo Padre, por quien sentía un cariño realmente filial.

Pues bien, fue precisamente este Papa quien en 1864 promulgó el Syllabus, donde denunciaba la perniciosidad del naturalismo, el racionalismo y el liberalismo dominantes. En una de sus cláusulas decía que al Sumo Pontífice no le era lícito reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna, es decir, con los principios de la Revolución. El liberalismo, que se podría definir como la aplicación del naturalismo en el campo de la política, es uno de los errores más difíciles de erradicar.

Cuando a un liberal se le dice que un gobierno, si quiere ser tal, no puede mantenerse como el fiel de la balanza, equidistante del bien y del mal, enseguida responde que su interlocutor es un extremista. Si se le dice que como la naturaleza humana está herida por el pecado, la verdad necesita protección para no ser aplastada por el error, contesta que ello es innecesario, ya que la verdad triunfa naturalmente del error, sin requerir ningún apoyo de afuera; Dios no precisa que lo defiendan, Él se defiende a sí mismo. Si un documento como el Syllabus anatematiza sus errores, trata al Papa de retrógrado. El único dogma superviviente es el de la democracia liberal, aunque la experiencia muestre los desastres a que ha llevado.

Estas ideas se iban extendiendo por todos los pueblos que durante el medioevo habían integrado el bloque de la Cristiandad. A dicha expansión del mal coadyuvaban los acontecimientos políticos que tenían a Italia por epicentro. Allí los garibaldinos y los carbonarios, como se autodenominaban los masones de aquella península, habían tomado por asalto la ciudad de Roma, donde residía el Papa, el 20 de septiembre de 1870. Al Sumo Pontífice lo defendieron varias compañías de soldados, algunos voluntarios austríacos, un grupo de franceses y de españoles

tradicionalistas. Oficialmente Francia había colaborado en aquel despojo, retirando sus tropas en momentos decisivos.

Al año siguiente, quizás como castigo de Dios a una nación que había sido la primera que abrazó la fe católica, y que ahora daba una nueva muestra de su secular apostasía, un comité revolucionario llamado la Commune, se apoderó de París, llenando de sangre sus calles. Refiriéndose a ello, exclamaba García Moreno: «¡Qué desgracia que esta Francia cuyo glorioso pasado tanto amo, sea gobernada por bandidos! Conducida por un hombre de energía, pronto volvería a tomar su puesto de hija primogénita de la Iglesia». Sólo el Imperio austrohúngaro, el único poder europeo que no era liberal y que dominaba el noreste de Italia, apoyó al Papa en dicha coyuntura.

Un estadista católico de la talla de García Moreno no podía permanecer indiferente en aquellas circunstancias. Al mejor estilo caballeresco, sin atender a la poquedad de sus fuerzas y despreciando todo respeto humano, sacó la cara en favor del Papa ultrajado, proclamando el derecho de gentes, reclamando justicia, y reprochando su cobardía a reyes y potencias de gran ascendiente. Aquella voz, humilde pero majestuosa, resonó en las altas cancillerías, llenando de vergüenza a los buenos católicos europeos. Empezó la ofensiva enviando a través de su ministro de relaciones exteriores, por vía diplomática, una nota de enérgica protesta al ministro de Víctor Manuel II, el rey usurpador. Entre otras cosas allí le decía:

«Atacada la existencia del catolicismo en el Representante de la unidad católica... a quien se le ha privado de su dominio temporal, única y necesaria garantía de libertad e independencia en el ejercicio de su misión divina, es innegable que todo católico, y con mayor razón todo gobierno que rige a una porción considerable de católicos, tiene no sólo el derecho, sino el deber de protestar contra aquel odioso y sacrílego atentado, y, sin embargo, el gobierno del infrascripto aguardó en vano que se hiciera oír la protesta autorizada de los Estados poderosos de Europa contra la injusta y violenta ocupación de Roma, o que Su Majestad el rey Víctor Manuel, rindiendo espontáneo homenaje a la justicia y al sagrado carácter del inerte y anciano Pontífice, retrocediera en el camino de la usurpación y devolviera a la Santa Sede el territorio que acaba de arrebatárle.

«Pero no habiéndose oído hasta hoy la voz de ninguna de las potencias del antiguo continente, y siguiendo oprimida Roma por las tropas de Su Alteza el rey Víctor Manuel, el gobierno del Ecuador, a pesar de su debilidad y de la distancia... cumple con el deber de protestar, como protesta, ante Dios y el mundo, en nombre de la justicia ultrajada, y, sobre todo, en nombre del católico pueblo ecuatoriano... de ese indigno abuso de la fuerza en perjuicio de Su Santidad y de la Iglesia Católica... El rey Víctor Manuel repare noblemente el efecto deplorable de una ceguera pasajera, antes de que el trono de sus ilustres antepasados sea tal vez reducido a cenizas por el fuego vengador de la Revolución Francesa...».

Al mismo tiempo envió, también por conducto diplomático, copia de aquel documento a todos los gobiernos hispanoamericanos, con una carta adjunta donde los exhortaba a reprobar públicamente la violenta ocupación de Roma. «Una violación tan completa de la justicia contra el Augusto Jefe de la Iglesia católica no puede ser mirada con indiferencia por los gobiernos de la América libre, y ya que el antiguo mundo ha encontrado sólo el silencio de los reyes, es natural que en el nuevo halle la esperada reprobación de los gobiernos que lo representan». No encontró eco alguno el Don Quijote moderno. En carta a un amigo le confesaba:

«Colombia me ha dado respuesta negativa, en términos moderados. Costa Rica una respuesta igualmente negativa, pero en términos insolentes. Bolivia me ha hecho decir con mucha cortesía que tomaba mi protesta en gran consideración. En cuanto a Chile, el Perú y los otros Estados, no se han dignado siquiera enviarme una nota de recibo. Empero ¿qué importa eso? Dios no tiene necesidad de nosotros, ni de nada para cumplir sus promesas, y Él las cumplirá, a despecho del infierno y

de sus satélites los francmasones, que por medio de sus gobernantes, son más o menos dueños de toda América, a excepción de nuestra patria».

Si la abstención de los estamentos políticos fue tal, las minorías católicas de muchos países, que no se habían dejado contaminar por el liberalismo, se enardecieron ante el testimonio martirial del gran ecuatoriano. Un columnista del diario español La Cruz, escribía:

«El antiguo mundo, este mundo, envilecido con los envilecimientos más asquerosos; este mundo que tiene monarcas que ni reinan ni gobiernan,... este mundo antiguo, donde han desaparecido todas las virtudes y donde sólo imperan los malvados... se han hecho cómplices en la revolución... y hasta complacientes, han visto los gobiernos liberales este triunfo del mal, sin que uno solo haya enviado una palabra de consuelo a la gran víctima del Vaticano... Pero hay al otro lado de los mares una región donde se conserva la lengua y la fe de la antigua España; una región donde el catolicismo es la base del gobierno, de sus leyes..., una nación que no está contaminada con el virus del liberalismo..., pues bien, esa nación es la única que ha escuchado la voz del gran Pío IX, esa nación es la única que ha levantado heroica, solemne y enérgica protesta contra la iniquidad...»

Acentos semejantes encontramos en aquel grupo de apologistas católicos franceses, tan queridos por García Moreno, que giraban en torno al periódico L'Univers.

Algunos patriotas quiteños entregaron un documento al Nuncio: «Si nosotros nada podemos hacer contra ese funesto atentado, al menos lo reprobamos y condenamos con nuestro corazón, y rogamos al Ser Supremo, al Dios de las naciones y de los ejércitos, que abrevie este tiempo de prueba y de tribulación, y devuelva la independencia y libertad al Jefe de la Iglesia».

El Papa quedó profundamente emocionado al conocer la actitud de García Moreno. Cuando llegó a sus manos la declaración oficial exclamó: «¡Ah! Si éste fuese un rey poderoso no le hubiera faltado al Papa todo el apoyo del mundo». El 21 de marzo de 1871 le envió una carta de elogiosa gratitud, junto con la máxima condecoración vaticana, la gran cruz de la Orden de Pío IX. En la carta le decía:

«A los numerosos y magníficos testimonios de piadosa adhesión que nos habéis dado en el cumplimiento de los deberes de vuestro cargo, habéis añadido una prueba espléndida de fidelidad a la Santa Sede y a nuestra humilde persona... En un tiempo desastroso para la santa Iglesia, no habéis temido condenar públicamente con aplauso de todos los corazones honrados, la usurpación de nuestro poder temporal que hombres ingratos y pérfidos acaban de perpetrar».

Ante todos los diputados reunidos en el recinto del Congreso, García Moreno explicó así su actitud:

«Si el último de los ecuatorianos hubiese sido vejado en su persona o en sus bienes por el más poderoso de los gobiernos, habríamos protestado altamente contra ese abuso de fuerza, como el único medio que le queda a los Estados pequeños para no autorizar la injusticia, con la humillante complicidad del silencio. No podía, pues, callar cuando la usurpación del dominio temporal de la Santa Sede y la consiguiente destrucción de la libertad e independencia en el ejercicio de su misión divina, habían violado el derecho, no de uno, sino de todos los ecuatorianos, y el derecho más elevado y más precioso, el derecho de su conciencia y de su fe religiosa».

A las palabras, siguieron las acciones. Enterado García Moreno de que los católicos del mundo habían instituido la Obra del óbolo de San Pedro para paliar la pobreza, casi mendicante, en que había quedado el Papa, ofreció la colaboración del Estado. Enseguida sus enemigos lo acusaron de «despilfarrador». Eran los Judas de siempre. Para el Presidente no era sino la manera de expresar la gratitud de la nación por tanto como había recibido de la Iglesia a lo largo de los siglos. El

Congreso le dio todo su apoyo, y corroboró sus intenciones. Entonces García Moreno hizo llegar al Papa, por medio de uno de los ministros de su Gobierno, la suma de 10.000 pesos, «mezquina ofrenda de nuestra pequeña república», le dijo éste al Nuncio, quien respondió:

«Permitidme, señor ministro, que os exprese el homenaje de la admiración que nos domina, y os ruego al mismo tiempo que os dejéis de hablar de la pequeñez de la república, porque no son pequeños los Estados que saben elevarse a tanta altura».

Pío IX le escribió enseguida, aprovechando la ocasión para alabar una vez más su gestión de gobierno, su habilidad para restablecer en tan poco tiempo la paz social, el pago de una notable parte de la deuda pública, la duplicación de las rentas, la reforma de las instituciones... Todo ello, le decía, no es sino una prueba de la intervención divina. García Moreno quedó conmovido:

«No soy capaz de expresar a Su Santidad la profunda impresión de gratitud que me causó la lectura de su paternal y afectuosa carta. La aprobación que Vuestra Santidad se digna dar a mis pobres esfuerzos, es para mí la recompensa más grande que puedo recibir en la tierra, y por mucho que ellos valieren, ella sería ciertamente superior a cuanto yo pudiera merecer. Pero en justicia tengo que confesar que todo lo debemos a Dios, no sólo la creciente prosperidad de esta pequeña república, sino todos los medios que empleo, y aun el deseo que Él me inspira de trabajar para su gloria».

Tan cordiales fueron las relaciones que existieron siempre entre Pío IX y García Moreno. Lo que Pío IX más admiraba en el presidente ecuatoriano era al gobernante católico, fuerte y justo, tenaz adversario de la Revolución. El mismo Papa que se presentaba lleno de majestad cuando se dirigía a los Césares de la época, los Bismarck, los Napoleón III, se mostraba desbordante de ternura con el jefe de un Estado lejano y casi desconocido, cuyo noble corazón latía al unísono con el suyo. Por su parte, García Moreno amaba entrañablemente a aquel heroico Pontífice, defensor incansable de los derechos de la verdad. En él veía a un nuevo Gregorio VII, que en un siglo de indiferencia y liberalismo generalizado, tuvo la lucidez y el coraje de promulgar el Syllabus y convocar el Concilio Vaticano.

b. El Ecuador a los pies de Cristo Rey

En sus últimos años, García Moreno fue revelando todas las dimensiones de un gran estadista, también lúcido e intrépido, convencido de que lo más trascendente de su gestión consistía en llevar a cabo la restauración católica, luego de haber abatido la revolución laicista. Lo demás se seguiría casi con naturalidad. «Quien busca ante todo el reino de Dios –decía–, obtiene el resto por añadidura. Se había propuesto entronizar a Cristo en su Patria. Y de algún modo lo logró, según lo reconocía un pensador colombiano de su tiempo: «La República del Ecuador es hoy el único Estado social y políticamente católico». No un Estado clerical, por cierto, ya que si bien García Moreno pedía consejo a los buenos sacerdotes, quien mandaba en el orden temporal era él.

Ya hemos visto cómo, cuando lo consideró necesario, supo imponerse al Nuncio, al Arzobispo y a otros prelados. Su sueño era implantar en el Ecuador el reino de Cristo. No se trataba de levantar grandes iglesias, sino de elaborar una legislación católica que vivificase el entero entramado social, atendiendo a todos los estamentos, desde los nobles hasta los indios más humildes y abandonados. La suntuosidad de los templos podría ser el colofón de su obra, pero lo esencial era el señorío de Cristo sobre las inteligencias y voluntades de los miembros de su pueblo y de la sociedad en general.

García Moreno rendía un culto especial al Corazón de Cristo, vieja y sólida devoción, muy de los jesuitas, que había arraigado profundamente en el Ecuador, y él había aprendido especialmente en los Ejercicios ignacianos, que solía reiterar

todos los años. La devoción al Sagrado Corazón llenaba los templos los primeros viernes de mes, y más socialmente se expresaba en entronizaciones, sobre todo en el ámbito familiar. Desde que asumió la presidencia recordó que entre las peticiones del Corazón de Cristo a sus escogidos estaba la consagración de las naciones como tales. En doscientos años ninguna nación lo había hecho. Él se propuso llevarla a cabo oficialmente en su propia patria.

Como le gustaba hacer las cosas bien, quiso que esa consagración fuese un acto verdaderamente nacional, refrendado por los organismos parlamentarios, los mandos militares, las jerarquías eclesíásticas y los sectores culturales del Estado. La idea de consagrar públicamente el Ecuador al Sagrado Corazón le había sido sugerida por el P. Manuel Proaño, director nacional del Apostolado de la Oración. He aquí la respuesta de García Moreno, donde muestra algunas vacilaciones, productos de su nobleza y sinceridad.

«Reverendo y querido P. Manuel. No puede concebirse idea más plausible ni más conforme con los sentimientos que me animan de promover en todo sentido la prosperidad y ventura del país cuyo Gobierno me ha confiado la Divina Providencia, dándole por base la más alta perfección moral y religiosa a que nos llama la profesión práctica del Catolicismo. Reconozco la fe del pueblo ecuatoriano, y esa fe me impone el deber sagrado de conservar intacto su depósito, aunque sea a costa de mi vida. No temo a los hombres, porque está más alto Dios... Y si fue, en algún tiempo, deber indeclinable de todo hijo sincero de la Iglesia confirmar la fe del corazón con las más explícitas y reiteradas y solemnes profesiones de los labios, esto es sin duda en la época actual, cuando, aun entre los pueblos creyentes, la enfermedad endémica del siglo es la debilidad de carácter. Pero digo: ¿y será el Ecuador una ofrenda digna del Corazón del HombreDios?...

«Este Corazón es santo, inmaculado; ¿y hemos logrado ya moralizar bastante a los pueblos? ¿Hemos santificado el hogar doméstico? ¿Reina la justicia en el Foro, la paz en las familias, la concordia entre los ciudadanos, el fervor en los templos? El Corazón de Jesús es el trono de la Sabiduría. ¿Y el pueblo ecuatoriano acepta todas sus enseñanzas, es dócil y sumiso a su divino magisterio, recibe y acoge con amor sus inspiraciones, rechaza prácticamente todos los errores del siglo, y se sobrepone a toda la perversión actual de las ideas?...

«Temo que este país no sea todavía ofrenda digna del Corazón de Jesucristo. Pidamos en fervientes plegarias al Señor que nos envíe misioneros santos, apóstoles infatigables. Vengan a lo menos cincuenta sacerdotes celosos y caritativos que recorran todo el territorio, visiten nuestros pueblos, sin dejar un rincón; y enseñen y prediquen el Evangelio, y conviertan, si es posible, a todos los pecadores; y entonces podremos consagrar con manos puras, al Dios de la pureza, un pueblo purificado con la sangre divina».

Nos impresiona la autenticidad de su espíritu sin doblez. Consagrar la Patria al Corazón de Jesús parecía fácil, ya que eso estaba en sus manos, por ser el jefe de Estado, pero que el pueblo ecuatoriano, en todos los estamentos, hiciese suya dicha consagración, era algo que excedía el ámbito de sus posibilidades. Sólo podían lograrlo los sacerdotes, y éstos eran pocos. Recurrió entonces al superior general de los redentoristas, pidiéndole por lo menos cincuenta misioneros fervorosos. Se ve que había decidido cumplir su propósito con cierta celeridad, aunque sin omitir lo necesario. Algunos amigos le sugirieron que no se metiese en esta nueva aventura, que ya demasiado excitadas estaban las logias del país y del extranjero. Por otro lado, agregaban, era un gesto que resultaba exótico; ningún gobierno europeo había hecho algo semejante. El consejo le resultó indignante y sólo logró que apresurase la ejecución del designio.

Precisamente por esos días se estaba celebrando en Quito un sínodo eclesíástico. García Moreno aprovechó la ocasión para hacer una consulta formal a la Iglesia. Todos le manifestaron su conformidad. Luego se dirigió a las Cámaras,

con el deseo de que el Estado se uniese a la Iglesia en este acto solemne. También los diputados estuvieron de acuerdo. Entonces firmó el decreto, donde se disponía: «Las solemnidades correspondientes a la Consagración se harán en todas las iglesias catedrales y parroquias en la próxima cuaresma». Pío IX, al conocer su propósito, le escribió expresándole su aquiescencia. Un grupo de quiteños, quiso mostrar su adhesión a la iniciativa del Gobierno proponiendo la erección de un gran templo nacional al Sagrado Corazón, rey de Ecuador. La obra fue aprobada, pero García Moreno no la vería terminada, ya que se inauguró diez años después de su muerte.

Llegó la fecha señalada, el 23 de marzo de 1873. Ya los misioneros escogidos habían recorrido pueblo tras pueblo, disponiendo el espíritu de los ecuatorianos de todo el país. García Moreno preparó personalmente el acontecimiento, codo a codo con su amigo, el P. Proaño. En todos los edificios oficiales se izó la bandera nacional, para saludar al rey de la Patria. La catedral, ricamente engalanada, fue el ámbito donde se encontraron el Arzobispo y su clero, los miembros del Gobierno, los jueces, jefes y oficiales, alcaldes y autoridades de los pueblos. A la cabeza de todos sus funcionarios, García Moreno, con uniforme de comandante de las fuerzas armadas y su banda de jefe de Estado. El Arzobispo se acercó al cuadro del Sagrado Corazón, pintado para la solemnidad por un artista quiteño. García Moreno le había pedido al pintor que lo representase de medio cuerpo, con la corona sobre su sien, que «la mano derecha de Cristo empuñe el cetro real y la mano izquierda sostenga el globo del mundo, en que aparezca notoriamente la nación ecuatoriana». Leyó el Arzobispo la consagración, y el pueblo la fue repitiendo, frase por frase. Al acabar, se adelantó García Moreno, y en nombre de la Patria y de todos los estamentos del Ecuador, la reiteró con voz firme. He aquí el texto íntegro, redactado por el P. Proaño:

«Este es, Señor, vuestro pueblo. Siempre, Jesús mío, os reconocerá por su Dios. No volverá sus ojos a otra estrella que a esa de amor y de misericordia que brilla en medio de vuestro pecho, santuario de la Divinidad, arca de vuestro Corazón. Mirad, Dios nuestro: gentes y naciones poderosas traspasan con muy agudos dardos el dulcísimo seno de vuestra misericordia. Nuestros enemigos insultan nuestra Fe, y se burlan de nuestra esperanza, porque las hemos puesto en Vos. Y, sin embargo, este vuestro Pueblo, su Jefe, sus Legisladores, sus Pontífices, consuelan a vuestro Vicario, enjugan las lágrimas de la Iglesia; y confundiendo la impiedad y apostasía del mundo, corren a perderse en el océano de amor y caridad que les descubre vuestro suavísimo Corazón.

«Sea, pues, Dios nuestro, sea vuestro Corazón el faro luminoso de nuestra Fe, el áncora segura de nuestra esperanza, el emblema de nuestras banderas, el escudo impenetrable de nuestra flaqueza, la aurora de una paz imperturbable, el vínculo estrecho de una concordia santa, la nube que fecunde nuestros campos, el sol que alumbre nuestros horizontes, la vena en fin riquísima de la prosperidad y abundancia que necesitamos para levantar templos y altares donde brille, con eternos y pacíficos resplandores, su santa y magnífica gloria.

«Y pues nos consagramos y entregamos sin reservas a vuestro divino Corazón, multiplicad sin fin los años de nuestra paz religiosa; desterrad de los confines de la Patria la impiedad y corrupción, la calamidad y la miseria. Dicte nuestras leyes vuestra Fe; gobierne nuestros tribunales vuestra justicia; sostengan y dirijan a nuestros jefes vuestra clemencia y fortaleza; perfeccione a nuestros sacerdotes vuestra sabiduría, santidad y celo; convierta a todos los hijos del Ecuador vuestra gracia, y corónelos en la eternidad vuestra gloria: para que todos los pueblos y naciones de la tierra contemplando, con santa envidia, la verdadera dicha y ventura del nuestro, se acojan a su vez a vuestro amante Corazón, y duerman el sueño tranquilo de la paz que ofrece al mundo esa Fuente pura y Símbolo perfecto de amor y caridad. Amén».

Tras la bendición del Arzobispo, sonaron los clarines en la plaza y el tronar de la artillería, junto con los repiques de todas las iglesias del Ecuador. En los cerros colindantes, las águilas planeaban... Era el primer Estado de la historia que se había consagrado al Corazón de Cristo y le había prestado público homenaje como a Rey de la nación. García Moreno se adelantaba, también aquí, a Pío XI y a su encíclica Quas primas.

V. El martirio

Por fin reinaba la calma en el Ecuador. Luego de tantas turbulencias, la Patria había encontrado la paz, no la paz de la inacción, la paz del cementerio, sino la paz viva de un pueblo que iba prosperando, la paz en cuyo marco se emprendían obras públicas de envergadura, la paz en los colegios y la Universidad, la paz entre la Iglesia y el Estado, la paz de Cristo en el reino de Cristo. García Moreno no necesitaba ya mostrarse como aquel hombre tan severo de 1864. Ahora contaba con una Constitución católica, con un país consagrado a Cristo, y con todo el poder necesario para hacer cumplir los compromisos contraídos.

Sin embargo, o quizás por eso mismo, los enemigos acechaban. Abundantes eran las «desgracias» que habían tenido que soportar los hermanos: el Concordato de 1862, repudiando el liberalismo; la Constitución de 1869, donde se proscribía la secta masónica; la protesta de 1871 contra la invasión de Roma por Víctor Manuel; y para llenar el vaso de la ignominia, la consagración de la república al Sagrado Corazón, en pleno «siglo de las luces...» Era ya demasiado. El Jefe de Estado no podía sino ser condenado a muerte.

Desde ese momento, todos los periódicos de la secta, tanto en Europa como en América, se confabularon para desprestigiar a la víctima, de modo que luego su asesinato resultase más potable. Ya se habían perpetrado varios atentados contra su vida, pero todos resultaron fallidos. En 1873 lo intentaron nuevamente; en dicha ocasión sus propulsores estaban tan seguros del éxito que la noticia de su muerte apareció en los diarios... ¡siendo leída por la misma víctima!

En mayo de 1875 finalizaba el mandato de García Moreno y debía elegirse el nuevo Presidente. La Constitución autorizaba la reelección. En conversación íntima con un amigo, García Moreno le revelaba sus propósitos:

«En 1851, cuando me decidí a tomar alguna parte en la política del país, consideré que la República, para su prosperidad y dicha, necesitaba de tres períodos de una administración justiciera y benéfica, cada uno de los cuales debía abrazar de cuatro a seis años. El primer período debía ser de reacción, el segundo de organización, el tercero de consolidación. Por esto cuando llegué al poder, mi primer período tuvo, como debió tenerlo, un carácter de reacción contra los males que desgarraban la patria; y como esos males eran inveterados, impusieronme el deber penoso de emplear la violencia hasta extirparlos.

«El segundo período que va a terminar en breve, ha sido para mi gobierno período de organización, la cual, como era natural, no me ha demandado violencia; en prueba de ello, aun mis adversarios políticos reconocen hoy la moderación y templanza con que he regido el país. Si la divina Providencia no dispone otra cosa, el próximo período será de consolidación; y en él los pueblos habituados ya al orden y a la paz, gozarán de más amplias libertades bajo un gobierno verdaderamente paternal y tranquilo. Asegurado así el porvenir de nuestra querida patria, me retiraré a la vida privada, llevando en mi alma la satisfacción de haber salvado al país y colocádole definitivamente en la senda de su progreso y engrandecimiento».

Un amigo de Urbina, católico liberal, le ofreció acompañarlo en las elecciones. La respuesta de García Moreno fue la que de él se podía esperar:

«Ya dije en 1861 que la lucha entre el bien y el mal es eterna. Por consiguiente los que sostenemos la causa del bien, la causa de la religión y de la patria, jamás

podremos amalgamarnos con nuestros adversarios. Admitiremos a los que de buena fe se pasen a nuestras filas; no perseguiremos a nadie sino cuando cometan delitos; prosequiremos de frente por el camino del bien, prontos a arrostrar toda resistencia, vencer todos los obstáculos con la asistencia divina. Tengo convicciones muy arraigadas y reglas fijas de conducta, por eso soy siempre consecuente con mis actos».

Mientras tanto, recrudecían las amenazas no sólo en Ecuador sino también en Lima, Bogotá y Santiago. El temor a una reelección exasperaba a sus enemigos y los impulsaba a unirse en una vasta conspiración. Por esos días apareció una tendenciosa biografía de García Moreno donde se podía leer que el mismo que comulgaba era el que fusilaba, proscribía y confiscaba; «ofrendas dignas del Dios de los jesuitas».

Sus ojos, se decía allí, anuncian la muerte, «una nariz patibularia, la nariz austríaca de Felipe II, idiotizando a España», y lindezas de ese jaez. En carta a un amigo, nuestro héroe comenta el hecho sin atribuirle importancia:

«Para colmo de mi dicha Dios ha permitido que apareciese un folleto de Juan Montalvo, contra mí y contra los obispos, como también contra el clero y contra la Iglesia católica. Me han dicho que soy llamado ladrón y tirano. Tengo razones para creer que este opúsculo, repartido en dos mil ejemplares, ha sido inspirado por la francmasonería. Pero esto es un nuevo motivo para dar gracias a Dios, puesto que soy calumniado porque soy católico».

Llegó el día de los escrutinios. La victoria de García Moreno fue aplastante, con lo que las críticas arreciaron:

«Nuevo Calígula», lo llamaban, que dejaba en la sombra a Nerón; el duque de Alba parecía un angelito comparado con este engendro; se asemejaba a Torquemada. Era el lenguaje de la «democracia», de los demócratas liberales, que habían sido desairados por el pueblo ecuatoriano, «el soberano» a quien antes dedicaban ditirambos.

Las proclamas enemigas se sazonaban con blasfemias, reiterándose textos de Proudhon, como por ejemplo, «el primer deber del hombre inteligente es arrojar inmediatamente de su conciencia la idea de Dios»; «Dios imbécil, tu reino ya ha concluido: busca otras víctimas entre las bestias, que tú ya estás hecho añicos»; «y tú, Satanás, calumniado por curas y reyes, ven, que te abrace y estreche contra mi corazón», etc.

Llevaban la batuta las logias inglesas, francesas y escocesas. Ya se comenzó a hablar en público de si no sería conveniente hacer desaparecer al atrevido, con el objeto de que el pueblo ecuatoriano se fuese familiarizando con la idea. Mientras tanto se reunían en Lima, que en aquellos tiempos era un centro masónico, enviados especiales de las sectas de Chile, Perú, Ecuador, Colombia y otros países hispanoamericanos. Allí urdieron sus planes.

No podía ya desconocerse la proximidad del peligro. Los amigos de García Moreno le aconsejaron ponerse en guardia, así como diversas estrategias, que se hiciese acompañar por una escolta, que variase sus itinerarios habituales... Pero él no les hacía caso. Estaba demasiado dedicado a «pensar el Ecuador» que soñaba, a proyectar su progreso en todos los sentidos, espiritual y material, como para perder tiempo en considerar aquella eventualidad. Su horario seguía siendo el mismo. Por la mañana, su misa y meditación diarias, las acostumbradas visitas al Santísimo, sus largas horas en el despacho oficial.

Un prelado que mucho lo apreciaba, hallándose de paso por Quito, lo fue a visitar y le previno: «Es posible y notorio que la secta ha condenado a usted, y que los sicarios aguzan sus puñales. Tome usted, pues, algunas precauciones para salvar la vida». «¿Y qué precauciones quiere usted que tome?», le respondió.

«Rodéese usted de una buena escolta». «¿Y quién me libraré de esa escolta a la que se podrá corromper? Yo prefiero confiarme a la guarda de Dios».

En estas preocupantes circunstancias escribió su última carta al Sumo Pontífice, plenamente reveladora de la piedad de un santo y del valor de un mártir.

«Santísimo Padre: Hace algún tiempo que he deseado vivamente volver a escribir a Vuestra Santidad; pero me ha impedido el hacerlo el temor de quitarle su tiempo, demasiado precioso y necesario para el gobierno del Orbe católico. Sin embargo, hoy tengo que sobreponerme a este temor para implorar Vuestra apostólica bendición, por haber sido reelecto, sin merecerlo ni solicitarlo, para gobernar esta República católica por seis años más...

«Ahora que las logias de los países vecinos, instigadas por la de Alemania, vomitan contra mí toda especie de injurias atroces y de calumnias horribles, procurando sigilosamente los medios de asesinarme, necesito más que nunca de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra religión santa, y de esta pequeña República que Dios ha querido que siga yo gobernando. ¡Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de Nuestro Divino Redentor, y qué felicidad tan inmensa sería para mí, si vuestra bendición me alcanzara del cielo el derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz por nosotros!»

Solicítale luego al Papa dos favores: que disponga el envío de un grupo de Hermanas para que se encarguen de varios hospitales, y que las reliquias de San Pedro Claver, prácticamente abandonadas en Cartagena de Colombia, sean llevadas al Colegio de los jesuitas de Quito, de modo que Ecuador tenga un nuevo abogado en el cielo.

Con tales disposiciones, se aprestó a redactar el Mensaje que debía pronunciar el 1º de agosto para la apertura del nuevo Congreso. No le fue fácil hacerlo, ya que las noticias que le hacían llegar contribuían a distraerlo de su trabajo, noticias macabras, que lo afectaban, por cierto, aunque sin desesperarlo. A un amigo que viajaba a Europa le dio un abrazo y le dijo: «Ya no nos volveremos a ver, lo presiento. Éste es nuestro postrer adiós». El 4 de agosto se dirige epistolarmente a esa misma persona –sería su última carta–, y al terminar escribe: «Voy a ser asesinado. Soy dichoso de morir por la santa Fe. Nos veremos en el cielo». Hacia la tarde, queriendo concluir su Mensaje al Congreso, dio orden al ayudante de no recibir absolutamente a nadie. Al rato llegó un sacerdote. El ayudante le informó que el Presidente no podía recibirlo. Aquél insistió, alegando que se trataba de algo urgente. Apenas entró, le dijo a García Moreno:

«Se le ha prevenido a usted que la masonería ha decretado su muerte; pero no se le ha dicho cuándo va a ser ejecutado el decreto. Vengo a decir a usted que sus días están contados, y que los conjurados han resuelto asesinarle en el más breve plazo posible, mañana, tal vez, si encuentran ocasión; en consecuencia, tome usted sus medidas». García Moreno le respondió: «He recibido muchas advertencias semejantes, y después de reflexionar maduramente he visto que la única medida que tengo que tomar es la de estar pronto a comparecer ante el tribunal de Dios». Y continuó su trabajo, como si le hubieran anunciado una noticia sin importancia alguna.

El Mensaje quedó terminado. Espiguemos algunos de sus párrafos. Comienza diciendo:

«Desde que poniendo en Dios toda nuestra esperanza, y apartándonos de la corriente de impiedad y apostasía que arrastra al mundo en esta aciaga época, nos reorganizamos en 1869 como nación realmente católica, todo va cambiando día a día para bien y prosperidad de nuestra querida patria». Enumera luego sus grandes obras: el ferrocarril comenzado, las carreteras, la Penitenciaría, el Observatorio, las escuelas. Con satisfacción observa que todo eso «raya en lo increíble para los que

conocieron el atraso y pobreza del país y no saben lo fecundo que es la confianza en la Bondad Divina». Y termina con estas palabras admirables: «Si he cometido faltas, os pido perdón mil y mil veces, y lo pido con lágrimas sincerísimas a todos mis compatriotas, seguro de que mi voluntad no ha tenido parte en ellas. Si al contrario, creéis que en algo he acertado, atribuido primero a Dios y a la Inmaculada dispensadora de los tesoros inagotables de su misericordia, y después a vosotros, al pueblo, al ejército y a todos los que en los diferentes ramos de la administración, me han secundado con inteligencia y lealtad a cumplir mis difíciles deberes».

Luego se retiró a su cuarto. Sus allegados pudieron notar que pasó en oración un largo rato de la noche. Como de costumbre, se levantó a las cinco de la mañana, y a las seis se dirigió a la iglesia para oír misa y comulgar. Era el primer viernes de mes. La acción de gracias se prolongó por más tiempo que lo habitual. Los conjurados se habían apostado, para acecharlo, en la plaza de Santo Domingo, delante del templo. Allí vivía García Moreno, a cinco cuabras de la Plaza Mayor, lugar este último donde se encuentran la Casa de Gobierno y la Catedral.

Vuelto a su casa, pasó un rato en familia, y luego dio los últimos toques a su Mensaje. Con él bajo el brazo, salió hacia el palacio, a eso de la una. Al pasar ante la casa de su suegro, subió a saludarle. Éste le recordó: «Gabriel, ya te dije, no debías salir; no ignoras que tus enemigos te están siguiendo los pasos». «Sí, pero suceda lo que Dios quiera, yo me pongo en sus manos en todo y para todo». El calor era tremendo, y pidió algo de beber, que no le debió caer bien, ya que le hizo transpirar. Luego sintió fresco y se abotonó la chaqueta. Este último detalle tiene su importancia, porque en el momento del atentado le privaría de rapidez para extraer su revólver. Enseguida se dirigió a la Casa de Gobierno.

Los conjurados estaban nerviosos, ya que llevaban horas de retraso. Al verlo salir de la casa de su suegro, cada cual fue al puesto que se le había asignado, con una misión muy determinada. De pronto a García Moreno se le ocurrió hacer una visita al Santísimo de la Catedral, que hacía ángulo con el Palacio. Estuvo allí de rodillas un buen rato. Los sicarios, cada vez más nerviosos, le mandaron decir que alguien lo esperaba afuera por un asunto urgente. El Presidente se levantó enseguida, salió del templo, y comenzó a subir las escaleras laterales del Palacio de Gobierno. Uno de los asesinos, el capitán Faustino Lemus Rayo, se le acercó por la espalda, y le descargó un brutal machetazo. «¡Vil asesino!», exclamó García Moreno volviéndose hacia él, y haciendo inútiles esfuerzos para sacar el revólver que estaba bajo la chaqueta abotonada. Los demás saltaron sobre el herido y le dispararon, mientras Rayo le hería en la cabeza. Chorreando sangre, García Moreno dio varios pasos hacia una de las entradas del Palacio. Rayo le asestó otro golpe, cortándole la mano derecha, hasta separarla casi por entero. Una segunda descarga le hizo vacilar. Se apoyó sobre una columna de la galería y rodó por las escaleras hasta la plaza, desde unos cuatro metros de altura. Yacía ensangrentado y malherido, cuando el feroz Rayo bajó rápidamente las escaleras del peristilo y se precipitó sobre el moribundo gritando: «¡Muere, verdugo de la libertad! ¡Jesuita con casaca!», mientras le tajeaba la cabeza con otra cuchillada. García Moreno, según luego confesaron los asesinos, murmuraba con voz débil: «¡Dios no muere!».

No había fallecido todavía. Acudió gente del pueblo, así como varios soldados y sacerdotes, todos acongojados. Lo transportaron, agonizante, a la catedral, y lo acomodaron ante el altar de la Virgen de los Dolores, tratando de vendar sus heridas. Luego lo llevaron a la habitación del sacristán. Aún tenía pulso, pero no le era posible hablar. Sólo con su mirada, que todavía daba señales de vida, respondió a las interrogaciones rituales del sacerdote, y asintió cuando se le preguntó si perdonaba a los asesinos. Le dieron entonces la absolución y la santa unción. Pocos minutos después expiraba en paz.

Al examinar su cadáver, vulnerado por catorce puñaladas y seis balazos, encontraron sobre su pecho una reliquia de la Cruz de Cristo, el escapulario de la

Pasión y del Sagrado Corazón, y un rosario con la medalla de Pío IX. La efigie de este Papa estaba tinta en sangre, simbolizándose de esta manera tan conmovedora la entrañable amistad que los había unido y el común amor a la Iglesia. Igualmente se le encontró en el bolsillo una agenda con apuntes diarios. En la última página había escrito con lápiz, aquel mismo día, tres líneas que lo pintan de cuerpo entero: «¡Señor mío Jesucristo, dadme amor y humildad, y hacedme conocer lo que hoy debo hacer en vuestro servicio!». En respuesta, Dios le había pedido su sangre y él la derramó, como último acto de servicio, «por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz por nosotros». Tales fueron las palabras que él había empleado en su reciente carta al Papa, donde le rogaba que su bendición le alcanzase del cielo la gracia del martirio.

Los conjurados esperaban que el ejército y el pueblo, llenos de alegría, se adhiriesen a ellos, repudiando al «tirano». Nada de eso sucedió. Al contrario, la multitud quiso linchar a Rayo. Los soldados lo impidieron, apoderándose de él, y lo condujeron al cuartel. Allí un cabo, lleno de ira, descargó su rifle contra el asesino, muriendo éste antes que García Moreno. Luego la gente arrastró su cadáver por las calles de Quito. La Gran Logia de Lima, que haría de él un prohombre, mandó pintar un inmenso cuadro que representase su «hazaña» y celebrar como fiesta el 6 de agosto. De los demás asesinos, algunos lograron escapar, y los otros fueron procesados y fusilados.

Grandes homenajes le tributaron a García Moreno. Tras embalsamarlo, lo vistieron de Capitán General y le colocaron en el Palacio de Gobierno, sentado en un sillón y rodeado de guardias. Hubiérase dicho que seguía vivo, aunque adormecido. Los asesinos lo habían acribillado, pero dejaron ileso su noble semblante en que aún se podían advertir los expresivos rasgos de su viril fisonomía. Durante los tres días que transcurrieron entre su muerte y las exequias, la gente afluía sin interrupción. Muchos de ellos se retiraban llorando. «Hemos perdido a nuestro padre –exclamaban–, y ha dado su sangre por nosotros». El espectáculo era desgarrador.

Sobre un magnífico catafalco erigido en la Catedral, apareció por última vez ante la multitud que llenaba el templo, con el uniforme militar y la cabeza descubierta, como le gustaba estar cuando se encontraba en presencia de Dios o de sus representantes en la tierra. Pronunció el sermón el P. Cuesta, que era senador al tiempo que deán de la catedral de Riobamba. La oración fúnebre fue conmovedora.

«El gran Pontífice [Pío IX] fijó sus ojos llenos de grato consuelo, en la pequeña nación de los Andes de Ecuador, y vio allí, combatiendo contra la universal apostasía al único soldado de Cristo que aún blandía en sus manos la gloriosa espada que habían empuñado Constantino, Carlomagno y San Luis. Y ved ahora esas manos, señores: ¡están mutiladas!». Las palabras finales lo decían todo: «Nosotros, aquí en el mundo ya no te veremos; pero tú nos ves desde la alta región adonde te han conducido tus grandes virtudes. Di al Señor, sí, dile, con el interés que arde en tu grande alma, que no abandone a tu república a la anarquía... ¡Señor, Dios de las naciones, suscítad en vuestro pueblo hombres semejantes al que hemos perdido, que continúen vuestro reinado en la república! ¡adveniat regnum tuum!».».

El entierro se realizó ocultamente, por temor a posibles atentados de sus enemigos. Su corazón fue puesto en una urna. Algunos días después, se declararon abiertas las sesiones del Congreso. El ministro del Interior leyó ante sus miembros el Mensaje que García Moreno llevaba consigo en el momento del asesinato. Resulta imposible describir la emoción de los allí presentes cuando vieron, cubierto de manchas de sangre, aquel manuscrito en que el Presidente dejaba expuesto su pensamiento y sus últimas voluntades. El 16 de agosto, el Congreso dirigió un manifiesto a la nación:

«Hemos perdido un hombre grande, no sólo para el Ecuador sino para América, y no sólo para América sino para el mundo; porque poseyó la grandeza del genio... Era un genio atormentado por dos diversas pasiones: el amor al Catolicismo y el amor a la Patria; y si por el amor de la Patria fue grande para el Ecuador, por el amor al Catolicismo fue grande para el Ecuador, para la Patria y para el mundo». Tras recordar en síntesis su inmensa obra civilizadora, se afirmaba que su sangre había sido derramada «por la santa causa de la Religión, de la moral, del orden, de la paz y el progreso».

Un mes más tarde, el 16 de septiembre, el Congreso dictó una ley de homenaje:

«El Senado y cámara de diputados del Ecuador reunidos en congreso, considerando:

«Que el Excelentísimo señor doctor Gabriel García Moreno, por su distinguida inteligencia, vasta ilustración y nobilísimas virtudes, ocupó el primer puesto entre los más preclaros hijos del Ecuador;

«Que consagró su vida y las altas y raras dotes de su espíritu y corazón a la regeneración y engrandecimiento de la República, fundando las instituciones sociales en la firme base de los principios católicos;

«Que ilustre entre los grandes hombres, arrostró con frente serena y pecho magnánimo las tempestades de la difamación, de la calumnia y del sarcasmo impío, y supo dar al mundo el más noble ejemplo de fortaleza y perseverancia, en cumplimiento de los sagrados deberes de la Magistratura católica;

«Que amó la Religión y la Patria hasta recibir por ellas el martirio, y legar a la posteridad su memoria esclarecida, con esa aureola inmortal que sólo se concede por el Cielo a las virtudes eminentes;

«Que hizo a la nación inmensos e imperecederos beneficios, morales y religiosos, y

«Que la Patria debe gratitud, honor y gloria a los ciudadanos que la enaltecen con el brillo de sus prendas y virtudes, y la sirven con la abnegación que inspira el puro y acrisolado patriotismo...»

Siguen varios decretos. Se lo llamará «Ilustre regenerador de la patria y mártir de la civilización católica»; se le hará un mausoleo digno de sus restos; se le erigirá una estatua, en mármol o bronce, en cuyo pedestal conste grabada esta inscripción: «La República del Ecuador agradecida al Exmo. Señor doctor don Gabriel García Moreno, el primero de sus hijos, muerto por ella y por la religión el 6 de agosto de 1875». Para todo esto se votará el adecuado presupuesto lo antes posible; en los salones de las municipalidades y oficinas públicas se conservará su retrato; la carretera nacional y el ferrocarril llevarán su nombre.

VI. Repercusión mundial

La muerte de García Moreno, tan dramática como heroica, tuvo enorme resonancia en todo el mundo. Los periódicos católicos de España, Argentina, Inglaterra, Alemania e Italia, exaltaron sus méritos y su gloria. El orador de la catedral de París, el P. Roux S. J., que estaba predicando un ciclo homilético acerca del naturalismo y del odio de sus cultores a los derechos de Dios, al enterarse del asesinato de Quito, no pudo dejar de aludir al gran hombre del Ecuador:

«Contemplad los dos polos del mundo moderno. En Roma, un Papa proclama los derechos de Dios, en el Pacífico, un gran cristiano los convierte en regla de su gobierno. Pío IX está preso en el Vaticano, y el cristiano cae teñido de sangre bajo el cuchillo de infames asesinos. ¡Reconoced al justo de este siglo: es García Moreno!».

Con la misma emoción se refirió a nuestro héroe el cardenal L. Pie, arzobispo de Poitiers, en uno de sus admirables sermones:

«Había en las regiones meridionales de América, bajo los ardores del Ecuador, un pequeño pueblo que reconocía a su Dios; un pueblo que se había dado un jefe cristiano, y que, por su intermedio, había alcanzado ventajas siempre crecientes tanto en lo que hace a la civilización material como a la moral... Pero la revolución, que lo veía crecer, tenía en sus manos el puñal. Salud, García Moreno, salud a los rayos múltiples de la aureola que ciñe vuestra frente; porque si bien es cierto que es la aureola del mártir, es también la de la doctrina, la doctrina más desconocida por los gobiernos de este tiempo, la doctrina de la política cristiana. Y porque habéis sido docto en esta ciencia, y porque la habéis enseñado a muchos, vuestra memoria resplandecerá en el firmamento hasta el fin de las edades, y vuestra frente brillará entre los astros del cielo durante toda la eternidad».

El vibrante polemista francés, Luis Veuillot, así escribía en L'Univers, comentando el llanto del pueblo ecuatoriano por la muerte de su caudillo:

«¡No es seguramente una cosa ordinaria la que allí vemos: un pueblo reconocido al jefe que no lo ha despojado; que no ha vendido ni su cuerpo ni su alma; que, por el contrario, ha querido audazmente libertarlo de los ignorantes, de los mentirosos y de los hombres de rapiña; que lo ha conducido delante de Dios en la luz, en la inocencia y en la paz, y que ha dado, al fin, su vida por su salvación! Existe, pues, hoy día sobre la tierra un lugar pequeño y oscuro, pero visible, sin embargo, donde la alabanza del Justo se proclama en todas partes. Se lo llora, no sólo ante el altar, sino en calles y plazas. Nosotros deducimos de aquí que todavía hay justicia entre los hombres; y cuando la justicia deja resonar su voz en cualquier parte del mundo, no puede tenerse el mundo por perdido. La justicia que habla en el Ecuador es un gran servicio prestado al género humano; el mayor quizá que la América nos ha hecho hasta el presente».

En otro artículo del mismo periódico, trazó de García Moreno una semblanza que dio vuelta por todo el mundo. Allí leemos:

«Saludemos a tan noble figura; es digna de la historia. Los pueblos están ya hartos de tanto gigante de cartón, efímero y miserable, cuyo molde lleva trazas de no deshacerse jamás. Sediciosos, intrigantes, malogrados, fantasmones, se van presentando insolentes para engañar el hambre y sed de grandeza que devora al público. Delante de cada uno de ellos se ha exclamado: ¡He aquí el hombre providencial! Pero se lo toma, se lo pesa, y no pesa nada; no hay hombre siquiera... Tal es la historia común de los presidentes de república: unos cuantos crímenes vulgares, un montón de necedades vulgares y rara vez siquiera la honrada y baja vulgaridad. Nada para lo presente, nada para el porvenir. No hay amor posible hacia estos particulares sin calor y sin idea. Hacen los negocios, y sobre todo, su negocio: nos fastidian y se fastidian. Oficio sin resultados, sin altivez, sin fuerza, y cuyas más felices consecuencias no pueden pasar de consecuencias ordinarias de un negocio que no ha salido mal: pan y olvido, y cuando se tiene conciencia, remordimientos. García Moreno era de otra especie y la posteridad lo conocerá. Ha sido admirado por su pueblo; se ha salvado del crimen, se ha escapado de la vulgaridad y del olvido; y hasta del odio se hubiera librado si Dios pudiera permitir que el odio no persiguiese a la virtud. Se puede decir que ha sido el más antiguo de los modernos; un hombre que hacía honor al hombre... Osó intentar lo que la época estima como imposible, y lo consiguió: fue en el gobierno del pueblo un hombre de Jesucristo.

«He aquí el rasgo característico y supremo que lo hace sin par: hombre de Jesucristo en la vida pública, hombre de Dios. Una pequeña república del sur nos ha mostrado esta maravilla: un hombre asaz noble, asaz fuerte y asaz inteligente para perseverar en la resolución de ser, como se dice, «hombre de su tiempo», de acoger y fomentar las ciencias, de aceptar las costumbres, de conocer y seguir los

usos y las leyes de su época, sin dejar de ser por eso hombre del Evangelio, exacto y fiel, es decir, exacto y fiel siervo de Dios; y más aún, haciendo de su pueblo, que era cuando él se puso a su cabeza, semejante a todos los pueblos de la tierra, un pueblo exacto y fiel en el servicio de Dios...

«Era un cristiano tal como no pueden soportarlo al parecer los puestos soberanos; un jefe tal que los pueblos no parecen dignos de tener; un justiciero tal, que los sediciosos y conspiradores no parecen que hoy por hoy puedan temer; un rey tal, como aquellos de que las naciones han perdido la memoria. Se vio en él a Médicis y Jiménez de Cisneros: Médicis, menos la trapacería; Jiménez, menos la púrpura y el temperamento romanos. De entrambos tenía la extensión del genio, la magnificencia y el amor a la patria; pero sobresalían en su fisonomía los admirables rasgos de los reyes justos y santos: la bondad, la dulzura, el celo por la causa de Dios...

«Desde que fue conocido, la secta tan poderosa en América y de quien él se declaró atrevidamente enemigo, lo condenó a muerte. Él supo que el fallo, pronunciado en Europa, había sido ratificado en los conciliábulos de América, y que sería ejecutado. No hizo caso; era católico, y había resuelto serlo en todo y por todo; católico a todo trance, de la raza hoy ignorada entre los jefes oficiales de los pueblos, católico que se dirige desde luego a nuestro Padre que está en los cielos, y le dice en voz alta: ¡Venga a nosotros tu reino!

«Este hombre de bien, este verdadero grande hombre a quien sus enemigos no echan en cara más que el haber querido regenerar a su país y regenerarlos a ellos por un indomable amor de luz y de justicia, no ignoraba que era espiado por asesinos. Se le decía que tomase sus precauciones y respondía: ¿Cómo defenderme contra gentes que me reprochan el ser cristiano? Si los contentase, sería digno de muerte. Desde el punto en que no temen a Dios, dueños son de mi vida; yo no quiero ser amo de Dios, no quiero apartarme del camino que me ha trazado. Y seguía el recto y rudo que va a la muerte en el tiempo, y a la vida en la eternidad; y repetía su frase acostumbrada ¡Dios no muere!

«Nos atrevemos a decir que Dios le debía una muerte como la que ha tenido. Debía morir en su fuerza, en su virtud, en su oración a los pies de la Virgen Dolorosa, mártir de su pueblo y de su fe por los cuales ha vivido. Pío IX ha honrado públicamente a ese hijo digno de él; su pueblo, sumergido en largo duelo, lo lamenta como la antigua Israel lloraba a sus héroes y sus justos. ¿Qué le falta a su gloria? Ha dado un ejemplo, único en el mundo y en el tiempo, en medio de los cuales ha vivido. Ha sido la honra de su país; su muerte es todavía un servicio, y tal vez el mayor; ha mostrado a todo el género humano qué jefes le puede dar Dios, y a qué miserables se entrega él mismo por su locura».

En Chile, segunda patria de nuestro héroe, también se lo enaltecíó. Así leemos en el periódico El Estandarte Católico:

«Dios lo había destinado a mostrar al mundo que aborrece al catolicismo, lo que puede y debe hacer un mandatario católico. Cuando llegó al poder, el Ecuador en nada se distinguía de otros pueblos de América, sino en la mayor intensidad de los males, completo desgobierno, espantosa anarquía y corrupción. Parecía imposible que un hombre solo fuese capaz de poner un dique a la desorganización social. García Moreno tomó a su cargo esta obra gigantesca... No miraba a su alrededor, ni tampoco al provenir para encontrar su camino: miraba al cielo, y allí únicamente buscaba la norma de su conducta.».

Desde un púlpito de la ciudad de Concepción cierto predicador dijo de él:

«Un personaje que reúne en tan alto grado todas las cualidades y todas las perfecciones que constituyen al hombre eminente, al hombre modelo en todo sentido, yo no lo encuentro ni aun en la historia de los siglos; y vive Dios que no exagero. Nacimiento ilustre, talento extraordinario, ciencia vastísima, erudición

extensa, elocuencia persuasiva y brillante, genio organizador, habilidad diplomática, valor e intrepidez indomables, pericia y arrojo militar, economista insigne, administrador eximio, patriotismo ilimitado, virtudes cristianas en altísimo grado; todo lo era, todo lo poseía en escala vastísima nuestro incomparable personaje. ¿Sería posible no ver en García Moreno al hombre encargado por la Providencia de una misión extraordinaria y trascendental?».

Según Menéndez y Pelayo, García Moreno fue «uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar a nuestra raza». A su juicio, «la República que produjo a tal hombre puede ser pobre, oscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia». Nuestro escritor Carlos Octavio Bunge ha dicho de él que «es uno de los más conspicuos gobernantes criollos»; su gobierno le parece «único en la historia contemporánea, pues no existe otro en que la acción se haya amoldado tan estrictamente a los principios absolutos de la Iglesia Católica»; cree que si Godofredo de Bouillon resucitase y gobernase, lo haría como García Moreno; lo considera como un personaje salido de los viejos tiempos, llevando «en una mano la espada del Cid, en la otra la Cruz de Gregorio VII, y además, en la oreja, la pluma de Santo Tomás».

Pero fue sobre todo Pío IX, que tan bien lo había conocido, quien más lo enaltecía. El 20 de septiembre de 1875, dirigiéndose a un grupo de peregrinos de Francia, aprovechó la ocasión para fustigar a los perseguidores de la Iglesia, especialmente a los masones, que tanto pugnaban contra la Santa Sede, en Francia, en Alemania, en Suiza, en las repúblicas hispanoamericanas, encarcelando a los obispos, expulsando a los religiosos, confiscando los bienes eclesiásticos. De pronto su voz, indignada hasta entonces, se enterneció:

«En medio de esos gobiernos entregados al delirio de la impiedad –dijo–, la república del Ecuador se distinguía milagrosamente de todas las demás por su espíritu de justicia y por la inquebrantable fe de su presidente que siempre se mostró hijo sumiso de la Iglesia, lleno de amor a la Santa Sede y de celo por mantener en el seno de la república la religión y la piedad. Y ved ahí que los impíos, en su ciego furor, miran como un insulto a su pretendida civilización moderna, la existencia de un gobierno que, sin dejar de consagrarse al bien material del pueblo, se esfuerza al propio tiempo en asegurar su progreso moral y espiritual. A consecuencia de conciliábulos tenebrosos, organizados en una república vecina, esos valientes decretaron la muerte del ilustre presidente. Ha caído bajo el hierro de un asesino, víctima de su fe y de su caridad cristiana hacia su patria».

No se limitó el Papa a pronunciar elogios. Algunos días después, dispuso que se celebrasen en Roma exequias solemnes por el alma de García Moreno, como estilan los Papas cuando muere alguno de sus hijos predilectos. Pero todavía fue más allá. Enterado de que un grupo de católicos italianos estaban proyectando erigir en Roma una estatua al héroe de la fe, aplaudió tan noble emprendimiento, y contribuyó con una suma considerable a la ejecución del monumento, que mandó colocar en el Colegio Pío Latino Americano. Allí lo encontramos todavía hoy, de pie sobre un pedestal de mármol blanco, en uniforme militar, como si aún estuviera predicando la cruzada contra la Revolución. En las cuatro caras del monumento, sendas inscripciones recuerdan su gloria:

Integérrimo guardián de la religión,
Promovedor de los más preciados estudios,
Devotísimo servidor de la Santa Sede,
Cultor de la justicia, vengador de los crímenes.
El mármol resalta su estampa heroica:

GABRIEL GARCÍA MORENO

Presidente de la república del Ecuador,
con impía mano
muerto por traición
el día 6 de agosto de 1875,
cuya virtud y causa de su gloriosa muerte
han admirado, celebrado y lamentado todos los buenos.

El soberano Pontífice Pío IX
con su munificencia
y las ofrendas de numerosos católicos,
ha elevado este monumento
al defensor de la Iglesia y de la República.

Cuando subió León XIII al solio pontificio, sucediendo inmediatamente a Pío IX, el doctor Flores le hizo entrega, en nombre de Ecuador, del Mensaje ensangrentado, en un relicario de cristal de roca. El Papa exaltó la figura del gran presidente. «Cayó por la Iglesia bajo la espada de los impíos», exclamó, repitiendo las palabras con que la Iglesia celebra la memoria de los mártires Santo Tomás de Cantorbery y San Estanislao de Polonia.

Fue, sin duda, García Moreno un hombre providencial. Sabemos cómo esta expresión es motivo de hilaridad en los medios de opinión. Pero dejemos que los insensatos se rían. El hecho es que cada tanto Dios suscita en la historia hombres de este tipo, hombres por Él elegidos, que llegan a ser hipotéticamente indispensables para un pueblo. ¡Dichoso ese elegido, si es tan inteligente para comprender su misión como corajudo para cumplirla! ¡Dichoso también el pueblo que, cuando aparece, sabe reconocerlo! Porque un gran hombre sin un pueblo detrás, poco puede, y un buen pueblo, sin cabeza, anda a la deriva.

Cuando se juntan ambos, el hombre y el pueblo, es cuando surgen y triunfan los Carlomagno, Pelayo, San Fernando, San Luis, Cisneros, Isabel la Católica. Se ha dicho que García Moreno, sin las cristianas multitudes del Ecuador, sólo hubiera sido un dictadorzuelo barato; ni siquiera sería conocido. El Ecuador, por otra parte, sin su Presidente, no habría llegado a ser la República del Sagrado Corazón. De un pueblo pequeño, García Moreno hizo una gran nación.

El P. Berthe, en la magnífica biografía que en 1887 publicó homenajando a nuestro héroe, afirma que García Moreno, quien llevó en sus manos la antorcha vigilante de la fe, es la estatua gigantesca que puede oponerse a la estatua de la libertad, erigida hacía poco en los Estados Unidos. Refiriéndose precisamente a ese libro, el cardenal Desprez, arzobispo de Toulouse, escribía al autor:

«Si alguna vez, compadecido el Señor de nuestra desdichada Francia nos hace volver a un gobierno cristiano, los restauradores de la patria estudiarán la historia que habéis escrito. Contemplando a García Moreno, aprenderán a poner los intereses religiosos sobre los efímeros bienes de este mundo. Sólo entonces se cerrará la era de las revoluciones». También en carta al P. Berthe, con el mismo motivo, le decía dom Couturier, abad de Solesmes: «Su libro nos demuestra que todavía es posible un Estado cristiano en nuestros días; que es posible vencer el torrente revolucionario, descartarse de la hipótesis, tomando el Syllabus por norma de los Estados y de las sociedades; posible, en fin, atacar en su origen los principios de la revolución... La muerte de García Moreno no ha destruido esta conclusión; pero deja a los príncipes o presidentes, jefes de gobierno, una gran

lección, enseñándoles que el poder no es sólo un derecho a los honores, sino un deber impuesto por Dios, y que es menester cumplirlo aunque cueste la vida».

Hemos experimentado un gozo inmenso a medida que íbamos escribiendo esta semblanza de García Moreno. Abundan modelos de virtud heroica en todos los estamentos y profesiones. Hay sacerdotes santos, médicos santos, mendigos santos. Pero hombres de gobierno santos, especialmente en épocas recientes, hay muy pocos; los que existen, son de siglos pasados, de los tiempos medievales. Jefes de Estado que hayan tenido la lucidez y el coraje necesarios para transformar una nación en un trozo de Cristiandad, desde 1789 hacia acá, casi sólo García Moreno.

El conocimiento de su vida resultará particularmente útil a la juventud, que hoy poco o nada sabe del gran Presidente. No era antes así. Manuel Gálvez, en el prólogo de su libro sobre García Moreno, nos cuenta que siendo un niño de doce o trece años, oyó en el colegio del Salvador, de Buenos Aires, leer la vida del héroe ecuatoriano. Su ejemplo y su docencia resultan de acuciante actualidad en esta Argentina nuestra, que agoniza entre políticos ineptos y funcionarios corruptos.

Cerremos estas páginas trayendo a colación un inteligente juicio del P. Berthe. Tras encomiar a Pío IX y su Syllabus, tan esclarecedor de lo que estaba pasando en aquel entonces y en buena parte sigue aconteciendo hoy, así como a García Moreno, el primer jefe de Estado católico desde 1789, señala que si continúa avanzando el largo proceso revolucionario iniciado a fines de la Edad Media, y se sigue llevando adelante la destrucción no sólo de la Cristiandad sino también del Cristianismo, la gente dirá: ¡Si se hubiese creído a Pío IX! ¡Si se hubiese seguido el ejemplo de García Moreno! Y concluirán: «¡Nuestros jefes nos han perdido, porque han rehusado escuchar las lecciones de Pío IX, el Pontífice perseguido, y seguir las huellas de García Moreno, el héroemártir».

¡Cuánto desearíamos ver elevado a los altares a este modelo de estadista! ¡Cuánto desearíamos que su estampa suscitara en nuestra Patria un gobernante de semejante envergadura! Lo que parece imposible para los hombres, no lo es para Dios. De nuestra parte no nos queda sino ir preparando un pueblo que, si algún día aquél surge, sepa reconocerlo, admirarlo y seguirlo.

Obras Consultadas

P. Alfonso Berthe, *García Moreno*, Cruzamante, Buenos Aires 1981.

Manuel Gálvez, *Vida de don Gabriel García Moreno*, Difusión, Buenos Aires 1942.

Adro Xavier, *García Moreno*, Casals, Barcelona 1991.

A García Moreno

Porque sabio es aquel que saborea
las cosas como son, y señorea
con el don inefable de la ciencia.
O descubre que en Dios se vuelve asible
la realidad visible y la invisible.
Llamaremos virtud a su sapiencia.
Porque al Principio el Verbo se hizo hombre,
encarnado en María, cuyo nombre
el Ángel pronunció como quien labra.
Toda voz cuando fiel es resonancia
de la celeste voz y en consonancia,
llamaremos invicta a su palabra.
Porque viendo flamear las Dos Banderas,
izó la que tenía las señeras
bordaduras de sangre miliciana.
Prometió enarbolarla en un solemne
ritual latino del amor perenne.
Diremos que su vida fue ignaciana.
Porque sufrió el castigo del destierro,
persecuciones duras como el hierro
–si en herrumbres el alma se forjaba–.
Enfrentó con honor la peripecia
por defender la patria y a la Iglesia.
Diremos que su guerra fue cruzada.
Porque podía, con el temple calmo,
versificar hermosamente un salmo,
penitente de fe y de eucaristía.
Mientras en Cuenca, Loja o Guayaquil
empuñaba la espada y el fusil.
Proclamaremos su gallarda hombría.
Porque probó que el Syllabus repone
el orden en el alma y las naciones,
desafiando el poder de la conjura.
Bajó la vara de la justa ley,
alzó el gran trono para Cristo Rey.
Proclamaremos grande su estatura.
Porque sabía en clásico equilibrio

inaugurar un puente o un Concilio,
unir la vida activa al monacato.
En el gobierno fue arquitecto o juez,
estratega o liturgo alguna vez.
Nombraremos egregio a su mandato.
Porque asistió a los indios y leprosos
con la humildad de los menesterosos
y el señorío de los reyes santos.
Cargó en Quito la Cruz sobre su espalda.
De España amó el blasón en rojo y gualda.
Nombraremos su gloria en nuevos cantos.
Porque las logias dieron la sentencia
de difamarlo con maledicencia,
matándolo después en cruel delirio.
Pagó con sangre el testimonio osado
de patriota y católico abnegado.
Honraremos la luz de su martirio.
Era agosto y lloraban las laderas,
las encinas, el mar, las cordilleras
del refugio que el águila requiere.
Un duelo antiguo recorría el suelo.
Una celebración gozaba el cielo.
Todo Ecuador gritaba: ¡Dios no muere!

Antonio Caponnetto

11 ANACLETO GONZÁLEZ FLORES

Consideraremos ahora una figura realmente fascinante, la de Anacleto González Flores, uno de los héroes de la Epopeya Cristera. Anacleto nació en Tepatitlán, pequeño pueblo del Estado de Jalisco, cercano a Guadalajara, el 13 de julio de 1888. Sus padres, muy humildes, eran fervientemente católicos. De físico más bien débil, ya desde chico mostró las cualidades propias de un caudillo de barrio, inteligente y noble de sentimientos. Pronto se aficionó a la lectura, y también a la música. Cuando había serenata en el pueblo, trepaba a lo que los mexicanos llaman «el kiosco», tribuna redonda en el centro de la plaza principal. Era un joven simpático, de buena presencia, galanteador empedernido, de rápidas y chispeantes respuestas, cultor de la eutrapelia.

A raíz de la misión que un sacerdote predicó en Tepatitlán, sintió arder en su corazón la llama del apostolado, entendiendo que debía hacer algo precisamente cuando su Patria parecía deslizarse lenta pero firmemente hacia la apostasía. Se decidió entonces a comulgar todos los días, y enseñar el catecismo de Ripalda a los chicos que lo seguían, en razón de lo cual empezaron a llamarlo «el maistro», sin que por ello se aminorara un ápice su espíritu festivo tan espontáneo y la amabilidad de su carácter. Al cumplir veinte años, ingresó en el seminario de San Juan de los Lagos, destacándose en los estudios de tal forma que solía suplir las ausencias del profesor, con lo que su antiguo sobrenombre quedó consolidado: sería para siempre «el Maistro».

Luego pasó al seminario de Guadalajara, pero cuando estaba culminando los estudios entendió que su vocación no era el sacerdocio. Salió entonces de ese instituto e ingresó en la Escuela Libre de Leyes de la misma ciudad, donde se recibió de abogado. Quedóse luego en Guadalajara, iniciando su labor apostólica y patriótica que lo llevaría al martirio. Pero antes de seguir con el relato de su vida, describamos el ambiente histórico en que le tocó vivir.

I. Antecedentes

Para entender lo que pasó en el México de Anacleto, será preciso remontarnos más atrás en la historia de dicha nación. A comienzos del siglo pasado, los primeros conatos de rebeldía, protagonizados por Hidalgo y Morelos, tuvieron una connotación demagógica, de lucha de razas, así como de aborrecimiento a la tradición hispánica. Poco después, apareció una gran personalidad, Agustín de Iturbide, con una visión totalmente diferente. En 1821 proclamó el llamado Plan de Iguala, con tres garantías: la independencia de España, pero evitando una ruptura con la madre patria, la unión de todos los estamentos sociales –españoles, criollos e indios), y la Religión Católica, como base espiritual de la nueva Nación. Sobre estas tres bases, Iturbide fue proclamado Emperador de México. Desgraciadamente, tal proyecto no se concretó de manera duradera.

Un segundo momento en la historia de esta noble nación es el que se caracteriza por la virulencia del liberalismo. Fue la época de la «Reforma» de Benito Juárez, plasmada en la Constitución de 1857. Con el nombre de «Reforma» se quiso probablemente aludir a la rebelión protestante contra la Iglesia. Tratóse de un nuevo proyecto, eminentemente anticatólico y antihispano, que hizo del liberalismo una especie de religión laica, con lo que la Iglesia quedó totalmente excluida de la vida pública mexicana, en la admiración rendida a la mentalidad predominante en los Estados Unidos, y al espíritu de la Ilustración.

La ulterior invasión de los franceses y la coronación de Maximiliano, hermano del Habsburgo Francisco José, como emperador, con el apoyo de los Austrias y de Napoleón III, proyecto al que se aliaron grandes patriotas mexicanos como

Miramón, Márquez y Mejía, trajo una esperanza y una alternativa frente al influjo nefasto de los Estados Unidos. Pero este Imperio duró también muy poco, cerrándose trágicamente con el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía, entre otros. A raíz de la implantación de la Reforma, tuvo lugar la primera resistencia católica, popular y campesina, sobre todo en Guanajuato y Jalisco, inspirada en la condena que Pío IX hizo de aquélla en 1856. Más adelante gobernó Porfirio Díaz, también liberal, pero que se abstuvo de aplicar las leyes antirreligiosas más virulentas de la Reforma.

En 1910 cayó la dictadura porfirista. Podríase decir que a partir de 1914 comienza el tercer período de la historia de México. Fue entonces cuando se reanudó el proyecto liberal del siglo pasado bajo el nombre de Revolución Mexicana, impulsada por los sucesivos presidentes Carranza, Obregón, Calles, Cárdenas..., hasta el día de hoy, siempre con el apoyo de los Estados Unidos.

Ante tantos males que herían el alma de México surgió la idea de proclamar solemnemente el Señorío de Cristo sobre la nación herida. Lo primero que hicieron los Obispos fue coronar de manera pública una imagen del Sagrado Corazón, pero luego determinaron hacer más explícito su propósito mediante una consagración a Cristo Rey, donde se ponía bajo su vasallaje la nación, sus campos y ciudades. El pueblo acompañó a los pastores con el grito de «¡Viva Cristo Rey!», proferido por primera vez en la historia, lo que concitó las iras del Gobierno.

Fue el presidente Carranza (1917-1920), quien inspiró la Constitución de Querétaro de 1917, más radical aún que la de 1857. Un alud de decretos cayó sobre México, en un año un centenar. Se impuso la enseñanza laica no sólo en la escuela pública sino también en la privada; se prohibieron los votos y, consiguientemente, las órdenes religiosas; los templos pasaron a ser propiedad estatal; se declaró a la Iglesia incapaz de adquirir bienes, quedando los que tenía en manos del Estado; se declaró el matrimonio como contrato meramente civil; se estableció el divorcio vincular; se fijó un número determinado de sacerdotes para cada lugar, que debían registrarse ante el poder político. Así el catolicismo pasaba a ser un delito en México y los creyentes eran vistos poco menos que como delincuentes.

En Guadalajara, patria pequeña de Anacleto, la promulgación de los decretos se llevó a cabo con elocuencia jacobina. Un diputado local, que pronto llegaría a Gobernador del Estado de Jalisco, tras recordar que «la humanidad, desde sus más remotos tiempos, ha estado dominada por las castas sacerdotales» evocó de manera encomiástica la Revolución francesa, para concluir: «todos aquellos que están dominados por la sacristía, son sangüijuelas que están subconionando (sic) sin piedad la sangre del pueblo». Para salir al paso de este primer brote anticatólico, el Arzobispo ordenó suspender el culto en la diócesis, ya que la nueva Ley parecía hacerlo imposible. Todo el pueblo se levantó en protesta contra el gobierno.

El intendente de Guadalajara, preocupado, convocó a los ciudadanos para tratar de persuadirlos. Los católicos que habían tomado la costumbre de reunirse en las plazas y de convertir en templos algunas casas particulares, acudieron a la convocatoria del gobernante, designando a Anacleto para responderle como correspondía. Comenzó el intendente su discurso increpando duramente a los agitadores clericales, si bien habló con cortesía de las mujeres católicas y disculpó al pueblo allí presente, ya que a su juicio había sido embaucado. Insultó a los reaccionarios y luego, fijando sus ojos en Anacleto, le dijo: «usted acabará fusilado». González Flores no se amilanó sino que contestó con una enardecida arenga.

El pueblo católico se sintió confortado. Las protestas se multiplicaban, pidiendo la derogación de los decretos.

Ahora tuvo que intervenir el Gobernador. «Que me prueben –dijo– que realmente es el pueblo el que está en desacuerdo». El pueblo entero se hizo

presente frente a la Casa de Gobierno, encabezado otra vez por Anacleto. El Gobernador salió al balcón y comenzó diciendo: «Habéis sido reunidos aquí por un engaño». Miles de brazos se alzaron y un enérgico «no» resonó en la plaza. «Os dijeron –siguió el Gobernador–, que yo quería una demostración de que sois católicos». «¡Sí, sí!», gritó la multitud. «Pues bien, ya lo sé, ya lo sabía hace mucho tiempo, pero vuestros sacerdotes os engañan, os han engañado». «¡No, no!», contestaron los católicos. «Ellos no quieren acatar la ley. Pues bien, no tenéis más que dos caminos: acatar el Decreto expedido por el Congreso, o abandonar el Estado como parias».

Resonó entonces una estrepitosa carcajada. El Gobernador volvió la espalda a la multitud, entre insultos y gritos. Al fin no le quedó sino ceder, revocando el Decreto.

En el orden nacional sucedió a Carranza como Presidente el General Obregón (1920-1924), quien tuvo la astucia de no aplicar íntegramente la Constitución de 1917. De ello se encargaría Calles (1924-1928), declarando la guerra al catolicismo mexicano. Fue durante su período –en 1925– que Pío XI instituyó la solemnidad litúrgica de Cristo Rey. Ulteriormente el Papa diría que el motivo que lo decidió a tomar dicha medida había sido el fervor del pueblo mexicano en favor de la Realeza de Cristo.

Durante estos últimos años, tan arduos, los católicos habían comenzado a movilizarse. Destaquemos una figura señera, la del P. Bernardo Bergöend, de la Compañía de Jesús, quien en 1918 fundó la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, la ACJM, con el fin de coordinar las fuerzas vivas de la juventud, en orden a la restauración del orden social en México. La piedad, el estudio y la acción fueron los tres medios elegidos para formar dichas falanges, no desdeñando el ejercicio de la acción cívica, en defensa de la religión, la familia y la propiedad. El lema lo decía todo: «Por Dios y por la Patria».

El P. Bergöend se había inspirado en el conde Alberto de Mun, creador de la Asociación Católica de la Juventud Francesa. Su idea era formar «un buen contingente de jóvenes estrechamente unidos entre sí que, animados de una fe profunda en la causa de Dios, de la Patria y del alma popular, trabajasen a una por Dios, por la Patria y por el pueblo, amando a Dios hasta el martirio, a la Patria hasta el heroísmo y al pueblo hasta el sacrificio». De la ACJM diría en 1927 el P. Victoriano Félix, jesuita español, que había «acertado con el más perfecto modo de formar hombres, pues ha sabido forjar mártires».

De la ACJM provinieron los jefes de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, organización encargada de coordinar las distintas agrupaciones católicas para enfrentar la terrible persecución. La Liga, de carácter cívico, no dependería de la Jerarquía, ni en su organización, ni en su gobierno, ni en su actuación, asumiendo los dirigentes la entera responsabilidad de sus acciones. En 1926, la Liga estaba ya instaurada en la totalidad de la República. Sólo en la ciudad de México contaba con 300.000 miembros activos. Todas las organizaciones católicas existentes se pusieron bajo su conducción.

Tal fue el ambiente en que se movió nuestro héroe. Su estampa nos ofrece dos principales facetas, la del docente y la del caudillo.

II. «El Maestro»

Ya hemos dicho cómo desde sus mocedades, Anacleto mostró una clara inclinación a la docencia, inclinación que se fue intensificando en proporción al acrecentamiento de su formación intelectual. Durante los años de seminario, frecuentó sobre todo el campo de la filosofía y de la teología, con especial predilección por San Agustín y Santo Tomás. Para su afición oratoria sus guías principales fueron Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Bossuet, Fenelon, Veuillot, Lacordaire, Montalembert, de Mun, Donoso Cortés y Vázquez de Mella. Su amor a

las artes y las letras lo acercó a Miguel Ángel, Shakespeare e Ibsen. Su inclinación social y política lo llevó al conocimiento de Windthorst, Mallinckrodt, Ketteler, O'Connell. Asimismo era experto en leyes, habiendo egresado de la Facultad de Jurisprudencia de Guadalajara con las notas más altas. Fue un verdadero intelectual, en el sentido más noble de la palabra, no por cierto un intelectual de gabinete, pero sí un excelente diagnosticador de la realidad que le fue contemporánea.

Y así, tanto en sus escritos como en sus discursos, nos ha dejado una penetrante exposición de la tormentosa época que le tocó vivir, no sólo en sí misma sino en sus antecedentes y raíces históricas. Entendía, ante todo, a México, y más en general a Iberoamérica, como la heredera de la España imperial. La vocación de España, dice en uno de sus escritos, tuvo un origen glorioso: los ocho siglos de estar, espada en mano, desbaratando las falanges de Mahoma. Continuó con Carlos V, siendo la vanguardia contra Lutero y los príncipes que secundaron a Gustavo Adolfo. En Felipe II encarnó su ideal de justicia. Y luego, en las provincias iberoamericanas, fue una fuerza engendradora de pueblos.

Siempre en continuidad con aquel día en que Pelayo hizo oír el primer grito de Reconquista. «Nuestra vocación, tradicionalmente, históricamente, espiritualmente, religiosamente, políticamente, es la vocación de España, porque de tal manera se anudaron nuestra sangre y nuestro espíritu con la carne, con la sangre, con el espíritu de España, que desde el día en que se fundaron los pueblos hispanoamericanos, desde ese día quedaron para siempre anudados nuestros destinos, con los de España. Y en seguir la ruta abierta de la vocación de España, está el secreto de nuestra fuerza, de nuestras victorias y de nuestra prosperidad como pueblo y como raza».

La fragua que nos forjó es la misma que forjó a España. Nuestra retaguardia es de cerca de trece siglos, larga historia que nos ha marcado hasta los huesos. Recuerda Anacleto el intento de Felipe II de fundir, en un matrimonio desgraciado, los destinos de su Patria con Inglaterra. Tras el fracaso de dicho proyecto armó su flota para abatir a la soberbia Isabel y sus huestes protestantes, enfrentando la ambición de aquella nación pirata, vieja y permanente señora del mar.

Tras el fracaso, «sus capitanes hechos de hierro y sus misioneros amasados en el hervor místico de Teresa y Juan de la Cruz, se acercaron a la arcilla oscura de la virgen América y en un rapto, que duró varios siglos, la alta, la imborrable figura de don Quijote, seco, enjuto, y contraído de ensueño excitante, pero real semejanza del Cristo, como lo ha hecho notar Unamuno, se unió, se fundió, no se superpuso, no se mezcló, se fundió para siempre en la carne, en la sustancia viva de Cuauhtémoc y de Atahualpa. Y la esterilidad del matrimonio de Felipe con la Princesa de Inglaterra se tornó en las nupcias con el alma genuinamente americana, en la portentosa fecundidad que hoy hace que España escoltada por las banderas que se empinan sobre los Andes, del Bravo hacia el Sur, vuelva a afirmar su vocación».

Junto con España accede a nuestra tierra la Iglesia Católica, quien bendijo las piedras con que España cimentó nuestra nacionalidad. Ella encendió en el alma oscura del indio la antorcha del Evangelio. Ella puso en los labios de los conquistadores las fórmulas de una nueva civilización. Ella se encontró presente en las escuelas, los colegios, las universidades, para pronunciar su palabra desde lo alto de la cátedra. Ella estuvo presente en todos los momentos de nuestra vida: nacimiento, estudio, juventud, amor, matrimonio, vejez, cementerio.

Concretado el glorioso proyecto de la hispanidad, aflora en el horizonte el fantasma del anticatolicismo y la antihispanidad. Es el gran movimiento subversivo de la modernidad, encarnado en tres enemigos: la Revolución, el Protestantismo y la Masonería. El primer contrincante es la Revolución, que en el México moderno encontró una concreción aterradora en la Constitución de 1917, nefasto intento por

desalojar a la Iglesia de sus gloriosas y seculares conquistas. Frente a aquellas nupcias entre España y nuestra tierra virgen, la Revolución quiso celebrar nuevas nupcias, claro que en la noche, en las penumbras misteriosas del error y del mal. Las nuevas y disolventes ideas han ido entrando en el cuerpo de la nación mexicana, como un brebaje maldito, una epidemia que se introdujo hasta en la carne y los huesos de la Patria, llegando a suscitar generaciones de ciegos, paralíticos y mudos de espíritu.

En México han jurado derribar la mansión trabajosamente construida. Anacleto lo expresa de manera luminosa: «El revolucionario no tiene casa, ni de piedra ni de espíritu. Su casa es una quimera que tendrá que ser hecha con el derrumbe de todo lo existente. Por eso ha jurado demoler nuestra casa», esa casa donde por espacio de tres siglos, misioneros, conquistadores y maestros sudaron y se desangraron para edificar cimientos y techos. Y luego esbozaron el plan de otra casa, la del porvenir. Hasta ahora no han logrado demoler del todo la casa que hemos levantado en estos tres siglos. Si no lo han podido es porque todavía hay fuerzas que resisten, porque Ripalda, el viejo y deshilachado Ripalda, como el Atlas de la mitología, mantiene las columnas de la autoridad, la propiedad, la familia. Sin embargo persisten en invadirlo todo, nuestros templos, hogares, escuelas, talleres, conciencias, lenguaje, con sus banderas políticas. Incluso han intentado crear una Iglesia cismática, encabezada por el «Patriarca» Pérez, para mostrar que nuestra ruptura con la hispanidad resulta inescindible de nuestra ruptura con la Iglesia de Roma. Son invasores, son intrusos.

El trabajo de demolición no ha sido, por cierto, infructuoso. «Si hemos llegado a ser un pueblo tuberculoso, lleno de úlceras y en bancarrota, ha sido, es solamente, porque una vieja conjuración legal y práctica desde hace mucho tiempo mutiló el sentido de lo divino». México ha sido saqueada por la Revolución, por los Juárez, por los Carranza...

Junto con la Revolución destructora, Anacleto denuncia el ariete del Protestantismo, que llega a México principalmente a través del influjo de los Estados Unidos. González Flores trae a colación aquello que dijo Roosevelt cuando le preguntaron si se efectuaría pronto la absorción de los pueblos hispanoamericanos por parte de los Estados Unidos: «La creo larga [la absorción] y muy difícil mientras estos países sean católicos». El viejo choque entre Felipe II e Isabel de Inglaterra se renueva ahora entre el México tradicional y las fuerzas del protestantismo que intenta penetrar por doquier, llegando al corazón de las multitudes, sobre todo para apoderarse de la juventud.

El tercer enemigo es la Masonería, que levanta el estandarte de la rebelión contra Dios y contra su Iglesia. Anacleto la ve expresada principalmente en el ideario de la Revolución francesa, madre de la democracia liberal, que en buena parte llegó a México también por intercesión de los Estados Unidos. En 1793, escribe, alguien dijo enfáticamente: «La República no necesita de sabios». Y así la democracia moderna, salida de las calles ensangrentadas de París, se echó a andar sin sabios, en desastrosa improvisación. Su gran mentira: el sufragio universal. Cualquier hombre sacado de la masa informe es entendido como capaz de tomar en sus manos la dirección suprema del país, pudiendo ser ministro, diputado o presidente. Nuestra democracia ha sido un interminable vía crucis, cuya peor parte le ha tocado al llamado pueblo soberano: primero se lo proclamó rey, luego se lo coronó de espinas, se le puso un cetro de caña en sus manos, se lo vistió con harapos y, ya desnudo, se lo cubrió de salivazos.

La democracia moderna se basa en un eslogan mentiroso, el de la igualdad absoluta. «Se echaron en brazos del número, de sus resultados rigurosamente matemáticos, y esperaron tranquilamente la reaparición de la edad de oro. Su democracia resultó una máquina de contar». Consideran a la humanidad como una inmensa masa de guarismos donde cada hombre vale no por lo que es, sino por constituir una unidad, por ser uno. Todo hombre es igual a uno, el sabio y el

ignorante, el honesto y el ladrón, nadie vale un adarme más que otro, con iguales derechos, con iguales prerrogativas. «Y si esa democracia no necesita de sabios, ni de poetas, tampoco necesita de héroes, ni de santos». ¿Para qué esforzarnos, para qué sacrificarnos por mejorar, si en el pantano, debajo del pantano, la vida es una máquina de contar y cada hombre vale tanto como los demás?

Se ha producido así un derrumbe generalizado, un descenso arrasador y vertiginoso, todos hemos descendido, todo ha descendido. «Nos arrastramos bajo el fardo de nuestra inmensa, de nuestra aterradora miseria, de nuestro abrumador empobrecimiento». Democracia maligna ésta, porque ha roto su cordón umbilical con la tradición, con el pasado fecundante. «El error de los vivos no ha consistido en intentar la fundación de una democracia, ha consistido y consiste sobre todo, en querer fundar una democracia en que no puedan votar los muertos y que solamente voten los vivos y se vote por los vivos».

Resulta interesante advertir cómo González Flores supo ver, ya en su tiempo, el carácter destructivo e invasor del espíritu norteamericano, incurablemente protestante y democráticoliberal. Concidía con Anacleto el vicepresidente de la Liga, Miguel Palomar y Vizcarra, en un Memorandum relativo a la influencia de los Estados Unidos sobre México en materia religiosa. Allí se lee: «El imperialismo yanqui es para nosotros, y para todos los mexicanos que anhelan la salvación de la patria, algo que es en sí mismo malo, y como malo debe combatirse enérgicamente». Bien ha hecho Enrique Díaz Araujo en destacar la perspicacia de los dirigentes católicos que no se dejaron engañar por la apariencia bolchevique de los gobiernos revolucionarios de México –recuérdese que la Constitución se dictó precisamente el año en que estalló la revolución soviética–, sino que los consideraron simples «sirvientes de los Estados Unidos». No era sencillo descubrir detrás del parloteo obrerista, indigenista y agrarista, la usina real que alimentaba la campaña antirreligiosa.

Carlos Pereyra lo sintetizó así: «Aquel gobierno de enriquecidos epicúreos empezó a cultivar simultáneamente dos amores: el de Moscú y el de Washington... La colonia era de dos metrópolis. O, más bien, había una sucursal y un protectorado. Despersonalización por partida doble, pero útil, porque imitando al ruso en la política antirreligiosa, se complacía al anglosajón».

La política estadounidense se continuaría por décadas, como justamente lo ha observado José Vasconcelos: «Las Cancillerías del Norte, ven esta situación [la de México] con la misma simpatía profunda con que Roosevelt y su camarilla se convirtieron en protectores de la Rusia soviética durante la Segunda Guerra Mundial. El regocijo secreto con que contemplaron el martirio de los católicos en México, bajo la administración callista, no fue sino el antecedente de la silenciosa complicidad de los jefes del radicalismo de Washington con los verdugos de los católicos polacos, los católicos húngaros, las víctimas todas del soviétismo ruso».

Tales fueron, según la visión de Anacleto, los tres grandes propulsores de la política anticristiana y antimexicana: la revolución, el protestantismo y la masonería.

«La revolución –escribe–, que es una aliada fiel tanto del protestantismo como de la Masonería, sigue en marcha tenaz hacia la demolición del Catolicismo y bate el pensamiento de los católicos en la prensa, en la escuela, en la calle, en las plazas, en los parlamentos, en las leyes: en todas partes. Nos hallamos en presencia de una triple e inmensa conjuración contra los principios sagrados de la Iglesia».

De lo que en el fondo se trataba era de un atentado, inteligente y satánico, contra la vertebración hispánicocatólica de la Patria.

III. El Caudillo

Pero Anacleto no fue un mero diagnosticador de la situación, un sagaz observador de lo que iba sucediendo. Fue también un conductor, un formador de espíritus, un apóstol de largas miras.

1. México católico, despierta de tu letargo

En sus artículos y conferencias nuestro héroe vuelve una y otra vez sobre la necesidad de ser realistas y de enfrentar lúcidamente la situación por la que atravesaba su Patria. Se nos ha caído la finca, dice, hemos visto el derrumbe estrepitoso del edificio de la sociedad, y caminamos entre escombros. Pero al mismo tiempo señala su preocupación porque muchos católicos desconocen la gravedad del momento y sobre todo las causas del desastre, ignoran cómo los tres grandes enemigos a que ha aludido, el Protestantismo, la Masonería y la Revolución, trabajan de manera incansable y con un programa de acción alarmante y bien organizado.

Estos tres enemigos están venciendo al Catolicismo en todos los frentes, a todas horas y en todas las formas posibles. Combaten en las calles, en las plazas, en la prensa, en los talleres, en las fábricas, en los hogares. Trátase de una batalla generalizada, tienen desenvainada su espada y desplegados sus batallones en todas partes. Esto es un hecho. Cristo no reina en la vía pública, en las escuelas, en el parlamento, en los libros, en las universidades, en la vida pública y social de la Patria. Quien reina allí es el demonio. En todos aquellos ambientes se respira el hálito de Satanás.

Y nosotros, ¿qué hacemos? Nos hemos contentado con rezar, ir a la iglesia, practicar algunos actos de piedad, como si ello bastase «para contrarrestar toda la inmensa conjuración de los enemigos de Dios». Les hemos dejado a ellos todo lo demás, la calle, la prensa, la cátedra en los diversos niveles de la enseñanza. En ninguno de esos lugares han encontrado una oposición seria. Y si algunas veces hemos actuado, lo hemos hecho tan pobremente, tan raquíticamente, que puede decirse que no hemos combatido. Hemos cantado en las iglesias pero no le hemos cantado a Dios en la escuela, en la plaza, en el parlamento, arrinconando a Cristo por miedo al ambiente.

Urge salir de las sacristías, entendiendo que el combate se entabla en todos los campos, «sobre todo allí donde se libran las ardientes batallas contra el mal; procuremos hallarnos en todas partes con el casco de los cruzados y combatamos sin tregua con las banderas desplegadas a todos los vientos». Reducir el Catolicismo a plegaria secreta, a queja medrosa, a temblor y espanto ante los poderes públicos «cuando éstos matan el alma nacional y atasajan en plena vía la Patria, no es solamente cobardía y desorientación disculpable, es un crimen histórico religioso, público y social, que merece todas las execraciones».

Tal es la gran denuncia de González Flores hacia dentro de la Iglesia, el inmenso lastre de pusilanimidad y de apocamiento que ha llevado a buena parte del catolicismo mexicano al desinterés y la resignación. Las almas sufren de empequeñecimiento y de anemia espiritual. Nos hemos convertido en mendigos, afirma, renunciando a ser dueños de nuestros destinos. Se nos ha desalojado de todas partes, y todo lo hemos abandonado.

«Ni siquiera nos atrevemos a pedir más de lo que se nos da. Se nos arrojan todos los días las migajas que deja la hartura de los invasores y nos sentimos contentos con ellas». Tal encogimiento está en abierta pugna con el espíritu del cristianismo que desde su aparición es una inmensa y ardiente acometida a lo largo de veinte siglos de historia. «La Iglesia vive y se nutre de osadías. Todos sus planes arrancan de la osadía. Solamente nosotros nos hemos empequeñecido y nos hemos entregado al apocamiento».

Hasta ahora casi todos los católicos no hemos hecho otra cosa que pedirle a Dios que Él haga, que Él obre, que Él realice, que haga algo o todo por la suerte de la Iglesia en nuestra Patria. Y por eso nos hemos limitado a rezar, esperando que Dios obre. Y todo ello bajo la máscara de una presunta «prudencia». Necesitamos la imprudencia de la osadía cristiana.

Justamente en esos momentos el Papa acababa de establecer la fiesta de Cristo Rey. Refiriéndose a ello, Anacleto insiste en su proposición.

«Desde hace tres siglos –explica– los abanderados del laicismo vienen trabajando para suprimir a Cristo de la vida pública y social de las naciones. Y con evidente éxito, a escala mundial, ya que no pocas legislaturas, gobiernos e instituciones han marginado al Señor, desdeñando su soberanía. Lo relevante de la institución de esta fiesta no consiste tanto en que se lo proclame a Cristo como Rey de la vida pública y social. Ello es, por cierto, importante, pero más lo es que los católicos entendamos nuestras responsabilidades consiguientes. Cristo quiere que lo ayudemos con nuestros esfuerzos, nuestras luchas, nuestras batallas. Y ello no se conseguirá si seguimos encastillados en nuestros hogares y en nuestros templos.

«Hasta ahora nuestro catolicismo ha sido un catolicismo de verdaderos paralíticos, y ya desde hace tiempo. Somos herederos de paralíticos, atados a la inercia en todo. Los paralíticos del catolicismo son de dos clases: los que sufren una parálisis total, limitándose a creer las verdades fundamentales sin jamás pensar en llevarlas a la práctica, y los que se han quedado sumergidos en sus devocionarios no haciendo nada para que Cristo vuelva a ser Señor de todo. Y claro está que cuando una doctrina no tiene más que paralíticos se tiene que estancar, se tiene que batir en retirada delante de las recias batallas de la vida pública y social y a la vuelta de poco tiempo tendrá que quedar reducida a la categoría de momia inerme, muda y derrotada. Nuestras convicciones están encarceladas por la parálisis. Será necesario que vuelva a oírse el grito del Evangelio, comienzo de todas las batallas y preanuncio de todas las victorias. Falta pasión, encendimiento de una pasión inmensa que nos incite a reconquistar las franjas de la vida que han quedado separadas de Cristo».

«Judas se ahorcó –dice Anacleto en otro lugar– mas dejó una numerosa descendencia, los herejes, los apóstatas, los perseguidores. Pero también la dejó entre los mismos católicos. Porque se parecen a Judas los que saben que los niños y los jóvenes están siendo apuñalados, descristianizados en los colegios laicistas, y sin embargo, después de haberle dado a Jesús un beso dentro del templo, entregan las manos de sus hijos en las manos del maestro laico, para que Cristo padezca nuevamente los tormentos de sus verdugos. Se parecen a Judas los católicos que no colaboran con las publicaciones católicas, permitiendo que éstas mueran. O los que entregados en brazos de la pereza, dejan hacer a los enemigos de Cristo. También se le parecen los que no hacen sino criticar acerbamente a los que se esfuerzan por trabajar, porque contribuyen a que Cristo quede a merced de los soldados que lo persiguen».

Como se ve, González Flores trazó un perfecto cuadro de la situación anímica de numerosos católicos, enteramente pasivos ante los trágicos acontecimientos que se iban desarrollando en la Patria mexicana. Fustigó también el grave peligro del individualismo.

«Los católicos de México –señala– han vivido aislados, sin solidaridad, sin cohesión firme y estable. Ello alienta al enemigo al punto de que hasta el más infeliz policía se cree autorizado para abofetear a un católico, sabiendo que los demás se encogerán de hombros. Más aún, no son pocos los católicos que se atreven a llamar imprudente al que sabe afirmar sus derechos en presencia de sus perseguidores. Es necesario que esta situación de aislamiento, de alejamiento, de dispersión nacional, termine de una vez por todas, y que a la mayor brevedad se piense ya de una manera seria en que seamos todos los católicos de nuestra Patria

no un montón de partículas sin unión, sino un cuerpo inmenso que tenga un solo programa, una sola cabeza, un solo pensamiento, una sola bandera de organización para hacerles frente a los perseguidores».

2. El forjador de caracteres

Hemos dicho que desde niño Anacleto fue apodado «el maestro», por su nativa aptitud didáctica. Este «bautizo», que nació de manera espontánea, se trocó después en cariñoso homenaje y hoy es un título glorioso. Maestro, sobre todo, en cuanto que fue un auténtico formador de almas. Consciente del estancamiento del catolicismo y de la pusilanimidad de la mayoría, o, como él mismo dijo, «del espíritu de cobardía de muchos católicos y del amor ardiente que sienten por sus propias comodidades y por su Catolicismo de reposo, de pereza, de apatía, de inercia y de inacción», se abocó a la formación de católicos militantes, que hiciesen suyo «el ideal de combate», convencidos de que «su misión es batirse hoy, batirse mañana, batirse siempre bajo el estandarte de la verdad».

A su juicio, el espíritu de los católicos, si querían ser de veras militantes, debía forjarse en dos niveles, el de la inteligencia y el de la voluntad. En el nivel de la inteligencia, ante todo, ya que «las batallas que tenemos que reñir son batallas de ideas, batallas de palabras».

«Los medios modernos de comunicación – escribe– aunque sirven generalmente para el mal, podrán ayudarnos, si a ellos recurrimos, para que nuestras ideas se abran paso con mayor celeridad, en orden a ir creando una cultura católica. No podemos seguir luchando a pedradas mientras nuestros enemigos nos combaten con ametralladoras».

En esta obra de propagación de la verdad todos pueden hacer algo: los más rudos e ignorantes, dedicarse a estudiar; los más cultos, enseñar a los demás; los que no son capaces de escribir ni hablar, al menos pueden difundir un buen periódico; los que tienen destreza en hablar y escribir, podrán adoctrinar a los demás. No nos preguntemos ya cuánto hemos llorado, sino qué hemos hecho o qué hacemos para afianzar y robustecer las inteligencias. A unos habrá que pedirles solamente ayuda económica; a otros su pluma y su palabra; a otros que no compren más los periódicos laicistas; a otros que vendan los periódicos católicos.

«Ya llegará el momento en que, después de un trabajo fuerte, profundo de formación de conciencia, todos los espíritus estén prontos a dar más de lo que ahora dan y entonces los menos dispuestos a sacrificarse querrán aumentar su contingente energía. Y de este modo habremos logrado que todos se aproximen al instante en que tengamos suficientes mártires que bañen con su sangre la libertad de las conciencias y de las almas en nuestro país».

Anacleto no se quedó en buenas intenciones. Se propuso constituir un grupo de personas deseosas de formarse, no limitado, por cierto, a los de inteligencia privilegiada sino abierto a todos cuantos desearan adquirir una cultura lo más completa posible. Para él dicha labor era superior a todas las demás. La influencia de ese grupo resultaría incontrastable, «porque se hallaría en posesión de los poderes más formidables, cuales son la idea y la palabra».

Para este propósito, Anacleto se dirigió principalmente a la juventud, a la que por once años consagró lo mejor de sus energías. La amplia y arbolada plaza contigua al Santuario de Guadalupe, en Guadalajara, fue su primer local, el lugar predilecto de sus tertulias. Su verbo era fascinante. Nos cuenta el Padre H. Navarrete que siendo él estudiante secundario, se encontró un día con Anacleto, a la sazón profesor de Historia Patria, reunido con un grupo en la plaza del Carmen.

«Sois estudiantes –les dijo–. Tras de largas peregrinaciones por aulas e Institutos, llegaréis a conquistar vuestra inmediata ambición: un título profesional. Y bien, ¿qué habréis obtenido? Una posición; es decir, pan, casa, vestido. ¿Es esto

todo para el hombre? Me diréis que de paso llenáis una misión nobilísima cultivando la ciencia. ¿Puede ser esa la misión de un ser como el hombre?

«No es la principal labor del hombre el cultivo del cuerpo, ni el de la inteligencia. Ha de ser el cultivo de las facultades más altas del espíritu. La de amar; pero amar lo inmortal, lo único digno de ser amado sin medida: amar a Dios. ¿Serán por ventura ustedes de los que se creen que se llena esa infinita ambición con esas prácticas ordinarias del cristiano apergaminado que asiste a misa los domingos? No. Eso no es ser cristiano. Eso es irse paganizando; es un abandonar plácidamente la vida cristiana, pasando a la vera del sagrado con antifaz carnavalesco, sonriendo al mundo y al vicio, mientras en la penumbra vaga del rincón de una iglesia, precipitadamente, en breves minutos con dolor robados a la semana, se santigua la pintada faz del comediante...

«Amar a Dios, para un joven, debe significar entusiasmos sin medida, ardores apasionados de santo, sueños de heroísmo y arrojados de leyenda. La vida es una milicia». Dice Navarrete que éstas y otras ideas fueron brotando en medio de un diálogo vivaz, apasionante. «A mí no me cabía duda. Aquel hombre alcanzaba los perfiles de los grandes líderes. La claridad brillante de sus ideas unida a la férrea voluntad de un ardoroso corazón, lo delineaban como un egregio conductor de masas. Había ahí madera para un santo, alma para un mártir».

Anacleto atrajo en torno a sí a lo mejor de la juventud de Guadalajara. A pocas manzanas del Santuario de Guadalupe de dicha ciudad, a que acabamos de referirnos, una señora ofreció hospedaje y alimentación tanto a él como a varios compañeros que estudiaban en la Universidad. Allí convocaron a numerosos jóvenes para cursos de formación. En cierta ocasión estaban estudiando los avatares de la Revolución francesa, sus víctimas, sus verdugos, la Gironda, el Jacobinismo, etc., y como la que cuidaba la casa se llamaba Gerónima, y los vecinos la llamaban doña «Gero» o «Giro», le pusieron a la sede el nombre de «La Gironda» y a sus ocupantes «los Girondinos». Dicha casa tenía sólo tres habitaciones. Pero allí se fueron armando un buen grupo de jóvenes, unos cincuenta muchachos, atraídos por Cleto y sus compañeros de vida juglaresca.

Lejos de todo estiramiento «doctoral», la alegría juvenil del «Maestro» se volvía contagiosa, mientras trataba temas de cultura, de formación espiritual, de historia patria, trascendiendo a toda la ciudad, pero más directamente a la barriada del Santuario, donde estaba la Gironda. Refiriéndose a aquellos convivios dice Gómez Robledo que «las ideas fulguraban en la conversación vivaz y el goce intelectual tenía rango supremo».

Anacleto estaba convencido de la importancia de su labor intelectual en una época de tanta confusión doctrinal. Era preciso formar lo que él llamaba «la aristocracia del talento». Para ello nada mejor que poner a aquellos jóvenes en contacto con los pensadores de relieve, los grandes literatos, los historiadores veraces.

Era ésta su obra predilecta, su centro de operaciones y el albergue de sus amistades más entrañables y de sus colaboradores más decididos. A esos muchachos los consideraba como una ampliación de su familia. En el oratorio de aquella casa contrajo matrimonio, y su primer hijo pasó a ser un puntual concurrente a las reuniones dominicales.

«Anacleto era el maestro por antonomasia entre nosotros –testimonia Navarrete–. Estaba siempre a punto para dar un consejo, esclarecer una idea o forjar un plan, ya de estudio, ya de acción. El espíritu infundido por él hizo de nuestro grupo local una verdadera fragua de luchadores cristianos... Nos enseñó a orar, a estudiar, a luchar en la vida práctica y también a divertirnos. Porque él sabía hacer todo eso. Lo mismo se le encontraba jugando una partida de billar, que de damas, tañendo la guitarra o sosteniendo animados corrillos, con su inacabable repertorio de anécdotas. Así fuimos aprendiendo poco a poco que la vida del

hombre sobre la tierra es una lucha, que es guerra encarnizada y que los que mejor la viven son los más aguerridos, los que se vencen a sí mismos y luego se lanzan contra el ejército del mal para vencer cuando mueren, y dejan a sus hijos la herencia inestimable de un ejemplo heroico».

Cuentan los que lo trataron que tenía un modo muy suyo de enseñar la verdad y corregir el error. Jamás contradecía una opinión sin ser requerido, pero entonces era contundente. Para corregir los vicios de conducta, nunca llamaba la atención del culpable en forma directa; cuando creía llegada la oportunidad, se refería a un personaje imaginario, de ficción, afeado por los defectos que trataba de enmendar, presentándolo como insensato, como víctima de sus propios actos. Nunca le falló este método de corrección. En cuanto a su modo de ser y de tratar, nos formaríamos de él una representación incompleta si creyéramos que nunca abandonó la rigidez del gesto épico. Según nos lo acaba de describir Navarrete, era una persona de temperamento ocurrente, afectuoso y jovial. Su casa de la Gironda se hizo legendaria como centro de sana y bulliciosa alegría, de vida cristiana y bohemia a la vez.

Creó Anacleto varios círculos de estudio: el grupo «León XIII», de sociología; el «Agustín de la Rosa», de apologética; el «Aguilar y Marocho», de periodismo; el «Mallinckrodt», de educación; el «Balmes», de literatura; el «Donoso Cortés», de filosofía... Por eso, cuando se fundó en México la ACJM, el material ya estaba dispuesto en Guadalajara. Bastó reunir en una sola organización los distintos círculos existentes, unos ocho o diez, perfectamente organizados. Especial valor le atribuía al círculo de Oratoria y Periodismo, ya que, a su juicio, el puro acopio de conocimientos, si no iba unido a la capacidad de difundirlos de manera adecuada, se clausuraba en sí mismo y perdía eficacia social. De la Gironda salieron numerosos difusores de la palabra, oral o escrita.

Destaquemos la importancia que Anacleto le dio al aspecto estético en la formación de los jóvenes. No en vano la belleza es el esplendor de la verdad. «El bello arte –dejó escrito– es un poder añadido a otro poder, es una fuerza añadida a otra fuerza, es el poder y la fuerza de la verdad unidos al poder y la fuerza de la belleza; es, por último, la verdad cristalizada en el prisma polícromo y encantador de la belleza». Y así exhortaba a los suyos que pusiesen al servicio de Dios y de la Patria no sólo el talento sino también la belleza para edificar la civilización cristiana. Sólo de ese modo la verdad se volvería irradiación de energía.

Antes de seguir adelante, quisiéramos dedicar algunas palabras a uno de los compañeros de Anacleto, quizás el más entrañable de todos, Miguel Gómez Loza. Nació en Paredones (El Refugio), un pueblo de los Altos de Jalisco, en 1888, de una familia campesina. A los 20 años, se trasladó a Guadalajara donde estudió Leyes. Allí conoció a Anacleto, convirtiéndose en su lugarteniente y camarada inseparable. Era un joven rubio, de ojos azules, que irradiaba generosidad, de no muy vasta cultura pero de enorme arrojo y contagiosa simpatía. Se lo apodó «el Chinaco». Los mexicanos llaman «chinacos» a los del tiempo de la Guerra de la Reforma, hombres engañados, por cierto, pero llenos de decisión y coraje. A Miguel se lo quiso calificar por esto último, es decir, por su entereza y energía, si bien las empleó con signo contrario al de aquéllos.

Una anécdota de su vida nos lo pinta de cuerpo entero. El 1º de mayo de 1921, con la anuencia de las autoridades civiles, los comunistas vernáculos se atrevieron a izar en la misma catedral de Guadalajara el pabellón rojinegro. A doscientos metros de dicho templo, frente a los jardines que se encuentran en su parte posterior, estaba una de las sedes de la ACJM, donde en esos momentos se encontraban unos cuarenta muchachos. Conocedores del hecho, varios de ellos pensaron que era preciso hacer algo y por fin resolvieron dirigirse a la Catedral para reparar el ultraje. Pero al llegar vieron una multitud, y en medio de ella al Chinaco, con la cara ensangrentada. Es que mientras los demás discurrían sobre lo que convenía hacer, él ya se había adelantado, y subiendo hasta el campanario,

había roto el trapo y lo había lanzado al aire, con ademán de triunfo. Acciones como ésta, de un valor temerario, cuando estaba en juego la gloria de Dios o el honor de la Patria, le valieron 59 ingresos en las cárceles del gobierno perseguidor. A lo largo de su corta existencia, vivió el peligro en una sucesión constante de hechos atrevidos, deseados y buscados a propósito. Los jóvenes lo admiraban. Era, así lo decían, «el azote de los profanadores del templo, refractario a las claudicaciones, el hombre masculino por excelencia».

La persistencia en la persecución religiosa lo impulsó a unirse con los heroicos cristeros que estaban en los campos de batalla, donde en razón de sus múltiples cualidades fue elegido Gobernador Civil de la zona liberada de Jalisco. Cuenta Navarrete que en cierta ocasión lo vio rodeado de unos 300 soldados con sus jefes, todos de rodillas, desgranando el rosario. A su término, Gómez Loza rezó esta oración cristera: «¡Jesús Misericordioso! Mis pecados son más que las gotas de sangre que derramaste por mí. No merezco pertenecer al ejército que defiende los derechos de tu Iglesia y que lucha por Ti... Concédeme que mi último grito en la tierra y mi primer cántico en el cielo, sea: ¡Viva Cristo Rey!»

El 21 de marzo de 1928 se dirigía con su asistente hacia el pueblo de Guadalupe, sede nominal del Gobierno Provincial, cuando fue sorprendido por sus enemigos en un lugar llamado «El Lindero». Lo ataron a un caballo, y lo arrastraron largo trecho. Luego uno de los soldados lo remató con su pistola.

Hace pocos años, tuve el gusto de conocer en Guadalajara a dos de sus hijas, ya ancianas. Una de ellas me contó que cuando su padre se fue al monte, ella era pequeña. Cierta día, en la misma casa donde estaba conversando conmigo, un vecino tocó el timbre y le dijo que en la avenida contigua se encontraba tirado el cadáver de un hombre que parecía ser su padre. Ella fue. Efectivamente: era él.

No me pareció posible evocar la figura de González Flores sin recordar la de Gómez Loza. Juntos se formaron, juntos lucharon, juntos sufrieron la persecución. Anacleto era el fuego que todo lo abrasaba, Miguel el difusor eficaz de las ideas del amigo; si aquél era la luz, él fue la antorcha que la refleja; si Anacleto era la voz, él fue su eco; si Anacleto era la idea que gobierna, él fue la acción que ejecuta. El Maestro y el Chinaco. El verbo de Anacleto y la acción de Miguel. Ambos tenían devoción por la Guadalupana y comulgaban diariamente en su Santuario de Guadalajara. La amistad espiritual que los unía se vio así sellada por la piedad eucarística y mariana. Los dos fueron condecorados por el papa Pío XI el mismo día, a iniciativa del gran obispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, con la cruz «Pro Ecclesia et Pontifice», en premio a su acción común en defensa del catolicismo. Junto al obispo recién nombrado, forman un soberbia trilogía. Anacleto y Miguel sufrirían ambos el martirio, y hoy sus restos se encuentran, también juntos, en el Santuario de Guadalupe, tan frecuentado por ellos. Ante la losa que los custodia tuve el privilegio de orar con vergüenza y emoción durante largo rato.

Volvamos a nuestro Anacleto. Hemos dicho que no sólo se dedicó a formar las inteligencias, aquella «aristocracia del talento», de que le agradaba hablar, sino también a robustecer las voluntades de los que lo seguían. «No soy más que un herrero forjador de voluntades», le gustaba repetir. Este hombre que al decir de Gómez Robledo era «una afirmación hirviente, tumultuosa, de sangre y hoguera», recomendaba siempre de nuevo: «Hay que criar coraza». No se engañaba, la Patria necesitaba caracteres recios. Por eso se dedicó a avivar los rescoldos del heroísmo: «Patria Mexicana, no todos tus hijos se han afeminado, no todos se han hundido en el cieno; todavía hay hombres, todavía hay héroes».

Pero don Cleto no se engañaba. Nadie puede llegar a ser un hombre de imperio, si primero no se ha dominado a sí mismo. Por eso les pedía a los suyos que se volvieran «abanderados de su propia personalidad y caudillos de su mismo ser».

«Porque dentro de cada uno de ustedes –les decía– hay un forjador en ciernes». Para forjarse a sí mismo no basta la cabeza bien formada, la inteligencia bien empleada. No bastan los filósofos y los maestros, por buenos que sean. La pura formación intelectual no alcanza. Era preciso agregar «el encarnizamiento de las propias manos, de las propias herramientas, del propio corazón..., en caso contrario, todo quedará comenzado».

Si se quiere hacer realidad la elevada y recia escultura viviente que Dios soñó para cada uno de nosotros, habrá que despertar al Fidias que duerme en nuestro interior. Si, por el contrario, se prefiere seguir siendo un mero boceto informe, un trazo borroso sin consistencia, una personalidad enclenque, habrá que cruzarse de brazos, permanecer en espera del forjador que nunca llegará, «del obrero que debe salir de nosotros mismos y que nunca saldrá porque no hemos querido ni sospechar siquiera nuestra personalidad».

Anacleto quería que los suyos tuviesen temple de héroes, que no cediesen jamás a «transacciones» y «componendas», ya que tarde o temprano éstas lo llevarían a la más ignominiosa de las capitulaciones. Para ello, decía, nada mejor que frecuentar a personalidades vigorosas, al tiempo que no dejarse intimidar por falsas prudencias.

Cuando habla de esto, su verbo se enardece: «¡Habéis invertido el mandamiento supremo, porque para vosotros, hay que amar a Dios bajo todas las cosas! Por evitar mayores males os despedazaran, y cada trocito de vuestro cuerpo gritará todavía dando tumbos: ¡prudencia, prudencia! No temáis a los que matan el cuerpo, sino el alma. Una sola noche de insomnio en un calabozo vale mucho más que años de fáciles virtudes».

Para formarse en la escuela del heroísmo recomendaba Anacleto escoger cuidadosamente a los amigos, descartando los de espíritu cobarde o los que de una u otra forma habían claudicado. El contagio de los amigos, sea para el mal o para el bien, resulta determinante.

«El día en que se logre encontrar un alto y firme valor de rectitud, de ideal y de carácter, habrá que sellar con él un pacto de alianza permanente y unir lo más estrechamente posible nuestra suerte, nuestro pensamiento y nuestra voluntad con ese nuevo complemento de nuestra personalidad, porque será para nosotros un manantial fecundo de aliento y vitalidad».

En medio de la borrasca política y religiosa, Anacleto soñaba con «alzar un muro de conciencias fuertes, de voluntades recias, de caracteres que sepan derrotar a la violencia bruta, no con el filo de la espada, sino con el peso irresistible y avasallador de una conciencia que rehúye las capitulaciones y espera a pie firme todas las pruebas».

Y a la verdad que dio ejemplo de ello, convencido de que el carácter es la base primordial de la personalidad. Como dice un compañero suyo, se había forjado una voluntad tenaz e inmovible, exenta de volubilidad y extraña al desaliento, superior e indiferente a los obstáculos y a la magnitud de los sacrificios requeridos. La cultivó directa y deliberadamente, imponiéndose una disciplina rigurosa en lo cotidiano y pequeño para contar consigo mismo en los grandes esfuerzos y en las contingencias imprevistas. Elaborado un propósito, no descansaba hasta verlo realizado. La continuidad fue la característica de su acción en todos los órdenes. Fecundo en iniciativas, no abandonaba jamás la tarea comenzada, sino que la proseguía hasta el fin.

Otro de sus amigos nos dice: «No recordamos en el Maestro el menor desfallecimiento ni la menor desviación. Era una consumada realización de sus ideas y proyectos. En esta alianza indisoluble de la fe y la vida, de la doctrina que pregonaba y la conducta que seguía, reside la principal razón de su influencia sobre los demás. Personalidad rotunda, elevada, avasalladora». Él mismo decía, citando a

Goethe, «que la capacidad del conductor depende de su personalidad. Si posee una personalidad hecha, martillada sobre yunques sólidos, si tiene una musculatura interior que no se cansa ni se abate, no le es necesario ni hablar, ni escribir, ni obrar; basta que se sienta la presencia de su personalidad, para que arrastre a los que lo rodean con la fuerza irresistible de la fascinación».

«Miles de alumnos lo seguíamos para escucharlo –confirma uno de sus admiradores– porque hablaba con autoridad, y sus palabras fluían como un torrente, proclamando el derecho y la verdad. Jamás retrocedió ante las hogueras, ante las cruces, ante todo el aparato de ferocidad con que en esos tiempos se nos amenazaba, ni lo tentó la codicia cuando con dineros y halagos intentaron seducirlo».

Ni el calabozo, que conoció repetidas veces, logró doblegarlo. A una señora que le expresaba su aflicción porque en cierta ocasión había sido detenido y llevado a la cárcel, Anacleto le decía:

«Somos varios los jóvenes que estamos presos, pero vivimos muy contentos en la cárcel. Tenemos ya establecido un catecismo para los demás prisioneros; rezamos todas las noches el rosario en común, y en el día... ya usted lo sabe, trabajamos, acarreamos la leña para la cocina, llevamos la basura... Total, unas vacaciones pasadas por el amor de Dios. Pero no hay que dudar, este es el camino por donde los pueblos hacen las grandes conquistas».

No en vano había escrito: «En las páginas de historia del Cristianismo siempre se va a la cárcel un día antes de la victoria». Cumplía a la letra aquello que atribuía a los grandes conductores: acometividad para abrirse paso y llegar; persistencia en quedarse, a pesar de todas las vicisitudes; y fuerte e incansable inquietud por dejar una sucesión. En este trabajo de formación de dirigentes veía la necesidad de proponer paradigmas, espejos donde mirarse. Por ejemplo el gran obispo Manríquez y Zárate, de quien decía:

«Tiene en medio de nosotros un alto y fuerte significado. Es él, en la medida en que lo puede ser un hombre, la expresión más alta de la soberanía de la verdad y la recia arquitectura del orden moral forjado en las fraguas únicas de la doctrina católica... El hombre moral ha aparecido con toda la fisonomía radiante y el gesto contagioso, invenciblemente contagioso, del Maestro».

Según lo señalaba más arriba uno de sus discípulos, a Anacleto nunca le faltaron ocasiones, en el México oficial corrompido de aquel tiempo, de lograr una posición económica más que regular. Estimó como grave injuria la proposición que le hicieron algunos agentes de las logias, para que ingresase en la Masonería, que deseaba contar entre los hermanos a un dirigente de sus talentos y arrastre. Los opositores de Anacleto tenían también amigos en el alto Clero. Abogados influyentes iban por la mañana al Obispado y por la tarde visitaban al Gobernador, proponiendo un cambio de táctica: en vez del enfrentamiento, la componenda. No lo conocían a este hombre, que estaba a mil leguas de todas las transacciones y los enjuagues, por disimulados que fuesen, el mismo que decía:

«El gesto del mártir ha sido en todos los tiempos el único que ha sabido, que ha podido triunfar de todos los tiranos, llámense emperadores, reyes, gobernantes o presidentes».

Así fue Anacleto, el gran caudillo del catolicismo mexicano. Sus actividades pronto se tradujeron en una intensificación de la presencia de los católicos, principalmente en el Estado de Jalisco. Se abandonaba ya, en todos los ambientes, la apatía y dejadez que durante tanto tiempo habían reinado. Era evidente que se estaban gestando los hombres del futuro político, cultural y religioso de México.

3. Hacia un catolicismo pletórico de juventud

Con cierta preferencia, como dijimos, Anacleto se dirigía sobre todo a la juventud. Justamente porque pensaba que en su México tan amado estaba declinando la esperanza, y por consiguiente la juventud languidecía. Los horizontes eran cada vez más pequeños, la mediocridad se encontraba a la orden del día; lo único que interesaba era lo microscópico, mientras las alturas parecían causar vértigo. Muchos jóvenes, replegados sobre sí mismos, sufrían el impacto de este ambiente, limitando sus anhelos a la satisfacción de las pasiones y a los deleites materiales.

González Flores quiso arrancar a la juventud de su letargo, de manera semejante a lo que en su tiempo intentó Sócrates, hermano suyo en el espíritu.

«Su instinto de moldeador de porvenir –escribe Anacleto hablando del pensador griego– le había hecho prendarse por encima de todas las bellezas de Grecia, de la juventud. Vivía embriagado con el aliento virgen, fresco como de odre perfumado. Con las manos hundidas en el barro humedecido de las almas, y los ojos en espera hacia la dinastía remota del nuevo día. Así lo sorprendió la muerte. Murió embriagado de juventud y rodeado de juventud. Un pensador que lo quiso arriesgar y perder todo por la juventud».

Señala Gómez Robledo que nadie adivinó mejor que Anacleto la causa de esa actitud, la razón de ese enamoramiento. Lo adivinó porque él mismo llevaba en sí dichas razones. Fue una intuición soberana la que le hizo entrever que el amor a la juventud no es sino el amor a la vida en su instante más bello: cuando es peligrosa y se juega por un ideal.

En vez de un catolicismo integrado por hombres decrépitos de espíritu, González Flores soñaba con un catolicismo militante, juvenil, dispuesto a vivir peligrosamente.

«Hemos perdido el sentido más profundo, más característico de la juventud: la pasión del riesgo, la pasión del peligro. Medimos todos nuestros pasos, contamos todas nuestras palabras, recomponemos nuestros gestos y nuestras actividades de manera de no padecer ni la más ligera lastimadura y de quedar en postura bellamente estudiada, no para morir, como los gladiadores romanos, sino para una sola cosa: para vivir, para vivir a todo trance». «Y así –agrega– son muchos los que no se atreven a mover ni un dedo, por temor a despertar las iras del enemigo. Se ha formado una generación de viejos, que sólo saben calcular, contar, comprar y vender, con la fiebre característica de la vejez, que es la avaricia».

Todos recomiendan «prudencia», y para ellos prudencia significa pensarlo todo, medirlo todo, calcularlo todo para salvar la tranquilidad y esquivar hábilmente todos los riesgos. Recomiendan quietud y medida en los movimientos, al tiempo que condenan a los «exagerados», como llaman a los que se juegan por la verdad.

«Y esta es nuestra suprema enfermedad. Todas las demás parten de ella... Hemos logrado conservar nuestra vida; todavía la tenemos, todavía nos pertenecerá, pero enmohecida, como espada que nunca ha salido de la vaina, como árbol que no ha tenido ni agua ni sol. Se nos ofreció la vida en cambio de nuestro sosiego y de nuestro silencio y de nuestra quietud, y sólo se nos ha podido dar vejez arrugada y marchita».

Será preciso que la vida de los católicos se rejuvenezca, sabiendo que el precio de la victoria ha sido siempre el sacrificio y la lucha. Mientras los católicos no nos decidamos a combatir, la victoria no vendrá. Nosotros hemos querido obtener la victoria al precio de nuestra cobardía y de nuestra inercia. Pero ello no ha sucedido. Tenemos que comprarla. Y su precio es el dolor, o al menos la fatiga y el esfuerzo. Habrá que elevar el corazón, al conjuro de una sola fórmula: vivir por encima de uno mismo. Esta fórmula «dicha hoy, mañana, todos los días al sentir el roce cálido

de las alas nuevas de la juventud la echará toda entera con todos sus bagajes de roja y ardiente generosidad hacia todas las vanguardias».

Recuerda González Flores cómo cuando Platón quiso cuajar en el Fedón el recuerdo de su maestro, puso en los labios del mártir estas palabras: «El riesgo es bello y debemos embriagarnos con él».

Lo que así comenta Anacleto: «El riesgo fue la más ferviente pasión de Sócrates; había apurado en cada paso el cáliz del riesgo, y tuvo razón para prendarse de la juventud, porque ante ella se encontró cara a cara con la belleza insuperable del riesgo, al paso de las almas ávidas de altura». De esta manera vivió Sócrates, embriagado de riesgo, apurando el cáliz del riesgo a cada paso, y entregando su cabeza al golpe último en plena embriaguez de riesgo: el riesgo supremo de perder la vida. Tal fue el maestro más elevado que tuvo la juventud de Atenas.

Comentando las palabras de Anacleto afirma Gómez Robledo que ellas son definitorias para la interpretación estética de su magisterio. Amó a la juventud con el mismo arrebató psíquico con que el artista intuye su creación. Y es propio de los grandes artistas unir la intuición a la aventura, jugarse la existencia por la belleza.

«Vincular, como en Sócrates y González Flores, el artista, el maestro y el mártir, es lección eterna de fortaleza. Sus muertes no fueron sino las nupcias sangrientas del artista con la belleza del riesgo».

Insiste Anacleto en que el cristianismo está inescindiblemente unido con la juventud de espíritu. Si Tertuliano dijo que el alma humana es naturalmente cristiana, se puede decir igualmente que la juventud, por lo que tiene de permanente osadía, es naturalmente cristiana. Más aún, «la juventud se completa, se robustece y se asegura contra su debilitamiento o su extinción, poniéndose bajo el aliento perpetuamente juvenil de Cristo». Porque el cristianismo es la doctrina del riesgo, o mejor, la que nos permite cruzar victoriosamente a través de todos los riesgos.

«Incorporada la juventud de cada hombre en la juventud eterna de Cristo, se sumará una osadía a otra osadía; y sumadas esas dos grandes audacias, se formará el nudo que abarcará todos los destinos».

Será preciso desposar la propia juventud, que es la audacia de un día, con la juventud de Cristo, que es la audacia de lo eterno. Los jóvenes deberán juntar sus dos manos, todavía mojadas en el odre de la vida, con las dos manos de Cristo, mojadas todavía en la sangre de su audacia. He ahí lo que afirmaba Lacordaire: «La juventud es irresistiblemente bella, con la belleza del riesgo, es decir, con la belleza de la osadía», y también: «La juventud es sagrada a causa de sus peligros». Habrá que arrojarse en el mar del peligro, en la corriente de los riesgos, con la canción en los labios, con un gesto de desdén en la boca y con plena confianza en el logro final. Esto es lo que necesita el catolicismo mexicano: una transfusión de juventud.

Es de ella «de donde deben salir los valores que acabarán con nuestro empobrecimiento y con nuestra mediocridad y que saltarán por encima de todas las murallas para quebrar medianías, para pisar nulidades y para empujar a Dios, majestuoso y radiante, sobre los tejados y sobre los hombros de patrias y de multitudes. Nada de valores a medias; nada de valores incompletos; nada de valores que se aferran a su aislamiento, que titubean, que se ponen en fuga frente a la Historia y que se satisfacen con un milímetro de tierra».

Sólo harán la gran revolución, la revolución de lo eterno, las banderas tremoladas por la juventud que todavía le reza y le canta al joven carpintero que a los 33 años comenzó la única verdadera revolución, que es la revolución de lo eterno, y que pasa por nuestras vidas como un huracán preñado de heroísmo.

4. El enamorado del verbo

Destaquemos el valor que Anacleto le atribuía a la palabra, sea oral o escrita. Como orador, fue fulgurante. Cual otro Esquilo, «llenó de almenas las alturas del lenguaje», con el fin de suscitar una estirpe de héroes, al estilo de Godofredo de Bouillon, Guillermo Tell y el Cid, sus arquetipos favoritos, que se pusiesen al servicio de la Patria y de la Religión conculcadas.

En un artículo titulado «Sin palabras» afirma que una falsa e infundada apreciación del significado que tiene la palabra, ha hecho que en estos últimos tiempos se la arroje el margen de la vida, o cuando menos, se la coloque en un lugar muy secundario. Poco se confía en la palabra, como si lo único importante fuese la acción. Los obreros que elevan edificios con palabras y no con ladrillos, son vistos con desdén, pensándose que una acción vale un millón de palabras. «Más bien debiera decirse que una acción es una palabra reciamente moldeada en el crisol encendido de la carne y del pensamiento». Ello no es todo. Detrás de cualquier gran acción está la palabra, como germen, como impulso, como estimulante. Tres palabras se encuentran una página antes de la destrucción de Cartago, las de Catón: «Delenda est Cartago». Frente a la Revolución hemos carecido de las palabras adecuadas. «Necesitamos empezar la obra de la reconquista. Solamente se comienza con palabras». No hay fuerza que pueda oponerse a la palabra cuando se la pone al servicio de la idea, abriéndose paso entre los que la objetan.

Anacleto privilegió la palabra oral, dando numerosas conferencias en los más diversos lugares del país, pero principalmente en Guadalajara. Famoso fue un discurso que pronunció en el atrio colonial del Santuario de Nuestra Señora de Zapopan, cercano a aquella ciudad, trepado en una pilastra del enrejado, frente a una multitud que colmaba el recinto de la plaza y los jardines adyacentes.

En 1918, la ACJM de la ciudad de México lo invitó a dar una conferencia en la capital. Cuando llegó a la estación, los que lo esperaban, que no lo conocían, quedaron poco impresionados por el tipo desgarrado de Anacleto, sus ojos hundidos y soñadores. Horas después subió al escenario con su atuendo sencillo, ante un auditorio donde predominaban los jóvenes.

Cuenta uno de ellos que los primeros diez minutos provocaron un gran desconcierto. «¿Ésta es la maravilla que nos manda Jalisco?», se preguntaban por lo bajo. Sin embargo, el tono del discurso, monótono al principio, fue creciendo en vehemencia. Su pensamiento se lanzó a las cumbres. Tras una hora, que pasó fugazmente, la sala estalló en aplausos. «Vibraban nuestras almas al unísono con la suya», dijo uno de los oyentes.

Su elocuencia no fue innata sino fruto de una larga preparación. Él mismo decía que Demóstenes, desde el día en que sintió despertar su vocación, padeció largos insomnios de aprendizaje y no descansó hasta conseguir que su palabra se volviese capaz de ganar las batallas de la oratoria. Anacleto comprendía perfectamente la necesidad de usar bien de la palabra para el combate de las ideas, ya que en torno a ella se trababan las grandes batallas culturales. Había que evitar el gastarlas para discusiones banales reservándola para los temas trascendentes, en orden a rebatir las doctrinas erróneas que pretendían conquistar la supremacía sobre las inteligencias. Es allí donde había de resonar la palabra convincente.

«El genio –escribió en uno de sus periódicos– debe interrogar todas las lejanías hasta que su palabra, como lumínico esplendoroso encendido sobre la llanura, alumbre todos los senderos», de modo que los que la oigan pierdan su cobardía y se lancen por la ruta que le trazan las palabras.

Aconsejaba insistentemente, practicándolo él mismo, una preparación concienzuda de los temas por tratar. Pero a la hora de pronunciar el discurso, le

bastaba con determinar las líneas maestras, las ideas principales, dejando la expresión concreta a la inspiración del momento.

«Cansados estamos ya del arraigado y envejecido y ruinoso expediente de salir a la tribuna a leer en un pergamino o en la propia memoria, frases pulidas y martilladas con un siglo de anticipación, joyas talladas en un taller distante y que han perdido la lumbre radiante que las transfiguró, y el brío tempestuoso que las dobló y ablandó, y la huella viva del hierro encendido, y la hoguera que llameó sobre la frente del artífice. Puños de rescoldo, ceniza muda y entristecida que jamás podrá reavivar una emoción fingida. Y esto es todo, menos elocuencia. Porque hoy ya nadie ignora que para que haya palabra totalmente elocuente es preciso que el canto resonante que dicen las rebeldías que se anudan, jadean y disputan la victoria, debe hallarse plenamente presente delante del auditorio convulso, estremecido ante la batalla, aliado primero del hierro insurrecto, y después, juntando el peso inmenso de su corazón y de su espíritu y de sus pasiones, del lado del brazo que golpea y arroja todo: lumbre, yunque, herramientas, clavos y espadas fundidas en el torrente de la acción».

Según se ve, concebía el discurso como un torneo entre el público y el orador, muy diversamente de lo que sucede en el caso del escritor, que envía a lo lejos su mensaje. «Al tratarse del orador, más lógicamente, más exactamente que decir que es su palabra la que realiza el milagro de la acción sobre los demás, es preciso decir que es el orador mismo, porque él mismo es la palabra elocuente y es su propia palabra». Tal fue su ideal en esta materia: identificarse él mismo con su palabra.

Su oratoria no estaba exenta de cierto barroquismo, pero en modo alguno era vacía, sin contenido. Repetía su mensaje de mil maneras, hasta el hartazgo, como para hacerlo llamear en todas sus facetas, apuntalándolo incansablemente con nuevos argumentos y citas, hasta dejar la forja jadeante. No gustaba de abstracciones deshumanizadas y generalizadoras. Prefería las imágenes individuales y concretas. Su pensamiento seguía la curva parabólica y no la recta silogística. Era un artista de la palabra, entendiendo que mientras el silogismo pasa, agotándose en el momento en que realiza su labor de convicción, el símbolo no pasa, está preñado de sugerencias, y por tanto se prolonga en sus efectos, luego de terminado el discurso.

Mas no sólo fue orador, sino también, aunque secundariamente, escritor. En los pocos años de su actuación pública, logró gestar varias revistas: La Palabra, La Época, La Lucha. Pero fue sobre todo en el periódico Gladium, que aparecía todas las semanas, donde Anacleto reveló mejor su idiosincrasia, mezclando la especulación doctrinal con el cuento jocoso y la narración familiar. Allí señalaba los peligros del momento, la situación trágica de la Iglesia frente a la Revolución, así como las medidas que había que tomar. La revista tuvo amplia repercusión. Hacia fines de 1925 alcanzaría la tirada de 100.000 ejemplares. Miguel Gómez Loza estaba a cargo de la tesorería.

Es preciso leer, les decía a sus jóvenes, leer no sólo revistas sino también y sobre todo libros. «¿Qué es un libro? Un polemista que tiene la paciencia de esperarnos hasta que abramos sus páginas para dilatar el imperio de un conquistador. Hundes su mano encendida en nuestras entrañas. Porque todo él fue hecho en los hervores de la fiebre, bajo el largo insomnio, bajo el ansia nunca extinguida de quedar, de prolongarse, de no morir. La obsesión de cada escritor es reproducirse en muchas vidas, renacer todos los días, bañarse en sangre nueva, reaparecer en la larga hirviente que arroja todos los días el inmenso respiradero del mundo, rehacerse con el aliento espiritual de las almas en marcha. Cada libro se presenta bañado en la sangre todavía caliente de nuevos e inesperados alumbramientos».

Así como un viajero, escribía, cuando tiene que hacer un largo camino sucumbe si lleva sus alforjas vacías, así la juventud que no lee se queda sin provisiones. Para que mantenga el ideal, la gallardía, la generosidad, el arrojo y la audacia en épocas bravías, necesita de la ayuda de los libros. Alejandro Magno no hubiera llegado a ser Grande si no hubiese llevado consigo la *Iliada*, que tenía siempre bajo su almohada; Aquiles, el héroe central de aquella epopeya, mantenía enhiesta la llama del guerrero. El buen libro hará que el joven «lleve siempre vuelta la cara hacia el porvenir y logre clavar en las alturas la bandera de la victoria de su gallardía y de su atrevimiento».

Anacleto fue un «poseído del verbo», oral o escrito.

IV. De la resistencia civil al combate armado

González Flores no limitó su acción a individuos o a pequeños grupos, sino que la extendió a emprendimientos de alcance nacional. Particularmente se interesó en el problema obrero, siendo el más decidido defensor de los trabajadores. Las injusticias del capitalismo liberal lo sublevaban. Conocedor avezado de la doctrina social de la Iglesia, abogó por la organización corporativa del trabajo, dentro de los principios cristianos, y su papel fue protagónico en la concreción de un enérgico despertar de la conciencia social en México. El Primer Congreso Nacional Obrero, celebrado el año 1922 en Guadalajara, que congregó no menos de 1300 personas, con la asistencia de varios Obispos, tuvo en Anacleto a uno de sus principales gestores. Al fin quedó organizada la Confederación Católica del Trabajo, que se extendió pronto por toda la Nación. Desgraciadamente este proyecto promisorio sería aplastado por la Revolución.

Más allá del problema obrero, Anacleto insistía en la necesidad de organizar el conjunto de las fuerzas católicas, hasta entonces enclaustradas en grupúsculos.

«Mientras nuestros enemigos –afirmaba– nos dan lecciones de organización, nosotros seguimos aferrados a la rutina y el aislamiento, aunque sabemos por experiencia que este camino sólo conduce a la derrota. Continuamos confiando en nuestro número, satisfechos de que somos mayoría en el país. Pero así seguiremos siendo una mayoría impotente, vencida, sujeta al furor de nuestros perseguidores. De nada valdrá el número si no nos organizamos. Organizados, constituiremos una fuerza irresistible. Y, entonces sí, nuestro número se hará sentir».

1. La Unión Popular y la oposición pacífica

Entusiasmado con el procedimiento de los católicos alemanes que con su resistencia pacífica contra la dura campaña de Bismarck, conocida con el nombre de Kulturkampf, habían logrado imponerse en los destinos de aquella nación, creyó que en el ambiente mexicano, tan distinto del alemán, se podrían obtener los mismos resultados. Y así, inspirado en Windthorst, el gran adversario del Canciller del Reich, montó una organización a la que denominó Unión Popular. Había allí lugar para todos los católicos. Cada uno debía ocupar un puesto, según sus posibilidades, de modo que la acción del conjunto se tornara irresistible.

Propuso Anacleto tres cruzadas. La primera fue la de la propagación de los buenos periódicos, junto con la declaración de guerra a los periódicos impíos, que no se deberían recibir ni tolerar en el hogar. La segunda, la del catecismo, en orden a lograr que todos los padres de familia llevaran a sus hijos a la iglesia para que recibieran allí la enseñanza religiosa; más aún, había que tratar que se enseñase el catecismo en el mayor número de lugares posibles y se organizase la catequesis de adultos. La tercera, la cruzada del libro, que consistía en limpiar de libros malos los hogares y procurar que en cada hogar hubiese al menos un libro serio de formación religiosa. «Escuela, prensa y catecismo –decía–, serán las armas invencibles de la potente organización».

Quiso Anacleto que la Unión Popular llegase a todas partes, la prensa, el taller, la fábrica, el hogar, la escuela, a todos los lugares donde hubiese individuos y

grupos. «Es la obra que generalizará el combate por Dios», decía, ya que «urge que el pensamiento católico se generalice en forma de batalla y de defensa». Esta organización creció en gran forma, propagándose a los Estados limítrofes. Su órgano semanal, *Gladium*, al que ya hemos aludido, explicaba su propósito: hacer que todos los católicos del país formasen un bloque de fuerzas disciplinadas, conscientes de su responsabilidad individual y social, y en condiciones de movilizarse rápidamente y de un modo constante, sea para resistir el movimiento demoledor de la Reforma, sea para poner en marcha la reconquista de las posiciones arrebatadas a los católicos.

Para el logro de tales objetivos, debían aunarse todos los esfuerzos, desde los económicos hasta los intelectuales. Con engranaje sencillo y sin oficinas burocráticas, la Unión Popular controlaba a más de cien mil afiliados que se distribuían por todos los sectores sociales, tanto en la ciudad como en el campo. Nadie debía quedar inactivo. Todos tenían una misión propia que cumplir para concretar el programa de acción delineado por el «maestro» Cleto y llevado a la práctica con certera eficacia por su colaborador más estrecho, Miguel Gómez Loza.

Cuando en el orden nacional apareció una nueva institución, la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, *Anacleto* no se sintió emulado. Ambas organizaciones trabajaban para los mismos fines. Durante algún tiempo mantuvo independiente a la Unión Popular. Era natural, ya que este movimiento concentraba la mitad del poder con que se contaba en todo el país para resistir eficazmente las acometidas del Gobierno. Así lo entendieron también los dirigentes de la Liga, adoptando incluso algunos de los métodos de la Unión Popular. La ventaja era el carácter nacional de la nueva organización, que permitía formar cuadros en todo el país, con jefes de manzana, de sector, de parroquia, de ciudad, de provincia, etc. La idea era llegar con una sola voz, con una sola doctrina, con las mismas directivas a todo México, en orden a vertebrar la multitud hasta entonces informe y atomizada. Al fin, la Unión Popular quedó como sociedad auxiliar y confederada de la Liga. El mismo *Anacleto* fue designado jefe local de la Asociación Nacional.

La Liga consideraba como héroes paradigmáticos a Iturbide, Alamán, Miramón y Mejía, y repudiaba por igual a los liberales, masones y protestantes, aquellos adversarios que había señalado *Anacleto*, tres cabezas de un solo enemigo que trataba de destruir a México a través del imperialismo norteamericano. El proyecto de la Liga, que empalmaba con el de la ACJM, era «restaurar todas las cosas en Cristo», fiel al lema común: «Por Dios y por la Patria». El programa, simple pero completo: piedad, estudio y acción. Su propagación tuvo todas las peculiaridades de una cruzada. Sobre esa base se fue educando una generación de jóvenes que aprendieron a detectar y aborrecer al enemigo, exaltando el México verdadero, el de la tradición católica e hispánica, asimiladora del indígena.

Con el acceso a la presidencia de Elías Plutarco Calles, la persecución arreció. El 2 de julio de 1926 se hizo pública la llamada Ley Calles, atentatoria de todas las libertades de la Iglesia. Debía entrar en vigor el 31 de julio de dicho mes. Tres días después de su publicación, se dio a conocer una Carta Colectiva del Episcopado Mexicano, en la que se hacía saber que no era posible sujetarse a aquella ley, y por tanto, en señal de protesta, los cultos se suspenderían a partir de las 12 de la noche del 31 de julio. Esta decisión irritó al tirano y fue motivo suficiente para declarar rebeldes a obispos y sacerdotes al punto que en todos los rincones del país empezaron a caer asesinados o prisioneros.

Ante esta agresión brutal, *Anacleto*, juntamente con los demás dirigentes católicos, declaró el boicot en todo el territorio nacional. Este método se había ensayado en Jalisco años atrás, en 1918, a raíz de un decreto local, vejatorio para la Iglesia.

«No compre usted absolutamente nada superfluo. Lo necesario, cómprelo a un comerciante reconocidamente católico, y que la mercancía sea producto de una

fábrica cuyos propietarios y empleados sean católicos. No compre nada a los enemigos».

Siempre se caminaba de a pie, nada de paseos y diversiones; el servicio de luz quedó reducido al mínimo. En aquella ocasión el método resultó, ya que el decreto infame tuvo que ser derogado.

Ahora se retomó dicho procedimiento. Al principio, los perseguidores se burlaban de este modo de lucha. Calles lo llamó «ridículo» Pero bien pronto comenzaron a sentir sus efectos: el comercio se resintió, muchos teatros y cines debieron cerrar sus puertas, mermándose así, por innumerables canales, el dinero que fluía a las arcas del Gobierno. En Arandas, uno de los pueblos de Jalisco, se había pedido que nadie comiera carne hasta nuevo aviso. Daba la casualidad de que el dueño de la carnicería era el intendente. No hubo un solo cliente, fuera de los funcionarios. En Guadalajara fueron excluidos del consumo los cigarrillos «el Buen Tono» porque su gerente había condecorado públicamente a Calles en nombre de las Logias Masónicas Mexicanas, por su actuación política en materia de cultos.

Una copla popular cantaba: «Lanzarse al boicot / sin un alfiler / al grito de gloria y de triunfo / que dice ¡Viva Cristo Rey! / Gritar con pasión, / volver a gritar / a cada descarga / con que intenten el grito acallar».

El boicot fue finalmente declarado «criminal y sedicioso» y con verdadera saña se persiguió a sus gestores. Pero los católicos no retrocedieron.

2. El paso a las armas

Llegó el 31 de julio de 1926, que era el día señalado por el decreto presidencial para que entrara en vigor la ley de cultos. Y era también la fecha que el Episcopado había fijado para suspender el culto en todos los templos del país. La efervescencia fue enorme. A la medianoche del 31, los sacerdotes hicieron abandono de las iglesias, que quedaron al cuidado de los fieles. Comenzaron entonces los tumultos callejeros. En Guadalajara, un numeroso grupo de jóvenes se congregó frente el Santuario de Guadalupe, gritando: «Viva Cristo Rey, mueran los perseguidores de la Iglesia».

Por aquel entonces nadie pensaba, ni por asomo, en recurrir a las armas. Ello era tan cierto que en el caso particular de Jalisco la resistencia pasiva patrocinada por Anacleto fue interpretada por el Gobierno como una actitud medrosa y cobarde, llamando a Jalisco «el gallinero de la República».

El presidente Calles había dicho con total claridad, en una entrevista concedida a un grupo de católicos, que sólo había tres caminos para resolver el problema religioso: «O se someten a las leyes, o acuden a las Cámaras, o toman las armas. Para todo estoy preparado». Someterse a las leyes, según él lo entendía, no era sino aceptar la destrucción de la Iglesia. Se intentó así el segundo camino, recurriendo a las Cámaras con un memorandum, firmado por dos millones de personas, donde se pedía formalmente la revisión de la ley. También ello fue inútil; el documento y las firmas fueron a parar al cesto de los papeles. Se habían puesto ya todos los medios pacíficos. ¿No habría llegado la hora del combate armado? Así lo pensaba el vehemente Armando Téllez Vargas:

«Nada tan frecuente como que los católicos de figurón, los católicos de fiestas de caridad, de antesala de Obispos y de primera fila de Pontificales, traten de contener los ímpetus valerosos y justificados de la porción que quiere luchar... Porque eso es lo que hacen los católicos paladines de la prudencia y de la resignación, negar la Verdad. Niegan la Verdad cuando aseguran que es precisa la sumisión a la autoridad ilegítima y perseguidora de la Iglesia; cuando claman por la obediencia a las leyes tiránicas que tratan de sobreponerse a las leyes divinas; cuando invocan la mansedumbre cristiana para abstenerse de salir a la defensa de

la Iglesia... ¡El enemigo mayor no está fuera; está en casa vestido de hombre piadoso, de intelectual de gabinete, de filántropo!»

Aparentemente, sólo quedaba alzarse en armas, el último de los tres caminos que el propio Calles había señalado con anticipación. Muchos católicos comenzaron a pensar seriamente en dicha posibilidad, dispuestos a enfrentar con la fuerza al agresor injusto, conculcador de vidas y de haciendas, y de algo que vale infinitamente más: la fe, los derechos de Dios. Pronto las cosas pasaron a los hechos, formándose espontáneamente pequeños grupos armados.

Algunos Obispos estaban en contra de dicha decisión. Otros, a favor. Nombremos, entre estos últimos, a Francisco Orozco y Jiménez, el eminente obispo de Guadalajara. Era Orozco un hombre de gran cultura, que había estudiado en la Universidad Gregoriana con maestros como Mazzela y Billot, versado principalmente en historia. Cual buen pastor, recorrió su diócesis de punta a punta, con frecuencia a caballo. La Revolución lo persiguió con saña, expresión, según él mismo dijo, «del odio de la Masonería contra mí». Su vida fue un continuo desafío a la política religiosa del Gobierno, en constante zozobra y en peligros muchas veces inminentes. Durante cincuenta años fue obispo de Guadalajara, viéndose cinco veces desterrado de su sede. Se lo ha llamado el Atanasio del siglo XX. Actualmente está en proceso de beatificación.

Para serenar la conciencia de los católicos en lo tocante a la licitud del levantamiento se consultó a los mejores teólogos de las Universidades Romanas, los cuales respondieron «que en las presentes circunstancias de México, la defensa armada, ya que se han agotado los medios pacíficos, no sólo es lícita sino hasta obligatoria para aquellos que no están impedidos». Y agregaban que sería un pecado prohibir a los ciudadanos católicos hacer uso de ese derecho de defensa que poseen.

En 1927, el Episcopado fijó en un documento su posición al respecto. Allí se afirmaba que los Obispos habían manifestado su inconformidad con las leyes promulgadas, así como el propósito de lograr su revisión. En lo que se refiere a los movimientos armados, se decía que aunque el Episcopado era ajeno a ellos, cualquiera que conozca la doctrina de la Iglesia sabe que hay circunstancias en la vida de los pueblos donde se torna lícito defender por las armas los derechos que en vano se ha procurado poner a salvo por medios pacíficos. No se trataba, pues, de una insurrección injusta, sino de un movimiento de legítima defensa. Un terrible duelo se había declarado entre un pueblo que luchaba por su fe, y un Gobierno que se había vuelto sordo a sus reclamos. Por tanto, concluían, tanto la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, como los católicos en particular, si bien en el terreno religioso deben obediencia a los Obispos, son perfectamente libres en el ejercicio de sus derechos cívicos y políticos.

Dicha Pastoral Colectiva fue confirmada por el Santo Padre. Como pudo leerse en aquellos días en el Osservatore Romano, al pueblo que no consentía en someterse a la tiranía «no le quedaba otro recurso que la rebelión armada». Fue sobre todo desde Guadalajara, con el apoyo de «Chamula», como apodaban sus adversarios al obispo Orozco y Jiménez, de donde partió el gran levantamiento cristero, que luego se extendería a varios Estados de México.

3. La actitud de Anacleto

Anacleto no se sentía inclinado al recurso de la lucha armada. En un medio como el mexicano, tan propenso a las soluciones violentas, prefería la resistencia pasiva, a la que había recurrido anteriormente y que ahora estaba dispuesto a replantear hasta en sus menores detalles. No porque en principio rechazase el uso de la fuerza, dada la situación a que se había llegado. Pero pensaba que yendo a las armas se le hacía el juego a Calles, enfrentándolo en un terreno donde ciertamente tendría ventaja. En cambio, sostenía, la fuerza bruta, arma única de la Revolución, se rompería como espada enmohecida al sentir no el choque del hierro

sino de los caracteres que no capitulan, de aquellos capaces de repetir el grito de los que rodeaban a Napoleón en la derrota de Waterloo, el grito de los fuertes: «La guardia perece pero no se rinde». Ponía también como ejemplo la actitud serena y gallarda de los primeros mártires, agregando que en todos los tiempos el gesto del mártir ha sido el único que logró triunfar de los tiranos.

Por eso su mensaje era una permanente convocatoria al martirio. «Nos basta con la fuerza moral», decía. Y también: «La Iglesia está nutrida de sangre de león. No se tiene derecho de renunciar a la púrpura. Estamos obligados a mojarla con nuestra sangre». Por lo demás, «lo que se escribe con sangre queda escrito para siempre, el voto de los mártires no perece jamás». Era el famoso «plebiscito de los mártires», de que hablaría con emoción en uno de sus alegatos.

Anacleto no buscaba tanto el triunfo próximo cuanto la proclamación heroica y martirial de la verdad. Mártires ofrendó la Iglesia primitiva, escribía, mártires la epopeya de la cristianización de los indios, mártires produjo la Revolución francesa... En esta cadena de mártires echa sus raíces la esperanza moral de la Patria. Por ellos, y sólo por ellos, ha de llegar el día en que triunfe la verdad. Esta idea de González Flores nos trae al recuerdo una reflexión de Mons. Gay, obispo auxiliar del cardenal Pie, y es que la Iglesia vive de dos principios, de dos sangres; de la sangre de Cristo, que se vierte místicamente sobre el altar, y de la sangre de los mártires, que se derrama cruentamente sobre la tierra. Ni la Misa ni el martirio faltarán jamás en la Iglesia.

«Mientras la carne tiembla –afirma conmovido Anacleto–, el mártir, envuelto en la púrpura de su sangre como un rey que se tiende al morir, en un esfuerzo supremo y definitivo por salvar la soberanía del alma, abre grandemente sus ojos ante el perseguidor y exclama: creo. Ha sido la última palabra, pero también la expresión más fuerte y más alta de la majestad humana».

Cuando empezaron a caer los primeros mártires mexicanos, en las cercanías del templo de Guadalupe, escribió:

«Hoy nos han caído cargas de flores, sobre el altar de la Reina... Hoy la Reina ha recibido la ofrenda de nuestros mártires; ha visto llenarse las cárceles con los audaces seguidores de su Hijo; ha oído resonar y temblar los calabozos, en un delirio de atrevimiento santo, de osadía sagrada... Y seguirá la ofrenda. Porque ya sabemos los católicos que hay que proclamar a Cristo por encima de las bayonetas, por encima de los puños crispados de los verdugos, por encima de las cárceles, el potro, el martirio y de los resoplidos de la bestia infernal de la persecución. Y seguirá habiendo mártires y héroes hasta ganar la guerra y llevar el Ayate hecho bandera de victoria, hacia todos los vientos».

Por sublimes que fueran estos propósitos, no pensaba así monseñor José de Jesús Manríquez y Zárate, obispo de Huejutla:

«Si estos tales –aunque sean nuestros mismos gobernantes–, lejos de encauzarnos por la senda del bien nos arrastran al camino de la iniquidad, estamos obligados a ponerle resistencia, en cuyo sentido deben explicarse aquellas palabras de Cristo: No he venido a traer la paz, sino la guerra; y aquellas otras: “No queráis temer a los que quitan la vida del cuerpo”... La resistencia puede ser activa o pasiva. El mártir que se deja descuartizar antes de renegar de su fe, resiste pasivamente. El soldado que defiende en el campo de batalla la libertad de adorar a su Dios, resiste activamente a sus perseguidores. En tratándose de los individuos, puede haber algunos casos en que sea preferible –por ser de mayor perfección– la resistencia pasiva. Pero el martirio no es la ley ordinaria de la lucha; los mártires son pocos; y sería una necedad, más bien dicho, sería tentar a Dios, pretender que todo un pueblo alcanzara la corona del martirio. Luego de ley ordinaria la lucha tiene que entablarse activamente».

Mons. Orozco y Jiménez trató de convencer a Anacleto de la conveniencia de la lucha armada, pero no logró persuadirlo del todo. Es cierto que ya la experiencia le había demostrado a éste último que dada la índole peculiar del pueblo mexicano, pero sobre todo la de los perseguidores, los medios pacíficos de resistencia a que hasta entonces se había recurrido, no parecían conducentes. Los asesinatos de laicos y sacerdotes se multiplicaban por doquier, juntamente con las más terribles vejaciones para todo lo que tuviese carácter católico.

Algo que lo inclinó a ir cambiando de postura fue el ver cómo muchos de sus compañeros se alistaban, uno tras otro, en las filas de los combatientes. Particularmente le impresionó la despedida que el 5 de enero de 1927 se le hizo a su gran amigo y compañero de luchas y de cárceles, Gómez Loza, quien había resuelto agregarse a las huestes cristeras de los Altos de Jalisco. Y así poco a poco fue entendiendo, cada vez con mayor claridad, que era su deber cooperar de manera explícita con el movimiento. Una vez que dio el paso, lo nombraron enseguida Jefe Civil en Jalisco. No iría al campo de batalla, pero con el entusiasmo y tesón que siempre lo habían caracterizado, se dedicó a organizar, sostener y transmitir las órdenes que recibía del centro, referentes a dicha empresa. En Guadalajara, donde tenía su sede de Jefe Civil, comenzó a asistir sin falta a las reuniones secretas de los que se enrolaban para el combate, pronunciando vibrantes arengas con motivo de la partida de quienes se dirigían a los campos de batalla.

No hubo anteriormente cobardía en su preferencia por los medios pacíficos. Era para él una cuestión prudencial, o de estrategia, si se quiere. Ahora veía las cosas de otro modo. Con todo, aunque consintió que la Unión Popular se lanzase al combate, no quiso que abandonara su anterior trabajo en pro de la cultura y de la formación en la ciudad, sin lo cual aquel combate habría carecido de logística. Hubiera preferido separar la obra de la Unión Popular y la organización del Ejército Nacional Libertador. Pero en aquellos momentos no era sino una distinción de gabinete. Y así invitó a los suyos a hacer con Dios «un pacto de sangre».

4. La Guerra Cristera

El año 1926 señaló el comienzo de la gran epopeya mística, noble y santa, por la que numerosas personas, a veces insignificantes, se convirtieron en héroes. La desigualdad de los dos bandos era enorme. De un lado, las fuerzas militares del Gobierno, perfectamente equipadas, que formaban el ejército de la Nación, con sus jefes y oficiales, debidamente entrenados. Del otro, grupos diversos de ciudadanos de toda condición, incluso mujeres y niños, por lo general ajenos a la milicia, carentes casi totalmente de elementos materiales y de pertrechos de guerra, pero animados de un coraje a toda prueba.

Para el lado gubernamental no faltó el apoyo del embajador de los Estados Unidos, el protestante y maquiavélico Dwight Morrow, íntimo amigo de Calles, quien logró un completo apoyo moral y militar del gobierno de los Estados Unidos a los perseguidores mexicanos, haciendo que se controlara con celosa vigilancia todos los movimientos de la frontera para que ni el más mínimo apoyo pudiera llegar a manos de los cristeros. Más aún, aquel país proveyó al ejército mexicano de bombarderos y de cazas Bristol, que operaban desde Texas, con pilotos norteamericanos. A esto debe agregarse la gran propaganda de Calles, expresamente apoyada por influencias masónicas y protestantes, y la conspiración de silencio casi total en los países extranjeros. El mismo arzobispo de Baltimore, Mons. Miguel L. Curley, reconocía la responsabilidad de sus compatriotas, incluidos muchos católicos, en los sucesos de esta guerra.

«Las ametralladoras que se volvieron contra el clero y pueblo de San Luis Potosí, hace unas cuantas semanas, eran ametralladoras norteamericanas... Nosotros, mediante nuestro gobierno, armamos a los bandidos asalariados de Calles... Si Washington quisiera únicamente dejar solo a México e interrumpiera la

desleal ayuda al presente régimen bolchevique, Calles y su pandilla no durarían ni un mes». «Los enviados del régimen –prosigue el Obispo– son bien recibidos en Estados Unidos y pueden volver diciendo: “Ya lo había dicho yo: el Tío Sam está con nosotros; podemos continuar nuestra obra de destrucción del catolicismo”».

Excedería los marcos de la presente semblanza declarar las alternativas de esta guerra que duró tres años. Destaquemos, eso sí, el derroche de bravura de que hizo gala el pueblo católico mexicano. ¡Cuántos ejemplos conmovedores, de hombres que lograron ensamblar en un solo heroísmo los dos más grandes amores del alma, ofreciendo su sangre al Dios del cielo y a la Patria de la tierra! Todo el pueblo católico no formó entonces sino un solo cuerpo, los que estaban en los montes y los que permanecían en los pueblos. Desde Guadalajara, zona ocupada por el enemigo, se colaboraba buscando y enviando municiones. Por ejemplo, un obrero que trabajaba en una fábrica de cemento, introducía en la bolsa de cemento paquetes de cartuchos para el frente, sin sospecha de nadie; un humilde verdulero ocultaba municiones en canastos, que luego llevaba en canoa hasta donde estaban los cristeros. Tuvieron también su parte las mujeres, sobre todo las que integraban las brigadas femeninas Santa Juana de Arco, verdaderas heroínas que iban y venían, en tren, en camiones de carga, o a lomo de mula, ocultando las municiones bajo sus vestidos, en chalecos que eran como camisas fruncidas para que se formaran multitud de pliegues donde se mantenían los cartuchos, de 500 a 700 por joven, con el fin de proveer a los soldados de Cristo. En caso de ser descubiertas, era la muerte.

Los campesinos constituyeron el contingente principal. El P. Navarrete, entonces oficial cristero, nos confiesa cómo se solazaba contemplando a aquellos Quijotes de Dios, tan humildes como llenos de docilidad y fortaleza. Eran los rancheros mexicanos, junto con sus mujeres, católicos hasta los tuétanos. Como aquel que, antes de partir, le preguntó a su esposa, quien acababa de dar a luz a un hijo, qué hubiera pensado si él se hubiese mostrado indiferente a la cuestión religiosa, a lo que ella respondió: Pues hubiera pensado que mi esposo no era digno de ser padre de este hijo mío que tanto quiero.

Quienes no combatían en los cerros, con el rifle en su mano, y tampoco podían actuar de «enlace» entre los pueblos y los lugares de batalla, luchaban en sus hogares por medio de la oración. A tan ininterrumpidas plegarias de los que, por una u otra razón, no podían combatir, niños, mujeres y ancianos, se debió, sin duda, la perseverancia, la fortaleza y el coraje admirable de aquellos guerreros cristianos. Cuando en los pueblos se oía a lo lejos el fragor del combate, aquella gente suspendía sus ocupaciones habituales y se ponían de rodillas, por lo general frente a una imagen; conforme aumentaba el estruendo de la batalla, oraban con mayor fervor.

Incluyamos en este cuadro de honor a tantos sacerdotes heroicos, que de una u otra forma, algunos, los menos, con las armas en las manos, otros, como capellanes de los combatientes, colaboraron estrechamente con los cristeros. Hablando más en general, de los 4100 sacerdotes que había en todo México, fueron muy pocos, menos de 10, los que a raíz de la persecución defecionaron, haciéndose cismáticos con el desgraciado P. Pérez, autollamado Patriarca de una presunta Iglesia Católica Nacional, promovida por el régimen. Una fidelidad tan masiva constituye un caso quizás único en la historia de la Iglesia. Nombremos, entre tantos, al querido P. Pro, hoy beatificado como mártir, que recién llegado de Europa, no salía de su asombro al contemplar el heroísmo de tantos compatriotas suyos, especialmente en Jalisco.

«Bendita tierra mía –decía–, que está dando su lección a México y al mundo. ¡Muy bien, muchachos! ¡Así se llevan con garbo las banderas de las grandes causas!»

Cuando los cristeros se lanzaban al combate lo hacían invocando el nombre de Dios. Mientras los soldados de Gobierno gritaban: «Viva Satán», «Viva el Demonio», «Que mueran Cristo y su Madre», los cristeros exclamaban: «Viva la Virgen de Guadalupe», y sobre todo, «Viva Cristo Rey». Fue en razón de este grito, tantas veces repetido, que sus enemigos los llamaron los Cristos Reyes o los cristeros. Tal grito, íntimamente relacionado con el tema principal de la encíclica Quas primas de Pío XI, aparecida precisamente a fines de 1925, constituyó todo un programa expuesto en forma contundente, brevísimo pero completo. Y ese grito que escucharon los bosques de México, sus sierras, sus campos, con acento de heroísmo, es el mismo que repetían los cristeros ante sus jueces, regulares o improvisados, cuando eran detenidos, así como el saludo mutuo de los confesores de la fe. Y ante el pelotón de fusilamiento fue una especie de ritornello del martirio mexicano, la última palabra, la de San Pablo: «es necesario que Cristo reine», que en mexicano se tradujo: «¡Viva Cristo Rey!». Tanto este grito de guerra y de martirio, como el lema de la ACJM: «Por Dios y por la Patria», tendrían repercusión explícita, diez años después, en España. No en vano el Alcázar de Toledo fue liberado al grito de Viva Cristo Rey. La reciente gesta de México era bastante conocida por el pueblo español. Una madre de ese pueblo dijo: «Mi hijo murió exclamando: Viva Cristo Rey, como los mártires mexicanos».

El heroísmo de los cristeros encontró un lugar privilegiado en los Altos de Jalisco. Refiriéndose a su población ha escrito José Vasconcelos:

«Los hombres, de sangre española pura, se ven atezados y esbeltos en su traje de charrería conveniente para la faena campestre. Su fama de jinetes halla reconocimiento por todo el Bajío. Hace poco más de un siglo, aquella comarca fue penetrada por colonos que todavía tuvieron que batirse, en pleno siglo XIX, con tribus de indios merodeadores. De suerte que el blanco, a semejanza de lo que más tarde ocurriría en el Far West americano, la hizo de guerrero y de cultivador. Cada familia encarnaba la misión de extender los dominios de la cultura latina por los territorios desiertos del Nuevo Mundo. Y así es cómo el español, aliado al mestizo, fue empujando y ocupando la tierra vacía muy hacia el Norte, hasta topar con el anglosajón que por el otro camino llenaba tarea parecida pero en beneficio de las razas protestantes de Europa».

Por eso, agrega Vasconcelos, la gente de los Altos, leal a sus costumbres castizas, se mostró, frente al callismo, como una reserva nacional étnica y política de la mejor calidad. Bien escribe Enrique Díaz Araujo:

«Existen zonas selectas –la Vendée francesa de la contrarrevolución de los chouans, la Navarra española del tradicionalismo carlista, o el Don apacible del voluntariado ruso blanco– donde esa resistencia ha alcanzado caracteres épicos, dignos de la tragedia homérica. Por ellos, sin duda, se salvará el juicio de la época moderna. Los anales de la historia futura los recogerán como nuevas Troyas de la civilización, catacumbas benedictinas o termópilas numantinas, de los años de la decadencia de nuestra cultura. Quedarán como jalones blancos que marcarán el camino del renacimiento, pasado que sea –si así Dios lo dispone– el momento negativo del vendaval de la barbarie ideológica. Y, entre esos hitos notables, hallará su lugar peraltado, el Occidente mexicano, la tierra jalisciense, del núcleo tapatío que se irradia desde Guadalajara por Jalisco, Michoacán, Zacatecas y Colima...»

Según se ve, los que, al decir de Calles, integraban «el gallinero de la República» no eran tan «gallinas» como parecía. En la guerra cristera lucharon con un arrojo sin límites. Un arrojo no exento de humor. Se cuenta que, a veces, en medio del fragor de la batalla, se dejaba escuchar, de tanto en tanto, el clarín de sus tropas que se burlaba del enemigo, tocando las notas con que se anuncia la salida del toro en las lides, o la chusca canción popular La Cucaracha.

La preparación de la biografía de Anacleto nos llevó a leer muchos libros donde se relatan las gestas cristeras y se describen a sus héroes. El que inauguró la era

de los mártires, el 29 de julio de 1926, fue José García Farfán. José, que vivía en Puebla, era dueño de una pequeña tienda, con un kiosco de revistas a la calle. Un día puso en su local algunos letreros que decían: «Viva Cristo Rey», «Viva la Virgen de Guadalupe». El 28 de julio pasaba por allí el General Amaya. Furioso al ver los letreros, le mandó retirarlos. Don José se negó y fue detenido. Al día siguiente, Amaya ordenó fusilarlo. Estando ya todo preparado, le dijo –¡A ver ahora cómo mueren los católicos! –Así –respondió el anciano– y gritó: ¡Viva Cristo Rey!

Numerosos patriotas mexicanos, incluidos niños, ancianos y mujeres, fueron llevados al paredón o colgados de los árboles. El heroísmo estaba a flor de piel, como si el espíritu de la caballería medieval hubiese resucitado.

Destaquemos, entre tantas, la figura de Luis Navarro Origel, gran caudillo católico, quien seguido por miles de voluntarios, llegaría a controlar la costa de Michoacán, teniendo bajo sus órdenes no menos de diez mil cristeros. De su compromiso inicial en la causa escribe un cronista:

«Luis, después de haber sido armado Caballero con el nombre de Soldado de María, y tras de velar sus armas una noche y confortar su espíritu con la Sagrada Eucaristía, de acuerdo con los amigos de mayor confianza pertenecientes a los centros de la Liga que había fundado y después de ponerse bajo el amparo de San Miguel Arcángel, en el día de su fiesta, lanzó el grito de libertad que debió concertarse allí en los cielos con el ¡Quién como Dios! del primer paladín de la justicia eterna, en la ciudad de Pénjamo, la mañana del 29 de septiembre de 1926».

Luego se despidió de su esposa diciéndole en una carta que la única solución para México pasaba por el sacrificio, las víctimas, la sangre, que todo lo fecunda, todo lo engrandece, todo lo santifica, desde que fue derramada aquella Sangre divina y que aún se inmola y seguirá inmolándose hasta la consumación de los siglos.

«¡Porque el valor de la sangre es insustituible, porque el clamor de la sangre es un clamor terrible, que siempre llega y conmueve el Corazón de Dios!». Y prosigue: «Nuestra Patria para salvarse sólo necesita vidas inmoladas, cuya inmolación está santificada por el amor de Cristo. Para lavarse de tanto horror, de tanta abominación de crímenes que van siendo ya seculares, este suelo necesita sangre, pues las afrentas y las ofensas terribles hechas a Dios por un pueblo, sólo con sangre se limpian...

«Y apenas ayer empezó a derramarse y es tanta y tan generosamente ofrecida la que estaba y está dispuesta a derramar nuestro pueblo que amenaza inundar este suelo y salpicarlo todo; esto es lo que hacía falta, que no quede rincón de este suelo amado que no se lave con sangre, que no se santifique con el sacrificio... Las victorias vendrán después seguramente; pero ahora sólo sangre, solamente vidas inmoladas generosamente se necesitan».

Las diversas unidades de los cristeros tomaban los nombres de los caídos gloriosos, por ejemplo, Padre Pro, Miguel Gómez Loza, etc. En el juramento de los que se ofrecían para el combate se decía: «Concédeme que mi último grito en la tierra y mi primer cántico en el cielo sea: ¡Viva Cristo Rey!». Conmovido Pío XI al irse enterando de todo esto, concedió indulgencia plenaria in articulo mortis a los mexicanos por la invocación: «¡Viva Cristo Rey!». Dicho grito incluía, como lo hemos señalado, todo un programa de restauración católica, por lo que el mismo Papa pudo afirmar que

«el México cristero supo cumplir con su magno destino providencial, proclamando que el Reinado Temporal de Cristo debe defenderse, mantenerse y reimplantarse, si es necesario, por medio de la fuerza», y que el testimonio dado por la Iglesia en México «se debe colocar definitivamente entre los hechos más ilustres de nuestra historia».

A lo que hacía eco el Arzobispo de Malinas, card. van Roey: «Vosotros escribís una de las páginas más gloriosas de la Historia de la Iglesia, una página con letras de sangre, una página indeleble, que dirá a las generaciones futuras a lo que puede y debe atreverse una fe verdaderamente sobrenatural y una caridad digna del nombre de cristiano». Como dijo un escritor: «Si ésta no fue una guerra justa, nunca ha existido ni existirá jamás una sola guerra justa en toda la historia del mundo».

Años después, en 1946, con motivo de la solemnidad de Cristo Rey, que es el día de las Fiestas Patronales de los cristeros, pudo decir el obispo de Huejutla, Mons. Manríquez y Zárate:

«He aquí las dos más grandes manifestaciones de amor a Jesucristo, de que ha sido teatro la Nación Mexicana. La sangre del pueblo, sangre generosa y noble, ha corrido a torrentes en el campo de batalla, pero también se ha derramado con admirable profusión en el ara augusta de los grandes sacrificios, de las grandes inmolaciones y heroísmos. Y si gallardas y gigantes aparecen las figuras de los campeones de la espada, que en los campos del honor han sabido vindicar para la Patria y para la Iglesia sus inviolables y sacrosantos derechos, más gallarda e imponente aún es la figura de los mártires que, en el misterioso silencio de la más sublime abnegación, han sabido tolerar, inermes y desvalidos, la furia implacable de los eternos enemigos del nombre cristiano.

«Y no se vaya a creer que estas dos fases de la epopeya sean como los polos de una grande esfera, distanciados y opuestos entre sí por la extensión inmensa del espacio. No, estos dos heroísmos no son más que dos demostraciones de uno y el mismo sentimiento, de uno y el mismo amor: dos ríos que salen del mismo océano, dos fulgores de una y la misma luz. La misma caridad de Jesucristo que impele al mártir a entregarse en las garras del sayón para ser despedazado en odio de la fe, es la misma que empuja al soldado a empuñar la espada vengadora y terrible que hace morder el polvo a los enemigos de Dios».

Todavía hoy en los Altos de Jalisco se evoca a aquellos héroes no olvidados. Pasando por San Miguel el Alto, que se encuentra en dicha zona, tuve la dicha de escuchar un corrido que me cantó «el cieguito José», en homenaje a uno de ellos, el legendario Victoriano Ramírez, apodado el Catorce. Los corridos mexicanos, que continúan el viejo romancero español, logran sus mejores expresiones en el encomio de los héroes regionales.

V. El testimonio supremo del martirio

Anacleto vivió permanentemente hostigado por la policía de Guadalajara. Se podría decir que no conoció día sin sobresalto. Varias veces fue encarcelado. Pero cuando salía de la prisión continuaba como antes, sin retroceder un milímetro en su designio. No podía ignorar que estaba jugando con la muerte. Varias veces la vio muy cerca, pero jamás la esquivó, dejando de hacer, por temor, lo que debía. La idea del sacrificio de su vida no le era extraña ni remota. Uno de los capítulos de la última y más importante de sus obras lleva por título: «Reina de los Mártires, ruega por nosotros». Ya anteriormente había sostenido que si las acciones encaminadas a la salvación de la Iglesia y de la Patria fallasen, sería preciso votar, no con papeletas, de las que se burlaban los enemigos, sino con las propias vidas, en un plebiscito de mártires. «Porque lo que se escribe con sangre, según la frase de Nietzsche, queda escrito para siempre, el voto de los mártires no perece jamás».

Llegó un momento en que el acoso de sus enemigos lo obligó a esconderse. Por algunas infidencias se había enterado de que el Gobierno estaba decidido a acabar con él, en la idea de que así la resistencia se debilitaría sustancialmente. Una familia amiga, la de los Vargas González, le abrió las puertas de su casa, conscientes del grave peligro al que se exponían.

Allí se guareció, disfrazándose de obrero; dejó crecer la barba, enmarañó su cabellera, y siguió su actividad como antes. El 29 de marzo de 1927, pasó la noche con su familia, castigada por la miseria, alternando con su esposa, y rezando y jugando con sus tres hijitos. Fue la última vez que los vería. El 31 del mismo mes estaba, como de costumbre, en la casa de los Vargas González. Allí se confesó con un sacerdote que se encontraba de paso, y después se quedó comentando con él una reciente Pastoral del Arzobispo de Durango, que aprobaba plenamente la defensa armada. «Esto es lo que nos faltaba, dijo Anacleto. Ahora sí podemos estar tranquilos. Dios está con nosotros».

Era de noche. Se retiró a su cuarto, y allí se puso a escribir para la revista *Gladium*, un artículo de tres páginas, papel oficio, con excelente letra aún hoy perfectamente legible. La noticia de la que acababa de enterarse sobre la decisión del obispo de Durango fue lo que inspiró su pluma:

«Bendición para los valientes, que defienden con las armas en la mano la Iglesia de Dios. Maldición para los que ríen, gozan, se divierten, siendo católicos, en medio del dolor sin medida de su Madre; para los perezosos, los ricos tacaños, los payasos que no saben más que acomodarse y criticar. La sangre de nuestros mártires está pesando inmensamente en la balanza de Dios y de los hombres.

«El espectáculo que ofrecen los defensores de la Iglesia es sencillamente sublime. El Cielo lo bendice, el mundo lo admira, el infierno lo ve lleno de rabia y asombro, los verdugos tiemblan. Solamente los cobardes no hacen nada; solamente los críticos no hacen más que morder; solamente los díscolos no hacen más que estorbar, solamente los ricos cierran sus manos para conservar su dinero, ese dinero que los ha hecho tan inútiles y tan desgraciados».

Ya había pasado la media noche, y Anacleto seguía escribiendo. Había empezado el día de su sacrificio, y, como dice Gómez Robledo, iba a pasar casi sin transición de la palabra a la sangre. Escribió entonces las palabras finales de su vida:

«Hoy debemos darle a Dios fuerte testimonio de que de veras somos católicos. Mañana será tarde, porque mañana se abrirán los labios de los valientes para maldecir a los flojos, cobardes y apáticos». Nos impresiona este hoy. ¿Era un presentimiento?

«Todavía es tiempo de que todos los católicos cumplan su deber; los ricos que den, los críticos que se corten la lengua, los díscolos que se sacrifiquen, los cobardes que se despojen de su miedo y todos que se pongan en pie, porque estamos frente al enemigo y debemos cooperar con todas nuestras fuerzas a alcanzar la victoria de Dios y de su Iglesia».

Eran las tres de la mañana y se aprestó a tomar un breve descanso. Una hora antes, un grupo de soldados había entrado por un balcón en la casa de Luis Padilla, brazo derecho del Maestro, deteniéndolo. Luego, hacia las cinco, movidos por la delación de algún traidor, golpean la puerta de los Vargas. La casa está rodeada. Hay soldados sobre las paredes y la azotea. Tras un cateo de la casa, se llevaron a las mujeres, la madre y sus hijas, por un lado, y a los varones que allí se encontraban, Anacleto y los tres hermanos Vargas González, por otro. Todo esto me lo contó personalmente, con más detalles, por supuesto, María Luisa Vargas González, una de las hermanas, en una entrevista emocionante que mantuve con ella en la propia casa donde sucedió lo relatado.

Llegados los varones a destino, comenzó enseguida el interrogatorio. Lo que buscaban era que Anacleto reconociera su lugar en la lucha cristera y denunciase a los que integraban el movimiento armado católico de Jalisco; asimismo que revelase el lugar donde se ocultaba su obispo, Orozco y Jiménez. Anacleto no podía negar su participación en la epopeya cristera. Bien lo sabían sus verdugos, ni era Anacleto hombre que rehuyera la responsabilidad de sus actos. Reconoció, pues,

totalmente su papel en el movimiento desde la ciudad, pero nada dijo de sus camaradas ni del paradero del Prelado.

Entonces comenzó la tortura, lenta y terrible. En presencia de los que habían sido detenidos con él, lo suspendieron de los pulgares, le azotaron, mientras con cuchillos herían las plantas de sus pies.

-Dinos, fanático miserable, ¿en dónde se oculta Orozco y Jiménez?

-No lo sé.

La cuchilla destrozaba aquellos pies. Como dice Gómez Robledo, «el hombre que ha vivido por la palabra va a morir por el silencio».

-Dinos, ¿quiénes son los jefes de esa maldita Liga que pretende derribar a nuestro jefe y señor el General Calles?

-No existe más que un solo Señor de cielos y tierra. Ignoro lo que me preguntan...

El cuchillo seguía desgarrando aquel cuerpo. «Pica, más, más», le decía el oficial al verdugo. De manera semejante torturaban a los hermanos Vargas, por lo que Anacleto, colgado todavía, gritó: «¡No maltraten a esos muchachos! ¡Si quieren sangre aquí está la mía!». Los Vargas, abrumados por el dolor, parecían flaquear; pero Anacleto los sostenía, pidiendo morir el último para dar ánimo a sus compañeros.

Tras descolgarlo, le asestaron un poderoso culatazo en el hombro. Con la boca chorreando sangre por los golpes, comenzó a exhortarlos con aquella elocuencia suya, tan vibrante y apasionada. Seguramente que nunca ha de haber hablado como en aquellos momentos...

Se suspendieron las torturas. Simulóse entonces un «consejo de guerra sumarísimo», que condenó a los prisioneros a la pena de muerte por estar en connivencia con los rebeldes. Al oír la sentencia, Anacleto respondió con estas recias palabras:

«Una sola cosa diré y es que he trabajado con todo desinterés por defender la causa de Jesucristo y de su Iglesia. Vosotros me mataréis, pero sabed que conmigo no morirá la causa. Muchos están detrás de mí dispuestos a defenderla hasta el martirio. Me voy, pero con la seguridad de que veré pronto desde el cielo, el triunfo de la religión en mi Patria».

Eran las 3 de la tarde del viernes 1º de abril de 1927. Anacleto recitó el acto de contrición. Aún de pie, a pesar de sus terribles dolores, con voz serena y vigorosa se dirigió al General Ferreira, que presenciaba la tragedia:

«General, perdono a usted de corazón; muy pronto nos veremos ante el tribunal divino; el mismo Juez que me va a juzgar será su Juez; entonces tendrá usted un intercesor en mí con Dios».

Los soldados vacilaban en disparar sobre él. Entonces el General hizo una señal al capitán del pelotón, y éste le dio con un hacha en el lado izquierdo del torso. Al caer, los soldados descargaron sus armas sobre el mártir.

Con la última energía, trató de incorporarse Anacleto. Y exclamó: «Por segunda vez oigan las Américas este grito: «Yo muero, pero Dios no muere. ¡Viva Cristo Rey!». Se refería al grito que lanzó García Moreno en el momento de ser asesinado. García Moreno, presidente católico del Ecuador, era uno de sus héroes más admirados, cuya historia conocía al dedillo. Anacleto tenía 38 años. Casi a la misma hora, en un patio interior del cuartel, eran fusilados tanto Luis Padilla como Jorge y Rafael Vargas González. Al tercero de los hermanos Vargas, Florentino, lo dejaron libre, por considerárselo el menor de ellos.

Los cadáveres fueron transportados en ambulancia a la Inspección de Policía, y allí arrojados al suelo para que sus familiares los retiraran. Por la noche se instaló una capilla ardiente en el humilde domicilio de González Flores. La joven viuda acercó a sus hijitos al cadáver:

«Mira, dijo, dirigiéndose a su hijo mayor, ése es tu padre. Ha muerto por confesar la fe. Promete sobre este cuerpo que tú harás lo mismo cuando seas grande si así Dios lo pide».

Guadalajara entera desfiló ante sus restos mortales, pese a los obstáculos puestos por las autoridades. Algunos mojaban sus pañuelos en los coágulos que quedaron en la palangana cuando el aseo del cuerpo, otros tijereteaban su ropa para llevarse consigo alguna reliquia. Alguien le preguntó al mayor de los hermanitos sobre la causa de la tragedia y el niño contestó, señalando el cadáver de su padre: «Lo mataron porque quería mucho a Dios». Una multitud lo acompañó hasta su tumba.

De él diría Mons. Manríquez y Zárate: «En el firmamento de la Iglesia Mexicana, entre la inmensa turba de jóvenes confesores de Cristo, se destaca como el sol la noble y gallarda figura de Anacleto González Flores, cuya grandeza moral desconcierta y cuya gloria supera a todo encomio».

A su muerte, así cantó el poeta:

iPatria, Patria del alma!;

Patria agobiada, sí, mas no vencida.

La sangre de tu hijo

es tu manjar de fortaleza y vida.

iAnacleto!

Trigo de Dios fecundo

plantado en la llanura sonriente

de Jalisco, no has muerto para el mundo.

Ayer humilde grano...

eres ya espiga de oro refulgente

y alimentas al pueblo mexicano.

Grande fue mi emoción cuando me arrodillé delante de las lápidas que cubren los cuerpos de los dos héroes de la fe: Miguel Gómez Loza y Anacleto González Flores, en el Santuario de Guadalupe de Guadalajara. En la de Anacleto leí esta frase imperecedera:

Verbo Vita et Sanguine docuit, enseñó con la palabra, con la vida y con la sangre. He ahí el martirio en su sentido plenario. Porque martirio significa testimonio. Y cabe un triple testimonio: el de la palabra, por la confesión pública de la fe; el de la vida, por las obras coherentes con lo que se cree; y finalmente el de la sangre, como expresión suprema de la caridad y de la fortaleza. Anacleto dio testimonio con la palabra, y en qué grado; por las obras, y con cuánta abundancia; con la sangre, y tras cuáles torturas. Es, pues, mártir en el sentido total de la palabra.

El 15 de octubre de 1994, la Arquidiócesis de Guadalajara abrió, con toda solemnidad, en el Santuario de Guadalupe, el proceso diocesano de canonización de ocho hombres que en Jalisco dieron su vida por la fe, entre ellos Miguel Gómez Loza, a quien nos referimos ampliamente; Luis Padilla, el amigo de nuestro héroe; Jorge y Ramón Vargas González, compañeros de martirio de Anacleto; el arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, tan unido a nuestro mártir; y, como

es obvio, Anacleto González Flores. En presencia de sus familiares, hijos, sobrinos y nietos, que sostenían sus retratos junto al altar, se leyó una síntesis de la vida de cada uno de ellos. En la ceremonia ondearon las banderas de todos los movimientos de la Acción Católica y de la Adoración Nocturna, de las que estos siervos de Dios fueron miembros y fundadores.

-Nota de la Fundación GRATIS DATE:

El 22 de junio de 2004, la Santa Sede publicó, en presencia del papa Juan Pablo II, los decretos que reconocen el martirio de trece mártires mexicanos de la persecución religiosa ocurrida en los años veinte del siglo pasado. Entre ellos será declarado beato el siervo de Dios Anacleto González Flores. Todos ellos serán beatificados en la archidiócesis de Guadalajara el 20 de noviembre de 2005.

Obras Consultadas

Joaquín Cardoso, S.J., El martirologio católico de nuestros días. Mártires Mexicanos, 2º ed. Buena Prensa, México D.F. 1958.

Heriberto Navarrete, S.J., «Por Dios y por la Patria», Memorias, Jus, México D.F. 1961.

José G. Gutiérrez Gutiérrez, Mis recuerdos de la gesta cristera, 3 vols., Guadalajara, México 1975-1976.

Vicente Camberos Vizcaíno, Un hombre y una época (sobre Miguel Gómez Loza), Jus, México 1950.

-Más allá del estoicismo (continuación), Jus, México, 1953.

-El quinto Arzobispo de Guadalajara don Francisco Orozco y Jiménez, Guadalajara, Jalisco 1994.

Spectator, Los Cristeros del Volcán de Colima, Veritas, México 1930.

Salvador Abascal, Lázaro Cárdenas, presidente comunista, 2 vols., Tradición, México 1989.

Andrés Barquin y Ruiz, Los Mártires de Cristo Rey, Criterio, México 1937.

Joaquín Blanco Gil, El Clamor de la Sangre, 2ª ed., Jus, México 1967.

Mons. Dr. Emilio Silva de Castro, La Virgen María de Guadalupe, Reina de México y Emperatriz de las Américas, Guadalajara, México 1995.

Enrique Díaz Araujo, La epopeya cristera, en «Gladius» nº 4 (1985) 3964; nº 6 (1986) 5376; nº 8 (1986) 65100.

Jean Meyer, La Cristiada, 3 vols. Siglo XXI, México 1974.

-La Cristiada, 4 fascículos, Clío, México 1997.

Anacleto González Flores, Ensayos-Discursos, Jus, México 1967.

-Tú serás Rey, 2ª ed., Ed. de la ACJM, Guadalajara, México 1989.

-El plebiscito de los mártires, México 1930.

Antonio Gómez Robledo, Anacleto González Flores. El maestro, 2ª ed., Jus, México 1947.

José Vasconcelos, La Flama, Continental, México 1959.

Anacleto González Flores

Lo saben por los llanos y en la cumbre del risco
las piedras que semejan de la roca un desangre,
lo dicen enlutados los Altos de Jalisco:
enseñó con la vida, la palabra y la sangre.

O se canta en corridos con sabor de elegía
cuando ensaya la tarde un unánime adiós,
era cierto el bautismo de la alegre osadía,
era cierto que mueres pero no muere Dios.

Ni el Pantano del Norte ni el mendaz gorro frigio,
ni los hijos caídos del caído heresiarca,
callarán el salterio de tu fiel sacrificio
ofrecido en custodia de la Fe y de la Barca.

Porque el Verbo no cabe en algún calabozo,
fusileros no existen que amortajen la patria,
sobre la cruz la herida resucita de gozo,
reverdece en raíces coronadas de gracia.

Tampoco los prudentes de plegarias medrosas
atasajan tus puños de valiente cristero,
enarbolan banderas que vendrán victoriosas
más allá del ocaso, desde el alba al lucero.

Antonio Caponetto